FUNDACION CONCHITA RABAGO DE JIMENEZ DIAZ

M. JIMENEZ CASADO

DOCTOR JIMENEZ DIAZ

VIDA Y OBRA

9
117533

M. JIMENEZ CASADO

DOCTOR JIMENEZ DIAZ

VIDA Y OBRA

La persecución de un sueño

La vida del Profesor Carlos Jiménez Díaz (Madrid , 1898 - 1967) se puede considerar como una ejemplar aventura, movida por el impulso patriótico de modernizar la Medicina Española, acercándola a la de los países más avanzados. Desde una posición familiar muy modesta, comenzó sus estudios en el viejo caserón de San Carlos cuyo poco alentador ambiente, le puso de manifiesto la necesidad de cambiar la Universidad y modernizar su docencia. Tras una beca de J.A.E. en Alemania, este impulso se acentuó al vivir la Medicina más avanzada de prinicipio de siglo. Muy joven, a los 23 años, obtuvo la cátedra de Sevilla y cuatro años más tarde la de Madrid y desde ella comenzó la carrera tenaz tras su sueño de cambio en las tres vertientes esenciales de su Ciencia: la Asistencia , la Docencia y la Investigación. Supo ver que para ello debía ampliar las escasas posibilidades que la Universidad le proporcionaría. Persiguió y obtuvo ayudas externas y consiguió fundar el Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas, primera oportunidad en España para dedicarse integramente a la Investigación. La Guerra Civil supuso un trágico paréntesis cuando su obra acababa de comenzar. En circustancias adversas supo alcanzar su sueño de aunar en la Clínica de la Concepción (Hoy Fundación Jiménez Díaz) las tres vertientes antes citadas e ir ampliando progresivamente el pequeño núcleo inicial. Siempre supo transmitir a sus colaboradores y discípulos la necesidad de no sentirse satisfecho, sino seguir persiguiendo horizontes más elevados.

Este libro intenta relatar esta su aventura ilusionada y transmitir su figura en un tono asequible a personas ajenas a la vida médica y trasladar su ejemplo a las nuevas generaciones de médicos que no tuvieron el incomparable privilegio de ser sus discípulos directos.

47/47 6490
9
117533

DOCTOR JIMENEZ DIAZ

VIDA Y OBRA

M. JIMENEZ CASADO

DOCTOR JIMENEZ DIAZ
VIDA Y OBRA

LA PERSECUCION DE UN SUEÑO

FUNDACION CONCHITA RABAGO
DE JIMENEZ DIAZ

Ilustración de cubierta: *Cuadro «Sesión clínica del Profesor Jiménez Díaz»*, por Eugenio Hermoso.

R. 2145964

Primera edición: noviembre 1993.

Edita: FUNDACION CONCHITA RABAGO DE JIMÉNEZ DIAZ
© Fundación Conchita Rabago de Jiménez Díaz

I.S.B.N.: 84-604-8380-0
Depósito Legal: M. 35.708-1993
Imprime: Gráficas Arias Montano, S. A.
MOSTOLES (Madrid)

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

A don Carlos, a su recuerdo imborrable en sus colaboradores y discípulos y a la profunda huella que han dejado en la moderna Medicina Española.

Prólogo

MULTIPLES, POSIBLEMENTE CIENTOS de veces he soñado que don Carlos había vuelto. Con esa deliciosa irrealidad de los sueños nunca ha habido explicaciones de su larga ausencia, ya veinticinco años, pero su presencia era real. No había preguntas sobre tan prolongado exilio, de qué cielo o qué infierno regresaba..., pero estaba ahí, incuestionable, como un hecho natural, incontrovertible.

Eso sí, siempre a su lado la sonrisa de Conchita volvía a iluminar cercana su figura.

No había hueco para los absurdos. En general alguien me daba la noticia y parecía obvio correr hacia ellos. Otras, sencillamente reaparecía a mi lado y revivíamos días pasados en Salces, La Cabrera, viajes; pero sobre todo estábamos en su Clínica, en su Fundación. Todo parecía natural, aunque una indefinible distancia parecía haber roto de algún modo la intimidad anterior.

Incluso en el duermevela de la madrugada, en que ya existía un hilo conductor de pensamiento coherente, seguía pareciéndome cierto y entonces sí te hacías preguntas o planificabas acciones junto a ellos, hasta que de repente el absurdo de todo aquello te impregnaba de la triste certeza de lo imposible.

Quien tenga la paciencia de leer este libro encontrará natural este hecho. Es diáfano que igual que modeló mi cabeza en arcilla, lo hizo con mi vida. El problema es que, a pesar de su gran entusiasmo por el arte no era un gran escultor y aunque mis rasgos se parezcan, están lejos de ser lo que él hubiera querido que fueran. No supo o no pudo hacer de mí, como de muchos de sus discípulos, todo lo que él buscaba insuflarnos con su entusiasmo, su ejemplo y su cariño. En cualquier caso, era difícil llegar a cumplir todo lo que el ardor ponía en sus exigencias.

Pero esta reiteración de su onírico regreso ha sido para mí, de forma progresiva, como un recordatorio, casi como un mandato de rehacer su vida con mis palabras, de escribir para los demás lo que fue, cómo fue, lo que aportó a nuestras vidas y a la Ciencia española con el más hondo y menos bullanguero patriotismo. Dejar para siempre en un libro toda su ejemplaridad de hombre irrepetible.

Es evidente que no puedo ser un biógrafo distante que analiza con suficiente perspectiva y frialdad su persona, sus hechos, sus pensamientos. Ha habido demasiado amor para poder hacerlo así. Sí he procurado ir concienzudamente apoyándome en hechos, en múltiples documentos, en opiniones ajenas, en lo vivido por ellos y por mí, huir de tergiversaciones o de esconder lo que pudiera empañar algo su figura.

Espero que así sea entendido, no como un laudatorio, una inflada necrológica. He intentado dejar constancia de una vida que juzgo interesante, estimulante y que ha dejado honda huella en este país, en su Medicina, indeleble en todos los que tuvimos el privilegio de estar a su lado, de aprender a ser médicos con un estilo que aún persiste, y todo ello desde la ventaja de una gran intimidad durante años.

No sé si de ahora en adelante en esos sueños me pedirá cuentas de lo pobremente que he sido capaz de hacerlo, pero, desde luego, no me podrá atribuir haber sustraído ninguna realidad, ni disfrazado su pensamiento y su trayectoria. Sencillamente cumplo con estas abultadas líneas una difícil, pero ilusionada, asignatura pendiente.

La calificación me la otorgarán ustedes, esperados lectores.

M. JIMENEZ CASADO

Capítulo I

Raíces (1878-1895)

> Vuelve hacia atrás la vista, caminante,
> verás lo que te queda de camino
> desde el oriente de tu cuna, el sino
> ilumina tu marcha hacia delante.
>
> *«Nueve»*, MIGUEL DE UNAMUNO

HABIA QUE SACUDIRSE la modorra. Una luz opaca, grisácea, comenzaba a difuminar el tenue relumbre del farol atado al aparejo de la mula delantera, que había sido hasta entonces su único guía. Quedaba ya lejana la salida de Albares, el día anterior. El primer tramo, hasta Mondéjar, ya lo conocía, pero a partir de ahí un nuevo paisaje se estrenaba ante sus ojos grandes, de azul profundo, tan extraño entre aquellas gentes de La Alcarria. Al principio miraban ávidos el horizonte, las tierras rojas bajo alcores pedregosos y ralos de vegetación. Poco a poco, entre el cansancio del lento caminar al paso cansino de las mulas y la poca variación de los parajes que iban transcurriendo, dejó de prestarles atención. Su mente estaba demasiado ocupada en la gran novedad, en lo que había gestado en los días anteriores. La tantas veces ensoñada aventura se iba diluyendo en terrible cansancio. Los pies ardían sobre el deshilachado esparto de unas alpargatas destrozadas, con la lona agujereada y resudada. La cabezada, apenas tres o cuatro horas, sobre una manta en aquella pobre venta a la salida de Loeches, había sabido a poco y apenas pudo despegar los párpados y desentumecerse cuando el padre le sacudió sin piedad:

—Arriba, Mariano, ¡coño!, que aún nos queda un largo trecho y hay que llegar temprano.

Pero ahora iba llegando el momento. Ese momento tantas veces vivido y revivido tumbado en la vega, cuidando que las cabras no se acercaran a las tomateras, aún tiernas. Su pensamiento era fijo:

—Yo iré a Madrid, yo tengo que ser alguien.

Había tardado en decidirse, a atreverse a plantearlo. No sabía si soltarlo al padre o a la madre. A él, Eusebio, grandullón, rubianco, con la calvicie avanzando alarmantemente desde la frente, le tenía bastante miedo. Aunque guasón y alegre, también tenía sus prontos y ya le había hecho probar algunas veces el silbido de su gastada correa contra las costillas, después de levantarse solemnemente la faja, que iba marcando una curva progresiva. A la madre, Juana, pequeña, más callada, más dura, reconcentrada, le tenía otro tipo de respeto, que para eso era la que, sin aparentarlo, mandaba en la casa y allí no se movía una paja, ni se gastaba un céntimo sin que ella lo autorizara.

Después de cada viaje a Madrid o a Guadalajara, con las mulas a vender los escasos productos de la huerta, exigía al marido los dineros. Este, con frecuencia, se aturullaba escudándose en su poco saber de cuentas, con los precios de venta, los gastos de viaje y del fielato para esconder la sisa de lo gastado en alguna copa o partida de tute.

Mariano, a sus doce años, también dudaba si soltarlo de escopetazo o ir más solapadamente preparando el terreno. Pero su decisión era muy firme. Para algo era el más adelantado de la escuela, el que captaba las lecciones en un santiamén y había aprendido las cuentas y las letras rápido como un tiro. Hasta se desgañitaba enseñando a las hermanas, la Ezequiela y la Juliana, las cuatro reglas, ya que el otro hermano, Pablo, era aún muy crío para aprender nada.

Quince días antes de aquel penoso viaje que iba tocando a su fin, se había decidido, y sin el menor preámbulo, planteó su deseo.

—Padres, yo no quiero seguir en el pueblo. Ya soy mayor y quiero trabajar, pero aquí, destripando terrones o cuidando y esquilando ovejas, no. Quiero ir a Madrid; allí hay muchas oportunidades y estoy seguro de que saldré adelante, porque no me voy a arrugar ante el trabajo por duro que sea, siempre que se pueda progresar y dejar estos andurriales en que la gente pasa hambre sin la menor oportunidad de progreso.

La verdad es que después del medio preparado parlamento, al que tantas vueltas había dado, se había quedado de una pieza de lo fácil que fue todo. Cuando aquella noche rompió a hablar lo debió hacer con tanta fuerza, con tanta convicción, que los padres no rechistaron en un rato. En los ojos de Eusebio había algo así como una satisfacción burlona, mientras pensaba para

sus adentros: «Este pajarillo va a volar de la jaula, a éste no me lo cortan las alas. ¡Ya es todo un hombre!» Los de ella no se movieron ni mostraron el menor cambio de expresión. Apenas asomaban por el pequeño ventanillo que dejaba el negro pañuelo ajustado a la cabeza que rara vez se quitaba. La boca, algo desdentada, rumiaba aún los restos de la cena, gachas de almortas y un tomate con sal y aceite, como todas las noches. Ya de un rato, tras aquel silencio que se podía masticar, se dirigió a Eusebio y, sin mirarle a él, decidió:

—En el próximo viaje has de concertarle algún acomodo en Madrid. Tú ya conocerás algún comerciante que le enseñe el oficio. Este se va creyendo un poco señorito con sus saberes y le vendrá bien aprender lo duro que es ganarse el pan también en la capital.

Y, volviéndose a Mariano, le espetó:

—No creas que allí se atan los perros con longanizas, pero sé que tú saldrás adelante porque no te asusta el trabajo y sabes muy bien lo que quieres y esto es lo más importante en un hombre.

La noche antes de la partida apenas pudo pegar ojo. Cuando el canto del gallo raspó la madrugada ya llevaba Mariano tiempo con los trajines de ir metiendo en una bolsa sus escasas pertenencias, tratando de imaginarse aquellas casas de tres o cuatro pisos, con balcones de hierro, aquellas calles llenas de carruajes, repletas de gente desconocida con vestidos nunca vistos. Lo que conocía hasta entonces, Almoguera, Mondéjar, no eran, bien mirado, mucho más que Albares. Unas calles de tierra y guijarros con algún apero abandonado, un puñado de casas de adobe con un encalado desconchado y otras que no ocultaban sus remiendos de diversos tonos de ocre, tejados destejados y combados, mostrando a veces el esqueleto de sus vigas. Y alrededor tierras grisáceas, rastrojeras quemadas por el sol, con los solos toques de color del gris acerado de algunos olivos en el próximo cerro. Abajo, la vega, como un lujo inusitado en aquella paramera, aunque apenas eran unos metros de verde jugoso cabe al arroyo señalado por las altas banderas de unos cuantos chopos. De allí procedían aquellos melones y pepinos que rebosaban las alforjas de las tres renqueantes mulas, que el padre iba azuzando desde el borriquillo, viendo ya cercano el fin del viaje, un viaje que nunca se borraría de la memoria del muchacho.

El sería el primero de una larga y borrosa lista de antepasados que no pasaría la vida en las duras faenas del campo, trillando bajo el sol de las eras, esquilando ovejas y ordeñando cabras, pasando estrecheces, desconociendo el mundo exterior. De allí nadie salía, como no fuera para ir a una de las innu-

merables guerras de aquel siglo o en los años de milicia, si tenían la suerte de pillar los cortos intervalos de paz. Sus hijos, si alguna vez los tenía, quedarían liberados de ser labradores y labradores pobres. Definitivamente, el pueblo se había acabado para él. La luz se había ido poniendo rosa y tras las tapias de algunas pobres huertas de los suburbios iba asomando la naranja del sol. Ya era hora de tirar las destrozadas alpargatas y ponerse las nuevas, cuyas cintas atadas pendían del cuello. Había que estar atento al mundo, aquel mundo nuevo, rico, apenas entrevisto en algunos grabados y daguerrotipos de algún libro resobado de la escuela, se iba a abrir para él. El cuerpo ya se sentía ligero, como lavado del cansancio de tantas leguas.

Aquel muchacho que tan temprano había decidido cambiar el futuro, trazar su destino, era Mariano Jiménez Hortés, padre de Carlos Jiménez Díaz.

A la llegada, tras vender la mercancía en el mercado y dejar las mulas y el burro en la posada de la Calle Toledo, llegó el momento de presentarse en el comercio de ultramarinos de don Gabino, conocido por ser de Ambite, pueblo cercano a Albares, con el que ya se había apalabrado el trato. Mariano quedaría de chico de la tienda, allí viviría en la trastienda y como los gastos serían pocos y obtendría algunas propinas al llevar la cesta del pedido a los clientes habituales, su soldada sería de cinco reales a la semana.

En la despedida no hubo consejos, como los del alcalde de Zalamea, el padre le dió un beso y le dijo sencillamente:

—Bueno, chico, tú lo has querido, a trabajar y a portarte bien, que ya vendré a verte el próximo viaje.

Durante varios años vivió en la trastienda, realmente sótano del local, entre zafras de aceite, que casi llegaban al techo, y sacas de harina y legumbres apiladas. Un solo rayo de luz se filtraba entre las telarañas del ventanillo, pegado a la esquina que daba a la calle, por debajo de uno de los escaparates. Le gustaba observar cómo miríadas de partículas de muy diversos polvos parecían suspendidas en aquel haz de luz, pero cuando éste aparecía ya Mariano se había olvidado del camastro, se había dado un remojón en la palangana y llevaba un buen rato trajinando de acá para allá. Ya había rellenado muchas bolsas y había preparado las cestas del «pedido» que había que llevar a cuestas o sobre la cabeza a los clientes importantes.

Con el tiempo fue asumiendo más y más trabajo y responsabilidad. Ya conocía a la clientela. Sabía a quién se podía fiar y a quién no, sin que su instinto le engañara, y hasta prevenía al dependiente sobre los morosos. Ya su olfato se había hecho a aquella mezcla picante de olores del café recién tostado, de cacao y especias y sólo rara vez le parecía percibir en su imaginación el del frescor de la tierra mojada de la vega, cuando en sueños volvía a recorrer las calles del pueblo con una punzada de nostalgia, que pasaba pronto.

Dos únicos días al año —Navidad y Viernes Santo— eran sus vacaciones, según la inexistente legislación laboral del último tercio del siglo XIX. Aquellos dos únicos días entre los trescientos sesenta y tres restantes, había que dejar el guardapolvo y el mandil y vestir su único traje. En su trabajo en la tienda había ido haciendo relaciones y como la clientela era casi exclusivamente femenina, no le faltaba compañía. Se sabía atractivo, lo notaba en los ojos y en las zalamerías y, con la seguridad que siempre tuvo en sí mismo, se fue haciendo más audaz en sus requiebros y conquistas. Ello le llevó a ser el máximo exponente del «machismo» (aunque en aquella época no existiera esta expresión, que tal actitud era casi obvia por generalizada). No cabía duda que las mujeres eran atractivas y... bastante frescas, que sólo buscaban piropos y manoseos y que sacándolas de ahí y de fregar, lavar, cocinar y traer hijos al mundo no eran gente con las que hubiera que tener consideración.

Poco a poco, fue progresivamente siendo la persona imprescindible para el dueño del comercio, llegó a dependiente principal y con su labor incansable, con su buen arte para tratar a los clientes y su visión de lo que había que comprar y cuándo y dónde, el señor Gabino fue dejando más y más responsabilidades en sus manos. Otro chico, bisojo y flaco, era ahora el que se encargaba de llevar los pedidos y ocupaba su antiguo puesto en el camastro de la trastienda. Ya podía permitirse salir un rato al cerrar la tienda y antes de irse a su pensión recalar en algún cafetín de la zona, echar unos chatos y hasta de tarde en tarde jugar una partidita de chamelo o dominó.

Aquella Calle de la Victoria, tan céntrica, al ladito de la Puerta del Sol, verdadero núcleo de Madrid en aquel tiempo, tenía un ambiente especial marcado por el aire taurino que conferían las taquillas de la empresa de la Plaza de Toros, aún situada en su antiguo emplazamiento. Aunque no muy aficionado, y menos a gastar el dinerillo que iba ahorrando siempre con la vista puesta en llegar a tener su propia tienda, alguna vez se desplazaba hasta allí en los tranvías de mulas a ver la pugna de Lagartijo y Frascuelo, que acababan entre discusiones, e incluso mamporros, entre los acérrimos e irreconciliables partidarios, y con el ruedo orillado de caballos muertos, destripados bajo unas viejas lonas.

Realmente, casi lo que más le atraía era el lujo inusitado de fumarse un puro que algún cliente marchoso le había regalado como un tesoro. La guerra de Cuba, enconada desde 1875, con el regreso de los soldados de rayadillo, muchos enfermos y demacrados por las fiebres, otros más influyentes reclamados por familiares, hacía que los vegueros de Vuelta Abajo ocuparan parte de la mochila del triste retorno. Mariano adoraba el olor y sabor de aquellos cigarros, acostumbrado a un tabaco de picadillo lleno de estacas y fuerte que raspaba la garganta. La vuelta de Balbino, de profesión esquilador, novio de su hermana Ezquiela y pronto cuñado suyo, le proporcionó un buen mazo de aquellos cigarros, junto a un montón de historias de aquellas tierras tropicales, que contaba con especial ingenio y gracejo y que a él le abrirían nuevos horizontes. Al fin y al cabo todo aquel incontenible deseo de salir del pueblo y ver mundo que había guiado su infancia y que se abrió paso en aquel imborrable viaje caminando hasta Madrid, se había limitado hasta entonces a días y días, horas y horas de tienda y a alguna escapada a bailes de Lavapiés o Las Vistillas y a ver la parada de alabarderos en la Plaza de Oriente.

El señor Gabino se había ido encogiendo con los años, estaba cansado y añoraba la vuelta a Ambite, donde se había ido comprando algunas tierras con los ahorros de tanto tiempo y descansar del trajín del comercio. Ya casi se sentía ajeno a aquella tienda, su labor se había ido reduciendo a recoger el dinero y Mariano se ocupaba de todo y no cabía duda que la había ido transformando, dándole más categoría dentro del gremio y ampliando la clientela a clases más pudientes que buscaban la mejor calidad y selección de los productos que en su clara visión de lo que era el negocio él había ido aportando. El trato fue fácil. Un arrendamiento, encaminado en poco tiempo a un traspaso total, en cuanto que aquellos duros ahorrados cubrieran lo poco que faltaba para poder cumplir su sueño de ser propietario del negocio.

Ese fue el momento definitivo, ya en 1895, de dar el paso que hasta entonces no se había atrevido. Tenía el ojo echado y el corazón hipotecado en una moza a la que no iba a dejar escapar. Se llamaba Jacoba Díaz y era del cercano pueblo de El Molar, en el camino de Burgos. La familia estaba limitada a dos hermanos mayores, Manuel y Pablo, ya que los padres murieron jóvenes y en corto tiempo ambos, dejando aquellos tres huérfanos de nueve, siete y cinco años, que recogieron unos parientes.

Tenían algunas tierras en ese término y en Valdetorres del Jarama pero, como las de Albares, eran tierras de escaso rendimiento y ella también, como él había hecho en su momento, decidió correr la aventura de Madrid y se

colocó de cocinera en una buena casa de la Calle del Prado. Era bien plantada, aunque también como él de corta estatura, con una cara suave, nariz respingona y una sonrisa casi perpetua en sus labios gordezuelos. Como tantas otras se había dejado atraer por aquellos profundos ojos azules de Mariano, y aún más por su inteligencia natural, por su labia y por haber sido testigo del cambio que había ido imponiendo en aquel comercio, donde ella hacía la compra todas las mañanas, lo que le demostraba que era un hombre de fiar, que no paraba de trabajar y que su futuro era seguro. También se había dado cuenta de que imponía una disciplina estrecha sobre los que le rodeaban, que era muy «mandón», imponiendo siempre su voluntad, aunque con ella se mostraba fino y atento. El caso es que por una u otra cosa se había enamorado hacía tiempo y cuando llegó la esperada declaración y petición de matrimonio no lo dudó un momento y aceptó encantada compartir aquella vida.

Así, tras un corto noviazgo, llegaron a una boda humilde —sólo la familia cercana, los compañeros de trabajo y algún amigo del gremio— en la cercana parroquia de San Sebastián, el día 8 de septiembre de 1895. Encontraron un piso modesto en la Calle Trujillos, entre la Plaza de las Descalzas y la Calle del Arenal y allí pronto empezaron a llegar los hijos.

Capítulo II

Esa dura y feliz infancia (1898-1913)

El mundo iba naciendo poco a poco,
para mí solamente...
Los pájaros cantaban porque yo estaba oyéndolos.
Los árboles nacían cuando abría los ojos.

«Elegía de mi niñez», JOSE M. VALVERDE

ANTES DE TRASCURRIR UN AÑO del matrimonio de Mariano Jiménez y Jaboba Díaz tuvieron, el 9 de agosto de 1896, su primer hijo, varón como él no sólo había deseado, sino que siempre tuvo la seguridad de que así sería. Sin dar lugar a discusión, imponiendo como siempre su voluntad, como había quedado claro desde el principio, le pusieron el nombre del abuelo paterno, Eusebio, que ya había tenido que abandonar sus caminatas de veinte leguas hasta Madrid para vender hortalizas y garbanzos, pero que continuaba en Albares en su quehacer de labrador. Aquella ocasión, primer nieto, fue suficiente motivo para rebañar la bolsa y con Juana tomar la diligencia desde Mondéjar a Madrid para acudir al bautizo de su recién nacido homónimo.

Antes del año, nuevamente, vino el segundo, otro niño, al que esta vez se volvió a imponer el deseo paterno y se le llamó Mariano, como él. Sin embargo, a los pocos meses murió de una de aquellas diarreas estivales que diezmaban por aquella época la población infantil.

Cuando aquella desgracia ocurrió ya venía otro de camino y, el 9 de febrero de 1898, en pleno desastre colonial con la pérdida de la última colonia ultramarina, nació un tercer varón. Pensaron en volver a ponerle Mariano, ya que el otro se había malogrado, pero en esta ocasión la madre, arguyendo supersticiosa la muerte reciente del anterior, aprovechó la ocasión para darle el nombre de su padre, el otro abuelo, el de El Molar, y llamarle Carlos. Maria-

no no estaba acostumbrado a dar su brazo a torcer e intentó nuevamente salirse con la suya, como siempre había hecho desde aquel, ya lejano, día en que convenció a sus padres para emigrar a la capital. Le parecía una tontería de debilidad femenina invocar la mala suerte, ¿pues, y él, no se llamaba Mariano?, ¿y cuál de sus propósitos le había salido mal? Sin embargo esta vez venció el tesón de Jacoba:

—Si no sólo es eso, yo también tengo derecho a honrar a mi padre y Carlos es un nombre bien bonito y más señorial.

¿A que en toda La Alcarria no había conocido él ningún Carlos destripaterrones? Muy probablemente no pudo argumentar, por no saberlo, que San Carlos Borromeo había sido, además de banquero que había dado todo a los pobres, un gran y famoso médico, admirado en toda la cristiandad por famosas curaciones, consideradas extraordinarias. Mucho menos pudo colegir que por ello sería el nombre más adecuado para aquella criatura que comenzaba una vida que había de llevarle por los mismos caminos.

Finalmente, le fue dado el nombre de Carlos en la pila bautismal de la vecina iglesia de San Ginés en la Calle del Arenal, el 12 de febrero, que por entonces no se podían retrasar los bautizos en demasía a riesgo de ir engrosando hasta rebosar el limbo de los justos.

La Calle de Trujillos, muy céntrica, era por aquellos años, sin embargo, bastante modesta. Había un par de casonas señoriales cuyos balcones casi se tocaban, antes de ensancharse la calle en ángulo hacia la izquierda, dando lugar a una rinconada que recibía el nombre de Plazuela de Navalón. La de la acera derecha, con gran portalón para carruajes y portero de librea, era del marqués de Claramonte. La de enfrente, también de cierto empaque, estaba habitada en su principal por los García de la Barga, don Félix, senador vitalicio, uno de cuyos hijos, el décimo o undécimo sería luego el conocido periodista y escritor Corpus Barga.

La casa de los Jiménez Díaz parecía un pariente pobre al lado de ellas. Habitaban el primer piso, a medio camino entre la alta burguesía del entresuelo y principal, y los menestrales de las buhardillas. Era una de la hilera de la izquierda, con portales modestos y estrechos y tiendas pobres. Era una casa más bien triste y vieja. A un lado del portal, una carbonería, con sus montoncitos de leña fina y las seras de carbón de encina para los braseros, daba el toque lúgubre; mientras la del otro lado, una bordadora, con sábanas y mantelerías de hilo para ajuares, en el pequeño escaparate, trataba de compensarlo

con su blancura. La escalera de peldaños bajos, de madera desgastada en el centro, con taburete de descanso en el rellano para los que tenían que escalar a las alturas, tenía una sola puerta central en los dos pisos bajos, pero ya al llegar al primero existía una a cada mano. En la de la izquierda vivió Carlos sus primeros años. El piso era pequeño: un sala-cuarto de estar comunicaba con la alcoba de los padres, con su gran cama de hierro, apenas adivinable en la oscuridad del fondo, ya lejana al balcón. El otro balcón era el del comedor con sus trincheros de marquetería y platitos y tazas en sus estantes. Al otro lado del pasillo al que se abría la puerta de la escalera, hacia el interior, estaba la habitación de los hijos, la cocina, un cuarto sin luz con armarios y baúles donde los chicos comenzaron sus juegos y una galería al patio, que acababa en la puerta de madera de un azul desvaído que daba entrada a un raquítico retrete. De aquel espacio Carlos podía recordar muy poco, ya que cuando fueron llegando más hermanos, y llegaron pronto, hubo que mudarse a un piso más amplio. De su corta estancia en la Calle de Trujillos, Carlos sólo recordaba algunas ráfagas sueltas, con grandes espacios en blanco, como ocurre con los inicios de la memoria. Eran visiones pasajeras, como un «flash», pero muy nítidas y de cosas intrascendentes. Ese primer recuerdo, que queda imborrable, sin poder explicar por qué.

En su caso era el de los jardincillos municipales de la cercana Plaza de las Descalzas, presidida por el convento y la iglesia y afeada a la izquierda por el edificio de ladrillo sucio de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, «El Monte», en la jerga de los pobres, con su ir y venir de viejillas enlutadas con un atado de ropa. Sin embargo, de todo ello lo que más rememoraba «como si lo estuviera viendo» era una parada de carros de alquiler allí situada. Los carros, con sus ruedas pintadas de azul, verde o rojo, con las mulas flacas, de pelaje sucio e irregular, con algunas mataduras, siempre llenas de moscas negro-verdosas.

Las mulas que metían el hocico en el largo saco de paja que las colgaba de las orejas, fueron un espectáculo fantástico que grabó su infantil retentiva. También podía revivir, más por el olfato que visualmente, el paso por la pastelería «La Flor y Nata» en la próxima Plaza de Celenque y el también atractivo olor del pan recién hecho de la panadería de la «Casa de los Capellanes», que por aquellos años heredaron los Baroja de una tía.

Hubo tras él, casi al año un nuevo Mariano, que como el anterior vivió unos meses y enseguida, el 8 de octubre de 1900, nació otro, que desafiando aquella especie de gafancia que parecía tener el nombre para los recién nacidos

así bautizados en aquella familia, como si el destino quisiera impedir que otro Mariano Jiménez sucediera a su padre, fue llamado así y, afortunadamente, se crió sano y fuerte. Su llegada hizo más imposible el corto espacio de aquel piso.

Por otra parte, el padre había continuado progresando en su comercio a base de trabajo y dedicación continuas (los chicos apenas le veían, porque cuando volvía de la tienda, ya muchas veces, estaban acostados). Por aquellos días decidió ampliar el negocio y arrendó otra tienda en la Calle de Atocha y la oportunidad de poder alquilar un piso en la misma casa aceleró la mudanza.

Todavía, esta vez más espaciado, cuatro años más tarde del nacimiento del Mariano superviviente, llegó un cuarto hijo, que se llamó Luis. Cuando sus amigos y familiares le decían:

—¿Pero, otro chico?

El les contestaba jactancioso:

—Pero, ¿qué os habéis creído?, ¿que yo, Mariano Jiménez, iba a perder el tiempo engendrando hembras? Eso es para los flojos, el mundo es de los hombres y para los hombres. Seis he tenido y todos varones, aunque dos murieron tan chicos. Aquí tengo cuatro que van a ser gente importante. De eso me encargo yo. No hay cuidado de que éstos se desmanden. Estos sabrán bien lo que es el trabajo, como lo ha sabido su padre empezando de la nada. Ellos van a tener oportunidades que yo no tuve, van a poder estudiar y ser gente de provecho, pero aquí hay que seguirse ganando todo con esfuerzo. Yo sé algo de eso y ya los mayores saben bien que en esta casa no hay más palabra que la mía y que tienen que obedecer más que en un cuartel. Aquí nadie me va a traer una mala nota y mucho menos me va a levantar la voz, ni me va a hacer cualquier golfería. Ya sabéis cómo soy, luego estoy seguro que me lo agradecerán, como hago yo con mi padre, que no se arrugó al enseñarme que si quería hacer algo más que vegetar en el pueblo lo iba a sudar. ¿Y creéis que iba yo a tener hembras, señoritas remilgadas a la espera de un novio y una boda?..., eso es para otros.

Y lo decía tan convencido de que era él y no el destino ni los cromosomas (que ni sabía que existieran, ni lo que eran), lo que había determinado esta exclusividad varonil en su descendencia.

En los primeros años, Eusebio y Carlos habían aprendido solos a leer, escribir y dibujar en unos rimeros de papel de estraza, que el padre subía de la tienda y que eran por él, con sus pocas letras, supervisados. El cambio a la casa de Atocha, 24 supuso también un cambio en las costumbres. La cercanía de la casa a la tienda hizo que se trasladara a la trastienda el lugar de estudio. Allí, entre zafras de aceite y montones de sacos, igual que había vivido sus primeros años en Madrid su padre, comenzaron sus clases. Habían acondicionado un rincón con una mesa de madera de pino y una bombilla colgando de su cable encima y allí estaban continuamente alerta de la aparición del padre y rara vez podían distraer su atención de los libros. Muchos años después, en ocasión que ya será referida, su hermano Mariano hizo un donoso documento que quizá recoge mejor que lo que pudiéramos contar de las incidencias de aquellos años.

«Los antecedentes remotos: Tan ilustre hermano, vástago tercero de los seis del legítimo y honrado matrimonio de nuestros queridos y comunes padres, probó, quizá con algún exceso, su inquieto temperamento y aguda inteligencia en los cortos años de su primera infancia, de feliz recordación, en que el primogénito de la casa soportó, no siempre con igual paciencia, las crueles burlas y múltiples enredos de que le hacían víctima y en las que yo desempeñé el secundario papel de vocero y escudero, ganando por mis malsanas ayudas coscorrones abundantes y algún castigo paternal, justamente aplicado a cierta parte del cuerpo que no dertermino por conocida.

Algo pudo cambiar su turbulencia, el consejo más o menos desinteresado que nuestro padre, honrado comerciante del gremio llamado de ultramar, recibió de un cura, algo rústico, llamado don Nicasio (natural de Torrelavega, alto, huesudo, de afilada nariz y largas extremidades que golpeaba constantemente, al propio tiempo que agitaba sin descanso entre sus fauces una espantosa dentadura postiza tratando de introducir en mi cerebro latines y más latines) sobre nuestro futuro, encaminado hacia el conocimiento de las disciplinas propias de los llamados bachilleres, cuyo grado solía alcanzarse después de un prolongado aprendizaje de seis años, mezclando, no ciertamente con buen tino, las geografías, las ciencias físicas y químicas y un disparatado volumen de derechos públicos, naturales y privados.

Gracias a Dios Nuestro Señor y a la atención que nuestro padre prestó al consejo del clérigo, mi citado hermano Carlos desvió su atención por los honestos caminos del saber, casi por entero, aunque sus cortos ratos de ocio los dedicara a bromas y travesuras de las que éramos víctimas familiares, asalariados y amigos, notándose en todas ellas un espíritu impetuoso y bélico; ya provisto de una espada de madera, forrada con el mismo papel de los salchi-

chones y el chocolate, y, figurándose ser el temible pirata Montblant o capitán de fingidos ejércitos, acababa con nuestras vidas o las golpeaba con furia dañina.»

Los exámenes los hacía en el Instituto de San Isidro. Aquel caserón de la Calle Toledo impresionó a Carlos el día del examen de ingreso de Bachillerato. Más que el Tribunal de señores con luengas barbas y enlevitados, le inquietó entrar entre la riada de chicos que se amontonaban en los pasillos, gastando pullas y haciendo comentarios ante la aparición de los niños ricos, los señoritos, vestidos de marinero o con chaquetas de terciopelo negro y camisas de grandes lazos en el cuello, acompañados de un flaco preceptor o por la madre con lujosos vestidos, y, de igual manera, cuando el recién llegado era un pobre chico perdido dentro del arreglo de un viejo traje paterno, mucho más grande que él, con esa cara de angustia del que se sabe con aspecto ridículo y proclive a levantar rechiflas.

Carlos llevaba desde luego ropa hecha en casa, aprovechando retales rebajados, pero su madre era hábil en el corte y la costura y así quedaba en una zona intermedia que le hacía pasar el examen de revista de los guasones sin poder despertar su maligno ingenio. Bien es verdad que nunca tuvo gran preocupación por su aspecto. El pelo, cortado en casa, algo trasquilado, se negaba a seguir planchado al poco tiempo de haberse sometido al peine y la camisa tenía la irrefrenable tendencia a lucir el faldón al escaparse del pantalón. Rara vez los zapatos no mostraban el rabo del cordón desatado y los dedos parecían atraer toda la tinta en cuanto cogían la pluma. Este aspecto desaliñado, que tantas reconvenciones de su madre (y, posteriormente, de su mujer) le hizo ganarse, resultaba simpático a aquellas pandillas de mozuelos más veteranos que ocultaban el temor al examen concentrando su desparpajo en los novatos que acudían al examen de ingreso. Por otra parte, los ojos de Carlos tenían algo de firmeza indefinible, que no auguraban nada bueno al que se atreviera a ponerse delante de sus puños; aunque bajo de estatura, era ya ancho y fuerte. Además se le veía campechano, sin ínfulas y cuando contestó muy brillantemente a las preguntas de aquellos imponentes señores del Tribunal salió tan tranquilo entre aquellas temerosas filas.

Un día de octubre de 1906, tenía Carlos por entonces, por tanto, ocho años, doña Jacoba fue con los dos mayores Atocha abajo a llevarles al Jardín Botánico. Al llegar al bastante lúgubre edificio de San Carlos, Facultad de Medicina, edificado como tantos otros de Madrid en la época de Carlos III, un gran tumulto interrumpía el paso. Algunos estudiantes con sus guardapolvos, monjas de la Caridad con sus aladas tocas y mucha gente joven se apelotonaba alrededor de la gran puerta.

En un primer momento se asustaron y trataron de cruzar de acera para soslayar aquel gentío, pero nuevas oleadas de más y más gente les empujaban impidiéndoles enderezar su camino. Pronto captaron que el ambiente, lejos de ser agresivo, era eufórico. Los vivas a España resonaban coreados por cientos de gargantas, junto a vivas a Cajal. El entusiasmo era frenético y se acentuó cuando un hombre casi calvo, con puntiaguda barba y facciones ascéticas salió, junto a otros, al balcón central. Los chiquillos estaban contentos entre tanta e inusitada algarabía, y doña Jacoba preguntó:

—Por favor, ¿me podrían decir qué ha ocurrido?

El así preguntado, un chico joven que era de los que más gritaba, le contestó con cierta guasa en los ojos:

—Pero, señora, ¿aún no sabe usted que le han dado el Premio Nobel de Medicina a don Santiago Ramón y Cajal y ése es el premio más importante del mundo?

Los niños seguían entusiasmados con aquel bullicio y cuando pudieron zafarse de la muchedumbre que se iba retirando, al desaparecer el señor barbudo del balcón, no pararon de inquirir a su madre, que malamente podía contestarles quién era aquel señor, qué era eso del Premio Nobel y por qué se lo habían concedido.

No había pasado una semana y Carlos cayó con anginas y mucha fiebre. Acudió, como siempre don Práxedes, el médico de cabecera de la Mutua, con su barba entrecana y su maletín lleno de aparatos. Cuando acabó de martirizar a Carlos con el depresor y le recetó unos toques de yodo, se atrevió a decirle :

—Don Práxedes, ¿sabe usted quién es Ramón y Cajal?

—Y tú, mocoso, ¿de qué conoces ese nombre?

Doña Jacoba le explicó la escena que habían presenciado y cómo el niño desde entonces no hacía más que preguntar, sin que nadie en la casa, ni siquiera su padre, hubiera podido satisfacer su curiosidad infantil. El médico pasó e explicarle, sonriendo:

—Mira, hijo, Ramón y Cajal es un sabio que ha descubierto cómo funciona nuestra cabeza, de qué forma pensamos y cómo nuestros deseos se tra-

ducen en acciones. Por ejemplo, si tú piensas que quieres mover esta mano, la mueves porque hay como una corriente eléctrica que va desde tu cabeza a los propios dedos que quieres mover y no a los del otro lado. El lo ha visto en un aparato que se llama microscopio, que es como una lente de gran aumento y lo ha dibujado y por ello le han dado ese Premio Nobel, que es el más importante de la Tierra. Es un hombre maravilloso, pues él ha hecho todo por sí solo, sin ayudas y casi sin dinero. A partir de ahora es una de las glorias de España. ¡Que buena falta le hace!

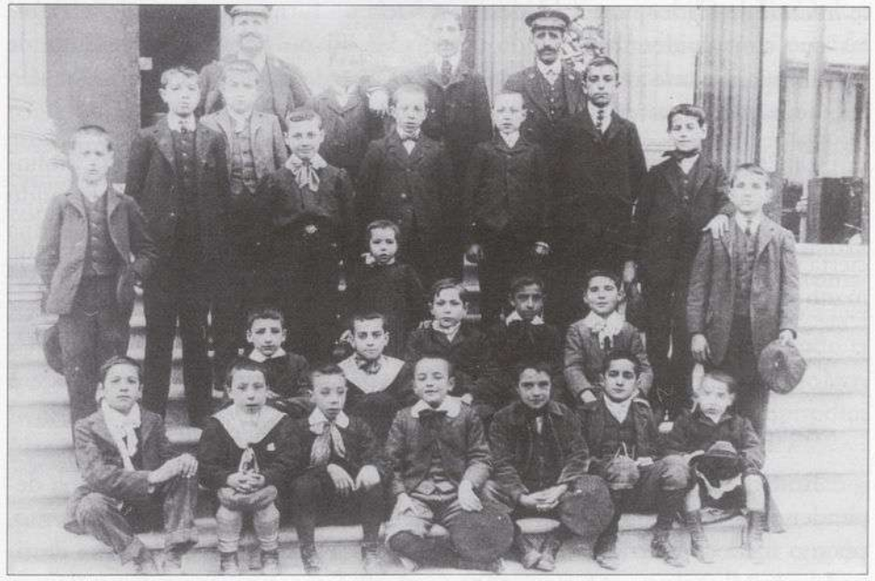
Aquel episodio y aquellas palabras quedaron para siempre grabadas en una de aquellas neuronas que Cajal acababa de descubrir.

Los años siguientes, con la naturalidad del camino aprendido y sin temor a preguntas no sabidas, seguro de sus conocimientos, continuó haciendo el peregrinaje anual al examen del Instituto. Sin embargo, no estudiaba allí. Su padre prefería tenerlos cerca, en la trastienda, donde en cada momento podía vigilar sus bastante frecuentes travesuras, cuando el esperpéntico don Nicolás había acabado las clases.

Hacia la mitad del Bachiller don Mariano ya estaba convencido de que sus hijos, especialmente los dos mayores, eran muy inteligentes y había que darles estudios. Comenzó a mandarles entonces al Centro de Instrucción Comercial. Era éste un colegio-academia, creado por comerciantes como él, conscientes de que el progreso venía por los saberes adquiridos, además de por el trabajo. Querían que sus hijos subieran un importante escalón en la escala social. La mayoría se aplicaba a los estudios de Comercio, con la meta del título de profesor mercantil, pero otros estudiaban Bachillerato, con una vaga idea de llegar hasta la universidad o las carreras especiales. Era barato y ellos mismos se preocupaban de que los profesores cumplieran. Estaba situado en la Plaza de Santa Ana, esquina a la Plaza del Angel, en una casa llena de escaleras y pasillos. Las aulas eran habitaciones reducidas y destartaladas, frías en invierno, con pupitres manchados de tinta y surcadas de inscripciones dejadas de recuerdo por cursos anteriores. No existía la férrea disciplina ni los palmetazos —la letra con sangre entra—de los colegios de frailes. Imperaba un cierto liberalismo en el ambiente, con algunos profesores francamente progresistas, entusiastas de la ciencia que empezaba a aparecer como liberadora del trabajo manual del hombre. No existían tampoco diferencias de clase. Allí nadie trataba de engañar a nadie; se sabían hijos de comerciantes más o menos modestos y el que la tienda paterna fuera de paños, ferretería o ultramarinos no contaba para hacer distingos.



Fotografía de estudio a los tres años. «Primer burro» de la colección de su esposa.



Con sus compañeros del Centro del Instituto Comercial (centro de la fila inferior).

Si bien es verdad que seguía siendo muy travieso y que a la salida se solía entretener con hermanos y amigos jugando a pídola o inventando batallas en la propia Plaza de Santa Ana, Carlos abrió pronto su mente al afán de saber, que nunca le abandonaría. ¡Había tantas cosas interesantes! ¡Cómo no deslumbrarse y rendir culto a la técnica que había inventado el ferrocarril y el dirigible! ¡Cómo no extasiarse con las maravillas de ese ancho mundo repleto de cordilleras nevadas y anchurosos ríos y océanos! ¡Cómo no asombrarse y envidiar a los héroes de la historia, con su grandeza que tanto les hacía conductores de pueblos, guerreros invencibles! Con el motor de la ilusión, con la capacidad de asombro ante tantos hechos nuevos, le era muy fácil aprender y estudiar. Como en casa su padre siempre predicando la austeridad había dejado desde el principio claro que allí no había dinero para libros, comenzó a acudir con doce o trece años a la biblioteca del Instituto de San Isidro, en general poco frecuentada. Le había tocado nacer en una época de instrucción y progreso. Estas palabras se habían constituido en ideario de un mundo que había sobrepasado su temor a desaparecer bombardeado por el cometa Halley al comienzo del siglo. ¡Y cuánto quedaba por descubrir! ¡Cuán lejos estaba el hombre de dominar para bien de la Humanidad y no para destruirla toda aquella energía almacenada en las minas y en los elementos de la naturaleza! La mente infantil de Carlos no cejaba de mirar hacia un futuro tan lleno de incógnitas que con rapidez iban siendo despejadas. El no quería quedar fuera de aquella apasionante aventura de búsqueda de verdades ocultas y para ello sólo había un camino: estudiar y estudiar.

Una tarde, cuando estaba enfrascado en un libro de historia en la biblioteca, un señor con barba negra, elegante, pero con libros y folletos asomando por todos los bolsillos, se quedó mirando por encima del hombro, con una cierta sorpresa ante la actitud concentrada de un niño tan pequeño, le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—Bien, muchacho, así hay que leer y leer siempre si quieres entender las cosas de este mundo.

Aquel señor tan circunspecto era don Marcelino Menéndez Pelayo.

En el Centro, Eusebio había hecho un gran hallazgo. Encontró una dependencia, medio escondida al final de un pasillo, un local polvoriento, poco o nada concurrido, dedicado a biblioteca circulante. No estaba destinada a los alumnos, sino a aquellos comerciantes promotores, pero él supo convencer al viejo encargado, un tipo delgado, pálido como la cera, que parecía tan cargado de polvo como los libros que se almacenaban en los anaqueles, de que él necesitaba leer y en su casa no había dinero para libros..., además su padre era socio, aunque no utilizara este servicio, y pagaba religiosamente la escasa cuota marcada y las matrículas de los chicos. Cuando le comunicó a Carlos su descubrimiento, enseñándole al salir de su clase un libro de Julio Verne, «De la Tierra a la Luna», se confabularon para sacar de allí todo lo que les interesara. Por el camino, sin embargo, les fue invadiendo el temor a la reacción paterna. Sabían que su padre despreciaba las lecturas, apenas una ojeada al periódico de las mañanas, y consideraba una intolerable pérdida de tiempo todo aquello que no tuviera un fin «práctico». No les gustaba mentir, pero en lucha con su conciencia triunfó el deseo, más bien la necesidad, de leer y leer, como le había dicho a Carlos don Marcelino. El convencimiento de que el libro sería inmediatamente secuestrado por el padre, a lo que seguiría una bronca y una prohibición absoluta para el futuro, fue más fuerte que el hábito de no ocultar nada a la indiscutible autoridad paterna. Carlos se encargó de embutir el libro bajo la chaqueta y con el pretexto de subir a merendar, trepó furtivamente las escaleras y lo escondió debajo del colchón. Ya sólo quedaba esperar ansiosamente la noche, a que se silenciaran los ruidos, apagar la luz para que la rendija que se filtraba por debajo de la puerta no les traicionara y que su oído alerta percibiera los fuertes ronquidos del padre al otro lado del tabique. Mariano se dormía pronto, cansado de la dura jornada entre las dos tiendas y habituado a madrugar; entonces el horizonte estaba despejado y podrían iniciar aquella apasionante aventura. Fueron incapaces de parar ante la delicia de poder disponer de tantos libros. Eusebio recayó de una nefritis post-escarlatina y tenía muy recomendado el reposo y el mucho dormir. Cuando Carlos llegaba del estudio en la trastienda, él ya se había devorado el del día anterior y cuando se daban las circunstancias citadas anunciadas por el ronquido paterno, Carlos tomaba el relevo y sorbía con delectación aquellas páginas, lo que le habituó a leer deprisa, pero sin perder una coma (algo que siempre asombraría a todo el que le veía estudiar libros y revistas). Libros y libros siguieron a aquél de Verne inicial y su entusiasmo llegó al límite cuando toparon con los «Episodios Nacionales», de Galdós.

El encargado de la biblioteca les miraba alucinado. En los muchos años que allí llevaba no había tenido apenas trabajo. Algún dependiente engomado venía a rebuscar novelas picantes y algún comerciante serio y obeso cargaba con los gordos tomos de un folletón de Xavier de Montepín o Manuel Fernández y González, pero aquellos chicos eran insaciables y hasta le hacían su-

birse a la escalera a los altos estantes a la búsqueda de ejemplares que casi no se habían tocado.

Una noche su madre les sorprendió en la lectura. Se había levantado para ver si Eusebio tenía fiebre, pues el día anterior había andado un poco pachucho, aunque ya había vuelto a sus clases, y don Práxedes le había advertido que le vigilara al recobrar la actividad, pues la orina aún no estaba limpia. No les dio tiempo a esconder los respectivos libros bajo las sábanas ni apretar la perilla de la luz. Mientras palpaba la frente fresca de su hijo hizo un gesto de reconvención, al tiempo que llevaba el dedo a los labios, indicando con los ojos la habitación frontera donde su marido seguía roncando apaciblemente.

Al día siguiente, a la vuelta del Centro, cuando subieron antes de reanudar el estudio en la trastienda, les hizo sentar y, lo más seria que pudo, dijo:

—Vosotros no sabéis lo que hacéis. Si un día se despierta padre y os encuentra a esas horas perdiendo el tiempo con novelas y gastando luz, vais a pasaros castigados todo el curso, ya habéis probado alguna de sus bofetadas, pero esto iba a ser peor que cuando os obliga a cenar la comida que no habéis querido a mediodía y sabéis que no probaréis bocado hasta que dejéis el antes despreciado plato completamente limpio. Y además esta vez tiene razón. ¿A qué santo viene pasaros las horas muertas estropeándoos la vista sin ningún motivo? ¿Os parece poco lo que tenéis que estudiar abajo, con su vigilancia? Tú, Carlos, ya te has tenido que poner gafas y con esta mala luz vas a necesitarlas cada día más gordas. Y tú, Eusebio, ¿no sabes que aún no estás bien de esa nefritis, o como se llame, y que el médico dice que necesitabas mucho reposo y descanso? Que no vuelva a saber que traéis más libros de ésos, que Dios sabe quién os habrá prestado y si serán buenos o malos.

Los hijos habían permanecido cabizbajos, pero no atemorizados. ¡Eran tan distintas las regañinas de ella de las del padre! Sobre todo a él no se les podía ocurrir lo más remoto replicarle, pero a ella, con cariño y respeto, podrían convencerla y conseguir todo. Estaban tan firmemente convencidos de que aquello que hacían no era malo, sino que por el contrario les estaba dando una formación y una cultura de la que hasta entonces habían carecido, que sacaron fuerzas para pasar a la ofensiva.

—Madre —dijo Carlos—, usted sabe que no perdemos el tiempo y que las notas de los estudios son siempre muy buenas. Estas lecturas, que no son malas ni pecaminosas, nos enseñan tanto como lo libros de estudio. Para ser

alguien en la vida hay que saber muchas más cosas que las que aprendemos en el Centro y con don Nicolás. ¡Por Dios, no le diga nada a padre y procuraremos descansar suficiente, pero ya ve que ni nos tiene que despertar por la mañana!

—Claro, madre —remachó Eusebio—, yo duermo bastante y además se reposa tanto estando en la cama dormido como despierto. Si además yo ya estoy bien, no me duele nada y ni me hincho como antes. Los libros no nos los presta nadie, sino que nos los dejan en la biblioteca del Centro y allí se puede usted figurar que no va a haber malas lecturas.

Ella, que había leído tan poco, vidas de santos, lecturas piadosas, no pudo seguir argumentando. Tenía una fe ciega en aquellos hijos que nunca le habían dado un disgusto. Intimamente estaba orgullosa de ellos y no era capaz de disimularlo. Así que, tácitamente, se convirtió en su mejor cómplice, quizá porque entendiera sus acaloradas razones de deseo de saber más o simplemente por evitar el disgusto que originaría el descubrimiento de aquellas prolongadas veladas literarias por su marido. En alguna ocasión, un discreto golpe en el tabique medianero les avisaba del peligro las raras veces que el padre estaba desvelado o iba a levantarse a deshora.

Los cursos fueron pasando siempre coronados por buenas notas y felicitaciones de los profesores del Centro y del Tribunal del Instituto de San Isidro. El orgullo, la satisfacción, del padre fue creciendo, pero sin que por ello menguara su exigencia y disciplina. Tenía el convencimiento de que el excepcional rendimiento de sus hijos era debido a él, no tanto porque les hubiera transmitido sus virtudes de trabajador, sino como consecuencia de su drástica autoridad y vigilancia. Ello le reforzaba en su dureza y las mejores notas no debían ser objeto de premios ni de unas palabras de elogio, ni desde luego, de una dulcificación en las austeras costumbres que había implantado. Realmente para él que sus hijos destacaran sobre los restantes condiscípulos no era más que el debido cumplimiento de una obligación y ¡ay de ellos si alguna vez flojeaban! Esta inflexibilidad paterna iba creando un contraste entre la amplitud de miras y la madurez que iban adquiriendo con estudios y lecturas y su escaso, limitado, ambiente de relaciones. Su mundo estaba encerrado entre ellos, los hermanos. Salían muy poco y tampoco menudeaban las visitas, fuera de los parientes de El Molar o de Albares o algún vecino de aquellos pueblos que buscaba protección en su emigración a la capital o venían «de médicos» a los cercanos Hospitales General o San Carlos.

A nivel de tercero o cuarto de Bachillerato se despidió don Nicolás y fue sustituido para las clases de latín y vigilancia de los estudios por un curioso personaje que irrumpió suavemente en la vida de Carlos y sus hermanos y en ella permanecería siempre, hasta su muerte, ya muy anciano. Don Faustino Sánchez Céspedes era un sacerdote, a la sazón en la treintena, hijo de una familia conocida de Mondéjar. Era un hombre alto, fuerte, con aspecto algo majestuoso que contrastaba con la dulzura de sus facciones y su enorme bondad. Había sido un rapaz despejado e inquieto que, como era frecuente en los pueblos pobres, fue destinado al seminario como único medio de darle estudios.

Era realmente difícil saber el grado de su vocación sacerdotal, pero como hombre estudioso profundizó en la Teología, cerrando voluntariamente ventanas a otros saberes paganos. Había pasado mucho hambre y frío en el seminario y ahora no lo pasaba mucho mejor. Había sido destinado por el Obispado a una parroquia de Lavapiés y a sus escasos recursos le venían bien unas pesetillas más y el calor de una familia amiga. Por respeto a él y a su sotana, se trasladó el estudio tras las clases de la trastienda a la casa y se interrumpían durante el chocolate que doña Jacoba siempre tenía dispuesto para él. Como se cenaba pronto y la flacidez de la sotana y la holgura del alzacuello indicaban su magra nutrición, era también invitado muchas veces a quedarse a cenar, con el pretexto de que esperara la subida de don Mariano de la tienda al final de su siempre prolongada jornada. A veces en honor del reverendo casi paisano hasta se jugaba una partida de tresillo o escoba de sobremesa.

Para don Faustino, los chicos constituyeron un nuevo aliento. Aunque procuraba no olvidar los libros, el trabajo parroquial era fatigoso y triste. En alguna ocasión llegó a pensar que además era estéril. Los feligreses contaban siempre penas, miserias, necesidades que él no podía evitar. Tenía que convivir con ellos la desesperanza de una situación social injusta, de pobreza, de falta de futuro. Los que tenían trabajo, siempre mal pagado y en el aire. Sabían que el patrono en cuanto comenzaran los achaques de la vejez les despediría como a un trasto inservible y sin que les quedara prácticamente ningún derecho ni pensión y nunca habían tenido la menor posibilidad de ahorrar más que, en todo caso, para pagar la humilde cuota de sepultura y entierro. La lucha por la subsistencia les ponía al margen de la espiritualidad y no podían tener otras miras que no fueran el trampear las necesidades materiales de la familia, en general, muy numerosa. Cuando la busca por la vida es tan dura, cuando se pasa hambre, cuando se teme por el mismo camino para los hijos,

con un porvenir tan cerrado como el de ellos, cuando se otea el fin en la pobre cama de una inmensa y fría sala de hospital, la mente se obnubila para todo lo que no sea la supervivencia. Era un campo abonado para el anarquismo y Bakunin había ido sustituyendo a un Dios que tan poco caso había hecho a sus oraciones. Para otros, especialmente para las mujeres, la religión era un mero refugio de fe ciega entremezclada con superstición, de espera de milagros o de protección de aquel determinado santo a quien invocar en las ocasiones difíciles o de aquella Virgen patrona del pueblo de origen.

Los movimientos de liberación proletaria, tan en boga en Europa, a partir de la revolución rusa, eran allí mal conocidos, inclinados siempre más a ese rompe y rasga del primitivo anarquismo y se teñían de un violento anticlericalismo, como si aquellos sacerdotes, tan pobres como ellos, fueran los culpables de su yugo y se inclinaran siempre hacia los pudientes en busca de favores, sin recordar aquello de que es más difícil que un rico llegue al reino de los cielos que un camello pase por el ojo de una aguja.

De este ambiente duro del suburbio a la humilde, pero ya en la burguesía, casa de Mariano Jiménez el contraste era importante. Allí existía calor, buenos alimentos y se le trataba con respeto y cariño. Pero lo que más le atraían eran aquellos chicos, salidos como él del pueblo, de estirpe labradora y labradora de tierras pobres que apenas dan para el sustento familiar.

Enfrascados en sus estudios, rebosantes de afán de saber y progreso, ellos le devolvían las fuerzas tambaleantes, desgastadas en la triste labor parroquial. Pronto, más que profesor, aunque muy rígido y serio en las clases, fue confidente y estímulo y así el tiempo pasado con ellos hizo renacer en él la vocación del estudio. Aunque desconocía mucho de lo que aquellos muchachos le contaban y hasta se sentía en la obligación de sermonear por esta o aquella lectura, que intuía peligrosa según las rígidas normas eclesiásticas, asistía a aquella floración de cultura y de inquietudes complacido, hasta se diría con cierta envidia.

Una tarde le vieron nervioso, como el que algo oculta. No prestó mucha atención a los latines y dejó pasar algún fallo en los ejercicios de traducción que les había puesto el día anterior. Cuando acabó de mojar su último picatoste y rebañó la taza de chocolate, apareció don Mariano tras echar el cierre a la tienda. Entonces no se pudo contener más y dijo:

—Bueno, sepan ustedes los primeros que me voy a Alemania —y sonrió bonachonamente ante el estupor de todos por tan inesperada nueva.

—¿Pero, cómo es eso don Faustino? ¿Qué se le ha perdido a usted tan lejos?

Los chicos le miraban con admiración, mientras los padres no conseguían explicarse esa decisión.

—Pues miren ustedes, hace tiempo que venía dándole vueltas al asunto, pero tenía tan pocas esperanzas de conseguirlo que ni me atrevía a mentárselo a ustedes. En el Obispado hay unas becas para estudios de Teología y yo cada vez tenía más interés en proseguir mis estudios. Además, ya saben ustedes que no estoy nada satisfecho con lo que puedo hacer por esa gente de la parroquia y que me entristece ese ambiente tan desolador. Realmente no hago más que confesar beatas que van más a contar cotilleos de los vecinos que pecados propios. Ayer tuve un oficio en que se me comunicaba la concesión de una beca para ir a la Universidad de Tubinga, una de las más prestigiosas en esos estudios que quiero proseguir y ni un minuto lo dudé. No podía perder esta oportunidad. De verdad que lo único que siento es despedirme de ustedes por un tiempo y dejar a estos muchachos. Pero no teman por ellos, ya saben bastante latín y no hay que vigilarlos en el estudio, que ya ellos son bien responsables. Además a su edad también necesitan sus juegos y bromas.

—¿Pero allí hay muchos herejes, no don Faustino? —apuntó doña Jacoba.

—Y muy buenos católicos también, aunque la mayoría sean protestantes, que al fin y al cabo son cristianos. El extranjero no es tan malo y tan peligroso como a veces nos quieren hacer ver algunos que se llaman patriotas.

—¿Y va a ir usted en tren hasta tan lejos? —preguntaba envidioso Carlos.

—Pues, claro, hijo, son tres días de viaje que resultarán un poco pesados, pues tengo que transbordar en París y luego en Munich.

El asombro y la admiración de los chicos iba en aumento y quizá no les iban a gustar los comentarios que don Mariano iba a hacer a continuación, además de que la aventura tan cercana les quitara el sueño, así que les mandó a la cama sin que osaran rechistar. Efectivamente, la gran novedad que para ellos representaba un viaje así, en una persona tan cercana, les había desvelado y, tras buscar en el atlas en qué lugar estaba Tubinga y seguir con el dedo todo el itinerario que el sacerdote había enumerado, estuvieron mucho rato de comentarios.

Mientras tanto, en el comedor, don Mariano encendió un puro, como en las grandes solemnidades, para ayudarse a expresar su pensamiento, y sin más preámbulos espetó:

—Don Faustino, usted sabe que soy hombre poco ilustrado, pero creo que tengo mucho sentido común. También sabe usted que creo en el progreso y en el estudio que permita a los jóvenes, y usted todavía lo es, escalar en la sociedad, pero también soy muy práctico. Por saber más Teología, o como se llame eso, no se me alcanza que vaya usted a mejorar su vida. Seguro que esas becas son escasas y que va usted a comer y a vivir peor. Y a la vuelta, ¿qué? Tendrá que volver a empezar, a que le destinen a nueva parroquia y hasta, a lo peor, tener que irse a un pueblo. Sabe usted que aquí se le aprecia y respeta y que dentro de nuestros medios, siempre podemos echarle una mano. Si aguanta un poco más seguro que el Obispado le da un puesto mejor y mientras tanto igual conseguimos alguna clase más que le dé unas pesetillas. A mí, y usted perdone, me parece que se lo debía pensar más despacio. No veo nada claro que esta salida suya vaya a serle de ninguna utilidad e igual se vuelve con el rabo entre las piernas, con perdón.

Esta última expresión que se le había escapado, le dejó un poco turbado y optó por dar por terminada la parrafada.

Don Faustino apuró su pitillo, se echó al coleto otro trago de vino y con un cierto enfado y firmeza, atenuados por la amistad, respondió:

—Don Mariano, yo le agradezco mucho su interés, así como toda la ayuda que me ha prestado y la acogida que siempre me ha dado en esta su casa. Mire, lo que más le agradezco de todo es haberme dado la oportunidad de convivir con sus cuatro hijos. Les vi enseguida con tanto afán de saber, con las mentes tan abiertas, que me rejuvenecieron. Aunque pueda parecer una tontería, sin su ejemplo posiblemente me habría olvidado de becas y becos y no habría vuelto a coger más libro que el de oraciones, pero ahora sé muy bien lo que quiero. Sé que necesito saber más, aunque luego pueda no valerme de nada práctico. Sé que tengo que salir del ambiente cerrado, pobretón y deprimente de mi labor parroquial... y seguir aprendiendo. Una cosa le quiero pedir a usted sobre todas las demás.

— Usted dirá don Faustino, si está dentro de mis posibles, sabe que cuenta conmigo.

—No, Mariano —y le apeó el don—, si no es nada para mí, sino para ellos. Lo que quiero es que no les corte nunca las alas. Estoy seguro que, en su

día, ellos también querrán volar más alto. Déjeles. Estos chicos pueden llegar muy arriba, más de lo que hoy nos podamos figurar y por eso le pido que si alguna vez quieren estudiar una carrera, que bien capacitados están para ello, o quieren viajar y ensanchar su mundo no les frene usted, como me ha querido frenar a mí, con su mejor intención. Ya sé que usted no es un capitalista, que tiene que medir sus dineros y que cuanto antes le puedan ayudar, mejor, pero que ello no impida que lleguen a lo que ellos sueñan.

Mariano calló y Jacoba no cabía en sí de orgullo de oír hablar así de sus hijos.

Don Faustino se marchó, tras compartir con ellos unas lecciones de alemán que le serían necesarias en su viaje. Como había predicho, a pesar de su ausencia en las clases aquel curso acabó bien, como siempre, con las mejores notas, especialmente para Eusebio y Carlos y don Mariano no encontró ningun resquicio para echarles una filípica, como no fuera por las bromas que se gastaban entre sí y a los empleados de la tienda, que llevaban las travesuras de Carlos con paciencia y risas..., cuando no les tocaba a ellos.

Muchos años después, en una entevista con el periodista-autor apelado El Caballero Audaz rememoraba el ya famoso don Carlos esa época de su infancia:

«Eramos cuatro hermanos varones, dos habían muerto de pequeñitos, y nos criamos modestamente, sin carecer de lo esencial nunca, en un hogar bendito y tranquilo, mi padre siempre trabajando; mi madre colaborando con él, llenando la casa de luz y alegría. Evocando mi infancia pienso siempre que debo estar de continuo dando gracias a Dios por haber nacido en ese medio sincero y auténtico, lleno de paz y de verdad y que fue modelando mi espíritu. Mis juegos predilectos eran los de todos los chicos, mis mayores ambiciones fueron las aventuras... teóricas: ser Montblant el pirata, subir, bajar, gritar, vencer, caer y levantarme después, que es lo más hermoso de la vida. Eramos cuatro diablos inaguantables. Después lo que más me gustaba era el teatro, jugar al teatro; leía las obras y en un teatro de niños las representaba. Me encantaba también subir a la trasera de los coches, cuando podía hacerlo me parecía el desideratum de la felicidad. Entonces también jugábamos en la calle a los toros, de ahí mi gran afición y destreza en torear. El balompié me molestó siempre y todavía no he visto un partido. También se jugaba mucho al peón y era especialmente grande la satisfacción que teníamos de ir a la Plazuela de Santa Ana, entonces había allí árboles enormes, muchos niños y un guarda, del cual burlarse. Las chicas cantaban esos cantares con sabor de romance ju-



Fotografía de su décimo cumpleaños para enviar a sus abuelos.



La familia de Jiménez Díaz. De izquierda a derecha, Mariano, Eusebio, Carlos, don Mariano, doña Jacoba y Luis.

gando al corro; nosotros las oíamos con un inconfesable sabor romántico, pero en cualquier momento cumbre rompíamos el corro como unos animales jóvenes. Nos encantaba ver correr a las chicas como palomas aturdidas y nos sentíamos orgullosos de ser llamados brutos.

Mi hermano mayor, Eusebio, rompió la marcha y yo creo que eso tiene importancia en la familia con varios hijos. El era una criatura noble y llena de amor propio y un profundo sentido de la responsabilidad; trabajó mucho, tenía las mejores notas y los hermanos siguientes nos fuimos encontrando en el mismo deber.»

Como ya se señaló, Carlos y sus hermanos habían vivido en un ambiente muy cerrado, casi exclusivamente familiar y, salvo algún raro viaje a Albares o a El Molar a ver a los abuelos y tíos, su entorno se cerraba en un determinado barrio, que ellos centraban en la Plaza de Santa Ana, donde jugaban a pídola y al toro con otros muchachos del barrio. Alguna vez se habían alargado a la Plaza de Oriente a ver la parada de los alabarderos o bajaban Atocha abajo al Jardín Botánico, llegando rara vez al del Retiro. La disciplina paterna les tenía muy atados al estudio en la trastienda y, como por aquella época no se cerraba ni sábados ni domingos por la mañana, el fin de semana era algo inexistente.

Aquel año en que se marchó don Faustino a su aventura germana fue el primero que veranearon. Tenía Carlos catorce años y Eusebio había terminado con éxito el Bachillerato. Un amigo de la familia tenía arrendado el bar del Tiro Nacional de Pichón, situado en las afueras, pasada La Moncloa, en una loma conocida como el Cerro del Pimiento, probablemente por la proximidad de algunas huertas. El trato fue que la familia ocupara la casa del guarda, bastante amplia y fresca y que doña Jacoba echara una mano en la cocina, dirigiendo y poniendo su buena mano en los guisos del restaurante, más bien tasca, donde con unas tortillas, unos huevos fritos, chorizo, jamón y quesos, que suministraban desde la tienda, eran suficientes para aderezar un morapio de Valdepeñas o Colmenar.

Para los chicos aquello fue una verdadera fiesta; el Tiro de Pichón no era un sitio lujoso ni muy concurrido. En días de trabajo —todavía poca gente disfrutaba de vacaciones de verano y el ir a las playas era muy inusual y reservado casi solamente a la aristocracia— caían por allí sólo unos pocos señoritos cazadores o algunos militares que, en tiempo de veda, no sabían qué hacer con su tiempo sin disparar unos cartuchos. Los domingos ya era otra cosa, el calor pegajoso de la capital empujaba a la gente a las afueras, pero como no había

medios de locomoción, todo se circunscribía a la Casa de Campo, a la Pradera de San Isidro, la Guindalera o lo altos del hipódromo. En aquel cerro, encarado a la sierra, se podía respirar. Al caer el sol corría un airecillo fresco y total estaba a pocos metros del trayecto del tranvía que acababa en La Moncloa. Ya no se trataba de tirar al pichón, sino de tomarse unos vinos o unas gaseosas, fuera del ardor de las calles, a la sombra de unos chopos bastante raquíticos.

Pero los domingos, a pesar del bullicio, eran los peores días para Carlos y sus hermanos. Era el único día en que su padre, que seguía atado a la tienda durante toda la semana, hacía el viaje hasta allí para estar con ellos y estando su padre la relajada disciplina se volvía nuevamente rígida. Las horas de comer eran inflexibles y había que echar una mano a los trabajos que sucesivamente les iba encomendando para que no pasaran el día perdiendo el tiempo con juegos y lecturas que a nada conducen. Cuando se despedía para caminar despaciosamente el camino entre desmontes hasta La Moncloa, una semana de inusitada libertad se abría ante ellos.

Con su madre no había problemas. Estaba bastante ocupada y campaban por sus respetos, siempre que no hicieran travesuras gordas y aparecieran a las horas de las comidas, se libraba uno de sus regañinas.

Carlos gustaba de andar hasta una peña que dominaba un gran panorama. Se subía trepando, mordisqueaba el pan y chocolate de la merienda y veía el fastuoso espectáculo de la caída del sol. Le fascinaba aquel paisaje velazqueño, todavía no contaminado por torres y autopistas. Hacia la izquierda veía rebrillar el blanco del Palacio Real, majestuoso sobre el declive verde del Campo del Moro, que se derrumbaba hacia el río. Al frente, la Casa de Campo con sus encinas hacía un primer plano atractivo sobre ocres y amarillos lejanos. A la derecha, la Sierra de Guadarrama era lo que más le atraía. La crestería se pintaba a aquella hora de azules, grises y violetas impensables. Preguntando se acabó de aprender los nombres de las cumbres, La Maliciosa, Siete Picos —que contaba una y otra vez—, la Bola del Mundo y se soñaba asimismo escalándolas y descubriendo nuevos parajes. El mundo, aquel mundo que abarcaba su vista, que se le aperecía tan grande en contraste con las estrechas calles cotidianas, le producía una mezcla de admiración, de acción de gracias a Dios y un deseo de conquista. ¡Habría tanto que ver detrás de aquellas montañas! ¡Pues no digamos más allá, detrás de los Pirineos... y de los Alpes .. y de los océanos...!

Lo que aún en sus más fantásticos sueños no pudo prever es que allí, justamente donde estaba sentado, un poco apartado de la ciudad, pero ya mucho

más cercano y con aquel panorama modificado, con la Ciudad Universitaria abajo, con construcciones muy altas hacia arriba, con automóviles circulando en largas filas, estaría situado su Instituto, la obra de su vida, que le consolidaría su fama, su Fundación y que, apenas a cien metros despidiendo cada día al sol poniéndose en el ocaso, existiría un monumento a su memoria en el que se podía leer:

«Al maestro de la Medicina doctor Jiménez Díaz, el Hombre, la Ciencia, la Patria le rinden homenaje.»

Capítulo III

El viejo San Carlos (1913-1919)

Eran jóvenes con piquetas
de las que minan hacia el alba,
iban probando el arnés huero,
la nave rota, el caz sin agua.

«Azorín», DIONISIO RIDRUEJO

EN 1913 TERMINO CARLOS el Bachillerato, con uno de los mejores expedientes que existe en el Instituto de San Isidro, a decir verdad, sólo un poco inferior al que había obtenido su hermano mayor. No se veían en él diferencias entre las asignaturas de letras y ciencias, ya que todas las calificaciones eran casi siempre máximas. Entonces se planteó la elección de carrera. La economía doméstica había mejorado con el rendimiento de las dos tiendas, don Mariano, siempre emprendedor, había ampliado la tienda en la Calle de Atocha, cercana a Antón Martín, que pomposamente llamó «La Europea», en claro contraste con el «Ultramarinos-Finos Productos Alimenticios» debajo de este rótulo. Ya era una tienda muy grande en comparación con la anterior y, con el tiempo, llegó a ser muy selecta en el gremio y a tener cerca de veinte empleados, ya que allí no se limitaban a despachar, sino que gran parte de los productos se elaboraban en la inmensa trastienda y en el sótano-almacén. Allí se hacía el chocolate con las mejores materias primas, se tostaba el café más seleccionado y se contaba con los mejores embutidos, legumbres y condimentos. Poco después abriría otra en la Calle de Montesquinza.

Don Mariano no olvidaba el consejo de don Faustino respecto a dar todas las posibilidades a los hijos mientras estudiaran y cumplieran como siempre habían hecho. Eusebio ya el año anterior dejó bien clara su decisión de seguir una carrera y su falta de interés por proseguir la, por otra parte recientísima, tradición familiar del comercio; había iniciado su carrera de ingeniero indus-

trial y en un solo año lo había conseguido, cuando la criba inicial de aquella reciente escuela situada en los altos del hipódromo, era durísima y rara vez se conseguía el ingreso en dos años. Ahora todo parecía indicar que Carlos iba a seguir el mismo o parecido camino. El padre creía en el progreso de la técnica. Con buena visión comprendía que España empezaba a recorrer un imparable camino de industrialización, como siempre en la historia, con gran retraso respecto a esa Europa que él admiraba y que le dictó el nombre de su nueva tienda. La ingeniería se mostraba como un campo abierto a un gran mercado de trabajo para jóvenes estudiosos, inteligentes y laboriosos como sus hijos.

Pero Carlos, para sorpresa de todos, se opuso esta vez a la voluntad de su padre, que había sido indiscutida e indiscutible. El quería ser médico. Cuando ya en la cumbre de su profesión le preguntaban el porqué, de dónde había partido su vocación, no lo sabía explicar muy bien.

En una ocasión contestaba:

—¿Que por qué estudié Medicina? Pues, hombre, no sé. No tuve grandes razones, sino quizá parecerme que la Medicina era la aplicación al hombre de lo que me pareció la Ciencia por excelencia: la Ciencia Natural. Es verosímil —no puedo asegurarlo— que aquella exaltación romántica que yo sentía me hiciese ver que lo más abnegado de la vida era mitigar el dolor humano: puede ser...; usted se da cuenta de lo difícil que es transferir con mi espíritu de ahora los sentimientos de aquel muchacho, en el cual tal vez influyeran otras circunstancias más instintivas o perentorias. Solo sé que me emperré en ser médico.

—¿Y a su padre le agradaba esta predilección?

—Mi padre pensaba que debíamos ser lo que quisiéramos. Pero en mi familia opinaban unos que yo debía ser abogado, otros que ingeniero. Yo al principio no sabía qué iba a ser, ni este detalle tan importante constituye en mi espíritu una preocupación. Tenía grandes ilusiones, proyectos para el futuro, vehemencia por dedicarme a cosas nobles y elevadas, que chocaban a veces con una melancolía inexplicable que me hacía ver que todo era imposible y que nada se podría realizar. Este encuentro del hombre consigo mismo, cuando empieza a sentir que existe y mantiene un diálogo continuo con dos personas, la que se va y la que espera, es la forja del destino ulterior; en unos casos vence uno, en otros, el otro, en algunos la pugna persiste y son siempre personas en evolución con deseo de mejorarse, con inquietud de sí mismo y dejando otear el camino a algo instintivo que nace de lo profundo de la personalidad, a ese «cuidado» de que habla Quevedo. Cuando me llegó el momento de estudiar Fisiología, aquello me encantó enseguida, me ocurrió lo mismo que con las Ciencias Naturales, y la gran sorpresa de todos fue cuando un día dije en mi casa que quería ser médico. No acierto a comprender por qué todos se quedaron tan sorprendidos y me objetaron que para todo serviría menos para eso. Yo afirmé que no quería ser otra cosa. En el fondo no sé por qué me empeñaba tanto, ni qué fuerza interior me empujaba a ello. Al fin me dejaron que estudiara Medicina.

En otra ocasión similar la contestación fue algo más parca:

—Tenía proyectado ser ingeniero, mejor dicho, lo tenía «sugerido», pero al final del Bachillerato, sentí un gran entusiasmo por las Ciencias Naturales; me atraía sobre todo la Fisiología. Empecé a estudiar Anatomía entreteniéndome en repetir en animales algunas experiencias sencillas. Esto me inclinó a la Medicina, gracias a Dios, y siempre me ha parecido que he tenido la fortuna de dedicarme a lo que tiene mayor interés y belleza dentro de las posibles actividades del hombre. En alguna ocasión he dicho, y lo sigo manteniendo, que el ser médico es lo más importante que puede llegar a ser el hombre. A veces me preguntan por el gran sacrificio del médico que la gente no aprecia, pero ser médico ofrece tal satisfacción e ilusión que no hay sacrificio. No obstante el mayor dolor que al médico, que se siente como tal, le puede surgir en su actividad, es el no poder tener medios suficientes a su alcance para poder estudiar a sus enfermos y pensar que podría hacer más de lo que es posible hacer.

En confianza, con familiares y discípulos, también atribuyó parte de esa inesperada decisión al imborrable recuerdo que en su mente infantil dejó aquella visión de don Santiago Ramón y Cajal triunfante en el balcón del viejo San Carlos y como, con el tiempo, según fue madurando con sus lecturas, con el estudio de la historia de España, pudo valorar lo que aquel Premio Nobel había supuesto de aldabonazo de atención sobre nuestro secular retraso científico.

Otras veces explicaba su decisión por espíritu aventurero y a la visión de que había pasado el tiempo de los conquistadores y descubridores, que tanto le habían apasionado en los libros y que habían para entonces agotado la geografía; que tampoco existían ya piratas Montblant con quien combatir y que el mundo más inexplorado, el que más celosamente guardaba aún misterios no conocidos y maravillosos era la Biología y, especialmente, ese fantástico entramado de órganos y de células que era el hombre; las causas y razones por-

qué aquella incomprensible perfección que requería un funcionamiento tan complejo, se alteraba en la enfermedad y podía paralizarse con la muerte. ¡Estaba claro que existían tantos porqués a los que llegar a responder detrás de la vida misma, de la salud, de la enfermedad y de la muerte! Ya los músculos y los huesos y ¡el cerebro! se habían descompuesto en un «puzzle» de células ¡quedaba tanto por saber de sus funciones y sus mecanismos de acción!

Con estos datos cabe pensar que a aquel joven Carlos Jiménez Díaz lo que en primer lugar le interesaba era el *hombre,* el animal más inteligente y complejo de la Creación. Sus aspiraciones, sus afanes, tantas veces desorbitados, sin límites ni fronteras, se volcaban a la Humanidad. Su instinto, su inteligencia le hacía ver la dificultad de la empresa y le indicaba, en voz baja: «Por lo menos seré útil a los hombres y, si puedo, a España.» Es difícil saber si estas reflexiones (como indica en la citada entrevista, no lo podía decir ni él mismo) pasaron por su mente acalorada de quince años, pero lo que es absolutamente seguro es que su vocación era firme y que se afirmaría aún más con los años, casi día a día.

Por todo ello, tras discusiones respetuosas, pero sin dejarse llevar por las opiniones contrarias de la familia y, especialmente, de aquel padre mezcla de ogro y de Dios, Carlos comenzó en octubre de 1913 a bajar todos los días la cuesta de Atocha hasta la Facultad de San Carlos, que sería su segunda casa durante más de cuarenta años.

El exterior del edificio le era muy familiar por sus paseos por el Prado y el Jardín Botánico, pero no así su interior, y éste era menos atractivo que la fachada. Las aulas eran viejas, de gradas de maderas poco limpias y carcomidas, los techos inmensos, los ventanales desencajados por los que el frío entraba libremente. El centro era el patio cuadrangular, por entonces con algunos arriates y arbolillos, donde los estudiantes pasaban más horas que en las clases, en grupos heterogéneos, en general del mismo curso, al que seguía pegado algún repetidor recalcitrante, aunque se hubiera separado de ellos al ser incapaz de ir aprobando asignaturas al ritmo normal de los demás.

Allí, la verdad, es que se hablaba poco de Medicina, más que en todo caso de contar anécdotas chuscas de algún profesor o transmitirse la forma de halagarle y contar con una buena nota. Las conversaciones predominantes eran sobre conquistas, modistillas, revistas picantes o nuevos cuplés del Teatro Apolo. También se discutía de toros y toreros y un poco menos de política. Las trazas eran variopintas. Algunos, en general los que se orientaban hacia la

Cirugía, iban bastante elegantes y gustaban de mostrar la variedad de trajes y corbatas; otros desgalichados se quitaban las chaquetas en cuanto el tiempo lo permitía y mostraban sus camisas sucias sobre pantalones que no habían visto la plancha en meses, ya que, tras pagar la pensión, trataban de ahorrarse en lavados y planchados el poco dinero que sus padres les enviaban desde pueblos o capitales y tener unos duros para diversiones, mujeres y cafés. La mayoría, tampoco paraba mucho tiempo en el patio, el justo para reunir la pandilla e irse a los cafés cercanos o a los billares, juego en el que alguno era maestro de tanto practicar día a día.

Las llamadas de los bedeles a comenzar las clases dejaban indiferentes a estos grupos. Todavía estos aspirantes a universitarios vivían en gran parte una bohemia aparentemente romántica, con matices más marcados de picaresca entre divertida y soez. Los de Medicina, con los de leyes, éstos en el caserón de la Calle Ancha de San Bernardo y sus alrededores, se llevaban la palma en algaradas y trapicheos, siempre dispuestos a armar gresca con cualquier pretexto. La justicia de la causa que se manifestaba les traía totalmente al fresco, de lo que se trataba era de mostrar su virilidad, o brutalidad, atacando a los municipales o dando sonoras pitadas a la salida de algunos profesores.

Los «novatos», los del primer curso, entre ellos Carlos, eran, al menos por cierto tiempo, una excepción en acudir a las clases y eran con frecuencia objeto de bromas salvajes de aquellos veteranos bravucones. Muchas son anécdotas que se repetían de generación en generación y, posiblemente, muchas falsas. Casi siempre se referían a los primeros contactos con los cadáveres en las salas de disección de la asignatura de Técnica Anatómica —la oreja en el bocadillo, el dedo cortado introducido subrepticiamente en el bolsillo del guardapolvo (antecedente de la bata blanca)—. Pronto el contraste entre lo esperado y deseado y la realidad hacía cundir la desilusión, el desencanto y finalmente el abandono. Oigámoslo en palabras del propio Carlos:

«Al principio hay discordancia entre lo que uno quiere saber y lo que le enseñan. En aquel tiempo para llegar al estudio de lo que uno ha creído interesante y por lo que se ha tomado esa dirección, hay que pasar por una serie de cosas que entonces parecen arbitrarias (y en gran parte lo eran). La organización de nuestra universidad no es lo más a propósito para entusiasmar a nadie que sea sincero. Los profesores, en general, eran muy rutinarios. Los alumnos, en muy excesivo número, por lo cual había más contacto y trato con compañeros que con maestros, y la consecuencia natural era que perdíamos mucho tiempo en discusiones inútiles, comentarios de actualidad, paseos, etc.

En esta primera época el hombre se siente cada vez más desligado de lo que le llevó a la universidad.

En el primer curso había un profesor que explicaba con rara elevación; comprensivo con los estudiantes, jamás les apostrofó, ni se quejaba de que cuando empezaba a explicar casi todos se salían en tropel al ver que ya había pasado lista. Sólo nos quedábamos unos pocos siguiendo a aquel hombre alucinado, que con un lenguaje impecable iba exponiendo conceptos claros, seguros, vívidos, auxiliándose con dibujos que hacía en la pizarra. Entendíamos poco de lo que oíamos, pero emitía su persona algo inefable de bondad, seguridad, limpieza, que impresionaba y a algunos nos cautivó para siempre; aquel hombre era don Santiago Ramón y Cajal. A partir de segundo curso yo estaba cada vez más entusiasmado con él y ya estudiando sus libros conociendo bien su vida, era capaz de seguir aquellas clases, poco atractivas en la forma, excepto en sus maravillosos y fáciles dibujos histológicos. En aquella época, en que la Medicina española estaba totalmente descarriada y desconectada de la orientación científica en el mundo, Cajal fue el sabio más auténtico, que no se entrega a la notoriedad ni le importa otra cosa que la verdad escueta. El fue, sin duda, el primer hombre que desde la Medicina española hace una labor de repercusión mundial, sentando verdades que todavía no han sido alteradas. Y en el fondo de aquel espíritu universal había un patriotismo rancio, pero fértil. Tenía la facultad de admirar la virtud y de incorporar, ajeno a todo patrioterismo y sin papanatismo alguno frente al extranjero, de ser un español amante de su patria, venerando todo lo castizo y tratando de crear a su alrededor una escuela que persistiera en el cultivo de la Ciencia, pensando siempre en España. Nada tan noble y tan bien intencionado como la vida de aquel hombre impecable. Yo sentí veneración por él desde aquel momento de mis primeras clases y, a mi juicio, fue el español más español y más internacional que haya existido.»

Quedan muchas referencias sobre aquellas clases de don Santiago. Mientras unas eran claramente ditirámbicas «a posteriori», otras recogían más fielmente la triste realidad de la poca comprensión de los estudiantes.

En el primer tono:

«Lo primero que nos sorprendió, su voz magnífica, voz de cantor de jotas» —dijo uno de los alumnos—. «No perdimos ni una sílaba de su primera clase, porque enseguida nos sentimos todos cautivados por la sencillez y llaneza de su estilo..., incluso los profesores de Matemáticas hacían párrafos floridos, exordios brillantes. Cajal, en cambio, explicaba como si estuviera en una tertulia con nosotros, llamando al pan, pan y al vino, vino, con claridad y precisión asombrosas.»

En el tono más apegado a la realidad:

«Va a hablar Cajal, en este momento se fugan dos, tres, cuatro o seis estudiantes. El profesor es muy corto de vista y tiene la costumbre de jugar con los lentes entre los dedos. Dice que va a hablar de las corrientes nerviosas y a partir de este momento yo no puedo oír a Cajal, porque el barullo en el aula lo impide. Desde unas gradas a otras se lanzan los asistentes papelillos, gorras y cajas de cerillas. Otros leen los periódicos...»

O:

«En la pizarra del aula, con tizas de diferentes colores trazaba, no esquemáticas, sino maravillosas, completísimas láminas, que eran la admiración y la sorpresa de todos nosotros. A veces, vuelto de espaldas a la clase, el profesor tardaba bastante tiempo en dibujar alguna de sus estupendas creaciones. La juventud frívola y ansiosa de alegría, aprovechaba aquellas pausas para comentarios de la más diversa y alejada situación del momento. Durante estos minutos, sólo se oía el choque de la tiza contra el encerado. Al separarse Cajal de la pizarra para dejarnos contemplar los dibujos, hubo alguna ocasión en que el entusiasmo juvenil hubiera estallado en aplausos hacia el artista, y digo hacia el artista, porque los dibujos en su significación histológica, lo mismo que la lección oral, estaban bastante lejos del poder comprensivo de la masa...»

Y realmente todas aquellas versiones eran verdad, pero vistas desde los distintos prismas de los asistentes.

Aparte de aquellas clases de Cajal, el joven Carlos no encontró en aquellos dos primeros cursos casi nada de lo que le había atraído desde las Ciencias Naturales. La Fisiología se explicaba siguiendo «doctrinas» desfasadas, siguiendo todavía el gran influjo del aún no discutido Letamendi, que jugó a filósofo de la ciencia, dejando frases famosas y vacías, como la más repetida «Quien sólo sabe Medicina, ni aun Medicina sabe» o «El hombre que yerra, yerra; el médico que yerra, mata». El pensamiento científico natural que había creado la nosología de las especies morbosas, con Sydenham, al estilo de lo hecho por Buffon con las especies vegetales, inició un avance que prosiguieron Morgagni y Laennec creadores del método anatomo-clínico, pero en España se había desviado por caminos y doctrinas teoréticas (animismo, discrasia, constitucionalismo) que se separaban de la realidad a través de hipótesis más o

menos brillantes. Carlos, que había querido ser médico a través de sencillas experiencias en animales, no encontró posibilidades en la Facultad de hacer nada en un laboratorio fisiológico inexistente.

De esta etapa de comienzo de los estudios de Carlos, también hay un sabroso relato en el ya citado documento escrito por su hermano Mariano y que volveremos a encontrar finalmente al referir el episodio que lo motivó.

«Así, por méritos propios, constantes y sucesivos que no hacen al caso, alcanzó con brillantes notas su calificación de Bachiller. Con sorpresa de todos nosotros inclinó su sabia vocación hacia la difícil tarea de conocer la complicada máquina que compone el cuerpo humano, sus males y sus remedios, si remedios pueden llamarse a las drogas que se administran desatinadamente a los pacientes enfermos, cuyas naturalezas logran vencer escasas veces el daño por ellas inferido a sus órganos corporales.

Y en esa etapa, el sabio doctor también me tuvo por su escudero, por que en el aprendizaje fui objeto de sangrientas experiencias, ora dejándome vendar una y otra vez por sus inexpertas manos, ora dejándome apretar los huesos entre sus dedos (normalmente sucios e impregnados de tinta y mezclas químicas) como si pretendiera separarlos de mi lacerado cuerpo, o bien aguantando sobre mi pecho sus orejas, a pretexto de examinar mi aliento y los latidos del corazón.

La más grave de todas parecíame cierta experiencia que dio en llamar percusión, equivocadamente, porque tantos y tantos golpes sobre mi cuerpo eran más paliza y tullimiento que simple búsqueda de sonidos. De tales estragos libróme felizmente la compra, realizada a bajo precio, de cierto esqueleto encajonado entre cartones, cuya primera misión consistió en proporcionar no pocos sustos a nuestra menestrala y harta repugnancia a los familiares.

Entre inolvidables peripecias que silencio, llegó mi ilustre y nunca bien alabado hermano al grado de licenciamiento primero y doctor en Medicina después, con brillantísimas puntuaciones y muy honrosos premios, en tanto que yo, apuradamente, me convertía en modestísimo licenciado en Derecho.»

En aquellos dos primeros cursos, lo que sí hizo Carlos fue estudiar mucho por su cuenta. Pasaba más horas en la biblioteca que en las clases y aunque en ésta hubiera más libros clásicos y periclitados que reales novedades, sí era suficiente para empaparse la «Anatomía», de Rouvier y conocer el cuerpo humano hasta su último resquicio morfológico.

Otro de sus buenos recuerdos de aquellos años era la formación de un grupo de verdaderos amigos, como él llenos de ilusión de saber y de progreso, críticos ante la situación científica y universitaria y con intereses diversos desde la filosofía a la literatura, a la música, al teatro y poco a la política.

El núcleo esencial de aquel grupo lo formaban junto a él: Pepe Segovia, al que siempre consideró el mejor dotado; Plácido González Duarte, Rafael Argüelles (curiosamente, todos ellos se dedicarían en el futuro a la Cirugía, siendo Segovia y Argüelles catedráticos y Duarte unos de los más destacados cirujanos y que más hizo progresar nuevas técnicas operatorias), Carlos Gil y Gil (dedicado a la Radioterapia y catedrático de Terapéutica Física), Eusebio Oliver Pascual (gastroenterólogo muy prestigioso), Carlos Maortua (que derivó a la Ginecología), Manuel Plaza (luego odontólogo) y algún otro menos asiduo a las reuniones.

Estas tenían lugar en el cercano café «Zaragoza», en la Calle del León, casi esquina a Antón Martín, donde tenía su tertulia don Santiago, rodeado de discípulos y admiradores. Era el clásico café de barrio con mesas de mármol blanco, sillones rojos de peluche y viejos camareros que pasaban con sus grandes cafeteras y jarras con leche de mesa en mesa y pronto saludaban a cada uno por su nombre. Tenían ya casi reservado su rincón de tertulia y se denominaron el «Amatorum Club». Hacían y se transmitían poesías, de corte romántico, y hasta obras de teatro. Carlos aportó tres (al menos son las que han quedado escritas, aunque archivadas en su apartado de recuerdos y sin que nadie las conociera). La primera fue «La bata de flores», una especie de sainete al estilo Arniches, de gente baja, con el lenguaje castizo que él tan bien conocía de la clientela de la tienda, con su toque dramático más que humorístico y en el que hay un personaje, un poco autorretrato, de médico joven. La segunda «Heliodoro», que es un melodrama rural de toque benaventino, y «Las dos caras de don Homobono», caso de desdoblamiento de personalidad, con clara inspiración en el doctor Jekyll y mister Hyde, de Stevenson, de corte más moderno, pero imposible de representar, pues el actor tendría que desdoblarse en plena escena en dos personas que hablan entre sí.

Otra de sus grandes aficiones era la ópera. El Teatro Real estaba en pleno apogeo y por él pasaban los grandes divos de la época, Anselmi, Kristof... Casi todos los amigos eran wagnerianos y, aunque la mayoría tenían poco dinero o bien en el barato «paraíso» o consiguiendo cartones de la «claque», con la sola obligación de aplaudir en los momentos culminantes de las arias, cuando el público estaba frío y no reaccionaba espontáneamente, luchaban para de algu-

na forma no perderse la «Trilogía» o el «Tristán e Isolda». Carlos tenía, como toda la familia, muy mal oído y era incapaz de dar dos notas seguidas, pero alguno del grupo hacía luego en el café sus pequeños pinitos recordando pasajes de aquella música «revolucionaria», tan en contraste con la más fácil de asimilar de la ópera italiana.

El grupo no olvidaba, sin embargo, sus estudios. Por iniciativa de Carlos, reunieron sus escasos recursos para con propinas comprar el derecho de ir a horas extraordinarias a disecar y estudiar cadáveres en aquellas inmensas salas en que el olor a formol lo invadía todo. La pobreza de las gentes que acababan su vida en el hospital hacía que nunca faltaran en las grandes cubas de conservación cuerpos no reclamados por los familiares cuyos posibles no daban para entierros o traslados a los pueblos de origen.

Carlos era muy poco mañoso (lo fue siempre), tenía unas manos pequeñas, pero de dedos gruesos poco hábiles para cualquier trabajo manual. Pero, en aquella labor se transformaba. Con lentitud, pinchándose y cortándose con frecuencia fue disecando palmo a palmo cada músculo, cada vaso, cada órgano hasta comprobar que lo aprendido en las láminas anatómicas del Rouvier y sus descripciones eran exactas. Siempre consideró que lo primero que un médico debía saber directamente era su objeto de trabajo, el cuerpo humano. Sin ello luego no se podría sentir seguro en su exploración, en captar lo anormal, lo que la enfermedad había alterado de aquella maravillosa máquina que solamente un Ser Superior había podido crear.

Las clases de Cajal, aún con la imposibilidad de que los alumnos pudieran apenas echar un vistazo a una preparación en el microscopio (demasiado valioso para que aquellos jovenzuelos pudieran estropearlos) le habían hecho conocer las células y los tejidos a través de aquellos dibujos con tizas de colores que eran su principal atractivo. Las tardes ilegalmente conseguidas con las propinas a los mozos en la sala de disección le llevaron al perfecto conocimiento macroscópico de órganos y sistemas. Lo demás le había parecido inútil o falso, incluso un poco ridículo. Oír unas lecciones recitadas con engolada voz y vacías de contenido. Lo que le faltaban eran libros, pero, ¿de dónde sacar el dinero? La tópica imagen del niño boquiabierto y anhelante ante el escaparate de una pastelería era un pálido reflejo de la de aquel muchacho de pelo siempre revuelto ante las librerías científicas (escasas en aquella época). Luego entraba, revolvía, acariciaba los lomos y las páginas de aquellos tesoros inasequibles. Prácticamente todos los días, al acabar su larga estancia en la Facultad, subía Atocha arriba, torcía a la derecha hacia la Plaza de Santa Ana, lugar de los juegos infantiles, y se paraba ante la librería «Gutenberg», de los hermanos Ruiz, y solo o con sus amigos del «Amatorum» revisaban si había llegado alguna novedad. Cuando alguno disponía de dinero el libro pasaba de mano en mano, tomaban notas y luego lo discutían en el café, con el fondo sonoro del dúo de música clásica que, a partir de las siete tocaba melodías ya bien conocidas por repetidas. De todos ellos Carlos era el que menos podía aportar. Aunque la economía casera había ido mejorando con la nueva tienda, su adquisición supuso préstamos y gastos de personal lo que no le permitía dispendios... y los libros seguían constituyendo «un lujo» para su padre, que consideraba que cada duro había que ganárselo.

Todo el capital que les daba a los mayores era un duro llamado «de brillo», esto es, ingastable, sólo para llevarlo en el bolsillo, de donde no se debía mover más que en caso de fuerza *muy mayor*. Precisamente ese año de 1914 la tormenta de rayos y truenos, de imprecaciones y acusaciones, se había desatado contra Eusebio. Un día había vuelto apesadumbrado de la Escuela de Ingenieros. Su temperamento ingenuo, de una infinita bondad, no pudo reprimir el contar el incidente. Entre clase y clase un grupo de compañeros tomaba el sol en las escalinatas cuando acertó a pasar un lechero con su burra (¡ya han pasado las burras de leche!, se decía para indicar que pasaba la primera hora de la mañana). Entre bromas aquellos ocho o diez muchachos decidieron que sería estupendo tomar un vaso de aquella leche fresca.

En un gesto espontáneo, sin medir las consecuencias, Eusebio pagó con su duro «de brillo» y rehusó atender a las débiles protestas de algunos queriendo, y no queriendo, reintegrarle el pago... y el famoso duro quedó reducido a unas cuantas monedas de reales de cobre.

El padre se puso hecho un basilisco.

—¿Quién te has creído que eres, el marqués de Salamanca? ¿Dónde has aprendido tú, sinvergüenza, a ser un manirroto? ¿Te crees que esta tienda es la Casa de la Moneda? ¡Para eso os he estado educando y sigo trabajando como una mula! ¡Para que el señorito dilapide con unos golfos el dinero ganado con el sudor de mi frente!

Eusebio y los hermanos menores aguantaron encogidos el chaparrón y sacaron para siempre la muy clara consecuencia de que había que ingeniárselas por sí mismo para no tener los bolsillos vacíos. Como ya todos, excepto Luis, que tenía diez años, fumaban, aunque siempre a escondidas, se las ingeniaban sacando dos o tres pitillos de las ruedas que iban a comprar para su pa-

dre y apretándolas luego un poco, no lo solía notar. Otra fuente de humo eran los dependientes, que rara vez les negaban un pitillo a los hijos del amo, que además les trataban como sus amigos.

En cualquier caso, la compra de libros en esta situación era imposible y en cuanto en tercer curso Carlos empezó a asistir a las salas de enfermos, al empezar el ciclo clínico, lo primero que aprendió fue a poner inyecciones y pronto, cobrando menos que los practicantes, se hizo con una cierta clientela en la vecindad para ir ahorrando algún dinero propio. El año anterior había conseguido el Premio Martínez Molina al mejor expediente del curso, aunque su cuantía era escasa, en cuanto lo cobró se fue a la librería y compró su primer libro, de lo que con los años, sería la más extensa biblioteca médica del país. Se trataba del «Hurst», una reciente publicación sobre el estreñimiento, traducida al francés, que escondió en cuanto llegó a casa para no tener que dar explicaciones, pues prefería que no supieran que había obtenido aquel premio antes de no poder disponer de ese primer dinero para su primer libro.

También aprovechaba las facilidades de la biblioteca de Cajal donde acudían los alumnos estudiosos.

En el tercer curso había las oposiciones a alumnos internos, hizo las de San Carlos y las del vecino Hospital General y obtuvo ambas plazas. Empezó para él una época de febril actividad. Iba a los dos hospitales, hacía autopsias, pasaba allí toda la mañana sin asistir a clases en que tenía la convicción de perder el tiempo. Se llevaba libros prestados de la biblioteca, veía enfermos, acudía presuroso donde se discutía algo, preguntaba todo lo que se le ocurría y estaba allí casi todos los días hasta las seis de la tarde, cuando no quedaba nadie.

El dinero de las inyecciones fue creciendo y ya se suscribió a alguna revista extranjera, la «Klinische Wochenscrift», «The Lancet», y contrastaba el medio en que se movía y el que respiraba a través de aquellos libros y revistas, sin encontrar nada que pudiera compararse con lo de fuera, excepto a don Santiago y sus alumnos (Tello, Achúcarro, Del Río Ortega) y el ambiente austero de la Ciencia de aquellos hombres, todos educados en la máxima devoción a la verdad.

También en ese año clave encontró una excepción que le hizo volver a una clase. Se trataba del catedrático de Terapéutica, el todavía muy joven don Teófilo Hernando. En 1951, cuando fue repuesto en su cátedra, que le había sido arrebatada por motivos políticos, justo el día que le correspondía jubilarse por cumplir los setenta años, el 14 de abril, se editó un libro homenaje a este hombre, profesor y médico ejemplar. Don Carlos escribió entonces en su libro homenaje un artículo que tituló «Don Teófilo, catedrático, visto por un alumno». De ese escrito extraemos mejor lo que supuso don Teófilo para él y para aquel grupo de muchachos desorientados, decepcionados de sus profesores. Merecería la pena incluirlo íntegro porque retrata esta época de estudios de Carlos y la arrolladora personalidad de don Teófilo, que tras Cajal les devolvió la ilusión de que desde España se podía hacer Ciencia. Como es muy extenso entresacaremos los párrafos fundamentales.

«A los estudiantes de mi época nos tocaron casi siempre catedráticos viejos. De muchos de aquellos profesores nos ha quedado el recuerdo episódico de sus "cosas", de las que nos aprovechábamos o nos teníamos que defender; de algunos guardamos el respeto que nos inspiraban, pero de pocos podemos ahora pensar que influyeron en nuestra formación.... Cuando acudimos a la primera clase de Terapéutica y conocimos a Hernando nos quedamos llenos de sorpresa. Era un hombre joven, simpático, de expresión graciosa, inquieto, con continuo "tic" de desplazarse el nudo de la corbata y tocarse el bigote, que acertó a decirnos una serie de cosas que nosotros pensábamos constantemente, pero que creíamos que no se podían decir, y menos que las dijera un catedrático. Nos dijo, por ejemplo, que él creía que la mayor parte de los días se perdía el tiempo en las clases, y que no debía ir uno sino donde fuera con interés; que él no ponía faltas y que lo único que se le podía exigir a un estudiante, como a todo hombre, es que "hiciera algo", y este "algo" podía ser lo mismo estudiar, que leer novelas, que pasear, bailar o hacer deportes. Mientras hablaba lo hacía con tal gracia que frecuentemente lo interrumpieron nuestra risas, pero todos quedamos prendidos de sus palabras y aun sabiendo que no se pasaría lista íbamos todos a clase, al principio con la ilusión de pasar un rato agradable, pero pronto vimos que acudíamos porque de una manera grata íbamos aprendiendo la farmacología e interesándonos por ella, a la par que se suscitaba en nosotros un interés más general por el saber... El respeto nuestro por don Teófilo era de un carácter nuevo, respetábamos en él al hombre inteligente, ingenioso, culto, estudioso y justo, familiarizado con la bibliografía internacional y de un tono a la vez sencillo y elevado. En la clase nunca le oímos una lección retórica ni de énfasis oratorio, pero tampoco vulgar o rutinaria, siempre había algo en sus clases que nos interesaba....

Así se fue realizando el fenómeno de una influencia colectiva que considero sólo está reservada a los auténticos maestros; el hombre que suscita imi-

taciones es el que tiene mayor originalidad... Don Teófilo siempre llevaba un libro, o unas hojas de alguno en un bolsillo y nos enseñó que se podía ganar ese tiempo que se te va en el tranvía o se está esperando algo. La curiosidad, el afán de asomarse al progreso, conocer idiomas, no perder el tiempo inútilmente... Los que constituíamos el "Amatorum Club" hicimos una terapéutica en verso, utilizando los cuplés de la época, con pareados como: "Se dan siempre tres o cuatro capsulitas de 50 centrigramos/y también en inyecciones musculares las administramos." Y un día don Teófilo, que se había enterado, nos llamó al laboratorio y nos hizo recitarle "nuestra terapéutica".

Don Teófilo nos conquistó y suscitó en nosotros curiosidad e interés por saber más y más... El otro aspecto de que quería hablar es cómo ha influido Hernando en los jóvenes de aquellas generaciones. Y lo indudable es que él ha sido una de las influencias más importantes que hemos recibido muchos de los que estábamos llenos de ilusiones y entusiasmos y nos encontrábamos sin las clínicas bien instaladas y modernas y sin los grandes maestros que a través de nuestras lecturas pensábamos que existían en otros países... no es un azar que apareciera en 1916 la obra de Medicina Interna de Hernando y Marañón, que es una primera afirmación de nuestras posibilidades de originalidad en el campo de la Medicina y de la Clínica. Tanto Hernando como Marañón han influido con su ejemplo y su estilo de una manera poderosa en los jóvenes de entonces, tanto si eran simpatizantes con ellos como si eran opuestos... Siempre ha sido para mí "don Teófilo", con ese sentido de afecto, confianza y al tiempo respeto y admiración; siempre he pensado que le somos deudores y que debemos subrayar la importancia que ha tenido su actuación en la cátedra en la evolución de nuestra Medicina.»

Fuera de esta clase, Carlos pasaba el día en los dos hospitales. En el General le correspondió el servicio de don Jacobo Elizagaray. Era éste un señor mayor, enlevitado, de gran prestigio social, médico de la Casa Real, con su barba blanca siempre bien recortada, que «puntualmente», a las once de la mañana, pasaba durante una hora por su inmensa sala de cincuenta enfermos, para justificar su cargo de profesor de la Beneficiencia, que había aumentado su posición destacada en la Medicina. Era una excelente persona y buen clínico, pero su formación estaba anticuada y su interés por los enfermos era más bien protocolario. Desde que entró Carlos, como alumno interno en su sala, la cosa había cambiado. Este le esperaba, se sabía cada enfermo y las incidencias ocurridas, le planteaba dudas diagnósticas, que él nunca había tenido. Estaba asombrado de la capacidad de aquel jovenzuelo que acababa de comenzar su labor

clínica y que sabía distinguir los soplos, palpar todos los abdómenes con seguridad en lo que percibía. Iba dándose cuenta que su papel en la sala había pasado a un segundo plano y que los enfermos, a pesar de su edad y de su prestigio, miraban con mayor esperanza los ojos de aquel muchacho que los suyos. Carlos se sabía no sólo todos los detalles de su historia, a través de haberles interrogado muy minuciosamente, sino que conocía de memoria sus nombres, del pueblo de donde procedían y los padecimientos de toda su familia.

Don Jacobo se daba cuenta de que aquella sala que durante tantos años no le había creado grandes preocupaciones estaba atendida como nunca, pero al tiempo, la hora que pasaba en ella, tan agradablemente superficial antes, se iba convirtiendo en un infierno de preguntas que no sabía contestar y, como era un buen hombre, aquello le iba creando hasta malestar consigo mismo al sentirse incapaz de seguir el ritmo de trabajo que aquel muchacho le imponía y darse cuenta de lo lejos que había ido quedando de los conocimientos actuales.

Un día ante un enfermo cardiaco, Carlos le preguntó:

—¿No le parece don Jacobo, que este enfermo podría tener una endocarditis infecciosa, ya que además viene teniendo fiebre en picos diaria?

—¿Como dice usted Jiménez? —(por entonces todos le llamaban por sólo su primer apellido).

—Me refiero al cuadro que describió Schotmuller hace cuatro años y que podría estar destruyendo sus válvulas.

Elizagaray hacía ya mucho tiempo que no leía la «Kliwo», si es que la había leído alguna vez, y no tenía la menor idea de lo que le estaban hablando. Al acabar la visita le llamó a su despacho. Había decidido no seguir soportando cada día la amargura del contraste de una figura de la Medicina como él con un estudiante que se mostraba irritante de puro afán de saber y actualizarse en los más recientes hallazgos de la Ciencia. La entrevista fue tensa, pero amable.

—Siéntese, Jiménez, tengo que hablar con usted.

Carlos no sabía a qué obedecía aquella llamada, pero estaba tan seguro de que no había descuidado nada, que no le podían achacar ningún error, que la afrontó serenamente, a pesar del porte imponente de don Jacobo.

De entrada, las palabras no pudieron ser más halagüeñas:

—Jiménez, es usted el estudiante más extraordinario que ha pasado nunca por este servicio. Estoy seguro de que, de seguir así, sin desilusiones por el

ambiente de este hospital y de la propia Facultad, llegará a ser una de las grandes figuras de la Medicina española. Además, lo deseo de todo corazón. Usted siempre ha sido respetuoso, además de fantástico cumplidor de sus obligaciones. De hecho, las ha sobrepasado con mucho y esta sala desde que está usted en ella parece otra y los enfermos nunca han estado tan atendidos y contentos. Lo único que siento es que para mí todo esto ha llegado demasiado tarde. Tengo sesenta y cuatro años y he decidido pedir mi jubileo anticipado. Desde que usted está aquí me he ido dando cuenta de que ya no puedo ser útil a estos enfermos. Puedo seguir con mi clientela, que casi siempre no tienen más que aprensiones y manías y, como tienen fe en mí, hasta les puedo curar. Pero estos son enfermos de verdad, graves, que cuando vienen aquí es porque necesitan la mejor atención posible. Sólo le pido que mientras tenga que seguir aquí, no vuelva más por este mi servicio.

Esta última medio súplica, medio orden le dejó a Carlos estupefacto, tras un exordio tan alabador.

—Pero, don Jacobo, yo creía, y usted lo mismo acaba de decir, que estaba satisfecho de mi trabajo. ¿Por qué entonces esta despedida?

—Pues mire, yo comprendo que le extrañe, pero la verdad es que yo era feliz al pasar mi hora de visita y ahora se ha convertido en algo más parecido a un tormento. No para usted de preguntar cosas que no sé responderle, me habla de enfermedades que ni siquiera conozco y, como le decía, todo ello me coge de viejo. Estoy seguro que de tener yo treinta años menos me habría unido ilusionadamente a esa labor suya, pero ya es demasiado tarde...

Su expresión era realmente triste. Parecía que se daba cuenta del tiempo perdido y no recobrable.

—Déjeme que al menos vuelva a pasar tranquilamente mi visita hasta que me retire y sepa que, muy sinceramente, le deseo siempre lo mejor en su futuro, igual que le podría desear un padre.

Ya Carlos no supo qué replicar y se trasladó a otro servicio. Años más tarde fue llamado por don Jacobo para que le atendiera en su última enfermedad.

El comienzo de la Gran Guerra, tras el atentado de Sarajevo, supuso un cambio en las conversaciones del «Amatorum Club». Las poesías, la ópera, los teatros pasaron a un segundo término en la tertulia, se seguían las noticias del día, las grandes batallas y cada uno tenía sus preferencias y pronósticos de cómo acabaría aquella inmensa carnicería y destrucción. Carlos sostenía una

lucha consigo mismo a la hora de mostrarse germanófilo o anglófilo, pues allí no podía haber términos medios, ya que toda Europa estaba convulsionada y jugándose un futuro todavía incierto. Su incipiente formación médica, autodidacta en la clínica, era bibliográficamente de forma esencialmente alemana. Le parecía que allí la Medicina estaba más adelantada y que estaba profundizando más en los problemas más inquietantes de la actualidad.

Para poder estudiar alemán y no tener que recurrir a las traducciones en francés que dominaba desde el Bachillerato, se había apuntado a unas clases para obreros que sólo costaban una peseta al mes, al estar promocionadas por los sindicatos. Cuando llegó se encontró que en primero había mucha gente y gente poco culta que iba muy despacio en su aprendizaje y que muchos de ellos enseguida se cansaban y abandonaban sin pasar de unas primeras nociones. Como él tenía prisa por aprender y no podía costearse un profesor particular o una academia distinguida, pensó rápidamente que si se matriculaba en segundo curso, basándose en su condición de universitario y de lo poco que había aprendido hacía años con don Faustino la cosa iría mejor. Efectivamente, se encontró con que en segundo curso no había más que un solo alumno; él, y que, por tanto, tenía un profesor particular como el mejor pagado, sin otra labor que enseñarle a él. De esta forma su adelanto en aquel idioma en el que escribían sus ídolos fue pronto asequible.

Todo ello inclinaba su balanza hacia «los boches», pero, en cambio, le era desagradable la persona del Kaiser, el militarismo, su forma de arrasar Francia en la primera ofensiva y la utilización de la iperita, que producía aquellas terribles lesiones en los pulmones, acabó por inclinarse decididamente hacia los aliados, países mucho más liberales y democráticos.

En lo que todos los amigos estaban de acuerdo, era en la posición neutral de España.

—En esa guerra no se nos ha perdido nada —decía una tarde Pepe Segovia—. Los franceses nos desprecian y siguen con el «aún hay Pirineos», queriendo arrinconarnos con Africa. Los ingleses mantienen el colonialismo de Gibraltar y los alemanes más bien nos ignoran, como no sea a la hora de hacer comercio con nosotros.

—Hombre —replicaba Carlos—, yo creo que eso son más bien tópicos. De hecho teníamos el acuerdo de Romanones y Poincaré del año 7, en que casi nos comprometíamos a intervenir o al menos «entrar en comunicación» con Inglaterra y con ellos si se daban determinadas circunstancias que cam-

biaran el «statu quo» territorial. Pero ellos se han estado callados y me parece bien que Dato y el Rey no tomen ninguna iniciativa. Al fin y al cabo, ¡cuántas veces unos y otros se han saltado a la torera los tratados con nosotros a lo largo de la historia, cuando les ha convenido!

Duarte, hijo de un peluquero, que era el más tendente a la izquierda y aliadófilo, intervino:

—Dejaros de pamplinas, lo que se juega en esta guerra es mucho más que todo eso. Prusia representa el absolutismo, el conservadurismo, culpable de todo nuestro retraso. Cuando nos quejamos tanto de lo que vemos en la Facultad, del aislamiento de nuestra Ciencia, los únicos culpables son los que con la palabra Dios y Rey en la boca lo que quieren es que todo siga igual, que no haya una clase media que piense ni una clase baja que pueda llegar a leer siquiera y que les puedan arrebatar sus priviliegios. En este momento España y el mundo están divididos no por aliadófilos y germanófilos, sino por liberales y carcas.

De este tenor eran las discusiones del «Amatorum Club», mientras el país conocía una de sus épocas económicas doradas. La necesidad de producir para alimentar aquella inmensa boca que se tragaba todo y de producir aceleradamente para reponer todo lo que el resto de Europa destruía cada día, dio un gran empuje a la industria e hizo que entrara dinero a raudales, si bien, como siempre, los grandes beneficios se los llevaron unos cuantos. La prosperidad también alcanzó de rechazo a la familia de Carlos, pues la gente que disponía de dinero, buscaba lo mejor y «La Europea» era una de las que mejores y más selectos y variados alimentos podía proporcionarles. Se mudaron entonces a un piso muy amplio en la Calle de la Cruz, que efectivamente era una encrucijada, casi equidistante de los comercios que don Mariano regentaba. Mariano, hijo, iba ya en segundo de Derecho y Eusebio estaba cercano a terminar su carrera y ya le había llegado hasta alguna oferta de trabajo, dado su buen expediente, para cuando tuviera su título.

La situación les permitió entonces un verdadero veraneo y, al acabar los cursos, se iban con doña Jacoba a una casa llamada «La Tejera» del pueblo de Cercedilla, en la falda de la sierra de Guadarrama, donde la temperatura era mucho más agradable que en el centro de Madrid. Era un pueblo de veraneo de la burguesía y, para Carlos, tenía el gran atractivo de la posibilidad de hacer excursiones por aquellos riscos que tanto había admirado desde el Cerro del Pimiento. Las mañanas las solía dedicar a estudiar... las materias del curso siguiente, y por las tardes se hacía un bocadillo de chocolate y se lanzaba hacia las alturas a buscar nuevos parajes. Era todavía una serranía limpia e incontaminada, bastante solitaria. Realmente hasta que la «descubrieron» don Fernando Giner y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, tan partidarios de la naturaleza, del aire libre y los «sports», el Guadarrama era, a pesar de su cercanía a Madrid, una tierra inexplorada. Carlos se la recorrió palmo a palmo, la mayor parte de las veces en solitario, pues Eusebio tenía prohibido el mucho ejercicio y Mariano se mostró enseguida como hombre de «asfalto» y prefería quedarse en el pueblo, perseguir a las chicas y no perderse cualquier posible baile. La colonia de veraneantes estaba un poco dividida por sutiles diferencias de clases sociales. Aunque ellos eran universitarios no dejaban de ser descendientes de labradores y sus apellidos no podían ser más corrientes y vulgares, Jiménez y Díaz había a miles. Ello les mantenía algo separados de «la crema», constituida por familias de más abolengo, rentistas en su mayoría y con hijos educados en los más distinguidos colegios de monjas y frailes: las Damas Negras, la Asunción, las Jesuitinas, El Pilar... Sin embargo, en el campo, y a esa edad juvenil, las diferencias no eran barreras insalvables y menos para alguien como Carlos, espontáneo, abierto e ingenioso cuya popularidad en aquel pueblo fue rápida y progresiva. Aunque iba siempre de cualquier manera, sin importarle el peinado ni la ropa, que pocas veces y por poco tiempo llevaba arreglada, a pesar de los esfuerzos y reconvenciones de su madre, se trataba igual con unos y con otros. Estaba en todas las salsas, bien fueran excursiones que bailes (aunque lo hacía catastróficamente, a diferencia de su hermano Mariano) que, sobre todo, funciones de teatro de aficionados o juegos florales. Tanto él como Eusebio se enamoraron al primer año. El mayor se hizo novio de Elvira Casado, hija de otro tendero, aunque más modesto, ya que sólo poseía una pequeña tienda, también de ultramarinos en Lavapiés, al final de la Calle del Doctor Fourquet. A Carlos, siempre tan entusiasta, le dejó extasiado alguien un poco más lejano, ya que podía pasar por la reina de la «crema», más por su belleza y alegre simpatía que por su posición económica. Se llamaba Conchita de Rábago y ese «de» delante del apellido significaba linaje de hijosdalgo. Aunque ella era madrileña, toda la familia procedía de La Montaña, de Reinosa, y Rábago era un apellido de abolengo en aquellas tierras. Los padres, don Blas y doña Rosa tenían algunas tierras y ganado y poseían un par de casas en la Calle de Segovia, un poco por debajo del Viaducto. Eran casas modestas y los alquileres que constituían sus rentas, bajos y a veces difíciles de cobrar. Tenían otros dos hijos, varones: Pedro y Gregorio, más pequeños y a los que la hermana mayor adoraba.

Todo fue muy sencillo tras la presentación hecha por Mariano en un baile veraniego:

—Te presento a Conchita.

Y a ella:

—Este es mi hermano Carlos.

El flechazo fue mutuo y fulminante. El primer y único amor de ambos. Carlos sabe que allí, tímida y sonriente, rojas las mejillas, con los ojos bajos, estaba *ella* por antonomasia y ella sabe que es *el*. Lo que no sabía Conchita es que en aquel momento había empezado a entrar en la historia de la Medicina, como protagonista consorte...

Conchita era a sus quince años ya una mujer muy guapa, con un tipo atractivo, ojos brillantes siempre de alegría... y todavía trenzas largas. Su educación era la clásica de una señorita de aquella época, en colegios de monjas que les enseñaban más labores de la casa y costura, buenas costumbres (urbanidad, como se decía entonces), bordado, piano... y unos toques superficiales de cultura general. Por entonces el horizonte de la mujer seguía centrado en casarse, y casarse bien, y llevar su casa y traer los hijos que Dios quisiera al mundo. Cuando sus padres observaron que, dentro siempre de pandillas, se la veía cada vez con mas asiduidad cerca de aquel desgalichado muchacho, hijo de tenderos, no les hizo mucha gracia el posible noviazgo. Para su hija más fina y tan atractiva siempre habían soñado con alguien superior, más cercano al esperado «Príncipe Azul». Cuando vieron que aquello iba yendo muy en serio, pues no había más que mirar sus caras para ver el embobamiento propio del enamoramiento juvenil, se pusieron a indagar con la mayor discreción, como era inevitable costumbre, sobre la familia y sobre las cualidades de aquel muchacho que no podía por menos de caerles simpático, especialmente a doña Rosa, pero que no les encajaba como el yerno deseado. Los informes no fueron demasiado satisfactorios en cuanto a la familia. Es verdad que todos coincidían en la probidad del padre, en su honestidad y en cómo con su solo esfuerzo había dado un salto desde un pobre pueblo a un miembro destacado del gremio y con una economía modesta, pero saneada, pero el Jiménez y el origen labrador de todos sus antepasados eran un freno para su pasado casi aristocrático. En cambio no dejaban dudas las informaciones sobre el propio Carlos y sus hermanos. Eran chicos estudiosos y Carlos iba ya siendo conocido como el mejor estudiante de la Facultad de Medicina, acaparador de premios y matrículas y al que todos auguraban un futuro brillantísimo en su profesión.

En cualquier caso, ya había pasado el tiempo en que los padres arreglaban impunemente los matrimonios por mera conveniencia, sin que la opinión de los interesados contara para nada y pronto tuvieron que aceptar que el amor de los chicos era firme e irreversible... y el noviazgo se formalizó antes de terminar el verano.

Este amor, que sería lo más esencial para Carlos, incluso por delante de su vocación, de sus estudios, de la Medicina y de cualquier impulso por atractivo que le pareciera, no cambió, sin embargo, las costumbres cotidianas de apurar horas y horas en los hospitales, de estudiar todo lo que caía en sus manos, de seguir con sus inyecciones que le proporcionaban dinerillo para sus libros y revistas y, únicamente disminuyó su asiduidad a las reuniones del «Amatorum Club», aunque no la amistad con sus amigos. Seguían reuniéndose en aquel clásico café «Zaragoza» de la Calle del León, con la música de fondo del violín y el piano que la pareja de siempre, Balsa al piano y el luego famoso Corvino al violín, con su viejo frac y su pañuelo, no demasiado blanco, entre la barbilla y el humilde violín. Para entonces la Gran Guerra había dado un vuelco, con la entrada en la contienda de la joven Norteamérica, presidida por Wilson, con toda su creciente pujanza. Se comentó mucho la heroica resistencia de Verdún por el general Petain y se iba viendo que el desenlace se inclinaba ya de forma indefectible hacia los aliados. Las conversaciones, ya todos en su cuarto año, estaban mucho más centradas en la universidad y en sus futuros, que se habían ido depurando según crecía el contacto con la clínica. Eran jóvenes iconoclastas. A ello les había llevado el triste contacto con una realidad desilusionante, tan lejos de lo que habían pensado que sería la Facultad y con unas ansias de poder modificar en su día aquella triste situación que a ellos les había tocado vivir en sus aulas.

De vez en cuando, podían «pegar la oreja» y oír a su ídolo Cajal alguna reflexión a sus contertulios:

—La pretendida incapacidad de los españoles para todo lo que no sea producto de la fantasía, de la creación artística, ha quedado reducida a tópico ramplón.

O leían aquel párrafo del sabio cuando, en 1905, se había celebrado en España el tercer centenario del «Quijote»:

—El quijotismo de buena ley tiene en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explorar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y del subsuelo; descuajar y convertir en ameno jardín la impenetrable selva de la

naturaleza, donde se ocultan amenazadores agentes vivos de la enfermedad y la muerte; modelar y corregir, con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro para que en todas las esferas de la humana actividad rinda copiosa mies de ideas nuevas y de intervenciones provechosas... He aquí las estupendas aventuras reservadas a nuestro Quijote del porvenir.

...Y ellos querían ser uno de aquellos nuevos quijotes.

Aquella tarde, Pepe Segovia, tras el primer sorbo de café, inició la discusión.

—Bueno, ya habéis visto que la esperada llegada a las asignaturas clínicas, al contacto con los enfermos, la situación de los primeros años no cambia esencialmente. Nos quieren seguir obligando con pasar lista a acudir a clases que no nos interesan. ¡Dios, si yo ya he decidido ser cirujano y me pasaría el día entero ayudando en el quirófano! ¿Qué demonios pinto yo perdiendo horas en Otorrinolaringología o Pediatría, oyendo a esos tipos engolados que repiten siempre las mismas vulgaridades? Hasta ahora yo estudié Medicina con gran ilusión, esperando este momento de empezar a operar, y estoy desencantado; esto me parece una colección de cuentos bastante aburridos.

—Tienes toda la razón —replicó Carlos—. Toda la enseñanza clínica que no se haga en las salas de enfermos o en los dispensarios es tener la actitud de un espectador de teatro que espera «lo que le suelten». Lo único útil de mi trabajo es cuando estoy con una blusa y un estetoscopio en la mano, o mejor en los oídos. Y yo ya he decidido correr con el albur de tener problemas por falta de asistencia a cosas que no me interesan o que se pueden estudiar en tres semanas para hacer un buen examen. ¿Creéis lógico que este curso tenga la misma extensión la Patología Médica que la Oftalmología? El que quiera ser oftalmólogo que se esté en la consulta, en la sala o en el quirófano, pero yo ya sé ver el fondo de ojo mejor que ellos. Desde que me compré un oftalmoscopio no dejo de mirárselo a ningún enfermo.

Todas las opiniones eran coincidentes.

—Mirad —decía Plácido Duarte—, está claro que ya no nos pueden engañar, todo lo que no sea acabar las clases fundamentales a las diez de la mañana y pasar el resto del día en salas y quirófanos es una pérdida de tiempo. La enseñanza de la Medicina ha de ser esencialmente objetiva, viviendo cada caso. Lo demás lo aprendemos mucho mejor en los libros, que van mucho más adelantados que las «historias» que algunos nos cuentan, las

mismas cada año, incluso sin enterarse de los progresos que ha habido en cada tema. ¿Creéis que se puede llegar a ser un buen cirujano y tener criterio con lo que hay que hacer, presenciando operaciones desde allá arriba a diez o doce metros de una mesa de operaciones rodeada de personas que ni te dejan ver al enfermo y menos lo que en él están haciendo? ¿Para qué nos van a repetir en clases las mismas lecciones teóricas sobre enfermedades que ya se estudian en la Patología Médica? y nada menos que durante tres años. Y mientras tanto, nuestros compañeros, los que se han de ir a ejercer a un pueblo abandonado no tendrán idea de lo que van a necesitar: cómo reducir una fractura o luxación, hacer una sangría o drenar un flemón. Lo mismo le pasará en cuanto se tenga que enfrentar a un enfermo, con la necesidad de hacer diagnósticos y tomar resoluciones. Entonces es cuando verá la penuria de su preparación y la esterilidad de sus años de estudio. Si ese médico vive en un medio donde la decisión se le exige en cada momento y es un hombre de conciencia, que quiere saber y tiene respeto a su profesión, aunque desgraciadamente no siempre sea así, irá poco a poco aprendiendo, a fuerza de intentos y actuaciones imperfectas, más o menos intensamente, según su capacidad e interés por aprender, como un nuevo Robinson en la isla desierta de la medicina rural.

—Lo más probable es que llene los vacíos de una clara visión de las cosas con «trucos» o amaneramientos, de los que, poco a poco, le van haciendo salir airoso —apostilló finalmente Carlos.

Las conversaciones daban vueltas y vueltas sobre estos temas que mostraban la insatisfacción por la carencia de verdaderos maestros, el exceso de alumnos y la parquedad de las camas, hacía que, el que no se preocupaba de estar interno en alguna cátedra o prefería acudir a todas las clases para asegurarse el éxito en los exámenes con su sola presencia y el no tener faltas, aunque la mayor parte de las veces estuviera dormitando o pensando en otras cosas. Tampoco eran muchos los que se preocupaban, como ellos, de estudiar, de leer libros y revistas, de aprender idiomas, de tener verdadera inquietud por otros temas, aparentemente ajenos, como la filosofía, la literatura, la música, los progresos de otras ciencias, como la física y la química, olvidando la afirmación de Joaquín Costa:

—Hay que salvar a España con los libros en la mano.

Las conversaciones seguían dando la vuelta a la noria del atraso científico español. Carlos se rebelaba contra que aquello no pudiera ser modificado y re-

petía una y otra vez el ejemplo de Cajal. Bastaba que su notoriedad por el Nobel y el nivel mundial de su prestigio hubiera explotado diez años antes, para que la situación estuviera cambiando en aquella década.

Les decía:

—Mirad todo lo que está haciendo desde que preside la Junta de Ampliación de Estudios, ya va existiendo una corriente de jóvenes que tienen acceso a otros ambientes y espero que nosotros también tengamos la posibilidad de hacerlo. De momento no se nota mucho, pero estoy seguro que su reincorporación elevará el nivel. Fijaros en sus discípulos, sólo por contar con un verdadero maestro, con su ejemplo, ya son gente destacada, como Achúcarro o Tello.

Y miraba con envidia aquel rincón no lejano de su tertulia.

Otros eran más pesimistas; temían que aunque fuese así, la universidad les cerrase sus puertas a los mejores a su regreso, como ya había ocurrido en algún caso flagrante. Duarte meneaba la cabeza e intervenía. Para él, el problema venía tan de lejos, tan ligado a la negra historia de España, que no veía que el ambiente hubiera cambiado esencialmente.

—Acordaros de lo que nos contaba el otro día don Teófilo; a pesar de su pensión de la Junta tuvo que luchar en unas oposiciones medio amañadas para otro candidato y, sin duda, es el mejor profesor de la Facultad. Con su ingenio atribuía todo aquello nada menos que a un Edicto de Felipe II, en que se prohibía a los súbditos españoles ir a ninguna universidad extranjera para que no se contaminaran de herejía, incluso ordenando que los que estuvieran, regresaran inmediatamente si no querían ser castigados.

Argüelles echó su cuarto a espadas:

—Eso me recuerda lo que me contaba el otro día un estudioso de la historia de la Medicina. Hay una carta de 1687, ¡vamos, ayer, como quien dice!, de un tal Juan de Cabriada, titulada «Carta filosófica, médico-chymica», que dice más o menos: «... que es una lastimosa y aun vergonzosa cosa que, como si fuéramos indios, hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por Europa.» ¿Qué os parece?

—Hombre, algo se ha ganado en casi tres siglos —apostilló Segovia—. Nosotros podemos leer la «Kliwo»... ¡sólo con dos meses de retraso! —y todos estallaron en carcajadas.

Carlos volvió a Cajal:

—Pero ya veis lo que reitera Cajal en sus «Reglas y Consejos»: «España es un país intelectualmente atrasado, no decadente. Nuestro males no son constitucionales, sino adventicios. España no es un pueblo degenerado, sino inadecuado.»

Plácido Duarte interrumpió rápidamente:

—Oye, oye, que ese libro nos lo sabemos todos y las frases hay que citarlas completas. Recuerda que también dice: «La exageración del principio religioso, singularmente la Inquisición, que podó y descuajó durante siglos lo más eminente y exquisito del genio nacional... limpió la nación de judaizantes, moriscos y luteranos y redujo al silencio, a la expatriación, a muchos heterodoxos», según él esas fueron las causas principales de nuestra decadencia política y de nuestro atraso científico.

—Ahora eres tú el que dejas las cosas a medias —repuso Carlos— porque luego dice: «Aun reconociendo todo esto, pensamos sinceramente que la hipótesis del fanatismo religioso es, en el terreno histórico, notoriamente exagerada, y en el terreno práctico, peligrosísima para las esperanzas puestas en el resurgimiento de España...» y a eso hay que agarrarse para mirar hacia el futuro.

En ocasiones, en aquellas reuniones, aparecía Pedro Ara, ya profesor auxiliar de Anatomía, exiliado posteriormente a Argentina, donde se hizo famoso por su técnica de embalsamamiento aplicada a la adorada Evita Perón. Recordaría en una ocasión.

«Carlos llevaba y leía, aparentemente de forma superficial, varias revistas. Todos creíamos que no se enteraba de nada entre nuestras conversaciones y el ruido del café, pero entonces nos hacía una demostración. Nos daba las revistas y decía: "Venga, venga, preguntarme de lo que aquí viene." ...Y, ante el asombro de todos, contestaba todas las preguntas con todo lujo de detalles.»

Estas mismas inquietudes se las contaba a Conchita en sus paseos matinales los domingos después de la misa. Solían ir, ella con sus padres y hermanos, a la cripta de la Almudena, lo único medio acabado de aquel proyecto de catedral, que sería interminable.

Doña Rosa y don Blas se sentaban en un quiosco de la Plaza de Oriente, tomaban una horchata o limonada y ellos paseaban por los jardines, siempre a

su vista. Eran los momentos más felices para Carlos. Con ella se sentía insuflado de grandes proyectos de futuro, veía que le entendía y que con sus ojos siempre alegres le animaba a seguir ese camino, a no desesperarse por tan poco alentador panorama y demostraba una fe ciega en que si había alguien que conseguiría modificar tan penosa situación de la Medicina y la universidad sería él.

Aquel verano volvieron las dos familias a Cercedilla. Allí el contacto era diario, aunque Carlos seguía dedicando muchas horas al estudio y a sus excursiones por la sierra. Una día subió hasta el pico de la Golondrina y, mientras mordisqueaba su tableta de chocolate, empezó a soñar cómo sería su obra. Era algo que tenía que cambiar el estado de los hospitales, de la enseñanza, de la atención científica y humana a los enfermos. Según él mismo refiere en su «Historia de mi Instituto», en lo que llama «El germen del proyecto».

«Yo no puedo asegurar cuándo apareció en mi ánimo el proyecto; muy posteriormente, un día, revolviendo en mi biblioteca, encontré el libro de Hurst, traducido al francés, que con tanta ilusión había comprado con mi primer dinero. Recuerdo el verano en que yo había terminado cuarto año de la carrera y estaba en Cercedilla; yo era muy aficionado a hacer paseos por el campo, muchas veces solo, con un libro y una onza de chocolate y en aquella época llevé ese libro de Hurst hasta que lo releí en las partes que más me habían interesado. Aquella tarde, en que revisé por azar ese libro casi olvidado encontré, en esa página en blanco que hay al final de los libros, este dibujo mío sencillo, a lápiz, donde se asentaba en el pico de la Golondrina un futuro Instituto de Investigación y Sanatorio del Aparato Digestivo, que era lo que más había estudiado de la Patología.

He sido siempre dado a ensoñar; de aquí mi tendencia a pasar largas temporadas en la soledad, con una cierta acepción del ensueño, en la que se mezclan las realidades presentes más queridas, las más deseadas para el futuro y una cierta fantasía o sabor de aventura. Incluso cuando estoy leyendo algún trabajo o publicación que me interesa, hay también una especie de cierto anhelo aventurero de encontrar nuevos motivos de reflexión y avance. Pero estos ensueños han sido generalmente muy pegados a la realidad, no han sido huidas de la misma, sino germen de futuro. Me ha impresionado por eso, no hace mucho, leer en "Science" el trabajo de Dezent sobre la importancia esencial del ensueño en la vida vigil, observando la paridad que hay entre el equilibrio y bienestar de ésta si se ha soñado y cómo se altera, llegándose a la "disrupción de la personalidad" cuando se han inhibido los sueños... Vienen estas reflexiones a cuento para decir cómo yo creo que la fundación del Instituto ha sido realidad fabricada procedente de ensueño y cómo los estímulos para el mismo han sido dos:

Una captación o experiencia desagradable (el sentido depresivo que sobre la vida española tienen y expresan constantemente una gran mayoría de nuestros intelectuales, escritores y artistas, extensivo también a muchas personas de la clase media, que corean, formando un clamor, las afirmaciones de una inferioridad de nuestro país en comparación con otros que figuran en la avanzada) y una ambición de sentimiento. El segundo factor es la falta de fe en la posibilidad de cambiar las cosas... Todos estos factores fueron los que debieron influir en mí cuando, siendo estudiante, alimentaba en la lectura de libros y revistas extranjeras mi ilusión y pensaba que era indispensable contribuir a su modificación. Aun en países más avanzados y con más tradición científica, que partían de una cota más alta, ha habido que luchar y debatirse para llegar a su situación actual más fácil, por haber menos resistencia, por menos competencia y por hacerse nuevas creaciones en vez de limitarse a remendar universidades, con frecuencia adversas a la incomodidad de las reformas, como dice Schiller "huyendo y tratando cada uno de salvar su miserable pacotilla".»

La idea que ya mostraba aquel dibujo tardó mucho en poder ser realidad y la lucha por conseguirlo ocupó casi toda la vida de aquel juvenil Carlos, que miraba el paisaje del Guadarrama con su libro y su onza de chocolate en la boca.

El curso siguiente encontró un nuevo profesor, que reanimó su poca fe en aquel conjunto de viejos catedráticos enfáticos y rutinarios a cuyas clases renunciaba pronto a acudir. Se trataba del profesor de Dermatología, don Juan de Azúa. Era más joven y nuevamente, como ocurrió con Hernando, era un hombre informado, al tanto de las novedades mundiales, tras su estancia en Alemania, donde había podido conocer a los clásicos de la especialidad, los que habían ido describiendo las lesiones y tratando de profundizar en sus causas. Aunque en este aspecto, a excepción de algunas de clara etiología infecciosa y cuyos gérmenes causales habían sido identificados, todavía existían grandes lagunas e interrogantes, lo que para espíritus inquietos como Carlos y el propio Azúa no hacía más que estimular más el deseo de desentrañar sus misterios.

Fue un profesor que aportaba lo que Carlos y sus amigos tanto echaban en falta, la objetividad. Como el servicio de San Carlos era mínimo, casi limi-

tado a las consultas externas del dispensario de enfermedades venéreas, tan extendidas en aquella época y sin más remedio que el «Salvarsán» (la famosa «bala mágica», de Ehrlich) para la sífilis, y el permanganato para la blenorragia, invitaba a sus alumnos a hacer prácticas en el Hospital de San Juan de Dios, dedicado monográficamente a la especialidad. Estaba situado en la Calle del Doctor Esquerdo, que todavía era casi campo. Era el modelo de hospital estilo francés, con pabellones separados por paseos y jardines, por los que deambulaban los pacientes o se sentaban en los bancos. Allí existía una patología dermatológica variada.

Carlos iba con frecuencia, en primer lugar para conocer «de visu» las lesiones, descritas en los libros, pero difíciles de reconocer sin esa visión directa y también intrigado por las recientes palabras de eczemas, urticarias, psoriasis, cuya causa era desconocida, así como reacciones cutáneas de muchas enfermedades generales, que podían ser clave de un diagnóstico. La Dermatología se iba separando por aquellos años de lo meramente descriptivo de la «especie morbosa», sobre todo a partir de los trabajos de Brocq, sin perseguir la mera causalidad etiológica, y empezando a tener cierta prioridad la patogenia y la «predisposición personal». Aquella formación dermatológica que Carlos consiguió de la mano de Azúa, tan infrecuente en los médicos generales e internistas, le fue de gran utilidad y le llevó a diagnósticos «espectaculares» por la sola inspección, en pacientes que habían pasado sin etiquetar adecuadamente por muchas consultas prestigiosas.

Otro avance conseguido en aquel quinto año, fue su conocimiento y colaboración con Fernando Enríquez de Salamanca. Era éste un internista joven, apenas seis años mayor que él, que había conseguido una plaza de profesor clínico ayudante y tenía ya una sólida formación a través del estudio y la corta, pero intensa práctica. Era un hombre muy alto, delgado, con un inicio precoz de calvicie, más bien seco de carácter y con un rasgo muy marcado de beatería. Carlos ya era conocido en toda la Facultad por sus excepcionales notas y su inexplicable erudición y madurez y para Salamanca fue una gran satisfacción que le eligiera como «mentor» y contar con un entusiasta colaborador en sus trabajos de investigación, preferentemente en el campo de la fisiopatología del estómago. Tenía un pequeño laboratorio y por las tardes, una vez acabado el trabajo clínico, iniciaban sus primeros pasos en el campo experimental. Carlos encontró junto a él aquello que había estado buscando durante los años anteriores sin conseguirlo: aquella ilusión que le originaron sus pequeñas experiencias en animales al final del Bachillerato y que tuvieron que

ver con su elección de carrera. Ahora tenía posibilidad de manejar pipetas y reactivos, de estudiar en animales lo que difícilmente se puede desentrañar en el hombre. Era poca la experimentación que en la Facultad se hacía, fuera del grupo de Cajal y de Hernando, por la carencia de medios y de personas en un trabajo tan poco «rentable».

Sus caracteres eran bien distintos y la diferencia de edad, aunque corta y la relación de profesor/estudiante, no llegó a permitir una gran amistad, pero se compenetraron en el trabajo. Fernando ponías a veces cierto freno de «practicidad» a las avanzadas iniciativas del «alumno Jiménez». A éste le costó trabajo, por ejemplo, convencerle de que el estudio de las heces al microscopio y químicamente podrían ser útiles en desentrañar algún misterio del origen de trastornos intestinales; pero al fin pudo más su tenacidad y en un cuartito sin ventilación anexo al laboratorio se pasaba las tardes emulsionando excretas de enfermos diarreicos o estreñidos, buscando diferencias de composición o celularidad, ya que carecía de medios para estudiar en ellas la flora microbiana, que era otra de sus inquietudes.

El olor era bastante insoportable, y aunque el olfato era uno de los sentidos mejor desarrollados en Carlos, aquello no le arredraba e incluso se habituó a dejar de percibirlo. En cambio, si cualquiera de sus amigos se acercaba por allí a verle, se tapaba inmediatamente las narices con grandes aspavientos y le hacía salir fuera para mantener la conversación que le había llevado a aquel intrincado y maloliente lugar.

Otro avance, en aquel quinto curso, fue el pasar en el Hospital General, al servicio de don Francisco Rozábal. Era éste un científico especialista en enfermedades del aparato respiratorio, especialidad que aquella época estaba dominada por la tuberculosis, la temida tisis, para la que había pocos o ningún remedio más que las curas sanatoriales en las montañas, que habían iniciado en Suiza. Rozábal era un magnífico clínico y especialmente dominaba como pocos la auscultación pulmonar. La Radiología estaba todavía en mantillas y era asombroso ver cómo por sólo el oído aquel hombre era capaz de localizar cavernas pulmonares o derrames pleurales con una gran seguridad, enseñando a Carlos esta faceta, imposible de aprender más que al lado de un gran experto como él.

En ese año 18 surgió la terrible epidemia de gripe, que aunque importada de Francia recibió siempre el injusto apelativo de «la gripe española». La sala se llenó en pocos días de casos muy graves de esta enfermedad y la rebasó te-

niendo que ocupar camas en prácticamente todo el hospital. Como las manifestaciones predominantes eran las pulmonares ellos eran llamados, como consultores, para atender la mayoría de los casos. Existía grave peligro de contagio, como demostraba la rápida expansión del proceso, pero Carlos no pensaba en el riesgo cuando cada día observaba y trataba, casi sin medios, a tan numerosos enfermos, gran parte de ellos en situación crítica. El proceso era muy rápido. Tras uno o dos días de síntomas similares a un catarro común, comenzaba una fiebre muy elevada y una invasión de los pulmones por el virus, que limitaba hasta anular la capacidad respiratoria en pocos días o aun horas, originando una terrible disnea que, en gran parte de los casos, terminaba con la muerte. Ello originó un terrible temor en la población y hubo muchas familias pudientes que cogieron sus bártulos y huyeron hacia los pueblos o a otras regiones donde parecía que el peligro de contagio era menor. Carlos prácticamente no salía del hospital, ya que la guardia nocturna se hacía indispensable y eran pocos los médicos y alumnos internos que se prestaban a ello. La sensación de impotencia era lo que más le afectaba. Todo remedio era inútil, sólo se podía utilizar febrífugos que aliviaban ese síntoma, pero no incidían en ningún sentido favorable en la evolución, tantas veces fatal en pocas horas, de aquella terrible enfermedad que nunca había mostrado tan extrema virulencia. Carlos siempre recordaría de forma especial la autopsia de una joven agraciada de apenas diecisiete años que había ingresado esa misma mañana, en la que la disección de los pulmones mostraba una prácticamente total «hepatización», absolutamente sólidos, sin ninguna zona que conservara aire en sus alveolos, ocupados por secreciones densas.

Le quedó tan grabado que siempre lo ponía de ejemplo cuando, ya profesor, explicaba la enfermedad y la epidemia que la había tocado vivir tan en primera fila.

En aquella temporada ni pudo ver a Conchita (tenía también un cierto temor a poder contagiarla) ni tener los ratos de esparcimiento y discusión del «Amatorum Club». Cuando todo pasó, casi tan rápidamente como había aparecido, éstos se reanudaron contándose sus experiencias. Al grupo se habían sumado recientemente dos nuevos y destacados miembros: Manolo Bermejillo (futuro catedrático de Patología General durante muchos años) y Heliodoro González Mogena, que iba para ilustre gastroenterólogo, al estar de interno en el Hospital General con don Juan Madinaveitia, otro de los pocos verdaderos maestros de aquella época, que creó una escuela importante de especialistas de Aparato Digestivo. A Mogena le había conocido Carlos el anterior verano en Cercedilla, participando ambos en los ensayos de un sainete que iba a representar la «colonia» el día de la fiesta del pueblo y de allí partió una amistad que duraría toda la vida.

Al comenzar en el otoño de 1919 el sexto y último curso de la carrera volvió a ser la Gran Guerra el tema estelar de las reuniones. La ofensiva final del general, pronto mariscal, Foch, con el derrumbamiento del frente occidental, tantos años casi detenido, inició una rápida cadena de victorias aliadas que motivaron la abdicación del Kaiser Guillermo, la dimisión del general Luddendorf y, finalmente, el 3 de noviembre, la firma del Armisticio del bosque de Compiegne que terminó aquella estremecedora guerra. Todo el mundo respiró tranquilo, aunque las consecuencias de aquel conflicto marcaron a muchos países para siempre y casi a toda una generación.

Aunque el final era ya considerado como inevitable y satisfacía a la mayor parte de los compañeros, les originaba preocupación lo que sería de Alemania, lo que podría suponer de retroceso en la nación que más había aportado a la Ciencia Médica en esos años de estudiantes, cómo habría afectado a las grandes figuras que habían sido sus guías en su formación a través de sus libros y artículos en revistas y a los que, sin haber tenido oportunidad de conocer personalmente, admiraban mucho más que a sus profesores, que en gran parte les habían defraudado. Volvían a darle vueltas a las discusiones de siempre. Eran jóvenes dispuestos con su esfuerzo a modificar aquella penosa y lánguida vida universitaria, sin dotaciones para laboratorios ni el menor apoyo a la investigación. Como había dicho Rafael Argüelles una noche, allí no se podía ser más que «bedel o catedrático», no existía una posibilidad de persistencia más que a través de cargos prácticamente «honoríficos», sin una economía que permitiera vivir, ni miserablemente, ni poder completar su formación. En verdad los haberes eran inferiores a los de los bedeles.

En aquel curso de «despedida» Carlos no asistió a ninguna clase, no veía a nadie que pudiera enseñarle en aquella Facultad más de lo que él sabía. Dedicó su tiempo a los enfermos y, sobre todo, a continuar sus estudios en las heces. Hacía pocos años, Hopkins, con su publicación en el «Journal of Physiology» de un famoso trabajo sobre el crecimiento de ratas sometidas a una alimentación de dietas puras, con o sin suplemento de leche, había abierto un apasionado campo (que le valdría el Premio Nobel), sobre los factores de crecimiento y esenciales de la dieta, que Funck denominó vitaminas. Carlos pensaba que parte de aquellos factores tendrían que existir en las heces, e incluso que allí podrían producirse, o al menos transformarse por la flora bacteriana

intestinal. Conectó con un tipo muy peculiar, que Cajal en sus memorias llama «el ranero», que era por entonces el único que, con buena visión, había visto un nuevo campo comercial y se dedicaba a proporcionar a los investigadores animales de laboratorio, bien cazándolos o robándolos (perros, gatos, conejos, ranas) o criando en el patio de su casa, allá por los altos de las Ventas del Espíritu Santo, pequeñas colonias de ratas, ratones y cobayas. A través de unas pocas parejas, pero que se reproducían muy rápidamente, fue haciéndose Carlos su propia colonia de ratones blancos, que encerraba en cajones procedentes de la tienda de su padre, y a los que preparaba unas dietas especiales a las que añadía pequeñas cantidades de heces de distintos enfermos, pensando que su contenido en aquellos factores esenciales, que ahora se llamaban vitaminas, debían estar en diversa proporción en los pacientes con enteritis, con un tránsito intestinal acelerado, que en los estreñidos en que éste era excesivamente lento. Pesaba cuidadosamente a los animales e iba anotando las diferencias en su crecimiento según la procedencia de materia fecal adicionada a una dieta común. Si alguna vez encontraba una diferencia de algunos gramos le parecía que estaba en el camino cierto y que habría que seguir profundizando sobre este tema cuando tuviera más medios. Por el momento aquel pequeño cuarto anejo al laboratorio de Salamanca, añadió al ya insoportable olor de las heces, el no mucho mejor de los animales enjaulados y sus propias deyecciones, pero seguía sin percibirlo y podía pasarse allí horas y horas con entusiasmo creciente según los resultados parecían ir dándole la razón.

Cuando llegó el final del curso y con él el título de licenciado en Medicina y Cirugía con el Premio Extraordinario al mejor expediente académico, ya había trazado las bases de lo que sería su tesis doctoral, que le era imprescindible para su propósito de hacer enseguida oposiciones.

En esta ocasión tuvo que enfrentarse nuevamente, una de las muy escasas veces, al deseo/orden de su padre. Cuando llegó a casa triunfante con su premio y su título recién estrenados, ya sabía que no habría fiestas ni parabienes.

El año anterior, al terminar Eusebio brillantemente su carrera de ingeniero industrial, la primera pregunta que había recibido fue:

—Y, ¿cuándo te pones a trabajar? Yo ya he hecho todo lo que podía por ti, así que ya puedes ir buscando empleo.

Afortunadamente, antes de terminar ya había sido buscado por una importante empresa constructora, «Ginés y Navarro», y al día siguiente de obtener su título ya estaba allí trabajando.

La economía familiar estaba, por entonces, sufriendo la recesión que en España originó el fin de la confrontación bélica. La época de relativa riqueza que originó la guerra, con importante empuje en la industria y mayores beneficios de la agricultura, al aumentar los pedidos extranjeros originados por las desmesuradas necesidades y desgaste de tan prolongada situación de confrontación europea, se había terminado. Ello repercutía en las ventas de «La Europea» y las otras tiendas, sobre todo de la primera, ya que sus productos eran de mayor calidad y escogidos y la clientela tenía menos dinero y, además, su crecimiento en número de empleados y otros gastos desnivelaban su balance. Por ello Eusebio, sin un gran sueldo y con deseos de ahorro para casarse con Elvira después de varios años de noviazgo, corría definitivamente con sus magros gastos de ropa, transporte, etc.

Por ello Carlos no esperaba un cambio de actitud de su padre, pero aun así le cogió de sorpresa cuando llegó triunfante con su flamante título y, sobre todo el Premio Extraordinario, una vez recibidos besos y abrazos de doña Jacoba, que no podía reprimir lágrimas de alegría y orgullo, así como los de sus hermanos, don Mariano, por entonces físicamente envejecido, obeso y calvo, con sus grandes bigotes de puntas elevadas al estilo de la época, pero sin haber disminuido en nada su energía, le espetó de entrada.

—Bueno, otro que ya puede empezar a trabajar. Ya tienes tu título y con esos méritos y cierta fama que has conseguido no te ha de faltar pronto una buena clientela. No es que los médicos, excepto cuatro o cinco, ganen mucho dinero, como se puede ganar en la industria o en el comercio, pero todo es empezar pronto.

Carlos tenía muy decidida otra orientación y, como siempre con respeto, pero con firmeza, contestó:

—No padre, yo tengo que seguir estudiando y formándome. Quiero seguir en la universidad y para ello no hay más remedio que hacer oposiciones. Lo primero que he de conseguir es el título de doctor y quiero hacerlo cuanto antes.

El padre quedó un poco desconcertado. No estaba habituado a que sus hijos le llevaran la contraria ni discutieran sus decisiones. Cuando iba a iniciar una diatriba sobre aquella insospechada actitud, intervino don Faustino, ya hacía algún tiempo reincorporado al círculo familiar. Después de aquella aventura de la beca de Tubinga, había sido destinado a la parroquia de San Antonio, cerca del Teatro Lara, llamada «de los Alemanes» por ser la única en

Madrid en que existía una misa con el sermón en este idioma, que don Faustino pronunciaba desde el púlpito.

—Ya se lo dije a tu padre..., y sigo diciéndolo, tú vas a llegar muy lejos y hay que dejarte seguir sin trabas tu camino.

Ello dio pie a Carlos para machacar su intervención anterior.

—Padre, yo no voy a quedarme con este título y a empezar a ejercer sin más, a cobrar igualas y cosas parecidas. Yo tengo que llegar a catedrático y luchar por cambiar esta universidad tan decepcionante, que nos sigue apartando cada vez más de lo que es la Medicina actual y dejando a España al margen de todo el progreso que está por venir. Así que lo primero es sacar las asignaturas del doctorado y hacer mi tesis, que ya tengo bastante avanzada sobre mis experiencias en el laboratorio.

—¡De manera —se fue indignando don Mariano— que prefieres jugar con tus ratones que hacerte un hombre de provecho. Ya sabes que en esta casa hay que ganarse la vida!

El tono había ido subiendo y la situación crecía en tirantez. La madre no se atrevía a abrir la boca, pero rezaba por que la discusión no prosiguiera y Carlos lograra sus propósitos. Mariano, hijo, trató de prestar ayuda, sabiendo que su padre le tenía por el de mejor criterio, quizá por ser el de carácter más parecido al suyo, pero sus primeras palabras fueron cortadas por un:

—¡Tú a callar, que a ti nadie te ha dado vela en este entierro!

Carlos, serio, algo defraudado por no haber tenido ni tiempo de digerir su alegría, sin haber podido ir corriendo a compartirla con Conchita, consideraba injusta aquella actitud del padre, aunque las cosas ya no fueran tan bien por la tienda. Decidió intentar acabar de una vez con todo aquel momento que de extrema felicidad, iba pasando a casi tragedia. Tragó saliva y, cariñosamente, habló a su progenitor:

—Mire padre, yo sé bién todo el esfuerzo que usted ha hecho por nosotros. Yo le quiero y respeto sobre todas las cosas y sé bien que todo lo que nosotros consigamos se lo deberemos a usted y a madre. Pero ahora estamos hablando de mi futuro, de mis sueños, del camino que en estos años me he trazado y que no quiero abandonar, usted bien sabe que desde que empecé la carrera no le he pedido un duro y me he ido ganando con las inyecciones, con los premios, lo necesario para mis libros y revistas, sin cuyo estudio nunca habría conseguido éste que me califica como mejor alumno de la Facultad... y así seguirá siendo. No piense que voy a hacer el vago —no lo he hecho nunca— y que por estudiar no voy a ganarme las pesetas necesarias, no ya sólo para libros, sino también para mis gastos. Pero ello es distinto a que me convierta, por ganar ahora más dinero, en un médico vulgar, que sale de la Facultad sabiendo poco y se va dejando llevar por la rutina con la clientela por buena que sea y se olvida de que un médico tiene siempre que seguir estudiando y aprendiendo. Yo podré simultanear algo ambas cosas, pero por el momento voy a hacer el doctorado e intentar llegar a ser profesor, por difícil que sea a mi edad y sin apoyos ni amistades. No vale la pena que sigamos discutiendo. Sabe que todo lo que me ha mandado lo he hecho, que no le he dado más disgustos que mis travesuras de chico y creo que todos debemos estar contentos y felices, sin otras sombras en estos momentos... además, si usted me lo permite, quiero ir a ver a Conchita que estará esperando impaciente por saber si por fin me han dado el Premio Extraordinario.

Don Mariano, tan despectivo hacia las mujeres, tenía cierta debilidad por aquella novia de su hijo, siempre tan alegre y cariñosa y, aunque a regañadientes, ya no quiso replicar y concedió el solicitado permiso, que le demostraba que, a pesar de todo, él era el que seguía manteniendo las riendas de aquella familia.

En la casa de la Calle Segovia, donde Carlos ya había obtenido el «status» de novio oficial y el permiso de subir a casa, tan regateado en aquella época a los pretendientes, sí que todo fueron alegría y parabienes. Conchita estaba radiante y orgullosa de aquel novio al que cada día quería más y le parecía el más listo del mundo. Tan así, que estaba deseando que llegara el día de casarse con él, pero conocía bien sus planes, los apoyaba y sabía que aquella felicidad tan esperada debía tardar para no interferir en que él consiguiera todo lo que se proponía, especialmente aquel deseo tan noble de aportar a España un avance en un campo tan importante como la Ciencia..., aunque ella no supiera demasiado de ella, pues toda su información de «señorita bien» eran sus narraciones apasionadas de casos de sala o de trabajos que había leído y que ella difícilmente entendía, pero que sí le traducían que debía ser muy importante cuando Carlos era capaz de entusiasmarse tanto con lo que le refería.

En un discreto aparte que les dejaron los padres y familiares, no se pudo contener y, contraviniendo toda norma aceptada por la sociedad que tanto le habían imbuido en el colegio, le besó apasionadamente y le dijo:

—Carlines, eres el hombre más maravilloso del mundo, no hay nadie como tú capaz de trabajar y estudiar tanto y yo lo único que quiero es que seamos el uno para el otro, tan felices o más que ahora.

Pasados aquellos momentos de euforia, Carlos comenzó a cristalizar sus planes. Tuvo suerte de que hubiera quedado vacante la plaza de médico en el Balneario de El Molar, pueblo de su madre, y donde todavía estaba toda su familia (lo que algo debió influir en que tan pronto le concedieran la plaza, pues todos sabían de sus éxitos de estudiante). Para él era un sitio ideal; el trabajo era poco y de escasa responsabilidad y ello le permitiría preparar las asignaturas del doctorado, escribir su tesis... y ganar y hasta ahorrar algún dinero, puesto que el trabajo conllevaba alojamiento y manutención.

El no creía demasiado en la virtud de las aguas, pero, a falta de otros remedios, la vida sana, al aire libre, el ambiente relajado y el ejercicio que se hacía en los baños, eran sin duda positivos para muchas personas..., aunque sólo fuera psíquicamente.

El balneario se llamaba «La Fuente del Toro» y era bastante conocido y apreciado por entonces, aunque no tuviera la categoría de los «clásicos», como Arnedillo, Alhama, Guitiriz, etc., pero con la ventaja de estar muy cercano a Madrid, lo que era a tener en cuenta en tiempos de malas comunicaciones. En estos centros, como en los más elegantes europeos de Baden-Baden, Evián, etc., se reunían algunas familias distinguidas principalmente a lucir las modas veraniegas y, con frecuencia organizar partidas de diversos juegos; también había quien iba en busca de un ambiente relajado en la paz del campo y con una temporada más tolerable que la del duro estío madrileño, la mayor parte de ellos, pues enfermos imaginarios, sin que faltara un pequeño cupo, los que lo eran realmente y buscaban las aguas milagrosas que aliviaban sus achaques.

El trabajo de Carlos era, pues, sencillo y escaso. Ello le permitía no «entrar en sociedad» y dedicarse casi íntegramente al estudio de las asignaturas de doctorado, que no eran difíciles para él y, sobre todo, a redactar su tesis doctoral que tituló «Los factores de la dieta y el crecimiento». Era esencialmente una muy completa revisión de la literatura sobre un tema en plena explosiva actualidad, a lo que añadió sus rudimentarias experiencias con los ratones y los diferentes tipos de heces y su influencia en el crecimiento de una misma camada de animales.

Sí estrechó más su relación con la familia materna y, especialmente, con un primo llamado Carlos, algo mayor que él, recién casado con una muchacha de Valdetorres del Jarama y que moriría muy prematuramente a los pocos años. Alguno de los otros primos ya había emigrado a Madrid y con los tíos, hermanos de su madre, había tenido menor relación.

Aquel verano sólo pudo hacer una escapada de fin de semana a Cercedilla a ver a Conchita y a su propia familia, pues realmente el esfuerzo de completar la tesis, para lo que se había llevado en diligencia un enorme cajón de libros y revistas, le comía casi todo su tiempo.

En octubre aprobó sin problemas y con buenas calificaciones las asignaturas del doctorado, entre la que se contaba la de Hidrología, que él había ejercido ese verano en el balneario, y, pocos días después, leyó con éxito y grandes alabanzas del tribunal la tesis doctoral, que fue señalada como una de las mejores presentadas por su apabullante erudición e información bibliográfica y por el intento de originalidad que suponían sus experiencias. Fue calificada máximamente con el anhelado sobresaliente «cum laude» y Premio Extraordinario y así, en el corto espacio de tres meses, elevó su título de licenciado en el de doctor, como había sido su propósito.

En la historiada orla de la promoción, fechada el 29 de enero de 1920, que su madre se apresuró a colgar con su negro marco en un sitio bien visible de la casa, estaban, entre márgenes de hojas de laurel, los profesores: Azúa (Dermatología), Cajal (Histología), Cardenal (Cirugía), Criado (Pediatría), Castro (Disección), Cisneros (O.R.L.), Hernando (Terapéutica), Maestre (Medicina Legal), Márquez (Oftalmología), Fernández Chacón (Obstetricia), Olivares (Cirugía), Ocaña (Fisiología), Fornos (Higiene), Recasens (Ginecología), Redondo (Patología Médica), Molla (Cirugía), y Jiménez (Operaciones). Entre los condiscípulos, una sola mujer: la señorita M.ª Luisa Delgado Tellechea, y entre los hombres, rostros de muchos médicos muy destacados ulteriormente: Fernando de Castro, González Duarte, Argüelles, Segovia, Oliver Pascual, Ortega Díaz, Orueta, Jiménez Guinea, Moncada Jareño, Jiménez Encina, Lahoz, Aracama, Capote, que, como los demás, estarían pronto desperdigados por toda España, cada uno jugando su destino con distinta suerte..., pero Carlos no creía mucho en la suerte y se sentía dueño de su propio destino.

Capítulo IV

El joven opositor: Alemania (1920-1922)

¡Voy a vivir la vida a largos tragos,
como un celeste vino de Falerno!
Posando en ti un mirar eterno
como se posan las hojas en los lagos...

«Nuestro mundo», FLORBELA ESPANCA

LAS REUNIONES DEL «AMATORUM CLUB» se iban haciendo más espaciadas. Al terminar los estudios en San Carlos cada uno debía elegir su camino. La realidad es que no había demasiadas opciones, por más que hubieran sido alumnos destacados se sabían con escasa experiencia y formación, aunque ésta fuera muy superior a la de la mayoría de sus compañeros, tenían clara su insuficiencia. Los demás estaban ya preparando oposiciones, en general, sus ejercicios para acceder a la A.P.D., que eran necesarios para iniciarse en la medicina rural, que eran los más sencillos. Sus aspiraciones quedaban ahí, en tener un puesto seguro, vitalicio, preferentemente en su propio pueblo o provincia, donde a lo mejor poseían algunas tierras o podrían adquirirlas con sus magros sueldos e igualas. Otros se inclinaban por el Cuerpo de Sanidad Militar, donde podrían ir adquiriendo ascensos en el escalafón, a veces aceleradamente si tenían la suerte de tener una guerra por medio, como había pasado con los que estaban en la campaña de Africa. También ello daba seguridad, estabilidad, lo que en tiempos difíciles, como los que vivía España económica y políticamente, era lo que una juventud poco ilusionada anhelaba más.

Las conversaciones del grupo habían girado desde el arte y la música y de la ya terminada Gran Guerra a cómo buscar un futuro profesional más atractivo, más acorde con sus inquietudes, con su inconformismo con la universidad y con el estado de la Ciencia española, que les parecía tan deprimente, a pesar del aislado fenómeno de Cajal.

Segovia, Argüelles y Plácido Duarte tenían muy clara su vocación de cirujanos. Mogena ya tenía un puesto de profesor auxiliar en el servicio de Gastroenterología en el Hospital General, el servicio de don Juan Madinaveitia, que le había conferido gran prestigio, y comenzaba ya una práctica privada creciente, apoyado en la buena situación económica familiar; Plaza estaba haciéndose odontólogo... y Carlos sabía muy bien que él quería seguir la carrera universitaria, a pesar de los obstáculos y de lo mal remunerada que estaba. El quería, tenía, que ser catedrático.

Una tarde les anunció a todos que, aunque pareciera descabellado, se iba a presentar a las próximas por convocar para la plaza vacante en Barcelona. Todos le animaron; conocían su capacidad, su erudición y estaban seguros de que no iba a hacer mal papel.

Poco después de aquel Premio Extraordinario tuvo que hacer un corto paréntesis en su trabajo hospitalario, aunque no en sus estudios de temas y temas para futuras oposiones. Se convocaron las esperadas de la cátedra de Barcelona que había pensado serían una ocasión de probar cómo era aquello, cómo se desenvolvería en las «trincas» y cuál sería su nivel de erudición al exponer los temas elegidos por el Tribunal y compararlos con los de personas más experimentadas.

Sabía que las posibilidades eran prácticamente nulas; su currículum era lógicamente limitado y además tenía veintidós años y aún tenía que hacer el Servicio Militar.

El citado paréntesis para éste fue corto. Con el dinero que había ido ahorrando de poner inyecciones, y ahora de algún raro cliente, más lo ganado en el Balneario de El Molar, pudo pagar lo exigido para ser «soldado de cuota», lo que significaba un período muy parcial de tres meses en el cuartel, sólo por las mañanas, hasta jurar bandera.

Con su uniforme tenía un aspecto bien poco marcial. Su pelo fue recortado «a cepillo» y nunca consiguió ponerse bien el correaje. Lo de la instrucción le parecía una solemne tontería y una pérdida de tiempo en desfiles, de «vistas a la derecha», de ponerse firmes o en «su lugar, descanso». Por tanto, no prestaba demasiada atención y siempre se ganaba las broncas de un sargento, bruto como él solo, que parecía haberla tomado con aquel jovencito de aire intelectual. O bien se había abrochado mal los botones o las botas estaban sucias, o se equivocaba al montar el fusil o daba la media vuelta hacia el lado incorrecto. Aquel sargento le chillaba como nadie lo había hecho hasta entonces, mezclando sonoros tacos en sus filípicas.

Cuando pasó aquel penoso período, que no le originó más interés que el del beso a «su bandera», el sargento le dijo al despedirle:

—Jiménez, es usted el recluta más bruto e incapaz que he conocido en mis largos años de guerra y cuartel. Aunque le moleste, no me voy a quedar con ello dentro: le aseguro que usted no será nunca nadie en la vida —sin duda, una bien errónea profecía de aquel rudimentario militar.

Su único recuerdo de aquella absurda época fue el hacerse unas fotos de estudio con su uniforme y dedicárselas a su novia y a sus padres, como hacía todo soldado.

Volvió a las salas del Provincial con Rozábal y a las de San Carlos con Salamanca y con la proximidad de las oposiciones, que finalmente había firmado, se encerraba más y más a estudiar. Realmente no podía ver mucho a su novia. Entre semana todo aquello le absorbía cada hora del día y parte de las de la noche. Conchita ya había salido del colegio y hacía la vida recatada de cualquier señorita «bien» de entonces; era impensable que les dejaran salir solos y debían llevar de «carabina» a la tata Victoria. Algunos sábados o domingos salían a pasear hacia el río, por la Ronda de Segovia o el Paseo de la Virgen del Puerto. Los domingos iban a la misma misa a la cripta de la Almudena, saludaba a sus futuros suegros y paseaban por la Plaza de Oriente.

En su casa era impensable salir de noche, pues don Mariano mantenía la prohibición absoluta de que ninguno de sus hijos, fueran ya médicos, ingenieros o abogados saliera después de la cena familiar, por muchos pretextos que le pusieran.

El único que conseguía alguna vez burlar la prohibición con trucos variados era Mariano. Uno de ellos rara vez no tenía éxito. Se proporcionaba un buen puro y lo dejaba asomar llamativamente por el bolsillo superior de la chaqueta, de forma que se viera bien hasta su sortija. Era infalible que los ojos de su padre se dirigirían hacia aquel señuelo tan atractivo. Después de revolverse en la silla acababa diciéndole:

—Y tú, sinvergüenza, ¿de dónde has sacado ese fenomenal puro?

—Pues, ya ve usted, padre, uno que sabe ingeniárselas. Me lo ha regalado uno de mis primeros clientes al que le ha ido bien en un pleito —sonreía Mariano y añadía para acrecentar su interés—. ¿Verdad que es estupendo?; una de las mejores marcas y además (y lo frotaba levemente al lado del oído) está bien fresco, en su punto... Ahora, si usted lo quiere, yo se lo regalo, pero tiene que ganárselo.

—¿Cómo ganármelo, caradura?, ¿es que vas a ser capaz de fumártelo tú después de pasármelo por las narices?

—Pues sí, padre, la verdad es que no tengo tantos clientes generosos, ahora que si usted... me dejara salir esta noche me sacrificaría. Tenemos un baile de la promoción de Derecho y sentiría mucho perdérmelo.

De este modo conseguía algo tan difícil como que su padre cediera, tras hacer muchas afirmaciones de que sería la última vez que un hijo suyo salía después de la cena.

Llegó el día de la presentación de los candidatos a la cátedra de Patología Médica de Barcelona al Tribunal, que presidía nada menos que don Santiago Ramón y Cajal, la máxima autoridad científica, aunque con nulo criterio sobre la asignatura en cuestión, que él había pasado con más pena que gloria en sus estudios y sobre la que no había vuelto a leer nada, ya enfrascado totalmente en su investigación histológica.

Entre aspirantes cuarentones, barbudos, con trajes clásicos negros, con su apariencia de prestigio social, Carlos era un raro advenedizo. Aunque se había puesto el mejor y más serio terno de su escaso vestuario, no podía disimular su aspecto desgalichado de siempre. Pero sobre todo era, al lado de los demás, un verdadero niño, con veintidós años que ni siquiera aparentaba, con sus pelos de punta, sus gafitas de aro, su negra corbata de lazo.

En las gradas repletas, cuando empezaron los ejercicios, se percibía la simpatía de los jóvenes hacia aquel osado estudiante como ellos hasta hacía pocos meses y al que todos conocían por sus notas y premios. Pero las esperanzas eran nulas. Antes de comenzar la oposición ya se sabía que todo estaba absolutamente atado y bien atado para un solo opositor, el casi desconocido Ferrer, cuyo único mérito era el de ser el médico particular de Alejandro Lerroux. La influencia de éste era entonces grande y «el problema catalán» se había exacerbado.

El Gobierno Central no quería problemas con él ni con aquella región y el entonces rector, había recibido más órdenes que sugerencias para formar un Tribunal con mayoría catalana y «tocada» convenientemente por don Alejandro. Cajal, en su mundo, ajeno a aquellos manejos, sería presidente para dar más prestigio a aquel Tribunal amañado, aunque el enjuague era ya del dominio público.

Como pasaría en tantas y tantas oposiciones, el Tribunal, los propios candidatos y el público estudiantil y de jóvenes o prestigiosos médicos sabían cuál iba a ser el final, pasara lo que pasara.

Los restantes se presentaban más para hacer méritos que por creer que podrían obtener una plaza ya adjudicada de antemano, para hacerse conocidos y esperar su oportunidad que, si tenían influencias y no había otro candidato «oficial», habría de llegarles algún día.

En aquella particular ocasión el catedrático «in pectore» era malo, carecía de experiencia docente y a última hora, para poder presentar algo, había escrito tres o cuatro trabajos, refritos de lecturas o hechos por algún «negro» bien pagado. Sus palabras grandilocuentes, infladas de citas prendidas con alfileres fueron ya objeto de rechifla y sonoras protestas por los estudiantes. Su curriculum estaba vacío y no había forma de disimular su diferencia con otros candidatos mucho más cualificados.

El de Carlos era necesariamente corto: su extraordinario expendiente, las oposiciones a alumno interno de San Carlos y del General, su tesis doctoral, ya publicada por la propia universidad con el título «Factores esenciales de la dieta y el crecimiento» y un libro editado por Ruiz Hermanos, aún con la tinta fresca, «Contribución al estudio de la autointoxicación intestinal».

Conservó siempre el contrato para la publicación de aquel su primer libro:

«En Madrid, a 10 de mayo de 1920, entre don Carlos Jiménez Díaz y la sociedad Ruiz Hermanos se ha convenido lo siguiente:

1) Don Carlos Jiménez Díaz, autor del libro "Contribución al estudio de la autointoxicación intestinal", cede a la sociedad Ruiz Hermanos el derecho de publicar la primera edición del mismo.

2) Esta edición se compondrá de 1.000 ejemplares de venta y 100 de propaganda, de estos últimos se entregarán 50 al señor Jiménez y los otros 50 se distribuirán entre los centros oficiales o donde convenga enviar la obra gratuitamente.

3) Los gastos de edición serán de cuenta de Ruiz Hermanos; una vez conocidos los gastos de la edición se fijará el precio del libro para venta al público de común acuerdo.

4) El producto de la venta se distribuirá de la forma siguiente: 40 por ciento para comisiones y gastos generales, el 60 por ciento restante se destinarán a Ruiz Hermanos para resarcirse del gasto de la edición y cuando estos gastos hayan sido cubiertos se distribuirán por partes iguales entre el señor Jiménez y Ruiz Hermanos...»

El precio del libro quedó fijado en dos pesetas y, aunque no se conozcan las liquidaciones finales, es de presumir que con las condiciones antredichas don Carlos, si es que recibió algo, no obtuvo un beneficio económico significativo. Pero ahí está su primer libro, el primero de una gran serie de obras esenciales en la Medicina española.

Pero lo que le atrajo de aquel primer ejercicio fue la segunda parte en la que había que exponer la memoria de sus conceptos de la enseñanza, explicar cómo actuaría en la cátedra a que optaba, lo que prometía en dedicación, en la necesidad de no limitarse a las clases, que incluso consideraba secundarias, sino volcarse en la enseñanza práctica con los enfermos, en enseñar a interrogar y explorar y en estimular a los alumnos al estudio y a la investigación de nuevas verdades. Cajal le miraba impresionado y asentía, mientras que otros miembros del Tribunal prestaban poca atención y charlaban entre sí, pero el llamado público joven le interrumpía con aplausos y ¡bravos! y hubo de ser llamado al orden en varias ocasiones y amenazado con despejar la sala.

El ambiente se había ido calentando progresivamente en los siguientes ejercicios. En la lección magistral elegida por cada candidato hubo de preparar adecuadamente «su tema» y buscar la bibliografía más reciente. Unos lo hicieron brillantemente, con «tablas». Muchos eran catedráticos de provincias y tenían soltura en las clases y en el hablar en público. Allí había poca posibilidad de fallos al ser tema preferido y preparado. Otros, y a la cabeza de ellos el candidato «in pectore», estuvieron a pesar de todo mal, monótonos, perdiendo el hilo del discurso aprendido, introduciendo «latiguillos» efectistas, citas de frases vinieran o no cuento. Los propios estudiantes sabían valorar estas diferencias y aplaudían o silbaban sin que el Tribunal pudiera poner orden. Carlos había elegido un tema difícil pero atrayente y actual: La insuficiencia suprarrenal. Marañón había escrito certeramente sobre ella, aportando datos esenciales en su etiología, casi siempre tuberculosa, y en los trastornos que una glándula tan pequeña y poco conocida, hasta la descripción de Adisson, originaba en el resto del organismo. En este último aspecto, sin olvidar los datos clínicos, centró esencialmente Carlos su lección, repleta de datos recientes, de experiencias en marcha y de incógnitas a despejar. Volvió a ser, sin duda, la más aplaudida. A la salida todo el mundo comentaba cómo indudablemente había sido la mejor, cómo aquel chico parecía llevar toda la vida explicando con claridad sabiendo mantener el interés a lo largo de la exposición.

Llegó la famosa «trinca» y todos como un solo hombre se cebaron en la escasez y los errores de los trabajos del aspirante oficial, que tuvo que defenderse malamente «tripas arriba». Carlos no perdió la ocasión en su turno de dejar al desnudo los errores, la falta de información reciente, la carencia de originalidad no sólo de él, sino de otros muchos. Decididamente aquel muchacho se había ido creciendo y lo sabía todo. Pero el «sumum» fue en el ejercicio final en que todos tenían que exponer el mismo tema elegido por el Tribunal y con dos horas concedidas para consultar libros y revistas, antes de escribirlo y leerlos públicamente por turno.

El tema elegido intentaba que, por conocido, no creara grandes diferencias que pusieran más en evidencia al famoso Ferrer. Era el tifus, algo sobre lo que todo médico tenía experiencia en aquella época cuya clínica era bien conocida, así como sus complicaciones. La etiología era bien clara desde que Eberth en 1880 aisló el agente bacteriano específico, hallado casi simultáneamente por el gran Roberto Koch. Las primeras vacunaciones preventivas tenían ya casi cuarenta años de historia, con la de bacilos muertos de Widal y la investigación de aglutininas para el diagnóstico, también originales del mismo gran clínico francés, eran ya moneda casi corriente en cualquier laboratorio para su diagnóstico. No existía más tratamiento que los febrífugos y su mortalidad era aún elevada. Parecía, por tanto, que todo era ya sabido y resabido y que sólo una mejor o peor exposición podía crear mínimas diferencias. Así fue, en efecto, hasta que, en último lugar, llegó el turno a Carlos. Dijo lo que todos los demás y mejor y con más citas de los diversos hitos que habían ido haciendo progresar los conocimientos, pero dejó asombrados a todos y el primero al propio Tribunal cuando añadió a todo aquello algo de lo que nadie había hablado y para muchos era desconocido. Amparándose en lo genérico del título, abordó el tema del tifus..., exantemático producido no por salmonellas, sino por rickettsias, el llamado clásicamente «tabardillo» que había creado epidemias en la Gran Guerra y anteriormente en Tolón y Manchuria y que muy recientemente se había aclarado su transmisión por los piojos, en cuyo intestino se aislaron los gérmenes productores. Incluyó también en el diagnóstico diferencial el aún más reciente hallazgo de otra fiebre exantemática llamada mediterránea o botonosa de similar etiología, citando la descripción de aquel mismo año 1920 de Carducci, de Roma, «Sobre la forma especial de fiebre eruptiva» con dieciséis observaciones propias. Aquello sí que era totalmente nuevo y desconocido para todos, incluyendo el Tribunal, que se miraban unos a otros preguntando qué era aquello de que el impertinente muchachito les hablaba y que, contra sus deseos, había dado al traste con su planificación del tema para nivelar diferencias. Ahora éstas no habían hecho más que magnificarse. Al acabar hubo gritos, aplausos, voces intencionadas hacia el estrado,

como advertencias de lo que podía ocurrir si aquella demostración de superioridad no era tenida en cuenta a la hora del fallo... y llegó el momento de la votación final. El público no era ya sólo de estudiantes, de jóvenes profesores y de los grupos que acompañaban a cada candidato. Fueron muchos médicos prestigiosos a los que les había llegado la noticia del escandaloso desarrollo de aquellas oposiciones y el increíble revolcón que había sufrido el candidato oficial, especialmente por aquel joven que había impresionado a todos. Mientras esperaban en el pasillo todos los comentarios giraban sobre él y a todos parecía imposible que el Tribunal no pudiera hacer justicia, que mantuviera su preconcebida decisión de otorgar la cátedra a aquel señor que había demostrado su ignorancia, la distancia que le separaba de la mayor parte de los opositores y que éstos habían hecho palmaria ejercicio tras ejercicio.

Cuando se abrieron las puertas y el Tribunal, muy circunspecto, sin poder ocultar en sus rostros el temor a lo que les esperaba, tras las palabras de rigor, comenzó las votaciones y fue uno tras otro otorgándoselo al doctor Ferrer, el pateo atronó el aula; los más osados empezaron a bombardear el estrado con todo tipo de objetos; cuando ya tenía los tres votos necesarios y nada podía cambiar, ni se oyeron los otros dos votos, el último el del presidente Cajal.

Ni su prestigiosa figura fue capaz de detener aquella barahúnda y hasta una naranja le alcanzó plenamente en su gloriosa calva. Se oían insultos, gritos de repulsa, bravos a Jiménez Díaz, mueras a la universidad que así actuaba, a los políticos que así la manejaban, especialmente a Lerroux, que todos sabían responsable; al rector, al decano. Los miembros del Tribunal escaparon como pudieron, pues había quien pedía fueran linchados.

En el gran hall de entrada algunos estudiantes arengaban a los demás que salieron en manifestación a Atocha y desde allí, tras detener y volcar el primer tranvía que acertó a pasar, fueron en bloque ruidoso liderados por Gil y Gil y otros hasta el Ministerio de Instrucción Pública, donde exigieron ser recibidos por el ministro. Aunque los bedeles trataron de impedírselo, fueron finalmente arrollados y éste no tuvo más remedio que aceptar recibir a una comisión, antes de que le rompieran la puerta a patadas.

Los que entraron de forma más respetuosa no dejaron de transmitirle la indignación general por aquel escándalo y exigir que se cambiara el sistema, la forma de designación de los Tribunales, que estaba impidiendo el acceso a la universidad de los mejor dotados, a los de mayor preparación y vocación docente. El ministro quiso zafarse con buenas palabras, pero el griterío de fuera

arreciaba, y finalmente prometió que tomaría cartas en el asunto, que haría un proyecto que modificaría la situación, pero que todo ello requería tiempo, elaborar nuevas leyes y reglamentos que todo ello exigía la aprobación del Parlamento, que no todo lo que le pedían estaba en su mano.

Ya no podían obtener más, el fallo era irreparable; pero a la salida la manifestación no se disolvió, desandaron el Paseo del Prado, sin dejar de proferir gritos, hasta rompiendo alguna farola, hacia la Facultad donde hacer una especie de mitin de espontáneos que imprecaban al Gobierno, al ministro, a las autoridades universitarias y volvían a exigir y a exigir que aquello no pudiera repetirse.

El sistema de oposiciones había sido cuestionado desde hacía muchos años. Quizá sería más justa la crítica a los hombres que al sistema. Se refería, y don Santiago Ramón y Cajal asegura en uno de sus libros que fue un hecho histórico, a que cierto opositor a cátedra, que se había preparado y empollado a conciencia varios textos franceses y alemanes, amén de trabajar asiduamente en el laboratorio, le preguntó un día:

—Desearía que usted, conocedor de estos lances, me dijera qué me falta para completar la preparación.

—¿Juega usted a las carambolas?

—¡No!

—Siento decirle que ha perdido usted el tiempo y la cátedra. Porque cabalmente el Presidente del Tribunal necesita, para favorecer su digestión, entregarse diariamente, en compañía de un candidato, al noble juego del billar. Y los aspirantes hacen cola.

Contamos con la versión del profesor Pedro Ara, famoso anatómico:

«En aquellas oposiciones Jiménez Díaz no era candidato de ninguna clase de grupos políticos, sectas, clanes o ideologías que, por no conocerle, no habían tenido tiempo de atraparlo. Sólo estaban a su lado los jóvenes que, al aplaudirlo, creíamos bregar por la renovación de los métodos, por la elevación y eficacia de las instituciones docentes, por lo que en Alemania se llamaba entonces "De aufstig der Begaten", una especie de "¡Arriba los mejor dotados!". Verdad que entonces, como en otras oportunidades, los estudiantes de la Facultad de Medicina de Madrid creyeron que la rotura de cristales y la quema de bancos rubricaba adecuadamente su protesta; equivocación lamentable que nunca compartimos.

No es, pues, extraño que en las primeras oposiciones a una cátedra de Patología Médica, de Barcelona, a las que concurrió en el mismo año de 1920, lo viéramos actuar mejor que el más experto de sus contrincantes, pero no le otorgaron la cátedra. Indudablemente, el Tribunal, aparte de algunas otras razones o sin razones propias de tales oportunidades, debió pensar lo mismo que de sí mismo pensaba el propio Jiménez Díaz; que por su extremada juventud, veintidós años, por mucho que supiera, no podía estar armado de la experiencia clínica requerida para tan alto magisterio, en el que no sólo se juega el prestigio del profesor, sino también la salud y la vida de los enfermos; sin que esto quiera decir nada en favor de la larga experiencia a secas, en mera cantidad y duración, más terrible y temible a veces cuanto más larga...»

Carlos, con algunos amigos, se había retirado lo más discretamente a su café «Zaragoza», impidiendo como pudo que los más exaltados le izaran a hombros. Como muchos conocían sus costumbres, recalaron allí gran parte de compañeros y le contaron todo lo ocurrido. Aunque él estaba igualmente indignado trató de calmarlos. En el fondo nunca esperó que le dieran aquella cátedra, pero había sido una gran experiencia ver cómo su actuación había enardecido hasta aquel punto al público... ¡si al menos todo aquel lío valiera para cambiar las cosas!

Al día siguiente los periódicos dedicaron grandes titulares al escándalo y a sus consecuencias. Ya habían agotado páginas y páginas con la noticia de la cogida y muerte de Joselito en Talavera y aquello podía venderse bien, como todo lo que atacara al Gobierno. En «El Sol», el gran neurólogo Gonzalo Lafora publicó un extenso artículo refiriendo todo lo ocurrido y denunciando todo lo cocinado entre bastidores.

Dedicaba un largo párrafo a aquel joven, casi desconocido opositor, que había quedado marginado a pesar de que si la oposición valía para algo, cosa que ponía en duda, era precisamente para que la nueva generación demostrara que estaban preparados, que ellos eran los que el futuro ya presente que debía protagonizar el cambio de una universidad caduca.

Marañón por su parte, desde su encumbrado prestigio médico, humanístico, social e incluso político, hizo lo propio en «El Liberal» con un artículo titulado «El escándalo de unas oposiciones», condenando el fallo del Tribunal y arremetiendo con su magnífica pluma cual lanza de don Quijote contra aquellos molinos de viento que cerraban el paso a la docencia universitaria a los mejor preparados. Rechazaba el sistema por injusto y más aún cuando era manejado por la política y los amiguismos.

En aquel artículo, Marañón acuñó la frase que luego sería tan citada: «Las oposiciones en la universidad española son el espectáculo nacional más sangriento y degradante junto al de las corridas de toros.»

En una sesión del Senado fue respondido violentamente por el rector de Zaragoza, don Ricardo Royo Villanova por el contenido del escrito y fue aún más duramente contestado, esto llevó a que se encendiesen aún más los ánimos de la opinión pública.

Aquella dura interpelación de Marañón en el Senado, además de ser ampliamente recogida en la prensa, incluso amplificada, como siempre en busca del escándalo, tuvo una curiosa consecuencia, que con su habitual gracejo refería don Teófilo Hernando:

«Aquel señor Royo Villanova se sintió tan personalmente ofendido por algo que no iba contra nadie, sino contra todo un injusto y caduco sistema, que retó a don Gregorio a duelo por las ofensas de que creía haber sido objeto. Aquello parecía aún más caduco y arcaico, y tanto Marañón como yo no teníamos la menor idea de reglas ni condiciones duelísticas. Por nuestra íntima amistad vino a nombrarme padrino... y la verdad es que ambos teníamos nuestro temor, junto a nuestra indignación, de que, en pleno siglo XX, tuviera uno que jugarse la vida como si fuéramos mosqueteros o sentimentales románticos..., pero al parecer no había más remedio que aceptar aquel absurdo.

Afortunadamente, recordó que su amigo y paciente, el marqués de Portago, era un experto en aquellos menesteres y fuimos juntos a pedirle que aceptara ser, junto a mí, padrino. El marqués era un hombre fino e inteligente y enseguida nos tranquilizó: "Miren ustedes, ya metidos en el absurdo déjenme actuar a mí y no tengan la menor preocupación, que yo sabré arreglarlo sin peligro para nadie."

Cuando llegó el día fijado y llegamos a un lugar recóndito de la Casa de Campo, yo con mi maletín de primeros auxilios y con más miedo que vergüenza, Portago se adelantó a parlamentar con los padrinos del rector. Nosotros, a distancia, les veíamos, pero no los oíamos, discutir acaloradamente. Al rato los otros se acercaron a Royo y, tras unos momentos de expectante duda, éste se dirigió a Marañón y susurró unas ininteligibles disculpas, dando el asunto por saldado.

Quedamos muy intrigados, pero más aún contentos, de que así terminara todo. Cuando subimos al coche, todavía con una tenue luz de amanecida, Portago prorrumpió en grandes carcajadas: "Amigos, ¿no les decía yo que es-

tuvieran tranquilos? Ha bastado con hacerme pasar por muy indignado y hacerles ver que la ofensa era de tal magnitud que el duelo sólo podía ser a muerte. Las condiciones, en base a ello, serían: pistola, a cinco pasos y posibilidad de tres tiros. ¡Vamos, un asesinato mutuo o la muerte del más lento! Naturalmente, se asustaron y más aún cuando se lo comunicaron al petulante duelista. ¡Ya vieron lo que tardó en presentar disculpas! "y se reía a grandes carcajadas, que pronto acompañamos Gregorio y yo, con el peso quitado de encima.»

El caso es que, a pesar del escándalo, Carlos se quedó sin su cátedra y el «sistema» persistió con todas sus lacras de nombramientos de Tribunales a medida de los recomendados por políticos o personas influyentes, o sencillamente de los caprichos o amistades de decanos, rectores o ministros... y lo más triste fue que ello apartó a grandes figuras, como Marañón, que no entraron por aquel aro de injusticias para acceder a la universidad, con lo que ésta, y España en suma, fue la perdedora. Y aún más triste que situaciones similares que se repitieran, acentuadamente en la posguerra, y que aún hoy, a más de sesenta años transcurridos, continúen existiendo.

Carlos, aunque rabioso por dentro, lo aceptó con cierta ecuanimidad. Tenía la satisfacción interior de haber demostrado su saber, de haber dejado en evidencia a algunos compañeros de trinca e incluso al propio Tribunal. La alegría de haberse visto vitoreado por los estudiantes, por los médicos jóvenes, le compensaba de la decepción. Sobre todo, le reafirmaba que estaba en el camino recto y que continuando por él su andadura, más pronto o más tarde, llegaría a su meta. Sólo quedaba, como siempre aconsejó a sus discípulos ulteriores ante cualquier adversidad, apretar los codos y estudiar, estudiar más, estudiar siempre.

En una todavía lejana entrevista confesaría:

—Apenas tenía veintidós años y, naturalemente, estaba muy lejos entonces, como lo estoy ahora, de creerme preparado, pero lo hice por «medir mis armas», como suele decirse. Yo había estudiado mucho y había trabajado con una intensidad febril al lado de los enfermos y esperaba no hacer mal papel. Aquella oposición —comentó parcialmente con un rictus de amargura en su semblante— organizada hasta en los detalles mínimos para un favorito, pese a todas las realidades, pues competían en ellas hombres mucho más meritorios, constituyó un escándalo público. Yo tuve la suerte de contar con la simpatía de médicos y estudiantes, que acudieron a los ejercicios y recibí en ellas grandes satisfacciones. Al final se armó un gran lío, que repercutió en las Cortes. Si a mí me hubieran ofrecido entonces un puesto al lado de un verdadero maestro, jamás hubiera hecho aquellas oposiciones.

Cuando se apagaron los fuegos fatuos de aquella inesperada reacción que tan precozmente le había hecho popular, su padre volvió a cargar de nuevo, como cuando acababa de terminar el doctorado, sobre el tema de su consulta:

—Bueno, hijo, después de la que se ha armado y lo que has salido en los periódicos, ahora sí que es el momento de que montes una consulta como Dios manda. Yo te adelantaré dinero para ello. Las ocasiones hay que aprovecharlas, y ésta es muy buena.

No iba por ese camino el pensamiento de Carlos. Seguía convencido que el posible éxito profesional era, en primer lugar, incierto. Había visto demasiada gente valiosa no abrirse camino y, por el contrario, figurones que en cuanto se les rascaba la superficie se veían horros de conocimientos, triunfar socialmente y ganar mucho dinero. El enfermo privado era muy distinto del pobre del hospital (muchas veces lo resaltaría después en escritos y entrevistas) y buscaba más ver él al médico famoso y presumir de ello, que el que éste le viera a él en sus muchas veces supuestos padeceres. Pero, sobre todo, sabía que aquel camino le desviaría para siempre de su orientación docente, del estudio, de su afán de cambiar la pobre realidad de la Medicina española.

Con el respeto que siempre le guardó, respondió a don Mariano:

—No, padre, una cosa es que me gane la vida viendo algún enfermo y no le sea a usted más gravoso y otra que deje la Facultad y mi formación. A pesar de todo lo que se ha dicho, me falta tantísimo que aprender que encuentro que España se me ha quedado estrecha para progresar en mis conocimientos. Voy a tratar de conseguir una pensión, que para eso sí que es buen momento, y si me la dan, me iría a Alemania junto a alguno de los grandes maestros, que en aquel país existen.

Hablaba siempre con tanta convicción que ni su padre pudo reconvenirle... y aún tenía en la cabeza aquel «no les corte usted las alas» que don Faustino le había dejado caer, en una ocasión similar a la actual. De hecho, antes de esta conversación, ya había ido Carlos a la Calle Almagro, 6, donde radicaba la Junta de Ampliación de Estudios a presentar su solicitud de ayuda.

En la misma entrevista, recientemente citada, diría:

—La Junta de Ampliación de Estudios hizo en España una labor que no todos reconocen y eso no está bien. Yo no digo que algunos de esos hombres no fueran más o menos sectarios, ni niego que se declararan fallos oficiales sin bastante objetividad; pero es positivo que actuó con un fondo de justicia y ecuanimidad y que pensionó a todo el que parecía tener méritos en perspectiva. A mí no me apoyó nadie; nadie me conocía ni nadie era mi maestro; no obstante solicité una pensión y me la concedieron. El error era entonces, y sigue siéndolo aún, pensionar a los jóvenes y luego no utilizarlos a su regreso, cuando ya veníamos de trabajar en aquellos medios alemanes y llegábamos con la fresca ilusión de hacer una labor en España y sólo nos encontrábamos con la general y oficial indiferencia.

Efectivamente, la Junta hizo una trascendente labor en pro del avance del país. Ciñéndose a la Medicina fue, sin duda, la que más aportó al progreso de aquel primer tercio del siglo.

La Junta intentó siempre hacer justicia: anunciaba públicamente el concurso para solicitar becas, que se acompañaba de una relación de méritos y trabajos, así como de una exposición de propósitos, y luego se repartían las solicitudes de becas entre personas diversas, de las más variadas tendencias, para su informe, y se llamaba luego a los solicitantes para una entrevista.

La Junta había nacido en 1907, bajo los auspicios de la Institución Libre de Enseñanza, por un Decreto del ministro de Instrucción Pública liberal, don Amalio Jimeno. Como diría en su artículo sobre la J.A.E., Ruiz Miguel:

—La idea clave de los promotores de la J.A.E. fue que la reforma cultural debía comenzar por la formación del profesorado, y formar el profesorado de todos los sectores de la educación era algo que no podía hacerse desde dentro de España, porque eso perpetuaría el círculo vicioso o lo rompería muy lentamente. Era preciso primero enviar pensionados al extranjero durante un buen tiempo para que estudiaran en los centros culturales y científicos más importantes del momento, localizados en su mayoría en Europa.

Los recursos de la Junta fueron crónicamente escasos, por lo que tenía que afinar mucho en sus criterios de selección entre los solicitantes, sobre el tema que se proponía, sobre lo adecuado del lugar solicitado y la previsible repercusión favorable para la sociedad española de los conocimientos adquiridos. Aunque hasta aquellos momentos había contado con bastante apoyo político, la dirección de don Alberto Jiménez Fraud y la presidencia de don Santiago Ramón y Cajal eran una garantía de patriotismo real y hombres incorruptibles por otras motivaciones que no fueran los criterios antes expuestos.

En un importante artículo del doctor Ribera Casado en «Tribuna Médica» hay una completa relación de los médicos becarios de aquella Junta. La lista es impresionante. Allí están prácticamente todos los que protagonizaron el avance médico en aquellas dos décadas: entre los fisiológos y farmacólogos, Hernando, Carrasco, Formiguera, Pí y Sunyer, Loreto, Tapia, Severo Ochoa, José y Francisco Valdecasas, Oriol Anguera, Sánchez de la Cuesta, Grande Covián, Emilio Muñoz, Angel Rodríguez, Juan Negrín, Bellido, Rafael Méndez, Pérez Cirera, Ruiz Gijón, Leonardo Rodrigo, Estanislao del Campo, García Blanco, Benigno Velázquez y Novo Campelo. Entre los internistas y especialistas médicos, Jiménez Díaz, Agustín del Cañizo, Novoa Santos, Luis Calandre, Misael Bañuelos, Cruz Auñón, Andreu Urra, Rof Carballo, José Casas, Querol, Carmena, Soriano, Gilbert Queraltó, Alfonso Medina, Morales, Salomón, Carrasco, Garrido, Trías Mexench, Maisterra, Vivanco y un largo etcétera, que dio lugar a diecinueve catedráticos, doce de Patología Médica y siete de Patología General.

Sólo entre personas de la escuela de don Carlos, que colaboraron con él contamos con: Ochoa, Obrador, Sánchez Rodríguez, Barreda, Lorente, Vivanco, García Miranda, Rof Carballo, Roda, Morán, Cruz Auñón, Gironés, Sánchez Cuenca, Puig Leal, Sánchez Rodríguez, Vázquez López, Lucilo Escudero..., impresiona pensar qué habría sido de la Medicina española del primer medio siglo XX si no hubiera existido la Junta y no hubiera creado el contacto fructífero de los jóvenes estudiosos con el ambiente extranjero más avanzado. Los datos globales son de noventa y dos catedráticos de Facultades de Medicina y treinta y tres académicos, antiguos pensionados.

Al principio de febrero recibió contestación de la Junta, confirmándole la concesión de la pensión, al tiempo que le decían:

—Para poder hacer la propuesta de su pensión al extranjero, es necesario que usted me diga si el cargo de profesor clínico en la Facultad de Medicina que incluye su currículum es un cargo de nombramiento del Ministerio que sea preciso invocar en la Real Orden para que usted no lo pierda. Necesitamos también que haga el favor de traer los trabajos y documentos que usted retiró de su expediente y que deben quedar aquí siendo usted pensionado —y lo fir-

maba el «alma mater» de aquella benemérita Institución, el hombre al que tanto debe el progreso español de dos décadas: José Castillejo.

Las ayudas no eran, no podían ser, generosas, pero la situación en que quedó Alemania tras la Gran Guerra le hacía un país relativamente barato; aunque ya habían remontado los primeros meses en que «los hunos» tenían que ir a la compra con una carretilla de billetes de marcos devaluados día a día o llegaban con ellos a empapelar las paredes ante su nulo valor en la galopante inflación.

Carlos decidió ir a Berlín con Von Noorden, uno de los grandes internistas destacados en aquella época. A través de la propia Junta obtuvo su aceptación como pensionado extranjero y, en un interminable viaje de vagones de tercera clase, hizo su primera salida de España.

Los propios vagones le pusieron de manifiesto algo, tan comentado con sus amigos: el atraso de su país, no por ello menos querido. Ahora ya no se trataba de la Ciencia, ni de la Medicina específicamente, sino de algo mucho más simple. Los asientos de madera que se clavaban en todos los huesos se hicieron mullidos; los malos olores, los pobres trajes de sus compañeros de viaje, desaparecieron como por encanto. Aquello, primero Francia y luego aun en la más pobre Alemania, eran indiscutiblemente otro mundo.

Berlín, que no habría sufrido daños en la guerra, le dejó igualmente impresionado. A él, que El Retiro y el Botánico, donde pasó tantos ratos de estudios y esparcimiento, le habían parecido una maravilla, un oasis entre las estrechas callejuelas del viejo Madrid, le apabullaron los inmensos parques, casi bosques, de aquella ciudad. Las calles amplísimas, los edificios, poco tenían que ver con lo hasta entonces vivido.

Pero ya habría tiempo de patear todo aquello. Lo primero era presentarse en el hospital e inmediatamente buscar un lugar, pensión o casa particular, lo más próxima y económica posible. Los precios, en la primera ojeada, no estaban tan bajos en comparación con España como pensó. La ayuda de la Junta le daría sólo para mal vivir. Ello no le preocupó demasiado, estaba acostumbrado a la austeridad de su casa y al vacío de sus bolsillos.

A ello le ayudó la suerte. El primer día de hospital, cuando le encaminaron a un profesor, todavía en un tercer o cuarto nivel del rígido escalafón, muy alejado del «oberatz», éste le dijo enseguida:

—Pues hay aquí también un muchacho español, especializándose en Dermatología, se lo presentaré.

Al rato, apareció un hombre algo mayor que él, más bien bajo y gordezuelo, con una verruga en la cara y acento de andaluz oriental. Salieron juntos. Se llamaba Pepe Alférez y era de Dalías. Había estudiado en «Graná» y llevaba unos meses en Berlín. La estancia se la costeaban sus padres con los rendimientos de la aún no famosa uva de Almería. A Carlos le conocía de nombre y referencias tras sus sonadas oposiciones y enseguida se hicieran amigos. Para empezar se le llevó a una casa modesta, aledaña al hospital, en que su dueña, fräu Bröck, alquilaba habitaciones a estudiantes para subsistir con algo más que su pensión de viuda de guerra..., y allí se quedó.

Alférez sería su ángel casero protector; Carlos era incapaz de guisarse una comida en el infiernillo de alcohol, de coser un botón, de lavarse unos calcetines, de cuidar la escasa ropa. Pepe era mañoso y ya estaba entrenado en aquellos, por entonces sólo femeninos, quehaceres y se volcó en asumir el papel de maritornes de aquel joven sabio desgalichado y dedicado íntegramente al estudio.

En el hospital comenzó de espectador de última fila... y con aquellos grandotes alemanes por delante casi no podía ver desde su talla reducida. Nunca le preocupó demasiado no haber crecido en demasía, como tampoco prestó gran atención a su aspecto personal. Respecto a la altura siempre recordaba que su padre, aún más bajo que sus hijos, solía hacerles un juego: tomando en su puño una servilleta plegada como un alto cilindro que caía doblado ante cualquier pequeño golpe, y luego la volvía a plegar dejando asomar solo un pequeño pico sobre su mano que resistía todos los embates:

—¿Veis? —decía— el hombre grande cae ante cualquier ataque, el pequeño los resiste todos.

Más tarde lo recordaría Carlos al leer a Cajal:

—Se ha dicho que Carlomagno fue «el único hombre grande que fue grande hombre»..., aunque se den excepciones, por lo regular el animal humano, al modo del vegetal, sólo da frutos exquisitos y bellas flores cuando mide pequeña o mediana talla. Los colosos del bosque sólo son buenos para palos de navío o vigas de construcción. Un cerebro resumido y de fina estructura parece funcionar mejor que un cerebro voluminoso y de basta y burda organización.

Y también:

—Cuando veo a un hombre pequeño dotado de soberana inteligencia, me parece sorprender a un águila anidando en un mechinal.

Ello solamente hizo que procurara colocarse cada vez más cerca saltándose a la torera las normas establecidas. La disciplina era rígida y cada uno tenía bien definida su posición. La clase y las visitas a la sala del distante «oberatz» Von Noorden eran atendidas masivamente por los diversos grados de profesores, y becarios y alumnos tenían que mantenerse a distancia. Afortunadamente su conocimiento del idioma era bueno y sabía gran parte de lo que allí se trataba. Pronto se dieron cuenta que aquel españolito que tanto y tanto preguntaba, estaba tan al día como ellos y que sus opiniones eran de respetar. Sin embargo, no les cabía en su cuadrado cráneo que siendo tan joven hubiera tenido la osadía de presentarse a una cátedra. Aquello, en su ambiente, era la coronación de unos pocos elegidos tras años de dedicación y de ir escalando puesto a puesto, a través de las definidas categorías universitarias.

Carlos empezó a ir con frecuencia a una famosa librería médica «Hirschwaldesche Medizinische Buchhandlung», una especie de aquellas benditas librerías alemanas, e inglesas sobre todo, que con sus incesantes y ordenados catálogos de nuevo y de viejo presentaban a los ávidos ojos de Carlos todo lo que la Ciencia Médica estaba produciendo. Al lado de la librería «Gutenberg», de la Plaza de Santa Ana, aquello era como un palacio respecto a una choza, y rebañando su magra bolsa de becario, midiendo cada marco, compraba libros usados, pero recientes, que completaban más y más su formación.

Era imposible no aprovechar tantas oportunidades como se le abrían en aquel avanzado mundo científico, así que, corriendo todo el día de un lado para otro, todavía sacaba tiempo para estudiar Farmacología con Hefter y Zondeck, Bioquímica con Pincussen y Hematología con Hirschfelder.

En aquellas clínicas alemanas, y en general de la Europa Central, el profesor, incluso los de menos categoría, era un ser inasequible, casi mítico, y el enfermo «un caso» que ofrecía la misma curiosidad que un insecto. Para Carlos éste era un hombre que debía ser íntegra, física y psíquicamente considerado. Pensaba que esa actitud material había facilitado sin duda mucho el progreso en el conocimiento de las enfermedades, pero que con ello dejaba de atender una parte importante del hombre enfermo, que aquella organización tan recta y fría había sido mucho más útil a la humanidad que al hombre.

El «gran jefe», Von Noorden, era ya muy mayor a sus ojos; tenía sesenta y siete años. Había tenido su edad dorada, que le había hecho famoso, cuando en 1906 se trasladó de los Hospitales Municipales de Franckfurt a la famosa Clínica I de Viena, regida hasta entonces por uno de los verdaderos «grandes»

de la Medicina del XIX, junto a Rokitanski y Wirchof, Hermann Nothnagel, que dio a aquella clínica vienesa nuevos impulsos. Carl von Noorden, nacido en Bonn, fue elegido como su sucesor. Ya habían aparecido su «Lehrbuch der Patologie des Stoffwechsels», la clásica monografía «Die Zuckerkrankheit und ihre Behandlung», y otras obras sobre la «clorosis» y la obesidad. Aportaba una metódica con incorporación a la Medicina Interna de la orientación químico-fisiológica que había aprendido con Lothar Meyer en Tubinga y con Carl Ludwig en Leipzig. Como la Clínica I sólo disponía de un antiguo laboratorio era indispensable trasladar la clínica del viejo edificio josefino y lo consiguió entre 1908 y 1911 y ya dispuso de modernos laboratorios, donde desarrolló una meritoria labor en el estudio de los procesos metabólicos y la posibilidad de influenciarlos por la dietética. Así, por ejemplo, hizo famosa la introducción de la hiperglucemia provocada, más tarde «curva de glucemia» y la cura salvadora de avena en los diabéticos avanzados, casi moribundos. De Viena se había trasladado a Berlín en 1913, tras una famosa lección de despedida publicada en el «Wiener Medicinische Wochenscrift». A pesar de la relativamente corta estancia en Viena, hizo grandes discípulos, como Eppinger, Falta, Muller, Salomon y Perutz. Ya en Berlín acababa de publicar con Salomon una obra que sería clásica: «Klinik der Darmkrankheiten» y estaba por entonces dando cima a un no menos famoso «Handbuch der allgemeinen Dietetik»..., pero su atención a la clínica había decaído. Moriría tres años más tarde.

Carlos observó pronto que el trabajo clínico no podría proporcionarle muchos más conocimientos, aunque sí más experiencia y, ya con cierta fama de «sabelotodo» se dirigió al omnipotente «oberatz», indicándole que quería completar su formación en otros aspectos, además de tener libertad de asistir a otras Krankenhaussen, a clases y sesiones clínicas y anatomoclínicas de otros maestros. Von Noorden le atendió amablemente y no solamente le dio el solicitado permiso, sino que le facilitó el contacto con otros destacados colegas de Berlín.

Este hecho le llamó la atención a Carlos. Estaba acostumbrado a que en España, cada catedrático no se relacionara demasiado con los otros profesores, incluso que hubiera entre ellos animosidad, envidia o desprecio. Aquella excelente relación entre maestros, aquel facilitar a sus discípulos el contacto con otros clínicos, habría sido impensable en una Facultad española.

Así lo recogía Cajal entre sus «máximas»:

—Entristece reconocer que cuanto mayor es el mérito literario o científico de los hombres, menos se conocen entre sí y más injustamente se tratan. Se

sienten competidores y rivales y temen que un encomio imprudente remonte demasiado la fama del compañero.

Como su primera elección desde España no había sido totalmente satisfactoria, ya metido en el ambiente berlinés, sopesó bien la elección. Se dirigió a la clínica de Strumpell y a los laboratorios de Lubarsch. Este era un gran patologo, que ya había empezado a colaborar con Hencke en el gran «Handbuch der Patologie», tratado en múltiples tomos, que sería durante muchos años la Biblia de esta especialidad, el continuo libro de consulta de Carlos. Para él era necesario el buen conocimiento macro y microscópico de las lesiones causantes de los padecimientos de los enfermos.

Ello había sido una constante desde aquellas autopsias pagadas con propinas a los mozos en San Carlos, aquellas otras numerosísimas de las víctimas de la gripe del 18, y lo seguiría siendo siempre a lo largo de su vida. Se preciaba en su interior, de ser tan buen patólogo como clínico (aunque posiblemente no fuera así) y gran parte de sus conocimientos se iniciaron en aquellas tardes en el laboratorio berlinés de Lubarsch. Porque las mañanas, sin abandonar totalmente la clínica de Von Noorden, las empezó a dedicar preferentemente a la de Adolf Gustav Strumpell, que con Muller, Kraus, Krehl y el propio Von Noorden, constituirían los grandes internistas alemanes a caballo de los dos siglos, según Magnus Levy.

Como también iba por la Clínica de Kraus, resulta que Carlos tuvo oportunidad de recibir enseñanzas de tres de estos cinco «grandes». Strumpell era de la misma edad de Von Noorden, pero seguía más activo y era más fiel a las orientaciones de la clínica. Había contribuido esencialmente a la patología del sistema nervioso, con la descripción de la enfermedad de Westphal-Strumpell (encefalitis hemorrágica aguda y espondilitis deformante) y había aportado datos importantes a la semiología con un nuevo reflejo que también lleva su nombre. Había escrito un manual de Medicina Interna, de gran difusión durante muchos años. De él y sus colaboradores adquirió Carlos gran experiencia en la fina exploración neurológica para, a través de ella, llegar al diagnóstico topográfico de las distintas lesiones del sistema nervioso.

Frederick Kraus, algo más joven, pero también en el sexenio, era famoso por su «Handbuch der Inneren Medizine», en colaboración con Brugs, y por sus trabajos sobre la influencia de la constitución en las enfermedades, teoría tan en boga en aquel principio de siglo, a la que hizo contribuciones destacadas como «Die ermudung als Mass der Konstitution» y «Pathogie der Person»

A Carlos le parecía más teórico y poco a poco dejó de asistir a sus lecciones, que consideraba demasiado hipotéticas, menos pegadas a la realidad del enfermo.

Entre unas cosas y otras, nunca tenía tiempo de acabar bien de conocer la ciudad, ya por entonces, desde principio de siglo constituida formalmente como el Gran Berlín, terminado el proceso de anexiones de municipios cercanos (sólo en aquel año de 1920 otros siete) que completaban una ciudad de 341 millas cuadradas, la tercera de Europa en extensión. Era la gran capital de la Alemania en resurgimiento, la ciudad líder en ciencia, arte y vida social, aunque el decaimiento de la reciente derrota bélica, aún se hiciera notar. Aún estaba lejos el camino de la recuperación económica y la débil República de Weimar, acosada por las draconianas condiciones de la rendición de Versalles y por los movimientos comunistas importados de la cercana revolución rusa, pasaba malos momentos.

Carlos pensaba que los aliados, los países democráticos, cuya victoria había deseado, habían hecho poco para ayudar la naciente democracia de su enemigo, dejándole en inferioridad respecto al resto de Europa para soportar en sus espaldas el estallido revolucionario de las masas rusas y su naciente ideología, tan totalitaria como el régimen zarista anterior.

De ello comentaba los domingos, único día libre, con Alférez y otros becarios españoles que fue conociendo cuando coincidían en la misma cervecería, que era punto de reunión y tertulia.

Aquello era muy distinto del café «Zaragoza», del «Amatorum Club», que echaba de menos. Era demasiado alegre y bullanguero para una reflexión serena: la discusión se apagaba ante los frecuentes gritos acompasados y las canciones de aquellos sonrosados y obesos bebedores de cantidades ingentes de cerveza. Todavía le seguía sorprendiendo aquella capacidad de trasegar «bocks» y más «bocks», cada uno de medio litro y la voracidad que hacía desaparecer en un santiamén montones de jugosas salchichas.

Los españoles, en el rincón más alejado, comentaban el contraste entre la difícil situación del país y la gran organización sanitaria y universitaria, tan avanzada respecto a su experiencia española. Alférez no era muy hablador y Carlos tampoco, aunque no dejaba de defender sus criterios cuando estaba en desacuerdo con el del parlanchín de turno.

Aquel día, uno de los veteranos, ya dos años en el país, les contaba con dramatismo el levantamiento «espartaco» del año anterior, liderado por Rosa Luxemburgo:

—Os digo que aquello hizo de Berlín otra ciudad en nada parecida a la que ahora conocéis. Hubo momentos de gran violencia; parecíamos estar entrando en la revolución francesa o, mejor, en el asalto al Palacio de Invierno de los zares rusos. Todo estaba lleno de grandes banderas rojas, de multitudes vociferantes y agresivas. Yo no salí de casa en quince días...

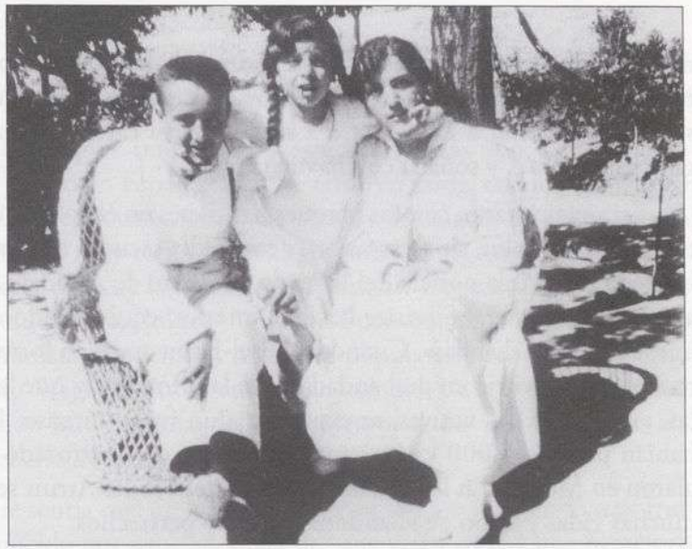
Otro compañero le quitaba la palabra de la boca:

—Porque eres un cobarde, era un fantástico espectáculo ver al pueblo querer elevarse sobre la humillación de la derrota, luchar por tomar las riendas de los conservadores que creían que nada había cambiado con el amanecer del comunismo. ¡El pueblo puesto en pie exigiendo igualdad!, yo no me podía perder algo tan trascendente para el futuro de la Humanidad.

Carlos intervino modestamente:

—Es difícil predecir en qué queda todo eso, pero a mí me parece que han empezado mal. Romper las injusticias de siglos con nuevas injusticias, con pérdida de libertades, atacando a la Iglesia hasta hacerla desaparecer en sus cultos, pero no en las almas donde está enraizada, no es comienzo alentador. Creo que este siglo va a ser una convulsión continua entre dos formas diametralmente opuestas de concepción de la sociedad... y que con algún retraso a nosotros también nos llegará ese momento dramático de ruptura. Dios quiera que sepamos acabar con todo el pasado estático y retrógrado, sin caer en un régimen tal como el que hoy impera en Rusia y que está azuzando esta admirable nación alemana, en su peor momento, con un gobierno débil y un sentimiento ultranacionalista que empieza a esbozarse como reacción a la derrota. Ya veremos...

Como el ambiente no le gustaba y la política tampoco, no eran muchas las veces que allí recalaba. Prefería coger a Alférez del brazo y, con un libro en el bolsillo, pasar sus escasas horas libres viendo la ciudad y sus alrededores sin desaprovechar un momento propicio para estudiar algo. Le entusiasmaba su situación, aquel entramado de canales que le habían convertido en el primer puerto europeo del interior, con el enlazamiento del Oder y el Elba, junto al Spree que nacía en el Usstromtal, el valle glacial. Ello le permitía un enlace con el Báltico y el Mar del Norte y hacía que su intenso tráfico de mercancías comestibles e industriales fuera todavía esencialmente fluvial. Le encantaba hacerse la milla y algunos metros de Unter den Linden, sombreada por los inmensos árboles y columna vertebral de aquella esplendorosa ciudad. Pero sobre todo pasaba las mañanas dominicales enteras disfrutando de los rincones y



Primera fotografía con la que sería su esposa, Conchita de Rábago, en Cercedilla.



Durante el Servicio Militar, con Conchita.



Fotografía enviada a Conchita desde Berlín.

de los bancos del Tiergarten, con su jardín zoológico, y menos frecuentemente en el Humboldthain o en el Treotow Park. En ellos se sentaba a estudiar o se ponía a escribir a Conchita o a su familia su carta semanal, hacía algo de gimnasia sueca... y soñaba con la vuelta.

En aquel verano, con los parques berlineses en el apogeo de su belleza, un terremoto de dolor, de frustración, de rebeldía sacudió a España. El 21 de julio llegó la terrible noticia del llamado «desastre de Annual». Este se produjo al avanzar el general Silvestre hacia el interior, equivocándose gravemente en lo tocante a las «kabilas». Cuando Abd-el-Krim atacó en formación regular, la retirada se convirtió en desbandada... era la primera vez que las tropas españolas, en lugar de las nativas, se exponían a un fuego intenso. En pocos días se habían perdido 5.000 kilómetros y los restos del destrozado ejército se refugiaron en Melilla. En las últimas defensas del Monte Arruit se habían perdido muchas vidas y hubo de abandonar armas y pertrechos.

Era el mayor triunfo del enemigo público número uno, Abd-el-Krim. Habían muerto cientos de soldados, se había perdido prácticamente todo el territorio de la zona oriental, tan lenta y gradualmente ganado y supuso el suicidio del «suicida» general Silvestre que había iniciado aquella loca expedición.

En la península hubo una conmoción política y Maura subió de nuevo al poder. Todo aquello, como el asesinato de Dato, llegaba a los diarios berlineses con retraso y no merecían más que pequeños espacios en páginas interiores.

En aquella ocasión sólo un mero recuadro en las densas páginas del «Berliner Zeitung» volvió a llevar a Carlos y Pepe Alférez a la ruidosa cervecería para indagar entre sus compatriotas más datos de los allí explicitados. Les recibieron un aluvión de ellas recién llegadas directamente en cartas familiares, especialmente de uno con un hermano teniente gravemente herido en la refriega, y que se despedía de todos para volver a la Patria. En la lejanía de la terrorífica noticia en lugar de aminorarse, parecía aún mayor. Era triste aquella sangría, que muchos consideraban inútil. Fueron unos días en que las canciones alemanas, de un pueblo aún más duramente derrotado, les parecían fuera de lugar.

Pocos días después, el 2 de agosto, otra triste noticia, aunque de otra índole, la muerte de su admirado Enrico Caruso, también le dejó contristado: había sido su ídolo de las noches de El Real, aquellas noches en que los jóvenes del «Amatorum Club» habían mantenido una fraternidad añorada e irrepetible. Ya no se oiría más aquella voz incomparable.

Pero había que seguir trabajando y estudiando más aún, con el pensamiento siempre puesto en España. Muy de tarde en tarde, cuando los ahorros de su austera vida de comidas cocinadas en casa y de coladas en el lavabo se lo permitían, acudía a la muy recientemente inagurada nueva ópera dirigida por Strauss o a los conciertos de la Berliner Philarmonic Orquestra, bajo la inefable batuta de su nuevo «conduktor» Wilhelm Fürtwängler, o los aún más maravillosos del violinista Hindemith, o las más populares y económicas versiones de su adorado Wagner...; ni se enteró, en cambio, de la inauguración de la primera Exposición Internacional del movimiento «dadá» que tuvo lugar el 1 de junio de aquel año 20.

Cuando ya se sentía casi un berlinés más y su trabajo iba siendo más fructífero, más reconocido por aquellos alemanes que veían en él a una firme promesa para la Medicina, una «rara avis» entre el cúmulo de becarios de otros países, y especialmente de los poco apreciados latinos, sorprendió a Alférez comunicándole sus planes. Era un día frío, pero soleado y se habían sentado en un banco, bajo un enorme tilo del Tiergarten. De repente le dijo:

—Pepe, he estado dándole muchas vueltas hasta decidirme, pero finalmente quiero comunicarte que me voy a Frankfurt. Creo que no puedo desperdiciar la oportunidad única que me da esta pensión para conocer más a fondo la medicina alemana. Sobre todo, pienso que aquí estoy haciendo esencialmente Clínica y Anatomía Patológica y he aprendido mucho, pero en ellas ya me bandeo bastante bien. Seguiría con ellas si mi horizonte se limitara a ser un buen clínico y un buen profesor. Todo esto me ha ayudado mucho para estudiar bien a los enfermos, para poder afinar los diagnósticos con nuevas técnicas que no dominaba. También he visto cosas muy interesantes respecto a la enseñanza de alumnos y post-graduados, que refuerzan mi pensamiento, ya antiguo, de que hay que cambiar estas cuestiones en España de arriba a abajo. Esta gente tiene una organización envidiable, sólida, contrastada por muchos años de experiencia y nos llevan una inmensa ventaja que hay que intentar acortar.

—Entonces —le interrumpió Pepe— no sé que más quieres buscar en Franckfurt. Aquí ya te conocen, te dan facilidades... y hemos hecho un «hogar» decente entre los dos. Para mí será muy duro perder tu compañía, estos ratos de charla y tu constante estímulo para coger los libros. Yo creo que he estudiado más en estos meses que en toda mi vida junta.

—Te aseguro, Pepe, que ésa es una de las reflexiones que más me ha detenido en tomar esta decisión. ¡Me has facilitado tantas cosas! Sin tu ayuda me habría sido muy difícil adaptarme, casi no habría comido y habría ido sucio y arrugado..., pero eso es lo de menos. Sobre todo, voy a echar en falta tu amistad, la compenetración que ha creado esta convivencia; algo que ya será para siempre, que no podremos olvidar..., pero, a pesar de eso me voy a Franckfurt —y prosigió—: Me preguntabas el porqué y yo había empezado a decírtelo cuando me interrumpiste. Decía que además de la clínica y la metódica de la enseñanza, tengo que formarme en el tercer aspecto, tercero pero no último, para lo que he venido aquí y para lo que no puedo desperdiciar esta ocasión única: la investigación. Ahí sí que tengo más lagunas. ¡Y es tan importante crear! En eso estamos aún más retrasados. Fuera de lo de Cajal y su escuela, prácticamente nada hemos aportado al progreso de la Medicina, para ello es necesario algo más que estudio. Como él señala en sus «Reglas y consejos» hay primero que plantearse porqués y después tener la capacidad técnica y la metódica segura para resolverlos. Yo carezco de estas últimas condiciones. Todo lo que he hecho ha sido de autodidacta.

Tu sabes tan bien como yo lo poco o nada que hemos podido hacer en laboratorios, nuestro escaso aprendizaje de la Bioquímica, en el método experimental. Justamente a eso me voy a Franckfurt. He escrito a Michaelis, que para mí es el líder de la Bioquímica, y a Bickel, que me puede enseñar Medicina experimental. Les acompañaba una carta muy elogiosa de Von Noorden y me han aceptado para una estancia de tres meses, que es lo que me queda de beca. De verdad lo siento, Pepe, pero esto no es un adiós, sino un paréntesis en nuestra entrañable amistad. Nos reencontraremos en España.

Había retrasado comunicárselo, pues sabía que le supondría un disgusto. La verdad es que tenía en el bolsillo los billetes de tren para el día siguiente... y todavía Pepe tuvo que ayudarle a empaquetar sus cosas y a apretar las cuerdas de los paquetes de libros que habían engordado su magro equipaje.

El viaje no fue largo. Franckfurt am Main, ese río que 25 millas aguas abajo uniría sus aguas con el poderoso Rhin, era también una gran ciudad, aunque menor que Berlín y también menos bulliciosa, pero de más historia. Los emperadores habían venido siendo coronados en Franckfurt desde 1562 a 1792, pero aún mucho antes Carlomagno había tenido allí sus cuarteles de invierno y en el siglo XIV, los emperadores del Sacro Imperio Romano habían sido allí elegidos. Quedaba todo el barrio antiguo, dominado por la Catedral de San Bartolomé, que conservaba íntegramente su estilo gótico,

extendiéndose hasta el río. Era también una ciudad asimismo poderosa, aunque su anterior riqueza quizá la mayor de Europa estuviera en aquel año 20 aún en crisis.

El nivel científico era tan alto como el de Berlín o aún más. Carlos ya se encontraba como pez en el agua en la universidad y en los hospitales. Su alemán era ya perfectamente fluido. Las cartas de Von Noorden, que le habían precedido, hicieron que fuera bien recibido y pronto se pudiera integrar sin problemas en su nuevo trabajo, más ilusionante aún que el anterior.

Paul Michaelis estaba en el apogeo de su trabajo fisicoquímico. Se había iniciado en la explicación química de las tinciones histológicas, demostrando que la tinción en rojo del tejido adiposo con el Sudán III y el IV dependía de la solubilidad de los colorantes en los lípidos y de su paso a través de la membrana celular. Posteriormente había construido modelos de membranas para estudiar el paso de diversas sustancias. Había ido derivando hacia la química de los enzimas y en 1913 había publicado con Merten lo que se consideraba como el primer análisis matemático satisfactorio del efecto de concentración del sustrato en la velocidad de las reacciones catalizadas por enzimas. El procedimiento de estos autores se basaba en admitir que la enzima se combina con el sustrato y que la descomposición de éste era proporcional a la concentración de la combinación enzima-sustrato.

En su laboratorio, olvidado por un tiempo de los enfermos, Carlos fue feliz. Aprendió a moverse entre probetas y material de vidrio sin que sus «manazas» dieran al traste con toda construcción de tubos y probetas empalmados sobre los mecheros Bunsen, a ser exacto con las pipetas y a manejar las reacciones químicas que tenían lugar ante sus ojos..., aunque le costó muchas horas de estudio un tema del que bien poco le habían enseñado en las asignaturas básicas de la Facultad.

Aquellos meses de trabajo le proporcionaron la publicación de su primer trabajo internacional en alemán, «Ionensynergismus», en colaboración con el propio Michaelis, que vio la luz en 1922.

Con Bickel aprendió a manejar animales de laboratorio: cobayas, ratas, ratones, gatos y perros. A extraerles sangre de la cola, a introducir catéteres para recoger orina o en venas y arterias para registrar en quimógrafos presiones o tomar muestras para análisis diversos, e incluso a operarlos, a hacer nefroctomías y a salir manchado de sangre, pero sin mordeduras ni rasguños.

Muchos años más tarde, en una reunión de bioquímicos diría:

—Sin dudar un momento acudí a trabajar con Michaelis, una de las figuras más destacadas de la Físico-Química y su aplicación biológica. Se sorprendió mucho de que un joven clínico quisiera dedicar todo su tiempo al estudio «puro» de la Físico-Química. Pocas veces he tropezado en mi vida con un hombre más inteligente y una cultura más vasta y creo que los meses que pasé a su lado, primero familiarizándome en las técnicas físico-químicas de la época, y después trabajando sobre el «sinergismo de los iones», que publicamos en la revista de W. Ostwald, fueron decisivos en mi formación y orientaciones ulteriores. Con ello, y cuando trabajé con Bickel en el aprendizaje de técnicas experimentales, se vio reforzada definitivamente lo que podría haber sido una mera impresión de un estudiante dado a soñar: una parte esencial en el progreso de la Clínica tenía que hacerse en el futuro basándose en la Físico-Química y en la Bioquímica y esta convicción me ha acompañado siempre y sigue viva en mí con la mayor fuerza.

Y llegó el momento de retorno. Había sido una experiencia inolvidable. No sólo había conocido a los grandes «santones» a los que admiraba por sus lecturas, y le parecía increíble no sólo saber cómo eran sus caras, sino que les había oído explicar, había pasado visita con ellos, les había visto explorar y hasta le habían contestado sus preguntas, le habían orientado hacia el futuro. Con todo lo importante que aquello era, aún más era haber vivido aquella gran organización de hospitales y universidades, haber admirado su tradición en el quehacer científico, aquello que tanto faltaba en España. También valoraba mucho su última etapa en Franckfurt, sus primeros pasos en la investigación, en la Bioquímica, en la experimentación animal. Todo aquello le daba alas para su empeño de modificar la triste realidad española, de ser continuador del esfuerzo de otros hombres, Cajal y su escuela, San Martín, Madinaveitia, Marañón, Lafora, Hernando. Había visto cómo no existía ninguna «inferioridad» para ello. Que compatriotas trasplantados al ambiente científico adecuado tenían la misma capacidad que los alemanes, ingleses o franceses de los que tan distantes estábamos en el concierto científico internacional.

Lo primero que hizo a su vuelta, naturalmente después de reunirse con sus padres y hermanos, y, aún con mayor ilusión, con su novia Conchita, que había conservado todas sus bellas cartas, fue presentarse a nuevas oposiciones. Estas eran más modestas; la plaza se llamaba de profesor clínico en San Carlos y la había desempeñado antes interinamente. Estaba escasamente dotada económicamente, como todos los sueldos universitarios, pero suponía su entrada definitiva en el profesorado. Aquella vez la ganó prácticamente sin contrincantes. Venía con el prestigio y formación añadidos de su fructífera estancia en Alemania y aún no se habían apagado los ecos del escándalo de la de la cátedra de Barcelona. La oposición era un medio más que un fin, un mero escalón en el ascenso que se había propuesto en la carrera universitaria. Le proporcionaría, sobre todo, perserverar en la Facultad, contar con enfermos a que atender, con la experiencia de enseñar a alumnos, que rápidamente se agruparon junto a él.

Le sorprendió el ambiente político español enrarecido. Los problemas nacionalistas, que parecían haberse detenido en Cataluña, tras el fusilamiento de Ferrer i Guarda habían resurgido, al igual que la inquietud sindical. En ambos sentidos el nombramiento y actuación del general Martínez Anido habían sido eficaces, aunque sus métodos fueran reprobables (su famosa frase: «Yo no soy más que un cirujano, detrás tendrá que seguir el médico.»).

Pudo percibir que reinaba en España un ambiente derrotista, de ineficacia en los asuntos internos y en la capacidad de acabar aquella sangría interminable de la guerra africana, tratando de mantener a ultranza los precarios restos del pasado Imperio.

Sin embargo, para Carlos el protagonismo de cualquier situación radicaba en el progreso de su ciencia. Un día fue llamado, junto a su compañero Pepe Segovia al despacho de la conocida editorial científica Ruiz Hermanos, aquella cuya librería «Gutenberg» de la Plaza de Santa Ana, le había proporcionado momentos de placer, ojeando las novedades bibliográficas, permitiéndole pagos diferidos de las suscripciones de las revistas importantes y, recién doctorado, había editado su primer opúsculo sobre la «intoxicación intestinal». Cuando subieron las escaleras que llevaban al despacho del director no tenían la menor idea de para qué habían sido citados. La sorpresa fue agradable. Les ofrecían un trabajo para una revista que iban a publicar y en la que querían que ellos, uno en Medicina y otro en Cirugía, hicieran las críticas de libros y las recesiones bibliográficas. El dinero no era mucho, pero el trabajo tampoco para jóvenes estudiosos, tan al tanto de lo que significaban las nuevas aportaciones de una ciencia siempre en movimiento. Pero lo más atrayente de todo ello era que podían leer gratuitamente todo aquello y que, incluso, la editorial les regalaría los libros que debían comentar y criticar para la nueva revista. Ellos, que siempre habían estado limitados por la economía en adquirir tantos libros como deseaban para sus escasas bibliotecas, tenían allí la posi-

bilidad soñada de engrosarla sin costarles un céntimo, sino incluso ingresando algún dinerillo.

Allí estuvieron acudiendo dos tardes a la semana, además de las horas que dedicaban en casa, y tenían a su disposición todas las novedades bibliográficas, francesas, alemanas e inglesas. De su opinión dependía mucho que la editorial decidiera la conveniencia de su traducción al castellano, lo que supondría una mayor difusión en aquella época en que el conocimiento de idiomas de los españoles, aun universitarios, era más bien pobre.

El hecho de aparecer su firma bajo aquellas concienzudas críticas que serían leídas por tantos médicos estudiosos aumentaría su creciente prestigio y popularidad.

Respecto a esta oportunidad que le brindó la editorial diría en una entrevista, recordando aquellos tiempos:

—Una de las grandes dificultades que teníamos los que de verdad teníamos ansias de saber era la falta de acceso a las publicaciones extranjeras, libros y revistas, especialmente del mundo germánico, de Inglaterra y de los Estados Unidos. Su posesión era patrimonio de los profesionales ricos. Tuve entonces oportunidad que siempre consideré providencial. Fui invitado a colaborar en una revista con el encargo de hacer resúmenes en español de las más importantes publicaciones médicas extranjeras. La revista se suscribió a todas las que Segovia y yo propusimos y de ese inesperado modo fui adquiriendo una información al día. ¡Naturalmente que el trabajo que cuesta esa labor de leer traduciendo, resumir y fichar sólo puede comprenderlo quien haya tenido que hacerlo por sí mismo sin el lujo de ayudantes, traductores y secretarias!

Al año siguiente, 1922, se convocó la oposición para una cátedra de Patología Médica vacante en Sevilla. Para ellas se sentía mejor preparado y aún tenía tiempo de prepararse más, con los medios que ahora tenía a más fácil alcance. Su currículum también se había enriquecido en Alemania y, sin duda, impresionaría el citar a los que allí habían sido sus maestros, los más prestigiosos de la Medicina Interna del momento.

Por otra parte, estaba deseando casarse, tras aquel ya larguísimo noviazgo, desde niños, con Conchita. Se defendía modestamente con sus magros sueldos de profesor y de la editorial, más los obtenidos de su pobre, pero cada vez más numerosa clientela, para la que había acondicionado un despacho en la propia casa, la de sus padres en la Calle de la Cruz. El año anterior había sentido una punzada de sana envidia cuando Faustino había dado la bendición al matrimonio de su hermano Eusebio y de Elvira en la iglesia de San Sebastián. La pareja estaba esperando ya su primer hijo, que nacería en mayo. El hecho que fuera una niña, a la que llamaron Carmen (siempre sería Carmina), había molestado a su abuelo, que no entendía que su primer nieto no fuera un varón que siguiera la masculina racha familiar que él había iniciado. Le gustó tan poco (seguía con escaso aprecio a las mujeres) que ni siquiera corrió a conocerla.

La situación política con un cambio liberal del gabinete Sánchez Guerra que llegó al poder en marzo, también hacía menos de temer componendas políticas. No se sabía que hubiera un candidato definido por esta vía y las cosas habían cambiado algo desde la anterior oposición.

Aquel escándalo de la de Barcelona y la campaña consiguiente, liderada por prestigiosos intelectuales, hacía más difícil «preparar» un Tribunal a medida para nadie. Existían nuevas normas de designación del mismo (aquéllas que tuvo que comprometerse el ministro de llevar adelante ante el asalto a su despacho) y todo aquello y el nuevo ambiente que dejaba claro su afán por sostener la autoridad civil sobre la militar, hacía esperar menos cacicadas.

La oposición en noviembre fue esta vez aún más definitoria que la anterior. Su actuación quedó tan por encima de la de los restantes candidatos que en los primeros ejercicios ya se retiraron varios de ellos, dejando el campo libre antes de verse despedazados públicamente en la «trinca» por aquel torrente de sabiduría.

Entre otras cosas, uno de los temas elegidos por Carlos había sido el de diabetes. Había leído los últimos trabajos del año anterior y el definitivo de aquel mismo año de Banting y Best, sobre la sustancia aislada, trabajando con perros en un garaje, que denominaban «insulina» por su procedencia de los islotes de Langerhans del páncreas. Sus experiencias, como expuso Carlos, demostraban que era su carencia o reducción la que en los humanos originaba la difundida enfermedad, conocida desde tiempos remotos, estudiada por Avicena y Paracelso, pero cuya causa había sido desconocida hasta pocos meses antes. Y lo más importante, los recientísimos trabajos de Banting, a los que él había tenido acceso en la editorial, parecía que era por primera vez controlable con la nueva sustancia por él descubierta. Nungún otro opositor había tenido conocimiento de ello y hasta los miembros del Tribunal se enteraron por primera vez de aquel fundamental hallazgo. Nuevamente, como en la anterior

oposición aportaba a todos novedades desconocidas, separándose de los caminos trillados que los demás habían expuesto.

La votación fue de cuatro de los cinco votos para él. Sólo un miembro de aquel Tribunal prefirió mantener el compromiso adquirido con otro candidato; su voto, aunque ya con los tres anteriores positivos no cambiaba nada, fue objeto de fuerte repulsa por el numeroso público que nuevamente había seguido con interés los ejercicios y que había prorrumpido en grandes ovaciones al oír, tras ponerse solemnemmente en pie el «Jiménez Díaz» en boca del Tribunal por tres veces consecutivas. La votación del presidente, también para Jiménez Díaz, originó ya un estallido incontenible de aplausos y ¡bravos!, que persistió durante el protocolario saludo del triunfador al Tribunal y recibir de él la felicitación.

Al salir todos estaban felices..., pero más que nadie él mismo. Conchita y doña Jacoba fueron las más efusivas al llegar la noticia... y se dispusieron a cumplir religiosamente las múltiples promesas y novenas que habían ofrecido a vírgenes y santos diversos. Don Mariano le abrazó fuerte, aunque casi no dijo nada, pero Carlos sabía muy bien el orgullo que escondía aquel pecho, sabía asimismo que parte del éxito le correspondía a él, a su ejemplo y a su durísima exigencia desde la infancia. Por fin era catedrático, a los veinticuatro años, pero aquello, con ser importante, no era llegar a ninguna meta, sino el comienzo de un duro camino que tenía muy claro hacia qué horizontes se dirigía, pero no tanto cómo podría coronarlo, sin más equipaje que su incontenible ilusión patriótica de acercar España a una posición científica destacada, como correspondía a su historia.

Esta vez la noticia de su triunfo en la oposición a cátedra apenas tuvo eco, excepto en el ambiente médico. Justo esa semana la gran noticia, la que acapararía titulares y páginas era el descubrimiento por el arqueólogo Howard Carter, dirigiendo la expedición de lord Carnavon y acompañado de la hija de éste, lady Evelyn Herbert, de la tumba de Tutankhamen, en el Valle de los Reyes egipcio. La muerte acaecida a los pocos días de entrar en la tumba de lord Carnavon dio pábulo a la fantasía popular para considerarla como una venganza de los faraones por la profanación de sus sepulturas. Era la noticia perfecta para atraer al gran público.

Pero este silencio no afectó en absoluto a la ilusionada pareja de novios, que veían llegado el momento de sellar su larga espera y su profundo amor, ante el altar. Todo parecía abrirse en una nueva vida.

Capítulo V

Sevilla

Arenal de Sevilla,
Torre del Oro,
azulejo a la orilla
del río moro.

«Torerillo en Triana», GERARDO DIEGO

DESPUES DE AQUELLAS TRIUNFALES oposiciones, viéndose catedrático a los veinticuatro años, llegó el momento de cumplir su otro gran objetivo, casarse con Conchita, su novia de siempre, tras casi ocho años de relaciones, que no habían hecho más que incrementar su mutuo amor y su impaciencia por poder iniciar una vida en común. Todo parecía sonreírles. El imparable motor de su ilusión estaba al máximo de revoluciones. Conchita, tan casera y tan unida a sus padres y hermanos, lamentaba un poco la separación, el tener que abandonar Madrid, pero al tiempo el pensar que se sentirían aún más unidos comenzando su vida solos, suponía una emoción añadida.

La boda no podía diferirse más. Había pasado muchas horas figurándose todos los detalles de ese soñado día, especialmente en el más de un año de separación que había supuesto la estancia de Carlos en Alemania en que sólo las cartas semanales (ya que la escasa beca limitaba los gastos del correo) mantenían el nexo de unión..., pero eran tan bonitas, aunque le contara demasiadas cosas que no podía entender sobre sus trabajos y estudios allí, que las leía y releía una y otra vez. Ella era menos aficionada a la escritura y no tenía la habilidad de hacerlas tan poéticas, tan soñadoras, pero lo compensaba con su ingenua naturalidad, refiriéndole cada nimio detalle de su vida hogareña.

Por otra parte, Carlos debía incorporarse cuanto antes a su flamante cátedra. El curso se había iniciado y estaba impaciente por comenzar su labor

cuanto antes, con aquellos alumnos, casi de su edad, que serían los primeros. Les pareció que sería un bonito día para la celebración el santo de Conchita y que ello les permitiría tener unos días para aprovechar las próximas vacaciones navideñas, para su traslado e instalación en la para ellos desconocida capital hispalense.

Días antes de la boda, don Carlos tendría la última muestra de la inflexible disciplina impuesta por su padre. Con naturalidad dijo un día en la cena:

—Hoy tengo prisa. Mis futuros suegros tienen un palco para el teatro y quieren llevarnos a Conchita y a mí.

Ante su asombro, don Mariano contestó ceñudo:

—Creía que ya sabías de siempre que de esta casa no se sale de noche y ahora sales con esa historia del teatro sin siquiera pedir permiso. Ya puedes ir avisándoles como puedas de que tú no irás.

Que un joven ya catedrático, próximo a su matrimonio y emancipación familiar, se viera aún limitado a la libertad de salir y entrar cuando quisiera le parecía un absurdo..., pero pudo más la autoridad paterna y, efectivamente, hubo de quedarse en casa.

Les casó don Faustino en la cripta de La Almudena, cercana a la casa de Conchita y única dependencia de la futura y siempre inacabada Catedral de Madrid, vecina al Palacio Real, funcionaba como iglesia. La ceremonia fue sencilla, así como la celebración, limitada a familiares y amigos íntimos: por su parte, todos los del «Amatorum Club», aunque algunos ya se habían dispersado y también uno de ellos, Pepe Segovia había obtenido una cátedra, la de Cirugía, en Valencia. No tuvieron tiempo (ni había dinero) para un viaje de novios como tal, lo tendrían en aquel comienzo de la aventura común de Sevilla.

Conchita, siempre tan mimada en casa, consiguió sin dificultad de sus padres que pudiera llevarse a Victoria, la tata que llevaba con ella varios años, muy buena cocinera. En su clásica formación orientada al matrimonio y a ser ama de casa, la cocina era lo que menos le atría y tenía temor a su inexperiencia. Victoria era casi de su edad, bajita y fea y su genio no demasiado bueno, pero le suponía un apoyo y la sabía fiel. Ella les acompañó durante aquel ilusionado comienzo y se mantendría en su casa muchos años, imponiendo su dura autoridad al resto del servicio y deleitándoles con sus habilidades culinarias.

A los pocos días de la boda le «tocó» a España otro Premio Nobel, el de Literatura para don Jacinto Benavante. Habían pasado quince años desde el de Cajal, que le parecía más justo y más trascendente. Don Jacinto sería con los años uno de sus constantes pacientes, pero la valoración de sus obras, exceptuando «Los intereses creados», no eran para él de gran mérito y, desde luego, a leguas de distancia del de su idolatrado don Santiago. Ello no impidió que lo comentara en su plena luna de miel con Conchita, alegrándose, como siempre, de cualquier hecho que premiara a un español, por el mero hecho de serlo:

—Yo se lo habría dado antes a Galdós o a Baroja —le dijo.

Don Jacinto sería luego su paciente y le enviaría una gran fotografía dedicada «Al gran clínico Carlos Jiménez Díaz, con el mayor afecto de su paciente y amigo».

Encontraron una casa, primer piso, en la Calle Trajano, 10, bastante céntrica, aunque pequeña; allí comenzó la ilusionada aventura que siempre sería su vida.

Sevilla les embrujó desde el primer momento. No se cansaban por reiterar sus paseos por el misterioso Barrio de Santa Cruz, la Plaza de Doña Elvira y, especialmente, sentarse a distintas luces en la Plazita de Santa Marta, que siempre tuvo para ellos un especial encanto. Visitaron todos los monumentos desde la catedral y su Giralda hasta recónditas iglesias que representaban la especial fe de aquella gente, simpática, ingeniosa, abierta que eran los sevillanos. Antes de empezar el curso se la conocían palmo a palmo, ya que luego habría menos tiempo de disfrutar de horas libres, pues Carlos estaba dispuesto a dedicar todo su tiempo y energía a su estrenado cargo universitario.

Este fue el único punto negro de aquellos días incomparables. Cuando se presentó en la Facultad fue muy calurosamente recibido, su fama de joven sabelotodo le había precedido y había cierta expectación por su incorporación..., pero había poco que ofrecerle. En realidad, no había más que las aulas, todavía en la vieja universidad, ni hospital, ni salas, ni laboratorios. ¿Cómo podría en esas condiciones poner en práctica su firme convencimiento de que para enseñar había que proporcionar a los alumnos un atractivo contacto con la realidad del ser enfermo? Sabía que en él era únicamente donde se podía aprender la objetividad de una exploración, el arte imprescindible de hacer una buena historia clínica, que para él seguía siendo la clave maestra de un buen diagnóstico.

La única satisfacción fue conocer al profesor auxiliar al que venía a sustituir. Era éste un hombre de unos cuarenta años, alto, bien parecido, con esa seriedad senequista de algunos andaluces, tan en contraste con la guasa de la mayoría de sus paisanos. Se llamaba don Eloy Domínguez Rodiño, era de familia muy conocida y respetada. En su primera conversación se dio cuenta de que era un hombre estudioso, con buen criterio, inteligente, bondadoso y fino de espíritu; estuvo seguro de que en él tendría el apoyo de una fiel colaboración y que, a pesar de la diferencia de edad, sería respetuoso y disciplinado hacia aquel jovenzuelo que a partir de entonces sería su jefe.

Cuando, pasados Reyes, comenzó sus clases había cierta expectación. El curso era corto en alumnos, lo que facilitaría irles conociendo y clasificándolos como un entomólogo. Una gran parte eran todavía los clásicos estudiantes bohemios que Pérez Lugín (que pronto sería su pesadísimo paciente, que le escribiría cartas y cartas contando cada pequeño detalle de sus padecimientos), había descrito en su «Casa de la Troya»..., con la diferencia de ambiente que suponía el contraste entre el lluvioso y melancólico Compostela con el luminoso y bullanguero de Sevilla.

A su primera lección de cátedra asistió, como era costumbre, todo el claustro de profesores. Ante su vista, mientras el decano pronunciaba palabras protocolarias, tuvo tiempo de observar a todos y su ánimo, aquella ilusión de su primera clase como catedrático, se nublaba por nuevos motivos de preocupación, se diluía ante el panorama.

Eran como los de San Carlos o aún peores. La mayoría con aire circunspecto, de casi ninguno conocía que hubiera hecho alguna labor, ninguna publicación de interés. Se temía aún más que tampoco estudiaran desde hacía años, que seguirían anclados en aquel honroso cargo vitalicio que ya nada, hasta su jubilación o su muerte, les podría arrebatar. Ello representaba en la capital provinciana un seguro de fama y clientela.

Ya Eloy Domínguez le había puesto en antecedentes de muchos de ellos. Por ejemplo, el catedrático de Anatomía era un oftalmólogo, un conocido vividor de la Sevilla juerguista, que del ojo sabía poco más que era redondo y que con frecuencia, afortunadamente, requería lentes. Precisamente, días antes a poco de presentárselo le había soltado:

—Bienvenido, compañero, estoy seguro que le irá bien, aunque su excesiva juventud pueda perjudicarle, pero se ganará bien la vida. El sueldo de catedrático (poco más de mil duros anuales) no da para nada y tendrá que buscarse clientela en competencia con gente muy conocida y ya situada. Pero no se preocupe porque su fama y el hecho de ser profesor le irán abriendo puertas importantes, sin las que aquí poco se puede hacer. Le digo que si no fuera por la «jodía horita de clase» esto de la cátedra sería una sinecura. Yo ya estoy bien instalado en la Plaza de San Fernando y sólo a base de gafas y legañas ya me he comprado una finquita muy maja en Carmona...

Por lo que le había dicho don Eloy confidencialmente, con discrección, así pensaba la mayoría y así era su dedicación a la universidad. Le señaló dos excepciones: El primero era el riojano don Estanislao del Campo, de sólo treinta y tres años, que había ganado las oposiciones tres años antes y enseñaba bien y actualizada la Fisiología; aunque no tenía personal ni medios para trabajos propios de laboratorio.

El segundo era don Antonio Cortés Lladó, catalán, de treinta y nueve años, que tras ganar la cátedra de Salamanca había venido por traslado a Sevilla y se había casado con una andaluza fina y encantadora. Hacía maravillosamente aquella cirugía heroica en que había que ser un verdadero artista, ya que la limpieza, la rapidez, la técnica y la habilidad eran esenciales. Entonces sí que había que tener «manos de plata», al carecer de buena anestesia, sin antibióticos que protegieran de las infecciones y con dificultad y reacciones a las transfusiones de sangre cuando eran necesarias.

En el Congreso Nacional de Medicina de Madrid en 1918, Carlos, que había acudido como oyente, supo destacar su disertación por la precisión, la soltura de sus conocimientos de las más recientes técnicas alemanas e inglesas en la cirugía digestiva. Su intervención fue de las mejores y más comentada durante el congreso.

Mientras rumiaba estos más bien lúgubres pensamientos, le sorprendió el final de las palabras del decano y su gesto de que subiera al estrado.

Al hacerlo, un sólido rumor se extendió por el aula e inmediatamente estalló una imponente ovación, que, en algunos momentos, parecía tener cadencia de palmas flamencas. El primer ronroneo era de asombro y comentarios en voz baja con el que al lado estaba, cuya suma aumentó a muchos decibelios. Estaba producido por ver a aquel muchachito con los no muy abundantes pelos de punta, sus lentes de aro, su corbata de lazo, que parecía un crío, no mayor que los estudiantes y que ya iba a famoso. Aunque le sabían joven, la imagen que se les presentaba superaba sus expectativas. La ovación tenía un fondo de esperanza. Allí llegaba alguien que podía cambiar tantas ruti-

nas, tantas desilusionadas vocaciones. La mayoría recordaba y habían leído en los periódicos el jaleo que originó su primer rechazo a la cátedra en la oposiciones de Barcelona, dos años antes, y se habían sentido solidarios con las denuncias de Marañón, Lafora, Hernando sobre la injusticia del fallo y el daño que suponía a la universidad el caduco sistema de elección de sus profesores. El que el protagonista de aquella campaña se incorporara a su Facultad, la ilusión que sus ojos reflejaban ante aquel primer contacto con sus primeros alumnos, hizo que las manos repiquetearan una contra otra prolongadamente.

Carlos tras una pausa, serio, pero con la alegría andándole por dentro, comenzó su exposición. Aunque ya había dado bastantes clases como profesor clínico, la situación era distinta. Ahora era «su cátedra» y aquéllos «sus alumnos».

Había meditado mucho, incluso había sopesado con Conchita, qué orientación dar a aquella primera clase. Lo tradicional, lo protocolario, era simplemente decir unas palabras de agradecimiento, algún retazo de la historia de las pasadas glorias de la universidad a la que el nuevo profesor se incorporaba. Otra posibilidad era, tras las inevitables palabras de saludo, escoger un tema médico brillante, preparárselo a conciencia y lucir su erudición sobre él. Ninguna de las dos versiones le gustaba.

Decidió decir lisa y llanamente todo lo que pensaba sobre la labor a realizar, sobre la enseñanza que deseaba impartir, lo que le había sugerido la que él mismo había recibido, su contraste con la solidez de la formación en las escuelas alemanas que había vivido en su reciente beca... y, a continuación, cómo él concebía había de llegarse a ese imprescindible cambio, todo lo que había que revolucionar el presente, ya pasado y su firme voluntad de comenzar desde el primer día a luchar para que así fuera. Habló sin cuartillas de apoyo, aunque no improvisando, con cada palabra y frase bien meditadas, sin deternerse, en cambio, a medir las reacciones que podía crear en el auditorio. Pocas veces fue tan radical y tan sincero. Era su bautismo y debía recibirlo sin agua contaminada, sino pura, llena de frescura.

Algunas frases fueron como tracas que explosionaban, que originaban inquietud en muchos rostros de sus compañeros claustrales y manifestaciones de entusiasmo en las gradas estudiantiles:

—Todo lo que no sea interesarse al máximo en el padecer de cada paciente, llegar a conocer a través de un interrogatorio interesado no sólo sus molestias, sino su vida entera, su lugar de origen, su familia, su trabajo, sus preocupaciones, su personalidad y una exploración física cuidadosa, exhaustiva y «perita», aprendida día a día a su cabecera es perder la oportunidad de un buen diagnóstico. El profesor ha de dedicarse, y ése es mi propósito, a inquietar sobre las numerosas lagunas de nuestra ciencia, estimulando al estudiante a lo que su nombre le obliga —al estudio— y no hacerle recorrer trillados caminos, muchos obsoletos, que no conduzcan a parte alguna. El estudiante debe aprender idiomas: alemán, inglés, francés, al menos para ser capaz de entender libros y revistas que nos aportan la actualidad de nuestra ciencia, que, desgraciadamente, aquí no creamos.

Y terminaba:

—Yo he venido a esta Facultad con incontenible ilusión de enseñar lo poco que aún sé, a crear buenos médicos prácticos y científicos, conscientes de lo admirable de nuestra profesión, de la que depende lo más valioso para el hombre: su salud. A ello me dedicaré las horas que necesarias sean y espero que mis alumnos sepan que vienen aquí no a conseguir un título que colocar en un marco de su futuro despacho o consulta, sino a conocer palmo a palmo la realidad de cada órgano, de cada sistema, de cada enfermedad, y, en lo posible, a saber remediarla. Es la única senda que les mostraré y de su afán de saber y de su juventud, espero que lleguen a adelantarme en ella.

El aula pareció venirse abajo. Pocas o ninguna vez había acogido palabras semejantes y el entusiasmo que en cada frase había mostrado se reflejó en las caras juveniles, se hizo incontenible el aplauso que parecía no acabar y se oyeron fuertes ¡bravo! Fue muy felicitado por sus compañeros, por el decano, pero las palabras de alabanza parecían disociarse de la expresión de los rostros..., sólo Cortés Lladó al darle, no la mano, sino un fuerte abrazo, le guiñó un ojo y le sonrió sobre su ya algo encanecida barba.

Pero para cumplir estos propósitos le era imprescindible algo que aún no tenía: hospital, enfermos. No podía haber dicho todo aquello y no tener dónde poner un fonendoscopio, sus manos, para que a continuación lo hicieran sus alumnos y que recogieran cada matiz de un soplo, que supieran percibir el bordo de un hígado afilado o irregular, que distinguieran un gran riñón de un bazo aumentado.

Por fin consiguió algo, muy poco; le concedieron un sitio en el Hospital de las Cinco Llagas, vulgo de «La Sangre» o de «La Macarena», situado en la muy sevillana Calle de Don Fadrique.

Este hospital era muy antiguo, fue erigido por una donación de la noble doña Catalina de Ribera, que lo instaló primero en una de sus mansiones de

la Calle Santiago. Obtuvo la bula para su construcción del Papa Alejandro VI el 13 de mayo de 1500 y, a la su muerte su hijo, don Fadrique Díaz de Ribera, primer marqués de Tarifa, aumentó la dotación con cuantiosos medios iniciando la construcción de lo que sería en su tiempo el mayor hospital de Europa, llegando a tener hasta mil camas. Las obras se comenzaron en 1546, tras viajes de varios arquitectos (Luis de Villafranca, Martín de Gaínza) en que sacaron copia en otros países de los más perfectos hospitales. Las Cinco Llagas se inauguró parcialmente en 1559, y en 1590 se acabó definitivamente al cubrir las aguas de la iglesia con bóvedas de piedra. Pero ya a principios del siglo XX había ido abandonándose, utilizando la Diputación a la que pertenecía grandes zonas para otros fines. En 1923, se había convertido en poco más que un asilo y poco tenía que ver con su glorioso pasado, excepto en su atractiva fachada y portada renacentista y en su suntuosa y bella iglesia.

A don Carlos le asignaron la Sala de Santa Catalina, llamada popularmente «Sala de las Viejas». Se trataba de pobres mujeres que, literalmente, «no tenían dónde caerse muertas» y eran consideradas «incurables», aunque muchas no tuvieran más enfermedad que la edad. Realmente habían transformado aquella amplísima sala, con sus altos techos y sus encaladas paredes, en su casa. Sabían que allí estarían lo que pudiera quedarles de vida y ponían por allí y por el patio al que daba una de sus puertas, macetas de geranios o claveles, que cuidaban con esmero, y algunos pañitos de ganchillo que hacían para entretener su continuo ocio, sobre las mesillas; alguna tenía hasta su pequeño altarcillo con alguna imagen de La Macarena o del Gran Poder o de «El Cachorro», regalo de algún pariente o último resto de su perdida casa.

Solían estar muy relimpias, haciéndose el moño una a otra y constituyendo entre todas una especie de familia, en la que, como en todas, había notas alegres y riñas escandalosas. Parecía realmente cualquier cosa menos una sala de hospital docente. Cuando don Carlos, acompañado por don Eloy, hizo su primera entrada en aquel recinto, tuvo un momento de desfallecimiento. ¡De modo que esto era todo lo que la universidad le proporcionaba para aquella enseñanza que él estaba dispuesto a dar a sus alumnos! Había vivido salas en cierto modo parecidas en el Hospital Provincial, pero allí al menos había algunos medios, un cierto personal, otros alumnos, profesores mejores o peores y unos enfermos realmente tales que requerían atención y precisiones diagnósticas. Pero aquel pensamiento pesimista dio pronto paso a la decisión de hacer que aquel conjunto de viejecillas fueran realmente estudiadas, atendidas, investigadas y que en ellas aprendieran sus primeros discípulos las técnicas de exploración, las de hacer una cuidadosa historia clínica. Estaba nuevamente seguro de que con dedicación y trabajo convertiría aquel asilo, carente de seria actividad médica, en un instrumento válido para sus fines, aunque para ello hubiera de trabajar mucho e ir obteniendo progresivamente más locales y más medios. Los primeros días algún alumno, que aún no le conocía, le encontraba por el pasillo, le daba una palmada en el hombro y le decía:

—Venga, hombre, vamo a oí a eze tío de Madrí que disen que é un fenómeno.

Su sorpresa era ver que aquel supuesto joven compañero así interpelado era el «fenómeno».

Al acabar la clase solicitaba preguntas, aclaraciones algún punto oscuro y, como eran tantos (hasta algunas palabras que eran absolutamente desconocidas para ellos), aquello se prolongaba hasta casi las once. Entonces desandaba el camino, acompañado por don Eloy o Baldomero Sánchez Cuenca, y pasaban las columnas de la Alameda de Hércules y por las Calles del Peral y la Resolana llegaban a la de don Fadrique y entraban en el vetusto hospital. Ya le esperaban sus discípulos impacientes, aunque alguno llegaba más tarde, por haber aprovechado el paréntesis para tomar un tentempié o una copa.

Pronto, a través de las preguntas y respuestas, supo reconocer a los más inteligentes, a los más inquietos: Arjona, Cruz Auñón, Morán, Bolinches, Puig Leal, Romero..., cada uno con su diversa personalidad, pero todos contagiados pronto por el entusiasmo del que ya siempre sería su maestro, y aprendieron de él a no tener horas, a ser objetivos, a estudiar, a inquietarse. Aunque hubo otros muchos, ellos constituyen su primer núcleo de discípulos-colaboradores. En su variedad había una escala de caracteres desde los más serios, callados: Arjona, Morán, Puig Leal; a los más alegres y bromistas, Adolfo Romero, Del Arahal, Cruz Auñón, De Morón, pasando por la gracia sin par de Bolinches, sevillano puro, que era de un ingenio especial, de aquéllos que no se ríen nunca, que su cara, en este caso agitanada, no refleja la risa, sino que la hace explotar en los demás, con una escueta frase, sin chistes ni retruécanos.

Excepto Arjona y Morán, que vivían en familia, los demás, incluyendo al serio Puig, nada menos que de Minglanilla, en Cuenca, y como su tierra austero, paraban en la pensión que regentaban los padres de Bolinches, donde al ambiente bullanguero, de juergas flamencas y partidas de cartas o dominó, que siempre habían marcado los muchachos, se había transformado en silen-

cio y estudio, quedando lo otro para las fiestas, especialmente para la Feria, el Rocío o La Maestranza. Los padres estaban encantados de aquel cambio que la llegada del nuevo profesor había originado y se miraban asombrados ante tal transformación, tan favorable para su hijo, demasiado amigo de flamencas y cantaores.

Cuando oían risas ya sabían que Puig había sido objeto de alguna broma. Era difícil de explicar qué pintaba allí entre aquellos guasones sevillanos, con su caracter sombrío, su tacañería de castellano pueblerino, que, aunque riquillo en su entorno sabía bien lo que cuesta ganarse la vida en tierras duras y frías. Estos le revolvían la maleta, el cuarto entero, buscando el escondite de sus duros y volvían a escondérselos en los sitios más inesperados, sólo por ver su angustia de haberlos perdido... y cuando estaban muy necesitados para poder acudir a algún café cantante, como «Los Lombardos», «El Olympia», «El Burrero» o el de «Silverio», hasta le escamoteaban alguno, esperando vanamente que no se diera cuenta, cosa imposible en él, y habían de devolverle para que acabara de darles la lata sobre la deuda. En aquellos cafés se oía flamenco puro, no mixtificado aún por ningún turista y, cuando tuvieron más confianza, empezaron a llevar a don Carlos, que se aficionó enseguida al cante auténtico..., y, como de todo quería saber más que ellos y que nadie, se compró unos libros, los estudió concienzudamente y se hizo un entendido, primero bibliográfico y luego real, al contrastar sus lecturas con aquellas sesiones de los cafés, que junto a los toros eran su mejor esparcimiento. Algunos eran poco apropiados para que apareciera con su mujer y ésos fueron descartados, pues sus pocos ratos libres siempre habían de ser compartidos con ella. Todavía la mujer, y especialmente la andaluza, por las reminiscencias árabes, tenía que estar en casa y con la pata quebrada.

Pero en el hospital trabajaban duro, extraían de aquellas pobres viejas toda la información posible, las exploraban una y otra vez, cuando no estaba don Carlos lo hacían gastándose mutuas cuchufletas:

—Vamo, agüela, a desnuarse que todavía tié usté un tipo presioso.

Y las ancianas estaban encantadas de que aquellos muchachos tan alegres, tan guapos, les hicieran caso, les escucharan sus viejas historias familiares o del pueblo, les atendieran en sus achaques y se preocuparan tanto de ellas..., aunque menos gracia les hacía las veces que las pinchaban las venas para todo tipo de pruebas, o que les metieran aquella asquerosa sonda para saber el funcionamiento de su estómago e intestinos, sus «entrañitas der arma».

Eloy Domínguez, hijo (que mucho más tarde completó su formación con don Carlos en Madrid) recogió así de su padre el recuerdo de aquellos tiempos:

«... Cuando don Carlos llegó a Sevilla, como profesor de Patología Médica, le fue asignada una enfermería en el Hospital de La Macarena, que en aquella época era conocida casi despectivamente con el nombre de la "Sala de las Viejas". Allí vivía una colección de pobres mujeres —incurables se les llamaba— que casi se las tenía acogidas en aquel lugar para que no muriesen en mitad de la calle. Era un auténtico asilo de ancianas. Otro hombre que no hubiera sido él, lo más probable es que se hubiese sentido desesperado y sin saber qué camino escoger. ¡Pues sí que era un panorama para un profesor universitario lleno de entusiasmo por enseñar aquella colección de vejestorios! Pero don Carlos poseía todas aquellas virtudes que siempre le caracterizaron por su labor. Por eso, como tenía ingenio, se las supo arreglar para sacarle el mayor partido a lo que la suerte le había deparado y que parecía no servir para nada útil. Además, deseaba hacer Ciencia, esa Ciencia de la Clínica que creó Mackenzie y de la que él fue espléndido continuador. Naturalmente que también, por encima de todo, tenía muchas ganas de trabajar y enseñar. Con una paciencia infinita, don Carlos empezó a estudiar con cariño a aquellas mujeres una por una. Pero a estudiarlas sólo ayudado por el virtuosismo que, aún tan joven, poseía del arte clínico. Porque en la "Sala de las Viejas" él no contaba con más medios que los de su inteligencia y los de sus cinco sentidos. Allí no había nada de nada. En la sala de Santa Catalina, nombre de la famosa enfermería la única agradable sorpresa que encontró fue la presencia de un auxiliar, mayor, pero capaz de comprenderlo, y una serie de muchachos jóvenes, casi de su misma edad, sus primeros discípulos, y el que todos creyeran ciegamente en él desde los primeros momentos... y en aquel ambiente "muy pobre en medios, pero riquísimo en sugerencias" —que diría mi padre— surgía cada día una sorpresa.»

—Mire usted don Eloy —don Carlos le habló de tú a muy pocas personas en su vida—. Mire la perla que acabo de encontrar.

Y le mostraba entusiasmado una viejecilla decrépita, a la que le brillaban los ojillos de placer por sentirse objeto de una atención que nunca había despertado entre los médicos que antes la había tratado. En aquella mujer, en aquella «incurable», don Carlos había descubierto una afección sólo por su pericia de clínico. Hallazgo que, además de proporcionarles la satisfacción que a todo médico produce diagnosticar correctamente lo que tiene un enfermo,

único camino para curarlo, a él también le había servido para enseñarles a los que le rodeaban aquella Medicina de la que él fue más fevoroso apasionado... ¿Podemos hacer algún comentario a la quevedesca historia de la «Sala de las Viejas»?: Sí, el silencio respetuoso, que admira y conmueve a la par.

Cruz Auñón, en su despedida de la cátedra, ya muerto don Carlos, muchos años después, diría:

—...Y aquel maestro hizo como Jesús, buscó sus discípulos entre los pescadores y pecadores y nosotros supimos seguirle... Don Carlos empezó con un curso de no muchos alumnos, veinticinco o treinta, nos daba lecciones que frecuentemente no entendíamos muy bien; no crean que se llevó alumnos de «bandera», alumnos de matrículas de honor, éramos grises, sacábamos todo tipo de buenas y malas notas..., nos unimos a él por la confianza que en él pusimos, el interés que teníamos por satisfacer lo que mandaba y quería que hiciéramos en la clínica, que llegó a tal extremo de que algunas noches se cerraba el hospital a las diez y ya nadie podía salir y dormíamos en el laboratorio, porque no teníamos dónde recogernos. El padre de Bolinches tenía una pensión en la que vivíamos y muchas veces mandaba la comida al laboratorio para comer allí, porque no había tiempo de ir a hacerlo en casa y volver a despachar el trabajo. El nos hacía partícipes de su trabajo y nosotros, todavía alumnos, nos sentíamos piezas valiosas de un engranaje. No exigía otra cosa que interés por el trabajo, por los enfermos y dar... no daba nada, nosotros no queríamos más que nos dieran trabajo. En aquellos tiempos no había horas ni deshoras, no había más que interés por aprender... Cuando llegó a Sevilla no tenía más que aquella «Sala de las Viejas», que estaban allí para que les dieran un plato de sopa caliente y morir allí en paz con Dios, pero poco a poco empezó a sacar partido de aquellas ancianas que estaban almacenadas como en un museo, y les hacíamos el quimismo gástrico y pruebas funcionales y con eso nos sentíamos orgullosos... Cuando consiguió de la Diputación, tras muchas zancadillas, la Sala de Hombres —la Sala del Amor de Dios— pudimos empezar a investigar sobre el asma, aprendimos lo que era la «moquería», que llaman los campesinos y que es la fiebre del heno, y éramos muy felices cuando íbamos en aquellos trenes «botijos» de cercanías o en bicicletas y volvíamos con toda clase de yerbajos que clasificar y hacer extractos para las cutireacciones y vacunas..., allí nació la alergia en España.

Ese grupo de discípulos de su primer curso sería, el que ante la falta de medios de la Academia, costeara la medalla de oro de ley y no de la chatarra que el organismo podía costear cuando, años después, Sevilla le rindió homenaje, y como dijo en aquel acto su presidente, el que había sido su mejor colaborador, don Eloy Domínguez Rodiño, era del oro de mejor ley, pues estaba hecha con el oro del cariño de sus primeros discípulos.

Un día Domínguez Rodiño le dijo:

—Don Carlos, me he enterado que un prócer de aquí, el señor Sainz de Rozas, ha dejado un legado para la Facultad de Medicina. No es mucho, pero podría cubrir algunas de nuestras muchas necesidades. Seguro que nadie tiene mucho interés en incrementar sus medios... hasta que se enteren que usted lo solicita. Debíamos adelantarnos.

Esa misma noche escribió una detallada solicitud en que exponía muy concretamente en lo que podía destinar aquel dinero, cómo le era necesario para mejorar sus métodos diagnósticos y ampliar su campo, sus hasta entonces casi nulas posibilidades de investigación propia. Aunque muchos de los miembros de la Junta del Decanato, que había de decidir la adjudicación, pusieron sus peros a dar más aire a aquel joven impertinente y advenedizo, nadie supo presentar algún proyecto que se acercara ni de lejos a aquel razonado documento y, a contrapié de varios, le fue finalmente concedido. Domínguez Rodiño también había movido sus hilos, con su mayor experiencia y amistades en aquel ambiente.

Aquello supuso la posibilidad de poseer un electrocardiógrafo de un solo canal, una aparato de rayos X, algún aparato de laboratorio, material fungible y reactivos..., aunque tras recorrer el viejo hospital, tuviera que situarlo en la antigua sala de baños. Fue un gran avance en su actividad y la de sus colaboradores y alumnos. Le permitió añadir a sus investigaciones sobre el asma, estudios sobre la función renal, el metabolismo del agua, la absorción intestinal, el metabolismo hidrocarbonado, la exploración funcional del estómago, del raquitismo... y hasta conseguir que dos trabajos: «Zur Mikros bertung des Bluzuckers» y «Uber praktische frudiagnose des Diabetes Mellitus» fueran publicados en «Biochemique Zeitung» y en «Medizinische», respectivamente, ambas prestigiosas revistas alemanas, con exigente grado de selección en sus ediciones y a las que sólo excepcionalmente llegaba alguna aportación española. En distintas revistas españolas publicó otros diecisiete trabajos, principalmente sobre asma, metabolismo hidrocarbonado y renal... y una anecdótica nota clínica, de indudable error diagnóstico, enfáticamente titulada «Un caso de leucemia curado con tratamiento interno», en colaboración con Domínguez Rodiño.

Todos los días, temprano, hacía el mismo recorrido. Salía de su casa de Trajano a las ocho y media, pasaba por La Campana y por la Calle de Larra y, antes de llegar a la Plaza de la Encarnación, en la Calle Laraña, asomaba la fachada renacentista de la universidad, trazada por Juan de Herrera en el siglo XVI, y donde se instaló la docencia universitaria en 1771; cruzaba los jardincillos con palmeras y naranjos, con su fuente central, y a las nueve en punto comenzaba su clase.

Pronto se vio, hecho insólito, cómo además de sus alumnos acudían de otros cursos y como oyentes médicos en ejercicio, que habían pasado hacía años por las aulas, sin volver nunca a ellas. En sus clases, como haría siempre, desgranaba la historia de un enfermo y a partir de ella se adentraba en la etiología (si existía), en la fisiopatología, diagnóstico y terapéutica que había preparado cuidadosamente la noche anterior, consultando sus temas de oposición, revistas y libros, que iban, por falta de espacio, amontonándose apiladas en una innecesaria despensa, que debía abastecer a sólo tres personas.

Aunque dedicara muchas horas a la Facultad y al hospital, la dura realidad anunciada por aquel cínico catedrático de Anatomía era cierta. Para sobrevivir sin pasar estrecheces había que poner consulta privada y además la gente cada vez le solicitaba más por su creciente fama. Acondicionaron la casa de forma que en su pequeñez se hiciera sitio para un despacho, con cama de exploración y una reducida sala de espera. Esta se mostró enseguida insuficiente. Empezó a conocérsele popularmente como «er méico de la Caye Trahano» y el gentío de clientes crecía y crecía. Esperaban en el tramo de escaleras en las aceras a pleno sol. Hubo pueblos grandes: Carmona, Ecija, Dos Hermanas, Utrera, que llegaron a fletar renqueantes autobuses para, en grupos, acudir a aquella consulta, como un anticipo de los actuales «tours».

Al principio Carlos estaba desorientado en cuanto a sus honorarios a aquella gente, muchos de apariencia modesta, aunque también los había ricachos y, poco a poco, gente más encumbrada, ganaderos conocidos, aristócratas, que también esperaban pacientemente en la escalera.

Don Eloy le orientó un poco sobre lo que por allí se solía cobrar —dos o tres duros—, pero le dijo:

—Usted debería cobrar más, menos al que realmente no pueda; por lo menos cinco duros. En pocos meses se ha hecho usted la figura de toda la Medicina de la Andalucía Occidental y ya ve que la gente acude de todas partes y

le hacen terminar a las tantas. Aunque suba el precio lo pagarán con gusto..., si no puede hacer lo que me contaba un «compañero» de aquí —añadió sonriéndose— que ha puesto rayos X como punto de atracción de su consulta, anunciándolo en los periódicos y pasaba a los enfermos por la pantalla, sin quitarles el chaleco y les ponía en la incidencia adecuada para poder contar los duros que llevaban en el bolsillo y adecuar a ello sus honorarios.

Don Carlos no pudo contener una sonora carcajada ante método tan ingenioso, que se multiplicó cuando se lo refirió a Conchita por la noche:

—... Y dice Eloy que cuando alguno se queja de lo caro de la consulta les deja boquiabiertos diciéndoles: «Eso no e ná, si yeva usté zei duro má en er borsiyo.»

Hizo caso de don Eloy y pronto fue conocido como «el médico de los cinco duros».

Un día le llamaron para que fuera a visitar al marqués de Contadero. Era éste una figura influyente y al tiempo inagotable fuente de anécdotas. Se decía de él que era tan bruto que unos amigos bromistas le convencieron que la Plaza de San Fernando tenía mucho eco; le llevaron allí una noche y mientras los que le acompañaban gritaban: «¡Contaderooo!», los otros, escondidos tras las esquinas, respondían: «¡animal!», y el salió convencido: «¡Josú, pué é verdá que tié musho eco!»

Era un hombre grandote, grueso, congestivo, posiblemente por el mucho fino que trasegaba. Cansado de que, según él, ningún médico (había hecho desfilar por su señorial casa a casi todos), era capaz de «acertar» sus males, dijo un día:

—Sacabó, si disen que soy tan animá, a lo mehó lo que nesesito é un veterinario.

Y llamó al más conocido. El hombre llegó encogido, sin saber cómo afrontar aquella pintoresca situación y trató primero de informarse de sus síntomas:

—Señó marqué, ¿y cuáles son sus molestias? —preguntó.

Y el marqués le dijo:

—¿E que uzté pregunta a lo cabayo qué coño le pasa? Pué a mí tampoco: artúe como lo que é.

El otro, que también tenía guasa, se quedó pensando un momento y le dijo:

—Güeno, pué entonse... Señor marqué, dése un trotesillo hasta la puerta...

Cuando don Carlos llegó a consultarle y le vio tan joven, se le quedó mirando, frunciendo el ceño y le dijo de entrada:

—¿Y usté é ese nuevo fenómeno de la medisina andalusa? Pué, sepa usté que hoy se está jugando su destino: si me asierta será usté er rey desta siudá..., pero si no, ya pué usté ir jaciendo la maleta...

No le debió ir mal, porque don Carlos fue desde entonces su médico y recibió aquel espaldarazo final que le abriría las ya entreabiertas puertas de la alta sociedad sevillana.

En una todavía lejana ocasión rememoraría aquellos comienzos, duros e ingratos:

—Cuando yo obtuve la cátedra de Sevilla me encontré en un ambiente sin medios de ninguna clase (y digo esto solamente para que los jóvenes no se sientan deprimidos en circunstancias similares ni utilicen la consabida «falta de medios» como una razón para no perseverar), yo tenía la evidencia de que todo se iría consiguiendo si se buscaba por anhelarlo de veras y obtuve donativos con los que pude traer material de Inglaterra y Alemania con el cual, rodeado de jóvenes entusiastas, pude comenzar una labor, modesta pero ambiciosa en sus objetivos.

Ya en ese primer año, su compenetración con Sevilla y los sevillanos era total; tanto él como Conchita se sentían felices en aquel ambiente. Continuaban sus interminables exploraciones por los más apartados rincones, parándose ante cada patio o esquina del barrio de Santa Cruz, con sus blancos azulados, rotos por una explosión de flores en cualquier ventana enrejada. Conocían todas las iglesias, especialmente Conchita, muy devota y con más tiempo, se hacía llevar por alguna amiga a las más apartadas y oír recatadamente su misa, para luego explorar cada altar, cada imagen. Aunque aún no hacía un año de su matrimonio empezaba a estar preocupada por no quedar embarazada, a ambos les hubiera gustado tener descendencia. Aunque aún no desesperaban, ella aprovechaba aquellas devociones matutinas, para finalizar con una oración peculiar, por ella inventada, pidiendo a la Virgen de la Esperanza, de las Angustias, de los Reyes, y desde luego a la Inmaculada, que llegaran pronto.

Casi siempre, sin embargo, prefería ir a la catedral, con su Giralda «vestida de luces» al costado. Le impresionaba aquel monumental recinto, sólo superado por San Pedro de Roma, que sus promotores trazaron siguiendo la famosa frase «fagamos una iglesia tal e tan grande, que los que la vieran nos tengan por locos». Le quedaba cerca, le encantaba su frescura y sus tesoros, en ella le parecía que Dios era aún más grande.

Cuando llegó la primera Semana Santa, tan fastuosa y peculiar con sus costaleros y sus «armaos», que abandonaban la procesión para tomar una o muchas copas, convirtiendo aquel peculiar ejército romano en una alegre panda de borrachos, la vivieron como unos sevillanos más. Les enseñaron dónde estaba el difícil paso que por su estrechez el Gran Poder había de parar hasta embocar por milímetros entre las blancas paredes; les invitaban a balcones donde esperar la salida de La Macarena y les señalaban el sitio y hora oportunos donde oír a los grandes cantaores las más sentidas saetas. Inevitablemente, como todo el mundo allí, enseguida tuvieron sus preferencias por imágenes y cofradías; entre las vírgenes La Macarena representaba la esperanza, que nunca les abandonó y además era «vecina» del hospital y le daba su nombre popular. Entre los cristos, El Cachorro, mucho más trágicamente realista que el Gran Poder y como más amigo de los pobres.

La Feria les atrajo menos. Les gustaba el desfile de caballos y carruajes con tiros bellamente enjaezados y les interesaba el flamenco..., pero Carlos era incapaz de bailar ni dos pasos seguidos de pasodoble y no bebía, y ella se habría sentido muy ridícula vestida de faralaes. Aunque no tuvieron más remedio que acudir a alguna caseta a las que eran invitados de honor, procuraban escabullirse pronto. Un noche Cruz Auñón y su grupo, les sorprendieron de retirada a las doce de la noche, casi cuando ellos iban a empezar la juerga. Pepe Cruz, a pesar del respeto que le tenía, no pudo menos de espetarle.

—Josú, don Carlo y doña Concha, ¿aónde van a estas horas? Daquí no hay que moverse jasta que le dé a uno er só en las espardas. Ustés no saben lo que é esto ¡si esto é la gloria!

De la Feria lo que no se solían perder eran las corridas de la Maestranza; ya el espectáculo de la plaza y sus alrededores, aquella perfecta arquitectura, aquel albero con su arena amarilla única era en sí una fiesta. Carlos, como hizo su padre en la juventud, escogía el mejor habano y ponía una cara de placer inigualable ante la seriedad del toreo de un sevillano, Juan Belmonte, tan alejado de lo considerado como gracia especial de los diestros andaluces.

Pronto desde barreras y tendidos todo el mundo les saludaba, como si siempre hubieran estado allí.

Con el paréntesis del final del curso, en el que hubo menos suspensos de los temidos, aprovecharon para huir unos días del calor insoportable de Sevilla y fueron a Madrid, aunque allí la temperatura también era elevada. El motivo esencial era pasar unos días con los padres. Los de Conchita seguían bien, pero a Carlos le preocupaba mucho su padre, que seguía engordando y se fatigaba a pequeños esfuerzos. Su madre se quejaba poco, pero el reumatismo iba avanzando y aunque luchaba por no disminuir su actividad, las manos se iban deformando, le impedían algunas labores y ello le desesperaba más que los dolores articulares.

Con su padre se puso muy serio, pues le había subido la tensión, se sofocaba y estaba hinchadísimo. Seguía comiendo de todo, con sal y fumando sus puros, además de seguir trabajando de una tienda a otra. Le puso un plan severísimo y le ordenó —por primera vez la orden había cambiado de dirección— un régimen muy severo. Según él tenía que perder en un mes más de diez kilos.

Respecto a estas enfermedades conservó siempre dos cartas que recibió a la vuelta a Sevilla, pues les había encargado mucho que no dejaran de informarle. La primera era de su madre, con letra insegura, fechada el 25 de agosto de 1923, en papel de la «"Electro Harinera San Antonio, Molturación", fábrica, Albares (Guadalajara). Oficina, Luchana, 16, Madrid», y decía:

«Mi queridísimo hijo Carlos: En la otra carta te decía que estaba peor y que estaba decidida a ir a los baños de Montiel. Antes no podía andar bien, pero no tenía molestias, ahora me duelen las rodillas, así que el martes van el Eduardo y la Paca y yo me iré con ellos. Aquí estamos Luis y yo. Papá no ha venido todavía de la tienda. La niña (se refiere a Carmina, su primera nieta, hija de Eusebio) ya tiene un diente. A ver si cuando termine los baños puedes ir a buscarme allí... Sin otra cosa que muchos recuerdos para todos y para ti y Concha muchos besos y abrazos de la abuela, que os quiere mucho y no os olvida. Jacoba.»

La de su padre: «"La Victoria", aceites, jabones y comestibles. Victoria número 9; sucursal: Montesquinza, número 17» tiene más enjundia al comentar su enfermedad y su protesta por el severo régimen. Dice:

«Querido hijo Carlos: Te participo que desde el día 20 de julio hasta ayer estube siguiendo el régimen por tí trazado y he regalado cinco kgrs. de grasas; desde el día 1 del presente sólo tomo medio kg. de fruta, un panecillo y un vaso de leche a las doce de la mañana he igual mercancía a las ocho de la noche y amén y peso 77 kgrs. Estoy muy esbelto, no tengo fatiga, duermo poco, pero bien, no se me inchan las piernas ni la tripa, pero estoy pasando más ambres que un maestro de escuela. Me hacen falta 50 mil duros, pero el hambre que tengo no lo doy por ese dinero. Así que lo único que no haga es vever litro y medio de agua al día, porque es imposible con el calor que hace aquí vever tan poco, y estoy dispuesto a seguir así hasta el día 15. Ese día tengo que tomar otra determinación, porque las piernas flojean y es que tengo el depósito vacío. Dí a Chita que estoy muy bien, pero que no quiero bromas de éstas y también que aproveche, que los garbanzos van a estar este año muy caros. Muchas cosas a todos y un abrazo de tu padre que tiene muchas ambres. Mariano Jiménez.»

De la carta se deduce que, con su fama de duro, don Mariano también tenía cierta guasa, a pesar de su enfermedad... y que la escuela de Albares no había sido suficiente para enseñarle buena ortografía.

En septiembre, próximo ya el inicio del segundo curso, con su «status» cambiado por el creciente éxito y fama, objeto de comentario continuo, tanto en los barrios gitanos como en el señorial Círculo de Labradores, hubo una conmoción política.

Los continuados fracasos en la campaña marroquí frente al odiado Abd-el-Krim, el empeoramiento de la floreciente situación económica que proporcionó la Gran Guerra y la proliferación de brotes anarquistas y de revueltas obreras que veían en la reciente revolución rusa un modelo de liberación, precipitaron, con la anuencia de Alfonso XIII, el golpe del 13 de septiembre en Cataluña liderado por su capitán general, don Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, para instaurar el llamado Directorio, que iría dando paso a la época ya abiertamente llamada Dictadura.

Don Miguel era andaluz, dado a las lujosas inaguraciones, las notas directas de prensa... y las aventuras galantes, por lo que en Sevilla se acogió con entusiasmo su irrupción en la dirección de un país que parecía desnortado. Se leía con fruición su primera proclama:

«Españoles: ha llegado el momento para nosotros, más temido que esperado (porque hubiéramos querido vivir siempre en la legalidad y que ella rigiera sin interrupción la vida española) de recoger las ansias, de atender el clamoroso requerimiento de cuantos, amando a la patria, no ven para ella otra

salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los hombres que de una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron en año 1898 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonroso...»

Desde la aristocracia, al fin y al cabo era un marqués el que así hablaba, hasta la gente baja, que veía en él honradez, vena populachera, con cierto aire de bandido generoso tipo Luis Candelas casi todos se entusiasmaron con aquel «echarse al monte» de la política y esperaban de él que restableciera el orden y, sobre todo, que diera fin a aquella interminable y estéril guerra de Africa.

Carlos nunca se quiso meter en política. A él le importaba España, su progreso, la mejora de la universidad, de la Enseñanza Primaria, que se acabase el analfabetismo, que los míseros enfermos con que convivía en el hospital y a los que admiraba en su sencillez, en su fe hacia los médicos que les cuidaban, pudieran mejorar su negra vida y su aún más negro futuro..., pero conocía suficientemente bien la historia de España y ello le hacía desconfiar al máximo de los golpes militares y de estos mismos. Desde luego, el hecho no le produjo ningún entusiasmo y temió que aquello (como luego ocurriría) supondría un nuevo retraso en el acercamiento de España a su entorno europeo, que se perdiera otro tren más para modernizar el país y su Ciencia.

Era enemigo del patrioterismo de aquellas proclamas y notas de prensa, que parecían retratar un espíritu poco elevado, zafio. Su patriotismo, su siempre acendrado patriotismo, era el opuesto, el de Cajal, el de elevar a España con el estudio y el trabajo; pero se guardó muy bien de entrar en discusiones y siguió en silencio tratando de mejorar su entorno de trabajo, de seguir enseñando y estimulando a los jóvenes que le seguían y ya veían en él el ejemplo de lo que debía ser su camino profesional y humano.

Aquel segundo curso de 1923-24 comenzó bajo mejores auspicios que su difícil arranque en aquel su primer destino universitario. Es verdad que los medios aún eran escasos, pero al legado de Saiz de Rozas que permitió las primeras adquisiciones imprescindibles, pudo sumar sus propias aportaciones que ahora le permitía su creciente economía a través de la consulta. A la antigua «Sala de las Viejas», pudo añadir locales no utilizados en el viejo caserón acondicionándolas para consultas externas y laboratorios, que había situado en una antigua «sala de baños». En éste se hacían técnicas que aún nadie hacía en el país y mejoraban el estudio de los enfermos cada vez más numerosos.

Las clases continuaban siendo la gran atracción de estudiantes y médicos; sin embargo, como había previsto, el nuevo régimen abandonó aún más la dotación universitaria y una censura progresiva acallaba las voces intelectuales que clamaban por una mayor libertad, por más atención a la enseñanza, a los contactos estudiantiles con otras naciones. La Junta de Ampliación de Estudios, que tanto había contribuido al progreso científico fue tildada de sectaria, se modificó su composición, retirando de las decisiones a las personas más avanzadas y situando a políticos y personajes que seguían creyendo que había que mantener el aislamiento de países liberales que podían contaminar santas tradiciones.

Pero la situación política se reflejaba poco en Sevilla. Era mucho más importante la política «local», en que unos cuantos manejaban los hilos y la envidia o el descontento de lo propio encontraron un buen blanco en el joven catedrático. En la Facultad el ambiente continuaba enrarecido y cada vez se encontraba más aislado de la mayor parte del claustro, que llevaban mal el protagonismo que aquel jovenzuelo madrileño había adquirido en un solo curso. Veían cómo las clases que coincidían con su hora, estaban vacías; que, aunque pasaran lista y amenazaran con suspensos preferían ir a oír aquellas extravagancias de los electrolitos y de las fisiopatologías. Los sevillanos sabían muy bien que el enfrentamiento directo era poco práctico y peligroso y preferían hacer correr chanzas que, haciendo reír, desacreditaran más que una crítica. Así hubo un profesor de cirugía que dijo a sus alumnos:

—Mientras ése estudia un enfermo, yo opero cuatro.

Y otro decía:

—No sé cómo pierde tanto tiempo en auscultar, si ello se aprende en un pequeño libro; el auscultar es cuestión de tercias y quintas.

Y hasta un diputado hizo un alegato en la Diputación, cuando se discutía si una sala que quedaba vacante en el Hospital de las Llagas debía darsele a él por su continua dedicación. Habló en contra refiriéndose a «esos catedráticos que en lugar de curar enfermos les dan golpecitos en el pecho y les pintan la piel con lápices de colores para marcar el límite de su vísceras».

Don Carlos siempre diría que ninguno de ellos pudo suponer el bien que le hacían con aquellas frases aparentemente despectivas; le señalaban que estaba en el camino recto, y no en el de aquel catedrático que, llegando tarde a clase, decía un cuarto de hora antes de la hora:

—Ya que hemos entrado tarde, salgamos pronto.

Lo importante para él era ver que los estudiantes le seguían, le admiraban que nadie podía discutir que era, con diferencia el primero en entrar al trabajo y el último en salir de él. ¿Que querían inventar chistes a su costa, atacarle por el tiempo que le absorbía cada enfermo?, pues muy bien, si con ello se divertían y ocultaban su mala conciencia. Su camino era claro y nadie le iba a desviar de él con bromas o chismes. La realidad era que su trabajo iba progresando, que cada vez podía hacer más investigación, aunque todavía rudimentaria, que sus discípulos respondían como aquel grupo de jóvenes, anteriormente juerguistas y bohemios y ahora serios y estudiosos.

Organizó con Cortés Lladó unas sesiones científicas en el Colegio de Médicos, donde presentaban sus casos interesantes, se discutían diagnósticos y orientaciones terapéuticas y presentaban sus primeros resultados de las investigaciones en marcha, especialmente de su tema preferido: el asma.

Cortés recordaría todo aquello en la conferencia de clausura que dio don Carlos del curso de la Sociedad Médica de Hospitales de Sevilla el 21 de julio de 1958.

—Como culminación y cierre de los brillantes actos académicos que han integrado el curso jubilar de esta sociedad, viene hoy a dictar la conferencia final el profesor Jiménez Díaz, máximo exponente de la Medicina española de hoy, unido a Sevilla, a los médicos de nuestra región y a los sevillanos todos, por lazos de afecto y nostalgia... No esperéis de mí que os haga una presentación del conferenciante. La cantidad y la calidad de público que ha acudido aquí hoy para escucharle demuestra claramente lo superfluo y pretencioso de la tarea... Pero si Jiménez Díaz es conocido, respetado y admirado por todos los españoles...., las jóvenes generaciones de médicos sevillanos desconocen el porqué de la compenetración de Jiménez Díaz y Sevilla, e ignoran cómo era aquel joven catedrático que, en 1923 llegaba a nuestra universidad para marcar con fuerte impronta la Medicina sevillana primero y la española después. Hasta nosotros, nuestro mundillo médico del «Café de París», de «La Perlita», de la Casa de Socorro de la Plaza Nueva, del Ateneo, había llegado el rumor de unas resonantes oposiciones a la cátedra de Barcelona y su celebrada actuación en las de la cátedra de Sevilla, y se le esperaba con la natural expectación, que no quedó defraudada. Pronto admiramos sus intervenciones en las reuniones de la Sección Científica del Colegio de Médicos, precursoras de estas actuales y nos acostumbramos a oír hablar el lenguaje nuevo de geno y fenotipos, de Ph, de metabolismo de electrolitos y del agua, conceptos y palabras que a algunos oídos aferrados a la tradición de la clínica antigua sonaban a excentricidad y a snobismo y ofrecían un fácil blanco a los epigramas y chanzas... En esa época en que apenas si en la Facultad se podía hacer trabajo clínico elemental, en que prácticamente no existía laboratorio clínico, ni gabinete de rayos X, ni casi enfermos, el nuevo catedrático supo agrupar y utilizar los escasos elementos dispersos de que disponía, y supo como español, improvisar y suplir con celo el alcance insuficiente de los cañones, e iniciar entre nosotros una medicina experimental como base y apoyo de la clínica. ¡Qué cuatro años tan fecundos para él y para nosotros, fueron los de su paso por Sevilla! ¡Cómo supo vencer el escepticismo y las burlas con que se acribillaban los análisis y determinaciones químicas hechos a diario por personal improvisado que se iba capacitando, en locales insuficientes, y que había que disputar con otros profesores... Al marchar a Madrid, Jiménez Díaz dejó un vacío entre nosotros y una gran añoranza... se llevó tras él a un numeroso grupo de colaboradores y alumnos que no querían abandonar al maestro: Romero, Puig Leal, Morán, Sánchez Cuenca, Badaneli, el malogrado Arjona, Cruz Auñón, formaban su escolta... No es extraño que Jiménez Díaz conserve el amor a Sevilla. Aquí luchó duramente. Aquí pasó su juventud profesoral. De aquí se llevó su afición al hondo y pintoresco sentir del cante y de los toros, el afecto y el estímulo de una ciudad y de una universidad que tiene entre sus efemérides destacadas su breve estancia en ellas...»

El continuo éxito profesional hizo ineludible algún cambio. La casa de Trajano se hacía manifiestamente insuficiente para aquella avalancha de enfermos y su progresiva distinción social. Conchita se lo planteó un día y, aunque no dado a lujos que no había conocido, comprendió que tenía razón. Buscaron algo mejor y más amplio y se trasladaron a una buena casa, con el clásico patio sevillano de fuente central y variado colorido de rojos anaranjados y violetas de geranios y pelargonios. En el bajo pusieron la consulta, con mejores muebles, algún cuadro, sala de exploración independiente y dos o tres salas de espera más cómodas y de superior decoración que la escasa de la Calle Trajano. En el piso superior quedaba su casa, más aislada de la barahúnda del gentío y con una amplia biblioteca que permitió acoger y recolocar ordenadamente las pilas de libros y revistas anteriormente depositadas en la despensa. El trabajo seguía febrilmente y ya, sus apuros económicos vencidos.

La cada vez más numerosa biblioteca instalada en lugar adecuado propiciaba que fueran a ella sus colaboradores y discípulos a estudiar por las tar-

des... con cuidado de que luego no faltara ni libro ni revista que sería inmediatamente echada de menos.

Otro lujo inusitado para Carlos fue la adquisición de un automóvil. Por entonces no eran muchas las personas que podían acceder a él, pero se hacía necesario para sus muy frecuentes desplazamientos por la provincia y las aledañas en consultas solicitadas por médicos, que sabían que en el contorno era él el único que podía aportarles claridad ante un oscuro diagnóstico y una difícil orientación terapéutica. Además los pacientes, especialmente los ricos del lugar, lo solicitaban en cuanto veían o creían ver algún peligro en su salud. Compraron un bonito y llamativo «Studebaker», de color amarillo y negro, que pronto fue reconocido en toda Sevilla.

Quedaba el problema de la conducción. Carlos lo intentó, pero su primordial falta de habilidad manual demostró pronto su incapacidad para conducirlo sin peligro. Por otra parte, además de conducir había que ser mecánico, capaz de reparar frecuentes averías en viajes, en zonas en que aún no existían talleres y, aún con más frecuencia, saber cambiar y reparar e inflar ruedas pinchadas por aquellas malas carreteras plagadas de profundos baches y de piso irregular, por las que había que circular.

Algún amigo les recomendó un posible «chauffer», que enseguida les gustó. Era un muchacho alto, delgado, cara fina y buen porte que aún mejoraba con su gris uniforme y gorra de plato. Acababa de hacer el Servicio Militar en Automovilismo y allí había aprendido mecánica. Procedía de Fregenal de la Sierra, en Badajoz y se llamaba Luis Jiménez Meredith, segundo apellido que señalaba algún antepasado inglés. Luis se convertiría en su acompañante continuo en sus desplazamientos por Sevilla (la Calle Manuel Fernández y González, antes de Vizcaínos, estaba cerca del puerto más alejada de la Universidad y el hospital y las visitas a domicilios obligaban a perder el tiempo en caminatas de un lugar a otro) y sobre todo para llevarle a las numerosas, y en general urgentes, consultas provincianas. Siempre fue muy hábil en su doble actividad de conductor y mecánico, muy discreto y fiel y permanecería a su lado hasta su muerte, muchos años más tarde. A lo largo de los años pudieron hacer juntos miles y miles, incontables kilómetros, pasaron entre consultas, conferencias, congresos, por cada rincón y carretera de España, más largos viajes por Europa.

Asimismo hubo de ampliar el servicio, seleccionado por Conchita y el sabio consejo de Victoria, y tomar un secretario para la consulta. Conchita era

celosa, sin ningún motivo, y no le gustaba ver a su marido cercano a una mujer. Fue un criterio siempre mantenido. Decía:

—Si sé que Carlos es muy bueno y fiel, pero los hombres son más sensibles a la admiración que a la belleza y cualquiera que esté a su lado no podría menos que admirarle.

El 9 de abril de 1924, recién pasado un año de todo aquel conjunto de satisfacciones que había supuesto su incorporación a la cátedra sevillana, estando en el hospital, recibió una llamada urgente de su hermano Luis, que aún soltero vivía con sus padres en la casa de la Calle de la Cruz. Con voz temblorosa le dijo:

—Carlos, vente corriendo para Madrid. Padre está muy mal. Acababa de ir como siempre temprano a la tienda y al rato le trajeron en un coche. Al parecer se quejó de un fuerte dolor de cabeza y enseguida perdió el sentido y aún no lo ha recobrado. ¡Corre, corre, ven como puedas que no sabemos qué hacer y madre está deshecha!

Cuando llegaron, tras un frenético viaje, azuzando a Luis para que corriera más, se dio cuenta que la situación era terminal. Le había preocupado últimamente su obesidad y la elevación de la presión arterial, había entrado en insuficiencia cardiaca y aunque había tratrado de que se tomara un reposo y que no pasara horas y horas en la tienda y que hiciera un régimen severo de adelgazamiento y privado de sal (único remedio con que se contaba entonces para la hipertensión), poco había conseguido. Adelgazó, pero no dejó el tabaco, ni, mucho menos, abandonó el trabajo. Esta vez le parecía claro que había tenido una hemorragia cerebral, el coma era profundo y la exploración neurológica mostraba una prácticamente total descerebración ante la que nada cabía hacer. Efectivamente, murió a las pocas horas de su llegada, cuando ya estaban esperándole los otros dos hermanos, Eusebio y Mariano, con sus respectivas mujeres, a las que se sumó Conchita.

Tenía sólo cincuenta y tres años y ni un día, al principio incluidos los domingos, había dejado de hacer su larga jornada en la tienda. Aquel chico que abandonó el pueblo e hizo el viaje a Madrid andando las leguas que distaba Albares, había conseguido sólo a base de este trabajo constante y de viva inteligencia poseer una tienda importante en la Calle Atocha y regentar, durante algún tiempo, hasta tres comercios de ultramarinos; había sido nombrado vicepresidente del gremio y conseguir para los suyos una vida desahogada. Pero sobre todo, había formado en el trabajo, en la perseverancia, en la necesidad

de estudiar a ser «hombres de provecho» a sus cuatro hijos, que aquel día le lloraban junto a su dulce y abnegada esposa.

Había sido un hombre duro y difícil, que supo investirse de un autoridad indiscutida, que a veces podía parecer exagerada o arbitraria, pero que condujo a la familia hasta metas insospechadas dado su humilde comienzo. Los hijos, ahora mayores, sabían valorar bien lo que por ellos había hecho. Sabían también que, bajo aquella capa de firmeza, hasta había sido sensible a sus éxitos y a sus problemas y que había sido un duro, pero honesto y justo patrón para sus empleados, que le temían pero al tiempo le querían, como se demostró en su duelo.

Su entierro, en La Almudena, fue multidinario. Acudieron todas las personas importantes del Gremio de Ultramarinos, junto a profesores, colaboradores y discípulos de Carlos, obreros que trabajaban con Eusebio, todos sus propios empleados y, de Albares, acudieron los otros familiares y muchos vecinos y amigos, que en un momento u otro había recibido de él ayuda o consejo.

Era un gran contraste ver junto a señores convenientemente vestidos de negro, o al menos con corbata de luto, a sus hermanas Ezequiela y Juliana con su moño y sus largas sayas, a sus maridos, el querido tío Balbino, que con tantos cuentos e historias de la Guerra de Cuba había hecho las delicias de todos los hermanos, y el menos apreciado y vulgar tío Cándido, que estaba medio ciego. Era una demostración del gran salto que desde aquel pueblo alcarreño había dado don Mariano y de cómo había conseguido que sus hijos se elevaran más en la escala social.

En el futuro todos habían de volcarse en su madre. Mariano, como siempre el más práctico y, aparentemente más frío, fue el que se encargó de liquidar las tiendas, llegando a un acuerdo con los respectivos encargados, ya que en la familia no había nadie que quisiera ni estuviera capacitado para hacerse cargo de ellas... y demostrando su oculta fibra sensible, quiso quedarse, sin decírselo a nadie, con aquella mesa rayada y patituerta que había sido protagonista de tantas horas de estudio en la trastienda y con las zafras de aceite que habían sido mudos testigos de días infantiles.

Esta gran pérdida no podía más que estimularle más en su labor. Todos los obstáculos eran vencidos por el afán de trabajo del pequeño grupo que ya con dos salas, y de ellas la de hombres, más llena de verdaderos enfermos, con laboratorio, aunque pobremente dotado, estaban absolutamente iluminados junto a su maestro. Eran los únicos que, aun participando en huelgas y manifestaciones, corrían después al hospital, donde seguían sin tener horas.

En alguna ocasión llegaron a lo heroico. Tenían ingresado a un gitano, jefe de clan y durante su larga estancia, decenas y decenas de familiares, de amigos permanecían acampados en la Calle de don Fadrique y aledaños, con ese especial sentido de unión y solidaridad de su raza. Al salir los médicos les paraban y preguntaban ansiosos cómo seguía el enfermo. Sabían bien que aquellos muchachos, incluyendo «su jefe», estaban haciendo todo lo que sabían y podían y que no se les podía exigir más dedicación. Eran testigos directos de su entrada y su salida, a la que pacientemente habían estado esperando horas y horas, sin hacer nada, casi sin comer. Cuando les veían alegres renacía la esperanza, cuando abatidos pensaban que el mal fario había torcido las esperanzadoras nuevas del día anterior. Aunque les respetaban, no dejaba de haber un tono amenazante, y ellos sabían la facilidad con que los cuchillos aparecían en sus manos. El caso es que el gitano al fin murió. Tenía una cirrosis para la que poco podían hacer, salvo aliviarle con frecuentes parecentesis la ascitis progresiva.

Cuando murió, Pepe Cruz dijo:

—Bueno..., y ahora, ¿cómo nos las arreglaríamos para hacerle la autopsia? Don Carlos tiene un inmenso interés en estudiar personalmente este hígado y bazo al microscopio. ¿Hay algún valiente para pedir permiso a la familia?

Se miraron unos a otros y nadie se atrevió a rechistar. Ya sería suficiente trago el salir a comunicar la luctuosa noticia, para encima hablarles de que iban a «profanar» su cadáver a una gente tan fanática y tan peligrosa. Ante el silencio negativo de todos Cruz preguntó:

—¿Pues diréis cómo nos arreglamos? Don Carlos nos lo ha dicho mil veces y no le podemos fallar.

Acordaron retrasar la noticia y proceder a una incisión abdominal lo más pequeña y disimulada posible para extraer los valiosos órganos. Cuando terminaron, Puig Leal dijo dirigiéndose a los demás:

—No os esmeréis mucho en la costura; eso se va a ver a cien leguas y esta gente es de la que quieren lavar ellos a sus muertos y ponerles su mejor traje antes de velarle tumultuosamente, algo habrá que inventar para que no lo toquen, incluso para que no aprecien lo deshinchada que queda la tripa.

—Déjame a mí —dijo Bolinches—, yo los conozco bien. Inyectar dos o tres litros de agua, para que vuelva la hinchazón y amortajarle sencillamente con una sábana o cualquier hábito que por ahí encontréis. ¿Viene alguien conmigo?

Adolfo Romero dio un paso al frente y asimismo Cruz, sin saber lo que el ingenio de su compañero había tramado. Salieron lentamente con caras compungidas y enseguida toda la «troupe» se arracimó a su alrededor. Pepe Bolinches, con su impresionante seriedad, casi llorando, les dijo que todo se había acabado. Inmediatamente un griterío de lamentos, unos ruidosos lloros y gemidos atronaron la calle, las mujeres se tiraban de sus largas melenas y los hombres bajo sus negros sombreros se abrazaban uno a otro y dejaban correr sin ningún pudor sus lágrimas. Cuando consiguieron un poco de silencio, Pepe tomó nuevamente la palabra y les advirtió:

—Ya zé que vá a zer mú duro para ustés, pero la infecsión que tenía era mú contagiosa, así que no se puen acercá a é a ménos de un metro. Nosotros, con guante de goma ya le hemo amortahao ar pobre, corriendo musho peligro, pero er que se aserque pué morí sin remedio.

Sabía que junto a otros defectos y virtudes los gitanos tienen mucha aprensión y que aquello les mantendría alejados...; mientras tanto, por la puerta trasera, Puig y Morán, casi embozados, sacaban envueltos en unos periódicos las vísceras y se alejaban por las más recónditas callejuelas hasta la Facultad, donde don Carlos pudiera estudiarlas al microscopio. Cuando al día siguiente les preguntó cómo lo habían conseguido contestaron:

—No fué ná don Carlo, esa gente es buena y sabían tó lo que habíamo bregao para sacarle palante, así que no pusieron ningún impedimento a la autorsia —... y don Carlos les creyó sólo a medias.

Por fin una buena noticia rompió el largo rosario de desgraciadas acciones en Marruecos. El dictador se apuntó un buen tanto entre tantas críticas por su política interior. La operación del desembarco en Alhucemas fue cuidadosamente planeada y su efecto sorpresa permitió la penetración por el Norte mientras los franceses lo hacían por el Sur. Las derrotas del legendario caudillo magrebí Abd-el-Krim volvieron las kabiles rifeñas contra él y hubo de entregarse a los franceses.

En el curso de 1926, casi como colofón de su estancia en Sevilla, hizo sus primeras armas en un congreso internacional. Se trataba del de Medicina de Montpellier, y allí presentó sus investigaciones sobre el asma, producto de aquel trabajo ilusionado de aquellos muchachos recogiendo «yerbajos», como decía Cruz Auñón, clasificándolos y haciendo extractos para su diagnóstico y tratamiento. La comunicación fue oída con gran interés y muy alabada por

los grandes santones de la Medicina europea que allí se congregaban. Para Carlos aquella presentación de algo original en un foro internacional constituiría un nuevo acicate para su labor.

Y ese mismo año le llegó el primer gran honor. La Academia de Medicina Hispalense, la primera fundada en España, decidió, tras discusiones internas inevitables en aquella medicina sevillana de pros y contras hacia don Carlos, nombrarle académico por los méritos contraídos en la Facultad y por el impulso que había conferido a la dormida clase médica. El ser académico de aquella antiquísima y protocolaria Academia a los veintiocho años era un hecho inusitado que Carlos supo valorar en sí mismo y al pensar el esfuerzo que alguno de sus ya amigos entre los «santones» habrían tenido que emplear para vencer las resistencias de aquéllos que, en su inmovilismo e incapacidad, hacían bromas sobre las investigaciones y los nuevos conceptos que él había introducido en aquel ambiente tranquilo, sin inquietudes que le habían precedido. Estos, sin duda, se habrían resistido con mil sinrazones a este nombramiento.

A mitad del último curso de aquella primera promoción, y que sería única, de la Facultad hispalense, les llegó la noticia de que, al jubilarse su antiguo profesor, Redondo, la cátedra de Madrid saldría a oposición, no a concurso de traslado. Era ya entrado el año 26 y se calculaba que la oposición sería a finales o a principios del 27. Un domingo cogieron el coche y se fueron a un sitio apartado, las por entonces poco visitadas ruinas de Itálica, para hablar despacio del tema, sopesar pros y contras de continuar aquella feliz vida sevillana u optar por la vuelta a Madrid, con la familia, si es que conseguía vencer la fuerte competencia que encontraría para acceder a tan preciada plaza.

Carlos tenía muy claro que, a pesar de lo conseguido, en Madrid podría aumentar su dotación, podría seguir progresando más que en la semimuerta Facultad sevillana y no le asustaba aquella posible dura competencia. En el fondo los dos, antes de empezar a hablar sabían cuál iba a ser la decisión, pero jugaban a que pareciera que la iniciativa fuera del otro para acabar cediendo. Fue efectivamente un toma y daca de estrategias. De empezar con razonamientos para no abandonar Sevilla y que el otro expusiera las poderosas razones que casi le obligaban a hacerlo... y cuando pareciera haber convencido con ellas, dar marcha a trás y volver sobre toda la felicidad de aquella ciudad y aquel destino les proporcionaba, para que su pareja tratara de convencer, contra su razonamiento inicial, de lo imprescindible que era intentar la vuelta. Cuando Carlos hablaba de lo bien que estaban allí, de lo que en poco tiempo había conseguido, de cómo al fin tenía un buen grupo de trabajo, dos salas

hospitalarias, un laboratorio y, sobre todo, un admirable grupo de trabajo, que fielmente le seguía, Conchita le decía:

—Pero Carlos, aquélla es nuestra ciudad y es la capital, donde todo tiene más resonancia. Si has hecho todo eso aquí, desde la nada, figúrate lo que podrás poner en marcha allí, en la Facultad más importante de España. Además estaremos con tu madre, que tanto nos echa de menos y con tus hermanos a los que tanto quieres. Date cuenta cuando fuimos a la boda de Luz y Mariano, lo bonito que fue estar todos juntos y nosotros tenemos que volver enseguida.

Carlos entonces le replicaba:

—Sí, sí, Chinina, tienes toda la razón. Era sólo la pena de abandonar a mís discípulos, a mis viejillas de la sala, a mi ya numerosa clientela, que sólo confía en mí. Para mí está claro que esto debe ser sólo una etapa y que tengo que buscar más horizontes para desarrollar todo lo que pueda tener dentro, para contribuir a modificar nuestra pobre universidad, nuestro bajo nivel científico... y eso sólo se puede hacer en Madrid o en Barcelona. Así que me pondré inmediatamente a estudiar aún más para conseguirlo.

Conchita ponía cara compungida y contestaba:

—Claro, claro, pero también es una pena que nos vayamos de esta casa tan bonita, que pierdas tantos enfermos que no hacen más que aumentar y nos han dado un buen dinerito; figúrate que allí eso va a ser más difícil, pues ya hay gente de categoría y con gran consulta, como Marañón o Blanco Soler o el propio Salamanca. Seguro que, al menos al principio, tendremos que estrecharnos un poquito..., pero a mí no me importa, ¿eh?

—Bueno, bueno, si a lo mejor estamos repitiendo el cuento de la lechera y nos tenemos que volver con el rabo entre las piernas; no creas que la cosa va a ser fácil. A la oposición va a ir mucha gente, y gente bien preparada como el propio Fernando y Rozábal y ese Bañuelos, que se cree un fenómeno porque en Valladolid es la estrella, y alguno más que tampoco es tonto. Ya sabes que además en estos casos juegan mucho las buenas influencias y dependerá mucho del Tribunal que pongan, basta con tener buenas influencias, como me pasó en las de Barcelona, para que hagas lo que hagas, aunque les saques muchos codos de ventaja en los ejercicios, te dejan compuesto y sin novia y, me temo que aún más ahora en que el que no está con el régimen, y no digamos quien está en contra él, no tiene nada que hacer.

Le interrumpió Conchita:

—De eso nada, Carlos, estoy tan segura que les vas a dejar a todos tontitos de cuanto sabes, mucho más que los demás juntos, y ya no eres un niño para que utilicen tu juventud, como entonces, para enmascarar la sinvergonzonería que te hicieron. Tu nombre no ha hecho más que ir cada vez más arriba, ahora eres bien conocido y estoy segura que todos estarán rezando para que decidas no presentarte. ¡Estaría bueno! Se acabó, ya no se hable más. Tú ganarás la oposición y nos iremos a Madrid tan felices; parecemos dos niños pequeños diciendo tonterías..., así que tú a estudiar mucho, aunque no haga falta decírtelo, y yo a preparar el traslado. Vamos a ir encargando a Mariano que nos busque un buen piso y bien situado, preferentemente en el barrio de Salamanca, que ahora es el más distinguido. El entiende de eso y además seguro que consigue un buen precio ¡con lo negociante que es!

La cuestión estaba zanjada desde el principio; ahora quedaba hundirse en su preparación y el duro trago de comunicárselo a su grupo de colaboradores y alumnos. Al día siguiente les reunió en el aula, acabada la clase, y les explicó su decisión de presentarse a la cátedra de Madrid, no sin hacerles saber lo que le entristecía la posibilidad de abandonar Sevilla y aquel trabajo en común que tanto les había unido. Ante su sorpresa no vio expresiones de desilusión o reproche. Don Eloy fue el primero en tomar la palabra y dijo muy seriamente:

—Don Carlos, yo ya sabía que su estancia entre nosotros no podía durar mucho. Usted es un hombre llamado a grandes empresas y más pronto o más tarde tendría que dar ese paso. Ya ha sido bastante privilegio para todos nosotros el haber compartido su trabajo y haber recibido sus enseñanzas, sobre todo su ejemplo. Es algo que ya nunca podremos olvidar, estemos donde estemos. Su huella está aquí dentro para siempre —y se señaló el corazón— y en toda la Medicina sevillana.

Los aún alumnos se miraron y Pepe Cruz fue el que dio un paso al frente y con su voz ronca y ceceante llena de emoción intervino en nombre de todos:

—Mire, don Carlos, a nosotros nos da igual, porque iremos donde usted, vaya, a Madrid o la Conchinchina. Sin usted ya no sabríamos vivir ni trabajar, nos ha dado tanto, ha supuesto un cambio tan grande en nuestras vidas, nos ha señalado un camino por el que queremos seguir con usted para siempre... o hasta que Dios quiera... y si le podemos ayudar en algo, si usted necesita tiempo y tienen que venir menos por aquí, si quiere que le busquemos bibliografía en su

biblioteca, allí estaremos nosotros... y no digo para poner una bomba a los demás opositores, porque no lo necesitará. ¡Menudo baño les va usted a dar!

Los restantes asintieron como si fueran uno solo y don Carlos tuvo una de las mayores emociones y satisfacciones de su vida. Cuando a la hora de la merienda se lo contó a Conchita, se le saltaban las lágrimas.

Escribió a Fernando Enríquez de Salamanca, en el que confiaba, comunicándoles su decisión de presentarse a aquella oposición y pidiéndole, ingenuamente, que al estar él en la Facultad y al tanto de todos los anuncios le enviara el programa de temas en cuanto éste saliera, así como que le comunicara si él pensaba presentarse y de quién más se hablaba que lo haría.

A los pocos días recibió su contestación, que encontró fría. Sí, él se iba a presentar y se decía que acudirían muchos catedráticos de provincias y que, naturalmente le tendría al corriente de todo, de la convocatoria y del programa en cuanto éste apareciera. A pesar de su tono poco afectuoso, don Carlos quedó tranquilo al respecto y se puso a estudiar todo lo que caía en sus manos, robando dos horas más al sueño de no más de cinco o seis de cada noche. Tenía el fin del curso, la licenciatura de su primera promoción y el verano por en medio, así que no por ello dejó de acudir a sus clases y al hospital, aunque redujo lo que pudo su consulta privada.

Una nueva carta de Salamanca le comunicaba que ya se había abierto el plazo de presentación de instancias, currículum y trabajos y que se calculaba que la oposición sería en octubre o noviembre. Inmediatamente mandó todos sus papeles, sus méritos y publicaciones... y siguió estudiando. El Tribunal ya había sido nombrado y no le era demasiado favorable, en el único que confiaba por su honestidad y saber era en Hernando; los demás le parecían mediocres y poco de fiar. Estaba Suñer, catedrático de Pediatría, que tendría poco criterio y que era un hombre tan «de derechas» y tan beato como Salamanca y pensaba que estaría a favor de éste. Los demás: los catedráticos Loza, de la Facultad de Madrid; Oliver, de la de Barcelona, y Vila Barberá, de la de Valencia, le eran poco conocidos..., lo que no llegaba era el programa de temas, prometido por don Fernando. Le extrañaba, pero pensaba que se habrían retrasado en confeccionarlo. Sin embargo pasaba el tiempo y las repetidas veces que le telefoneó daba la casualidad que nunca estaba; la última vez le dijeron que se había retirado a estudiar y que estaba ilocalizable. Aquello ya le preocupó más; si se retiraba a estudiar es que debía saber qué era lo que tenía que preparar. Llamó entonces a su «escudero», a su hermano Mariano y le dijo:

—Marianito, estoy preocupado por esto de que no hayan salido aún los temas y no consigo localizar a Salamanca; en general salen dos o tres meses antes, pues son muchos y dan tiempo para poderlos preparar, ¿por qué no te pasas por la Facultad, te enteras de qué pasa y me llamas?

—A tus órdenes como siempre —le contestó bromeando Mariano— en cuanto abran mañana allí estará tu servidor esperando. La verdad es que lo que me cuentas —dijo en tono más serio— me huele a chamusquina; nunca me ha gustado esa momia larguirucha que tienes por amigo.

Como había prometido, en Atocha estaba cuando se abrieron las puertas de San Carlos y casi lo primero que vio al entrar fue el tablón de anuncios en que se mostraba el largo listado de temas para la oposición de la cátedra de Patología Médica ¡y tenía fecha de casi un mes antes! Lo copió como pudo, enredándose en aquellas palabrejas técnicas desconocidas y corrió a ponerle una conferencia.

—Carlos, ese amigo tuyo, como yo me temía, es un pedazo de sinvergüenza. El programa está puesto ahí hace un mes que te ha hecho perder para tomarte ventaja. ¡Buena jugada te ha hecho! Mira, para que te llegue pronto y yo no me arruine, te lo pondré en telegrama nocturno. Tiene una tarifa muy baja, porque si no, con lo largo que es y lo difícil y enrevesado que es vuestro lenguaje, me quedo sin gorda y total lo recibes sólo unas horas más tarde, que en comparación con los días que te ha birlado ese granuja no significan nada.

Y esa misma noche, después de escribir todo bien a máquina, con un solo dedo para no equivocar palabra, lo llevó a la central de Cibeles.

Carlos seguía dudando que Fernando le hubiera hecho aquello adrede y trataba de dar con una explicación que justificara aquel retraso. Igual había estado enfermo o tampoco se había enterado antes de retirarse a estudiar, cualquier cosa menos lo que parecía evidente. Conchita le decía :

—Eres un pánfilo, ¿te crees que todo el mundo es como tú?... ¡y te vas a llevar cada chasco!

... Y llegó la fecha de la oposición y con ella su adiós a aquella época dorada de Sevilla, la que nunca el joven matrimonio podría olvidar.

Capítulo VI

Profesor en Madrid (1926-1936)

En esa hora íntima y doliente
en que se agravan todos los enfermos...
¿Amigo, tú no sientes la tristeza
que desciende en la hora del silencio?
¿No sientes cómo tu alma también gime
cuando se agravan todos los enfermos?

«La emoción del silencio», FRANCISCO LOPEZ MERINO

AQUELLA TERCERA OPOSICION era fundamental para sus planes. Estaba claro que el paso era esencial, a pesar de la felicidad y el éxito arrollador de Sevilla, que no podrían olvidar nunca. Allí habían empezado a vivir una maravillosa vida en común, lejos de la familia, en plena juventud, en un ambiente encantador, prendidos del embrujo de aquella Sevilla de los años 20 y todo les había sonreído. Se había situado en la cúspide profesional y había asentado su economía. Partiendo de la nada, había conseguido formar un núcleo de colaboradores, pequeño pero elegido, que sería el germen de una escuela, de unos métodos de trabajo, de enseñanza, revolucionarios para aquella época.

Pero en cualquier caso, aquello había sido una etapa de lucha y encanto, pero no podía ser todo. La potencialidad, el empuje, el afán de hacer progresar, de cambiar aquella Medicina poco objetiva, muy aislada del mundo exterior, que ambicionaba don Carlos desde sus tiempos de estudiante, tenía que desarrollarse en Madrid. Era en la capital donde toda su labor podía tener más resonancia y la Facultad de San Carlos había empezado a cambiar. A pesar de la paralización que había supuesto para la Ciencia la dictadura de Primo de Rivera, rompiendo prácticamente el fructífero contacto con el extranjero que había aportado la Junta de Ampliación de Estudios, aquella labor no había

sido estéril. Ya había muchos profesores que habían tenido contacto con la moderna realidad que se irradiaba desde otros países y que habían aprendido el método científico; aquello que don Carlos, en sus tiempos de estudiante, apenas había encontrado en sólo tres profesores: Cajal, Hernando y Azúa.

La prueba iba a ser dura. Aquella cátedra era muy ambicionada y se presentaban personas prestigiosas, especialmente su antiguo mentor, Enríquez de Salamanca; su también guía en el Hospital General, Francisco Rozábal, y Misael Bañuelos, catedrático de Valladolid, precedido de cierta fama provinciana, como la suya de Sevilla. Luego quedaba el Tribunal. Ya tenía experiencia propia de sus primeras oposiciones a Barcelona.

Era bien sabido que influencias de todo tipo podían tergiversar la demostración de saber que suponían los distintos ejercicios, a través de los cuales un espectador imparcial, por ejemplo, los propios estudiantes, sacaban un claro criterio de quién había sido el mejor.

Aún seguía (y persistiría durante mucho tiempo) el tipo de oposición dramática, seguida apasionadamente por estudiantes, médicos estudiosos y restantes profesores del claustro, especialmente por los más jóvenes y con ansias de renovación.

El más duro de los ejercicios era el llamado la «trinca», en que tras exponer cada uno sus trabajos y currículum los restantes rivales, que los habían analizado en busca de fallos, hacían una crítica feroz, a veces incluso violenta, tratando de desacreditar aquello que había sido presentado como méritos del rival. Allí no podía existir la amistad ni el respeto mutuo. En ocasiones amigos (y hasta hermanos en una famosa oposición ulterior) utilizaban el menor lapsus en la bibliografía de una publicación o una cita equivocada, para socavar el edificio de méritos del rival que había mostrado, olvidando todo tipo de modestia. Era el ejercicio más apasionante para el público y el que, junto al currículum, podía ser más decisorio de aquella especie de torneo medieval, en que casi todo estaba permitido, bajo la apariencia de ironías y de llamarse unos a otros respetuosamente «señoría».

Don Carlos estaba confiado, a pesar del tiempo perdido en recibir el programa. Estaba seguro de la autenticidad de su formación y de sus publicaciones y le dijo a Conchita y a sus más íntimos colaboradores, algunos venidos desde Sevilla para seguir los ejercicios:

—He decidido no entrar en la «trinca» en discusión de los trabajos y demás méritos de Fernando. No puedo olvidar que él me inició en el saber clínico práctico y me dio la oportunidad de hacer mis primeros «pinitos» en la investigación.

Los oyentes se quedaron parados, estupefactos; aquello suponía una renuncia que podía pesar mucho en el resultado, en la opinión del Tribunal y del propio público.

—Pero, Carlos, ¿te has olvidado de la faena que te acaba de hacer al no enviarte, como había quedado, el programa? ¿No has visto cómo se ha escondido de ti en este tiempo, sin conseguir hablar con él y pedirle explicaciones? Pero lo único que hay es que ha querido ganarte tiempo en la preparación y eso no se le hace a un perro judío y mucho menos a un amigo. El será muy católico de comunión diaria, pero te ha demostrado que no es buena persona —le objetó Conchita.

Mogena, tan suave siempre, sin levantar la voz, también intervino:

—Conchita tiene toda la razón. Además ya has dicho muchas veces, y me lo has demostrado, que sus trabajos sobre fisiopatología digestiva, que son lo que más va a esgrimir como méritos, son flojos. Has insistido en que sus teorías no se basan en un buen criterio científico, en un buen planteamiento experimental, que están anticuados respecto a los que se «cuecen» en la actualidad y con tus argumentos le podrías destrozar. No te fíes del Tribunal, él es un hombre muy político con influencias y seguro que él, con sus amigos conservadores ahora en el poder, se ha movido bien para obtener la cátedra. El público, que va a estar contigo, se desilusionará si en ese ejercicio les escamoteas la «sangre».

Carlos, después de reflexionar un poco insistió, afirmándose en su decisión:

—Tenéis, sin duda, razón en todo lo que me habéis dicho, pero no soy capaz de hacerle daño. Si tengo que ganar la cátedra a base de dejarle al pie de los caballos, prefiero volverme a Sevilla con la conciencia tranquila. Sabéis lo que significa para mí volver a estas aulas de San Carlos donde inicié mi andadura como profesor, lo que me ayudaría a proseguir tras mis sueños, pero no me podéis pedir que ataque despiadadamente a un amigo antiguo, a lo peor ya no tan amigo, pero al que debo agradecimiento por la ayuda que me supuso en un momento clave. Así que la decisión está tomada. Seguro que él tampoco se atreve a atacarme y además no encontraría fallos en mi currículum, en lo publicado, en mi labor docente en Sevilla.

Las oposiciones, en efecto, fueron duras. Carlos cumplió su palabra y renunció a su turno de «trinca» a Salamanca. Este, sin embargo, no le correspondió, sino que utilizó la máxima dureza al enjuiciar la labor de su oponente..., aquello le perdió. En la contestación a sus diatribas quedó de manifiesto la diferencia de capacidad dialéctica, de erudición, de saber en suma.

Hay un sabroso documento, archivado por don Carlos (cuyo autor no se ha podido trazar, pues no se ha encontrado su última hoja), que recoge el testimonio directo de un médico y que parece interesante transcribir. Dice así:

«Una vez más nos reunimos a comer en torno al maestro. Y otra vez, como las pasadas, familiarmente, su palabra nos ha mantenido unas horas cautivados en la simpatía, la amenidad y la ciencia de su verbo cálido y espontáneo. Y no sólo nos cautiva, sino que nos eleva sobre nosotros mismos haciéndonos sentir en un generoso olvido de todo lo demás. Este fervor que nos identifica hasta llevarnos a cambiar una sonrisa comprensiva y una frase amable y cordial con el compañero que nos estorba el resto del año y, otras veces asimismo, terminada la reunión queda en nosotros como un poso amargo el dolor o la nostalgia de no haber llegado a tiempo para llamarme con toda propiedad su discípulo.

Conocí a Jiménez Díaz cuando paseaba por la calle a su novia distrayendo la espera con la lectura de unas cuartillas manuscritas o impresas. Yo, médico de partido en aquel tiempo, le enjuicié ignorándole desde mi altura, como uno de esos estudiantes que, ya enfrentado a inminentes exámenes, van a exhibir su preocupación y su rango estudiantil al público de los parques y paseos, queriendo asimilar a toda marcha y a dosis concentradas la síntesis de unos apuntes que no ojearon en los meses del curso académico. En una palabra: le tomé por un estudiante aparatoso y de relumbrón.

Coincidí más tarde con él en Madrid cuando su oposición a la cátedra de Patología Médica de San Carlos... Enríquez de Salamanca, Rozábal, Bañuelos, entre otros que eliminaron pronto, formaban la lista de opositores. Un público numeroso —profesional y estudiantil— se hacinaba en el anfiteatro de la Facultad y seguía los ejercicios con el interés y la pasión exacerbada que los españoles ponemos en toda clase de torneos... Los que procedían de la Facultad de Valladolid hacían cuestión de honra el triunfo de su profesor Bañuelos, que, con albos botines, amplio abrigo sin costuras, sombrero blando e historiada bufanda, paseaba los pasillos como santón camino de La Meca, rodeado de sus antiguos discípulos que le escuchaban embobados ante su gesto amplio y protector. Mis amigos y acompañantes formaban este grupo... y yo era uno más de ellos... hasta que presencié la oposición. Fueron para mí aquellas oposiciones inolvidables.

Don Misael, con otros aspirantes, quedó en el ruedo a las primeras de cambio. Ante su abandono, mis amigos, sus discípulos, no le olvidaron y le acompañaron contristados hasta la puerta de la Facultad despidiéndole con una salva de aplausos que él recogió con aire protector y el sombrero blando algo más hundido que de ordinario. Yo —a qué negarlo— le vi marchar con alegría (y conste que no hay en estos renglones la menor idea depresiva para la ciencia del doctor Bañuelos, que reconozco y admiro). Es simplemente la fiel expresión de unos recuerdos que se grabaron en mí memoria porque entonces me emocionaron hondamente.

Y quedaron solos Salamanca, Rozábal y Jiménez Díaz. La terna se hizo muy interesante y el público más apasionado. Yo, en un arrebato de entusiasmo, llevé a mi mujer —para que viera la superioridad del que era ya mi candidato— a presenciar uno de aquellos ejercicios en que, como en un partido de Copa, iba quedando cada enemigo cada vez más maltrecho al borde del camino. La superioridad de Jiménez Díaz en ciencia, en exposición, en dialéctica, se iba haciendo más y más manifiesta a medida que pasaban los ejercicios. Al último —relación de trabajos originales publicados por el opositor— no se presentó Rozábal..., ya en el público no había más que un solo partido, el mío, el de Jiménez Díaz. Y al llegar la hora de votar, Loza lo hizo el primero, por Salamanca, en voz semibaja. La protesta del público fue tal y tan unánime —alguna vez hay que creer en la justicia de las masas, si éstas son cultas, aunque por ello no sean menos masas— que el presidente del Tribunal, mi antiguo profesor, el doctor Suñer, hubo de amenazar con suspender la votación si se presionaba al jurado.

Y, hecho el silencio, fueron los demás miembros del Tribunal votando con voz clara y potente —como si pusieran en ella el orgullo de su opinión justiciera— por Carlos Jiménez Díaz. Y entonces le conocí o aprendí a conocerle...»

Otro testimonio directo es el publicado por su antiguo discípulo y gran amigo —aunque por problemas surgidos en la Guerra Civil se separara de su escuela—, el famoso cardiólogo doctor Francisco Vega Díaz, en su artículo publicado en «ABC» titulado «Jiménez Díaz y su primera promoción de médicos en Madrid», que citaremos en más ocasiones.

«Los estudiantes de aquel curso tuvimos grandes maestros, de los que sólo voy a citar dos, porque vienen al caso: don Teófilo Hernando, porque era vocal del Tribunal, y don Juan Negrín, que solía bajar a observar los ejercicios de oposición, de donde regresaba a su Departamento de Fisiología cogido del brazo de Hernando. Aquel día, en las escaleras, Hernando le dijo a Negrín: "¡Qué fabuloso ejercicio ha hecho hoy ese muchacho!" El ejercicio en cuestión había sido la exposición del tema "Etiología y patogenia de la tuberculosis pulmonar". Oí aquella lección sentado junto a don José Verdes Montenegro, uno de los grandes maestros de la tisiología española y fundador de la Lucha Antituberculosa; cuando Jiménez Díaz terminó de hablar, Verdes Montenegro se volvió a alguien que estaba sentado en la segunda fila del anfiteatro grande y le dijo: "¡A ver quién da más, amigo!" Algún día publicaré algo más de aquellas oposiciones que tuvieron su picaresca.»

Cuando acabó la votación, ya hecho un profundo silencio en aquel impresionante gran anfiteatro, con sus gradas de madera y su bello techo pintado al fresco lleno de alegorías a la Ciencia Médica y con la orla de las efigies de todas las figuras descollantes de la Medicina en la parte superior del semicírculo de sus paredes, estalló una interminable ovación por parte del público que abarrotaba a rebosar su enorme capacidad. A la salida, después del saludo protocolario al Tribunal y recibir de éste calurosos parabienes, los pasillos reventaban de estudiantes entusiasmados que clamoreaban su nombre. El pequeño grupo que le había acompañado desde Sevilla (Arjona, Morán, Romero, Puig Leal, Cruz Auñón, Bolinches, Domínguez Rodiño, Sánchez Cuenca), más sus amigos madrileños (Duarte, Acosta, Maortúa, Mogena) tuvieron que rodearle, como guardaespaldas, para que el frenesí le permitiera salir de la Facultad y meterle en el coche, ya que aún en la calle los estudiantes continuaban vitoreándole y tratando de estrujarle.

Le hizo a Luis salir corriendo con el Studebaker para llegar el primero a decírselo a Conchita, que se había quedado rezando. Pero el teléfono ya había funcionado y su casa era un hervidero de amigos y familiares. Ello no impidió que le llenara de besos y abrazos y le dijera:

—¡Estaba tan segura de que lo conseguirías, que cuando rezaba sabía que Dios ya estaba de tu parte por todo lo que has estudiado y por lo buenísimo que eres!

Se zafó como pudo de tantos abrazos y parabienes y tras un solo sorbo al champán que alguien había descorchado, volvió a tomar deprisa el coche y corrió a ver a su madre, a la Calle de la Cruz. No tenía teléfono y allí aún no

había llegado la noticia aunque, era tal la fe en su hijo, que ho había dudado un momento de su éxito. Doña Jacoba también había rezado lo suyo y lloraba de alegría. Aquel hijo, que, aunque nunca hizo distingos, era su preferido, había demostrado una vez más que desde bajos escalones se podía llegar a la cumbre. Desde una trastienda oliendo a la arpillera de los sacos y al dulzón aroma del aceite, oyendo como música de fondo las peticiones de los clientes de chocolate «Matías López» o café de ultramar, el crujido del papel de estraza y el de la perdigonada de garbanzos cayendo sobre las bolsas, lo había hecho con su inteligencia y su voluntad. Ya estaba en lo alto de una profesión noble y digna como la Medicina. Había remontado en la escala social hasta la fama, aunque sus estudios no hubieran costado más que las cinco pesetas mensuales para los cuatro hermanos en el Centro de Instrucción Comercial y los pocos reales y regalos comestibles que dieron a sus profesores particulares, don Nicasio y don Faustino.

Una vez superadas con tamaño éxito las oposiciones, buscaron casa. Para entonces su economía era suficiente y su nombradía hacía prever una consulta numerosa, casi multitudinaria y al tiempo selecta, como había ocurrido en Sevilla. Aunque allí había pagado de su propio pecunio algunos aparatos imprescindibles ante la falta de ayuda por parte de la universidad y aquí podría ocurrirle lo mismo, estaba claro que las posibilidades de futuro se habían incrementado con la cátedra de Madrid y la repercusión de las oposiciones. Alquilaron un piso que pudiera dar cabida a domicilio y consulta en la Calle de Velázquez, 10, e hicieron el traslado, que sería definitivo, a Madrid donde persistiría siempre con el duro paréntesis, imprevisible entonces, de la Guerra Civil. Pronto, sin embargo, el éxito profesional, le haría mudarse a otro piso, en el 23 de la misma calle, y de mayor amplitud.

Sin embargo, antes de ocupar su cátedra fue a ver al decano, el profesor don Sebastián Recasens, catedrático de Ginecología y obstetra de la Familia Real. Era un hombre ilustrado, muy bien preparado en su especialidad y de una gran simpatía. Su fama se había ensanchado tras la publicación de un gran tratado de Obstetricia y Ginecología, que estaba muy actualizado en todos los progresos del momento. Fue acogido muy cariñosamente. Don Sebastián conocía su trayectoria y estaba encantado de su incorporación a San Carlos. Valoraba lo que su aportación podía suponer para aquella Facultad que él dirigía con buen criterio, tratando de resolver los problemas, a pesar del recorte presupuestario para la universidad que trajeron los «siete años indignos» del dictador Primo de Rivera, no muy amigo de las letras.

Don Carlos, como ya se le iba conociendo a pesar de su edad, veintiocho años, le planteó llanamente sus deseos:

—Don Sebastián, yo querría solicitarle que permitiera un retraso en mi incorporación a la cátedra. La gente se cree que sé mucho, pero yo soy consciente de que mi formación es aún muy incompleta.

—No diga usted eso, hombre —le contestó el decano—; por si no conociéramos ya su capacidad estas últimas oposiciones han dejado claro que, en este momento, en España y ¡a su edad!, no hay otro profesor tan destacado y tan al corriente de todos los avances de nuestra Ciencia.

—Yo le agradezco mucho sus alabanzas y hasta creo que sean sinceras, pero necesito aún rellenar lagunas. Especialmente quiero ampliar mis conocimientos en dos campos que están adquiriendo un progreso tremendo en Europa: la Anatomía Patológica y las investigaciones sobre Fisiopatología de distintos órganos y las pruebas funcionales de aplicabilidad al diagnóstico basadas en estos nuevos horizontes. Ello permitiría mejorar en el estudio de los enfermos y, al tiempo, abrir nuevos caminos en la investigación.

—¡Pero si la Patología ya tiene su cátedra, y ocupada nada menos que por Tello, uno de los mejores discípulos de don Santiago! —le interrumpió Recasens.

—Perdone, don Sebastián, pero no me ha entendido bien. Yo ya hice alguna Histopatología con Lubarsch durante el período de mi beca y no pretendo especializarme en esa rama, ni mucho menos pisar el terreno a alguien mejor preparado, de la categoría de Tello. Ocurre que, como usted sabe, estoy especialmente interesado en el asma y otras enfermedades pulmonares y Loeschke, antiguo profesor de Jena, y ahora en Berlín, está publicando cosas muy interesantes sobre la patología del enfisema, con un nuevo concepto «funcional» de las lesiones pulmonares. Creo que para mí, para mis futuras investigaciones, esta nueva concepción «dinámica» de la Anatomía Patológica será esencial en el futuro. Luego quisiera ver algunas cosas en Mannheim, que también pueden ser interesantes.

—Y, ¿cuánto tiempo necesitará usted para eso? Aquí no tenemos años sabáticos como en otras universidades y, aunque entiendo sus razones y me ha convencido, no podré ayudarle, ni siquiera mantenerle el sueldo durante ese período. ¿Tiene usted alguna ayuda?

—No señor —contestó Carlos—; solicité a la Junta, pero aquello ha cambiado. Incluso tienen problemas para subsistir, pues el Gobierno les acosa y ha sustituido a la gente que la impulsó por personalidades políticas, que no entienden la extraordinaria aportación que esa Institución ha hecho a la cultura y la ciencia españolas. Ya es bastante haber conseguido de ellos ayudas para alguno de mis colaboradores, como Cruz Auñón, Fernando Morán y Arjona, que han venido conmigo de Sevilla.

Don Sebastián asintió pesaroso:

—Tiene usted razón. Incluso yo se lo he planteado a don Alfonso en mis visitas a palacio, pero no parece que él pueda hacer mucho para cambiar las cosas.

—Bueno, el caso es que me han negado la ayuda bajo el pretexto de que si ya soy catedrático para qué quiero aprender más y que siendo funcionario del Estado no tengo derecho a becas. Pero no se preocupe por el sueldo ni por ayudas. Alemania sigue barata, aunque se haya recuperado respecto a como quedó tras la Gran Guerra y yo tengo algunos ahorros con los que me podré defender unos meses. Quiero llevar a mi mujer y eso me impide vivir tan modestamente como pude hacer cuando fui solo, pero ella se adapta perfectamente a todo y nos arreglaremos. ¿Me permite, entonces, que no me incorpore hasta comenzar el próximo curso, en octubre? Además, ello tendría la ventaja de que iniciaría el trabajo con una generación de estudiantes que empiezan la Patología Médica y no con una que ya la está acabando y a la que sería difícil cambiar en sus hábitos de enseñanza, que es lo que yo pretendo. Prefiero cogerles desde un principio y tenerles los tres años seguidos que abarcan mi asignatura. No es bueno un cambio de profesor cuando ya están casi finalizando sus estudios. Yo lo que quiero es que tengan a mi lado el primer contacto con la realidad del enfermo, que adquieran un estilo de exploración y razonamiento diagnóstico. Para mí todo el estímulo del estudio proviene de la cabecera del enfermo.

—Mire, don Carlos, sus razones son poderosas (aunque no se me haya dado nunca esta situación). Sabe que cuenta con mi apoyo y que me parecen magníficos sus proyectos. Estoy seguro de que usted va a cambiar esta Facultad como pocos profesores lo han hecho, así que no se hable más. Se va usted cuando quiera y se incorpora a principio de curso.

—Pues, muchas gracias, don Sebastián. Ya sabía yo que usted no era como esos esclavos de la burocracia, normas y reglas caducas y me lo acaba de demostrar una vez más. ¡Ojalá que el resto del claustro fuera tan comprensivo en el futuro!

Pasaron ocho meses en Alemania. Aunque Conchita se compró un diccionario y trató de aprender alemán (hay un cuaderno en que iba apuntando palabras sueltas, que dejó en las primeras hojas) y Carlos se pasaba muchas horas en los respectivos hospitales, tanto en Berlín como en Mannheim, sin embargo fue para ellos su viaje de novios, ya que nada más casarse tuvieron que incorporarse a la cátedra sevillana casi al día siguiente. Paseaban descubriendo calles, plazas y jardines. Oyendo las bandas de música en metálicos quioscos, donde se congregaba una gran multitud. Estas bandas eran allí, a diferencia de España, verdaderas orquestas. Su repertorio, generalmente de música clásica (mucho Wagner) y oberturas de ópera y el público las seguía con partituras. La educación musical de aquel país era asombrosa para ellos. Aunque Carlos ya la había disfrutado en su anterior estancia, ahora se podían permitir ir a conciertos, ballet y ópera, lo que en 1919 había sido un lujo casi inasequible para un joven becario. El lenguaje universal de la gran música compensaba con creces no ir a teatros, donde Conchita se quedaba «in albis» y, aunque alguna vez intentaron que Carlos fuera traduciéndola, le costaba trabajo seguir el argumento, le cansaba y le aburría por lo que interrumpieron el experimento. En cualquier caso, el estar solos, juntos en un país extraño fue una nueva y gratificante experiencia, que no hizo más que incrementar más y más su amor.

Carlos estaba encantado con el ambiente científico. Alemania, tras las penalidades que le impuso la derrota y los leoninos términos de la Paz de Versalles, había remontado respecto a su anterior estancia. La ciencia había vuelto a ocupar la cabeza mundial en el progreso clínico y en la investigación. Sus publicaciones volvían a ser la guía del avance médico. Eran años trascendentes en que viejas y retóricas teorías se deshacían cada día al poder objetivar más y más la realidad con nuevas técnicas. La disciplina de los hospitales en salas y laboratorios era ejemplar, pero ya no tan rígida, ya el «herr professor» no era el astro inasequible que miraba desde las alturas y sentenciaba sin posibles discusiones, porque se podía contar con pruebas incontrovertibles. Carlos fue bien recibido. Ya había adquirido una madurez de la que carecía en su primer viaje y su título de profesor era valorado, sobre todo cuando a los pocos días percibían que aquel españolito bajo y desgarbado, con sus gafas, su inicio de calvicie y su sempiterna corbata de lazo, sabía muy bien de lo que hablaba y lo que quería.

La tradición científica de las grandes escuelas médicas germanas no se extrañaba, como habría ocurrido en España, de que un profesor se convirtiera nuevamente en estudiante. Estas diferencias le entristecían cuando comparaba

aquellos centros de trabajo con los nulos medios que él había encontrado en Sevilla y lo que había tenido que luchar para conseguir lo más elemental. Le llamaba la atención especialmente la capacidad y conocimientos del personal auxiliar. Los técnicos de laboratorio, de radiología, las enfermeras sabían su oficio mucho mejor que algunos médicos que él había encontrado en Sevilla, incluso entre los distinguidos con preeminencia social y gran consulta. Aquí cada uno estaba especializado y conocía sus funciones que desarrollaba con una seguridad y eficacia admirables.

A la vuelta del hospital no podía evitar trasladar a Conchita aquel contraste.

—Mira Chinina, éste es otro mundo y no habría razones para que fuera así en cuanto a las personas. Cualquier español que ha pasado por aquí...., bueno algunos lo han hecho de pasada sólo para conseguir lucirlo a su vuelta, llegar a puestos destacados y presumir...; pero los demás han sido tan valiosos que los profesores les recuerdan como alumnos aventajados, como gente con originalidad de ideas propias y tanto o más trabajadores que los propios alemanes. El problema, pues, no está en que tengamos menos capacidad, sino en que en años claves para la ciencia, en los que se ha «cocido» todo el progreso, en España no hemos sido capaces de crear un verdadero ambiente científico y la universidad ha seguido siendo una farsa. Te aseguro que yo he de cambiar todo eso en la medida de mis fuerzas, que no de mis ilusiones, que son muchas. Muchas veces me acuerdo de mi pobre padre, con su disciplina, que tantas veces nos parecía injusta y de abuso de poder... y ahora nos damos cuenta de que a él, aun siendo un hombre poco ilustrado, le debemos todo lo que vamos haciendo en la vida y nunca le agradeceremos bastante aquellas exigencias continuas. Fíjate que Eusebio está ya entre los grandes ingenieros de España, es el mejor especialista en cálculo de estructuras metálicas; Mariano va siendo un abogado de éxito y Luisito va muy bien, aunque a él le tocó una época menos dura y desde que acabó no le ha faltado buen trabajo. Que cuatro personas distintas, por más hermanos que seamos, respondan así demuestra que el ambiente de casa y la educación y principios que nuestro padre nos marcó han sido esenciales.

Es lo mismo que aquí; no es que todos sean tan listos, sino que es el entorno, la disciplina y, sobre todo, que el conjunto de un laboratorio, de un hospital, funcione siempre como una máquina bien engrasada.

—Mira, Carlos, no sé cómo volvéis siempre sobre la dureza de tu padre. El estaba anclado en unos principios y vio el buen resultado que le ha dado,

tanto en su trabajo como en vosotros, el seguir mandando con arreglo a lo que él se trazó desde chico. Pero, para mí, a pesar de su poco aprecio por las mujeres, no tuvo nunca más que dulzura y un gran corazón. No sé si te darías cuenta, pero cuando sacaste la cátedra de Sevilla estaba más emocionado que nadie y si no lloró fue por que esos principios le tenían bien marcado que un hombre no puede echar lagrimitas, por muy triste o emocionado que esté —le contestó Conchita.

—Si yo ya sé mejor que tú cómo era por dentro, pero ello no quita que no pudiera evitar al felicitarme que lo primero que me dijera fuera: «¡Supongo que alguna vez te subirán el sueldo, pues casi pago yo a Elías, el encargado, más que tu estipendio de catedrático de Sevilla!» Y en cuanto a las mujeres tú le caíste en gracia desde el primer momento, como le ocurre a todo el mundo, y Luz, con su simpatía castiza y su dedicación a mi madre, también supo ganárselo, pero érais excepciones a su mal concepto del sexo femenino.

Mientras Carlos disfrutaba con su trabajo, Conchita empezaba a aburrirse y tenía ganas de volver. No sabía qué hacer con su tiempo. Nunca fue muy aficionada a las labores que le habían enseñado las monjitas y tampoco gran lectora. Todavía en Berlín disfrutaba sólo con pasear por aquella gran ciudad, con ver sus comercios y permitirse alguna compra; aunque la mayor parte de las veces se limitaría a ver los escaparates. Pero en Mannheim, última etapa de la estancia, aunque le encantaba la ciudad, ésta era pequeña y en poco tiempo se la conocía de punta a rabo. También había menos espectáculos musicales y dio un suspiro de alivio cuando Carlos le dijo:

—Vamos a irnos ya la semana que viene. Aunque queda casi un mes para iniciar el curso yo ya he hecho todo lo que quería y, además, necesito ese tiempo para ir perfilando la organización de los servicios de la cátedra. Tengo que hablar con todos sobre sus funciones y ver con los que puedo contar para poner en marcha todo aquello. Yo también estoy deseando verme en Madrid y comenzar esta nueva etapa.

Cuando se despidió de Loeschke éste le dijo:

—No me explico cómo ha podido captar usted en pocos meses toda la Anatomía Patológica que yo he aprendido en veintiocho años.

Evidentemente aquello le llenó de orgullo..., aunque fuera consciente de que, sin duda, era exagerado.

Por fin llegó el momento de la vuelta. Si habían ido con gran ilusión a Sevilla, ilusión enriquecida entonces por el comienzo de su matrimonio, la vuelta al viejo San Carlos, ya como profesor, famoso a sus veintinueve años, suponía abrir una etapa a la realización de todos sus sueños.

En octubre de 1928, el período de la Dictadura iba evolucionando hacia lo que, tras la caída de Primo, ingeniosamente alguien llamó «dictablanda», propiciada por un ambiente de repulsa progresivamente mayor de contestación hacia Primo de Rivera y la propia decadencia física de éste, muy afectado por su grave diabetes. Aunque todavía duraría un año se veía que aquello no podía resistir mucho tiempo. El anterior régimen poseía al menos una cualidad que le hacía muy superior a la Dictadura: sabía que «era malo», se criticaba a sí mismo con franqueza y humildad. A Carlos, como a la mayoría de los intelectuales, le parecía que con la Dictadura los gérmenes de liberalismo, de apertura, de disminución de poder de las dos fuerzas regresivas, militarismo y clericarismo, había dado un paso atrás. Como dice Madariaga: «Carreteras y ferrocarriles son cosas excelentes, mas importa no olvidar la calidad de los hombres y mujeres que por ellas circulan.» Para la universidad, para la educación en general, las dotaciones se habían hecho más escasas y se había atacado el impulso renovador que habían supuesto las ideas de Francisco Giner, de la Institución Libre de Enseñanza. Se había apoyado descaradamente a la educación tradicional y frecuentemente inmovilista de la Iglesia.

Su incorporación a San Carlos coincidió con esta época de recesión en la que las dotaciones a las cátedras eran prácticamente nulas. Si quería tener colaboradores éstos tenían que ser «voluntarios», «ad honorem», sin que recibieran ningún sueldo. Sólo los profesores auxiliares o clínicos, no más de dos o tres por cátedra, recibían cantidades ridículas por su labor. Si quería además hacer una labor propia, iniciar estudios, contar con algún equipo de laboratorio o aparatos para el diagnóstico, la única posibilidad era poner el dinero de su propia bolsa. Lo refiere Pedro Ara, entonces catedrático de Anatomía:

«Pero la verdadera lucha, la que había que gravitar durante años sobre el corazón de Jiménez Díaz, comenzó en 1926, al ganar la cátedra de Madrid. En aquel viejo edificio sillar, indestructible, aún en pie, lleno de recovecos y lobregueces, pero de brillante historia y romántica planta, cualquier reforma o intento de adaptarse a los nuevos tiempos y a las nuevas técnicas resultaba verdadero quebradero de cabeza...., tal como lo habían sufrido sus maestros, Jiménez Díaz tuvo que sufrir la funesta acción de una burocracia ignorante y engreída. La más insignificante adquisición o retribución nos exigía pérdidas de tiempo y un papeleo insoportable y, ante las discretas reclamaciones, no era

raro escuchar frases como "arréglense como puedan, el presupuesto no da para más y es todo lo que hay. Aquí no estamos en Alemania".»

A don Carlos, como a todo animal pensante, le interesaba la política, analizaba lo que en cada Gobierno le parecía bueno o malo para su país y más específicamente en lo que se refería a la universidad, pero nunca participó en ella, ni se manifestó públicamente a favor de unos u otros. Donde mejor queda recogido este aspecto sobre su pensamiento y actitud política, es en aquella conferencia que su amigo Pedro Ara pronunció durante su posterior exilio bonaerense, titulada «Carlos Jiménez Díaz: su lucha». Se transcribe aquí este aspecto poco tratado de su vida:

«Jiménez Díaz no quiso nunca entrar en política. Su vida estuvo entregada a la ciencia, a la enseñanza y, aunque se interesara por la "cosa pública" nunca le interesó más que en lo que afectaba al bien de su patria. Siempre se mantuvo al margen de los partidos. El ha escrito que sus sentimientos estuvieron con la República como forma de Gobierno, aunque no lo exteriorizara. En su fuero interno y en su conducta profesional y social era un liberal, siempre que no se tergiverse sobre el significado de tan noble calificativo... Para Jiménez Díaz, como para Marañón, Fernando de Castro, Cajal, Teófilo Hernando y otros hombres cumbres de la Medicina española, así como para nosotros, los del estado llano que gozamos de su presencia, de su amistad y de su consejo, ser liberales no significaba pertenecer a un partido político presidido por un brillante orador don Fulano de Tal. El ser liberal en nosotros y en esos nuestros amigos y maestros era y es reconocer a todos el derecho a pensar y actuar libremente, con la debida responsabilidad dentro de un orden, respetando la libertad de los demás para que sea posible la convivencia entre los dispares. Es anhelar el libre desarrollo de nuestras ideas para que se conviertan ordenadamente en acciones. Es dejar que el hombre se manifieste para que se le pueda utilizar en consonancia con sus aptitudes y se le retribuya en consonancia con sus méritos y necesidades. Es alojar en el fondo de nuestra conciencia un modo de interpretar los fundamentos de la vida y de sus misterios sin pensar en que toda otra interpretación o creencia debe ser, forzosamente, disparate o herejía. Una actitud así era ese sentido liberal de Jiménez Díaz. No hubo nadie que le presentara un proyecto de estudio o investigación que no fuera atendido. Con su enciclopédica cultura podía captar inmediatamente si lo proyectado tenía fundamento y si el candidato estaba preparado adecuadamente. Sabido esto, poco le importaba lo demás, si era rico o pobre, de la derecha o de la izquierda, católico o budista.»

En otra ocasión ante una pregunta se manifestó él mismo de la siguiente forma:

—Nunca me hubiera dedicado a la política. Jamás he hecho manifestaciones públicas ni pertenecí nunca a ningún partido. Uno tiene en la cabeza una estructuración liberal; así lo he aprendido y así estimo que somos, más que en otro país, los españoles. Estoy convencido de que en la política sólo deben intervenir activamente los que se especializan en ella, y siempre y cuando lo hagan sinceramente y no por lucro.

El ambiente estudiantil, el de la Facultad estaba políticamente revuelto. Una de las primeras cosas que había que hacer era luchar por conseguir devolver la ilusión de progreso y de autoestima a los estudiantes, que como toda la juventud era iconoclasta.

Al comienzo del curso, tras sus famosas oposiciones, el ambiente en sus primeras clases era expectante. Era el único catedrático «nuevo» para aquella promoción de alumnos y también era su primer contacto serio con la Clínica, con el paciente.

El estudiante que vocacionalmente elige ser médico está esperando impaciente, ardientemente, este momento desde su entrada en la Facultad. Le han explicado ciencias básicas, imprescindibles para su formación, pero muy limitadas a lecciones magistrales y poca práctica en los laboratorios, pero todavía no han visto con excesiva claridad para qué vale todo aquello a la hora de enfrentarse a un enfermo. Hasta entonces a aquella promoción sólo Negrín y don Teófilo Hernando les habían acercado a esa vocación. Hernando además lo había hecho como cuando Carlos era estudiante, como el gran maestro que era, inculcándoles interés, afán de saber y aportándoles los más recientes conocimientos de los medicamentos que había que manejar, de su aplicación en las enfermedades más importantes... y de su escaso éxito en otras. Por entonces también la cátedra de Fisiología de Negrín les había dado una formación moderna, avanzada.

Por ello, la inauguración del curso por un nuevo catedrático, joven como ellos y con bien ganada fama de sabio fue acogida con un lleno a rebosar en el aula 6.

Recogemos nuevamente el testimonio directo de Vega Díaz, al que se ha hecho referencia al comentar las oposiciones a aquella cátedra:

«En octubre de 1928 explicó don Carlos Jiménez Díaz su primera lección en Madrid como catedrático de Patología Médica de la universidad, entonces llamada Central...

Las palabras de introducción al primer curso de Jiménez Díaz, con el aula abarrotada de oyentes, compañeros de cátedra y estudiantes, fueron muy breves. No más de cinco minutos dedicaría a saludar a los restantes profesores. Simplemente dijo que empezaba su primer curso deseando trabajar y hacer trabajar y estudiar; que sólo aspiraba a que los alumnos le fueran leales para que "mi modesta semilla fructifique".

Partiendo de la idea de que los alumnos acaso no tuvieran suficiente preparación en Patología General, cuya cátedra todavía no desempeñaba Novoa Santos, nos permitió exponer las enfermedades profundizando lo más posible en la patogenia de las mismas, pues en ésta radicaba siempre la terapéutica del sufrimiento de los enfermos. Por entonces, casi no se concebían otras terapéuticas efectivas que las dirigidas a aplastar al agente etiológico. Había profesores que obligaban a saber los nombres y apellidos y el diagnóstico que se había hecho a los enfermos de las camas números tal o cual y a decir, casi de carrerilla, los síntomas de las enfermedades y los medicamentos curativos.

Jiménez Díaz, en la línea de Osler, fue un adelantado en Europa en la sistematización de los estudios médicos, sosteniendo que los mecanismos que intervenían en los estados de enfermedad tenían tanta importancia como el conocimiento de los agentes causales. Esta pauta ha sido seguida después en el mundo entero, clave de todas las terapéuticas. Eppinger, en Alemania, y el malogrado Soma Weiss, en los Estados Unidos (digo malogrado porque murió muy pronto), fueron los equivalentes a lo que significó Jiménez Díaz entre nosotros.

Cuando en 1934, yo llegué al Boston City Hospital para estudiar con Weiss la clínica del seno carotideo, para lo que don Carlos me había dado una carta de presentación, Weiss me recibió mostrándome un tomo de los "Anales de la Clínica Universitaria", de Jiménez Díaz, en el que aparecían varios trabajos del maestro español sobre las fases evolutivas de la asistolia y me dijo: "He pedido que me tradujeran estos artículos y me interesa mucho la orientación de los mismos, especialmente los que Jiménez Díaz llama "fase metabólica" de la insuficiencia cardíaca... Sólo Jiménez Díaz debutaba con nosotros, que también lo hacíamos con el aprendizaje de un nuevo estilo de Medicina clínica que sólo había tenido en España dos precursores: don Juan Madinaveitia y don Gregorio Marañón.

Pues bien, Jiménez Díaz, desbrozador de viejos caminos, encontró en nosotros, veinteañeros, según él mismo nos confesaba en la cena anual final de



Cena-homenaje por la cátedra de Madrid. A su izquierda, el doctor Cardenal. De pie, justo encima, el doctor Marañón.



Conchita con su amiga suiza, Elsa Wessler, en una fiesta.

cada curso académico, la ayuda que necesitaba. Y fuimos fieles a la lealtad solicitada, tanto en la época de estudiantes como después, aunque algunos, por motivos privados, nos alejáramos de su disciplina. Tuvimos el honor de descubrir las esencias, los valores y el entusiasmo juvenil que nos integró en la cátedra de Madrid. A Jiménez Díaz debe la universidad española un estilo nuevo, entonces novísimo, en el modo de enseñar, al que nosotros correspondíamos con nuestro modo de aprender. Las actitudes del maestro y discípulos se completaban mutuamente.

De él aprendimos a pensar con lógica médica, a fabricarnos la dialéctica que él sugería, a captar matices patogénicos y realidades clínicas tangibles, a emitir hipótesis y sopesar con base en los conocimientos que él nos infiltraba y que nosotros completábamos como podíamos. Frecuentemente, con los libros y revistas que el facilitaba, tomando siempre nota de los préstamos. Tenía en Velázquez, 23, un enorme conjunto de archivadores rojos de cartón llenos de pequeñas fichas de sus lecturas que el secretario (Paz Montalvo) tomaba de los índices de las revistas en los que Jiménez Díaz marcaba con una rayita roja los artículos que consideraba dignos de utilizar cuando las circunstancias lo requiriesen.

Jiménez Díaz preparaba las clases con minuciosidad. Entrelazando los conocimientos clásicos ya definitivos con las interpretaciones más actuales, tejía una tela de araña en la que se quedaba aprisionado el aprendiz oyente. Fuera lección teórica o práctica, ejercía sobre los presentes tal imantación que cuando los alumnos se trasladaban a otras aulas y otras salas por exigencia de otras asignaturas, iban impregnados de apasionamiento por los asuntos de Patología Médica. Las cosas aparentemente más sencillas adquirían resonancias mayores que dejaban preocupados a los alumnos. Preocupados por el asunto concreto en sí, preocupados por la necesidad de averiguar los secretos intuidos en las enfermedades y las exploraciones, preocupados por saber más y preocupados por entregarnos, de algún modo que resultara grato, a aquel hombre que volcaba su alma en la enseñanza. "El deber primero de todo médico (tengo copiada esta frase suya) es saber curar al hombre doliente. El médico que no se prepara bien comete una falta de ética y queda moralmente descalificado para su vida profesional."

Nada más tomar posesión de su cátedra empezó a crear su propio laboratorio de análisis e investigaciones, porque no le bastaban las exploraciones analíticas estandarizadas que otros utilizaban ("análisis completos", que estaban en boga), sino que necesitaba pruebas funcionales que él mismo diseñaba

para cada enfermo o cada estudio. A mediados de noviembre de su primer curso ya tenía en marcha departamentos de especialidades a cargo de los doctores: H. G. Mogena (Digestivo), B. Sánchez Cuenca (Alergia), J. López Brenes (Cardiología), M. Marcos Lanzarot (Tuberculosis y Aparato Respiratorio), F. Arce (Radiología),J. Puig Leal (Reumatología), C. Maortúa (Ginecología) etc. De Sevilla habían venido con él, en pos del maestro, Juan López Brenes, José Cruz Auñón, Juan Puig Leal y Adolfo Romero.

Pasadas las vacaciones navideñas empezó a organizar sesiones científicas semanales, de la mayoría de las cuales conservo los programas anotados en una libreta. En ellas los ayudantes y los internos exponían los casos clínicos más conflictivos (y por esa razón más didácticos) y otros daban cuenta del curso que llevaban las investigaciones en marcha; todo ello con las pertinentes discusiones y comentarios finales de Jiménez Díaz. Para recoger todas estas actividades publicó, de su propio pecunio, los volúmenes de "Anales de la Clínica Médica Universitaria", que fue enviado a todas las clínicas españolas y a las extranjeras que Jiménez Díaz creía oportuno.

...Los que en su día constituimos la primera generación de Jiménez Díaz en Madrid y los de la siguiente sabemos que con nuestra humilde actuación de aquellos tres primeros cursos de Patología Médica, contribuimos con granitos de arena a que Jiménez Díaz pudiera ver realizadas sus aspiraciones, le creamos un ambiente de cariño a que se hacía acreedor, le concedimos la comprensión que necesitaba. El nos fue modelando de tal manera que, hasta los que nos separamos de su ámbito, seguimos, después de hacerlo, las luces con que nos señaló nuestras conductas profesionales. Aquella su primera generación descubrió la gran pepita de oro que para la Medicina española significó la aparición en el mundo universitario de Carlos Jiménez Díaz que hoy tiene en su Fundación maestros de la talla que él aspiró a crear.»

Como se puede apreciar en este testimonio de uno de sus discípulos más queridos, aún después de su separación, retrata mejor que todo lo que podríamos reflejar los que no vivimos aquella etapa trascendental para todo el futuro.

A lo largo de todo aquel curso, y en los sucesivos, el aula 6 estaba a rebosar con muchas personas de pie, formando casi un cerrado círculo cercano a don Carlos, ante la imposibilidad de cualquier asiento en las amplias gradas, muchas veces llenas media hora antes de la clase. Era un público heterogéneo, no meramente estudiantil de su curso; por primera vez en la historia de la Facultad, a ellos se sumaban prácticamente todos los médicos e internos de su

cátedra, junto a otros llegados de fuera que antes de empezar sus consultas iban a aquella exposición apasionante. Iban también alumnos de otros cursos prescindiendo de acudir a las de sus propias asignaturas. Siempre de estas clases se salía enfervorizado, conscientes de que no había dogmas intocables y que en cada tema había incógnitas que despejar. Partiendo de lo que el saber más actualizado podía decir en cada momento, y cuando la audiencia pensaba que todo aquello quedaba muy claro, empezaba a mostrar los puntos débiles, todo lo que aún no era convincente o no había una segura interpretación de las conclusiones a que todos habían creído se llegaba. Demostraba con ello que lo único que quedaba por hacer a cualquier médico era seguir estudiando por aquellos caminos aún no totalmente despejados, pero cuya probable dirección él les había señalado, en muchas ocasiones, con una «intuición» que parece asombrosa, ahora a los más de setenta años transcurridos.

Casi siempre llevaba un enfermo de la sala, al que previamente pedía autorización para ello (sin que nunca nadie se le negara) para «personalizar» inicialmente la enfermedad a explicar en aquel individuo. Iniciaba la exposición refiriendo la historia clínica del mismo con todo detalle, resaltaba los datos de su exploración, desarrollaba y utilizaba todo aquello de pórtico para adentrarse en su enfermedad. Cuando llegaba este momento en que su lenguaje sería inteligible para aquel sujeto y tendría que hablar de su terapéutica y pronóstico le hacía salir, siempre agradeciéndole su colaboración.

Aquella gente sencilla del hospital, con pocas letras, parecían intuir todo lo que don Carlos había puesto en su estudio. Lejos de molestarles, salían como orgullosos de que un profesor tan importante se supiera de memoria sus padecimientos y hasta el pueblo del que procedían y de haberle ayudado para enseñar a aquel gentío del aula. Cuando el estudiante estaba viviendo aquel sujeto en sus peripecias ya su cara quedaba ligada a la enfermedad que luego era expuesta. Ello añadía una especial emoción e intriga hasta llegar a su diagnóstico y saber cómo acabaría;, si había posibilidades de curación o habría poco que hacer por él. Era una forma hermosa de acercarse a una enfermedad a través de alguien concreto, al que se había visto y no era un ente abstracto.

Lo novedoso de aquellas clases corría como un reguero de pólvora por la Facultad y fuera de ella y justificaba que nunca hubiera huecos, que se llegara a ella con antelación y que cuando el bedel, con voz rutinaria, entrara a decir: «Señor catedrático, la hora», ésta hubiera pasado como un soplo. Don Carlos todavía solía alargarse unos minutos y ello fue protesta de algunos compañeros que tenían que esperar y que veían salir aquella riada de gente y que el aula quedaba semivacía cuando él empezaba la clase correspondiente a su asignatura.

Laín, en su «Descargo de conciencia» (que tanto se ha de citar en el futuro), también se refiere a estas clases, aunque ya en un período posterior, curso 30-31. Dice al respecto:

«También me fueron provechosas las lecciones de cátedra, con o sin enfermo a la vista, que durante aquel curso oí en San Carlos a Jiménez Díaz. Si el Marañón de entonces era la estrella en la cima de su luminosidad, el Jiménez Díaz de esos años era el astro que rápidamente se está alzando, con el deber de eclipsar todo cuanto a su paso encuentre. Junto al capitán de la generación en su máximo apogeo, el adelantado de la generación ascendente, aquella bajo cuyas sandalias, como soberbiamente iba a decir el Ortega político pocos meses más tarde, ya empiezan a resonar en las losas de mármol del Capitolio. Imponía ya, antes incluso de oír al joven maestro —treinta y tres años en 1931—, la muchedumbre que para escucharle se apiñaba en las gradas, en las escaleras y en los suelos del aula 6 de San Carlos; pero a los pocos minutos aún imponía más el inagotable, inabarcable surtidor de saber clínico, anatomopatológico y fisiopatológico que salía de la boca de don Carlos.»

Enseguida don Carlos comenzó a conocer a los alumnos más destacados del curso y los repartió por salas y policlínicas para el trabajo práctico (Lorente, Vega Díaz, Cifuentes, Barreda, Clariana, Albert, Lara, de Miguel, Díaz Rubio, etc.).

Le llamó singularmente la atención uno con perfil judío que se ponía siempre en el mismo sitio de las primeras filas (lo que suponía llegar muy pronto) y tomaba taquigráficamente apuntes de toda la exposición. Era un muchacho cetrino, con negro bigote bajo la aguileña nariz. Se informó de que simultaneaba la carrera con un trabajo administrativo, que por ello dominaba la taquigrafía y asimismo la mecanografía y que aquellos apuntes fielmente tomados le suponían luego, al venderlos a otros compañeros, una fuente adicional de ingresos que le era muy necesaria. Un día don Carlos le llamó a su mínimo despacho, unido a la sala de mujeres y le dijo:

—Usted se llama Paz Montalvo, ¿no es así?

—Sí, don Carlos, José Paz Montalvo y he estudiado los cursos anteriores en Barcelona, donde estaba trabajando —respondió como el que es cogido «in fraganti» en alguna falta, esperando una bronca por su actividad mercantil que habría llegado a los oídos del profesor, cuyos enfados cuando veía algo mal hecho o cualquier negligencia en la sala eran ya temor en todo el curso.

Se quedó asombrado, cuando el tono cambió, haciéndose amable.

—He pensado que, si usted quisiera continuara esa labor de los apuntes, pero, para mí, naturalmente con un sueldo pues supongo que hace esta actividad por estar necesitado. He visto alguna de sus copias y son de absoluta fidelidad a lo expuesto. A mí me puede ser muy útil, pues creo que es mi deber trasladar mis lecciones a libros que rompieran los esquemas tradicionales de exponer la Patología en forma de densos tomos, al estilo de los grandes Handbuchs alemanes. Naturalmente las clases son insuficientes, es imposible abarcar en ellas todo lo que los médicos estudiosos deben saber sobre cada enfermedad y asimismo es insuficiente el curso, los tres cursos, de mi asignatura para poder agotar el programa. Yo he pensado utilizarlas como introducción a cada patología y desarrollar luego el tema, profundizando en él, añadiendo bibliografía esencial, aportando más datos que resultarían prolijos en una clase. Pienso que podrían ser libros útiles para tantos estudiantes y médicos que todavía no dominan idiomas y todavía siguen utilizando libros de texto o de consulta rutinarios y periclitados. El único intento serio en nuestro país fue el de Hernando y Marañón, pero al tratar de contar con muchos autores (yo entre ellos) se ha quedado hasta ahora en sólo un tomo.

Paz aceptó encantado y ello iniciaría una relación íntima, esencial en la vida de los dos, aunque conllevara que el joven estudiante acabara su carrera, pero no llegara a ejercerla, dedicado ya para siempre a su secretaría y posteriormente a la editorial de libros y revistas que llevaría su nombre.

Al tiempo que volcaba la mayor parte de su actividad en la Facultad, planificó su consulta privada, a la que dedicaba tres tardes en semana, a pesar de que ésta rápidamente se incrementó intensamente. Su fama era ya importante, rivalizando con la de otros médicos consagrados como Marañón, Blanco-Soler, Hernando, Rozábal, etc.

Era una consulta muy heterogénea. Seguían acudiendo muchos pacientes de Sevilla y otras zonas de Andalucía, que ya sólo confiaban en él, acudía gente de toda España, capitales y pueblos y, pronto, personalidades destacadas en la política, las letras (Benavente, Pérez Lugín, Felipe Sassone, Azorín) y otras artes como músicos, pintores y actores.

Uno de sus mayores empeños de aquellos primeros años fue que sus colaboradores tuvieran oportunidad de salir de España y retornar con todos los avances que pudieran posteriormente incorporar al conjunto. Así Morán incorporó a la clínica el estudio radiológico digestivo con las técnicas de Berg y aportó métodos bioquímicos aprendidos con Umber y Bergmann en Berlín, Arjona, tras su estancia en Hamburgo con Schottmuller se dedicó íntegramente a la Microbiología y estuvo también en Dinamarca con Madesen y con Ublenhut en Heidelberg; Cruz Auñón, Díaz Rubio, Rof Carballo, Roda y otros hicieron estancias en Centroeuropa y cada uno fue poniendo en marcha y enseñando a los que les seguían lo allí aprendido y un estilo de rigurosidad en métodos, poco habitual en España. Pronto su nivel se elevó individual y colectivamente y algunos (Cruz Auñón, Monterde, Morán y Díaz Rubio) obtuvieron cátedras en distintas provincias.

Cruz Auñón lo refería en una de sus intervenciones un «13 de febrero»:

—Un día le dije, poco después de irme con él a Madrid, don Carlos, ¿y qué voy a hacer yo?

—Usted va a ser catedrático.

—Don Carlos, por Dios, yo catedrático, ¡con lo difícil que es eso!

Y me dice:

—No, no es así, Pepe. Difícil es ser albañil, difícil ser carpintero, pero catedrático, no; no tiene usted más que estudiar y estudiar mucho y verá como en cuanto se lo proponga y más si completa su formación en el extranjero, le será más fácil..., pero hay que estudiar mucho.

... Y yo también recuerdo cuando llegué y le dije:

—Yo no holgazaneo este verano, me voy a ir a Alemania.

—Y, ¿dónde va usted?

—Eso es lo que quiero que usted me diga, a ver dónde voy yo.

Y entonces acordamos que fuera a hacer una cosa que nacía entonces —la Físico-Química, con Rommand— a aprender a construir aparatos de Ph, de laboratorio, electrodos de calomelanos, de hidrógeno, etc., a trabajar con los Warburg. Aquello todo era música celestial, como decían muchos ignorantes, porque basta con vejigatorios para la pulmonía y que me quiten a mí todas esas cosas. Pero yo veía que muchas veces los neumónicos se morían (por la pulmonía o por el vejigatorio que les ponían).

Le dije:

—Me voy.

—¿Sabe usted alemán?

—Lo he estudiado dos meses y además tengo un libro titulado «¿Quiere usted aprender alemán en diez días?» y hace veinte que lo tengo, pero Felipe Morán sabe más que yo, porque lleva ya diez días allí....

Y entonces dice don Carlos:

—¡Pues vaya representantes míos he mandado allí! Bueno, ¡que salga lo que Dios quiera, id con Dios!

Y así fui a Alemania y así traje un bagaje de conocimientos y así vi hacer el primer sondaje cardíaco a Forsmann. Así, luego, gracias a él, llegué a catedrático y lo mismo hizo con muchos más, como Ortiz de Landázuri, Oya, Monterde y tantos más... Ahí está la gaviota que esculpió. La gaviota es un pájaro que vuela descubriendo horizontes; se aleja tanto de la tierra y se mete tanto en el mar. Unos dicen que va a pescar; no, lo que va es buscando horizontes, horizontes nuevos. Eso es lo que tienen que hacer ustedes, nunca estar satisfechos y tener ansias de enseñar a los que nos siguen. Eso es lo que hizo con nosotros, lo que nos transmitió. El tuvo ansias de tener discípulos para aprender. A don Carlos nunca le dolió que otro aprendiera otra cosa y de eso supiéramos más que él, al contrario, el se ilusionaba de ver a un discípulo tomar un camino en el que le aventajaba; ello le ponía loco de contento. Nunca se enfadó con un discípulo suyo que se retiraba del grupo e iba a ocupar un puesto de importancia, ésa era su mayor alegría. Parecía una gallina orgullosa de sus polluelos cuando veníamos aquí a reunirnos con él y a recordarle otros tiempos.

Cuando gané las oposiciones, don Carlos me dijo:

—Pepe, venga usted conmigo a mi casa y luego le llevo a la estación.

Ibamos los dos solos, sin más testigo que Luis el antiquísimo chófer que ya tenía en Sevilla y que para nosotros era un igual y nos quería mucho. Me dijo don Carlos:

—Le voy a dar los mismos consejos que le dio don Quijote a Sancho cuando iba de gobernador a la ínsula Barataria. Allí llegará usted y dirán: «¡Qué catedrático tan joven!, estudie usted»; otros dirán: «¡Hay que ver lo que sabe!, estudie usted»; «¡Hay que ver qué bien ve a los enfermos!, estudie aún más...» y llegará un día que dirán: «Pues, ¿sabes el batacazo que se ha dado con tal enfermo?; estudie usted más y así puede que tenga el privilegio de que le coja la muerte con un libro en las manos.» Esa es nuestra obligación y después

no haga usted más punto de mira que el enfermo. Piense usted que nuestra misión es darle vida al enfermo, luchar hasta la muerte. Para nosotros el enfermo no muere hasta que tiene que morir, pero mientras hay vida tenemos que estar luchando con él, luchando con la muerte, sabemos que ella nos va a ganar la última batalla, pero que sepa también la muerte que esa batalla que nos va a ganar no la va a ganar fácilmente y que al enfermo, ése que se va a llevar no se lo va a llevar «de rositas». No. Va a tener que sudar, porque nosotros sudaremos todo lo posible para que no se lo lleve y si se lo lleva ¡Dios sobre todos!, qué le vamos a hacer.

Durante todo el segundo curso 28-29, la situación de desencanto respecto a la Dictadura fue aumentando e interfiriendo gravemente en el normal desenvolvimiento de la actividad universitaria. La juventud intelectual consideraba como líderes a la llamada generación del 98, difícil de delimitar, pero que en las dos primeras décadas del siglo habían creado un ambiente de pesimismo y frustración respecto al país que empujaba a aquellos jóvenes a tratar de modificarlo, a no seguir soportando más gobiernos retrógrados y aislamientos exteriores.

El primer aldabonazo lo habían dado Joaquín Costa y Ganivet, éste con su ensayo «Idearium español». Pero por entonces se habían ido incorporando personalidades fuertes y admiradas, aunque divergentes unas de otras. Quizá el más influyente en la juventud universitaria fue don Miguel de Unamuno, violento y tornadizo, que atacaba el oscurantismo español y, a la vez, el progreso europeo, aborreciendo la «japonización» de España. A él se sumaban Galdós, Valle-Inclán, Baroja, el gran poeta de la desolación castellana, Antonio Machado, y por entonces había tenido su culminación en los ensayos de Ortega y Gasset. En el campo médico la cabeza indiscutible era Cajal y, en aquel momento, Marañón.

La juventud con estos líderes, no podía comulgar con la personalidad de Primo de Rivera, con un patriotismo trasnochado que le había llevado a decir:

—No tengo experiencia de gobierno. Nuestros métodos son los que dicta el bien de la Patria y tomamos nuestras resoluciones mientras nos arrodillamos ante el santuario del espíritu nacional.

Aquel año 29, con Ortega exiliado en París, la oposición intelectual se hizo más virulenta y el dictador tomó la medida de cerrar el Ateneo, que consideraba poco más que un foco de subversión. La oposición estaba en los medios universitarios ya liderada por la Federación Universitaria Española (F.U.E.), que presentaba un cerrado frente a las medidas o falta de medidas en la enseñanza.

Unamuno escribió cartas a los periódicos en que calificaba a Primo de criminal, ladrón y miserable y ello originó que fuera desposeído de su cátedra y desterrado a Fuerteventura. Arreciaron las protestas universitarias y casi había más días de huelgas y algaradas que de clases.

El punto de ruptura definitiva explotó cuando, frente a reiteradas negativas de estudiantes y catedráticos y aun de la Asamblea Consultiva compuesta por personas afines, nombrados «a dedo» por el propio Gobierno, impuso éste un decreto concediendo a las Universidades de Deusto (jesuitas) y El Escorial (agustinos) el derecho a que sus estudiantes se examinaran ante un Tribunal compuesto por dos profesores de sus respectivos colegios y uno, en minoría, de la universidad. Ante este monstruoso engendro se alzaron los estudiantes de toda España dirigidos por los de Madrid, donde se dieron cargas por la Policía contra los estudiantes.

Aparecieron pintadas por todas las paredes que una Policía especial en bicicleta intentaba ir borrando, pero siempre era sobrepasada por la aparición de otras nuevas; el comité de estudiantes hacía circular octavillas clandestinas y hasta en la Prensa aparecieron poemas aparentemente laudatorios, acrósticos cuyas letras iniciales componían las palabras «Primo es borracho». Este cerró universidad tras universidad, suspendiendo los cursos académicos y colocando la universidad bajo delegados de la Corona. Dijo:

—Nadie puede lamentar el cierre de las universidades, porque los profesores son perezosos y los estudiantes demasiados y frívolos.

Y:

— Los profesores explotan a sus alumnos y éstos no hacen más que perder el tiempo en política.

(Desgraciadamente algo de razón llevaba en estas afirmaciones.) Los desórdenes fueron ya imparables. Se hizo popular la frase de Cavour:

—Cualquier imbécil es capaz de gobernar con censura previa.

Primo no era ningún imbécil, pero aquellas medidas coercitivas sobre la juventud estudiosa iniciaron su caída. Dimitieron de sus cátedras varios eminentes profesores y la protesta se hizo tan violenta que el dictador finalmente tuvo que retirar el decreto y abrir de nuevo las universidades. Cuando se abrió la de Madrid, el personal de la casa halló en el suelo del Paraninfo el busto del Rey, que solía presidir desde su alto pedestal las ceremonias universitarias. Los

estudiantes le habían cortado la cabeza. Se había abortado el deseo de Alfonso XIII de atraerse a la masa estudiantil con la construcción de la Ciudad Universitaria (*).

El caso es que el curso quedó quebrado y el hospital sufrió aún más recortes en sus magros presupuestos.

El 25 de octubre de aquel año 29 al llegar al hospital, Heliodoro Mogena le llevó aparte.

—Carlos, no sé si te habrás enterado, pero por mi padre sé que ha habido un derrumbe de la Bolsa de Nueva York. Según él, que por su profesión de cambista sabe mucho de esto, puede suponer una catástrofe económica mundial. Nadie sabe bien cómo ha ocurrido, pero las consecuencias parece pueden ser incalculables, no sólo en aquel país, sino en el mundo. Por lo pronto, si tienes algunos valores véndelos antes de que cunda la noticia, pues el derrumbe puede ser inmediato.

—Mira, Heliodoro —le contestó— ya sabes que yo de ese tema no sé una palabra y tampoco me interesa demasiado. Lo que yo tengo es bien poco, pero seguiré tus consejos. El mayor problema es, si llega a lo que tú, o mejor tu padre dice, sería la repercusión que pudiera tener en el país y cómo lo sufriría la universidad, ahora que parece que va en serio la inversión en la nueva Ciudad Universitaria, que podría ser una ocasión de cambiar no sólo estos vetustos locales, sino tantas cosas aún más importantes.

Efectivamente aquel «crack» afectó a los presupuestos estatales y sembró la miseria en la población. La enfermería del hospital se llenaba de pobres de solemnidad que, además, estaban muchas veces puramente hambrientos y desnutridos.

No es que la comida de San Carlos fuera un manjar, pero al menos se alimentaban y a don Carlos le dolía tener que darles de alta cuando su estado lo permitía..., pero disponía de tan pocas camas para la enseñanza que no había más remedio que renovar los enfermos para que persistiera ante los ojos de los jóvenes que ilusionadamente le rodeaban la incógnita del diagnóstico, la aventura del hallazgo exploratorio, el interés por seguir estudiando. Cuando se despedía de ellos, muchas veces les daba las medicinas o les introducía disimuladamente un duro en el bolsillo.

(*) SALVADOR DE MADARIAGA: *España. Ensayo de Historia Contemporánea.* Espasa-Calpe, Madrid, 1979.

Los sentía más cercanos que a los ricos, y en ocasiones famosos, de su consulta de Velázquez. Muchos de éstos le invitaban a fiestas a las que no solía ir y buscaban su amistad, que pocos obtuvieron. Tenía bastante con su trabajo para una vida social que no apreciaba y que le robaría tiempo.

Hubo lógicamente excepciones con los que la relación médico-enfermo se hacía más cálida, más íntima. Seguía sintiendo debilidad por los sevillanos, aquéllos que habían esperado en las escaleras de la Calle Trajano y que, fielmente, seguían viniendo a Madrid para ser vistos por él. Estaban los Miura, aquellos ganaderos de toros ante los que los toreros cruzaban los dedos y se santiguaban repetidamente. La duquesa de Valencina, ejemplo de aquella verdadera aristocracia andaluza, y otros muchos.

Una de sus amistades más fieles fue un personaje singular. Aunque tenía más de sesenta años seguía siendo Manolito Lasso de la Vega. Le había visto como paciente en Sevilla y se había trasladado, ya en lo alto del escalafón de la Judicatura, a Madrid. Sin embargo, seguía siendo un sevillano puro. De la capital sólo había adoptado la costumbre de llevar capa, pues aguantaba mal el frío de sus inviernos, añorando siempre el sol de su bendita tierra. Con la capa se acentuaba su aspecto un poco bohemio, con su blanco pelo largo y rizoso y un «piz nez» dorado.

Aunque juez y ya magistrado se las daba de poeta y escribió a Carlos esta oda laudatoria:

«Tu ciencia singular ¡Oh insigne médico!
Me mide la glucemia con la vista
y, a cien pasos de mí, de las tensiones
aciertas con la máxima y la mínima.
Y llega a más tu ciencia,
pues poseedor de la telepatía
estando yo en mi lóbrego juzgado
y estando tú en la clínica
conoces la extensión de mi ateroma
y sabes de mi arritmia.

¡Oh la mirada intensa de tus ojos
—sortilegio y enigma—
la mirada-barrena
con que taladra el pecho tu pupila!

Buscas en el fondo de las almas
con tu penetración, que es infinita
y hasta mis pensamientos más recónditos
como un mago adivinas.
Tú conoces la fecha en que me embarco
para cruzar la gran laguna Estigia
y hasta al viejo grumete
le has dado un propina,
para que me dé buen trato en su pasaje,
comida a la francesa y ropa limpia.
No me importan las sombras de la muerte,
ni las brillantes luces de la vida,
mas sé que tú posees el secreto...
y me siento cobarde ¡No lo digas!»

... Efectivamente, no duró más que unos meses más.

Muchos iban a «ver a don Carlos», más que a que éste les viera a ellos de enfermedades muchas veces imaginarias. Junto a ellos, gentes elementales, del pueblo llano, del comercio, amigos y amigos de amigos.

Tuvo que organizarse ante aquella avalancha que le podía comer todo su tiempo, que él quería seguir dedicando en lo esencial, a la docencia y a la investigación. En su casa de Velázquez, 23, puso dos despachos, un cuarto de exploración con rayos X y un laboratorio, ya que no se fiaba mucho de los resultados analíticos que por entonces se hacían. Este lo llevaba, lo llevó siempre, Miguel Bañón, que había aprendido las técnicas modernas en los laboratorios de San Carlos. Era un alicantino serio, concienzudo, no especialmente simpático, serio e impenetrable bajo sus gruesas gafas y con su espeso bigote, pero era de una gran fiabilidad y llegó a constitutir uno de sus colaboradores más íntimos.

Para hacer las historias clínicas de los enfermos «nuevos», la primera exploración y la petición de análisis para poderles ver él ya plenamente orientados (aunque luego él revisaba personal y exhaustivamente todo aquel trabajo) se llevó a Adolfo Romero y Juan Puig Leal, que le habían seguido desde Sevilla. Las primeras horas las asumía Puig, que ya tenía una cierta consulta propia y las últimas Romero, lo que significaba en ocasiones muy frecuentes que éste y Bañón acabaran a veces cerca de las doce de la noche y se quedaran a cenar con el matrimonio hasta llegar a una relación casi familiar.

Eran dos personas absolutamente distintas, como dos polos opuestos, aunque se llevaran muy bien desde sus tiempos de condiscípulos de don Carlos en Sevilla. Juan Puig, serio, distinguido, triste y callado, de una gran minuciosidad en su trabajo, con fama bien ganada de tacaño.

Su posición económica era buena, hijo de rico de pueblo, pero miraba cada peseta que había de gastar. Romero, por el contrario, era de familia modesta y el clásico andaluz alegre, ingenioso y un poco bohemio. Su simpatía le hacía muy popular con los enfermos, con los que rápidamente creaba una relación afectiva y, aunque nunca fue muy estudioso, hacía unas magníficas historias.

Una anécdota describe mejor que otras palabras estas diferencias entre estos colaboradores, más Paz que despachaba a primera hora, antes de empezar la consulta, los informes y correspondencia. En una ocasión, don Carlos se quedó mirando asombrado a Puig, que escribía todo lo que él decía respecto a los enfermos y tratamientos en una una pequeña agenda de tapas negras que Romero apodaba «El Corán». Le llamó la atención que la pluma, también negra, que utilizaba era, al cabo de los años, la misma que le había conocido de estudiante en Sevilla y le dijo:

—Pero, Juan, ¿cómo es posible? ¡Si ésa es la misma pluma con la que le conocí a usted hace diez años!

Y Romero, rápido y chungón, intervino:

—Pero, don Carlos, todavía no conoce a Juan a fondo, no sólo es la misma pluma ¡es la misma tinta!

Años más tarde, el conjunto se completó con otro personaje peculiar y que también llegó a ser muy importante en la vida de don Carlos. El cúmulo de citas y de llamadas telefónicas era tal que Paz era incapaz de compaginarlas con sus otras labores de secretaría y Conchita se quejaba de que las doncellas tuvieran que atender la puerta y el teléfono y que, frecuentemente, se armaran un lío. Se hizo necesario un recepcionista y, tras el primer verano en Salces (al que a continuación se hará referencia), se trajeron a un tal Otilio, de Proaño, un pueblecito muy cercano. Era un montañés de buena presencia..., pero pronto se demostró que era bastante bruto y se organizaba tales malentendidos que hubo que prescindir de él. Le sustituyó un hermano más joven, Jesús López Hoyos, que enseguida mostró una inteligencia natural, un «savoir faire», asombroso para un pueblerino del Alto Campoo. El supo rápido a quién había que atender pronto, a quién había que dar largas o hacerle impenetrable

a don Carlos, ganarse buenas propinas para adelantar citas... y hasta llegó a distinguir los pelmazos de los que requerían consideración, a los que por su grave estado había que atender inmediatamente de los que podían esperar un largo tiempo (se citaba con muchos meses) impunemente. Tenía sus preferencias y su peculiar valoración, incluso entre los colaboradores de don Carlos e igual decía: «Este no sabe nada», que «Fulano es un gran médico»... y hasta llegaba a expresiones como: «¡Ah!, sí, a este señor le "diagnosticamos" hace tiempo de cirrosis» o «éste no es más que un histérico, que le va a hacer perder el tiempo», como si hubiera adquirido por ósmosis el «ojo clínico» de su jefe.

Demostrada su valía, don Carlos fue dándole responsabilidad y prerrogativas en aquella organización..., hasta llegar a recibir el apelativo de «Jesús del Gran Poder», ideado, ¡cómo no!, por Romero. Los días que no había consulta y por las mañanas y en algunas cenas o fiestas importantes hacía de «valet» y dirigía al resto del servicio femenino..., y tenía con ellas cuando le gustaban (y le gustaban casi todas) una especial habilidad para algún escarceo de azotitos y besuqueos furtivos, con buen cuidado de que ello no trascendiera y que, especialmente Victoria, que era uña y carne de la señorita, no le fuera con el cuento.

Entre tanto, en el hospital la organización funcionaba progresivamente de forma más satisfactoria. El ambiente era ardientemente ilusionado y se consiguieron unos locales semiabandonados que habían sido vestuarios de los mozos, que aunque eran estrechos y no reunían muchas condiciones para un trabajo medianamente cómodo, fueron acondicionados para policlínicas y laboratorios, donde se pudiera iniciar una labor de investigación. La ayuda que la Facultad prestaba era prácticamente nula. Se impusieron a sí mismos, y a los estudiantes que pudieran, unas cuotas de un duro al mes para poder ir adquiriendo algo de mobiliario y material..., aunque alguno tenía que trabajar de pies por carencia de silla.

Un día llegó Carlos entusiasmado con un trabajo que había leído la noche anterior en su biblioteca. Se trataba de una publicación de Forssman, un oscuro urólogo alemán, en «Klinische Wochenschrift», de 5 de noviembre de 1929, titulado «Die Sondierung des rechten Herze», al que se le había ocurrido la posibilidad de llegar al corazón mediante una sonda fina, de las de su especialidad y, ni corto ni perezoso, con una gran valentía, se la había introducido él mismo en una vena y la había ido haciendo progresar, se había subido andando tres pisos hasta el departamento de Radiología, donde se había podido comprobar, gracias a una grapa metálica que hiciera de punta radio opaca,

que estaba situada en la aurícula derecha. Era la primera vez que se conseguía sondar el corazón y, al parecer, de una forma bastante inocua. El trabajo y el desarrollo posterior de la técnica supondrían el Premio Nobel 1956 a Forssman, Cournand y Richards.

La imaginación de don Carlos se disparó. Pensaba que aquella técnica tan aparentemente sencilla podría aportar un gran progreso. Su principal pensamiento era la posibilidad que se abría de inyectar a través de ella directamente en las cámaras cardíacas fármacos que hicieran su efecto de forma instantánea, pero, además, quizá a través de ella se pudieran hacer estudios directos, inasequibles hasta entonces, de las presiones intracardíacas.

Lo habló con el cardiólogo López Brenes y a éste no le pareció que aquello fuera a aportar nada y además pensaba que no estaría exento de peligros. En cambio, encontró el apoyo de Baldomero Sánchez Cuenca, que llevaba la sección de Alergia y era además un buen internista.

Planearon todo minuciosamente, eligiendo las sondas más finas, flexibles y largas, las esterilizaron y, tras un corto debate, seleccionaron un enfermo joven, pero que tenía una leucemia irreversible. Le explicaron lo que querían hacer lo mejor que pudieron, advirtiéndole del cierto riesgo y, ante su aceptación, a la mañana siguiente, repitieron el proceso llevado a cabo por Forssman, esta vez sin subida de escaleras, e hicieron unas radiografías en distintas posiciones que demostraban sin lugar a dudas que la sonda estaba situada dentro del corazón. La experiencia transcurrió sin ningún incidente ni el electrocardiograma que mantuvieron funcionando durante todo el proceso tradujo ninguna alteración. Fue el segundo sondaje cardíaco efectuado en el mundo y fue publicado en «Archivos de Cardiología y Hematología», con el título «El sondaje del corazón derecho».

Los otros trabajos que se pusieron en marcha en aquellos primeros años procedían de aquellas policlínicas especiales, situadas en antiguas salas de enfermeros y separadas en una serie de compartimentos.

Un conjunto de especialistas, ya algunos con formación en el extranjero, trabajaban seriamente en aquellas paupérrimas condiciones. Había incorporado, además de los que con él vinieron de Sevilla, a profesores procedentes del anterior catedrático, entre los que estaban su amigo Mogena, Aurelio Castro y Martín Carrasco, que estaban encantados del giro que se les ofrecía en su trabajo. Pero ya esa primera promoción de estudiantes se había unido indisolublemente a aquel joven maestro. Junto a Mogena se había incorporado De Miguel (que luego iría a su tierra albaceteña), junto a López Brenes, en Cardiología, estaban Vega Díaz y Varela de Seijas y también Monterde, hasta que ganó, uno de los primeros, una cátedra en Zaragoza y el grupo había escrito un famoso y adelantado libro de la especialidad; en Alergia Sánchez Cuenca, otro de los famosos en su especialidad naciente, tan querida a don Carlos. Alguna vez señaló que esta preferencia por la Alergia procedía de haber visto a su abuelo Eusebio en alguna crisis de asma que le impresionó, cuando era niño y por ello ponía tanto empeño en aclarar su mecanismo y ayudar a los pacientes que tanto sufrían, sin poder alentar... y así Acosta, su compañero y amigo, investigando «focos» en su territorio otorrinolaringológico y Arjona y Bolinches poniendo en marcha técnicas serológicas aún no practicadas en España; Arce con los complicados y peligrosos aparatos radiológicos de aquella época, Marcos con su dedicación a la enfermedad reina —la tuberculosis—, contaban ya con la ayuda de aquellos estudiantes destacados como Cifuentes, Lorente, Lara, Díaz Rubio, Obrador y un largo etc. La producción bibliográfica desde su incorporación a Madrid, hasta 1932, fue de cincuenta y nueve trabajos, con predominio cuali y cuantitantivo de los referentes a las enfermedades alérgicas y su mecanismo patogénico, pero también sobre la patología renal, hepática, endocrina, metabolismo hidrocarbonado, cardíaca, reumática y, especialmente, sobre nuevas técnicas diagnósticas, demostrando la formación acumulada en sus dos épocas alemanas de objetivación de los datos y de conceptos más patogénicos que nosológicos.

Desde su reincorporación a su querido Hospital de San Carlos, ya como catedrático de Patología Médica, comenzó el matrimonio Jiménez Díaz a pasar los veranos en Salces. Era éste un mínimo pueblo, más bien aldea, típicamente montañés, de no más de veinte casas, muy cercano a Reinosa, a unos cuatro kilómetros, lo que permitía incluso ir paseando. Se encontraba después de tomar en la capital de la comarca la carretera, por entonces de tierra, que conducía a Cabezón de la Sal, entre Torrelavega y el bonito puerto pesquero de San Vicente de la Barquera. La carretera remontaba el valle del Campoo, progresivamente más cerrado, que al llegar a Reinosa se abría a llanadas y lomas bajas que configuraban el bajo Campoo, Campoo de Yuso, que se extiende hasta tierras de panllevar de Palencia. El Alto Campoo, Campoo de Suso, era un conjunto de pueblos (Fontibre, Paracuelles, Celada, La Lomba, Proaño, La Hoz de Aviada, etc.) con capital administrativa en Espinilla y que remontaba hasta la cara sur de los Picos de Europa. Le coronaba una preciosa cadena de altas cimas: a la derecha, Pico Cordel, elevando su gris mole surcada de profundas torrenteras; al fondo, dominándolo todo, Pico Tres Mares, cuya denominación es ajustada, ya que de sus nieves procedían tres cauces.

Hacía el Norte el río Nansa, que iba a verter sus aguas al Cantábrico; hacia el Oeste, el Pisuerga, afluente del padre Duero, llevando así sus aguas hasta el Atlántico, y hacia el Sudeste el Hijar, del que ya, muy cercano a Salces, en Fontibre, surgía como manantial subterráneo el Ebro que lenta y prolongadamente se iría deslizando transversalmente por casi toda la península para, tras hacerse famoso bañando El Pilar de Zaragoza, llegar a su inmenso delta y volcar aquellas mismas aguas en el Mediterráneo.

Allí don Carlos reanudó sus tiempos de excursión y escalada de Cercedilla y encontraba una especial paz para el estudio y la recopilación de la labor del curso que cristalizaba en numerosos trabajos. El paisaje era suave y duro a la vez y los contrastes de luces, de cielos, según los días era uno de sus espectáculos favoritos. Todavía desviándose en Espinilla hacia la derecha, quedaba otra zona que le encantaba. Remontaba el Puerto de Palombera y allí, junto a la Venta de Tajahierro, protagonista dentro de aquel paisaje que cantara José María de Pereda en «Peñas Arriba» se abría en espectáculo grandioso, Cabuérniga, el Valle del Saja, emparedado entre hayedos, y uno de los últimos refugios del oso.

Salces es como el límite entre la bravura montañosa y abrupta y la línea dulcemente ondulada de pastizales, sauces y altos chopos. En aquellos años era un lugar casi perdido, sin teléfono, con una luz que se apagaba a la menor tormenta..., e incluso sin ella, y dependiendo en su abastecimiento de la cercana Reinosa, con sus ricas pantortillas y rosquillas del Ebro. Tras la febril actividad del curso suponía para don Carlos un remanso místico, casi paradisíaco de paz, un retiro donde descansar sin ser molestado, lejos de las exigencias de la sociedad. Allí, entre sus excursiones a pie o en el coche por aquellas montañas y el estudio, especialmente dedicado a escribir los resultados de sus investigaciones para su publicación, se encontraba feliz.

La casa era reducida, pero con un gran huerta orillada por el recién nacido Ebro, todavía ruidoso en su estrecho cauce acelerado. La pequeña tapia que la separaba del río estaba orlada de pequeños manzanos de frutos pequeños verdirrojos, todavía ácidos en aquella estación, y que se comían los pájaros. Junto a don Blas y doña Rosa, padres de Conchita, vivía un hermano de él, el tío Ruperto, que era incapaz de espantar a vencejos y mirlos, a pesar de su agitar el bastón y los gritos.

La vieja casa, que en broma Carlos llamaba «solariega», no tenía una piedra de mérito ni un escudo. La broma se extendía a llamar «fijosdalgo» a aquellos cántabros tan anclados en el pasado, cuyo linaje se remontaba a siglos heroicos



Puente de Riaño en el Valle de Campoo, cerca de Salces.



Portada y torre de El Convento. La Cabrera.

de la Reconquista. Era pequeña, con techos muy bajos, con las vigas de madera ennegrecidas por el humo que hacían las chimeneas y por el paso del tiempo. A la entrada, puerta partida horizontalmente, como era tan habitual en los pueblos para impedir que se colaran, cuando quedaba abierta la hoja superior, los gatos y perros; había un mínimo recibidor con chimenea, con suelo de guijarros. Alrededor de la campana, donde se encendía fuego todas las tardes, unos sillones invitaban al refugio caliente, cuando el frío exterior había enrojecido manos y orejas de los que habían salido de paseo. Porque el clima era realmente poco alentador. Con gran frecuencia llovía, con esa testaruda lluvia del Norte, que cae mansa pero incansable, empapando el paisaje, dando a la hierba un tono incomparable de jugosidad. Las nubes se descolgaban de los altos picos e iban resbalando por las laderas, para entrar en formación por la cabecera del valle y allí se plantaban por días y días. Aunque la temperatura solía ser suave, a media tarde el frío se hacía sentir y había que buscar refugio en aquella chimenea o en la del más amplio comedor del piso superior o atizar el brasero, que indefectiblemente se colocaba en la camilla de la minúscula «biblioteca» (apenas dos estanterías con libros antiguos), donde Carlos solía trabajar. Por que toda la casa era como una casa de cuento habitada por enanos, de puro reducida en las dimensiones de las habitaciones y sus bajos techos.

A pesar del tiempo y de las incomodidades a los dos les encantaba aquel remanso, pero sobre todo a Conchita, que reencontraba parientes más o menos lejanos, pero que le retrotraían a su infancia, cuando en la huerta habían jugado juntos. Sobre todo veía a su hermano Pedro, el único que no vivía en Madrid, al haberse casado con Encarna, una reinosana con la que Conchita hacía muy buenas migas y que le contaba todos los cotilleos del contorno. Pedro era una figura quijotesca, en el físico y en su rectitud y adoraba a su única hermana. Su problema, que luego marcó su vida, era una miopía magna que le dejó de forma precoz prácticamente ciego.

Algunos veranos los amigos de Madrid (los Duarte, los Acosta, los Maortúa) alquilaban alguna casita en el pueblo y entonces la diversión era mayor, se acentuaban las excursiones a los contornos e incluso se alargaban con cierta frecuencia a Santander en los coches tras superar los dos horribles caminos existentes, a través del Puerto del Escudo o de las llamadas Hoces de Bárcena, donde las curvas eran continuas y peligrosas. Iban de compras a la capital o a algún espectáculo y sobre todo a las playas, Comillas o Suances, preferentemente.

Aquellos veranos fueron siempre revitalizantes para don Carlos, que volvía con renovados ímpetus a su trabajo a la cátedra y en la consulta..., aunque

siempre allí tenía que ver algún enfermo de los alrededores que los médicos locales no habían podido o sabido diagnosticar o tratar. A veces era un peregrinaje de excesivos casos, pero a Carlos no le molestaba, pues con frecuencia encontraba algo interesante en ellos. Siempre se negó a cobrarles honorario alguno, pero los quesos o los chorizos que en agradecimiento le regalaban sí eran bienvenidos.

Alguna vez recordaba que en una ocasión le bajaron de Aviada en un carro a una chica de diez o doce años monstruosamente gorda, que apenas podía andar y que resultó ser su primer caso de Laurence, Moonn-Bield llevándosela a San Carlos para poder completar el estudio de tan poco frecuente enfermedad. Terminado el verano había que facturar los cajones de libros, revistas y papeles que había trasladado allí para su trabajo, pues su volumen era tal que resultaba imposible trasladarlos en el maletero del coche, que ya tenía bastante con el equipaje.

La década de los 30 había comenzado con una segunda promoción de alumnos que, al encontrar un ambiente tan estimulante, se ligaron de por vida al grupo. A ella pertenecieron, entre otros: Alés, Vivanco, Paniagua, Villasante, Parra, Castro Mendoza, Albert, Gilsanz, Miñón, Valle, Camps que persistirían siempre al lado de don Carlos. Sería la generación coincidente con el advenimiento de la República, período de regeneración del país en tantos sentidos durante su efímera duración.

Don Carlos, como ya se ha dicho, nunca quiso mezclarse en política, pero como la mayoría de los intelectuales y científicos avanzados, había sido crítico con la Dictadura y esperaba ilusionado el fin de una Monarquía que le parecía, especialmente tras su contraste con los países europeos que había conocido durante sus estudios, un régimen retrógrado, pasado, estéril.

El bajón de la floreciente economía del año 29 se fue agudizando, en los años siguientes en que se perdió a través del acuerdo de Otawa el mercado de Londres para los exportadores de arroz y naranjas, base de la economía levantina. En otras zonas, como Castilla el trigo y los largos barbechos eran todo lo que permitía la tierra, con un rendimiento de tres a uno de las semillas.

Como dice Madariaga, en lo esencial la Dictadura, aunque renovó carreteras y líneas férreas, dejó a España en una situación igual o peor que la encontró. El trono se tambaleaba. El ejército estaba dividido y temeroso. España, segunda nación de Europa en extensión por entonces, era la sexta en población y aún más baja en consideración política y en economía dentro del continente. Lo

único rico era la producción intelectual, principalmente la literatura, con la madurez de la famosa generación del 98 y la irrupción pujante, revolucionaria, de la principalmente poética, del 27. En la ciencia algunos atisbos de modernidad como De la Cierva, Blas Cabrera, Torres Quevedo creaban discípulos también destacados. En la Medicina el impulso de Cajal había creado la gran escuela española de Histología y la personalidad de Marañón y Jiménez Díaz eran todavía islotes aislados dentro de la rutina e ignorancia. La muerte, ya en el exilio de París, de Primo y la inoportuna entrada en el ruedo político del Rey hacían ver a todos el momento de una nueva esperanza en el cambio, que tan retrasadamente podía llegar al país. Los partidos políticos, desde el fundado por Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, hasta los socialistas bajo la dirección de Francisco Largo Caballero se aprestaban a la lucha por acabar con un régimen que había agotado todas las expectativas de cambio real para el país.

Mariano, hermano de don Carlos, pertenecía al primero, dada su proximidad a don Niceto por sus relaciones profesionales. El era el que informaba de la inminencia de la esperada llegada de la República. Eusebio, por su parte, era un exaltado antimonárquico. Consideraba que los Borbones eran los causantes del retraso del país, de las injusticias sociales que todos los días vivía en su profesión, pegado a sus obreros, sufriendo con ellos su falta de protección ante el paro, ante la enfermedad, ante la vejez o los accidentes. Creía que la República sería la panacea y la esperaba volcando su temperamento apasionado en cada discusión, en cada argumento. Al fin y al cabo ellos procedían de las clases más humildes y estaban mucho más cercanos a los desheredados que a los poderosos de siempre.

Eusebio decía:

—Hasta un militarote como Queipo de Llano ha dicho: «Un Rey perjuro, que había faltado a su pacto con la nación en 1923 no puede seguir exigiendo obediencia.»

Ello indicaba que el ejército se aprestaba contra la Monarquía. Con escasa preparación, el día 12 de diciembre se inició un alzamiento en Jaca con los capitanes Galán y García Hernández a la cabeza. Iban a convertirse en mártires del republicanismo; su acción fue más bien un movimiento romántico de un original que soñaba en obtener para sí la gloria de una revolución triunfante. Lo pagarían con su vida, pero su ejecución se explotó como ejemplo de la crueldad del Monarca. Más visos de efectividad en el derrocamiento tenía el Pacto de San Sebastián, que comprometía a los grupos republicanos españoles coaligados y a la izquierda catalana.

En febrero del 31 tres destacados intelectuales, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, con gran influencia en la clase media-alta, formaron su agrupación, no partido político, «al servicio de la República» y toda la prensa, a excepción del monárquico «ABC» y el superconservador «El Debate», iniciaron una campaña de imparables críticas.

El momento político no impedía que don Carlos y su grupo siguiera laborando y perfeccionando, aumentando en número y calidad en el trabajo, extendiendo su influencia en el ambiente universitario. Lo prueba el que en aquel agitado período además de los trabajos citados, esencialmente de investigaciones propias y con gran resonancia nacional y aun extranjera, habían salido ya otros dos libros de rápida difusión: «Estudio sobre la génesis del asma» (Siglo Médico, 1929) y el más completo «El asma y otras enfermedades afines» (Ed. España, 1932). Estaba trabajando por entonces en el tomo segundo de sus «Lecciones...», el correspondiente al de Patología Renal, que tenía su propia historia. Cuando Hernando y Marañón iniciaron la publicación de su Patología Médica con un primer tomo hecho casi exclusivamente por ellos, les habían encargado a Salamanca y a él que escribieran para el segundo, el capítulo de enfermedades del riñón. Era la época en que todavía colaboraban y no se había roto su amistad. Después de trabajar, como siempre concienzudamente en ello, revisándose toda la reciente bibliografía, le llevó su parte a Salamanca. Este había hecho poco, pero además le dijo:

—He pensado que no vamos a colaborar en ese libro; no conseguiríamos más que dar más fama a Marañón a nuestra costa y... ya tiene bastante —y ese segundo tomo nunca aparecería.

Había hecho tal cantidad de trabajo, que le daba pena perderlo, pero don Fernando estuvo inflexible.., así que, algún año más tarde, se unió al otro catedrático de Patología, llegado de Salamanca, Agustín del Cañizo, y publicaron en colaboración «Enfermedades del riñón (nefritis)», editado por aquéllos que tanto habían hecho por la difusión de las novedades médicas: Ruiz Hermanos. El que ahora escribía, sin embargo, sobre el mismo tema, sería muy distinto, seguiría la pauta de utilizar sus propias lecciones de cátedra.

Ya en esos treinta años su fama se había extendido no sólo en la capital, sino en toda España. Era muy frecuente que le llamaran en consulta de los sitios más diversos, no ya como en Sevilla a los pueblos y lugares cercanos, sino asimismo a capitales de provincia o grandes pueblos en que, ante la enfermedad poco clara o la mala evolución de personas pudientes, la única salida era llamar a Marañón o Jiménez Díaz.

El médico convocante les recibía un poco temeroso de que encontraran mal lo hecho hasta entonces, pero al menos salvaba su responsabilidad. Don Carlos trataba de evitarlas, pues rompían su ritmo de trabajo habitual, pero rara vez fue capaz de negarse.

Aquello fue haciéndose progresivamente más frecuente y casi una vez en semana se veía obligado a salir fuera, con Luis al volante, de viaje. Pocas zonas, excepto Cataluña, que tenía también médicos destacados, como don Agustín Pedro y Pons, quedaron sin ser objeto de estos rápidos viajes. Aunque la dictadura había mejorado sensiblemente la red de carreteras preexistentes, todavía ni los coches podían hacer una gran velocidad ni los caminos eran fáciles. El tiempo que consumía lo aprovechaba siempre para estudiar revistas y marcar los trabajos más interesantes. Tenía fama de «duro». Aunque nunca dejó en evidencia a colega alguno, no pasaba por dejar de corregir lo que encontraba mal orientado en el diagnóstico o en la terapéutica. Muchas veces eran casos difíciles o irremediables, pero otras muchas se trataba de enfermos funcionales que con sólo su presencia y su orientación psicológica quedaban curados... y además siempre podía presumir ante sus vecinos que don Carlos o don Gregorio se habían desplazado allí para verlos y ayudar y dejar en buen lugar a los médicos.

Un hecho trágico ese año 31 vino a romper el gran ambiente de trabajo que se había ido creando en la cátedra alrededor del maestro. Martín Carrasco, uno de los pocos miembros «heredados» del anterior catedrático, pero que se había incorporado íntegramente al nuevo equipo, perdió a su mujer y entró en una depresión profunda. Un día de aquel año fueron avisados de que se había suicidado, tirándose por la ventana de su casa. El hecho afectó mucho a don Carlos y decidió prohijar a su único hijo, Tomasito, por entonces un muchacho de trece o catorce años, que quedaba bastante desamparado.

Aunque el matrimonio Jiménez Díaz no había tenido hijos y a los doce años de matrimonio ya no los esperaban, nunca pasó por su imaginación la idea de la adopción. En este caso era más bien una «obligación moral» hacia el primer colaborador perdido la que les llevó a dar aquel paso. Ello podía perturbar el equilibrio de un hogar acostumbrado a la «soledad de dos en compañía» que les llenaba absolutamente y aún reforzaba más su unión, sin tener que atenderse más que mutuamente.

La experiencia fue mala. Tomás era un chico díscolo que no encajó en aquel ambiente. Era además mal estudiante, cosa que don Carlos no toleraba.

Casi no podía entender que un joven no tuviera inquietud por el saber. También era desordenado, lo que ponía progresivamente más nerviosa a Conchita habituada al orden de aquel hogar. La situación se quebró definitivamente cuando comenzaron a apreciar que faltaban cosas, algunas cantidades de dinero, un reloj de oro... y supieron sin dudas, ya que tenían plena confianza en su servicio, que había sido él. Tomás acabó confesándolo. Aquello ya no lo podían tolerar y le mandaron a un internado del que a poco se escapó y se marchó fuera de Madrid con algún lejano pariente. No volvieron a saber de él y nunca tuvo hacia ellos ni una palabra de agradecimiento, ni un recuerdo.

En el fondo, se vieron liberados, sin traumas y reanudaron su anterior vida hogareña, exenta de problemas. No habría más experiencias de falsos hijos, sólo con el tiempo sus sobrinos Olalla, hija de Mariano, y los tres que decidieron estudiar Medicina, hijos de Eusebio, y de los dos hermanos de Conchita, llegaron a tener una especial convivencia y familiaridad en aquel entorno de intimidad no alterada por los hijos que no había querido darles Dios. En una ocasión le preguntaron:

—¿Le gustaría haber tenido hijos?

Y contestó:

—Sí, me habría gustado mucho tenerlos, pero no han venido. ¡Qué le vamos a hacer! Gracias a Dios, no son indispensables para mi felicidad y, por otra parte, piensas que si los hubiéramos tenido uno habría sido más egoísta y quizá me hubiera preocupado menos de los demás; me contento con tenerlos espiritualmente.

Con las elecciones municipales del 12 de abril y la derrota casi total de los candidatos monárquicos, el proceso se disparó en horas. El 13 de abril Marañón, con su gran influencia, avisó al conde de Romanones de los peligros de todo aplazamiento y éste fue a ver a su antiguo pasante, Alcalá Zamora, y negoció con él el cambio de régimen.

Pocas veces se habrá visto en un país el entusiasmo generalizado con que el 14 de abril la población se lanzó a la calle, sin distinción de clases ni nacionalismos a celebrar la llegada de la «Niña Bonita», de la tan larga deseada Segunda República, tras la corta y decepcionante vida de la primera, España había demostrado al mundo cómo una de las Monarquías seculares de Europa podía caer al primer golpe del hacha mental de la democracia, sin que se rompiera en todo el país ni un solo cristal, ni hubiera un solo muerto.

Tras salir a ver y a participar en el espectáculo sin par de la alegre ocupación de calles y plazas, Carlos y sus tres hermanos se refugiaron en su casa, para no ser estrujados, donde les esperaban sus mujeres que habían tenido temor de las multitudes. Se abrazaron todos y abrieron una buena botella de champán francés. Para ellos significaba el fin de un época y el comienzo ilusionado de otra. Mariano, como siempre más informado y sereno, trataba de aplacar un entusiasmo que le parecía poderse ver defraudado ante tan desmesurada esperanza, que protagonizaba especialmente Eusebio:

—No engañaros —les dijo—, el país sigue siendo el mismo, pobre y lleno de problemas. Ya veremos lo que pasa ahora con los catalanes, con los vascos, con los sindicatos; sus reivindicaciones tanto tiempo diferidas, van a ser imposibles de cumplir... y, por otra parte, aunque veáis tanta gente en la calle, no creáis que, como por encanto, han desaparecido los frenos de siempre, la aristocracia, el ejército, la Iglesia y todavía tienen mucho poder.

Conchita saltó:

—¿Pero como puedes considerar a la Iglesia un freno? Toda España es gracias a Dios y a la Virgen bien católica.

Eusebio, no pudo contenerse y, más mesuradamente de lo que en él era habitual, suavizado por el cariño que siempre tuvo a su cuñada, contestó:

—Mira, Chini, una cosa es Dios y la Virgen y otra muy distinta, casi contrapuesta a todo lo que Cristo enseñó, es la Iglesia española, que siempre está al lado del poderoso en lugar de al lado del pobre como estuvo Jesús.., aquello del camello y el ojo de la aguja. Aquí hay mucho anticlericalismo, yo mismo lo soy (Conchita puso cara de espanto), me temo que Mariano tiene razón en cuanto al peligro que supone, pero también me temo que sean los primeros en ser atacados, aun antes que los ricos.

Carlos quiso cortar la discusión y desvió la conversación hacia otros temas.., pocos días más tarde, el 11 de mayo, empezaron las quemas de conventos y el 13 de octubre de aquel mismo año en un brillante discurso, del que sin embargo sólo ha quedado en la mente de muchos una sola y desafortunada frase, Azaña afirmó:

—España ha dejado de ser católica.

Aquella convulsión del país no afectó al trabajo en el hospital, ni en la cátedra. El curso siguió apaciblemente y poco a poco la llegada de hombres progresistas al Ministerio de Instrucción Pública fue tratando de favorecer a la universidad, de rehacer la política de becas y ayudas, de reestablecer los contactos educativos con los restantes países.

Un papel esencial en esta apertura fue el de la Residencia de Estudiantes en la célebre «Colina de los Chopos», que bautizó Juan Ramón, continuadora de la revolucionaria Institución Libre de Enseñanza de Francisco Giner. Allí acudieron en pocos años figuras mundiales como madame Curie, a la que don Carlos fue a saludar, tras su interesante conferencia, Carter, descubridor de la tumba de Tutankamen, tan esencial en el conocimiento de la civilización egipcia; George Santallana, Paul Claudel, Bergson. Allí se crearon laboratorios de Física con Blas Cabrera, de Fisiología con Negrín, de Histología con Pío del Río Hortega; allí tocaron Maurice Ravel y Francis Poulenc; allí vivieron Ochoa, Dalí, García Lorca, Buñuel. Allí hubo una Sociedad de Becas fructífera y se promocionaron los intercambios de estudiantes y los viajes al extranjero. Don Carlos tenía poco tiempo, pero rara vez se perdía los acontecimientos que allí tenían lugar y en los que podía ver con sus propios ojos a escritores a los que había leído con fruición, oír con sus oídos a músicos admirados, recitar a sus poetas preferidos, saciar su sed de aventuras oyendo a Keynes hablar de las «Posibilidades económicas de nuestros nietos», a Carter de su gran descubrimiento, a exploradores del Everest o del Polo...

No se puede decir, sin embargo, que don Carlos fuera «un hombre de la Residencia», simpatizaba con ellos, admiraba la labor que allí se hacía y pensaba que le estaban dando una orientación constructiva para España, pero sólo podía acudir a acontecimientos importantes y sus salas y consulta, más las muchas horas de estudio y la dirección del grupo de colaboradores, absorbían su actividad. Siempre le atrajo poco la vida social. Conchita que tenía que pasar tantas horas sola, tuvo que buscarse para ella, sin poder contar con él, alguna distracción.

Salía mucho con su cuñada Luz, con la que siempre se pasaba bien por su ingeniosidad y gracia castiza de antigua modistilla, y con Montse, la mujer de Plácido Duarte, y Chun, hermana de Maortúa. Jugaban a las cartas e iban a tomar el té a «Embassy», muy de moda en aquel tiempo. Cuando Carlos regresaba o salía de la consulta, charlaba un rato con ellas y enseguida se iba a la biblioteca, donde pasaba la mayor parte de sus escasas horas libres.

Pocas veces daban alguna fiesta en su casa. Las celebraciones de santos (los cumpleaños no contaban) preferían pasarlos solos, como las Navidades y únicamente en Nochevieja salían alguna vez a cenar con los amigos.

En 1932 don Santiago Ramón y Cajal, ya muy limitado seguía trabajando. Para ello se había montado un pequeño laboratorio en el sótano de su casa

de Alfonso XII, 62, que sus discípulos llamaban «La Cueva». Ante su deterioro físico y por discrepancias con la situación dimitió de sus cargos de presidente de la Junta de Ampliación de Estudios y de director del Instituto Cajal. En una bella, casi espontánea reacción, los estudiantes en masa iniciaron una marcha desde San Carlos a su casa. Don Carlos, y tras él sus discípulos, se mezclaron en el tropel sin querer aceptar la primera fila. Iban enfervorizados a testimoniar su devoción y entusiasmo. Desconcertado, emocionado, don Santiago se asomó a un balcón. Una impresionante salva de aplausos, espontánea, entusiasta, llegó hasta su casi perdido oído. Quiso hablarles, balbuceó algo ininteligible, se retiró llorando y pensó: «¡Pero si todos mis compañeros han muerto! ¡Si la juventud no me conoce!» (1).

Don Carlos todavía se sentía joven y lo era, apenas treinta y cuatro años, y más aún sus discípulos. En aquel momento era un estudiante más, aunque de los pocos de aquella masa que había tenido el privilegio de asistir a sus clases. Creía como él que «no hay temas científicos agotados, sólo hay muchos agotados en su tema».

Nunca podría olvidar que aquel anciano era el hombre que más había hecho por el renovador soplo sobre la ciencia médica que él, entre otros, estaba protagonizando y había definido la forma más eximia y práctica de ser verdadero patriota:

—No soy un sabio, sino un patriota —había dicho en su famoso discurso del homenaje de la universidad cuando le otorgaron las dos Grandes Cruces de Alfonso XII y de Isabel la Católica—..., me hice el firme propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica, ante la consideración del decaimiento de la Anatomía y la Biología en España y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la Medicina científica. Lo he subrayado rotundamente: mi fuerza fue el sentimiento patriótico; mi norte el enaltecimiento de la toga universitaria; mi ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, grajeando respeto y simpatía para nuestra ciencia.

Carlos pensaba que aquel impulso había que perpetuarlo y que era su generación la llamada a seguir el cambio trazado por él, aunque nunca se pudiera llegar a donde él lo había hecho.

(1) *Santiago Ramón y Cajal,* P. Lain y A. Albarracin.

Un curioso reportaje fue muy comentado. Demostraba muy concretamente, con cifras, el mal trato que España seguía dando a sus científicos, poniendo como ejemplo al máximo exponente de la ciencia española, a su único Premio Nobel en aquella actividad. En él se calculaba en cuánto dinero se traducía la hora de trabajo (por entonces, a sus setenta y ocho años, todavía seis horas diarias) que totalizaba 12,22 pesetas/hora, frente al torero Cagancho: 3.000 pesetas/hora; Félix Quesada, jugador del Real Madrid: 266,66 pesetas/hora o la «vedette» de moda Reyes Castizo, «La Yankee»: 41,66 pesetas/hora..., estaba claro que en España lo mejor era ser torero, futbolista o artista de «varietés» y no dedicarse tontamente a investigar o estudiar. Pero así y todo aquellos jóvenes que rodeaban a don Carlos ganaban 0 pesetas/hora y seguían ilusionados en su trabajo en aquellos rudimentarios laboratorios de San Carlos, con la mente puesta en formarse, en llegar a dar con un hallazgo científico, aunque fuera un solo grano de arena en las inexploradas playas de la ciencia... y que ello se diera en España.

El verano de aquel año estuvo marcado por el fallido golpe del 10 de agosto de Sanjurjo. Era el general de mayor prestigio por sus acciones en Marruecos y contaba con el descontento militar por la «Ley Azaña». Sin embargo, en Madrid los sublevados no consiguieron hacerse con el Ministerio de la Guerra, y en Sevilla, aunque se pronunció por una «República moderna», la respuesta obrera con una huelga general hizo que los oficiales vacilaran. Sanjurjo, en estado de «total agotamiento» reconoció la derrota y fue detenido cuando intentaba huir a Portugal. Ello reforzó la autoridad del gobierno republicano y pareció, erróneamente, que la época de continuos levantamientos del pasado siglo había pasado siempre.

A la vuelta al trabajo y comenzar el curso había una importante novedad en los laboratorios de San Carlos. La gran figura de la Medicina alemana, Tanhauser, con el que estaba trabajando su antiguo alumno Pedro de la Barreda, le había escrito, solicitando que acogiera en la cátedra al hijo de su colaborador y gran histólogo, Bielchowsky. Ya había iniciado el nazismo su implacable persecución a los judíos que culminaría años más tarde con el mayor genocidio del siglo y originaría el éxodo de grandes figuras científicas hacia Inglaterra (Krebs) y sobre todo a Estados Unidos (Einstein y tantos otros). El joven Bielchowsky había ya destacado en Bioquímica y, al parecer, su actividad política contra Hitler le estaba poniendo en grave peligro. Don Carlos no tenía ninguna dotación económica de la universidad para aumentar su personal, pero además de la obligación humanitaria, le pareció que la incorpora-

ción de una persona tan valiosa, tan educada en la exactitud y disciplina de trabajo que podía aportar a la investigación de su grupo, suponía una gran oportunidad, así que contestó afirmativamente y le contrató a sus expensas. Enseguida sus enemigos le acusaron de «contratar judíos».

Se incorporó junto a la que luego sería su esposa, la señorita Angerman, técnica de laboratorio, con aquella precisa formación que tanto había resaltado a Conchita en su última estancia en Alemania, cifrando en la valía del personal auxiliar, gran parte del apogeo y seguridad de aquel ambiente científico.

Bielchowsky era un hombre de unos treinta años, alto, delgado, con gafas de aro y con un español rudimentario difícilmente inteligible, que utilizaba sólo los infinitivos. Afortunadamente, don Carlos y varios de sus colaboradores dominaban el alemán por sus estancias en aquel país, todavía Meca de la Medicina. Su incorporación a aquel laboratorio pequeño, mal ventilado y dotado en el que nunca había sillas suficientes para todos, fue esencial. Pronto demostró su capacidad y su rígida formación en el trabajo. Varios de los recién licenciados de aquella promoción extraordinaria: Castro Mendoza, Alés, Vivanco, Villasante, Miñón aprendieron junto a él la necesaria rigurosidad en los métodos, la exigencia de un adecuado control en las técnicas. Este era su «leit motiv», una de las palabras que más pronto incorporó a su titubeante castellano: «Control, control.»

Los jóvenes médicos le temían y con frecuencia le hacían objeto de sus bromas. Había que ver su cara de indignación, cuando, puestos de acuerdo, comenzaron un día a pipetear con unas pajas que habían cogido en un quiosco de horchata a las que habían pintado con rayas imitando las que debían señalar los milímetros cúbicos.

—¡No tener valor, ser imposible! —gritaba.

Preferían consultar sus dudas con la señorita Angermann, grande y maciza, constitución típicamente germánica, como una walkiria, pero más suave y asequible. El que más se pegó e él, el que sería su continuador en la Bioquímica fue Castro Mendoza con su carácter austero de inca, con su faz imperturbable, serio y callado, que además tenía la ventaja sobre el resto de haber estudiado Medicina en España, ya con su título de Químico en su Perú natal.

Los estudiantes, desde la llegada de la República estaban bastante soliviantados. Las divisiones ideológicas se hacían más manifiestas y un espíritu de confrontación hacía que con frecuencia hubiera algaradas y huelgas, volcar

de tranvías y creación de sindicatos estudiantiles de alto contenido político. Don Carlos dejó bien claro desde el principio que, aunque la izquierda imperante había modificado el calendario universitario suspendiendo las tradicionales fiestas religiosas, él las seguía respetando. Se sentía profundamente católico y no estaba dispuesto a dar clases el día del Corpus o del Pilar. El día antes, al acabar su explicación cotidiana, anunciaba: «Mañana no hay clase por que es tal fiesta...» Aunque ello le creó críticas y pretericiones, siguió imperturbable en su firmeza, con la creencia de contribuir con su catolicismo a orientar sanamente a sus colaboradores y, en general, a una parte de la juventud estudiosa. En lo demás no intervenía y los alumnos seguían respetándole de tal forma que las clases seguían siendo multitudinarias; aquella hora tan atractiva de aprendizaje era más importante que el motivo a veces fútil, de huelgas y enfrentamientos.

Jiménez Díaz había seguido visitando con frecuencia a don Santiago Ramón y Cajal, su ídolo de juventud y madurez, aquél que posiblemente tuvo un importante papel en su repentina vocación a estudiar Medicina. Le entusiasmaba hablar con él, seguir aprendiendo de aquel hombre fantástico no ya Histología, sino sus claros criterios sobre la ciencia, sobre la investigación, sobre el atraso de España. Aunque su médico oficial era don Teófilo Hernando, a él, en aquellas visitas que trataba de prodigar, también le contaba sus avanzados achaques, pues tenía mucha confianza en el saber clínico de su antiguo discípulo. Había escrito ya su postrer libro «La vida vista a los ochenta años», que, como los anteriores, había emocionado a don Carlos. En una de las últimas visitas de dijo:

—Ya sé que le será difícil hacerlo, pero he tenido una carta de Bielchowsky pidiéndome que le recomendara a su hijo para que pudiera venir a trabajar a su cátedra.

Don Carlos tuvo la satisfacción de decirle que ya había comenzado a trabajar en el laboratorio. Muy poco después, el 17 de octubre, moriría en su casa de la Calle Alfonso XII y su pérdida motivó una inmensa manifestación de duelo en toda España. Una de sus últimas notas referentes a actividades profesionales decía:

—No puedo andar ni hacer fotografías. Cuando esté hecho, ¿dónde estaré yo? Y, ¿qué me importa que los sabios sigan disparatando cuando yo no sea nada?

Y su última carta, a Ortega y Gasset decía:

«Yo sigo trabajando, pero siento demasiado el peso de mis ochenta y dos años y la fatiga de mi memoria. La tragedia íntima que me tiene insomne es la seguridad de que dada mi decadencia me será imposible reeditar mi obra sobre la estructura del sistema nervioso en dos grandes volúmenes con más de mil grabados. Es la labor perseverante de cuarenta años de investigación.»

Don Teófilo Hernando describió su hermosa muerte, aquélla que contristó a toda España, pero más a los científicos inquietos, que sabían mejor que nadie todo lo que aquel hombre había hecho y lo que supuso para la ciencia española:

«Viéndole avanzar en su agonía no podía convencerme de que en aquella cabeza, asiento de una voluntad invencible, de un talento extraordinario que le llevó a escudriñar en los seres vivos sus estructuras más delicadas, aportando descubrimientos que habrían de ser definitivos en el saber de los hombres, se fuese apagando toda la luz y perdiendo la conciencia, incapacitándole para toda idea o, cuando menos, para expresarla; hasta que, por fin, plácidamente, quedó inmóvil y convertido en materia inerte aquel cerebro portentoso.»

No podremos saber qué le habrían parecido a aquel sabio irrepetible tantas pompas fúnebres, tantos funerales organizados en su sufragio. Hacía años había escrito:

«Somos aún demasiado supersticiosos. Miles de años de fe ciega en lo sobrenatural parecen haber creado en el cerebro algo así como un "ganglio religioso", desaparecido casi enteramente en algunas personas y caído en atrofia en otras, persiste pujante en las más. Tan glorioso me parece un católico de talento y henchido de fe robusta como un patricio emérito y convenido racionalista.., porque ambos, creyentes y racionalistas, son hechura del ambiente histórico y de las fatalidades arquitectónicas del cerebro, pocas veces modificables.»

Los Jiménez Díaz seguían haciendo muy poca vida social. Sin embargo, no olvidarían nunca una reunión en su casa de Velázquez. Había visto como enfermo, tras su tuberculosis que le tuvo en un sanatorio del Guadarrama, a Rafael Alberti, siempre junto a su «compañera» María Teresa de León, una verdadera belleza y mujer encantadora y culta, y se hicieron bastante amigos. Le entusiasmó su «Marinero en Tierra», que le había lanzado a la popularidad con la concesión del Premio Nacional de Literatura. Un día organizaron una pequeña fiesta de amigos íntimos y hermanos, para oírle recitar algunos poemas de su nuevo libro «Sobre los ángeles», en que se había pasado al imperante surrealismo. Llevó con él a Federico, también famoso tras su «Romancero Gitano». Los nuevos poemas de Alberti eran difíciles, distintos a la frescura de sus primeros versos (¡aquello de... «y ya estarán los esteros rezumando azul de mar!»), pero además García Lorca era arrebatador, como recitador. Sus versos se elevaban por encima de su ya originalísima altura cuando él mismo los decía y luego tocaba el piano y cantaba sus canciones rescatadas o modificadas del más puro folklore andaluz, del hondo y sabio de aquel pueblo, que los extraía de sus raíces árabes. Don Carlos, tan entusiasta y entendido del flamenco desde su estancia en Sevilla, quedó entusiasmado, con los demás, de la simpatía, la gracia y las dotes de actor innatas de aquél al que ya se consideraba un genio de la poesía.

El momento más emotivo de aquel inolvidable recital fue cuando Federico inició el recitado de su «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías». Entre los amigos congregados en casa de don Carlos estaba Domingo Ortega. Cuando le llegó la muerte al torero, el 11 de agosto anterior, sustituía en Manzanares al «paleto de Borox», de baja por una leve cogida. Aquel toro había podido matarle a él, aunque difícilmente Domingo habría iniciado aquel pase sentado en el estribo, cambiado por la derecha que le parecía una suerte «antinatural». Muchos ojos le miraban cuando la inolvidable voz de Lorca, plena de emoción por la desaparición de su amigo Ignacio comenzó: «A las cinco de la tarde, eran las cinco en punto de la tarde...»

Y luego:

«¡Que no quiero verla! Dile a la luna que venga, que no quiero ver la sangre de Ignacio sobre la arena.»

Hasta el bellísimo final:

«Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico de aventura. Yo recuerdo una brisa triste por los olivos...»

Pero aquéllos eran momentos muy aislados en su continuo trabajo en la cátedra, en la preparación de sus libros de «Lecciones de Patología Médica», del que ya había salido el tomo primero «Enfermedades del aparato respiratorio», que había resultado un éxito tal que la editorial Científico Médica de Barcelona, ya había tenido, a los pocos meses, que sacar una segunda edición, ante el rapidísimo agotarse de la primera.

Los errores de la esperada República, queriendo en poco tiempo arreglar tantas actitudes reaccionarias, tantos poderes continuados en España como la

aristocracia y el ejército, había conducido a la derrota izquierdista en las elecciones del 33. Allí empezó otra vez el retroceso de un proceso aperturista en que, quizá, los estudiantes y los liberales intelectuales habían puesto excesivas esperanzas. Se iniciaría el llamado por la izquierda «Bienio Negro» y en ese octubre del 34, surgió el levantamiento de los mineros asturianos, duramente reprimido, y ahondó más aún las diferencias entre las dos Españas de Machado.

Todo ello no podía dejar de repercutir en la situación de la universidad, pero don Carlos y su grupo seguían laborando día a día, aunque se volcaran tranvías en la Calle de Atocha, e incluso algunos estudiantes fueran con pistola a las clases..., cuando éstas no quedaban interrumpidas ante el menor pretexto de un signo o de otro. Era necesaria mucha concentración para que todos aquellos acontecimientos externos, las diferencias ideológicas de los discípulos y colaboradores, no les hicieron desviarse del camino de estudio e investigación que habían iniciado con tanta ilusión.

Una revista llamada «Garma», que editaba en la Facultad, la izquierdista F.U.E, le pidió un artículo nada más empezar su andadura. Sin pararse a mirar su tendencia escribió uno de aliento a la juventud estudiosa, de las pocas publicaciones no médicas que haría.

Lo titulaba: «INQUIETUD CULTURAL» y decía:

«La aparición de esta revista me ha sido extraordinariamente simpática, como síntoma, tiene un aspecto grato, moderno, nuevo y, como médico acostumbrado a interpretar síntomas, uno quiere llegar a penetrar el espíritu que la informa. Los estudiantes tienen proyectos, ilusiones, desean algo que no saben taxativamente lo que es, pero están inquietos, comprenden que no podemos estar parados, los deseos no se plasman, quedan en parte como una cosa indefinida; saben que se proponen algo, pero, ¿qué es? Ni en la obra del hombre o de un grupo existe de ordinario una conclusión previa definida, esto no es preciso, basta con el agitarse del fuego interior que lleve a algún sitio, a éste o al otro, pero más lejos.

Andar, andar con entusiasmo, con optimismo, desear algo, desear siempre, poseer el divino diamante de la inquietud de que nos hablaba Amado Nervo. Por eso tienen estas hojas tal simpatía: una nueva necesidad de progreso se ha dejado sentir en todos los aspectos de la vida española; en el nuestro, en el universitario, quizá más viva, más cálidamente.

Ha habido —aún hace poco que transcurrió, todavía queda de ella un residuo esporádico— una época que podemos llamar anecdótica, muy barroca en nuestras universidades. Se poblaban de profesores inteligentes, a menudo enormemente ingeniosos, hasta de "buena sombra"; se caracterizaban por "tener cosas", por su indiferencia y aun su desdén por el progreso científico.

Algunos tomaban en serio su papel nominativo, hablaban metafísicamente de ir a la médula de las cosas, de no desvariar en los detalles, de formar "cuerpos de doctrina" (¡qué frases!). Era la trascendencia de una época agitada en lo social y en lo filosófico, el romanticismo infiltrando una cátedra que se alejaba tanto de la brillante cátedra española de siglos atrás como la oscura indecisión de lo barroco de la augusta elegancia del Renacimiento. Era natural que los estudiantes se perdieran en conjeturas, pasaban y pasaban; tenían por contagio el comentario, pero no poseían el deseo, la inquietud; o no hacían revistas, o si las hacían las poblaban de versos; era la asistolia de las juventudes.

Unos cuantos hombres en el terreno espiritual y científico rompieron con su época clamando siempre a favor de nuevas orientaciones y creando un tránsito feliz: las universidades comienzan a iluminarse de una inquietud fecunda, luminosa de información y análisis; se aumenta el ansia de "universalización", de conocer idiomas, de acudir a centros extranjeros. Esto no era con todo bastante; se precisaba, una vez rota la comunicación umbilical con tal placenta, avanzar más, crear ciencia propia, que no es sino mirar científicamente todo lo que hagamos; pero avanzar, ¿cómo y hasta dónde?, por lo pronto, los estudiantes se asocian para demostrar un deseo, fundan una revista, crean una biblioteca, se mueven, se inquietan, pero, ¿qué quieren?, por lo pronto basta simplemente que quieran.

Y yo, en trance de decirles unas palabras, les repito hoy lo que tantas veces he dicho a los que me rodean: tenemos que "crear un ambiente". Ved lo que acontece habitualmente a los que regresan de una estancia en el extranjero; allí formulan mil proyectos para su vuelta, trabajarán mucho, harán una labor científica, de investigación, y a su vuelta sienten una gran angustia, ¡es tan difícil trabajar aquí en este mismo orden! Pero, ¿cuál es la causa de semejante dificultad que tantas actividades resta a la creación de una ciencia española, cada vez más pujante?, no es culpa de los profesores que cada vez más llenos de entusiasmo desean dar facilidades a los que quieren trabajar a su lado. Es la falta de ese ambiente de que les hablaba..., hasta ahora el Estado ha atendido poco a la enseñanza superior, pero nada a la obra investigadora, creadora real del ambiente universitario; crear especiales pensiones para trabajos determinados, cátedras y laboratorios suficientemente dotados, no sólo en lo

material, sino económicamente; y sobre todo pensionar a las juventudes estudiosas, creando puestos retribuidos en suficiente cantidad para recoger los entusiasmos de los primeros momentos y encauzarlos en la actividad científica. Todo ello es cosa que es preciso hacer y de ello no se ha hecho nada o casi nada. ¿Es de creer que el Estado, que emplea cuantiosas sumas en otras necesidades o en fundaciones universitarias no estaría dispuesto a prestar la misma ayuda a la universidad? Posiblemente sí, la causa es que aún no hemos hecho sentir lo indispensable, lo vital de esas necesidades.

La Ciudad Universitaria nos dotará pronto de locales hermosos, pero es necesario que esto no sea una cosa muerta, tenemos que repetirnos a nosotros mismos mil y mil veces y decirlo en todo momento y a todo el mundo que el rendimiento dependerá de cómo se vele por la actividad científica de las juventudes recién salidas de la universidad con deseos y entusiasmos; que no se puede pensionar a uno al extranjero para que se le abandone a sus medios y nadie se ocupe ya del muchacho, dejándole perderse entre oposiciones a cargos mal remunerados y el ejercicio, desesperado y difícil en los primeros momentos, de la profesión. Es necesario proclamar que cada vocación científica que se estorba o tuerce es una posibilidad de progreso —el más efectivamente patriótico— que se estrangula. Hay que difundir en los jóvenes y en las esferas directoras y en todo el país este estado de conciencia, este "ambiente".

Y esto son los jóvenes mismos —estudiantes o profesores—, los que pueden hacerlo con su inquietud y ejemplo; la experiencia ennegrece la ilusión, el buen ejercicio ecuánime fácilmente se transforma en inactividad; nosotros debemos en todo momento desear más, mucho más, y hacer sentir nuestro deseo. Sin entusiasmo, sin lo que apasionadamente arranque de la médula de nuestro tesoro espiritual nada puede lograrse. Benavente ha dicho: "Nada bueno puede darnos la vida, sin que lo mejor de nuestra vida hayamos dado."»

Difícilmente se puede encontrar un análisis más lúcido del problema universitario español de aquella época. Lo terrible es ver cómo casi veinte años después, en su libro «La investigación científica y la enseñanza y orientación en la Medicina», publicado en 1952, se ve que la situación no ha mejorado, incluso ha empeorado, y todavía más triste, que en el momento actual, se podrían repetir casi las mismas palabras. Y si en algo, en muchos aspectos, hemos visto mejorar la enseñanza de la Medicina, la de licenciatura y la de postgraduados ha sido casi exclusivamente gracias a que él las llevó a la práctica, aunque para ello tuviera que tomar un camino inédito en España, fuera del

ámbito estatal, el apoyo de la sociedad, de los económicamente poderosos que le ayudaron, porque, desgraciadamente no lo hicieron las autoridades de cada momento, de tan diversos signos, que tenían la responsabilidad de modificar una situación tan libre y reiteradamente denunciada y expuesta por Jiménez Díaz.., pero al fin, en aquellos momentos, estaba iniciando la senda que le llevaría hacia su sueño...

La significación izquierdista universitaria de esta revista, le supondría algún problema en un cercano futuro, al igual que una colaboración, esta meramente científica a nivel de divulgación, en la revista «Cruz y Raya», que abría sus páginas a todo lo progresista, de la mano de José Bergamín.

Allí escribió un artículo sobre su, por entonces tema favorito, «Significación biológica de la alergia». «Cruz y Raya» que, como dice Laín:

—Especialmente fue incitadora y revulsiva en sus primeros números; «Hegel y el problema metafísico», de Zubiri; un amplio y penetrante comentario de María Zambrano a las obras de Ortega; «Atomos y electrones», de Julio Palacios; «Una voz en la calle», de Emilio García Gómez; un luminoso artículo político-religioso de Alfredo Mendizábal; el anuncio de otro de Carlos Jiménez Díaz sobre la significación biológica de la alergia...

Al final del curso del 36 dio una lección «especial» a sus alumnos, que luego incluiría como colofón de su cuarto tomo de «Lecciones de Patología Médica» dedicado a enfermedades de la sangre, y que se publicaría en junio de 1940, y alcanzaría, como los restantes, varias ediciones.

La importancia de dicha lección es doble. En primer lugar por exponer en ella todo su pensamiento sobre el ejercicio de la Medicina, sobre cómo debe ser y actuar el médico. Posiblemente es de todos sus escritos el que mejor traduce su espíritu de perfección, de avanzar siempre en pos de la verdad; y lo hace en forma de consejos a una promoción de alumnos, que en el actual momento, terminaban sus estudios en la Facultad. La otra trascendencia es que precisamente aquella pléyade de alumnos recién graduados, se verían inmediatamente envueltos en la tragedia de la guerra. Posiblemente aquellos jóvenes que estaban codo con codo en las gradas del aula, estarían en corto tiempo en distintas trincheras, con distintos uniformes, con ideales contrapuestos... y varios de ellos morirían.

Ello hace que mereciera la pena trascribirla íntegra, pues además de lo expuesto, su contenido nos sigue pareciendo de una rabiosa actualidad, a pesar de los cincuenta años trascurridos. Su lectura especialmente para los actua-

les estudiantes y médicos jóvenes puede tener un gran interés. Aunque las técnicas, los modos, hayan cambiado, todo lo que don Carlos dijo para orientar el futuro de aquella promoción marcada deberían ser las actitudes de los médicos actuales... y de los futuros.

La lección en sí la había dedicado a un tema original, sugerido por un antiguo libro del siglo XVI, de Ponce de Santa Cruz, que en latín dedicaba un capítulo a «De las contraindicaciones para el empleo de los grandes remedios que se utilizan en la curación de las enfermedades». Este fue su tema, naturalmente actualizado, y pasaba revista a contraindicaciones de: la sangría, de la morfina, de los purgantes, de los diuréticos, de los hipotensores. Tras aquellos consejos terapéuticos entraba bruscamente en lo que le gustaría que hicieran aquellos jóvenes pronto licenciados, y en lo que no debían hacer nunca. Aparte de ser esencial para conocer sus criterios, es hasta amena.

«Durante los tres pasados años en que hemos estado juntos, intencionadamente yo he evitado impartir las llamadas "lecciones prácticas". Tengo suficiente respeto por ustedes y la suficiente responsabilidad para no haberles administrado "papilla científica"... En mis lecciones no he pretendido enseñarles toda la Medicina clínica, lo que considero imposible. Algunos de mis colaboradores que han estado junto a mí varios años se dan cuenta de que están aún comenzando. Tras varios años dedicado a enseñar la disciplina, yo mismo tengo la espléndida persuasión, que me llena de satisfacción, que cada vez que veo a un paciente sigo aprendiendo nuevas cosas. ¿Cómo podría ser tan loco para creer que se puede aprender toda la asignatura en tres años? Mi intención no ha sido tanto instruir a ustedes en este campo de la Medicina, sino en enseñarles una actitud; llevar a su ánimo que su conocimiento es bello, porque significa un ejercicio constante del razonamiento y el satisfactorio resultado es saber que están ayudando a su prójimo enfermo. En el momento supremo de establecer un diagnóstico sabemos que no estamos meramente enfrentándonos a un estómago ulceroso o un hígado enfermo, sino a un ser humano cuya mucosa accidentalmente se ha ulcerado... Nunca he querido enseñar a estudiantes a llegar a ser "médicos-caja registradora", en las palabras de Unamuno. Mi intención ha sido hacerles conocer que a un diagnóstico se llega tras una elaboración mental.

Nunca he pretendido "cubrir todo el programa". Ello no puede lograrse, no ya en tres años sino en toda una vida. El "programa" es tan elástico que uno ha de ir tras él en el curso de toda una vida. Mi mayor premio será ver que han adquirido esta actitud como resultado de mi enseñanza. En la práctica profesional que ustedes van ya a iniciar les pido que recuerden que son académicos y hombres de ciencia. Por ser académicos no deben olvidar la universidad y la escuela que les ha enseñado. No me refiero a que no nos olviden a nosotros, porque ello es accidental; lo que no deben olvidar es el "alma mater" de su Facultad...

Finalmente no olviden que, como académicos y científicos, siempre que se enfrenten con las miserias que encontrarán en la práctica de su profesión, siempre han de estudiar. Si se han equivocado admitan el error y aprendan de ello. Tomen el hábito de estudiar siempre que se distraigan de la verdadera vía, tengan sus mentes alerta y, sobre todo, no olviden que nunca deben creer que ya saben suficiente. Yo, desde luego, sé poco, pero puedo asegurar que he dedicado mi vida, y a ello dedicaré el resto de ella, en un esfuerzo continuo de mejorar mis conocimientos, sabiendo que cada día seré un poco más sabio. Siempre que uno alcanza una cima se da cuenta de que hay más altas cumbres que alcanzar.

Ustedes deben ser doctores prácticos, sí, pero doctores con cierto tono científico, poseídos por inacabable curiosidad y persistente entusiasmo. Sean nobles y leales, vayan a las raíces de los problemas y no pongan atención a signos externos que a veces acompañan los falsos éxitos...

Si ustedes no olvidan estas mis últimas recomendaciones, que estoy sintetizándoles hoy, de las que he intentado ser constante ejemplo, mi satisfacción será inmensa y estaré siempre honrado de que hayan sido mis discípulos.»

Unos meses más tarde, aquellos jóvenes que le escuchaban entusiasmados, llenos de ilusiones de futuro, estarían, por desgracia, cruzándose tiros desde distintas trincheras de una trágica guerra civil.

Capítulo VII

Hacia su sueño: El Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas (1934-1936)

Nuestra vida no es un sueño,
pero debe convertirse en él.
«Máximas», NOVALIS

EXISTE UNA EPOCA, que se puede situar en 1934, en que la actividad y el pensamiento de don Carlos parece disociarse. Se diría que nada nuevo ocurre. O mejor, que cada día ocurren nuevos progresos, nuevas cosas, pero que este fructificar del grupo, este aumentar su capacidad de investigación en materias más básicas, más profundas, aún con escasos medios, origina en él una llamada de atención: el riesgo de quedar en esto, de no anhelar nuevas metas.

Aquello funcionaba. La incorporación del judío Bielchowsky, repitiendo su «leit motiv» («contrrol, siempge contrrol, sin él nada tener valog»), ha ido creando en los jóvenes que con él trabajan un ambiente de seriedad, seguridad técnica. Asimismo, el retorno de Arjona, de Cruz, de Morán le hacen ver que ya su cátedra funciona como la de otros países, tanto en la pesquisa de verdades ocultas, como en la labor clínica con criterios modernos, con estudio, con sesiones de mayor contenido. El hilo de araña que día a día había ido tejiendo entre sus discípulos les mantiene ya firmemente unidos e ilusionados en la obra común. ¿Dónde estaba, pues, el problema?

Don Carlos duda. Todo eso es verdad. El camino se va ensanchando y ascendiendo. Pero teme que lo soñado quede detenido en esos logros. El quiere aún mucho más y la satisfacción de lo logrado es una gran enemiga de la lucha por otras cotas.

Lo anterior se podía hacer, se iba haciendo, pero era muy difícil sin dinero, subvenciones ni materiales de la Facultad y en unos locales exprimidos al

máximo, estrechos, en los que había que trabajar apiñados, casi codo con codo, en el querido, pero vetusto San Carlos.

Pero aún sin detener ese paso, de su cabeza se iba apoderando progresivamente la idea de un Instituto propio para la investigación, aun dentro de la universidad. Era una nueva línea, una constante en su pensamiento. Hasta entonces todo había estado entremezclado, superpuesto. Pero por entonces aparece una especie de desdoblamiento de personalidad, la que atiende a la clínica y a la docencia y la que se va haciendo más y más fuerte, casi obsesiva, la de poder incrementar la investigación.

Esta doble línea justifica que también aquí, con los años superpuestos, se dividan los hechos. Los ya expuestos de la labor de su cátedra incólumes a las convulsiones de aquella revuelta España y, aisladamente, la persecución de un sueño, de un Instituto donde por primera vez se pudiera investigar íntegramente, con dedicación absoluta, sin trabas burocráticas ni oposiciones. De ello proviene este capítulo que rompe órdenes cronológicos, porque se trata de uno de los momentos claves de su vida, la culminación de sus sueños.

La esperanza estaba en la construcción ya avanzada de la Ciudad Universitaria, con su nueva Facultad de Medicina y el nuevo Hospital Clínico. El no tenía obsesión alguna de crear un Instituto en un edificio especial, aislado de la universidad, pero había encontrado en ella tan poca ayuda, tanta incomprensión, que en tan nuevos y espaciosos locales como esperaba tener pronto se aseguraba más enfermos y más laboratorios, pero seguiría faltando el dinero para adquirir material y, sobre todo, para poder mantener unos colaboradores que pudieran perseverar solamente en la investigación; que pudieran hacerlo, aunque fuera con modestia, pero sin tener que buscarse la vida por otros derroteros que inevitablemente diluirían su actividad, sus capacidades de estudio y profundización en los problemas. Todas las ideas originales que le sugerían las revistas y las incógnitas que surgían ante el estudio de cada enfermo, necesitaban una dedicación plena. Existía también la necesidad de que sus colaboradores completaran su formación en centros extranjeros y la inmensa labor que en este sentido había hecho la Junta de Ampliación de Estudios se había terminado. El sabía bien que sin sus estancias en Alemania no habría llegado nunca, por mucho que hubiera estudiado y practicado, a su formación y capacidad actual.

Pero si sólo era cuestión de dinero, la cosa tenía menos dificultad, lo que había que hacer era pensar y encontrar un camino.

Carlos era consciente de que no podía esperar del Estado ni de la universidad una dotación suficiente para el Instituto que quería crear, sin el que veía que nunca podría hacer una investigación valiosa. Tenía el ejemplo vivo de lo ocurrido con el Instituto Cajal, con mucho el científico más importante y más valorado del país. Se había empezado a construir en 1921, aún sin un proyecto definitivo y con un presupuesto de 1.713.000 pesetas, que se redujeron a un millón en 1922, y el ¡29 de diciembre de 1931! el doctor don Gonzalo R. Lafora publicaba en «Crisol» un artículo titulado «El Instituto Cajal no se acaba nunca». Habían pasado más de diez años, en que su creador y sus extraordinarios discípulos: Achúcarro, Tello, del Río Hortega, el propio Lafora habían hecho una labor constante, reconocida mundialmente, pero aún no habían conseguido que les dieran «casa» adecuada. En uno de sus párrafos decía:

«Hoy puede visitarse con pena y protesta este absurdo edificio, en que todo se ha supeditado a la fachada, procurando gastar lo más posible en adornos carísimos, impropios y de mal gusto, en un gran hall de mármol, en bloques enormes de granito y, en fin, realizando una concepción totalmente megalómana que hace inservible el edificio... todas estas cosas explican que un edificio proyectado en un millón de pesetas, esté hoy sin terminar, a los diez años de empezado y después de haber gastado más de tres millones.»

Carlos no quería nada suntuario, sino funcional, y esperaba que los locales de la Ciudad Universitaria fueran concebidos con aquel criterio y así lo resaltó siempre en reuniones con Negrín y los arquitectos.

Para trabajar los mármoles estorban, el científico que se siente tal requiere un ambiente modesto, pero bien equipado, y no tener preocupaciones económicas de subsistencia que le permita perseverar en su labor callada pero constante.

Realmente era lo que le había pasado a Cajal; aquel monstruoso edificio aún inacabado sería más un monumento que un lugar de trabajo, porque mientras tanto, con ocasión del homenaje que se le preparó en 1921, había dicho en «El Sol»:

«...Pero mientras se logra este lejano (¡aún no sabía cuán lejano!) *desideratum* —hay que construir un edificio que costará más de un millón— urge acrecentar la consignación destinada a material que sigue siendo la misma de hace dieciocho años, cuando imprenta, productos químicos, aparatos científicos y demás medios de trabajo costaban la tercera parte que hoy. Baste recor-

dar un detalle: de las diez mil pesetas anuales afectadas al material, sólo la impresión de nuestra revista, ilustrada con numerosos grabados, absorbe más de la mitad, lamentable fuera que el creciente déficit, nos obligara a aplazar, cada vez más, la publicación de nuestras investigaciones y, lo que es más grave, aminorar o enervar el brío inquisitivo de mis discípulos y colaboradores.»

Ante esta perpetua falta de sensibilidad estatal, don Carlos quiso abrir otros caminos, implicar no al Estado, sino a la sociedad en conjunto, pero empezando por los poderosos, los que podían aportar economía al progreso de la ciencia en España.

Eran muy escasas las ocasiones en que ello se había producido. La mayor parte de las veces los filántropos preferían algo más espectacular. Algo que perpetuara su nombre a través de un sonoro premio, que pudiera ser convenientemente aireado por la prensa. Existía, como ejemplo destacado, el del Marqués de Valdecilla, en Santander, que había financiado todo un hospital y había dejado bien firme su futuro.

Por ello don Carlos, aunque daba vueltas y vueltas a su cerebro sobre esta posibilidad, que le parecía la única, no conseguía ver claro ningún camino para iniciar el paso hacia su sueño de siempre y hablaba de ello rara vez con personas de buen criterio, pero de ellos no recibía más que palabras de buena voluntad o de pesimismo.

Lo que hacía era no detenerse ante aquellas dificultades que intuía y seguía incrementando su labor y la de su grupo con los escasos medios de San Carlos y con la vista esperanzada en el traslado hacia la Ciudad Universitaria que, aunque lentamente, seguía creciendo en el bello entorno elegido con su panorama hacia la crestería serrana que tan bien conocía y hacia los encinares de la Casa de Campo. Ya estaba prácticamente terminado el primer edificio, el de la Facultad de Filosofía y Letras y el siguiente sería ya el de la de Medicina.

Mientras tanto su prestigio científico y social seguía elevándose y sus medios propios permitían complementar para laboratorios lo que no podía recibir de la universidad.

En aquel momento surgió otro hecho que en su vida añadiría una nueva aunque muy distinta ilusión.

Un día, allá por el año 34, tenía una consulta en Burgos y salió muy temprano para poder volver a tiempo de la consulta de su casa, con enfermos citados por Jesús con varios meses de antelación. Como otras veces, al pasar por

La Cabrera, pueblo al que se había alargado andando en su temporada de médico del balneario de El Molar, le volvió a llamar la atención cómo entre los picos graníticos con sólo matojos de tomillos y romero entre las hendiduras negras, existía una gran mancha verde de arboleda. En alguna ocasión había preguntado qué era aquello, sin poderse explicar cómo podía existir tal vegetación entre pura roca y le habían dicho que eran las ruinas de un convento franciscano, uno de los más antiguos de la región.

El paso por allí, la visión de aquel milagro en pleno roquedal le llegó a obsesionar y, según contaba más tarde, lo veía en sueños, como un paraíso perdido.

Lo comentaba mil veces con Conchita, hasta que ésta le dijo:

—Mira, Carlos, eres un cabezota. Cuando se te mete algo en la sesera no hay forma de sacártelo. Me tienes harta con darle vueltas y vueltas y hablarme de aquello, como si me quisieras convencer de algo. Sabes muy bien que todo lo que a ti te guste me ha de gustar a mí y que aunque discutamos algunas tonterías siempre acabamos estando de acuerdo... con lo que tú opinabas. Así que hay que coger el toro por los cuernos. Con hablar y hablar de ello no adelantamos nada. Después de lo que trabajas y de lo bien que nos van las cosas no te vas a quedar de entrada sin algo que tanto parece ilusionarte. Se ve que todavía tienes en la cabeza lo que con tanto empeño te metió tu padre, que en Gloria esté, respecto al valor de cada peseta. Decididamente, este sábado nos vamos a La Cabrera y allí preguntaremos hasta enterarnos bien de qué es y de quién es aquello y si hay alguna posibilidad de que llegue a ser nuestro.

Así lo hicieron y al llegar al pueblo empezaron a preguntar sin demasiado éxito. Todos miraban hacia arriba, a los picos, y decían:

—Pues, eso, eso... es «El Convento».

Y lo más que añadían era:

—Es muy antiguo, pero está completamente derruido.

Por fin alguien les indicó que el que sabía bien todo era el señor cura. Fueron para la iglesia, pero estaba cerrada, igual que la pequeña casa rectoral a ella adosada. Una mujer que andaba por allí les indicó que a esa hora probablemente estaría en la taberna, echando una partida y allí le encontraron jugando al dominó, que abandonó inmediatamente cuando don Carlos se presentó y le dijo que quería hablar con él.

Ante sus preguntas su cara se animó y, tras aceptar un pitillo, les dijo:

—Sí señores, yo se bien la historia y conozco el lugar. Se la referiré con mucho gusto, pues además es una historia muy bonita. Se trata de las ruinas de un convento franciscano del siglo XII, uno de los primeros que la Santa Orden del Poverello de Asís instaló en España y, desde luego, el primero de esta región. Cuando se instalaron aquí había mucha más religiosidad que ahora en que el mundo parece haberse olvidado que existe el cielo y el infierno. Nadie sabe por qué se instalaron en tal paraje eligiendo lo que era un roquedal, como no fuera la reconocida austeridad de aquella Orden, tan dada a la contemplación de la naturaleza. Quizá la abundancia de piedras graníticas que no exigían traslados para la construcción del convento fue también un argumento decisivo. El caso es que allí se plantaron y empezaron a aprender de los canteros sus artes de trabajar la piedra y cultivar en pequeñas terrazas algunas hortalizas. Pero la tierra era pobre, el clima, helador en invierno, calurosísimo en verano y existía poca agua para que los cultivos fueran medianamente suficientes para su precario abastecimiento. Construyeron en primer lugar la capilla, pequeña, con una nave central más amplia, separada por gruesas columnas de dos pasillos, más que naves laterales, terminando cada una con altares con arcos de medio punto, los laterales meras hornacinas. El suelo era de canchales entreverados en tierra: allí se irían cavando sus propias tumbas, para que en el futuro al pisar las losas que protegían los cuerpos de los hermanos muertos no dejaran de recordar lo perecedero del mundo y de la carne en espera de la vida eterna. De todo ello tengo noticia por lo que hay escrito sobre ello, pues actualmente sólo se puede entrar arrastrándose y distinguir los techos. De todos los lugares cercanos —La Cabrera, Buitrago, Lozoyuela, Bustarviejo y hasta de la villa de Torrelaguna— empezó a acudir gente a la capilla y a encargarles misas por sus difuntos o por sus intenciones; pobres intenciones la mayoría: que no se murieran las cabras de aquella epidemia, que se mantuviera sin granizar hasta la recogida de la cosecha, que volviera el hijo soldado con bien de la guerra. Los hermanos preferían la soledad y no les atraía aquel peregrinaje, cada vez más numeroso, que les perturbaba en sus rezos. Un día tuvo una idea el superior que a todos les pareció perfecta: en vez de las cortas limosnas que recibían por aquellas misas y funerales pedirían en compensación voluntaria, nunca como precio, que les subieran un carro de tierra feraz del valle. Con ello, no se puede decir que «mataran dos pájaros de un tiro», porque ellos nunca matarían un pájaro, aquellos animalillos de Dios, puestos por El para deleitar con sus gorjeos a los hombres, pero podían conseguir dos fines santos y buenos a la vez: que no les importunaran tanto en sus oraciones las visitas de los aldeanos y que la huerta fuera incrementándose para subsistir austeramente sin dineros ni limosnas por medio. Con aquellas carretadas de tierra colocada en bancales, dado el gran desnivel del terreno, consiguieron, al correr de los años, el verdadero milagro de una preciosa huerta y que aquellos raquíticos árboles que habían plantado y replantado, pues todos los inviernos se perdían varios, se convirtieran en frondosos nogales, castaños, cerezos e higueras y que dieran sombra en verano para proteger del excesivo sol los cultivos de patatas, calabacines, melones, tomates y judías que encontraban tierra fértil del valle del Jarama entre aquellas rocas estériles. El otro fin de aquella medida, el de preservar su intimidad, no sólo no se obtuvo, sino que empeoró la situación anterior. Para los labriegos, la tierra tenía menos valor que las monedas de limosnas que antes les donaban, aunque hubieran de subirla por el empinado sendero hasta aquella altura. Además se sentían solidarios con la obra de aquellos santos varones, que se ganaban la vida como ellos, trabajando duramente la tierra y en los que nunca encontraban otra cosa que amor y buenos consejos. El convento había ido creciendo y se elevó la torre junto a la capilla inicial. Llegó a tener un gran refectorio y las cocinas y lavaderos abajo y unas veinte mínimas celdas en el piso superior que, por detrás, dada la gran inclinación del terreno, se asomaban a nivel de un pequeño claustro de arcos a Oriente y un muro granítico a poniente, donde pasear y disfrutar de la llegada de las aves a la puesta del sol y al alba. Muy lejano, peñas arriba encontraron un fresco manantial que canalizaron hasta el convento y la huerta y un poco a la izquierda, según se miraba al valle, la existencia de unos chopos también les guió a otra vía de agua que aprovecharon para otro huertecito que llamaron de San José. La comunidad aumentó, al igual que las losas de enterramiento de la capilla y hasta hubo un obispo, cuyo nombre no recuerdo, que les pidió refugio para sus avanzados años y allí yace delante del altar mayor. También yace allí, según los libros, el padre del cardenal Cisneros, y él mismo vivió aquí algunos meses. La historia del convento persistió varios siglos. Durante ellos los árboles se hicieron inmensos y se habían ido descolgando escalonadamente hacia abajo para aprovechar bien hasta la última gota de agua, tan escasa en el estío y habían aparecido en la hondonada algunos almendros y otros frutales.

El cura hizo una pausa después de tan larga parrafada y lio otro pitillo del tabaco habano picado de don Carlos; dio con delectación unas chupadas y prosiguió:

—Aquella vida idílica se cortó bruscamente cuando la invasión napoleónica. La situación estratégica del lugar, encaramado en aquellos cerros, domi-

nando todo el valle, entrada principal por aquella zona hacia Madrid desde la Francia debió atraer a aquel ejército, dispersaron a los frailes y luego, en su retirada, destrozaron todo quemándolo, la huerta se cubrió de malas hierbas y del convento apenas queda la torre, los arcos del claustro posterior y una pared medio derruida de la fachada. La iglesia, ya les he dicho que está enterrada y no queda prácticamente nada aprovechable.

—En cualquier caso —respondió don Carlos— mi interés no ha hecho más que acrecentarse tras escuchar una historia tan interesante. ¿Sabe usted a quién pertenece en la actualidad la finca?

—Pues sí señor, no sé por qué camino llegaría a sus manos, pero las propietarias actuales son unas biznietas de don Francisco de Goya, el famoso pintor. Viven en Torrelaguna y son bastante mayores y no deben tener muchos posibles, porque por aquí ni aparecen y nunca han gastado un céntimo en este lugar.

Don Carlos iba animándose progresivamente ante estas noticias, viendo más y más factible su ilusión de poseer algo tan atractivo para sus fines de semana y días de descanso. Estaba ardiendo en deseos de ver todo aquello, seguro que no le iba a defraudar.

—Le estoy muy agradecido por su información, padre, pero me encantaría verlo todo. ¿Se puede subir con el coche? ¿Hay que pedir algún permiso para visitarlo?

—No señor, allí puede subir cualquiera, pues la puerta está sin goznes ni cerrojos. Yo he subido muchas veces en busca de sosiego y por eso lo conozco tan bien, pero el reúma ya me impide hacerlo. El camino es malo, pero igual que subieron los carros con la tierra podrá subir el coche y, si a ustedes no les importa me gustaría ir con ustedes y enseñárselo personalmente, pues me da mucha pena no poder disfrutar ya de aquellos parajes bendecidos por Dios.

Aceptaron encantados y aunque en verdad el camino era casi intransitable y el chófer iba renegando por lo bajo por los tumbos que iba dando el coche, lo que vieron les entusiasmó. Las ruinas iban a ser inservibles y de la capilla no tuvieron más que un atisbo del techo, encendiendo una linterna y enfocándola a través del escaso medio metro que quedaba libre del arco de entrada, pero la belleza del lugar y la vista que desde allí se avizoraba hacia Somosierra y hacia la vera del Jarama y la majestuosidad de aquellos árboles centenarios era más que suficiente para encontrar todo aquello incomparable.

Las gestiones de la compra fueron rápidas, pues aquellas ancianas no veían cómo librarse de ello y don Carlos se encontró con una nueva ilusión que, como siempre, abordó con el entusiasmo que volcaba en todo lo que tocaba. Lo primero era llevar a su hermano Eusebio y que como técnico hiciera los planos y dirigiera la construcción, aunque él ya tenía muy claro en su cabeza lo que realmente quería. Cuando se lo mostraron dijo:

—Desde luego es una maravilla, pero sois unos locos. ¿Os figuráis siquiera lo que puede costar esto? No queda prácticamente nada aprovechable para la construcción. Habrá que restaurar la torre antes de que se caiga encima de vosotros y aquí arriba, con un mal camino que también habrá que arreglar para que puedan subir camiones, teniendo que traer obreros especializados desde Madrid, hacer el tendido de luz y el del agua que habrá que tomar de allá arriba, cerca del pico que decís se llama de la Miel, suponiendo que haya suficiente para que los manantiales no se sequen en verano. La cosa se os va a poner en un buen pico. Menos mal —agregó en broma— que el ingeniero no os cobrará y que por estos pueblos hay muy buenos canteros que saben trabajar la piedra y el material aquí es gratuito... y ellos cobrarán menos que los obreros que hubiera que transportar desde Madrid, Alcobendas o El Molar.

Trabajaron febrilmente, pues ambos estaban muy compenetrados desde la infancia y cuando se enfrentaban a un problema ya estaban deseando resolverlo. Fueron muchas noches de discusiones, de dibujos, de planificación de la obra.

Carlos tenía ahora que moderar a Eusebio dispuesto a hacer allí otro Escorial, pues el entusiasmo de su hermano le había contagiado. Decidieron mantener algo la estructura del convento inicial. Lo que había sido planta baja sería un inmenso hall con amplia chimenea al que abriera el comedor concebido como un gran refectorio con una larga mesa comunitaria. De él hall arrancaría una escalera, larga pues querían techos muy altos, que condujera a las habitaciones del piso superior, la de Carlos y Conchita adosada a una pequeña biblioteca-cuarto de estar con una chimenea en rinconada y el cuarto de baño. Del resto saldrían cuatro dormitorios más para invitados, con otro cuarto de baño. Ese piso tenía salida al antiguo claustro en cuyo centro planificaron una piscina, que simulara una alberca. Consultaron también con un arquitecto cuñado de Gil y Gil, Salvador Gayarre, al que además necesitaban para la aceptación de los planos por el colegio, trámite imprescindible para cualquier edificación.

Las obras fueron a buen ritmo, aunque las dificultades eran muchas. Por ejemplo, para hacer la piscina hubo que dinamitar la roca que configuraba el suelo del claustro, Carlos se encargó de diseñar el jardín. Para ello compró cuanto libro de jardinería encontró, ya que de botánica, a la que era muy aficionado desde sus tiempos de estudiante, tenía ya una verdadera biblioteca. Conchita, por su parte, recorrió todas las tiendas de muebles y algunos anticuarios para elegir minuciosamente la decoración a la que querían dar, dentro de su comodidad, un cierto aspecto conventual que no desentonara con el entorno.

Todos estaban inflamados de gran ilusión, que iba en aumento según se iba adelantando la obra y realmente consiguieron un lugar inigualable. El maestro cantero, Baonza, copiaba en la piedra fielmente los dibujos de Carlos de fuentes que pronto rumoreaban por distintas zonas del jardín. Decidieron cultivar frambuesas y grosellas que lindaban los senderos a los distintos niveles a que obligaban los bancales, después de sopesar bien qué frutos se darían bien en aquel clima extremoso, y los alrededores de la casa se plantaron del mejor césped inglés.

Se hizo a un lateral, algo escondida, una casa para los guardas, que allí serían imprescindibles y Carlos entrevistó a los aspirantes a ese puesto, que no faltaban. Se quedó sin dudarlo, después de una jugosa conversación, con Juan Vallejo, natural de Bustarviejo y casado con Dámasa y que tenían dos hijos pequeños. Juan les cautivó; era de esa estirpe de labriegos duros, con una inteligencia natural asombrosa en quien casi no había ido a la escuela. Tenía unos criterios muy claros sobre cómo había que hacer las cosas y era un gran trabajador. Su forma de hablar, sentenciosa y siempre atinada ante cualquier observación encantaron a Carlos, al que le gustaba tener con él largas conversaciones mientras «echaban un pitillo», pausadamente liado. Tenía algo de estoicismo, como un Séneca rural y fue siempre de una fidelidad perruna a sus nuevos amos.

Con él el cuadro quedó completo y cada fin de semana, cuando ya pudieron trasladarse, aunque fuera provisionalmente, allí encontraron nuevos alicientes y supuso para ellos, aunque más movido por las frecuentes visitas, dada su cercanía a Madrid, el mismo remanso de paz que el Salces de los veranos, aunque tanto el paisaje como la vivienda fueran totalmente distintos.

Poco después de aquel increíble hallazgo, y mientras se realizaban en ella todos sus proyectos para conseguir la mayor belleza, al tiempo que preservaba,

restaurándolo, aquel histórico convento, las gestiones para la creación de su tan deseado Instituto empezaban. Oigámoslo relatado por él mismo en su libro «Historia de mi Instituto».

«La imposibilidad de reunir en un solo hombre los conocimientos de técnica de que ha de ayudarse en el momento actual, ha traído un fraccionamiento de la investigación de los problemas médicos casi siempre en manos especializadas. Por ello el tipo de clínico "universal", de fines del siglo XIX, se va haciendo cada vez más raro y será imposible en un inmediato futuro. Es cierto que en aquella época, aún no conocidas sino pocas especies morbosas, la simple observación clínica o su terminación con la autopsia bastaban para roturar campos inmensos. Pero si hoy es necesario añadir a la observación las diversas metódicas, sería sin duda mucho más fructífero que los diferentes investigadores que atacaran un problema desde sus respectivos ángulos lo hicieran coordinadamente y en un frecuente intercambio.

En la práctica, numerosos obstáculos hacían difícil ese deseado concierto, pero, no obstante, es indudable que este criterio tenía que abrirse paso en el futuro y que el director de una escuela se parecería más, a partir de ahora, al director de una orquesta. Esta convicción fue el motivo inicial y más fuerte, que nos guió en la concepción de nuestro Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas. En él queríamos unir clínicas y laboratorios de investigación; éstos deberían comprender diversas secciones, llevadas cada una por sendos hombres especializados en las técnicas respectivas y todos ellos, en estrecho contacto, formando parte de un conjunto.

El problema, que para nosotros parte del enfermo, sería revisado en común por todos, cada uno desde su punto de mira y distribuidos los papeles respectivos al intentar su ataque, pues nos parecía obvio que una convivencia tan estrecha reportaría un gran beneficio mutuo y, al permitir observar sus varias facetas, rendiría un acceso más probable a la oculta entraña del tema investigado.

Por aquella época parecía que podrían tener un próximo final las obras de la Ciudad Universitaria y en ellas la magnífica y amplia nueva Facultad de Medicina y el espléndido Hospital Clínico, obras que pueden enorgullecer a los que las concibieron y trazaron. Pero los amplios locales que nos esperaban debían ser debidamente utilizados para responder al esfuerzo que España hacía allegándonos medios extraordinarios, muy superiores en cuanto a los locales, a muchas universidades extranjeras. España contribuyó y fecundamente al

progreso del mundo en los campos de la civilización, del espíritu y del arte; pero las épocas de revuelo bélico en nuestro siglo XIX hicieron coincidir la pérdida material de tierras que fueron nuestro "invento", antes de ser nuestras hermanas, con años en los que el progreso científico mundial tomó su marcha acelerada, de donde surgió un paréntesis en nuestra contribución por falta de creencias adecuadas y medios suficientes.

Ello permitió el desvío de una juventud tan inteligente, entusiasta y romántica como la nuestra, a campos fuera de la Ciencia. La creación de las nuevas Facultades debía, por tanto, servir, asimismo, para acoger en su seno a los bien dotados, tornándoles en creadores de una nueva Ciencia en España, al compás de la de otros países. Líbreme Dios de pretender aquello que calificó Unamuno de la "japonización" de España. Nada muestra tanto la inferioridad como la tendencia a la imitación; cada país tiene sus características y las nuestras son bastante recias y admiradas para tener capacidad de señalar rutas originales. Sin embargo, la Ciencia es una y sus técnicas las mismas, que precisan ser dominadas y Cajal fue el ejemplo de cómo puede el mayor internacional de los españoles ser, al mismo tiempo, el más castizo y el que con mayor sentido amó a su Patria.

Realizar el concierto antes explicado en forma de un Instituto que llenara de contenido vivo y a una empresa definida aquella arquitectura, formando en ella un foco de investigación y un hogar para jóvenes graduados que en el futuro pudieran realizar lo que nosotros, sin duda, no tendríamos ni condiciones ni tiempo sino de iniciar, fue nuestro sueño, nuestra preocupación y nuestro propósito. Un elenco de colaboradores que me habían sabido devolver con creces el entusiasmo que procuré infiltrarles, me acompañó en estrecha hermandad; utilizamos los medios a nuestro alcance para mejorarnos y aprender; varios se especializaron en diversos aspectos de la Clínica o de las técnicas de investigación experimental, aquí y en otros países, hasta construir un conjunto que sabía manejarse en su tarea, conocía sus defectos y tenía como horizonte principal rellenar sus lagunas y afinar sus cualidades.

El decano de la Facultad era por entonces don Sebastián Recasens (el mismo que facilitó mi segunda estancia en Alemania) y el secretario don Juan Negrín, profesor de Fisiología. Este me pidió que colaborara con él y con los arquitectos en detallar la distribución del nuevo hospital y muchas noches estuvimos reunidos hasta horas avanzadas, algunas con el arquitecto doctor Sánchez Arcas, para distribuir los departamentos y estructurar todo el funcionamiento. El doctor Negrín, aparte de ser un hombre inteligente, conocía

bien, como yo, instituciones extranjeras y puso en la realización de la nueva Facultad mucho sentido y gran entusiasmo. En aquellas reuniones me parecía cada vez más posible llegar a constituir ese hogar científico que tanto deseaba y que pensaba podía ser un primer paso hacia una renovación, como cuando, por ejemplo, en Norteamérica empezó creándose el John's Hopkins en Filadelfia y sucesivamente otros centros. El Estado había dispuesto la edificación de la Ciudad Universitaria, pero había conciencia de que aquello en sí no era nada si no estaba bien dotada de personal y medios de trabajo; se crearon becas para tener uno o dos años en el extranjero a sujetos aplicados y de porvenir, que luego trabajarían en la nueva Facultad (si bien estas becas eran muy escasas, mi colaborador Arjona obtuvo una para trabajar con Schotmüller) y no había garantía, como yo preveía, de que los que fueran premiados tuvieran a su vuelta un sitio suficientemente seguro y subvencionado para integrarse totalmente.

Desgraciadamente de fondos para material, para plantilla y sus sueldos ni se hablaba. Una vez más era de temer que el avance fuera nuevamente arquitectónico y, por tanto, ineficaz, como solución al problema de nuestra Ciencia. Yo, admirado por aquellas construcciones, pensaba, sin embargo, si esos millones, o una buena parte de ellos, no serían de mayor rendimiento si se aplicaban a formar personas, sostenerlas y dotarlas de medios de trabajo, aun en edificaciones más modestas.»

Esta inquietud le hizo pensar a don Carlos en ese otro camino para conseguir lo que el Estado no iba a proporcionar y que era tan imprescindible o más que los ladrillos.

Una noche en su casa había invitado a don Jaime Gommés con el que le unía gran amistad. Era éste un francés de nacionalidad, pero que llevaba viviendo treinta años en España, hombre de la mayor bondad, exquisita sensibilidad y clara inteligencia. Iba acompañado de su esposa Magda, gran amiga de Conchita.

En aquellos momentos, de esperanza y temor, don Carlos difícilmente podía hablar de otra cosa que de sus proyectos y de las dificultades que preveía.

Al terminar su exposición, don Jaime, que le había escuchado con gran atención, le dijo:

—Eso en España es perfectamente realizable. Solamente hay que elegir bien las personas, formando un primer núcleo; para ello hay dos hombres que

estoy seguro que reúnen las condiciones únicas y que estarán a nuestro lado para conseguir la financiación necesaria y que el Estado no pueda o no quiera aportar. Son don Pablo Garnica y don César de la Mora. Yo voy a contactar con ellos y le tendré al corriente de su reacción, que, sin duda, va a ser positiva. Cuando den ellos ese primer paso ya verá como el horizonte se depeja y ese sueño suyo, tan admirable y tan patriótico (ya sabe que yo ya mismo me siento más español que francés) será una realidad.

Don Carlos quedó muy esperanzado y aquella noche estuvieron hablando Conchita y él hasta muy tarde de las prespectivas que parecían abrirse. Tanto don Pablo como don César estaban en el apogeo de su importante labor bancaria y dominando en el mundo de los negocios y de las finanzas y su rectitud laboriosa y altura de miras era unánimemente reconocida. Un común amigo de Gommés y suyo era don Miguel Colom Cardany, abogado de viva inteligencia levantina, que al conocer el proyecto animó más a don Carlos.

—Mire usted Carlos, si estos hombres se interesan por el proyecto, y estoy seguro de que con su entusiasmo usted sabrá exponerlo como lo ha hecho a nosotros, se va a conseguir su apoyo y con él su influencia en otras personas destacadas. En España, desgraciadamente, no son frecuentes los mecenazgos para la Ciencia y ésta es una ocasión única para que esa acción, tan frecuente y positiva en otros países, se ponga en marcha de una vez aquí..., siempre que la persona o grupo que la reciba sepa tan bien como usted, cómo hay que aprovecharla, dejándose de premios y placas sobre nuevos edificios.

Sobre estas bases que abrían un atisbo de esperanza, don Carlos se puso a trabajar febrilmente para concretar bien lo que se proponía y lo que quería exponer. Quería que, para cuando los locales quedaran dispuestos, y no creía que faltara más de un año, estuvieran resueltas las tres primeras fases:

1) Constituir la Asociación Protectora; 2) crear desde el inicio la parte de investigación que era lo más urgente, y 3) ofrecer aquello a la universidad. Con ello pensaba dar el primer paso que se consiguiera en España de incorporar a la universidad el impulso protector de la sociedad, al tiempo que resolvía la utilización de sus servicios.

En el invierno del 34 tuvieron una reunión histórica Gommés, Colom Cardany y don Carlos con los elegidos como cabezas de aquel futuro grupo de protectores: don Pablo Garnica y don César de la Mora. Fue en el ya famoso y clásico restaurante «L'hardy», de la Carrera de San Jerónimo y resultó todo un éxito, más allá de lo que don Carlos había esperado. Había que tener en cuenta que nunca había tenido la menor relación con aquellas personas y no le era fácil percibir las reacciones en la cara de hombres acostumbrados a reuniones difíciles, en que las decisiones eran determinantes.

Pasó unos primeros momentos de nerviosismo, pero cuando comenzó a exponer ilusionadamente su proyecto se serenó totalmente. Era tal su convicción de que lo que exponía era viable, bueno para el país y para su progreso, que no le parecía posible que aquellas personas inteligentes y con nitidez de ideas, pudieran no llegar a comprenderlo. Efectivamente, enseguida captaron hasta los más finos matices de todo el proyecto, sus orígenes y sus fines y lo acogieron con el mayor entusiasmo, rápidamente.

Don Pablo con su gran corpachón, calvo, bigote fino y voz muy tonante, tomó la iniciativa.

—Aquí lo primero que hay que hacer es ampliar este primer núcleo. Lo que se puede hacer es tanto y tan ejemplar que debe extenderse a más personas sensibles... y desde luego, que puedan aportar dinero —y soltó una de sus cortas pero muy sonoras carcajadas.

Fueron sugiriéndose nombres para ser invitados a colaborar y, tras citar algunos que no parecían por el momento idóneos, acordaron hacerlo a don Ernesto Anastasio, conocido naviero de origen valenciano; don José Selgas, financiero asturiano, que ya había mostrado su generosidad de mecenazgo en otros aspectos, especialmente en su región; don Baltasar Márquez, financiero y paciente de don Carlos; don José Gálvez, sugerido por el propio don Pablo, y el Duque de Alba. El prestigioso abogado Joaquín Garrigues se encargaría de dar forma legal y consejo jurídico a la naciente asociación.

Cuando don Carlos llegó tarde a casa, Conchita le estaba esperando despierta e inquieta. Sabía bien lo que su marido se jugaba aquella noche.

Carlos había pensado gastarle una de sus habituales bromas, entrar con cara larga y decirle que aquellos señores no habían entendido nada, para que luego, al saber la verdad, la alegría fuera mayor. Pero no fue capaz, vio tanta ansiedad en aquella adorada cara que, dando una especie de torpe pirueta, soltó sin poder contenerse:

—¡Victoria total! Ya está conseguido lo más difícil. Estos señores han estado fenomenales, además de simpatiquísimos. Han comprendido a la perfección lo que nos proponemos, y lo digo en plural por que sin ti yo no habría sido capaz de nada. La cosa sólo se ha puesto en marcha, pero tengo la seguri-

dad de que ya es imparable y vamos a conseguir aumentar más y más el círculo de protectores para poder desarrollar mi obra, y además por encima de lo que yo podía esperar. Con locales, con dinero para mantener a la gente de investigación que trabaje allí plenamente, con posibilidad de mandar al extranjero a unos cuantos para aportar nuevas técnicas y también para adquisición de aparatos imprescindibles. ¡Te digo que aún me parece estar soñando!

—¡Carlos, eres la persona más maravillosa del mundo! ¡Dame un beso muy fuerte! Yo estaba segura de que lo conseguías, como conseguirás todo lo que propongas, a ti se te puede cantar esa canción de... «no hay quien pueda, no hay quien pueda»... —y después de mucho hablar se durmieron felices.

Al día siguiente, reunió a sus colaboradores más íntimos y les contó con todo detalle la cena y sus conclusiones. Todos quedaron entusiasmados; sabían bien todo lo que aquello podía significar para el grupo y personalmente para cada uno de ellos; veían abrirse un cerrado horizonte, sin más salida que oposiciones y míseros sueldos universitarios que no les permitirían perseverar íntegramente en la labor para la que don Carlos les había preparado y enfervorizado.

Las gestiones con las personas elegidas tuvieron íntegramente una calurosa acogida. Nuevamente, en «La Historia de mi Instituto», don Carlos recoge sus reflexiones ante este hecho:

«Yo me preguntaba cómo había tenido tan pronta y noble acogida; era evidente que ni mis méritos personales ni mi anterior labor tenían volumen suficiente para motivarlo; tampoco motivos de gratitud, que a veces pueden favorecer al médico, pues era la primera vez que yo conversaba con aquellos señores, sin embargo, repasaba cuanto les había dicho y no advertía en ello ninguna exageración, engaño, ni falta de sinceridad, que hubiera podido servir de falso mecanismo de persuasión. No hallé sino esta doble explicación: la bondad y elevación de la idea en sí y la exquisita sensibilidad de aquellos hombres.»

La mayor parte de las gestiones seguían cristalizando y en el otoño del 34 hubo la primera reunión general, acordándose constituir una asociación destinada a ayudar económicamente a la cátedra para poder ampliar su labor. Se denominó Asociación Protectora de la Cátedra del Profesor Jiménez Díaz. Como las obras del Hospital Clínico iban por detrás de las de la Facultad, donde estarían ubicados los laboratorios, y se calculaba que el hospital no entraría en funcionamiento hasta dentro de dos o tres años, se decidió que toda esa ayuda se acumulara para la investigación, que además era lo más necesario y el *primum movens* de toda la idea. Por ello se tomó el acuerdo que la recién

constituida Asociación creara, como primera obra el Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas, dotándole, manteniéndole y ofreciéndole a la universidad para que quedara anejo a los servicios oficiales de la cátedra, con lo cual su obra sería lo que don Carlos quiso siempre: una obra de expansión y ayuda a la universidad.

Se discutieron también las necesidades más perentorias: los laboratorios que habrían de instalarse y luego mantenerse y las dotaciones para el personal médico y auxiliar, así como la posibilidad de becas para el extranjero en los casos en que se considerara necesario.

«Aunque no se hubiera hecho otra cosa que las reuniones del grupo "ejecutivo" (Garnica, Anastasio, Colom, Gommés), aquellas reuniones en mi biblioteca de los sábados por la tarde han sido uno de los privilegios de mi vida. Que hombres de tal valía y certero juicio se adhirieran a mi pensamiento y que vinieran a mi casa —dejando otras cosas— fue el mayor sostén de mis proyectos; cuando ellos se mostraban conformes y con ilusión era prueba de que yo estaba en terreno firme. Lo he dicho —y también a ellos mil veces— que mucha importancia tuvo su ayuda económica, pero mucho más aún el sostén moral de su aceptación y colaboración.

En aquellas reuniones todos queríamos rivalizar en aportar nuevos nombres de protectores; con alegría infantil decíamos nombres de los que habíamos incorporado a la Asociación tras el núcleo inicial, y así en la primera lista figuran, entre otros, el que era presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora; políticos como el Conde de Romanones, don Santiago Alba, Sánchez Román, de diversas tendencias, junto a profesionales o artistas, abogados, como don Joaquín Garrigues; banqueros, industriales, médicos etc.»

Sigue en el citado libro de su historia. Todo aquel proceso ocuparía todo el año 35 y el comienzo del siguiente.

Jiménez Díaz pensó mucho qué secciones debían componer el Instituto inicial y qué personas eran las más indicadas para dirigirlas por su capacidad, originalidad y carácter, ya que de ellos dependería en gran parte el verdadero valor de la empresa y la formación de las personas más jóvenes de su grupo y de sus discípulos de aquel curso que más se habían distinguido y que quisieran dedicar tiempo a la investigación.

Decidió crear una sección de Fisiología, aunque existiera una cátedra independiente regida por Negrín (que estaba haciendo una gran labor) en su

Instituto. Para poder abordar cualquier problema clínico era imprescindible poder hacerlo desde lo más básico. Para su dirección se había ofrecido Severo Ochoa, que era auxiliar de la cátedra y había estado pensionado en Alemania con Meyerhof y más tarde en Londres con Dale. Era un asturiano, de Luarca, alto y distinguido, que a pesar de su juventud había publicado trabajos en revistas alemanas muy estimadas. Era un apasionado del trabajo y un hombre bueno y sencillo en el que don Carlos supo adivinar el gran futuro (nada menos que el Premio Nobel) que le esperaba. Ochoa ya había elegido como camino, sin ningún desvío la investigación y después de su experiencia en otros países, que, afortunadamente para ese brillantísimo futuro, no le había valido para ganar la cátedra de Santiago a la que acababa de opositar, su decisión se había hecho más firme. Nuevamente el sistema de oposiciones y los hombres que las juzgaban cerraban la puerta de la universidad a un superdotado.

Cuando fue a verle para decirle que enterado de su proyecto, tenía fe en él y que la oportunidad que suponía para dedicarse íntegramente a investigar, que en España había sido algo impensable, le atraía mucho, don Carlos quedó encantado de aquella oportunidad que se le brindaba y, sin dudarlo un momento, le nombró jefe de aquella sección que consideraba esencial.

Otra persona procedente de la cátedra de Fisiología de Negrín, aunque discípulo de don Carlos en las «Médicas», fue nombrado jefe de la Sección denominada de «Metabolismo Celular», en una clara anticipación a lo que hoy se conoce como «Biología Molecular». Se trataba de Pedro de la Barreda. Era éste un canario de la semidesconocida y retrasada isla del Hierro, donde todavía no existía ni un solo automóvil.

Era un hombre muy alto, nariz aguileña y con marcado y suave acento canario. Había sido un gran estudiante y fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios a Alemania, donde había estado durante cuatro años con el profesor Tanhauser en Friburgo, dedicado a estudios del metabolismo. Había publicado trabajos muy interesantes sobre el colesterol (todavía casi nadie hablaba de él), con los que hizo su tesis doctoral. Después había sido de los primeros en trabajar con las novísimas técnicas de Warburg para adentrarse en la prometedora selva que era aún el metabolismo celular. La persecución judía de los nazis ya había comenzado en Alemania y muchos de los grandes profesores básicos en el avance comenzado en Alemania se encontraban acorralados y muchos perseguidos, y al tiempo tentados por la arrolladora juventud y potencia de Norteamérica. Tanhauser fue uno de ellos y decidido a emigrar a aquel país le había propuesto irse con él. Barreda se había escrito mucho con

don Carlos relatándole sus investigaciones y las facilidades proporcionadas para su trabajo en aquel medio. Siempre mostraba un tono pesimista respecto a lo que podría hacerse al regreso a España y Jiménez Díaz le fue contando casi paso a paso su proyecto y cada avance del mismo. Cuando llegó el momento de decidir sobre su futuro americano, ya había una base firme para el Instituto y don Carlos inició con él lo que luego ha sido tan popular como el proceso de «recuperación de cerebros» y le ofreció la Jefatura de la mencionada sección del aún no nato Instituto.

Los otros jefes de sección eran claros. Para la de Bioquímica tenía al joven Bielchowsky, aquel judío que se exilió y a quien don Carlos contrató con su propio bolsillo. Ya llevaba algún año trabajando en los estrechos locales de San Carlos y había formado en su férrea disciplina de trabajo a jóvenes como Oya, Rodríguez Miñón y al también exiliado por motivos políticos Humberto Castro Mendoza, ya químico en su Perú natal y luego médico en Madrid; junto a ellos, los propios alumnos habían aprendido con él la seriedad del «método científico».

La Sección de Clínica y Patología Experimental encargada de aunar la Clínica humana con la creada en animales de experimentación, para en ellos poder profundizar en su fisiopatología, la llevaría uno de sus primeros alumnos de Sevilla, Felipe Morán. Había venido con él a Madrid donde le nombró profesor ayudante de sus clínicas.

Tuvo su estancia de postgrado en Heidelberg, donde trabajó con grandes clínicos de la época como Sachs y Nonne, y, después del citado nombramiento en Madrid, volvió a Alemania dedicándose a problemas de Química médica con los profesores Umber y el «gigante» Von Bergmann en Berlín y en radiodiagnóstico con el profesor Berg. A su vuelta había ganado la oposición para la cátedra de Cádiz, y aún despúes de su nombramiento de profesor volvió a Copenhague y a París, esta vez con otro famoso de la época, el profesor Binet. Insatisfecho con lo que tristemente veía que sería imposible hacer en una Facultad tan marginal como la de Cádiz, acogió alegremente la vuelta con don Carlos al nuevo Instituto, donde veía más posibilidades de desarrollar un trabajo serio de investigación, por lo que pidió la excedencia de su cátedra... para no volver nunca más.

Finalmente, otro gran alumno de Sevilla, y ya por siempre, hasta su prematura muerte, colaborador íntimo de Jiménez Díaz, el fino andaluz Emilio Arjona, se haría cargo de la Sección titulada «Inmunología y Microbiología».

Había hecho también una gran formación adicional en el extranjero primero con otro «grande» de la élite mundial de microbiólogos, el profesor Schottmuller en Hamburgo. Después de un largo periplo hasta completar su formación al máximo nivel trabajando con Ziessler en Altona, sobre anaerobios, para posteriormente ir a Copenhague, Heildelberg y Rostok junto a las máximas autoridades del momento en bacterias intestinales (tifus, paratifus y salmonellosis), espiroquetas (sífilis) y neumococos (neumonías). Pocas personas podía haber con una preparación tan firme y exhaustiva y a su regreso don Carlos le había nombrado profesor adjunto y jefe de los laboratorios de Bacteriología.

Se detallan estos currículums para que se pueda medir el alto nivel que exigía don Carlos a las personas que habían de llevar junto a él la responsabilidad directa del nuevo Instituto, tanto tiempo un mero sueño y ahora tan cercano a la realidad, aunque su comienzo todavía sufrió algunas vicisitudes motivadas casi siempre por la envidia y la incomprensión reinante aún en el ambiente universitario español.

Oigámosle de nuevo directamente trascribiendo su «Historia de mi Instituto»:

«No es necesario decir cómo fui objeto de diatribas, críticas, sorda resistencia y antagonismos en todo este tiempo. Cada paso, desde contratar extranjeros, hasta atraer la protección económica, pasando por la estructura del proyecto o el desplazamiento hacia nosotros de personas como Ochoa y Barreda que procedían de otros departamentos, acentuaban en ciertas personas y ambientes una animadversión creciente. Menos mal que estaba superada con creces por la simpatía de los jóvenes estudiosos y por la opinión de las personas más auténticas en su obra y en sus ilusiones. Cuando yo empezaba a trabar todo mi proyecto tuve ocasión de hablar de ello con Cajal poco tiempo antes de su muerte en 1934 y él me contestó que le parecía la obra más necesaria para España y su desarrollo científico: "Usted quiere hacer lo que el Estado debía haber hecho, acaso no ha podido por la limitación de sus medios, pero a usted, si persevera, le espera una tarea sobrehumana."

Tampoco olvidaré las palabras de su discípulo don Francisco Tello cuando, al presentar yo al claustro de la Facultad de Medicina mi proyecto, de realización tan inmediata y ofrecerlo a la universidad, tomó la palabra y con expresiones nobles y laudatorias dijo: "Es la comunicación más constructiva y más importante y renovadora que he oído en los años que llevo en la Facultad."

En aquel claustro hubo una gran sorpresa cuando, en nombre de la Asociación Protectora, hice llegar a la Junta de Gobierno de la universidad nuestra oferta de "crear un Insituto, dotarlo de material y sostener al personal, a cambio solamente de que este Instituto fuera un servicio dentro de mi cátedra y que lo instaláramos en algún local de la Facultad en construcción. La reacción fue, según me contaron, pues a mí me pareció más honesto ausentarme para permitir una discusión más libre del proyecto, de lo más variopinta. Al lado de voces favorables, hubo en aquel claustro expresiones adversas en que si había dinero debía yo ofrecerlo para la Facultad y no para una cosa privada de mi cátedra (¡!) sin embargo, se aprobó y se suscribió un contrato entre la Asociación y la universidad. Fue firmado por el rector, el secretario, don Pablo y yo. Al salir, comentó don Pablo: "Bueno, ya está hecho y firmado. ¡Enhorabuena! Pero qué actitud más curiosa, cómo lo leían y preguntaban; se veía que deseando encontrar algún obstáculo para la firma y que estaban queriendo hallarlo para demorar el acuerdo.»

Don Carlos no dejó de tener en cuenta «los rugidos» y los «lazos en los pies» de un coro adverso —si el animal no acudiera fácilmente al cebo colocado en la trampa mantendría la libertad—, pero siempre trató de extraer lo positivo de aquellas actitudes poco justificables. Reflexionaba sobre ellas:

«Hacen mal, porque se percibe un choque sobre lo que uno ha creído que era un bien que hacía; a mí nadie me parece tan pequeño y despreciable para ignorar sus opiniones. Pero también hacen un bien: señalan nuestros puntos débiles; con singular perspicacia el maledicente atisba nuestras hendiduras y las señala, pero nos las enseña al mismo tiempo y nos da con ello ocasión de corregirlas. Lo principal es que esto no suponga cejar en el empeño ni aflojar la tensión; se puede ser a la vez humilde y tenaz, reconocer la exigüidad del valer propio al tiempo que la excelencia de las ideas que impulsan su conducta.»

Muchas veces, al referirse a estas actitudes de oposición sistemática de algunos a las nuevas ideas, recordaba la frase de Bergson «la paloma se queja del viento que le viene de frente, sin poder percibir que es el que le permite levantar el vuelo».

Con la aceptación de la universidad y la creación de las secciones y sus jefaturas se completaban las tres fases que trazó para exponer en la primera reunión general de la Asociación Protectora. Faltaba obtener los locales y que fueran terminados y adecuados cada uno para su equipamiento y puesta en marcha. Para ello hubo que esperar unos meses, los finales de 1935.

Aquella Navidad, como había completado la fase fundamental de la recontrucción del convento de La Cabrera, reunió en él a toda la familia para la cena de Nochebuena. Estaba preocupado por el estado de salud de su madre, cada vez más afectada por su insuficiencia cardíaca y temía, como luego ocurrió, que no viviría mucho, que quizá fuera aquella su última Navidad. Fueron los cuatro hermanos con sus familias. Luis hacía poco que se había casado con Teresa Jorrín, prima segunda de Conchita, y como ella de origen cántabro. Lógicamente no tenían hijos, pero si acudieron los cinco de Eusebio, aunque la pequeña Rocío sólo tenía dos años y las dos niñas de Mariano. Por parte de los Rábago también los padres y Yoyo como su mujer María Pardo y sus tres hijos, Gregorio (que para tener mayor diminutivo que su padre se le llamaba Yoyines), Manolo y Marichu, con tanta gente mayor y pequeña el lío, y la alegría fueron fenomenales. El número fuerte de la noche fue un imprevisto. Juan, el guarda, había encontrado una cría de zorro y los niños disfrutaron de lo lindo con él, aunque habían leído tantos cuentos en que el zorro era el malo, que, a pesar del pequeño tamaño del animal, le tenían un cierto miedo. La casa era grande, pero hubo que habilitar sofás y colchonetas para que hubiera sitio para todos y no tener que regresar a Madrid a las altas horas en que acabó la cena, el cantar villancicos, el tocar panderetas y zambombas, sonaba bastante desacorde, porque una de las características, al menos de todos los Jiménez, era tener oídos y voces espantosas. La abuela Jacoba estaba tan orgullosa de sus siete nietos como de sus cuatro hijos y, aunque era consciente de su progresiva limitación física, no quiso percibir el cierto aire de despedida que en algunos momentos enrarecía el ambiente.

En el mes de febrero su estado empeoró. Entraba y salía de una situación de edema pulmonar y por, entonces, el único remedio eficaz era la digital y las sangrías. Ella, siempre tan resignada y dulce, que había soportado penalidades iniciales y había sido siempre la «moderadora» del fuerte carácter de su marido, lo único que toleraba mal, además de las sangrías que le daban miedo, era el sentirse incapaz de hacer nada. Repetía con frecuencia:

—¡Dios mío! ¡si ya no valgo para nada, no puedo ni freírme un huevo!

Carlos veía impotente que la situación se iba cerrando, que las respuestas eran cada vez más débiles y no había forma de quitarle los grandes edemas de sus piernas, a pesar de una drástica dieta sin sal. Para obviar el temor a las sangrías recurrió a las sanguijuelas que, pacientemente había que ir renovando de su espalda. Finalmente, el 18 de febrero dejó de exisitir pacíficamente. Sus hijos, que siempre habían visto en ella al ángel protector, quedaron desolados.

Con ella se iba el último vestigio de su infancia, la sonrisa que siempre les animó y endulzó en los malos momentos.

En una ocasión le preguntaron por su mayor alegría y su mayor tristeza y contestó:

—¿La mayor alegría?... es difícil decirlo; yo creo que el día de mi boda. El mayor dolor, sí. Lo llevo vivo en mi corazón; la muerte de mi madre. Pasé al final varios días a su lado sin dormir; conseguí prolongar su vida, pero llegó el momento en que todo era inútil. Como fue una santa y una mujer inteligente y serena, el momento de su muerte me enseñó tanto como toda su vida...

Para Carlos, siempre tan sensible, fue una bendición que aquel esperado pero no por ello menos doloroso, momento, le coincidiera con una fase tan llena de ocupaciones e ilusiones como era el final de la puesta en marcha de su Instituto.

La construcción de los locales adjudicados en el pabellón primero de la derecha, mirándola de frente, de la nueva Facultad, en las plantas segunda y tercera, habían tomado el ritmo final acelerado, gracias a la colaboración de los arquitectos Modesto López Otero y Miguel de los Santos, adelantándose a las del resto del edificio. Los jefes y sus auxiliares interrumpieron todo otro trabajo para dedicarse a impulsar la obra, a fijar dónde irían las tomas de agua y gas, los enchufes, a localizar dónde iban a ir las neveras, las estufas de cultivo, las estanterías para jaulas del animalario. Pasaban el día con los obreros y capataces, iban con los camiones en que iban trasladando el material de los viejos laboratorios y ayudaban físicamente, al tiempo que, con su presencia, estimulaban el trabajo. De esta forma, cuando el resto del edificio seguía prácticamente igual, sus dos plantas prosperaron rápidamente y en abril estaban terminadas.

El final lo refiere don Carlos en su libro, junto a los últimos pero difíciles obstáculos que hubo que salvar, que estuvieron a punto de deshacer todo lo logrado y le volvió a demostrar hasta qué punto su obra, el esfuerzo que a él y todos los suyos les había costado, era incomprendido en su generosidad para el bien de la universidad y de la Ciencia.

«Con qué ilusión de niños en noche de Reyes Magos nos reuníamos e íbamos abriendo cajones y sacando aparatos, con qué nerviosa presteza se iba colocando todo y veíamos ya surgir los laboratorios listos para funcionar. Pero un día... vinieron a verme Ochoa y Bielchowsky alarmadísimos, pues al ir a descargar unos aparatos les dijeron los bedeles que había orden de no meter más cosas sino sacar en veinticuatro horas todos los aparatos colocados y en-

tregar las llaves. Aquello me pareció tan abominable que no lo podía creer. Tomamos el coche, fuimos desde San Carlos a la Facultad nueva y pregunté al conserje, el cual me confirmó que había recibido la orden aquella mañana después de haberse reunido la tarde anterior la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria y que en ella habían decidido dar otro destino a nuestros locales; al bedel se lo había comunicado personalmente el decano.

Me volví inmediatamente a San Carlos a buscar al doctor Márquez, catedrático de Oftalmología que por entonces desempeñaba dicho cargo, pero encontré solo al vicedecano, que era mi gran amigo Pedro Ara, que lo era de Anatomía; le conté lo ocurrido y me dijo: "Mira Carlos aquí tiene que haber un error. Eso no es posible... o no debería serlo, pero yo no me fío demasiado de Márquez, no está muy de tu parte y cualquiera puede haberle convencido de esa marranada. Vamos a verle porque está en un Tribunal de oposiciones."

Salió Márquez saludándome con meliflua amabilidad, le expliqué lo ocurrido y, cuando esperaba que me explicara de dónde partía el error, me dijo: "Verá usted, es que en la Junta de ayer acordamos dar esos locales al doctor Pittaluga. No se preocupe que buscaremos otros para su Instituto."

"Eso me parece intolerable —le contesté— no solamente el local se me ha concedido hace un año, sino que nosotros hemos cuidado los detalles al máximo y no puede haber ninguna razón para que, próximos a inaugurarlo, nos quiten de allí para darnos otro sitio, que en el mejor de los casos tardaríamos otro año en habilitar."

Gustavo Pittaluga era catedrático de Parasitología, asignatura del doctorado, había nacido en Florencia y estudiado en Roma. Vino a España con ocasión del Congreso Internacional de 1903, revalidó su título y se nacionalizó español por razones poco claras. Después de unas oposiciones a la cátedra de Higiene, que no consiguió, se le nombró "a dedo" catedrático de Parasitología. Era un hombre importante en el campo de la que hoy llamaríamos Medicina Preventiva y en Bacteriología, además de persona culta y gran orador, a pesar de su inevitable mal castellano y acento toscano, pero humanamente me pareció siempre poco de fiar; en cualquier caso nada podía justificar el cambio.

Márquez me contestó muy tranquilo: "Mire usted, lo siento mucho; pero es un acuerdo unánime del rector y de la Junta, y es acuerdo firme que no puede cambiarse."

"Se cambiará —dije yo— y si no, haré lo que deba."

"Haga usted lo que quiera" —insistió Márquez.

"Pues mire usted, si eso no se rectifica en una nueva Junta en la que yo esté presente, o no se me da una razón muy convincente o yo renuncio a mi cátedra y me voy de la universidad."

"No hombre, usted no puede hacer eso."

"Ya lo veremos" —concluí.

Desde allí me fui a ver al rector, que era entonces el doctor Cardenal, catedrático de Cirugía, que yo esperaba que por conocerme bien tendría otra actitud. En cuanto hablé con él, vi que era una decisión tomada a sabiendas de su arbitrariedad por razones que ya no quiero analizar. Entonces le pedí que hubiera una reunión urgente de la Junta a la mañana siguiente y que de no ser así mi decisión de alejarme públicamente de la universidad era también firme, y por fin accedió a ello. Se citó la reunión para las diez; a las nueve me fui a ver al secretario profesor Ferrándiz, y le mostré los laboratorios terminados y a punto para el trabajo, él quedó impresionado y me dijo: "Vamos a llamar a Cardenal."

Vino éste, dimos una vuelta rápida por las dos plantas y bajamos a la reunión.

El señor Márquez dijo que la decisión se había tomado porque el profesor Pittaluga iba a tener al año siguiente allí un Congreso Internacional de Paludismo y como sus locales, que eran las dos plantas de debajo, no estaban hechas y eran insuficientes, querían disponer de las mías.

"Las razones —dijo Márquez—, son como ustedes ven poderosas y es la conveniencia de esta Facultad albergar ese Congreso tan importante de forma adecuada."

Entonces dije yo a la Junta:

"Si con los ojos vendados no soy capaz de señalar en mi departamento uno solo de los enchufes, grifos, etc., y marcar el destino de cada habitación, renuncio a los locales, mas si el profesor Pittaluga no se sabe lo que tiene, ya que en sus plantas aparecen como 'laboratorio standard' número 1, número 2, etc., yo no creo que deba aspirar a a duplicar sus servicios."

El secretario hizo constar lo que había visto y propuso que se anulara el acuerdo; el propio Pittaluga renunció a su petición y el escollo fue salvado por el momento, pues no mucho más tarde aún tuvimos que superar otro. Esta sucesión de hechos indicaba, sin duda, intereses poco claros para obstaculizar algo que yo seguía viendo como un paso trascendente, no ya para mi grupo sino para la universidad, de donde surgían, sin embargo, los obstáculos.»

Y siguieron trabajando. A la salida, la costumbre era parar en la Moncloa y tomarse unas cervezas en el popular «Laurel de Baco». Ochoa vivía en la «Casa de las Flores» frontera a la cervecería, donde también vivía un Pedro Laín aún estudiante. Aunque la plaza seguía franqueada por la temible Cárcel Modelo, ya no tenía con las nuevas construcciones y la apertura a la universidad, el tétrico aspecto pintado por Baroja, cuando iba a ver las ejecuciones públicas, que (siempre la «España Negra») concitaba un espectáculo atractivo para multitudes. En aquellos años 30 era una zona agradable para sentarse al fresco del Guadarrama y discutir de sus experiencias... y también algo de la cada vez más preocupante situación política.

En la reunión de la Junta de Protectores se había definido el presupuesto en dos apartados; el de primera instalación, que ya se había gastado íntegramente, en los aparatos y material recibidos, y el de mantenimiento. Las aportaciones para el primero eran libres y variables, oscilaron entre un máximo de veinte-veinticinco mil pesetas (Juan March, Pablo Garnica, César de la Mora) y quinientas pesetas. Para el mantenimiento se fijaron cuotas anuales también libres, pero con un mínimo de mil pesetas.

Las adquisiciones sumaban doscientas mil pesetas empleadas en las distintas secciones, en equipamiento fundamental como espectómetro, polarímetro, oscilógrafo, potenciómetro, etc., material fungible de vidrio y porcelana, muebles, neveras y estufas e instalación de animalario.

El de mantenimiento era también de doscientas mil pesetas, que para aquella época podía considerarse generoso y les infundía tranquilidad de tener todo previsto. Las cifras vistas a los más de cincuenta años transcurridos pueden hoy parecer ridículas. Se desglosaban así:

A)	Gastos regulares	140.100
	5 jefes de sección a 12.000 ptas. anuales	60.000
	1 químico	9.600
	5 becarios a 6.000 ptas. anuales	30.000
	10 laborantes a 2.500 ptas. anuales	25.000
	1 soplador-mozo-mecánico	3.000
	1 mozo	2.500
	2 mujeres de limpieza a 1.000 ptas. anuales	2.000
	Publicaciones	8.000
B)	Material	59.900
	TOTAL	200.000

Todo parecía fianlmente asegurado. Ninguno de los Jefes tendría que buscar otras ocupaciones con aquellos «magníficos» sueldos. Pero aún quedaba un inesperado y absurdo obstáculo...

«Entonces empezamos a trabajar; yo no quise hacer una inauguración solemne, sino fijar una visita cuando aquello llevara ya un cierto tiempo funcionando. Otros de mis colaboradores más distinguidos, que habían estado aprendiendo técnicas en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Suecia (Vivanco, Villasante, Parra, Alés, Oya, Miñón, Clariana, Castro Mendoza, Lorente y otros varios) se incorporaron al trabajo y al fin el 10 de julio de 1936 se organizó la primera visita de la Asociación Protectora. Nosotros no habíamos querido hacer una inauguración al estilo habitual con discursos y flores, nos parecía mejor y más simbólico que se hiciera esta visita al Instituto cuando el trabajo ya estaba en marcha.

Sin embargo, aquel día no tuve más remedio que dirigir a todos unas palabras. Brotaba al exterior el contento y la emoción en los hombres a quien todo aquello se debía y en los ojos de algunos vimos asomar lágrimas. Hice un resumen de todo lo hecho y una exposición de nuestros motivos de existencia y, como consecuencia, lo que habían de ser las líneas de nuestra futura actividad. Recuerdo haber dicho:

"Todo ello demuestra que no somos unos soñadores en las nubes, fuera de lo real, pero tampoco estamos dispuestos a vivir a ras de la tierra, sino en una zona existente por encima del suelo, a la que puede llegar con sus manos el hombre que quiere hacer el esfuerzo de empinarse un poco. Y nosotros tenemos la firme voluntad de hacer ese esfuerzo."

A los dos días de esa visita, al llegar al Instituto nos encontramos con la sorpresa de que estaban cortados el agua, el gas y la electricidad por orden del rector, que estimaba que se debían poner contadores para que nosotros lo pagáramos. Fui, naturalmente, a ver a Cardenal y afeé su conducta; frente a frente las cosas toman otro carácter.

El me dijo que en nuestro contrato con la universidad no se especificaban esos gastos, sino solamente aceptarnos en los locales. Efectivamente, acaso por imprevisión nuestra, no constaba que el agua, gas y luz serían en aquel departamento como en toda la Facultad a cuenta de la universidad; pero era todo tan obvio que no era más que otra burda maniobra de entorpecimiento, porque, ¿qué suponía aquello en el conjunto de los gastos de toda la Ciudad Universitaria? De momento, sin embargo, lo acepté y con ello esa misma tar-

de los contadores estaban puestos, funcionando y nosotros trabajando de nuevo, aunque para ello tuviera yo que completar de mi peculio lo que subirían aquellos suministros no previstos en el presupuesto de mantenimiento, al que nos debíamos ajustar estrictamente.

... Pero en ese preciso momento comenzó la guerra civil y todo lo que se había luchado por hacer llegar aquel sueño a una esperanzadora realidad, explotó como una pompa de jabón que había encerrado un tesoro.»

Capítulo VIII

El trágico paréntesis de la guerra civil (1936-1939)

Once he had a country where the sun shone
through the enchanted trees like lace,
but now it is troubled and happiness gone
for the bombs fell in that fine place.
and the magician found when he had woken
his people killed, his gay pot broken. (*)

«Oda a Joan Miró», RUTHVEN TODD

CUANDO TERMINO AQUEL CURSO DEL 36, Carlos le planteó a Conchita sus planes. Tenía un cierto resquemor de que no le iban a gustar, pues para ella las estancias en Salces eran siempre esperadas con gran ilusión, con el reencuentro con su tierra, con sus parientes y la tranquilidad que habían supuesto los años anteriores en que, sin dejar de estudiar, tenían mucho más tiempo para estar juntos y que él descansara del gran trabajo de todo el año. Pero él había sopesado la situación y creía ver motivos suficientes para una modificación del plan habitual de veraneo.

—Mira, Chini, después de darle muchas vueltas pienso que este verano no vamos a salir de Madrid —le dijo una tarde tras un paseo, para seguir observando los nuevos adelantos en el jardín de La Cabrera—. Lo más principal es que el Instituto está todavía poniéndose en marcha. Cada día tenemos algo nuevo que hacer. Estamos esperando nuevos aparatos para el laboratorio de Fisiología de Ochoa, las estufas para cultivos de Emilio y muchas más cosas. Todos estamos con tanta ilusión que pienso que mi ausencia aflojaría algo la

(*) «Hubo un país donde lucía el sol/a través de árboles encantados, como encaje/pero ahora está en llamas y la dicha ha huido/pues las bombas cayeron en lugar tan hermoso./Y el mago se encontró al despertar/sus gentes muertas, sus alegres vasijas rotas.»

tensión del trabajo y yo quisiera que empezáramos el curso a pleno rendimiento. Si quieres, tú te quedas aquí y yo voy y vengo con Luis en el coche todos los días. Como lo que sí voy a suspender es la consulta, no vendría demasiado tarde, con tiempo de darnos juntos un baño. —Se detuvo un momento a estudiar su reacción, pero sus ojos seguían como siempre alegres y alentándole a seguir—. Por otra parte, la situación política está poniéndose progresivamente peligrosa. Ya oíste a Mariano ayer, cuando vino con Luz y las niñas y él entiende mucho de eso. Ya sabes que rara vez se equivoca al analizar cualquier asunto. Incluso entre mis discípulos y colaboradores ha habido enfrentamientos que tuve que cortar. Los de la F.U.E. y los de las Juventudes Socialistas, como Parra, Ortiz de Landázuri y otros muchos, todos excelentes personas, estudiosos y trabajadores han tenido luchas con monárquicos y conservadores, sobre todo el grupito de falangistas. Hay otros que no han digerido el triunfo de un Frente Popular en el que los republicanos y liberales se han unido con socialistas y comunistas. Mariano decía, bueno, ya le oíste, que los militares están a punto de explotar. Se teme un nuevo golpe que, como siempre, corte la evolución pacífica de España y la suma en una nueva cuartelada. La Ley de Azaña, cuando era Ministro de la Guerra, no ha sido digerida por un estamento acostumbrado a mandar y decidir a la fuerza, incluso contra la voluntad de las urnas, lo que se debe hacer en el país. Ya hay mucha gente desilusionada de la anhelada República y no están esperando más que la ocasión propicia para acabar con ella. No sería bueno que una situación así, que nadie sabe cómo puede acabar, nos cogiera fuera de Madrid, aislados en Salces. Si todo se tranquiliza, siempre tendremos tiempo de irnos unos días allí con tus padres, aunque ellos también están dudando en marcharse este año.

Conchita, que era un poco asustadiza, le miró inquieta:

—¿Pero tú crees que se arme una gorda? Yo ya sabes que no entiendo nada de política, pero no sé si estáis exagerando tantos temores... Pero, da igual. Ya sabes que yo siempre quiero lo que tú quieras y entiendo muy bien que quieras completar todo lo del Instituto. Así que haremos lo que tú digas, menos una cosa. Yo no me quedaré aquí sola, mientras tú pasas en Madrid todo el día. Te conozco bastante para saber que eso de venir pronto es un cuento chino. Te estarás hasta la noche en el Instituto y volverás a las tantas, sólo a dormir. O nos quedamos en Velázquez, que sería lo mejor, o nos vamos juntitos a Madrid todos los días. Yo puedo ayudar. Ya has visto que he limpiado cristales para que todo estuviera bien, como los chorros del oro, cuando

fueron los de la Asociación Protectora a verlo y ahora podré hacer algo en los laboratorios. Ya dices tú que soy muy «listuca» y no me costará aprender algo facilito.

Decidieron, pues, quedarse en Madrid e ir a La Cabrera sólo los fines de semana, que por entonces era sólo el domingo.

Fue un verano muy caluroso. Las calles de Madrid echaban fuego. En la Ciudad Universitaria, al menos, llegaba algo de aire fresco de la sierra. Como lo único acabado del edificio de la Facultad era justamente el Instituto, faltándo incluso las ventanas en otras zonas, había corrientes y el trabajo allí era soportable. Además, el entusiasmo de todos era tal que ni el bajar andando desde Moncloa con toda la calorina de mediodía, después de comer, les arredraba, aunque muchos preferían llevar un bocadillo y seguir una jornada continuada..., a veces de doce horas.

Entre todos, sin embargo, acordaron que, al fin y al cabo eran vacaciones y paraban los sábados. Ello le permitía al matrimonio Jiménez Díaz irse el viernes por la noche a La Cabrera, donde se estaba mucho más fresco, especialmente después del baño en la alberca/piscina, que no se perdían por tarde que llegaran. Casi todos los domingos acudía alguien huyendo del calor de la ciudad. Los más fijos eran Mariano y su familia. Eusebio y los suyos veraneaban en Pozuelo y además cinco niños eran demasiado para un matrimonio sin hijos y poco habituado a que los críos perturbaran su paz. Muy asiduos eran también los Duarte, los Acosta y los Maortúa, con su hermana Chun, íntima amiga de Conchita. También aparecían con frecuencia los Gil y Gil con su cuñado Salvador Gayarre, que había sido como arquitecto, junto con Eusebio, el que hiciera la planificación de la restauración del convento. Se hacían paellas al aire libre y la vida giraba alrededor de la piscina, donde Mariano, tan poco deportista, seguía con su impecable traje..., con lo que inevitablemente acababa siendo empujado vestido al agua.

Algunos días, en el viaje de ida o a la vuelta el domingo les avisaba el chófer:

—Señoritos, ya están ahí otra vez —al pasar San Sebastián de los Reyes o Alcobendas (no en El Molar, porque el coche y ellos eran bien conocidos) grupos de obreros con camisas azules o rojas obstruían la carretera y con tono poco tranquilizador, por amenazante, pedían para el Socorro Rojo o para la CNT u otro sindicato. En general, no había más que darles unas monedas para que abrieran filas dejando paso, pero así y todo se oían voces contra los

señoritos, contra los ricos, incluso contra el chófer uniformado y unos puños en alto parecían querer golpear, más que constituir un tipo de saludo importado de la revolución rusa. A Carlos, cuando iba solo, no le importaba demasiado, aunque en sus adentros le molestara que a él, descendiente de labradores pobres, hijo de un hombre que había empezado su vida de «chico para todo» en una tienda y, sobre todo, que como él, que trabajaba más intensamente y más horas que todos ellos, le llamaran «señorito» con el tono peyorativo del que vivía de las rentas y no había «dado golpe» en su vida. Cuando, como era casi habitual, le acompañaba Conchita, el malestar era mucho mayor, porque ella se ponía muy nerviosa.

En esta situación, se aceleraron los acontecimientos, el asesinato del teniente Castillo y el inmediato de Calvo Sotelo, por fuerzas del Cuerpo de Asalto del propio Gobierno fue la mecha que originó la preparada explosión de la conspiración militar largamente planificada por los jefes militares, especialmente los generales Mola y Franco, inicialmente pro-republicanos, al menos en apariencia. Cuando llegaron las primeras noticias, el 17, del levantamiento en Marruecos estaban, como principio de fin de semana, en La Cabrera. Allí siguieron las noticias por Unión Radio y Radio España que, al estar en manos del Gobierno, intentaban ser tranquilizadoras, dar la impresión de que aquello iba a ser rápidamente controlado, como había sido años antes el levantamiento anterior de Sanjurjo. Pero pronto la sugerida tranquilidad se vio seriamente alterada. La noche del día 18 subieron, escondiéndose, el cura y las dos familias ricas del pueblo, entre ellos su amigo don Narciso de la Fuente, buscando refugio. Ya había habido tiros y un par de asesinatos y se sentían amenazados, al haberse arrollado toda la autoridad del Ayuntamiento, sin más fuerza que dos guardias civiles. Don Carlos era muy querido en el pueblo. Además de haber dado trabajo a canteros, albañiles y jardineros, rara era la familia, por pobre que fuera, que no había recurrido a él para atender, siempre gratuitamente a algún familiar. Sabían que era hombre sencillo y que, de ser algo, era más bien republicano. Ello les dio la seguridad a aquella gente que subió andando por trochas hasta «el convento». Lo que les contaron les espeluznó, especialmente Conchita no paraba de llorar y se iba poniendo progresivamente más nerviosa.

Carlos tuvo la idea de aparentar que había organizado un hospital de sangre. Bajaron camas al amplio «hall» y puso por allí todas las medicinas que tenía; las doncellas se convirtieron en improvisadas enfermeras..., lo único que faltaba eran heridos, pero así darían la impresión de que estaban dispuestos a colaborar si fuera necesario. Los refugiados se metieron en la casa de los guardas, donde Juan, también querido y con autoridad en el pueblo a pesar de ser de Valdemanco, se encargaría de que allí no entrara nadie.

Esta comedia duró sólo dos o tres días, pues la autoridad se había vuelto a imponer en La Cabrera después de aquellos trágicos escarceos y los refugiados fueron trasladados, escondidos en el coche, a casa de familiares en otros pueblos. Entonces decidieron bajarse definitivamente a Madrid, pues las noticias de la radio habían referido que, tras el asalto al Cuartel de la Montaña, con grandes bajas de atacantes y defensores, el Gobierno se había hecho con el mando de la situación, aprestándose a la defensa..., pero, sin decir naturalmente que por el momento aquellas armas estaban más dedicadas a la persecución y asesinatos, lo que pronto se apeló «paseos» de los considerados enemigos de la República.

Carlos seguía queriendo tranquilizar a su mujer:

—No te apures, Chinina, ya verás cómo todo se deshace en unos días, como ha pasado con tantas cuarteladas que jalonan la historia de España. En el siglo pasado hubo más de cien y la mayoría fueron escarceos que sólo pagaron unos pocos, que tuvieron la mala suerte de caer en las primeras horas. En cualquier caso, no podemos seguir aquí aislados de todos, sin teléfono y sólo con las noticias de la radio, que no son demasiado fiables en estos momentos.

Ya por el camino se dieron cuenta de la situación mejor que con todas las escuchas radiofónicas. El paso por los pueblos fue difícil. Todo el mundo estaba en la calle, se veían gentes armadas y se gritaban consignas. Siempre un grupito con aspecto poco tranquilizador les pedía documentación. El atravesar Chamartín de la Rosa, ya en los aledaños de Madrid, fue especialmente penoso, les pararon varias veces y oyeron los primeros disparos. Aquello estaba prácticamente tomado por una multitud que escuchaba arengas de improvisados líderes impulsándoles a la lucha. Cuando finalmente llegaron a su casa de Velázquez, donde reinaba la mayor tranquilidad, llamaron a padres y hermanos y afortunadamente todo estaba en orden. Eusebio les contó indignado que, cuando bajó para ir al trabajo el día 18 se encontró con que le habían requisado el coche, un Ford del que todavía sólo había pagado el primer plazo y no había conseguido volver a saber de él, ni quién se lo había llevado. Pero a pesar de este disgusto, estaba enfervorizado.

—Ya os decía yo que estos cabrones de militares iban a intentar quitarnos otra vez la libertad. Si se necesita mi coche para vencerlos, lo doy encantado... A pesar de lo que me ha costado poderlo comprar.

Del resto de la familia el único que se había tenido que esconder era Yoyo, el hermano menor de Conchita, que se había unido a la Falange de José Antonio, por parecerle el único idealista que había en política, que hablaba bien y con un atrayente tono patriótico.

Carlos llamó también a sus colaboradores más íntimos, Arjona, Ochoa, Barreda, Vega, Romero, pues otros como Puig, Paz Montalvo, Mogena estaban fuera de Madrid. Acordaron que al día siguiente se verían en el Instituto, pero que antes iría por San Carlos para saber qué tenía que hacer, pues suponía que el hospital, cerrado como siempre en las vacaciones, se habría abierto para atender a los heridos. Efectivamente era así y llegaban coches y camiones repletos de ellos. Las monjas de la Caridad de San Vicente Paúl, único personal de enfermería no habían acudido y todo era un verdadero caos. Gente voluntaria ayudaba como podía, pero se echaba en falta la organización y disciplina que las monjitas siempre habían impuesto.

Fue al despacho del director, que era entonces el catedrático de Cirugía don León Cardenal, famoso por su técnica (se decía que podía reconocer los enfermos que él operaba por la finura de sus cicatrices). Tuvo que esperar mucho rato, pues estaba intentando que aquello no se desmadrara y se mantuviera el orden, ya que cada sindicato o partido extremista había formado su comité y su «responsable». Cuando consiguió hablar finalmente con él, le dijo:

—Mire, don Carlos, agradezco mucho su ofrecimiento, pero aquí ahora sólo necesitamos cirujanos, pues los que hay no dan abasto a operar urgencias. Sus salas están llenas de heridos, y heridos graves, y poco es lo que usted podría ayudar. Yo estoy muy preocupado por el sesgo que esto está tomando, pues realmente estamos ante una verdadera revolución de masas y no parece que el Gobierno sea capaz de contener lo que se ha desencadenado. Nadie puede prever lo que va a ocurrir.

Desde allí se fue al Instituto. Estaban trabajando Ochoa y Barreda en Fisiología, Arjona y Alés en Microbiología y Bielchowsky y su ya esposa, ex señorita Agermann, en Bioquímica con Castro Mendoza. Se reunieron en el pequeño café que hacía las veces de comedor de muchos de ellos y analizaron la situación.

Los dos extranjeros, que ya se habían visto obligados a exiliarse de su patria por la persecución desatada por Hitler contra los judíos, estaban muy afectados:

—Mire usted, don Carlos, los españoles pueden pensar que esto va a pasar pronto y que el Gobierno terminará con la rebelión, pero creo que están

equivocados. Detrás de todo esto están los nazis y los fascistas italianos y van a apoyar con todas sus fuerzas, y las de Alemania son muchas, a los militares en su lucha contra la democracia. Esto no va a ser más que un «ensayo» de lo que están preparando para poco tiempo en Europa. El resto de los países no son conscientes de quién es Hitler. Es un paranoico y cree que Alemania bajo su mando tiene que convertirse en un imperio mundial y para conseguirlo no parará hasta desencadenar una guerra. La industria armamentaria ha aumentado por diez, tiene los mejores ingenieros y físicos trabajando para él y la Krupp ya no hace más que máquinas de guerra. Nosotros —y señaló a la anterior señorita Agermann— soñábamos con permanecer en este país, que con tanta gentileza y generosidad nos ha acogido, pero vemos que va a ser imposible, que, como el del judío errante, el de toda nuestra raza, nuestro destino va a ser huir de un país tras otro.

Hemos recibido una invitación para trabajar en Nueva Zelanda y creemos que es de los pocos sitios en que puede no llegar la furia antisionista, al ser un país joven y alejado, que lo que necesita es científicos dispuestos a trabajar. Hemos decidido adelantar nuestra marcha, aunque sea triste en estas circunstancias, marcharnos antes de que no podamos hacerlo. No hace falta decirle lo que agradecemos lo que usted ha hecho por nosotros y la ilusión que a todos nos ha infundido con este Instituto, pero desgraciadamente (y arrastró la rr) las circunstancias mandan. Mientras lo conseguimos, trabajaremos con usted, donde esté.

—No sabe cómo lamento su decisión, pero la entiendo. ¡Ojalá pudiera decirle que sus temores son infundados!, pero en este momento nadie sabe lo que aquí puede pasar. El que tiene que estar agradecido soy yo, pues usted ha enseñado a mis discípulos un método de trabajo científico que significa mucho en su formación y en la fiabilidad de sus resultados en futuras investigaciones, les deseo toda la suerte del mundo y espero que algún día más feliz volvamos a encontrarnos.

Los demás se mostraron dispuestos a seguir trabajando. Pero aquellos propósitos se mostraron pronto puramente idealistas. Además de la dificultad, incluso peligro de desplazamiento desde Moncloa a aquella zona semiabandonada, donde proliferaban tiroteos y coches llenos de siglas UHP, FAI, CNT y banderas rojas o rojinegras con su trágica carga, se cortaron los suministros de agua, gas y electricidad y les fue imposible continuar. Cuando cerraron cuidadosamente las puertas de los laboratorios se vieron lágrimas en algunos ojos emocionados. Allí habían volcado toda su ilusión de investigar, de crear, por

primera vez en España, un centro ejemplar que tratara de equiparar sus hallazgos a los de países vecinos más adelantados y el sueño, nada más comenzado, se deshacía trágicamente.

Carlos no sabía qué hacer. Nunca había estado sin trabajar, sin su jornada de hospital, sin consulta y sin posibilidades de investigar los problemas que le surgían de la cabecera de los enfermos. Se dirigió a Paco Vega, que tenía un cierto predicamento en la Sanidad republicana y, a través del entonces director general, doctor Aransay, anterior médico de la Casa de la Moneda, recibió un oficio destinándole a un improvisado hospital de Chamartín, que habían organizado para atención a enfermos que volvían del frente, más que a heridos. Para éstos, además de los Hospitales Militares, de San Carlos y el General, se habían incautado colegios y otros locales apropiados. Duarte y Luis Cifuentes estaban trabajando en el Colegio de los Marianistas del Pilar, de la Calle Príncipe de Vergara, y finalmente hasta el Hotel Palace fue convertido en hospital de sangre.

El Hospital de Chamartín se instauró en el incautado convento de las Madres Reparadoras. Se le había puesto el nombre de «Ada de la Fuente», en memoria de una joven que había sido tiroteada y muerta en Tetuán por unos falangistas cuando estaba vendiendo el «Mundo Obrero». Era de los pocos que estaba dirigido por el Partido Comunista, todavía con poca militancia e influencia. El «responsable» era un tal Quesada, obrero de la RENFE y jefe de la célula comunista de Chamartín. Era un hombre de unos cuarenta años, serio y respetuoso, que trataba con su mejor voluntad, pero sin querer ceder un ápice de autoridad, organizar aquel desbarajuste de voluntarios de muy distinta condición.

La mayoría eran de «su cuerda», pero también había profesionales sanitarios adictos a la República, junto a «enchufados» que lo que intentaban era librarse de ir al frente, otros que por su edad o salud no eran aptos para la lucha e, incluso, algunos que se sentían en peligro por sus ideas políticas y consideraban que este trabajo humanitario, voluntario, les proporcionaba un refugio relativamente seguro. Había una enfermera grandona, todavía de buen ver, castiza de rompe y rasga, pero buena profesional, que tomó el mando de aquel peculiar personal y trataba de colocar a cada uno en el sitio en que pudiera ser más útil según su formación y conocimientos, nulos en la mayoría de los casos.

Don Carlos se llevó con él a Arjona, Alés, los Ochoa, los Bielchowsky, Felipe Morán, Adolfo Romero, Aurelio Castro, Capella, los hermanos Fabra,

López Brenes y Lara; el grupo fue bien recibido. Su nombradía ya era popular y para aquellas gentes, en su mayoría elementales y enfervorizados por una revolución tanto tiempo esperada, el contar con una personalidad como la suya era una reafirmación de que la razón estaba de su parte. El sería el director médico y los demás clínicos ayudaban en la labor clínica, como Romero y Castro, mientras Arjona y Alés se harían cargo del elemental laboratorio que habían ido montando con envíos de otros hospitales, aunque por ello no dejaran también de atender a los enfermos, pues ambos eran grandes clínicos, además de microbiólogos. Montaron también un banco de sangre para el que no faltaban donaciones, ya que, aunque el propósito inicial era de reservar el hospital para soldados y milicianos enfermos, el desencadenamiento del frente de Somosierra hacía que los convoyes de heridos encontraran, después de La Cabrera, que finalmente se había convertido en un verdadero hospital de primera línea, aquél de Chamartín para lo que hubo que incorporar más de un cirujano, especialmente maxilofacial y oftalmológico, por las frecuentes heridas en la cara, por la metralla.

Don Carlos había llevado también a sus dos fieles servidores, Luis, el chófer, y Jesús. Este último se ocupaba en ayudar en la farmacia, recontar vendas y medicinas... y a aprovechar lo más posible aquello del amor libre, que le pareció un gran invento. Luis era necesario, además de para trasladar a todos desde sus casas al hospital, para ir de un lado para otro a transportar todo lo que fuera necesario..., aunque se sentía degradado, al haber tenido que cambiar su flamante uniforme gris y su gorra de plato por un mono y una boina. Cuando iban y volvían en el coche les acompañaba un miliciano de «protección», un tipo con enorme cara de bruto, grandes patillas y barba, que atendía por Celedonio y también por «Tarzán», apodo que le gustaba más que su verdadero nombre. Llevaba dos pistolones al cinto y un fusil y hasta alguna granada de mano y estaba dispuesto a que nadie se acercara a su protegido con malas intenciones.

Una noche estaban en Velázquez el matrimonio, Romero e Ignacio Jorrín. Este una persona muy adicta a aquella casa, aunque sólo fuera pariente lejano (primo segundo o algo así de Conchita). Era un hombre muy ingenioso y a don Carlos le caía muy bien. Había trabajado como administrativo o corredor de comercio con una fábrica de tejidos catalana y aún no se había ambientado mucho en Madrid y en aquellas difíciles circunstancias buscaba el arrimo de aquellos parientes influyentes. Recordaba a Buster Keaton por el contraste de la seriedad de una cara que hacía inexpresiva con la gracia de su

fino humor y aceptaba de buen grado un poco el papel de bufón que relajaba el tenso ambiente.

Cuando estaban en plena conversación, comentando como siempre las incidencias y marcha de la guerra, entró Victoria muy asustada.

—Señoritos, están ahí unos de esos milicianos con tan mala pinta y armados hasta los dientes y dicen que vienen a por ustedes.

La historia de los «paseos» era ya del dominio público, incluso ellos mismos habían visto horrorizados cadáveres tirados por las cunetas de Chamartín. Algunos de sus amigos, Colom Cardany, el abogado que había redactado los Estatutos del IICM, y el pariente de Conchita, Felipe de Cos, habían desaparecido en circunstancias similares, sin ningún motivo lógico que pudiera justificar esa barbarie. Se cruzaron miradas:

—¿Por qué a nosotros?

Pero aquellos días los porqués eran vanos. Las causas eran tan peregrinas o tan rebuscadas que la pregunta no habría tenido respuesta lógica. Bastaba ser medianamente rico o haber despedido a un empleado inútil y alborotador, o no ser anarquista o tener en casa una inocente escopeta de caza... para que «aquello» pudiera pasar. Tanto la CNT, que había sido la que más precozmente se había hecho con las armas, como los aún más anarquistas como la FAI y la UHP, en vez de ir a enfrentarse con los verdaderos enemigos se habían lanzado a una revolución proletaria que para ellos consistía en matar a cualquier burgués y a luchar entre sí por más cotas de poder.

Haciendo de «tripas corazón», don Carlos salió a recibirles, temiéndose lo peor. Se encontró con un grupo de siete u ocho bastante facinerosos —tatuajes, caras sin afeitar— y el que parecía el jefe le dijo:

—¿Tú eres Jiménez Díaz? Tienes que venir con nosotros. Nos ha llegado un soplo de que estás en peligro. Se están dando muchos casos en que los falangistas que aún resisten camuflados atacan a personalidades que están a nuestro lado. Por ello se ha decidido que vayáis a vivir al hospital, donde estaréis bien seguros.

—¿Usted (no conseguía pasarse al generalizado tú) cree que eso es necesario? Mi mujer está muy asustada y preferiría quedarme aquí y no creo que nadie se vaya a meter con nosotros —contestó débilmente don Carlos.

—No hay más que hablar, tenemos esa orden y le aseguro que es por su bien.

Pasaron al cuarto de estar y al ver a Romero y a Jorrín preguntó :

—¿Y éstos quién son?

—Son colaboradores míos que trabajan en el hospital.

—Pues que vengan también. Tenemos abajo dos coches y bien apiñados cabremos todos. Quiero advertirles que hay muchos controles y las calles están peligrosas y hay que saber la consigna. Esta noche es «El Fascio ha muerto.»

Recogieron algunas cosas y se distribuyeron en los dos coches llenos de pintadas con la hoz y el martillo. ¡Viva Rusia! y siglas del PCE. Conchita iba muerta de miedo y Carlos la cogía de la mano, compartiendo el asiento trasero con un miliciano joven, no más de diecisiéis años, que también parecía asustado. Al llegar al primer control, a la altura de unos descampados en el camino hacia Chamartín, ella ya no pudo reprimir los nervios y, antes de que les preguntaran, se asomó a la ventanilla y espetó su particular versión de la consigna:

—Déjenos pasar: «Todos los fascistas están muertos.»

Llegaron sin más problemas al hospital, donde habían acondicionado una habitación para ellos y allí vivieron seis o siete días, hasta que les permitieron volver a su casa ya que, según ellos, había pasado el peligro.

En aquella atmósfera de violencia la vida del espíritu, el trabajo intelectual, era imposible. Carlos se dio cuenta pronto de que sus ideales liberales y republicanos habían sido arrasados por una izquierda agresiva, anticlerical con la que no se podía sentir no ya solidarizado, sino ni siquiera a gusto, ni tranquilamente proseguir con su trabajo. Al comienzo de la guerra se obligó a muchos intelectuales del país a firmar un manifiesto a favor de la República, o sea a lo que una revolución popular había dejado de ella. Don Carlos se negó, igual que se negaría en aquellos meses a acudir a radios o manifestarse en los periódicos, aunque esa actitud conllevara un cierto riesgo. Al fin y al cabo, personas mucho más vinculadas a la política, como los tres que habían fundado la Asociación al Servicio de la República: Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala, que lo firmaron, lo repudiaron en cuanto se vieron fuera de España. Otros hombres destacados de la intelectualidad padecieron también en su espíritu a causa de la guerra desencadenada, de sus violencias y excesos trágicos. Don Miguel de Unamuno acogió la rebelión primero desde Salamanca con entusiasmo, pero cuando oyó a Millán Astray decir «¡Muera la inteligencia!» y su querida ciudad llena de uniformes falangistas y nazis, murió de pena.

Pío Baroja huyó de la España rebelde —no podía olvidar su persecución por la Dictadura— después de haber huido también de la España revolucionaria. La mayoría de los hombres de pensamiento de izquierda liberal prefirieron la emigración a la vida bajo un régimen que, llamándose revolucionario, era en la práctica totalitario de izquierdas.

Al final de agosto ya se veía claro que aquella guerra no sería corta. Las tropas republicanas no podían contener el avance de los rebeldes. Al comenzar la guerra le quedaban a la República exactamente veinticinco oficiales de Estado Mayor y unos quinientos de todas las armas. Aquel núcleo profesional, que con el tiempo llegó a constituir un ejército de un millón y medio de soldados con 40.000 oficiales, intentó organizar una verdadera disciplina, formar aceleradamente a los oficiales.

Gracias al esfuerzo político de Largo Caballero, cuatro presidentes del Gobierno, tras Casares Quiroga, el superefímero Martínez Barrios (récord de dos horas de duración) y Giral, y al de técnicos militares, como el de los generales Rojo y Miaja y el coronel Casado, fue pareciéndose algo a un verdadero ejército. Pero el tiempo que había llevado aquel proceso había sido bien aprovechado por el otro bando en que existió desde el primer momento un número importante de oficiales destacados, que poco tenía que ver con aquella pandilla de milicianos voluntarios y anárquicos que sólo obedecían, y a regañadientes, a los comisarios de su facción.

Una noche, Mariano convocó en su casa a los otros tres hermanos, pues ya había asumido su papel de «organizador» y además era el mejor informado, con ideas claras, práctico y frío para abordar la situación. En política sabía bien quién era quién y lo que se podía esperar de cada uno y sus palabras iniciales no pudieron ser más pesimistas.

—A estas alturas creo que tenemos criterios más que suficientes para analizar la situación, aunque ya os previne hace más de un mes, antes de que empezara «esto». La cosa va para largo, porque ya no se trata de un asunto interno. A pesar de sus protestas de neutralidad, las potencias extranjeras están dispuestas a que nos matemos unos a otros, pero arrimando el ascua a su sardina. Ya el 30 de julio han llegado un montón de aviones italianos y alemanes para las tropas de Franco. Por su parte, Francia, con su ministro del Aire, Cot, directamente, y a través de André Malraux, que ha creado la Legión Extranjera del Aire, ha mandado ya cerca de sesenta aviones, con sus bombas y ametralladoras correspondientes. Hace dos días, el 24, las seis potencias han llegado a un acuerdo de «no intervención», pero eso es un papel mojado y siguen llegando armas, e incluso «voluntarios», y ya esto es mucho más que un pronunciamiento militar, como se pensaba por los ingenuos, e incluso más que una guerra civil. Es una conflagración en la que todos los países tienen puestos sus ojos, porque también se juega mucho de su futuro. Y van a actuar con mucha más fuerza y desvergüenza los países totalitarios, que no tienen que estar sujetos a decisiones parlamentarias y harán mucho menos caso de cualquier tipo de acuerdo. La conclusión, para acabar pronto, es que esta guerra la ganarán, más pronto o más tarde los que se llaman «nacionales».

Eusebio saltó exaltado:

—¡Eso no lo acepto! Ya sé que se está perdiendo en muchos frentes, pero en cuanto pase esta ola revolucionaria y los verdaderos jefes organicen bien un ejército del pueblo éste vencerá. No puedo apoyar nada de lo que está pasando en Madrid, y supongo que en el resto de nuestra zona, pero ellos tampoco se están andando con chiquitas. Están asesinando, como está pasando aquí, a todo lo que huela a enemigo. ¡No se han detenido ni ante un poeta universal como García Lorca!. Lo de aquí, con ser terrible, es más comprensible. La gente oprimida ha tenido un estallido, cansados de pasar hambre mientras los demás se hacen ricos, y encima con el apoyo de la Iglesia, que ha olvidado por conveniencia lo que le enseñó Cristo respecto a ricos y pobres y se ha puesto descaradamente a favor de los poderosos. Han incubado un anticlericalismo que ahora están pagando de una forma brutal. Yo he compartido con mis obreros su explotación y si han hecho salvajadas es porque era mucho el rencor acumulado por una vida de bestias de carga, casi sin derecho alguno, pero la República...

—Mira Eusebio —le cortó Mariano—, ya no se puede hablar de la República. Los mismos que la trajeron están horrorizados y arrepentidos y los pocos idealistas, como tú, han sido desplazados por gente sin formación y han convertido esto en una revolución proletaria como la rusa, sólo que quizá más bestial. Han creído que era el momento de dar la vuelta a la tortilla, han matado por matar, han robado («requisado», dicen eufemísticamente) y lo único que persiguen es que ahora sean ellos los ricos. Como siempre, hay de todo, pero a la mayoría lo que les importa es la venganza y el provecho propio y no ir a pegar o a que les peguen tiros en el frente. Sus propios líderes están asustados y son incapaces de controlarlos. Aquí no gobierna nadie, a pesar de haberse ido desplazando a partidos más y más extremistas. Gobiernan los comités, los sindicatos, los anarquistas, cada uno tiene su feudo y no tardarán mucho en enzarzarse entre ellos... y así no se puede ganar una guerra. O sea, que repi-

to, y ya sabéis que pocas veces me equivoco, que esta guerra está perdida, o ganada, según lo miremos.

Esta última frase enfureció nuevamente a Eusebio:

—Mariano, no consiento que en mi presencia se considere posible, y mucho menos que eso sea bueno, que esos militarotes y capitalistas vayan a echar por tierra el único período de este país en que se ha iniciado el progreso, la justicia social, el acceso a la cultura, la modernización y la posibilidad de elegir entre todos a nuestros gobernantes. Eso es incalificable en el siglo XX. Todos los países civilizados tienen que estar a nuestro lado y dispuestos a ayudarnos. Lo que dices sería la mayor tragedia, irreparable para España.

Carlos trataba de poner paz y Luis callaba con sus grandes ojos reflejando el temor ante aquella tempestad y ante el futuro que se avecinaba.

Después del exabrupto de Eusebio —ya estaban acostumbrados a aquellos prontos violentos a los que le empujaba su idealismo— Mariano retomó la dirección.

—Pues, lo siento mucho, hermano, pero las cosas serán así. Lo que que los demócratas nos van a ayudar es un cuento chino, crearán comités, hablarán en la Sociedad de Naciones, pero de intervenir de verdad, con hombres y más armas, con dinero, es pura filfa, en el fondo están muertos de miedo con una nueva revolución proletaria en Europa y bastante tienen que pensar en armarse ellos para lo que se les avecina desde Alemania e Italia. Y estos países apoyan y seguirán apoyando todo lo necesario al otro lado. Ahí están los falangistas imitadores de los fascistas italianos, admirados por lo que Mussolini ha hecho en poco tiempo de su país... y no digamos nada de Alemania, que no ha perdonado la derrota de la gran guerra y la situación en que la dejó el Tratado de Versalles. Para ellos tener un nuevo aliado por el Sur para atacar a Francia les viene al pelo. Así que, déjame seguir y tratar de llegar a cosas prácticas. En momentos así, claro que pensamos en España y en su futuro, pero poco o nada podemos hacer por cambiar el curso de su historia. Lo práctico (y recalcó la palabra repitiéndola por cuarta o quinta vez) es saber qué vamos a hacer, qué va a ser de nosotros y nuestras familias. Yo daré mi opinión, pero quisiera antes oír vuestros planes, si es que los tenéis. Así que tú, el mayor, pero, por favor, serenamente, dinos qué piensas hacer.

Eusebio, algo más calmado, comenzó:

—Pues supongo que lo mismo que vosotros. Seguir trabajando mientras pueda y como pueda. Me he quedado sin muchos obreros jóvenes que han

sido movilizados, pero los mayores están muy unidos a mí y seguiremos juntos. De hecho cada día tienen detalles emocionantes, hasta me llevan comida que traen del pueblo para mis hijos. Yo no les voy a abandonar.

—Todo eso me parece muy bien —volvió a replicar Mariano—, pero ¿crees que vas a poder seguir fabricando ventanas y cubiertas de cristal? Todo el hierro y el acero va a necesitarse para fabricar armamento y, además, ¿quién va a construir casas cuando las destruyen los bombardeos? ¿Y qué clientes crees que vas a poder tener y cómo van a pagarte? El taller de Meléndez Valdés, como esta casa de Marqués de Urquijo, va a estar muy pronto a merced de los cañones del ejército que se acerca por esta zona.

—Bueno, pues si no hay ventanas que hacer haré cañones y morteros o lo que haga falta para la guerra. Tengo cinco hijos, la pequeña de dos años y te aseguro que no se van a morir de hambre ni, en el futuro, van a avergonzarse de su padre.

—Bueno, no volvamos a las andadas. Entonces ¿ésta de quedarte es tu decisión definitiva?

—Sí, no puedo hacer otra cosa y sabes muy bien que sólo tengo una palabra.

—Te toca a tí, Carlos. Yo sé bien lo que estás pasando en ese hospital de Chamartín, donde has tenido incluso que evitar que esos vándalos se cargaran un retablo valioso. Tu Instituto está cerrado y no creo que este curso la Facultad se llegue a abrir. La gente no va a tener dinero para consultas y todos los que venían de provincias, especialmente toda tu clientela de Sevilla que está en manos de Queipo, no van a poder desplazarse por mucha fe que tengan en ti. Sé que tienes amigos en los dos bandos y que tu prestigio es indiscutible, por ello tienes más posibilidades que los demás..., pero ¿qué piensas hacer?

—Mira, Mariano, yo sólo soy un médico y trato de hacer ciencia, investigación, progresar en mis conocimientos que cada día han de enriquecerse. Mi situación en aquel hospital es muy desagradable. Yo también, como Eusebio, convivo con la gente humilde, con los más desheredados en el hospital y los he respetado y querido y ellos me han respetado y creo que también me han querido. Pero, aquello es completamente distinto. Allí, además de no tener apenas medios, cada uno actúa por su cuenta. Estás a la merced de los caprichos, de los malos modos, de los «responsables», aun de los enfermeros, que además no tienen idea de lo que han de hacer ante un enfermo. El otro día han detenido a

Viti Acosta nada más que por «sospechoso». Espero que le suelten pues nunca se ha distinguido y hay amigos que responderán por él. He aguantado todo lo que he podido, pero así no puedo seguir. Antes de venir para acá lo he hablado con Conchita, que está muy asustada entre tanto miliciano irrespetuoso, oyendo blasfemias que a ella le ofenden y hemos tomado una decisión. Conchita me empuja a hacerlo; nos vamos a ir al extranjero. Ya hay muchos médicos prestigiosos que se han ido, incluso de los que han estado metidos en la política republicana, mientras que yo siempre he intentado mantenerme al margen. El propio Marañón, que tanto contribuyó al cambio desde el Pacto de San Sebastián, me decía el otro día que se iba a ir a Francia. Alguno de mis colaboradores, también muy de izquierdas, como Ochoa, se va a ir a Alemania con una beca-invitación y así otros muchos. Yo tenía desde mayo una invitación para dar una conferencia en el Middlesex Hospital de Londres, uno de los más prestigiosos de aquel país, lo que ya es un gran honor. Ahora he tenido una carta del profesor Izzod Bennet, una autoridad mundial en Gastroenterología, con el que coincidí en el último congreso de París, en que me reitera la invitación y traduce entre líneas su deseo de ayudarme a conseguir que me dejen salir. Lo voy a hablar con Aransay, que es el director general de Sanidad, discípulo mío y buena persona y estoy seguro que me ayudará a conseguir los permisos, aunque consten como de ausencia temporal. Una vez fuera ya veré. No tenemos hijos, tengo algún dinero y buenas relaciones en distintos países. El exilio siempre es triste, pero yo no creo que esto dure tanto y... desde luego volveré a España. Mi obligación, mi destino, están aquí. Tengo que seguir mi esfuerzo de cambiar la Medicina de mi país, ayudar a superar el atraso que llevamos respecto a Europa, enseñar a jóvenes médicos que cambien el triste panorama que yo encontré en la Facultad... y ya lo estaba consiguiendo, pero será cuando Dios quiera y cuando esta labor se pueda hacer civilizadamente.

—Me parece perfecto —contestó Mariano— sigue adelante..., pero no te retrases mucho y hazlo sin despertar sospecha. Aquí ahora no se respeta nada, ni a personas como tú. Y como mi intención es la misma y me toca por edad contar mis planes, sólo diré que aún no sé cómo podré sobrevivir fuera, ni cuándo podré irme. Yo sí tengo a Luz y a las niñas y no tengo demasiado dinero, pero —se echó a reír— como recordaréis que decía nuestro pobre padre, me ganaré la vida aunque sea vendiendo helados en el Polo Norte.

Luis había estado callado, oyendo a unos y otros. En su profesión de ingeniero de ICAI había estado unido a Eusebio y su posición económica era la peor de todos ellos. Cuando le llegó el turno, con voz emocionada dijo:

—Yo me quedaré. Creo que no tengo otra opción. Teresa está embarazada de nuestro primer hijo; no tengo posibles ni relaciones para poder correr aventuras. Seguiré al lado de Eusebio y trataremos de seguir adelante, unidos como siempre —y con los ojos humedecidos se fundieron en un abrazo.

Todavía Mariano hizo a Eusebio una última advertencia:

—Hermano, olvídate de idealismos y, por Dios, no te comprometas con esta gente. No aceptes cargos políticos, aunque sean aparentemente técnicos, no te distingas en público. Lo que estamos pasando es horrible..., pero también puede serlo la resaca de venganzas finales. ¡Ah! y dispón de mis acciones de Eclipse y salva lo que puedas.

Tras aquella noche trascendental para unos hermanos tan unidos, Carlos puso en marcha su plan. Sus gestiones no fallaron (la carta de invitación del Middlessex tuvo mucha fuerza) y Aransay y Paco Vega le consiguieron salvoconductos y pasaportes que autorizaban su viaje y el de Felipe Morán, que se fue a Argentina. Aunque sólo tenían vigencia para un mes todos ellos sabían que su marcha era definitiva. En el hospital se lo comunicó a Arjona y a Alés y, asimismo, a Luis y a Jesús. Les aconsejó que siguieran allí y, que si hacía falta, mostraran indignación por su huida, cuando ésta fuera manifiesta, para que no pudieran sufrir represalias. Se despidió de Quesada con un ¡hasta pronto!, aunque el viejo sindicalista no dijo nada, su expresión dejaba traslucir que sabía que no le volvería a ver.

Salieron en tren hacia Valencia, tras calurosa despedida de hermanos y discípulos. Habían escondido el dinero y las joyas de Conchita en sitios que parecían inverosímiles y, al tener los papeles en regla con muchos sellos por todas partes, no tuvieron problemas ni registros para embarcar rumbo a Marsella y proseguir luego el viaje hasta París, donde se quedaron dos o tres días.

Les parecía haber salido de un mundo irreal, de una pesadilla. Ya no veían banderas, ni pintadas, ni escombros. Se hubieran sentido plenamente felices, como en un nuevo viaje de novios, si no fuera por la preocupación por las familias y por el espantoso incendio que dejaban detrás. Su incierto futuro era lo que menos les preocupaba, porque estaban juntos. En París les parecía mentira aquel ambiente. El otoño era suave, los árboles del Bois de Bonlogne comenzaban a amarillear sobre verdes jugosos y la Ciudad de la Luz les parecía un paraíso recobrado. Una noche echaron la casa por la ventana y fueron a cenar en el Bois al «Pré Catelan» para volver a gozar de las buenas vajillas, los siempre primorosos centros de flores y la alta cocina.

Tras telegrafiar a Bennet llegaron a Londres. El matrimonio Izzod e Iris les estaban esperando en la estación. Ella era como una muñequita delicada y pequeña. Era francesa y en esta lengua se entendía relativamente bien con Conchita.

La acogida no pudo ser más cordial y abierta. Izzod era el típico inglés, grande y ancho, con una suave sonrisa bajo el negro bigote perfectamente recortado, con un cierto aspecto de militar colonial. Inmediatamente tomó el mando de la expedición y, sin dejarles rechistar, cortando rápidamente sus palabras de agradecimiento, dispuso:

—Hemos pospuesto su conferencia quince días, ya que no sabíamos cuándo podrían llegar y los actos docentes importantes tenemos que anunciarlos con dos semanas. Por otra parte, el curso aún no ha empezado. Nos vamos a ir estos días a nuestra casa de campo, en Windsor, y allí tendrán tiempo de recuperar la tranquilidad y hablaremos pausadamente de su terrible experiencia... y también de su Instituto y de sus últimas investigaciones, en las que estamos muy interesados.

Carlos y Conchita protestaron de tanta amabilidad. Se daban perfecta cuenta de que la intención era más de ahorrarles gastos de hotel y manutención, que del retraso de la conferencia posiblemente también calculado para ese fin. La protesta fue, sin embargo, débil. Una sola mirada de alivio cruzada rápidamente entre ellos mostró su felicidad ante ese plan maravilloso de pasear por el siempre atractivo campo inglés, sin hacer nada después de unos meses tan convulsionados.

Carlos intentó protestar:

—Pero usted tendrá que ir al hospital y seguir con su consulta de Harley Street y en su casa de Mayfair y a mí, aunque sea un gran honor la conferencia proyectada, me interesa tanto o más conocer bien el hospital, su organización y funcionamiento. Quiero que usted me presente también a su discípulo, Avery Jones, del que he leído trabajos muy destacados, y también desearía conocer a Mc. Michael y su ejemplar Servicio de Cardiología. Todo ello tiene un gran interés para mí, así que, si no le importa, le acompañaré cada día a Londres.

—Tiempo habrá para todo, ustedes son mis invitados y no hay ninguna prisa. De verdad, considérense entre verdaderos amigos. Para nosotros es un gran placer tenerles con nosotros.

Efectivamente, fue un placer para todos y hubo tiempo para conocer bien el hospital, para contactar con las personas destacadas del mismo, pero también para dar grandes paseos por Windsor, visitar el castillo y para departir con los Bennet en las largas veladas, de forma especial, lógicamente, sobre la situación en España.

Aunque el ambiente en Gran Bretaña era muy favorable a la causa republicana, los Bennet conocían ahora de primera mano todo lo sucedido en Madrid y no lo veían tan claro y temían que la izquierda cayera en manos del comunismo ruso. Mientras, «The Times» recordaba en un editorial que España no había tolerado jamás que otro país se quedara con una sola pulgada del territorio español después de una guerra civil (olvidándose de Gibraltar) para tranquilizar a los conservadores sobre la posible implantación de una especie de colonia rusa, los laboristas se quejaban de la indiferencia de aquéllos hacia los peligros que la no intervención implicaba para el Imperio Británico, permitiendo aumentar el círculo de influencia de los países totalitarios. La pasión española había inflamado el ánimo y en cuanto se mencionaba su nombre parecía apagarse en unos y otros el sentido común.

Como dice Madariaga:

«España se convirtió en el adorado tormento de todo el mundo. Izquierdistas ingleses, que se habían pasado la vida en feliz ignorancia de la explotación de que eran objeto miles de obreros españoles por parte de los capitalistas ingleses rigiendo sociedades mineras y de todo tipo en la península, se expresaban de súbito con la mayor elocuencia sobre la miseria del proletariado agrícola español o iban a España a contemplar desfiles de entusiastas revolucionarios alzando el puño a su paso, con gesto que no podían hacer en su patria sin arriesgar un escaño. Niñas comunistoides, con cinco mil libras de renta, ponían de moda en Londres el pañuelo a la cabeza que nuestras cocineras solían llevar antaño y habían abandonado para depilarse las cejas y oxigenarse el pelo como las estrellas de cine. Era imposible hablar con sentido común en tal ambiente sin que tirios y troyanos le acusasen a uno de traidor.»

Los gobernantes, ya fueran socialistas como León Blum en Francia, o conservadores como Eden en Inglaterra, tenían grandes dificultades de tomar un rumbo decisivo, ante las violaciones, cada vez más flagrantes del Pacto de «No intervención» por Alemania e Italia.

Bennet era uno de los que, especialmente ahora, veía claro que la evolución de «los leales» iba a una revolución que se iba entregando en manos del

comunismo. En una ocasión, les llevó para que contaran su vivida experiencia a una reunión del comité de Lady Herbert y de los obispos católicos ingleses, que eran unos de los pocos núcleos que ya estaban organizando ayuda a la llamada «Causa Nacional».

Un día, a la entrada del hospital, tuvo la gran alegría de ver a su discípulo Francisco Vivanco que allí le esperaba. Era uno de los destacados de la promoción que había iniciado sus estudios de Medicina con él en el año 30. Había estado becado por la Junta en Suecia, con una clara vocación investigadora y luego había recalado en Inglaterra para aprender nuevas técnicas. Por el anuncio de la conferencia en el «British Medical Journal», se había enterado de la llegada de don Carlos a aquel país y no paró hasta encontrarle. Se dieron un gran abrazo y don Carlos llamó a Conchita para comer los tres juntos. Fue una comida agridulce. A la gran emoción del encuentro se asociaba, se interponía, la tristeza de la situación española. Rememoraron los todavía recientes días del iniciado Instituto y don Carlos no dejó de interesarse por sus progresos en Estocolmo y ahora en Londres. Sabía que en él tenía un colaborador fiel, empeñado en tomar el camino de la investigación pura, sin distracciones en la clínica y que sería uno de sus hombres claves para el futuro.

Vivanco era un hombre físicamente atractivo (bien distinto de su abuelo, el político José de Bergamín, que era muy feo, del que se contaba la sabrosa anécdota de que un día, al ser interpelado en las Cortes, acusándole de «tener dos caras», contestó con gran ingenio: «¿Pero Su Señoría cree que si tuviera otra iba a llevar puesta ésta?»).

Les contó con mucha gracia, además de sus actividades científicas, sus fáciles conquistas entre las suecas..., pero por más que rieran, la sombra de la guerra no podía apartarse de sus mentes. Vivanco les comunicó su decisión de volver a España a combatir con los nacionales y lo que oyó contar de lo ocurrido en Madrid no hizo más que acelerar su retorno en el siguiente barco que salía hacía Galicia. El abrazo de despedida fue emotivo; no sabían ni cuándo ni en qué circunstancias volverían a verse.

La conferencia, finalmente pronunciada por don Carlos en el Middlesex «Death in Addisson disease» fue un éxito ante un aula repleta de alumnos y médicos, para lo que a la atracción de la escasamente conocida Medicina española, se añadía ahora la expectación de oír a alguien procedente de aquel país tristemente de moda. Fue desarrollando en ella todos los transtornos que la insuficiencia suprarrenal originaba en el organismo, el papel clave de estas

glándulas en el control hidroelectrolítico y trazó un cuadro magistral de la clínica de aquélla no muy conocida enfermedad, todavía sin remedio y de la que había tenido varios casos estudiados con minuciosidad. La conferencia fue publicada íntegramente en «The Lancet», la revista médica mundialmente más prestigiosa. El hospital le había dejado admirado y le había aportado ideas de cómo llegar en el futuro en España a una organización tan perfecta. La disciplina en el trabajo, los horarios completos, la constante labor docente de alumnos y post-graduados, la profesionalidad y calidad de las «nurses» y el personal auxiliar, los laboratorios con los últimos avances en equipamiento... le hicieron soñar nuevamente con su regreso a España, a su convencimiento de que algún día en su país también podría trabajarse así, no ya como en la pesadilla que había sido el Hospital «Ada de la Fuente», sino como había sido en sus propios servicios de San Carlos, de los que antes se había sentido orgulloso.

Pero no podía seguir abusando de la abrumadora hospitalidad de los Bennet, la coyuntura de un congreso sobre enfermedades del hígado en San Remo, al que había sido invitado a presentar una ponencia, decidió la marcha hacia el Sur. En aquellos días se había consolidado una amistad que duraría firme y entrañable hasta la muerte de Izzod y después se mantendría íntima con Iris, que había sido el ángel bueno para Conchita. La despedida estuvo cargada de emoción y buenos deseos... el último fue pronunciado proféticamente por Bennet.

—... Y que nosotros no nos veamos pronto, como ustedes, envueltos en otra trágica guerra.

De aquellos días en el congreso de San Remo obtuvo don Carlos invitaciones para dar conferencias en Roma y allí se trasladaron. La Ciudad Eterna era nueva para ellos y las atenciones del profesor Condorelli fueron múltiples, permitiéndole trabajar en su hospital..., aunque desgraciadamente no le podía ofrecer un sueldo. El ambiente romano, cargado de signos grandilocuentes del imperialismo fascista de Mussolini, era íntegramente favorable a la causa militar.

Allí aprendieron el saludo de los antiguos césares, llamado romano, y que se hacía continuado entre los fascistas, de donde había sido importado a España por los falangistas de José Antonio Primo de Rivera.

La guerra española había ido siendo una victoria bastante continuada del ya llamado Movimiento Nacional. Ya se habían unido los ejércitos del Norte con los de Castilla, se había tomado San Sebastián y Bilbao resistía a duras pe-

nas. Se había llegado hasta las mismas puertas de Madrid, que parecía a punto de caer, luchándose ya en la Ciudad Universitaria —¡dónde estaba su frustrado Instituto!—, aunque la llegada de las Brigadas Internacionales y la respuesta heroica de todo un pueblo que lanzó la consigna «¡No pasarán!» había conseguido detenerlos; pero el gobierno, temeroso, había huido a Valencia. En Italia no se dudaba de una victoria rápida de Franco y la ayuda de Italia y Alemania, al igual que la rusa para el otro lado, había venido a confirmar las profecías de Mariano, la famosa noche de la conversación entre hermanos...

El deseo de ambos era ya volver a España, su España, y las condiciones del exilio se iban haciendo progresivamente más duras, según iban disminuyendo el no demasiado dinero que había conseguido sacar y que, afortunadamente, Bennet había conseguido cambiar en libras, pues el dinero republicano iba siendo rápidamente depreciado y en Italia ni siquiera habría sido aceptado. Algunas gestiones en la Embajada para la vuelta fueron, sin embargo, un fracaso. Sus antecedentes no eran favorables a «La Causa» y no consiguió ningún tipo de promesa para que su regreso fuera aceptado.

En una ocasión fue avisado para que fuera a consultar la enfermedad de Alfonso XIII, que parecía preocupante, y el Monarca destronado, al enterarse de que Jiménez Díaz estaba en Roma, quiso que le visitara. Le impresionó la modestia de su alojamiento en el Hotel Spagna. Se había hablado tanto de los millones que el Rey destronado había traslado al extranjero, que había esperado verle instalado en un palacio. Alfonso estaba ya muy envejecido, había perdido aquel empaque de hombre guapo y bien plantado, aunque no su simpatía y casticismo. Don Carlos comprobó, tras el interrogatorio y la detallada exploración, que estaba muy enfermo. Los datos eran concluyentes de una insuficiencia cardíaca avanzada. La punta cardíaca latía casi en línea axilar, tenía un arritmia completa de fibrilación auricular y se percibía un marcado hígado de éxtasis, edemas en ambas piernas. Apenas se podía mover por la disnea y tenía que estar incorporado con varias almohadas. Su situación era irremediable... y él se daba cuenta. Tras reforzar el tratamiento digitálico, charlaron un rato, cómo no, de España.

—Tú, Jiménez Díaz, también saludaste alegre a la República y mi marcha y ahora te veo huido de todo aquello que creiais era la salvación de España. Seguro que te alegraste, como tantos intelectuales, de mi exilio, que ahora compartes. ¡Qué poco ha quedado de aquella ilusión vuestra!, ¿verdad? Ya enseguida dijo Ortega: «No es esto, no es esto», después de contribuir tanto a echarme. ¡Cuántas vueltas da la vida!

—Sí, Majestad, así es; aunque yo nunca participé en política. Tuvimos ilusión de que aquello modernizaría España, sobre todo después de la vuelta atrás sobre la universidad y la ciencia que impuso la Dictadura de Primo. Su Majestad pasará en cambio a la Historia por su creación de la Ciudad Universitaria más bonita de Europa. Es verdad que tuvimos ilusión por lo que el cambio podía suponer y no pudimos prever en qué podía desembocar aquello. Yo no creo —añadió caritativamente— que Su Majestad haya sido culpable. Las convulsiones del mundo externo nos han llevado a esta situación y era lógico que un país pobre, desgastado por las guerras y la pérdida de su imperio, fuera tierra abonada para revoluciones. Su conciencia debe estar tranquila y quién sabe si ese mismo pueblo que le echó del trono no volverá a llamarle.

—Mira —intervino el Rey— no me digas lo que no crees. Por más que quieras disimularlo sabes tan bien o mejor que yo lo poco que me queda de vida. Sé que no volveré jamás a mi querida patria y ello me entristece más que la muerte, que eso no hay cristiano o hereje que se libre de ello. Yo quise evitar una sangría y no quise resistirme, aunque no sé si hubiera podido durar mucho más, y ahora, ya ves, esa sangre está siendo mucho mayor y más trágica. Por lo menos me iré tranquilo de no haberlo provocado yo. Sólo deseo que gente como tú, destacándose en la Ciencia y otros saberes, seáis capaces de rehacer aquella bendita tierra.

Se veía que la conversación le iba cansando y don Carlos se despidió con una torpe reverencia. El Rey le detuvo y le estrechó fuertemente la mano. Viviría aún más de tres años. Al salir, el palaciego que le acompañaba le quiso entregar un sobre con dinero que él rechazó (a pesar de lo bien que le venía en aquellos momentos). A los pocos días recibió un reloj de oro, que conservaría toda su vida.

El tiempo pasaba acuciante en Roma, sin esperanzas de una vuelta rápida. No sabían nada de la familia y todo ello les angustiaba, pero no encontraban salida. Conchita estaba especialmente afectada. Sus padres, ya mayores, habían quedado en Madrid sin ninguna protección; su hermano Gregorio había quedado escondido y su otro hermano, Pedro, ya medio ciego por una miopía magna estaba en Reinosa, zona inicialmente republicana. Habían hecho gestiones en la Embajada y con la Cruz Roja, pero hasta entonces habían sido baldías.

Un día, cercana la Navidad (¡qué distinta de la anterior con todos reunidos en La Cabrera!), la dueña de la pensión en que habían recalado en un descenso continuado de nivel de vida, les llamó:

—Tienen ustedes una conferencia de París. ¡Bajen corriendo!

Era Mariano que, con voz emocionada, les dijo que habían conseguido salir y llevaban allí casi un mes tratando de localizarlos. Aunque no quiso entrar en detalles para no alargar la costosa llamada, su voz sonaba perentoria.

—¿Por qué no os venís para aquí? Juntos estaremos mejor... y además os necesitamos.

El día 24 viajaron en tren y nadie pudo contener las lágrimas al abrazarse con Mariano, Luz, Layta y Chunchi, que esperaban en la estación. Esa noche era Nochebuena, lo que añadía el recuerdo de tantas cenas pasadas juntos y, aunque los recursos iban siendo escasos, decidieron celebrarlo «a lo grande». Aunque el restaurante no fuera lujoso tomaron ensaladilla y langosta y las niñas estaban tan contentas que parecía que al estar juntos lo demás no importaba.

Mariano y Luz les contaron sus peripecias. Lograron salir el día 8 de diciembre.

—¡Precisamente en mi santo! —gritó Chunchi, que era un cría muy despierta, ahijada de estos tíos que ahora reencontraba.

—Y del mío, porque te llamas así por mí —le contestó Conchita, que iba recobrando la alegría.

—Fue una odisea —prosiguió Mariano— primero conseguir salvoconductos, luego un viaje en tren hasta Alicante que duró casi cuarenta y ocho horas, con paradas y registros en mil controles, más paradas «técnicas». En el puerto nos registraron y se quedaron con las cosas de oro de Luz «para la causa». Menos mal que el dinero se lo había cosido en las braguitas a las niñas y ahí no se les ocurrió mirar, pero tampoco era mucho. Después, en un carguero apestando a ganado que había trasladado en su viaje de ida, y durmiendo en el suelo, y, finalmente, Marsella. Ya os podréis figurar las pintas que tendríamos al llegar. Hubo una anécdota graciosa: se nos acercó un señor muy raro que, en un castellano infame, me preguntó si veníamos de España. Con el humor que traía me puse impertinente y le contesté: «Y a usted, ¿qué demonios le importa?» y me di media vuelta, pero él volvió a la carga y cuando estaba a punto de darle una bofetada me soltó: «No, si yo sólo quería invitarles a cenar, pues veo en qué estado llegan a mi país.» Me tuve que deshacer en disculpas, porque aquella invitación nos venía de perilla para ahorrar algún dinero. No sabéis cómo se pusieron las niñas después de la pésima comida del barco. Cuando por fin alcanzamos París no tenía a quién recurrir. Me acordé de que hace dos años había tenido relación

profesional con un abogado prestigioso de aquí, llamado Mancini, y haciendo de tripas corazón me fui a verle y le planteé nuestra situación, me ayudó y nos buscó una pensión, bastante infecta, la pensión Juana cercana al mercado de Les Halles y allí estamos pasándolas «canutas», casi sin dinero y aguantando gracias a que la tal Juana es una gallega beatona que se ha encariñado con las niñas y a la que hay que estar contándole continuamente cosas de España, alabando a Dios y a los Santos y, en especial, invocando la ayuda de Santiago Apóstol para que reaparezca y ayude a los nacionales en las batallas. De vez en cuando se pone impaciente con nuestras deudas, pero no es capaz de echarnos de allí por pura caridad. Yo me he ido todos los días por los Campos Elíseos arriba hasta el Arco del Triunfo para tratar de ver a alguien conocido, pero hasta el día que os llamamos sin el menor resultado. ¡Ya me conozco ese camino mejor que la Calle de la Cruz! Aquel día tuve la inmensa suerte de ver a don Pablo Garnica bajándose del coche y me di una carrera hasta cogerle sin que se me perdiera. Me prestó algún dinero y me dijo que sabía que estabais en Roma, porque se lo había comunicado la Embajada (él entra y sale cuando quiere a la zona nacional) y hasta me pudo dar vuestras últimas señas. Y ésa es toda la triste historia hasta este momento feliz, en que estamos cenando juntos y bastante opíparamente en esta peculiar Nochebuena.

El panorama parecía bastante desolador, ya que Carlos también tenía ya escasos recursos y ahora eran seis bocas a mantener. Decidieron irse todos a la famosa pensión Juana, pues la dueña estaba ya calmada tras recibir el dinero que les había prestado don Pablo y al saber que el hermano que llegaba era un famosísimo médico. La tal pensión era efectivamente muy modesta y la comida escasa. Todos los días les ponían una sopa aguada y un mínimo segundo plato; Carlos enseñó a las niñas a entrar en el comedor diciendo «pas de potage», pero aquello no dio ningún resultado.

Confiaba en poder trabajar en algo, por lo pronto estaba escribiendo un nuevo libro, el tomo de sangre de sus «Lecciones de Patología Médica» y confiaba que su editor catalán, Juan Flors, que había publicado todos los anteriores, le adelantara algún dinero, aunque sabía que era un perfecto judío. También fue a ver a su conocido de congresos, el doctor Pasteur Vallery-Radot, nieto del famoso Pasteur, pero éste, como Condorelli en Roma, no pudo ofrecerle ningún puesto estable en los hospitales, ya que allí llegar a ese puesto era una verdadera carrera con su escalafón correspondiente.

Un día Conchita tomó, con la sonrisa en los labios pero el alma dolorida, la decisión de vender un gran diamante que Carlos le había regalado por su

santo hacía tres años. Llegó a la pensión cargada de billetes de francos y alegremente los esparció sobre la cama.

—Bueno, se ha acabado la pensión Juana, con este dinero vamos a alquilar un piso y vivir nos costará más barato. Además, allí podrás poner consulta y con tanto español que hay ahora en París, en general gente de dinero huida de la zona roja (ya se llamaba así en lugar de leal o republicana, por la progresiva infiltración de la Rusia comunista), algún cliente de pago caerá.

La decisión fue bien acogida por todos y alquilaron un piso modesto en la Rue Charles Fouquet, 17, segundo derecha, por la zona de Saint Michel. Allí cada uno tomó su papel, excepto Mariano, que no podía asumir ninguna función en aquella peculiar organización y estaba como una hiena sin hacer nada en todo el día, más que pasearse por París y tratar de tantear el panorama de la vuelta a España. Carlos se compró una bata blanca, que era lo único que necesitaba, pues no había olvidado su fonendoscopio, esfigmomanómetro, ni el martillo de reflejos, ni el oftalmoscopio.

Luz ejercía de doncella pizpireta y recepcionista y Conchita se encargaba de la compra y de la cocina. La consulta no fue un gran éxito, ya que los españoles exiliados no disponían de mucho dinero, aunque lo tuvieran en España, y Carlos atendía gratuitamente a los que veía que no tenían recursos más que para poder subsistir, pero algo mejoró la economía.

Sobre todo mejoró el tener un piso para ellos solos y sentirse todos tan unidos. Pasado algún tiempo, Mariano se encerró con Carlos en el despacho y le dió las malas noticias que hasta entonces había ocultado para no afectar más su ánimo.

—No te había querido decir algo muy trágico. Al padre de Conchita y a su tío Ruperto, les han fusilado en Paracuellos del Jarama, donde han llevado al paredón a cientos de personas que estaban en la cárcel de San Antón. Les mataron el mismo día que a Muñoz Seca, que tanto había fustigado a la República en sus astracanadas, pero a ellos nadie se puede explicar la causa, pues nunca se habían metido en política, aunque fueran tan de derechas. Eran dos inocentes ancianos rentistas, pero rentistas bien modestos. Se piensa que la denuncia partió de algún inquilino de la casa de la Calle Segovia que no quería seguirles pagando el alquiler. Por otra parte, pescaron a Yoyo y está en la cárcel de Alicante a la espera de un juicio por su militancia falangista y las esperanzas no son muchas.

Carlos se quedó horrorizado por el hecho en sí, pero sobre todo por lo que aquello iba a afectar a Conchita que, por primera vez en su vida, andaba bastante deprimida. Acordaron seguir sin decirle nada, pero aquello les decidió aún más a tratar de pasar definitivamente a España por la zona nacional; Mariano, harto de inactividad, se ofreció a ir hasta la frontera y tantear allí el panorama. El no debía tener gran problema, pues su única significación política había sido ser gobernador civil de Córdoba, pero cuando la Presidencia de Alcalá Zamora y, comparado con la República actual, aquello era casi ser de derechas. Además, en las elecciones de diciembre del 33, había favorecido desde ese puesto la victoria de Gil Robles, incluso por métodos poco ortodoxos, como se utilizaban entonces, ante la desilusión que había originado el primer período izquierdista.

Así quedó acordado y a pocos días, sin decir a Conchita ni una palabra de lo acaecido, marchó hacía Hendaya. Allí volvió a conectar con don Pablo Garnica, que estaba en el Hotel du Palais de Biarritz, y éste se encargó de iniciar las gestiones para el retorno de todos.

A su regreso trajo noticias buenas para él, pero no tanto para Carlos.

—Me ha dicho don Pablo, que conmigo y mi familia no hay problema y que además él puede proporcionarme trabajo como asesor jurídico del Banco. Pero lo tuyo no está tan claro. El y otras personas están dispuestos a avalarte como apolítico y ahora adicto a la causa, pero parece que hay gente influyente y especialmente algunos médicos que, quizá por envidia os la tienen jurada a Marañón, a don Teófilo Hernando entre otros y a ti y hay un montón de denuncias en los tribunales. Parece que el cabecilla de todo ello, especialmente contra ti es tu «compañero» de claustro, el catedrático de Pediatría, Enrique Suñer, que ahora tiene vara alta en la Sanidad y en la política.

—¡Qué me dices! —respondió Carlos—. Siempre ha sido un hombre con el que he coincidido poco y podemos haber tenido alguna discusión sobre la marcha de la Facultad, pero nunca le había considerado mi enemigo. No sé en qué pueden basarse esas denuncias y estoy dispuesto a afrontarlas con la conciencia tranquila. No puede haber nada culpable en mi trayectoria y seguro que encontramos testigos de la falsedad de lo que hayan inventado contra mí. Ahora que hablas de Marañón, fíjate qué entrevista con él publica un semanario español, dirigido por un médico-periodista, Juan José Guardia, llamada «Atalaya» que, junto a la revista francesa «Occident», son las únicas que se publican al servicio exclusivo de la «Causa Nacional». El que participó en el Pacto de San Sebastián, que tanto contribuyó a traer la República, también se ha

exiliado y se muestra totalmente arrepentido de su anterior actividad política. Don Gregorio demuestra así el dicho de «rectificar es de sabios», pues él lo es realmente. Mira, mira, lee lo que dice.

Mariano fue ojeándola y leyendo los párrafos más esenciales:

«MEA CULPA... ¿Mi pensamiento? Un acto de contricción. Viví en el error. ¡Me equivoqué! Aparte algunos católicos modernistas, obstinados en sus prejuicios favorables a los comunistas, todos los intelectuales de España hablan por mi boca, piensan como yo y como yo han tenido que huir de España para salvar su existencia. La revolución es obra nuestra. Somos nosotros los que la hemos querido y los que la hemos preparado. Nació de nuestras profundas reacciones ante las ejecuciones de un Ferrer, de un Sirval, pero después yo he visto fusilar a 30.000 personas sin proceso, acusados solamente de pensar de diferente manera. He visto asesinar a miles de "Sirvales" con granadas de mano...; ahora todavía se asesina diariamente a miles de hombres y mujeres a quienes se supone de opiniones independientes... y no he esperado la hecatombe para fustigar a estos asesinos estúpidos, primarios, exacerbados, que odian la ciencia y la inteligencia. Cuando Calvo Sotelo fue ignominiosamente asesinado, con conocimiento y a la vista de todo el mundo, por tres capitanes de "Orden Público" escribí a Marcelino Domingo. «Todo terminó para mí y para siempre." Desde entonces me consideré en peligro... y una mañana leí en la cabecera del diario de Largo Caballero estas líneas con caracteres enormes "Si queréis conocer los antecedentes de Gregorio Marañón, buscadlos en las listas fascistas", con ello me consideré condenado a muerte, porque esta hoja oficial publica de esta manera sus órdenes de ejecución, que verdugos espontáneos realizan, rivalizando en celo. Todos aquéllos que he visto designados así han sido asesinados algunas horas después de aparecer el periódico. Yo pude refugiarme en la Legación de Polonia...

Pero ahora, afirmo que la situación actual en España no permite posiciones intermedias. Desde este momento los dados están lanzados. La victoria de Franco está asegurada. Esta victoria es mi deseo más ferviente. Porque actualmente sólo importa una cosa: que España, que Europa, que la Humanidad se libre de un régimen sangriento, de una institución de asesinato de la que ME ACUSO de haber preparado la posibilidad, por un error trágico.»

—Caray, ¡qué tío!, desde luego que no se puede hablar más claro y, además, es muy listo, con esto se está preparando la vuelta —apostilló Mariano al acabar la lectura.

En aquella casa vivía también un matrimonio español, más o menos de su edad, Aurelio y María Botella. El era un joven arquitecto ya bastante conocido e hicieron amistad. De esta amistad, de sus largas conversaciones con don Carlos sobre hospitales, que era uno de sus temas favoritos, en que explicaba cómo eran los que había vivido en Alemania y había visitado en Francia, Italia e Inglaterra, surgió su orientación futura de especialista en el diseño y construcción de hospitales.

Las niñas habían empezado a dar clases en el Liceo, a pesar de su desconocimiento del idioma, y la consulta iba mal que bien, permitiéndoles vivir modestamente. A don Carlos llegaron invitaciones de trabajo y algunas en favorables condiciones de Alemania, que desechó enseguida ante su situación política, y de países sudamericanos a los que hacía mucha falta remontar en su actividad científica. También las rechazó. El sabía que su destino tenía que ser España; por ella había luchado desde sus comienzos y sabía que fuera de ella siempre se sentiría infeliz. «Sentía el exilio como algo insoportable; se sentía expulsado de su lugar primero, de su casa propia, de lo propio, aunque fuera el lagar de sus propias miserias y en el destierro se sentía sin tierra, la suya, y sin otra ajena que pudiera sustituirla. Patria, casa, tierra no son exactamente lo mismo. Recintos diferentes o modos diferentes en que un lugar inicial perdido se configura y representa» —como magistralmente escribiría María Zambrano.

Por fin llegaron noticias a través de la Cruz Roja de las familias que en Madrid habían quedado. Por mucho que intentaran preparar a Conchita, la muerte de su padre y de su tío, tan inesperada e injusta, la cogieron de sorpresa y tuvo una reacción inicialmente violenta y pronto depresiva. Sus primeros pensamientos fueron de venganza, de conseguir entrar en la zona nacional y ayudar como fuera a aplastar a aquellos asesinos incalificables. Después no hacía más que llorar y llorar, a pesar de los mimos de todos, de la ingenua ayuda de las niñas, del volcado amor de Carlos, que se desesperaba de no poderla consolar; de verla, por primera vez, sin aquella alegría desbordante que la había caracterizado siempre, aun en los malos momentos, y que tanto había contribuido a ayudarle en todas las etapas de su vida común.

Aquello reforzó en firme su propósito de reintegrarse a su patria, aunque para ello hubiera de correr riesgos inexplicables, aunque no comulgaran con muchas de las ideas y actitudes de aquéllos que habían desencadenado la gran tragedia de España. Ayudó al regreso (siempre su apoyo incondicional y fructífero) una carta de don Pablo Garnica más animadora que su anterior versión

a Mariano. Las dificultades y los peligros existían, pero también muchos amigos dispuestos a ayudarle y la importancia de su gran prestigio.

Consideraba que los enemigos, que eran más de los previstos y no justificados, serían vencidos por la propaganda que supondría para el régimen el retorno de una de sus grandes figuras, de las pocas mundialmente reconocidas, de las que andaban un poco escasos, por más que quisieran encumbrar a Pemán o a Ramiro de Maeztu. El que Jiménez Díaz abjurara de sus anteriores ideas republicanas, que regresara a aportar su esfuerzo a la Nueva España Imperial, era una baza suficientemente fuerte para permitirse iniciar una dura partida, en la que podría jugarse incluso la vida.

En esta situación marcharon a la frontera, sin más documentación que sus antiguos pasaportes republicanos y sendos salvoconductos avalados por el jefe de la Junta de Defensa de Burgos, general Dávila, autorizando la entrada en España a don Carlos y a don Mariano Jiménez Díaz, con sus respectivas familias.

Pasaron los cuatro andando con las niñas de su mano por el puente de Hendaya cruzando el estrecho Bidasoa, con su isla de los Faisanes a la izquierda, en un día de sol brillante que parecía sumarse a la gran fiesta del retorno. Era el día 8 de marzo. Aún no hacía un año que había estado a aquella hora dando su clase en San Carlos o comentando con Bielchowsky en el laboratorio los últimos resultados de una investigación en marcha.

Era un momento irrepetible, y un especial estremecimiento ascendió de su pie, daba igual el derecho que el izquierdo, hasta su garganta al pisar otra vez tierra española. Era un mero paso, pero para él, para todos, significaba el final de un exilio, la vuelta a casa, reencontrar su suelo, su soporte. La bandera que ondeaba era la «clásica», la que había jurado tras su corto servicio militar, la que durante algún siglo había campeado sobre las gestas que tanto había admirado en su historia. Había desaparecido la franja inferior morada, que ahora significaba el sufrimiento, el oficio de difuntos para tantas muertes inocentes.

Conchita lloraba a lágrima viva, mientras Luz, tan emocionada como ella, trataba de exprimir su chispa de humor para descargar la tensión y levantar su ánimo. Las niñas observaban asombradas que entendían todo lo que aquellos aduaneros y militares de la frontera hablaban entre sí, revisando papeles y no se quedaban en babia como en L'Ecole Comande de París.

Por fin llegaron a San Sebastián, tras pasar otro control en Irún. Allí les esperaban algunos escasos amigos, los verdaderos, los que no tenían temor de que aquel hombre injustamente sospechoso les contaminara de recelos en el medio político en que se desenvolvían. Algún antiguo y fiel enfermo, dos o tres discípulos que conservaban intacto el cariño y respeto al maestro; eran pocos, pero escogidos, y don Carlos no olvidaría nunca sus caras, aunque ahora estuvieran algo desfiguradas bajo una boina roja o un gorrillo cuartelero.

La ciudad les pareció tan bella como siempre. Prácticamente no mostraba ninguna huella de la guerra, ya que había sido entregada sin lucha; el paseo de La Concha seguía luciendo sus redondos tamarindos y su blanca barandilla dieciochesca sobre la playa; en la bahía, tan recogida, con el florón central de la isla de Santa Clara, no se veía ni un solo barco de guerra.

El único cambio ostensible en el ambiente era la variopinta proliferación de uniformes, del ejército, la marina, requeté, falangista, alguna capa blanca de regulares y hasta algún moro con su blanco-sucio turbante y sus ridículamente anchurosos pantalones. El comercio estaba abierto y parecía haber comida abundante. También llamaba la atención el recato de los vestidos femeninos, muchos de luto, y la gran afluencia de enveladas hacia las iglesias.

Recalaron en un piso pequeño, en la Calle Easo, 1, en que los dos matrimonios y las niñas quedaban un poco apretados, pero no eran momentos de pedir más, su ilusión de volver estaba colmada.

La noticia de su llegada, aunque no publicada en los periódicos, saturados de consignas y de partes de guerra de distintos frentes y hechos heroicos, corrió rápida por la ciudad primero y por todo el territorio «nacional» después. Enseguida apareció, entre otros, González Bueno, conocido cirujano digestivo del Hospital Provincial, que se juntó a él como escudo de protección. Todos se ofrecieron incondicionalmente ante las actitudes hostiles que todavía había de encontrar. Le aconsejaron que ofreciera lo antes posible su colaboración, presentándose al jefe provincial de Sanidad Militar, teniente coronel La Rosa. Al día siguiente fue a visitarle, acompañado de González Bueno, y le recibió sin reservas con los brazos abiertos. Como la mayor parte de los médicos españoles le admiraba y se consideraba su discípulo, aunque fuera indirecto, a través de sus libros y trabajos. Era un hombre amable, al que, a pesar de ser desde hacía años del Cuerpo de Sanidad Militar, no parecía irle bien el uniforme, como si aquella prenda no le correspondiese, casi como un disfraz artificioso.

Tenía ante sí un dossier, que había reclamado, sobre denuncias pendientes que habían llegado o habían sido promovidas por el propio Tribunal de Responsabilidades Políticas, que presidía el militarizado catedrático de Pediatría Enrique Suñer, que se había convertido en su Torquemada particular. Pero para aquel La Rosa, don Carlos era don Carlos y no había discusión respecto al inalculable valor que para España y su Medicina representaba su regreso. Desde su puesto debía y quería protegerle.

Don Carlos se le ofreció a lo que hiciera falta, desde ir de médico de campaña al frente a barrer un hospital o cuartel si preciso fuera. La Rosa sonrió y le dijo:

—Por favor don Carlos, no hace falta tanto. Usted puede ser mucho más útil que todo eso. Lo primero que debe hacer es ir a ver al general don Fidel Dávila a Burgos. El es el presidente de la Junta Militar y él fue el que dio su visto bueno a sus papeles para el regreso; su respaldo me permitiría encontrar el sitio idóneo para su labor. Mi propósito, pues conozco su situación, si don Fidel me autoriza, es ponerle aquí en un hospital y, si es posible, a dirigirlo y dejar al margen toda esa bazofia —y dio un fuerte palmetazo sobre el cartapacio de denuncias.

Salió contento y agradecido del recibimiento. González Bueno se ofreció a buscar un coche y acompañarle hasta Burgos y tratar de facilitar la entrevista, no fácil en aquellos momentos en que los quehaceres de la guerra tenían absorbido al general, al que algún chusco había puesto el mote de «Don Favila» en un apócope de nombre y apellido, por el que habían de pasar casi todos los hilos de la situación militar.

A pesar de los pronósticos, les recibió unos minutos al día siguiente, en los que, acallando rápidamente las palabras de gratitud, le habló afectuosamente y le expresó su satisfacción de su retorno a España, a la zona nacional. Dictó una breve carta al teniente coronel, autorizándole a tomar las medidas que le parecieran pertinentes y a elegir el destino más adecuado para tan destacado doctor. A don Carlos le llamó la atención (era el primer escrito oficial que leía) la fecha: 18 de marzo de 1937.—I AÑO TRIUNFAL.

A pesar de la obtención del documento del general Dávila, que él mismo había sugerido, algo había cambiado en el talante de La Rosa; la causa se la hizo saber noblemente:

—Mire usted, don Carlos, no se puede figurar el revuelo que a los pocos días ha originado su llegada. Estos —y volvió a golpear el cartapacio como la

primera vez— están furiosos. Han engordado el doble el «dossier» desde que está usted en San Sebastián y cada día me mandan copias de las denuncias más disparatadas... y todavía Suñer y su grupo depurador tiene mucha fuerza. Siguen siendo en parte acusaciones absurdas o irrelevantes. ¡Fíjese que se considera un delito que acudiera usted al homenaje de desagravio a Río Hortega, por lo de la academia y que allí usted tomara la palabra!..., pero ello nos obliga a ser prudentes. El mayor peligro para usted puede no estar en las denuncias en sí, sino en que encuentren a algún grupo falangista o requeté exaltado que se crean sus patrañas y se lance a actuar por su cuenta...; se han dado casos. Mi consejo, por el momento, y espero que por poco tiempo, es que siga en su casa, que se deje ver lo menos posible y estoy seguro que estos rayos y truenos que su vuelta ha levantado pasarán como lo que son, como una tormenta de verano.

Había, pues, peligro real, a pesar de todos los papeles de Dávila, y González Bueno, aunque le tranquilizó respecto al peligro le aconsejó que siguiera las no veladas instrucciones recibidas.

Carlos se sentía descorazonado y desconcertado. No podía entender aquello, no encontraba en su vida anterior, en su quehacer, nada que justificara mínimamente aquella persecución. El había sido un liberal en un país que, tras siglos de conservadurismo, y cortísimos paréntesis de progresismo, en el que ¡por fin! se iban abriendo paso ideas y actitudes de modernidad, de apertura al resto de Europa. Siempre había pensado que el futuro no estaba en las gestas admirables, que él veneraba y había estudiado en profundidad. No le parecía oportuna la frase que había hecho famosa Joaquín Costa de «echar siete llaves al sepulcro del Cid», pero el verdadero patriota que se sentía muy dentro de él, consideraba que levantar España era cosa diferente que volver a hablar del Imperio, cuyos últimos restos murieron al nacer él, en el 98. Aunque estuviera encantado y emocionado de estar otra vez en su patria, de pensar que el Movimiento había sido necesario contra la abierta anarquía y barbarie que había sufrido en sus meses de Madrid, aquellos periódicos, de mal papel y peor impresión, se le caían de las manos. Estaban llenos de consignas, que parecían absurdas o ingenuas, de ataques a personas que él admiraba, por el mero hecho de no haberse sumado a la rebelión militar, pero apoyada de forma tan heterogénea por ideologías tan contrapuestas como la Falange y el Carlismo (una temerosa y otra periclitada), junto a monárquicos, clericales y gente sencillamente «de derechas».

Le parecía insólito que pudiera juzgársele culpable de haber acudido y hablado en aquella cena de homenaje y desagravio a don Pío del Río Hortega,

buen amigo suyo y gran histólogo, sin duda uno de los mejores y originales discípulos de su idolatrado Cajal. Un hombre, que aún joven, ya había hecho aportaciones propias de la trascendencia del descubrimiento de la microglía, descripción de la oligodendroglía, estudio estructural de la hipófisis y nuevos criterios sobre la composición citológica de los tumores cerebrales.

Le había parecido absurdo antes y ahora que se le hubiera arrebatado el sillón de la Academia que dejó vacante la muerte de su maestro y que aquel puesto glorioso se hubiera dado al doctor Villaverde, escaso de méritos y sin la importante condición de pertenecer a la escuela histológica cajaliana, único grupo que había dado relevancia científica a España en su pobre historia investigadora. Le había indignado que en la elección hubiera sido decisiva la implicación política de ser el candidato de la derecha frente al de la izquierda, aunque todos los méritos estuvieran a ese lado. Así, en las ahora acusadoras palabras que dijo en el famoso banquete había hecho referencia a ello, señalando que siempre había sostenido que no debía la Academia dejar prosperar la tendencia a elegir sus miembros entre los más amigos, para constituir peñas dentro de ella que, so capa de política o ideología, trataran sólo de mangonear, sino que el criterio único debía ser el mérito científico... y como se había demostrado con aquel erróneo nombramiento que no se corregían anteriores y reprobables actitudes, él renunciaba a su reciente nombramiento para la Academia de Medicina. Aquellas palabras fueron publicadas, bastante tergiversadas, en «Ahora» y era lo que se esgrimía contra él. La acusación no sólo se basaba en haber acudido y hablado en un «acto izquierdista», sino también de haber llamado en ellas al profesor Lafora, querido amigo.

Lo que pasó después lo refiere don Pedro Laín, con su magistral lenguaje, en su sincerísimo libro «Descargo de conciencia».

«Bien distinto objetivo tuvieron otros dos viajes a Salamanca. Carlos Jiménez Díaz fue centro y motivo de ambos. En marzo del 37 llegaron a Pamplona don Carlos y Conchita, su mujer. Tan pronto como López Ibor y yo lo supimos, nos apresuramos a visitarle y a ofrecernos. Se hospedaba en el hotel La Perla y había llegado de San Sebastián. El nos explicó lo sucedido. En Londres, donde se había instalado cuando dejó Madrid, resolvió incorporarse a la zona nacional. Así lo hizo, tras algunas dificultades, pero ya en San Sebastián, se encontró con lo para él inesperable: que su persona estaba seriamente amenazada por ciertos grupos de acción, instigados, al parecer, por don Enrique Suñer y otros miembros de su facción médico-derechista. A primera vista lo increíble: Jiménez Díaz, católico practicante, patriota sentimental, figura médica en la cima de su prestigio. En rigor, lo no tan increíble: Jiménez Díaz, clínico supereminente, médico de innumerable y envidiada clientela, hombre de talante liberal. Conoció su situación su homónimo Gil y Gil, a la sazón en Pamplona, como médico de los requeté, y les brindó protección: "Veniros a Pamplona. Allí, junto a nosotros —su mujer y él— estarás seguro y podrás esperar con calma que las cosas vuelvan a su cauce." El consejo era prudente, y en Pamplona recalaron don Carlos y Conchita, en expectativa de mejores tiempos.

Diariamente les visitábamos López Ibor y yo, muchas veces con mi mujer, a la caída de la tarde. Hablábamos sobre todo del presente y, puesto que nadie ponía en duda el triunfo de las "armas nacionales", del futuro. Impulsado por la vena adolescente que siempre hubo en su alma (también en la suya), don Carlos asentía a muchas cosas, frenado, sin embargo, por el hábito, reflexivo y cauteloso que en su mente había impreso la práctica clínica; solía añadir, a manera de estribillo: "Sí, pero lo primero, tomar Bilbao."

Pasaron días y días. Demasiados, a mi entender, para tal reclusión de un hombre como don Carlos Jiménez Díaz. Los temores de Carlos Gil me parecían excesivos y la situación de Jiménez Díaz humillante. Con toda franqueza se lo dijimos López Ibor y yo. He aquí mi razonamiento: "Quien en España ostenta el primer nombre de la Patología Médica, no debe seguir agazapado en Pamplona, o usted perdóneme que le hable así, debe salir del país. En cualquier parte del mundo sería gran figura de la Medicina; tal cuestión no puede ser tratada más que con una sola persona: el Jefe del Estado."

"Pero, ¿cómo yo voy a poder llegar hasta Franco? —replicó él—. Pidiéndole una audiencia —fue mi respuesta—. Si usted me autoriza, yo me encargo de gestionarla." Accedió.

Ni yo había visto nunca a Franco, ni por asomos quería verle. Pero todos sabíamos que la eminencia gris en lo tocante a la política interior era un hombre civil y abierto, Ramón Serrano-Suñer, al que yo, por lo demás, tampoco conocía y pensé que él podía ser la pieza clave para la "operación Jiménez Díaz". Nuevo viaje a Salamanca: Altos del Palacio Episcopal-Cuartel General, bien significativa hibridación la de este pasajero destino bélico del edificio. Pido audiencia a Serrano y tengo que esperar largo rato en la antecámara... Cuando me recibió Serrano veo en él un hombre joven, de expresión fina e inteligente, a la vez afable y reservado. Sobre su persona comienza a pesar la responsabilidad política tan buscada como soportada. El trágico fin de sus

hermanos debe estar gravitando con fuerza en los senos de su alma. Me escucha atento, comparte enteramente mi punto de vista y promete su intervención: "Esperen ustedes mis noticias", añade.

No recuerdo bien cuántos días tardaron; varios, pero al fin llegaron. El Jefe del Estado, "El General", como Serrano le llamaba entonces, recibiría en tal fecha al doctor Jiménez Díaz. Nueva empresa, por tanto, conseguir el automóvil que había de llevarnos hasta Salamanca a don Carlos, Conchita, a López Ibor y a mí. Jesús Irujo, a quien como enfermo había asistido don Carlos nos resolvió satisfactoriamente el problema. La víspera de la cita salíamos los cuatro de Pamplona hacia Salamanca...

Quiso don Carlos pasar por Avila. Allí estaba Enríquez de Salamanca, compañero de claustro y amigo suyo, pese a tantas diferencias, desde que Jiménez Díaz era joven estudiante y el otro joven médico. Le estoy viendo llegar al vestíbulo del hotel antes Inglés, ahora Continental, rígido y acartonado bajo su boina roja. Se abrazaron efusivamente, en la medida que Salamanca fuera capaz de efusión, se sentaron y conversaron entre sí. El paradero de distintos médicos madrileños fue tema principal del coloquio y, en ese contexto, la siguiente bomba expresiva en boca de don Fernando:

"Y del cabrón de Hernando, ¿qué ha sido?" He aquí, me dije en silencio y con espanto, hasta dónde puede llegar, cuando políticamente se encabrita el más católico de los hombres de derechas. Bien, como luego supimos, Franco recibió amablemente a don Carlos y esta pequeña aventura tuvo su "happy end".

Franco recibió el 22 de julio "in continenti" a Jiménez Díaz y le ofreció hacerle coronel de Sanidad Militar. Con muy buen acuerdo don Carlos no aceptó, sin desestimar la importancia de lo que le brindaban.

"Ese nombramiento" —nos dijo haber objetado— "provocaría malestar entre mis compañeros del Cuerpo de Sanidad Militar. Me ofrezco en cambio a montar y dirigir como médico civil un hospital de Medicina Interna al servicio del Ejército."

Franco creyó buena la propuesta y así nació el Centro de Asistencia Médica que durante el resto de la guerra había de funcionar en el Gran Casino de San Sebastián. El problema de Jiménez Díaz quedaba así satisfactoria, pero no definitivamente resuelto.

Algunos contratiempos de orden médico-político le esperaban, en efecto, tras la entrada de las tropas nacionales en Madrid.»

Una gran ayuda en Salamanca fue su condiscípulo Carlos Lahoz, que estaba en el Servicio de «Cifras» y le presentó a su amigo Martínez Fuset, Fiscal General del Estado, que le prometió protección.

A la vuelta de Salamanca, con la colaboración de La Rosa, ya sin trabas, tras la aprobación por Franco del proyecto, montó en el Gran Casino el Hospital de Nuestra Señora de las Mercedes. Era al menos curioso que aquellos grandes salones y reservados por los que la aristocracia y las finanzas habían paseado las modas de los años 20 y habían dilapidado su dinero en el bacarrá o la ruleta, se convirtieran en salas hospitalarias para enfermos y heridos de guerra.

Allí fueron también Conchita y Luz como enfermeras voluntarias, con su toca y uniforme y ayudaban en lo que podían, principalmente en alegrar con sus bromas, su ingenio, su belleza, los sufrimientos de tantos jóvenes, separados irremediablemente de su vida anterior, de todo cariño familiar, mutilados más psíquica que físicamente, aún con el espanto en sus ojos, refiriendo una y otra vez la explosión de aquella granada, el hambre, el frío, los piojos, la muerte del amigo a su lado en la trinchera.

Ellas escuchaban pacientemente, como si fuera una nueva y sumamente interesante historia y trataban de apartar de su mente aquellas imágenes, leyéndoles cartas de «madrinas de guerra», chicas desconocidas pero que se prestaban a levantar cariñosamente tantos ánimos hundidos, tantas esperanzas e ilusiones derribadas para siempre.

Ya terminada la guerra, cuando el periódico «SI» le emplazó a publicar alguna colaboración literaria de don Carlos, éste, que se negaba a escribir fuera de los problemas médicos, accedió un poco forzado por las circunstancias y les mandó un largo artículo que tituló «Transfusión de dolores», en que recogía toda la ayuda que las mujeres y la alta sociedad podían prestar a los pobres enfermos hospitalarios, basándose en los recuerdos de lo hecho en San Sebastián por su mujer y su cuñada. Hacía en él, como otras veces, la clara distinción entre el enfermo hospitalario, humilde, colaborador, sufrido, con el de la consulta privada, que más bien parecía querer lucir sus supuestos achaques ante el médico de moda que buscar remedio a sus quejas con frecuencia originadas por el ocio y la ausencia de otros problemas reales. Señalaremos solamente su final:

«Cuando en nuestra Cruzada, en la que heroicamente y con una abnegación ejemplar tales personas, con inteligencia y con celo, prestaron su concur-

so en los hospitales y en los frentes, muchas de tales enfermedades desaparecieron. He visto señoritas a las que algunos años yo trataba y nunca se encontraban bien curarse de repente de todas sus molestias, de las que se habían olvidado en el contacto con el dolor, poniendo su corazón en el alivio del prójimo y con la satisfacción de ser útiles... ¡Qué fructífera resulta esta transfusión de dolores! Este contacto mutuo es la mejor escuela del espíritu. Ninguna obra podría emprenderse más elevada y más llena de caridad, que creando instituciones dedicadas a investigar la situación en que quedan los enfermos al salir del hospital o de los que acuden a las consultas públicas...

Si existieran asociaciones femeninas, que no solamente visitaran con el espíritu de amigos que preconizaba Concepción Arenal, sino que averiguaran sus necesidades y establecieran oficinas para ayudar a los que quedan útiles y a los inválidos parcialmente. ¡Qué obra tan hermosa para la Patria y para cada uno de los enfermos, y cuánto bien derramado sobre tantas familias! Teniendo yo el propósito de no escribir sino sobre Medicina, al deber hoy escribir estas líneas para lectores no médicos, me ha parecido que nada más útil para decir, que señalar esta necesidad.»

Al mes de haber iniciado la labor hospitalaria tuvieron la alegre sorpresa de la llegada de Castro Mendoza, que por su nacionalidad peruana había salido, sin más dificultades, de la otra zona, aunque tuvo que dejar en Madrid, esperaba que por poco tiempo, a su mujer y a su pequeño hijo de sólo unos meses.

Su aportación a la tareas clínicas sería nula, pues se trataba de un investigador bioquímico, pero le supuso a don Carlos la posibilidad de reiniciar alguno de los trabajos pendientes, iniciados en el Instituto. En el doctor García Vélez, director del Instituto de Higiene, encontró apoyo y en su garage montaron un pequeño quirófano experimental y una mesa de laboratorio. Tras la liberación de Asturias se sumó a ellos Sánchez Rodríguez, joven e inteligente, que deseaba desde hacía tiempo unirse al grupo de investigación de don Carlos. Allí operaban los perros para sus experiencias, especialmente sobre efectos de la ligadura de colédoco sobre distintos metabolismos. A pesar de su escasa capacidad para todo lo manual, don Carlos les dejó asombrados con la finura de manejo del bisturí, fruto de aquellas horas de disección compradas con propinas por Duarte, Segovia y él a los mozos de Técnica Anatómica del destartalado y lúgubre departamento del viejo San Carlos. Sánchez Rodríguez, quizá por darle «coba», le dijo un día:

—Don Carlos, usted, se debía haber dedicado a la Cirugía.

En contestación recibió una mirada suficientemente furibunda y expresiva y dijo:

—Mi objetivo no ha sido cortar tripas, sino saber por qué tenían que cortarse tripas — y ya nadie volvió a mentar el tema.

Les ayudaba, cuidando los perros, colocándoles sobre la rudimentaria mesa de operaciones y echando una mano en la anestesia con éter, un conserje del Instituto de Higiene llamado Pío Bello, que llegó a ilusionarse con su nuevo quehacer, tan distinto del de permanecer sentado vigilando la puerta y trayendo y llevando recados de un despacho a otro. Un día apareció otro discípulo de la última promoción, Romeo Orbegozo, con permiso desde el frente; siempre referiría después que, tras un afectuoso abrazo, lo primero que le dijo don Carlos fue:

—Romeo, ¿sabe usted que acaban de descubrir la DOCA?

También se había incorporado al grupo de trabajo Rof Carballo con su impresionante frente repleta de saber y erudición.

Otro día la cara impenetrable de hombre andino de Castro mostraba algún signo de agitación insólito en él. Don Carlos le preguntó varias veces:

—¿Le pasa algo a usted hoy, Humberto? Le veo algo alterado, ¡hasta se ha equivocado de reactivo!

—No, no, don Carlos —fue la reiterada contestación, hasta que a la tercera o cuarta vez, añadió—.Vamos..., como no sea que me han dado la noticia de que por fin hoy llegan de Madrid mi mujer y «el cholo».

Don Carlos se enfadó cariñosamente con él:

—Humberto, desde luego no he visto a nadie tan escasamente expresivo. ¡Yo lo habría gritado a los cuatro vientos nada más entrar, y a usted ha habido que sacárselo con calzador! ¡Enhorabuena, hombre! Ya viene su familia, casi no conocerá a su hijo que dejó de tres meses —y tras aquella efusión unilateral siguieron trabajando como cualquier otro día.

Jiménez Díaz consideró siempre aquellos días, aquel garage, como una etapa más, la más ínfima, del Instituto, pero dándole la trascendencia de haber supuesto recoger el cabo del hilo de la madeja perdida.

En octubre de ese mismo año 37 (I Año Triunfal. ¡Arriba España!) tuvieron la mayor alegría, aunque en Conchita resucitara el dolor de la muerte de

su padre. A través de la Cruz Roja Internacional, y dando la vuelta por Francia, llegaron a San Sebastián su madre, doña Rosa, acompañada de Yoyines, el hijo mayor de su hermano. Este seguía preso en Alicante en la misma cárcel en que habían fusilado a José Antonio Primo de Rivera (el Protomártir, en la nueva jerga grandilocuente), tras intentos de canje y rescate, en los que parece ser que Franco no había puesto demasiado entusiasmo, ya que veía en él más un rival político que un colaborador futuro y le era más valioso como mártir, más eficaz y menos conflictivo muerto que vivo.

Doña Rosa aún no conocía la muerte injusta e inexplicable de su marido entre los cientos que cayeron en Paracuellos, sacados de la cárcel instalada en el Colegio de San Antón, en la Calle Hortaleza. El niño lo había pasado mal, teniendo que recurrir varias veces su madre a la ayuda de Eusebio, que la apoyó cuanto pudo. Para él el reencontrarse, el reaparecer en una ciudad normal, con comida abundante, con colegios de frailes y monjas y con sus tíos, fue como despertar de la pesadilla de los bombardeos, el hambre y el frío. Su llegada fue comunicada inmediatamente a Reinosa, donde el otro hermano de Conchita, Pedro, también había estado encarcelado hasta la liberación de la villa. En cuanto pudo fue a ver a su madre, junto a su mujer y a su hijo mayor, Pedrín, poco mayor que su primo Yoyo. Refirieron sus penalidades en zona roja. Pedro, la persona más incapaz de hacer daño a nadie había ido a la cárcel sólo por su acendrado catolicismo y a su mujer Encarna le habían obligado a fregar los inmundos lavabos y retretes de esa cárcel provinciana dominada por los milicianos, a los que en voz baja cantaba con humor canciones del otro lado. Pero las desgracias parecían acabarse. Hasta pudieron celebrar juntos la Primera Comunión de los dos primos mayores con su uniforme de flechas.

Carlos, además del hospital y del «instituto» del garage, tuvo que poner consulta privada. La situación económica, manteniendo a todos, y la presión de múltiples enfermos antiguos y nuevos, entre ellos muchos jefes y oficiales del Ejército, le obligaban a ello. Conchita y Luz tuvieron que reducir su actividad en el hospital para ayudarle (¡cuánto echaban de menos la experiencia de Jesús!). Con ello el piso de la Calle Easo se hizo ya imposible para albergar a todos y el despacho y sala de espera, enseguida abarrotada. Mariano y su familia se fueron a otro piso en la Calle Urbieta también a reiniciar su bufete. Para ello tenía que rehacer su biblioteca profesional, donde consultar leyes y sentencias previas. Tuvo que pedir un préstamo a su hermano y con su habitual humor dejó constancia de ello de esta forma:

«Solemnísima declaración que voluntariamente formulo con destino a mi bueno y querido hermano Carlos, máxima excelencia en el arte de curar males del cuerpo y el espíritu.

In nomine Dei: San Sebastián a duodécimo die November II anno trionphal:

Declaro: para que tenga constancia efectiva y haga fe en juicio y fuera de él, que por el conducto de que te vales, tu tierna y querida esposa, que Dios guarde para el orden casero, he recibido la cantidad de DOCE MIL OCHOCIENTOS REALES, en billetes del Banco de España, que invertí en la adquisición de volúmenes de ciencia jurídica, por si cae algún cliente y es necesario darle consejo leal y arreglado a derecho. Al igual me comprometo a devolverte dicha acrecida suma así tan pronto como me sea posible, empero, si a ti te es precisa, cuando a tales fines me hagas requerimiento dello. *Deus supra totus frati mei. Agradecidisimus atentionem tuam. Amen.*—M. Jiménez Díaz.»

La guerra siguió implacablemente, aunque más lentamente de lo esperado, victoriosa a las tropas nacionales y al final de aquel año ya nadie dudaba en San Sebastián que la victoria o la rendición contraria estaba cercana. Esta Navidad sería muy distinta de aquella anterior en París y, asimismo, serían más ricos los Reyes Magos para los niños que les rodeaban. El año anterior apenas habían podido comprar nada a Layta y a Chunchi, sólo unas meras chucherías, entre ellas una muñeca que hacía pompas de jabón que su tío Carlos les explicó (en una figura que luego repetiría mucho en sus discursos) eran las irisadas ilusiones que de pronto se rompían en el aire y mostraban su vacío..., aunque las niñas no entendieran bien aquello tan poético. En el 38 la situación económica había mejorado, pero tampoco había mucho donde elegir. Entre recuerdos de aquellos tiempos quedó una cuartilla escrita a máquina a dos colores que dice: «LOS SABIOS Y LOS SANTOS REYES QUE ADORAN AL NIÑO JESUS Y QUIEREN MUCHO A TODOS LOS NIÑOS BUENOS HAN LLEGADO A ESTA CASA Y TRAEN ESTO PARA YOYIN: Cuando nos escribiste la primera carta preparamos lo que nos pedías, para que veas que hay que tener fe en el resultado de lo que se hace te enviamos lo que más deseabas. Tienes que ser muy bueno, ser más aplicado, tener siempre uno de los cinco primeros números de la clase, traer nota colorada, sacar todos sobresalientes, no ser destrozón, leer mucho e interesarte por saberlo todo. Al año que viene ya estarás en Madrid, si has hecho todo lo que te decimos verás qué cosas más buenas te traemos, porque este año como hay guerra no han podido nuestras fábricas de Oriente traer muchos juguetes.»

También conservó una carta que demuestra que aún su «status» no era seguro y cómo debía mostrar su adhesión, que realmente en aquellos días ya era muy firme.

«Señor don Pedro Sáinz Rodríguez.

Mi estimado amigo: No concurro a la solemne reunión de las Academias Nacionales bajo su presidencia el día 6 por no haber sido convocado a ella. Tengo interés en hacer constar ante usted el motivo de mi ausencia; no lo siento por el lado honorífico, sino por verme privado de esa ocasión de servir a prestar esa adhesión a la causa de España, como privadamente y en toda mi obra quiero servirla y contribuir en cuanto pueda a su engrandecimiento.—Suyo muy atto. amigo q.e.s.m.—C. Jiménez Díaz. Easo, 1. San Sebastián. 4-I-1938. II Año Triunfal.»

Por aquellos días, el ejército nacional había sufrido su primer gran revés con la feroz batalla, entre hielo y nieve, que terminó con la toma de Teruel. Por razones más de prestigio que de estrategia, Franco retiró tropas que amenazaban a Guadalajara y el 23 de febrero consiguió recuperar la ciudad, aunque lo que quedaba de ella era «una concha vacía», unas meras ruinas. El hecho fue celebrado por todo lo alto en San Sebastián, todos los balcones se engalanaron con banderas y hubo desfiles y cohetería. Era un avance más al que se creía más inminente final de una guerra sangrienta y fratricida; pero poco después la alegría se convirtió en luto y funerales por el hundimiento del Baleares, el mejor crucero de la flota nacional, con la pérdida de toda su tripulación, que tocó celebrar en el otro bando.

En aquella primavera don Carlos tuvo una nueva alegría con el regreso de su gran amigo Joaquín Garrigues, que había tenido buena parte en la Constitución de la Asociación Protectora del Instituto. Este regreso y sus vicisitudes también las refiere Laín, tras comentar el triunfo y satisfacción personal que le supuso, contra toda resistencia político-religiosa, conseguir que los libros de Machado, Juan Ramón y García Lorca pudieran aparecer de nuevo en las librerías:

«Menos afortunada había de ser otra intervención nuestra; la llamo así porque en ella, que tuvo como protagonista a Joaquín Garrigues, tomamos parte varios de los que antes nombré. Lo que en Patología Médica era Jiménez Díaz, eso mismo era Joaquín Garrigues —y por fortuna sigue siendo— en Derecho Mercantil y como aquél tuvo enojosas dificultades a su entrada en la "zona nacional", dificultades enojosas tuvo éste... Mediaba el año 38. A la

dura, larga y sangrienta guerra no se le veía el fin. Comentando esta innegable realidad, opinó Garrigues que, de seguir así las cosas tal vez fuera conveniente entablar conversaciones de paz con el enemigo. ¿Podría una persona decente suponer que Escario se apresurase a comentar esta conversación con su ministro, Pedro González Bueno, y que poco después la autoridad militar recibiese la noticia de tan peligroso parecer? Así fue, y Joaquín, para consternación de todos nosotros, fue sometido a Consejo de Guerra... y condenado y tuvo que sufrir prisión en la cárcel de Santander. Un ejemplo más en que la voluntad de incorporación era fácilmente derrotada por el fuerte monolito de la actitud excluyente.»

Superado este incidente, don Carlos y don Joaquín, siempre bajo la sombra benéfica de don Pablo Garnica, reanudaron el contacto con otros miembros de la Asociación Protectora y sumaron a otros nuevos como don José Couret, don Juan March, don Francisco Brandón, don Ricardo Fernández Hontoria, preparando el momento en que el final de la guerra le permitiera reanudar su obra, aunque las circunstancias hubieran aumentado las dificultades. En aquella Junta, constitutida en plena guerra, ya aparecía su hermano Mariano como secretario, ocupando su sempiterna plaza de «organizador» y apoyo sabio y realista a su querido y admirado hermano. Estaba todo dispuesto para cuando acabara aquel horror la obra de don Carlos volviera a remontar el vuelo, tras su caída en picado.

Pero el final se retrasaba más de lo previsto y había que seguir en el garage y el hospital y atendiendo a su creciente clientela y hacer consultas por el parcelado territorio nacional, de donde era con frecuencia reclamado, para el que tenía un especial salvoconducto que le dió el propio Franco en Salamanca con el membrete del «CUARTEL GENERAL DEL GENERALISIMO-ESTADO MAYOR», que «rogaba a las autoridades de tránsito no le pongan impedimento alguno en la realización de viajes, debiendo darle toda clase de facilidades y prestarle a la vez los auxilios que pudiera necesitar». Era un documento de excepcional valor para la época, y además le habían entregado otro igual a nombre de doña Concepción de Rábago de Jiménez.

La dificultad para aquellas consultas (en ocasión tuvo que desplazarse hasta Sevilla llamado de urgencia por uno de sus fieles clientes de aquella querida ciudad) era el medio de transporte. Prácticamente todos los vehículos estaban militarizados y no había posibilidad de conseguir alguno para fines civiles. Encontró la solución alquilando uno a un súbdito extranjero, que como tal no estaba sujeto al rigor oficial. En el documento que firmaron él y don

Albert Seiglund se especifica que éste, «propietario del coche Studebacker, matrícula núm. 374211 de Bruselas, arrendaba su uso al doctor Jiménez Díaz, que abonaría la cantidad de 750 pesetas mensuales como precio del arrendamiento, fijando la duración del contrato en seis meses prorrogables, señalando la posibilidad de adquirirlo en cualquier momento que deseara por la cantidad de 20.000 pesetas. (como finalmente hizo cuando consiguió los oportunos e imprescindibles permisos oficiales para hacerlo). Está firmado en San Sebastián a 18 de mayo de 1938.

En este vehículo, en el que apreciaba la nostalgia de una pieza fundamental, su chófer Luis, se desplazaron aquel verano a Santander, donde se celebraba con bastante escenografía y propaganda el «I Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias». Para don Carlos era un hecho muy esperanzador que, aún en plena guerra, el nuevo régimen empezara a preocuparse de lo que para él era el motor de su vida y que fuera invitado a él como ponente sobre el tema «Enseñanza de la Medicina», sobre cuyo necesario cambio tanto había predicado y actuado.

Encontró allí unos amigos perdidos en la barahúnda de zonas, conquistas y reconquistas. A pesar de las dificultades de transporte llegaron Cruz Auñón y Cortés Lladó de Sevilla, aunque tuvieran que subir por la antigua «Ruta de la Plata» por Extremadura, Salamanca, Palencia, hasta llegar al Cantábrico. Pepe Cruz con su habitual gracejo le decía:

—Don Carlo, en aqueya tierra de María Santísima hemo vuerto p'atrá uno siglo, aqueyo é ahora er Surtanato... de Queipo.

—Emirato, Pepe, emirato según Agustín de Foxá.

El Congreso, fuera de la parafernalia, fue bastante atrayente y la ponencia de don Carlos seguida con gran interés de un público numeroso y variopinto que tuvo que oír sus reiteradas críticas al sistema. Había visto primero la mezquindad de su Facultad, había vivido luego una época sevillana en que sólo su tesón le permitió adecuar la formación de sus alumnos a sus ideas de cómo debía ésta hacerse, y finalmente había entrevisto en Madrid un período que parecía querer rectificar errores y a lo que él, compañeros y discípulos habían contribuido esencialmente, pero que la guerra quebró. ¿Sería ahora oportunidad de que en aquella tan voceada Nueva España su palabra no fuera sólo oída, sino también atendida? El soñaba resultados prácticos, cambios innovadores, no la mera y vacía retórica de lucimiento. Fue todo lo concreto que pudo, resaltando las necesidades de dotación, pero sobre todo la posibilidad

de permanencia en la universidad de la juventud estudiosa a través de puestos intermedios decentemente pagados; en conjunto sus expresiones eran superponibles a las que expuso en un medio tan políticamente opuesto como aquella revista de la F.U.E. Señalaremos algunos de sus puntos esenciales:

—...Es indudable que en los años transcurridos se han realizado algunas modificaciones en los planes de estudios y en la organización de la universidad. Pero todo lo hecho, con el mejor deseo, al menos en lo que respecta a la Medicina, ha sido de una total ineficacia, de tal modo que, al hablar con sinceridad, uno no puede menos que decir que estamos esencialmente en la misma situación que al finalizar el pasado siglo... La condición más importante, es, sin duda, dejar la enseñanza casuística y memorística de tono pedantesco y magistral para abrir paso a un contacto real del estudiante con las cosas desde sus primeros pasos en la carrera... las clases tienen un carácter de escuelas primarias: Se depone una clase más o menos preparada con más o menos pulcritud y hay, en suma, más «dicencia» que «docencia»... en el período clínico ocurre otro tanto, pues salen de la Facultad sin haber asistido un parto y habiendo visto dos o tres normales. De las especialidades no aprenden más que pocas cosas teóricas, pero no se adiestran en ninguna exploración; han visto unas cuantas operaciones, que no van a hacer nunca, desde lo alto de unos asientos y en las clínicas médicas ven desfilar ante su vista más o menos enfermos, según el celo del profesor, con procesos interesantes en ocasiones, pero pocas veces las enfermedades más corrientes o menores con que tropezará a menudo en su práctica...

Entró después a analizar las causas y sus remedios en: período inicial, período preclínico, período clínico, posibles remedios, planteamiento de una reforma urgente, conclusiones.

—...Pero el espíritu universitario casi nunca se adquirió en la carrera, donde el estudiante no conoció de la universidad sino la obligación de unas clases, la importancia de las faltas de asistencia y el peligro de sortear suspensos... Remedios: Aumento de locales, medios y personal y acomodación sincera del número de alumnos. El número de alumnos debe adecuarse al de camas, la proporción debe ser de un alumno por cada diez camas..., para ellos debían utilizarse otros hospitales con capacidad docente. En la Facultad de Madrid existían trescientos alumnos por curso y había clínicas médicas con veinte camas... Los servicios auxiliares deben tener personas estables, con cargos pagados de forma que les permitan una dedicación adecuada. Conclusiones: 1) La enseñanza tiene que ser rigurosamente objetiva. 2) Ninguna universidad puede aceptar más

alumnos que aquéllos a quienes pueda enseñar prácticamente. 3) El límite máximo para las asignaturas preclínicas debe ser de cuatro estudiantes por cada mesa de trabajo, suficientemente dotada en los laboratorios. 4) Para el período clínico se exige no más de un alumno por cada diez camas. 5) Para alcanzar este *desideratum* se impone la utilización para la enseñanza e investigación de centros estatales, no universitarios, siempre que se interesen en la enseñanza. 6) Tales centros tendrán una junta rectora integrada a partes iguales por la Facultad y la institución patrocinadora. 7) El personal será común por una escala de ascensos, desde ayudantes de servicio hasta profesor universitario, pudiendo ser distribuidos entre los diversos centros docentes.

Entra luego en otros aspectos de la reforma como una nueva orientación del programa de enseñanzas en que no se dé un tiempo igual a asignaturas de muy distinta importancia, en la necesidad de una labor científica en las universidades, para lo que se requiere que los jóvenes tengan dedicación remunerada a tiempo total. Planteó «la cuestión de si el profesor debe ser ya definitivamente fijo, una vez que obtiene su cátedra. Yo soy opuesto rotundamente a ello, una de las causas de la falta de actividad en los corredores, como en los catedráticos, es "haber llegado"».

El público, en su mayoría universitario, salió impresionado de todo lo que había aún que conseguir y de la necesidad de aquellas reformas, pero nuevamente (quizá no era el momento más oportuno), no se consiguió nada.

El año 39 ya no sería sólo el III Año Triunfal, sino pronto el Año de la Victoria. Nada más empezar, el 4 de enero, los nacionales tomaron Artesa y Borjas Blancas, el 11 estaban ya en Tarragona, cayó la última línea defensiva en Igualada y el 26 moros y requetés entraron en Barcelona, seguidos inmediatamente por el Tercio y las Flechas Mixtas (División Italo-Española). La resistencia de Cataluña había sido escasa y parecía que ya no quedaba más que dar la guerra por terminada. Allí una interminable fila de españoles, los elegidos en automóviles y camiones y el resto en carros, mulas, bicicletas o a pie trataban desesperadamente de llegar a la frontera de Francia, por Port Bou u otros pasos fronterizos. Iban con lo puesto, alguna maleta atada con cuerdas como máximo equipaje. Era el triste desfile de los derrotados, como los que cantó Oteyza en su «Vuelta de los vencidos». Entre ellos, un español insigne, patriota como pocos, gravemente enfermo, llevando a su anciana madre, Antonio Machado, veía cómo la España de «charanga y pandereta», la mitad de las dos Españas que partirían el corazón de los españolitos, la no querida por él, rompía su corazón.

La entrada en Madrid se retrasaba algo, con luchas internas entre la Junta de Defensa y los comunistas que no querían oír hablar de rendición, pero en cualquier caso era cuestión de días. Los dos hermanos decidieron esperar cerca. Tenían temor por la suerte de Eusebio. No sabían hasta qué punto su iluminada ilusión republicana le habría llevado a comprometerse en la otra zona... y conocían bien lo arriesgado de los primeros momentos para los enemigos de la causa. Fueron con sus mujeres y las niñas a Salamanca y luego a Avila, estación cercana hacia Madrid, dejando a doña Rosa con Yoyo y arropada por amigos. Allí estaba Palmerino Sanromán, íntimo de Mariano, que les acogió encantado en su casa. Serían pocos los días. Franco exigió una rendición incondicional a Besteiro. El coronel Casado, que intentaba salvar al menos de represalias a su bando, sin aceptar las débiles concesiones que solicitaban en un intento desesperado, había expuesto al pueblo por la radio la situación la noche del 26 de marzo. En cuestión de horas cada cual se marchó a su casa y el ejército literalmente se disolvió.

Carlos y Mariano ya estaban en Avila y habían conseguido del Cuartel del Generalísimo una autorización, gracias a los buenos oficios de su eminencia gris, Martínez Fuset, que decía: «Autorizo al portador, don Carlos Jiménez Díaz, médico civil, director técnico del Hospital Militar de Nuestra Señora de las Mercedes de San Sebastián... para entrar en... Madrid, sin perjuicio de las restricciones que impongan las autoridades militares. Burgos, 28 de marzo de 1939. III Año Triunfal.»

Ello les permitió ser de los primeros que pudieron entrar en un coche civil, entre riadas de camiones triunfantes, que representaban el reverso del triste desfile de refugiados hacia la frontera. Era «La Marcha Triunfal», de Rubén Darío: «Ya pasa el cortejo, ya se oyen sus claros clarines, la espada se anuncia con vivo reflejo, ya viene —oro y hierro— el cortejo de los paladines.»

Al entrar por la carretera de La Coruña el panorama era desolador. Carlos miró hacia la izquierda tratando de ver qué quedaba de la Facultad, de su adorado Instituto y del aún no inaugurado Hospital Clínico; sólo ruinas, como toda aquella Ciudad Universitaria que iba a ser la mejor de Europa. Mariano pudo vislumbrar las paredes derruidas por doquier de las casas de su barrio de Argüelles, donde estuvo su domicilio de Marqués de Urquijo. Fueron directamente a Martínez Campos, a casa de Eusebio, pero allí les informaron que se había trasladado hacía meses al Paseo de Recoletos, a la oficina de Eclipse, S. A., ante la cantidad de obuses que impactaban en aquella alta fachada occidental, que parecía un frontón donde iban a parar todos los «pelotazos»,

ya que por delante sólo tenía casas de uno o dos pisos. Por lo menos sabían ya que todos vivían y ello les tranquilizó en parte. Corrieron nuevamente, ahora hacia Recoletos, pero allí el alma se les cayó a los pies. Estaban efectivamente todos, los hijos muy crecidos, pero su hermano parecía un espectro de sí mismo. Estaba delgado y había envejecido veinte años en los tres que no le veían. Carlos le apreció el inconfundible tono pajizo de la insuficiencia renal terminal. Jadeaba y toda aquella impetuosa energía, toda la alegría de su cara, se había transformado en una máscara trágica, de ojos borrosos y de hundimiento espiritual.

A pesar de ello, aquellos ojos acuosamente azules se iluminaron y se fundieron en el más fuerte abrazo de su vida... y después, lo primero que preguntó fue: «¿Tenéis tabaco? ¡Llevo tres meses sin fumar más que algunas colillas!» Traían buen tabaco y algunas provisiones. Los chicos devoraron unos plátanos de los que los pequeños ya ni se acordaban, ni casi tampoco de aquellos tíos que llegaban como los Reyes Magos, con alimentos prácticamente insólitos para ellos.

Ya solos, hablaron seriamente, tratando Carlos de disimular la angustia interior de saber, con aquel «ojo clínico» (sobre el que arremetía como sustituto del verdadero saber), que su hermano mayor tenía poco tiempo de vida por delante.

Fumando un pitillo tras otro con delectación, Eusebio se dirigió a Mariano, que era parte más interesada en la situación:

—Lo hemos pasado mal. Noches y noches de levantar a los pequeños de madrugada, de bajarlos envueltos en mantas al sótano y esperar allí toda la noche a que esos cabrones con sus aviones alemanes dejaran de bombardear; días de no tener nada que darles de comer, lentejas llenas de bichos, pan de maíz racionado, gachas de almortas que a veces conseguían los tíos mandar desde Albares. Un verano les llevé allí para que al menos comieran tomates y melones, que les proporcionaran vitaminas. La fábrica la incautaron y además estaba casi en pleno frente. Nos dieron a Luis y a mí trabajo en una antigua fábrica de lámparas de bronce que hubo que transformar para hacer material de guerra. Estaba en la Calle Zurbano, por lo menos, cerca de casa, lo que era una ventaja, porque en las distancias largas me fatigo. ¡Hasta inventé un pequeño mortero que los soldados pudieran llevar en la espalda!... En fin, ya todo acabó, aunque no como yo quería. Ultimamente he estado en la Subsecretaría de Guerra.

Mariano dió un respingo y le gritó:

—¡No te dije que no aceptaras puestos destacados! Dios mío, subsecretario de Guerra! ¡Cómo podrás librarte al menos de la cárcel!

—No, hombre, no, sólo he sido allí un empleado más; lo justo para que pudiéramos resistir —le contestó en tono tranquilizador—.

Mariano seguía remachando:

—¿Pero no has hecho manifestaciones públicas? ¿No te han utilizado en su propaganda?

Eusebio puso ya cara de enfado:

—Mira, chico, pareces un inquisidor, de los que ahora vamos a volver a poder «disfrutar» con esa gentuza de militares, falangistas y curas. Pues no, aunque me hubiera gustado hacer todo para evitar ver a España en manos de esos tipos, solamente salí una vez fotografiado en «Mundo Obrero» por lo del invento del mortero, pero en un pequeño recuadro que nadie recordará. Además he ayudado cuanto he podido, que no podía ser mucho, a amigos de derechas, que lo estaban pasando aún peor; por lo demás, mis antiguos obreros no me han olvidado y algún alimento para los chicos me traían los pobres.

Un poco más tranquilos en cuanto a posibles desastrosas consecuencias políticas, pero muy afectados por su visible deterioro orgánico, se fueron a la Calle Viriato a ver a Luis y su familia, a conocer a aquella sobrina que les había nacido durante la guerra y que llamaron Teresa como su madre, aunque siempre sería Mayte. Estaban bien, aunque más delgados, y tras charlar un rato marcharon a la antigua casa de Carlos, en Velázquez, 23, ya que, como temían, la de Mariano estaba totalmente destruida por bombardeos y obuses. Vieron que la casa, a pesar de los esfuerzos de Jesús y Luis, estaba medio desmantelada, faltaban muebles, los archivos habían sido destruidos, su biblioteca científica había sido confiscada (luego la recuperaría casi por completo, identificando libros y revistas por su «ex libris»). Resolvieron volver esa misma noche a Avila a preparar el regreso definitivo.

Volvieron impresionados por calles llenas de gente caquéctica y harapienta que saludaban entusiasmados a aquellos camiones repletos de soldados con nuevas banderas, aprendían a levantar el brazo, aunque no supieran bien si hacerlo con el derecho o el izquierdo, se arracimaban junto a aquéllos que les vaciaban sacos de chuscos de pan en las aceras..., posiblemente muchos de

ellos habían sido defensores heroicos, los del «¡No pasarán!» y sentían amargura en el alma encogida ante la derrota, pero ahora había que sobrevivir, que prepararse a reconstruir aquella ciudad llena de agujeros, como un queso de Gruyère... y por lo menos esperaban comer todos los días. La visión que se llevaban de Madrid, de aquel Madrid en que habían nacido y se habían criado, en el que habían vivido y triunfado era dantesca. Eran conscientes de lo que aún habría que pasar hasta llegar a la normalidad. Carlos tenía muy claro que nuevamente su impulso, su lucha habría de ponerse en marcha, a superar obstáculos, que todo volvería a ser una dura prueba, que habría de volver a empezar.

Capítulo IX

Volver a empezar

Mas volvería
a andar
el mismo camino
a amar la misma tierra
honda y desposeída,
apasionadamente,
la misma incertidumbre.

«Contemplo», ALFREDO COSTAFREDA

AQUELLA GUERRA QUE FINALMENTE terminó dejaba al país empobrecido, sin reservas —el famoso «oro de Moscú»— y, lo que es peor, con su alma más partida en dos que cuando empezó.

En el primer sentido, a la pérdida de oro y divisas se sumaba una cabaña ganadera diezmada, el material móvil de ferrocarril reducido a la mitad y en un estado lamentable y el trazado viario lo mismo. En similar situación estaba el parque automovilístico y las carreteras y puentes destrozados. Millares de casas, calles, edificios, ciudades enteras destruidas. Y, para completar el cuadro, una Europa en trance de guerra, sin posibilidad de crédito exterior y con una actitud hostil al régimen, fuera de los países del Eje.

El costo total de la guerra era imposible de evaluar, especialmente si se cuenta el fuerte endeudamiento externo por ambos bandos, pero en cualquier caso era de muchos miles de millones.

En cuanto a las personas, la división se había acentuado. Rara era la familia que no había tenido pérdidas dolorosas, y no sólo en el frente, y la represión política que inmediatamente se desató no hizo más que ahondar más el abismo entre las «dos Españas» de Machado.

El corto período que medió entre el final de la guerra española y el comienzo de la mundial —de hecho, ya antes de acabar la nuestra Alemania se había «anexionado» Checoslovaquia— colocó al país en una situación límite que habría de durar varios años.

Don Carlos era consciente de ello, como cualquier persona medianamente informada y sabía lo duro que iba a ser tratar de rehacer toda su labor. Desde aquella entrada en Madrid al primer día a proteger a Eusebio (él que también aún necesitaba protección) había podido palpar lo poco que quedaba de lo que tanto trabajo le había costado conseguir; sabía que era hora de apretar conjuntamente las filas y lanzarse a un trabajo intensivo de recuperación para aquella España que tanto amaba, independientemente de cuál fuera la situación política.

Además desde aquel momento en que volvió a entrar por San Sebastián, sentía que esta vez sí que un militar había salvado a su patria.

Aquel primer verano del 39, todavía con media España destruida, lamiéndose sus profundas heridas, con un ambiente lúgubre de lutos y mutilados, fueron a San Sebastián, que tan bien les había acogido tras el exilio. Llevaron con ellos a doña Rosa, que no había conseguido superar la tragedia del asesinato de su marido. Tenían que recoger sus cosas y cerrar la casa de la Calle Easo (ahora nominada Víctor Pradera). También querían despedirse de los buenos amigos que allí habían creado, ya que la rápida vuelta hacia Madrid había prácticamente impedido hacerlo. Por otra parte, era un lugar ideal para descansar del ajetreo de todos los acontecimientos que en aquellos pocos meses habían sucedido. San Sebastián les había hechizado con la belleza de su panorama y con la amabilidad de sus gentes.

Habían quedado con Mariano en que él y su familia también irían más tarde, por los mismos motivos, a pasar el mes de agosto o antes si conseguía rehacer su bufete y, sobre todo, lo que había quedado de «Eclipse, S.A.», la empresa que con Eusebio había puesto en marcha y en la que su apoyo había sido fundamental. El visible deterioro de su hermano le hacía ahora poco útil y nuevamente tendría que encargarse él de las gestiones para poder volver a poner aquello en marcha.

Estos salieron el 25 de julio, el día de Santiago, en un coche toda la familia y el chófer de la casa que se lo había alquilado. A última hora, aunque fueran apretados se sumó Yoyo, el hermano de Conchita, ya liberado de sus casi tres años de cárcel, ante las preocupantes noticias sobre la salud de su madre, que tenía un Addison en estado avanzado.

A poco de salir de Madrid, en una cerrada curva, muy cerca de La Cabrera, se les hechó repentinamente encima un camión militar cargado de soldados. El choque fue espantoso. Murieron instantáneamente Luz, Chunchy, la hija pequeña, con apenas once años y el chófer. Mariano y la hija mayor Layta, estaban malheridos, con sangrantes heridas, quemaduras y alguna fractura y sólo Yoyo pareció estar absolutamente ileso, con sólo un golpe en el pecho con el que había impactado en el asiento delantero. El fue el que pidió ayuda (el chófer del camión, seguramente asustado por las consecuencias, había seguido camino dejándoles abandonados) y consiguió que los heridos fueran trasladados, mientras los tres cadáveres hubieron de quedar a su cargo hasta la llegada del juez de El Molar. Telefoneó desde allí a Carlos, sin querer darle la noticia completa y éste salió rápidamente con su coche hacia Madrid, ocultándole también él a Conchita la gravedad del accidente, ya que ésta no podía en cualquier caso dejar sola a su madre, tan enferma. Al llegar, en pocas horas, azuzando a Luis como siempre o más para que corriera, se enteró de los fallecimientos y acudió al Sanatorio «Mateo Milano», en la Calle de Zurbano a ver a Mariano y Layta. El estado de éstos le tranquilizó bastante, pues no existían lesiones graves y habían sido bien atendidos por el prestigioso doctor Mariano Zumel, ayudante y discípulo de Olivares, al que conocía bien de la Facultad, y por su amigo Plácido Duarte.

Ante la sorpresa de todos, Gregorio Rábago, que parecía no haber sufrido herida alguna, se puso repentinamente en mala situación, con gran disnea y mala perfusión y falleció a las pocas horas de su llegada. El golpe en el tórax le había producido hemopericardias y había originado un taponamiento cardíaco.

El balance no podía ser más trágico. Cuando todos los avatares de la guerra habían terminado, sin más baja que el abyecto y absurdo fusilamiento de don Blas, la familia sufría este golpe tremendo e inesperado.

Quería, como todo el mundo, mucho a Luz siempre tan alegre, que tanto había contribuido con sus bromas a levantar el deprimente ambiente del exilio parisino y, asimismo, la niña, su ahijada, era una de las sobrinas preferidas, tan lista y tan desgarrada para su edad. Lo sopresivo de la muerte de Yoyo acabó de desesperarle, pues pensaba que, aunque difícilmente, se podía haber evitado de hacerse un diagnóstico más precoz... y quedaba lo más duro, referir todo aquello a Conchita cuando su madre se estaba muriendo, como ocurrió a los pocos meses.

Con este peso, había que enfrentarse a un nuevo curso, lleno de dificultades, con el Instituto deshecho, con la pérdida de importantes colaboradores,

con sus mayores enemigos aupados a los puestos de responsabilidad en la Facultad y en la Sanidad por méritos puramente políticos.

Su reincorporación a la Facultad fue difícil. Su situación era de provisionalidad al no haberse resuelto aún su expediente de depuración política. Por otra parte, le correspondía explicar un tercer curso de Patología a alumnos que habían interrumpido sus estudios durante tres años, la mayoría los habían pasado en los frentes, donde la única preocupación era sobrevivir y vencer; allí no había tiempo para estudios, sino para protegerse en las trincheras de los tiros y del frío, recibir la ración de comida, despiojarse... y soñar con un permiso en la ciudad más cercana o una baja por herida leve... y con las mujeres. Esperaban ese último año como un trámite y como tal se lo tomaban, sabiendo que a los de los cursos anteriores se les habían hecho «exámenes patrióticos» en julio y septiembre en los que los suspensos estaban vedados, pesando más los méritos de guerra que el absoluto desconocimiento de las materias de las asignaturas.

El poder en la Facultad había pasado a los que también habían hecho méritos políticos. Además de su inquisidor Suñer, los dueños de las decisiones, perdido el carácter liberal del claustro, eran Salamanca, que había sido nombrado decano, y Valentín Matilla, catedrático de Bacteriología, que era el secretario y «factotum». Era un hombre pequeño, soltero, raro, con bastante beatería... y poco valor científico, que disfrutaba repartiendo suspensos a todos los que no estudiaran «su libro». Pronto se convirtió en el terror de los alumnos y en «perseguidor» de compañeros no gratos.

Don Carlos se encontró bastante acorralado. Sus peticiones no eran atendidas e incluso le habían quitado locales de laboratorios y policlínicas (aquellos antiguos vestuarios de mozos conseguidos con tanto esfuerzo). No era más que un sospechoso no adicto a la causa y sin posibilidad de defensa ante aquellas sutiles agresiones.

En su grupo había bajas sensibles. Ochoa se había ido definitivamente a continuar su brillante carrera investigadora en el extranjero. Felipe Morán se había exilado a Argentina. Aurelio Castro había muerto horriblemente a golpe de granadas contra una tapia en aquel Hospital de Chamartín, durante el último enfrentamiento comunista contra la Junta de Defensa del coronel Casado y Julián Besteiro.

Barreda, después de estar en la cárcel, había sido «desterrado» de Madrid a un pueblo de la provincia de Soria condenado a ejercer de médico rural, él

que era esencialmente fisiólogo e investigador. Pero lo que más le dolía era que Paco Vega estaba, por sus cargos en la Sanidad Republicana, también perseguido. Además le contaron falsedades de su actuación durante la guerra que inicialmente no quiso creer, como que había hablado mal de él por huir del Madrid rojo. Todo aquello le parecía imposible, conociendo su fidelidad, su hombría de bien, su nobleza. Sin embargo, pudieron más los chismes, dudó y Vega quedó muy afectado y, con gran dolor por su parte, decidió apartarse de su querido maestro y de personas que habían mostrado aquella malquerencia hacia él y, cuando resolvió sus problemas de depuración, se unió al Instituto de Patología de Marañón.

Para ambos aquella separación fue un desgarramiento y aunque sus caminos se separaron seguían teniéndose en el corazón. Otros tuvieron también que sufrir depuraciones y alguien le indicó a don Carlos que para él sería bueno que prescindiera de ellos, como un gesto que le favorecería en las «altas esferas» e incluso le ayudaría en su propio proceso, aún abierto. No quiso ni oír hablar de aquello y recuperó a todos los que quisieron seguirle.

Con todo aquel ambiente, a lo que se sumaba la paralización de sus proyectos de investigación, el curso transcurría triste y desmoralizante. Tenía también alguna preocupación económica, pues la guerra había agotado todos sus ahorros y, aunque había recuperado bastantes cosas de su casa gracias al cuidado que con ellas tuvieron, escondiendo lo más valioso Jesús y Luis, tenía que rehacer casa y consulta.

Había que volver a empezar, casi de cero.

Decidieron mudarse. Querían también tener cercano a Mariano, en reciente viudez y ayudarle a cuidar a su hija Layta, con él única superviviente del accidente. La casa de éste en Martínez Campos, al lado de Eusebio, se le caía encima de recuerdos. Encontraron una buena solución. En la Calle General Mola (antes Príncipe de Vergara, ya que el callejero madrileño y español se había cambiado en sus nombres clásicos por los de generales y otras personas destacadas en la guerra) encontraron dos pisos colindantes y bastante espaciosos en la quinta planta (el número 9, esquina a Jorge Juan).

Mariano le cedió parte del suyo para que tuviera sitio para la consulta y la amplia biblioteca, que afortunadamente también, se había recuperado. Posiblemente su pérdida habría sido lo que más hubiese sentido, pues cada libro, cada revista eran para él su gran tesoro, imprescindible para el trabajo y lleno de recuerdos del esfuerzo que la adquisición de los primeros le había costado.

Allí la vida pareció reanudarse sin traumas. Volvieron Paz, Romero, Puig, Bañón y Jesús a reanudar sus antiguas funciones y reaparecieron los enfermos de siempre más una verdadera avalancha de otros nuevos. Entre éstos muchos de los nuevos influyentes: Lequerica, Aranda... y, sobre todo, Millán Astray, aquel legionario que había sido jefe de Franco en la guerra de Africa.

A diferencia de su subordinado, que según los moros tenía «baraka» y las balas le pasaban rozando, aún en su llamativo caballo blanco, él había vuelto sin un ojo y un brazo, más múltiples heridas que habían minado su salud; ésta le entregó totalmente en manos de don Carlos. Aparecía sin cita previa, siempre escoltado por un temeroso y barbado legionario armado hasta los dientes, hacía un gesto a Jesús y se tumbaba a esperar en un despacho mientras su escolta le tapaba con el capote... y le escribía casi a diario refiriéndole la evolución de sus molestias. Para don Carlos fue una gran ayuda en aquella situación suya políticamente cuestionada. Llegó a nombrarle Caballero Legionario y luego Coronel Honorario, le regaló un capote y una pulsera de oro de la Legión... y le protegió siempre que fue necesario, incluso poniéndole en algún apuro, con aquel carácter de «ordeno y mando» puesto a su servicio.

Don Carlos siempre recordaría una curiosa anécdota. Seguía con el viejo Studebaker, comprado en San Sebastián, al que hubo que hacer algunos arreglos de la mano de Luis, hábil mecánico. Con él volvió a salir a consultas a ciudades y pueblos a través de carreteras infames tras la conflagración. La gasolina estaba racionada, hasta que hubo de poner gasógeno, pero lo peor era la carencia de neumáticos, que había que recauchutar una y otra vez. En una ocasión Millán Astray dormía apaciblemente su siesta en el despacho. Jesús le había dicho que don Carlos estaba fuera, pero él contestó:

—Mira, muchacho, yo ya me sé tus trucos. Eso se lo dices a otro, pero no a mí. Si fuera verdad me da igual. Yo no tengo prisa —y gesticuló con su media cara hacia el gigantón que le protegía para que le siguiera y le arropara.

Don Carlos llegó tarde y sofocado, pero le hizo pasar; ya sabía que nadie le movería de allí hasta que le viera.

—Perdone, mi general, pero, ¿sabe usted las veces que hemos pinchado desde Aranjuez? Nada menos que ¡dieciséis! Luis dice que los neumáticos ya no dan más de sí y hasta que ha agotado la caja de parches que llevaba.

—¿ Es posible que eso le pase al mayor sabio de España?

Llamó al espantoso legionario y dijo, con voz de mando:

—Eso lo arreglo yo ahora mismo. Vas a ir con el doctor a la casa de neumáticos de la Calle de Génova, con esta nota mía y que le den cinco ruedas nuevas.

—Pero, mi general —contestó Carlos— si hay que llevar unos documentos que yo no tengo y ya me han denegado.

Sin hacer el menor caso a aquella objeción, volvió a dirigirse al legionario:

—Si ves que no se los dan, ya sabes lo que tienes que hacer —y le señalaba el pistolón que pendía amenazador de su correaje.

Don Carlos trató de zafarse de aquella situación y siempre refería que en toda su vida había pasado más miedo, que cuando el hombre de la tienda leyó el papel y empezó a poner pegas de que aquello no valía para nada, él decía:

—No si yo ya lo sabía, pero... —y le hacía gestos de lo que podía ocurrir si seguía negándose, señalándole disimuladamente al legionario y su pistola. Al final, le dieron los neumáticos, pero nunca olvidaría el terror y violencia de aquel momento.

Gustaba Millán de contarle su ajetreada vida, pero, sobre todo, hablarle de su padre, que había sido director de Prisiones con la Monarquía.

—Ve usted, don Carlos —le refería— lo duro que he sido en mi vida, pero de niño debía ser muy dulce. Recuerdo que vivíamos en un pabellón de la cárcel de Zaragoza, donde mi padre era director. Había un salteador de caminos con cara de fiera que daba miedo mirarle, apodado El Lobo, pero un día me pidió un beso y yo se lo di con todo cariño. Al poco tiempo estalló un motín y cuando atacaron a mi padre por la espalda para matarle, El Lobo se interpuso y desvió el arma. Cuando mi padre preguntó por qué le había salvado contestó: «Usted como director me importa un bledo, pero de ninguna manera quería que Pepito quedara huérfano. Es el único niño que me ha besado en mi vida.»

Y en otra ocasión:

—Mi padre pasó del despacho de director a una celda de preso y como no tenía más ingresos que los de su carrera, llegamos a tan extrema escasez que un día, a la hora de cenar, no había más que una peseta en casa. Yo, que toda-

vía era un niño, con la peseta di de cenar a todos. Espléndida cena: callos guisados, uvas negras de postre y pan. Los callos los fui a buscar a la tienda del asilo de los pobres en el jardincillo de Ferraz, costaron sesenta céntimos, los seis panecillos, treinta, y con los diez restantes compré un kilo de uvas negras. Recordé aquella cena cuando fui huésped del Rey en el Palacio de la Magdalena. Me alojaron en una habitación en la que antes que yo, había estado el Duque de Alba. Las flores y cigarrillos los había dispuesto la augusta Reina Victoria Eugenia ¡y el desayuno me lo sirvió una doncella empujando un carrito!

Esta especial adoración que Millán Astray, quizá ya en parte fruto de su carácter psicopático, le fue muy útil a don Carlos en aquella situación de posguerra. Su fe en él era tal que en cuanto oía que algún amigo suyo (y si era influyente mejor) estaba enfermo le «ordenaba» ir a que le viera Jiménez Díaz. Así ocurrió, por ejemplo, con el general Alonso Vega y el general Asensio, entre otros muchos. Sus cartas eran de este orden:

«Queridísimo Carlos:

Tengo la satisfacción y el honor de pedirte en nombre del glorioso general legionario y subsecretario del Ejército, don Camilo Alonso Vega que tengas la bondad de concederle una consulta... Me pide que le recomiende a ti para que le veas con todo cariño y detenimiento. Eso lo haces tú con todos tus enfermos y mucho más con los buenos soldados de tu Patria...»

«Queridísmo doctor y amigo:

El glorioso general Asensio, ministro del Ejército, a quien quiero por ser uno de mis mejores discípulos cadetes de Toledo, está regular nada más, yo quiero... y él también, que tú le veas.... Perdona tantas peticiones, pero es que, Carlos, yo soy omnipotente en ruedas de automóvil y tú eres omnipotente en curar enfermos...»

Don Carlos llegó a tener por aquel hombre una especial debilidad, a pesar de que no se podían dar dos caracteres y dos trayectorias vitales más opuestas.

En verdad, aquellas influencias le eran necesarias en su situación. En la Facultad seguía acosado por los poderes fácticos, aunque su perseguidor implacable, Suñer, el que estuvo a punto de llevarle a la cárcel o algo peor al entrar en la zona nacional, murió en ese año, no sin antes llamarle para que le viera en esa última enfermedad y pedirle perdón por el daño que quiso hacerle.

A su reincorporación había enviado al Decanato una lista de quejas y peticiones, sin conseguir nada...

«Dificultades y deficiencias específicas (de las genéricas no se trata):

1) La incautación de locales por orden de Dirección, que estaban dedicados a Metabolimetría y el tabicamiento de la Sección de Hematología han hecho tener que anular algunas secciones y resignarse a dedicar un mismo local a cosas tan incompatibles como los sondajes gástricos y la Metabolimetría. Los enfermos tienen necesariamente que pasar intermitentemente a través de la habitación dedicada a radiodiagnóstico con el considerable trastorno y desorden en ambas dependencias.

2) Nos hemos visto obligados a instalar el Servicio de Archivo y de Gastroscopia en una habitación sin más hueco que la puerta de entrada, al que abocan otros servicios.

3) La inmensa mayoría de los enfermos, por su poca costumbre de ambientes complicados, después de los requisitos impuestos por el orden interior del hospital establecidos por la Dirección, llegan a horas desiguales, haciendo imposible la labor y obligando al personal del mismo, por no lesionar más los humildes intereses de los pobres enfermos, a prolongar hasta muy tarde su tarea.

4) El agua llega con gran irregularidad y aun muchos días sencillamente no llega. El trastorno y el peligro que esto motiva es evidente.

5) El gas hace ya varios días que llega en cantidad insuficiente a los mecheros, con similares trastornos.

6) La calefacción sólo llega a entibiar los radiadores.

7) El alcohol, de uso tan frecuente e indispensable, que antes proporcionaba el hospital, tenemos que procurárnoslo nosotros en cantidades mínimas. Mucho mejor sería que el hospital tuviera un depósito para servir a las cátedras y a precios más económicos.

8) El algodón también lo proporcionaba el hospital gratuitamente. Hoy sucede lo mismo que con el alcohol.

10) El oxígeno necesario para medir el metabolismo basal es una cantidad pequeña. Si en la farmacia hubiese una bala de oxígeno, de la que nos surtiéramos todos, se evitarían las reclamaciones de la fábrica por retener excesivamente el envase.

11) Sucede el hecho incomprensible que, con las nuevas normas, el enfermo que tras los análisis tiene que ir a Dirección a abonar su importe, no puede deshacer el camino, sino que han de salir de la Facultad, rodear el edificio y volver a entrar por el hospital; los más inteligentes que llegan a hacerlo bien llegan cansados, pero tarde; muchos se quedan en el camino completamente desorientados...»

El director que tales medidas tomaba era don Leonardo de la Peña, conocido por todos como «Don Leopardo». Era un personaje curioso, arbitrario, que, al estar separado de su esposa, vivía en el propio hospital y había establecido, adelantándose a las historias de espionaje, un sistema de micrófonos ocultos conectados con su despacho de forma que podía oír todas las conversaciones, por lo que había que tener mucho cuidado con lo que se hablaba en las salas y cuartos de guardia, donde también había puesto altavoces. Al principio les cogía desprevenidos y cuando menos lo esperaban salía su vozarrón acusándoles de esto o lo otro. Los médicos de guardia eran despertados a veces con frases como:

—Está usted roncando y su obligación es mantenerse en vela.

Tenía una especial inquina al grupo de don Carlos, a los que llamaba despectivamente «esos del PH», naturalmente sin tener ni idea de lo que esa palabra significaba, pero que le parecía el colmo de la despreciable investigación científica. En aquellos primeros años su persecución era constante, con restricciones a una labor que se salía de los estrechos límites que a él le parecían prácticos. Les mandaba «oficios» de este corte:

«A partir del 1 de febrero su consulta tendrá lugar diariamente en el consultorio de Medicina A *de once a una*, rogándole la mayor puntualidad en desalojarla a esa hora, sin más prolongación, y contribuir así a observar el régimen interior del establecimiento.»

El decano, Salamanca, no se quedaba atrás y le escribía:

«Habiendo encontrado el que suscribe varias veces que ustedes tienen ocupada el aula 6 de esta Facultad pasada la hora de once y media de la mañana, le ruego deje libre el mencionado local a la hora que se indica, con objeto de no perturbar el horario de clases.

Asimismo, este Decanato le ordena que al personal que presta servicios en la consulta de su departamento, le transmita la orden de que aquélla quede terminada a la una en punto de la tarde, según está establecido por las disposiciones oficiales vigentes, emanadas de la superioridad.»

Quedaba claro que aunque se quisiera seguir trabajando, en la mayor parte por personal que no recibía ningún estipendio y lo hacía voluntariamente junto a don Carlos, era imposible hacerlo..., porque daba «mal ejemplo» a los otros servicios.

Don Carlos, deseoso de que sus trabajos y los de sus colaboradores tuvieran una mayor difusión, había adquirido antes de la guerra una antigua revista científica en vías de desaparición y la refundó y retituló «Revista Clínica Española», con la que Paz Montalvo hizo sus primeros pasos de editor. El 1 de julio de 1940, poco más de un año del fin de la guerra, salió su primer número, tras vencer dificultades de permisos oficiales, imprenta y carencia de papel. En su sumario hay dos trabajos del propio don Carlos, más aportaciones de Gómez Orbaneja, Rof Carballo, Lahoz, Andréu Urra, Obrador, Alix, Alvarez Buylla, López Durán, Quero, Sánchez Lucas... Esto también molestó a la «superioridad» y recibió un «oficio» del secretario, profesor Matilla, en estos términos:

«Saluda a su querido amigo y compañero DON CARLOS JIMENEZ DIAZ, recordándole, que en preparación el número de la revista de la universidad, que ha de correr a cargo de esta Facultad de Medicina, tiene que enviarme un trabajo de su autorizada pluma. Debe remitirlo a esta secretaría antes del 10 de enero próximo...» ¡La fecha del oficio es del 21 de diciembre!

Todos estos, a veces solapados, ataques y la carrera de obstáculos que suponía el quehacer diario, no conseguían minar su voluntad de seguir trabajando y enseñando al máximo, pero no podía dejar de percibir una progresiva desmoralización dentro de su grupo, cansado de una restricción tras otra.

Un día, que podía parecer poco propicio, al ser 13 y martes de febrero, de aquel año 40, les convocó a una reunión general. Cuando estaban todos inquietos por lo que podría ocurrir les dijo:

—No quería más que decirles que como sea, aún no sé como, vamos a rehacer el Instituto.

Al finalizar el curso, como estaba predeterminado con «aprobado general» único en su historia de catedrático y única promoción que le perdió como maestro, tuvo una pequeña aventura exótica. Su atención médica al jalifa iniciada en San Sebastián, le había proporcionado un historiado pergamino que traducido del árabe, dice:

«ZONA DEL PROTECTORADO DE ESPAÑA EN MARRUECOS
CANCILLERIA DE MEDHAUIA

DAHIR

¡Loor a Dios único! ¡sólo su Reinado es perdurable!

"El Hassan Ben el Mehdi Ben Ismail Ben Mohammed, Dios es su Dueño y Señor, Quien es el enviado de Dios se apoya, al encontrarse con los leones les hará bajar la vista de pavor, aún en sus mismas guaridas. El que a Ti se acoge ¡Oh, el más bueno de los seres! Dios le preserva de todo vengador."

Se hace saber por este nuestro escrito —glorifique Dios su contenido y lo enaltezca— que nos por la gracia del Todopoderoso y su fuerza, teniendo en cuenta los merecimientos contraídos por el EXCMO. SEÑOR DOCTOR CARLOS JIMENEZ DIAZ, y queriendo darle prueba de nuestro afecto, le otorgamos el grado de «SUMU» Gran Cruz de la MEDHAUIA.

Dado en Tetuán, a 3 de enero de 1940.»

Aquel mes de junio era su boda y, aunque no sería la única, los festejos serían grandes y más que invitación la orden del jalifa era que acudiera como testigo de la misma.

Acordaron acudir con Layta, que estaba muy pegada a ellos tras el accidente, depresiva al haber perdido a su madre y hermana. Pensaron que aquel espectáculo inusitado que les esperaba podría darle una ilusión nueva, y así fue. Fueron días muy especiales, tan distintos de los habituales. Un intenso colorido en ropas, una aventura en cada nueva cena (y fueron muchas) y banquetes encontrando nuevos sabores, especias nunca degustadas, actos, desfiles, caballos lujosamente enjaezados... En una crónica, publicada en «ABC», se señalaba:

«...Y entre aquella multitud variopinta, el famoso doctor Jiménez Díaz iba con su cámara de cine captando las imágenes insólitas de aquel fabuloso espectáculo...»

A su retorno volvieron a su retiro de Salces. Afortunadamente, no se había afectado en nada por la guerra en lo material, aunque la pérdida de los padres y tío de Conchita hiciera que ésta se hubiera resisitido a volver hasta entonces a aquel lugar tan lleno de recuerdos. La casa había pasado a su propiedad, a la muerte de éstos como un hecho natural, sin necesidad de testamentos. Su ya único hermano, Pedro (la bondad, casi santidad, personifica-

da), ni la viuda de Gregorio dudaron un momento que aquel pedazo de prado y aquella mínima casa de muñecas fuera para siempre para ellos. Era el oasis del intenso trabajo y preocupaciones de Madrid y el lugar ideal para que Carlos pudiera concentrarse en sus estudios y escrituras.

Hicieron pequeñas reformas, como la construcción de una pequeña galería acristalada típicamente norteña, en el costado donde más sol se podía recibir y el aislamiento de su dormitorio y cuarto de baño, completando su bienestar.

Don Carlos terminó el tomo cuarto de sus «Lecciones de Patología Médica», dedicado a las enfermedades de la sangre, y en el que incluyó al final aquella última lección de curso ya transcrita, del 36, dirigida a una promoción que inmediatamente se convirtiría en ejército.

Un día recibieron una sorprendente carta de su hermano Mariano desde San Sebastián (su hija Layta había ido con ellos a Salces) en que les comunicaba la explosiva noticia de que se había casado nuevamente. Podía parecerles lógico que un viudo de cuarenta años resolviera casarse, pero, ¡no tan pronto! y además ¡habían querido tanto a Luz!... y no sabían cómo dar la noticia a su hija.

Antes de volver a Madrid les visitó el nuevo matrimonio. Ella era Angeles de Murúa, viuda de guerra con un niño, Juan Ignacio, de tres años. Era de una gran belleza y con esa especial distinción de la clasa alta vasca..., pero les fue difícil aceptarla como a una hermana, como había sido para ellos Luz, y, a pesar de alegrarse de ver nuevamente feliz a Mariano, que había estado tan hundido, sintieron que algo se interponía entre las dos mujeres y que la convivencia en Madrid (pisos adosados) se enturbiaría.

A su vuelta a Madrid consiguió licenciar el Studebacker. Por entonces era prácticamente imposible la importación de automóviles y, gracias a figurar como regalo del jalifa, consiguió la compra de un Cadillac espectacular para la época y que llegaría a sobrevivirle.

El 22 de octubre tuvo lugar en Hendaya el temido encuentro de Franco con Hitler. En España corrió el fantasma de una nueva guerra cuando el país seguía lleno de heridas no cicatrizadas, hambriento por las restricciones, con la miseria imperando en las calles y en campo. Fue muy aireada la versión oficial del premeditado retraso de Franco de conseguir con su negativa, a pesar de débitos recientes, mantener a España fuera de la conflagración. Ello supuso

un respiro para el país y un nuevo motivo de admiración para el Caudillo. Con el tiempo, el historiador Javier Tussel demostraría documentalmente que la realidad fue muy otra.

En primer lugar el retraso no fue táctico, sino un fallo más de la larga cadena de los de la «R.E.N.F.E.». Franco quería entrar en la guerra, pero su precio era excesivo, reclamaba todo Marruecos y la ampliación de Guinea y del Sáhara español, la totalidad de Argelia y la Cataluña francesa. La respuesta fue la promesa sólo de Gibraltar y el comentario del Führer: «Este hombre no sabe hablar más que de Marruecos.» Allí Franco no dijo que no iba a intervenir, lo que no dijo es cuándo. Hitler diría luego efectivamente que preferiría que le arrancaran dos muelas antes de volver a hablar con él, pero no era porque pensara que Franco le había engañado, sino porque le parecía insoportable.

Igualmente, cuando Franco se reunió en Bordighera con Mussolini en febrero del 41, tampoco Mussolini presionó a Franco, por la sencilla razón de que era un competidor en el reparto del Mediterráneo. Se conservan unas notas de Franco en que dice «no podemos entrar por gusto» y Mussolini comenta a su delegación: «Verdaderamente, no tiene sentido hacer intervenir en la guerra mundial a un país que tiene pan para sólo una semana.»

En cualquier caso, no habría más sangre, con tanta aún fresca en tantas familias. Sólo la de aquellos falanguistas y anticomunistas idealistas, que voluntariamente fueron con la División Azul a Rusia. Entre los discípulos de don Carlos sólo uno, Ricardo Franco, joseantoniano puro de la primera hora, que afortunadamente volvería indemmne.

Con motivo de la guerra se cruzó muchas cartas con los Bennet, a los que tanto debía, desde su salida de España a su cariñoso trato en Londres y Windsor, e incluso aquellos contactos con la Inglaterra pro-nacionalista que hubo de esgrimir en su defensa ante la persecución política que le había recibido en su país.

Ahora, apenas pasados tres años, la situación había dado un giro y eran ellos los afectados por la guerra. En una de sus cartas le contaba, después de hablarle del intercambio de su nueva «Revista Clínica Española» con «The Lancet» y el «British Medical Journal», las peripecias de su familia política, pues Iris era francesa, y Francia estaba casi ocupada... y pasaba a Inglaterra:

«Londres es ahora una ciudad extraña, justo esta mañana estamos muy contentos de vivir, ya que desde las nueve de la mañana a las tres de la madrugada el ruido de las bombas ha sido tan violento que la casa se estremecía y eso que ahora dormimos en el sótano. Por una semana los alemanes han estado bombardeando Londres cada noche. Durante el día tenemos tres o cuatro alarmas y a veces hacen algo de daño, pero pierden de cincuenta a cien aeroplanos durante cada ataque de día, gracias a nuestras defensas. Seis hospitales, muchos de los cuales usted conoce, han sido dañados y en mi propio hospital han evacuado un montón de heridos de un asilo de ancianos. Tiran las bombas sin ninguna discriminación y algunos famosos museos han sido afectados seriamente... Mister Winston Churchill nos comunicó anoche que la invasión está cercana. "We do not mind." Todo está preparado y recibirán el mayor castigo que hayan sufrido nunca... y no nos olvidamos de ustedes. Creo que no hay un solo día en que no hablemos de nuestros amigos españoles y esperamos reencontrarnos en más felices circunstancias. Estamos seguros de que el nuevo Estado español llevará felicidad y la reconstrucción de vuestro país. Ever yours, T. Izzod and Iris Bennett.»

Ese otoño consiguió reunir a algunos de los miembros de la Junta de Protectores para tratar de relanzar el Instituto de Investigaciones, de tan corta vida y en ellos, especialmente en don Pablo Garnica y don Ernesto Anastasio, volvió a encontrar apoyo, aunque las circunstancias difíciles del país lo hiciera más precario. No había posibilidad alguna de volver a la Ciudad Universitaria, absolutamente destruida y se dedicó a buscar algún local, que aunque modesto, pudiera ser útil para reanudar el trabajo.

A través de Cuqui García del Diestro, mujer de su colaborador Luis Lorente y profesora del ahora desaparecido Instituto Escuela, se enteró de que el padre de su amiga y compañera, Angeles Gasset, tenía un chalet en las afueras, por el Barrio del Pacífico, en la Calle Granada, que quería alquilar y quizá pudiera servir por su amplitud.

Aunque aquello, con su gran escalera de subida desde el hall y figuras de escayola, no se parecía en nada a un lugar para laboratorios era efectivamente amplio, con un pequeño jardín y otra construcción para guardas, garaje, etc. El precio era razonable y decidió alquilarlo a sus expensas y acondicionarlo para su extraña nueva función; colindantes había dos viviendas de un solo piso, modestas, que consiguió desalojar indemnizando a sus ocupantes.

La fortuna les había sonreído en cuanto a parte del equipo que tuvieron que dejar abandonado en la Ciudad Universitaria. Un hombre de vida pintoresca y agitada, Alberto Illana, que tras varias profesiones estaba de ordenanza

con Negrín, cuando vio que las tropas nacionales se acercaban por aquella zona y que todos aquellos aparatos corrían seguro peligro de desaparecer, tomó una decisión heroica y espontánea y todos los días iba con un burro por un paso libre del fuego, llegaba a los laboratorios, incluso haciendo al burro subir la escalera, cogía material, lo cargaba y lo llevaba al Instituto Cajal, donde lo iba depositando. El no lo hacía por nadie en especial, sino por querer salvar lo que sería útil para la Ciencia el día que acabara la guerra. Era un socialista honesto, divertido y capaz y consiguió salvar un ochenta por ciento de los aparatos. Don Carlos y alguno de sus colaboradores hicieron una visita al sitio donde estaba el material y con emoción lo fueron reconociendo. Algunas cosas, como el quimógrafo, presentaban la cicatriz de las balas. Pero al ir a recogerlas y trasladarlas a los nuevos e improvisados locales, aunque era bien obvia su procedencia, se les dijo que no entregaban nada si no había facturas ¡con los números de cada aparato! Fue también providencial que aparecieran entre el lío de papeles, libros y revistas que habían trasladado en los primeros días de la guerra. Así se recuperó la parte más importante, la de aparatos que llevaban factura, pero otro material, como el vidrio y los productos químicos que no llevaban número, aunque constaba su adquisición en las facturas, no les fue dado porque «no había pruebas de que era suyo y no de otro sitio». Era un síntoma más del «bloqueo» al que incialmente estuvo sometido.

También, por fortuna y alguna influencia, había conseguido que el Ministerio de Educación confirmara las disposiciones previas de reanudación del Instituto... y lo hizo precozmente. Apenas a veintisiete días de acabada la guerra, el decano Salamanca recibió el siguiente oficio que, fríamente, le trasmitió:

«El jefe del Servicio Nacional, con fecha 13 de los corrientes, me comunica lo que sigue:

Con fecha 11 del corriente mes, el Excmo. señor ministro de este Departamento me comunica lo que sigue:

Ilmo. señor: Es difícil en el Estado moderno plantear organizaciones generales regidas a base de modelaciones únicas que pretendan recibir la riqueza siempre variada de una realidad en constante crecimiento y en diversificación ininterrumpida...» y sigue en los mismos ampulosos términos hasta llegar a:

«...Así, nuestras universidades, organizadas todavía sobre moldes comunes, han solido y suelen ofrecer particularidades científicas de positivo relieve, producidas por valores de tipo individual unánimemente reconocidos. Surgió de esta manera en la de Madrid un Centro de Investigaciones Médicas por los

trabajos, el desinterés y por el decidido desprendimiento del profesor Jiménez Díaz: con su esfuerzo personal lo hizo nacer y con su prestigio científico logró que los organismos rectores de la universidad lo asimilasen como cosa propia. Pero esta creación de Jiménez Díaz no se ha librado de los efectos de la guerra, y al paréntesis casi total de su obra hay que agregar la destrucción casi total de las instalaciones materiales. Y llegado el momento de iniciar la tarea reconstructora de la España Nueva, se hace preciso recoger la fe de sus buenos hijos, que es la base primordial de la etapa que vamos a comenzar a vivir.

Por todo ello este Ministerio dispone: *Primero:* Se reconoce el carácter oficial del "Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas" de la Facultad de Medicina de Madrid, que quedará adscrito a su cátedra de Patología. *Segundo:* Queda designado director del mismo el catedrático doctor Carlos Jiménez Díaz. *Tercero:* El director de dicho Instituto formulará ante este Ministerio a la mayor brevedad posible las bases para el funcionamiento del mismo como entidad universitaria.

Lo que traslado a usted para su conocimiento, satisfacción y efectos que procedan.

Madrid, 27 de abril de 1939. Año de la Victoria. El decano.»

Parece excesivo transcribir tal documento, aun parcialmente, pero es valioso como ejemplo del lenguaje que la Nueva España imponía.

Por entonces era aún ministro Sánchez Rodríguez, hombre sensible y culto y que creyó conveniente acelerar lo más posible esta confirmación, siendo conocedor de que la situación de don Carlos requería urgencia máxima.

El caso es, que alquilado el chalet y contando con la ayuda de don Pablo y don Ernesto, a los que se había sumado don Juan March, don Juan Selgas, don José Brandón y don Baltasar Márquez, se iniciaron las obras imprescindibles de adaptación.

A pesar de la consolidación del Régimen, el final de la guerra, con la derrota de sus aliados del Eje, dejó sola a España, como último residuo de régimen totalitario no comunista. Muchos pensaron que su fin estaba cercano, que el aislamiento exterior lo asfixiaría. Algunos de los exilados estaban esperando el momento, que les pareció próximo del regreso.

La situación culminó cuando el 9 de febrero la Asamblea de la O.N.U. condenó explícitamente el régimen de Franco. Sin embargo, los españoles

siempre han sido especialmente sensibles ante cualquier injerencia extranjera y se organizó un acto de protesta y adhesión al Caudillo en la Plaza de Oriente. Don Carlos no había ido en su vida a una manifestación, más que a aquella enfervorizada de homenaje a Cajal en el 32 y Conchita siempre tuvo miedo a «las masas», pero no lo dudaron. Por encima de todo eran españoles y patriotas y fueron a engrosar la inmensa muchedumbre que se congregó ante el Palacio Real a vitorear a Franco. El espectáculo era impresionante. Pocas veces en la historia aquella plaza y todas las calles aledañas estuvieron tan macizamente ocupadas, sin resquicio. Había banderas por doquier y pancartas de adhesión; la que más éxito tuvo fue aquélla que pasó a la historia: «Si ellos tienen U.N.O., nostros tenemos DOS.»

Con aquella impresionante manifestación, en gran parte espontánea, el régimen salió robustecido y el aislamiento que las Naciones Unidas habían intentado, se convirtió en una apertura progresiva, aunque tardara algunos años. Los refugiados de México, de toda Hispanoamérica, tendrían que olvidar por mucho tiempo su añoranza de volver.

El comienzo del curso 40-41, como el año anterior, comenzó con un choque dramático, aunque éste desgraciadamente esperado. El 3 de noviembre perdía a su hermano Eusebio, el que había sido su mejor amigo, su guía en estudios y lecturas. Había sido un ejemplo de bondad y honestidad y en lo profesional había destacado como figura en el cálculo de estructuras metálicas, siendo el edificio de la «Telefónica», por entonces el más alto de Madrid, su obra más importante.

Cuando acabó la guerra, que pasó íntegramente en el Madrid cercado, ya le había encontrado muy acabado, sin su anterior imparable energía. Con su terrible ilusión, siempre volcada en la República, la amargura de una vuelta a atrás le había deshecho moralmente. Su situación económica era mala con el destrozo de toda la fábrica y la maquinaria de su empresa «Eclipse, S.A.» de carpintería metálica. Como ya se ha dicho, le había encontrado viejo a sus cuarenta y cuatro años, enfermo y vencido. El peso de una familia numerosa de cinco hijos [Carmina, Carlos, Alvaro, Mariano (Manín), y Rocío], entre los dieciséis y seis años, le iba haciendo penoso superar en aquella situación.

Carlos confirmó que aquella nefritis de la infancia, que le tuvo unos meses en la cama, dedicado, como él, con avidez a la lectura, había conducido lentamente a una insuficiencia renal irreversible. El tenía muchas esperanzas en las experiencias que, con Castro Mendoza, estaba haciendo con extractos

renales (S.A.R., sustancia activa renal) que pensaba podría tener utilidad clínica. En ratas ya habían confirmado resultados alentadores de supervivencia tras nefrectomía bilateral y en la regulación de la sed. Su teoría de que el riñón era un órgano demasiado «noble» para que su función se limitara a la mera excreción de sustancias de desecho y que tenía que tener sustancias activas con un papel regulador (el riñon como órgano «endocrino»), teoría ulteriormente totalmente confirmada, le había llevado a diseñar distintas experiencias en que extractos progresivamente más purificados demostraban su papel en distintos aspectos. Era consciente de que todo aquello aún estaba muy «crudo», empezando por los propios extractos, pero hizo el intento a la deseperada de tratar con ellos a su hermano a falta de otras posibles soluciones. Exprimió a sus colaboradores, especialmente al «inca» Castro, tan callado e inexpresivo como siempre, para que produjera más S.A.R. y lo esterilizara bien para ver si se conseguía algún resultado en Eusebio. Castro reprobaba aquella aceleración. El, discípulo de Bielchowsky, que le había imbuido la exactitud y control del método científico, sabía que la aplicabilidad clínica estaba aún lejana, pero calló y obedeció, como siempre. Sabía que en esta ocasión don Carlos había perdido la brújula empujado por la pasión de salvar o ayudar a su hermano: los resultados fueron nulos.

Eusebio, por otra parte era muy mal enfermo; estaba desilusionado de todo, preocupado por el incierto futuro de su familia y ni se sujetaba al régimen sin sal, ni dejaba de fumar incansablemente, después de haberse desesperado por la falta de tabaco durante la guerra. El día 2 de noviembre estando Carlos en Barcelona dando una conferencia recibió una llamada telefónica urgente de Puig Leal:

—Don Carlos, su hermano ha entrado en coma urémico y yo creo que es el final.

Le faltó tiempo para coger el coche y decir a Luis, el chófer: «Hoy tenemos que correr como nunca; necesito estar allí en pocas horas, mi hermano Eusebio se muere» y rompió a llorar.

A pesar de las locuras que el conductor hizo por aquellas nefastas carreteras de la posguerra, cuando llegó Eusebio sólo vivió unas pocas horas, pero llegó a reconocerle y le sonrió.

Fue un gran dolor. Aquel hermano, dentro de lo muy unidos que siempre estuvieron los cuatro, era con el que más cosas había compartido en la infancia. Siempre le consideró el más inteligente y el más noble, el más idealista.

Mariano le sería casi indispensable a lo largo de su vida, con su claridad de criterios y su capacidad organizadora. Luis, seguiría siendo siempre «Luisito», el pequeño, más separado por la edad, pero no en el cariño..., además era el que más le recordaba la bondad de su adorada madre.

Pero nada, ni aquella muerte anunciada, podía detener su impulso de rehacer el Instituto y quería hacerlo pronto, terminar de acondicionar aquel chalet de la Calle Granada.

Trabajaron todos, junto a albañiles, pintores y fontaneros, nuevamente, como en el 36, a fijar puntos de luz y tomas de gas; alguno incluso aportó mobiliario desechado en su casa de sillas y mesas para los locales de policlínicas. Consiguieron nuevamente acelerar todo el proceso y poco después de final de año estaban dispuestos a comenzar.

El 13 de febrero les convocó a todos y habló así en unas palabras, que por excepción escribió y dejó archivadas como «Día de la Fundación/Refundación de mi obra», dicen así:

«Madrid, 13 de febrero de 1941. Mis queridos amigos: Me dirijo a todos vosotros que reunidos a mi alrededor trabajáis en grupo lleno de emoción y entusiasmo en esta Facultad y, desde mañana en el nuevo Instituto, y a los que separados tienen todavía su espíritu a nuestro lado y embargado de la comunidad de sentimiento que les mantiene unidos para siempre...

Creo que debe haber una fecha que para nosotros tenga una significación en cierto modo histórica, desde luego solemne. El año pasado hablábamos en la sala de mujeres de rehacer nuestra obra; nuestros espíritus estaban tensos de patriotismo y deseos de recuperar el contacto ilusionado con el trabajo; cuando yo mismo hacía esfuerzos por sacudir de mi ánimo tan recientes, profundos y múltiples dolores, ante la dificultad de reemprender la obra interrumpida apenas iniciada, os dije: "Hay que rehacer el Instituto y vamos a hacerlo, aún no sé cómo." Era curiosamente un martes y 13 de febrero y hoy, un año más tarde, estamos en condiciones de reanudarla. Quiero por esto que consideremos el 13 de febrero como el día de "nuestra clínica y nuestro Instituto" y si las circunstancias por las que atravesamos no nos permiten reuniones ni fiestas, me ha parecido que era un día adecuado para dirigirme a vosotros, por llenar aquel deseo mío y para que la fecha quede fijada para años futuros.

Tan unido me siento a vosotros que no sé hasta qué punto es necesaria esta comunicación; nuestra compenetración mutua hace que con igual motivo cuanto yo he de deciros, me lo podéis decir a mí vosotros..., lo más esencial

es dejar una huella de nuestro paso sobre alguno de los problemas que toquemos, pensar por nuestra cuenta y hablar con nuestra voz, sentir que hay un terreno en el que además de movernos nosotros se sientan impulsados a penetrar otros, esto sería nuestro "desideratum". Pero por encima quizá de eso, y con más seguridad de alcanzarlo, nos interesa tener un estilo; si en otra ocasión os hice reconocer que no constituíamos una escuela, sino tan sólo una "pandilla", ahora, después de la prueba a que hemos sometido nuestra perseverancia, creo poder aceptar que ya constituimos un grupo y podemos tener esperanza de ser en realidad una escuela; para ello tenemos que mantener un estilo que nos caracterice.

Ser serios, objetivos, meticulosos y severos; sin buscar con nuestro trabajo otra cosa que auténticas realidades, cuya solidez nos parezca lo bastante firme para resistir la prueba del tiempo, y cuya originalidad nos permita un cierto legítimo orgullo de creación y una cierta esperanza de merecer la atención y la confianza de otros trabajadores nacionales y extranjeros.

Los motivos de esta trayectoria son esencialmente patrióticos; sentimos un amor infinito a nuestra Patria, que tanto necesita para ser enaltecida del esfuerzo serio, bien intencionado y sereno de todos sus hijos; conocemos los medios científicos de otros países y a numerosos hombres eminentes dignos de imitación y por eso rechazamos esa pretendida insignificancia de nuestra aptitud científica y ese infundado temor de que nuestras características espirituales se acomoden más bien a otro tipo de empresas que al de la investigación científica. Los caracteres más necesarios para la obra científica son: el talento, la sensibilidad, la intuición, el heroísmo y la perseverancia. Si nadie niega a los españoles intuición y talento, yo no creo que se nos pueda negar las restantes dotes. ¿Cómo yo, que estoy en contacto estrecho con los estudiantes y con vosotros, puedo dudar que tenéis esa sensibilidad que hace prender en el espíritu un entusiasmo, que es a veces una deformación que se aproxima al delirio, pero que es el motor de las grandes empresas? Viéndoos a algunos la alegría que se os pinta en la cara cuando lográis hallar un enfermo interesante o que se presta a la discusión, o la ilusión con que contribuís a las reuniones de los sábados, cómo recogéis ansiosamente las revistas, con qué ilusión un día y otro acudís al servicio en busca de una nueva enseñanza o de un minúsculo avance, no puedo menos de admirar vuestra sensibilidad y vuestra fe, y sentir que es de ella de donde nace la mía.

¡Perseverancia!... cuando algunos de vosotros ha trabajado dos o tres años en un problema y al final no ha publicado nada; cuando sabéis vencer las fal-

tas de material de local y todos los días volvéis con igual ilusión a la labor paciente, ¿puede caber más perseverancia? Y en cuanto a heroísmo desprendido y platónico, yo sé bien cuánto sacrificio encierra el persistir a mi lado para muchos de vosotros, venciendo dificultades económicas, dejando a un lado los caminos que otros buscan con denuedo y a vosotros os sería tan fácil conquistar si os lo propusierais; yo sé cuántas necesidades y cuántas recriminaciones y dolores os dejáis muchos de vosotros a la puerta de la Facultad o del Instituto, para sentiros después pagados con una mirada de aprobación. ¡Qué heroísmo puede equivaler al que es menester cuando el ambiente no es aún propicio, para seguir siendo tan loco entre las reflexiones de los cuerdos!

... Fuerza económica no nos falta, porque sabemos acomodarnos a la que tengamos, porque contamos con hombres generosos que, aunque dedicados a otras actividades, sienten en el fondo como nosotros cuando se dejan contagiar de nuestro impulso y porque además somos hijos de un pueblo que cuando el mundo se hizo chico le colocó un hemisferio más para que se expandiera una Humanidad que se mataba por unos kilómetros más de tierra.

Esperanza nuestra es ésta: persistiendo ampliaremos nuestro radio de acción y cumpliremos nuestros objetivos; quizá irradiemos nuestra influencia a otros grupos similares, que nos aventajen y nos impulsen en noble emulación, a querernos perfeccionar y superarnos; quizá también toquemos un futuro ensoñado en el que obtenidas creaciones originales, podamos referirnos a nosotros mismos con el respeto con que hoy lo hacemos a otros grupos de rendimiento respetable, quizá nos quepa el privilegio inefable de andar un día por caminos científicos que hayamos nosotros mismos roturado. ¿Por qué no expresar estos sueños ambiciosos que más se apoyan en nuestro frenesí que en nuestra capacidad? Pero al mismo tiempo, prometemos que no nos es esencial conseguir, sino que nos basta con proponernos; Dios es quien decide pero, eso sí, hay una *seguridad* que tenemos y que nos importa más tenerla que realizar estas desmedidas esperanzas: es la seguridad de persistir; que si los azares destruyeran temporalmente nuestra cohesión, mil veces la reharíamos; que esta cohesión persistirá aunque alguno de nosotros se ausente personalmente por embates obligados de la vida, del teatro de la obra común. Hubo un momento en que el Instituto quedó siendo sólo Castro y yo y el Patronato solamente don Pablo Garnica; pero yo estoy seguro de que en el fondo todos ansiabais reunirnos y, que en todo este lapso que impuso a nuestra obra el Movimiento Nacional, al pensar en España pensabais en servirla reanudando la obra de conjunto. Aquella separación nos ha enseñado mucho, aquellos desmayos temporales nos han afianzado más y nos han elevado de "pandilla" a grupo. Para terminar quiero deciros, aceptando que la antedicha es nuestra común seguridad, cuál es la mía personal; estoy seguro de que noble, desinteresadamente, sin celos de ninguna especie, sin ambiciones materiales, estáis unidos unos a otros por un verdadero y fraternal amor que os liga solidamente; estoy igualmente firme en la fe que se ha creado en nuestra convivencia; sé con seguridad también que está echada la semilla que como la grama todo lo penetra e invadirá, y con la más segura fe espero de Dios, que mantenga nuestro espíritu, que hará hacer sobrevivir nuestra obra.»

Desde entonces, cincuenta y dos años, todos los 13 de febrero han sido la gran fiesta de la Fundación. Se tiene siempre una sesión científica, habla el director (y en los últimos años una persona en representación de aquéllos que cumplen veinticinco años de trabajo en ella y a los que se les da un pequeño homenaje). Por la noche se celebra una cena —el año 83 más de quinientas personas y quedando muchas fuera por agotarse todos los sitios—, con las esposas, con muchos antiguos miembros repartidos por toda España que acuden con asiduidad y dicen unas palabras, en general analizando la situación, un representante de la clínica, otro del sector de Investigación y cierra el director o el presidente del Patronato.

Al día siguiente de aquella primera reunión, en tiempos difíciles, con un estímulo especial por las palabras de don Carlos, todos parecían ver un nuevo horizonte. Hicieron una visita al humilde Instituto de la Calle Granada y lo pusieron definitivamente en marcha.

El 28 de febrero, pocos días después de aquel primer «13 de febrero», la noticia, no muy resaltada, de la muerte de Alfonso XIII en Roma, recordó a don Carlos aquella visita del 36. El mal pronóstico ante su enfermedad se había cumplido, aunque más tardíamente de lo por él previsto. No pudo evitar una oración no por aquel Rey ni por su reinado, sino por la persona humana, que tan francamente le había hablado y que quiso evitar derramar más sangre española.

En aquellos meses, el Instituto estaba cambiado. Ya había laboratorios, equipamiento y consultas que se abrían ese día en el antiguo edificio de los guardas y en las dos casas colindantes. La casa había perdido su anterior ambiente de alta burguesía. Ya era un centro para investigar y trabajar. En el sótano se habían instalado almacenes de vidrio y productos químicos y animalario para perros, ratas, ratones y cobayas. En la planta baja el comedor, la bibliote-

ca, alguna consulta, métodos gráficos, quirófano experimental, y las secciones de Fisiología (Grande y Souto) y Nutrición (Sánchez Rodríguez y Vivanco) y en la planta superior las de Alergia (Carlos Lahoz), Bacteriología (Arjona y Alés), Bioquímica (Castro Mendoza) y Anatomía Patológica (Morales Pleguezuelo). Las consultas se habían amontonado unidas a la investigación por dos poderosas razones: el desalojo que habían sufrido las policlínicas de San Carlos, prácticamente total y la ayuda económica que podían suponer al Instituto, aunque eran consultas baratas, casi benéficas. Funcionaron las de Cardiología (López Brenes), Medicina Interna (Rof Carballo), Reumatología (Puig Leal y López García), Digestivo (Mogena), Alergia (Lahoz), O.R.L. (Alonso Ferrer) y Oftalmología García Miranda (extraordinario especialista que se llevó una leucemia en plena juventud).

El personal auxiliar era voluntario, la mayor parte hijas o mujeres de médicos amigos. Conchita fue de las primeras en convertirse en laboranta, así como Carmina, hija de Eusebio, que había terminado Químicas y trabajaba con Castro Mendoza, y de ellos sólo cobraba un mozo-mecánico-soplador de vidrio y los porteros, Manuel y Carmen, que seguían en su antiguo puesto y ayudaban en las limpiezas. Los jefes, sólo los de Investigación, cobraban mil pesetas y los adjuntos quinientas pesetas al mes.

El no fácil suministro de los animales se resolvió gracias a un personaje singular, espontáneo sucesor de «el ranero» de Cajal. Se trataba de un gitano llamado Vargas, que un día se presentó con su espeso y negro bigote y tendió una tarjeta que decía: «VARGAS, suministrador de animales y bichos de laboratorio.» Tenía una pequeña colonia de ratas, ratones y cobayas, de cuya procedencia no se sabía mucho y, junto a sus hijos, iba robando por las calles perros y gatos que corrían tras el cebo oloroso de unas salchichas, por las que abandonaban a sus amos. Nunca les falló.

Fue un ambiente romántico —de allí salieron varios matrimonios entre médicos y laborantes—, pero al tiempo de alto nivel científico. En la bibliografía de don Carlos hay en esa época de provisionalidad en la Calle Granada, hasta su traslado en 1945 de nuevo a la Ciudad Universitaria, nada menos que ciento veinticuatro trabajos en revistas españolas y extranjeras, casi todos de investigaciones llevadas a cabo en aquellos inapropiados locales con pocos medios pero con la inestimable y prácticamente desinteresada colaboración de muchas personas.

Esencialmente: 1) Se profundizó en los mecanismos de la alergia, analizando alérgenos y pólenes, describiendo nuevas enfermedades como el asma de los molineros por la caries del trigo y la cannabosis de los trabajadores del cáñamo y se profundizó en técnicas diagnósticas y de tratamientos desensibilizantes.

2) Se abordaron problemas de la diabetes utilizando la forma experimental originada por la aloxana en el perro.

3) Se estudió el metabolismo lipídico, la fisiopatología de las cirrosis y la función absortiva del intestino delgado... y dos grandes temas que han quedado como modelo de estudios, que vinieron dados por las circunstancias: la encuesta sobre la nutrición de la población (más bien de la desnutrición) y el latirismo, también descripción y estudio de una prácticamente nueva y espectacular enfermedad, única en aquella época de carencia de la postguerra.

La encuesta de nutrición fue un ejemplo, muy adelantado en el tiempo, de los grandes estudios epidemiológicos efectuados muy posteriormente por la O.M.S. sobre este tema en distintos países o de los que, aún más tarde, demostraron el gran papel de los «factores de riesgo» vasculares como el colesterol, hipertensión arterial o tabaco. Se consiguió una subvención del Ministerio de Agricultura, a través de la Dirección General de Sanidad y supuso un gran esfuerzo de trabajo de muchas personas. Don Carlos se dirigió a muchos de sus discípulos dispersos en distintas regiones, ciudades y pueblos recabando su colaboración que le prestaron incondicionalmente. La dirección la llevaban Sánchez Rodríguez y Vivanco y eran también los encargados de analizar las distintas dietas que en aquella época de hambre constituían el conjunto de la magra alimentación de la población española. El estudio duró tres años y fue publicado por la Dirección General de Sanidad con el título «Estudios de Nutrición», C. Jiménez Díaz y colaboradores, 1941-1943.

A estas investigaciones se referiría elogiosamente un artículo que publicó el 17 de junio de 1944, el prestigioso «British Medical Journal», «Spanish Medicine», absolutamente crítico sobre el inmovilismo de la ciencia médica en este país, que tanto había aportado a la historia de la Humanidad y al arte y, sin embargo, tan poco en el terreno científico. En su dura crítica sólo se salvaba Cajal y su escuela y el profesor Jiménez Díaz. El artículo era duro, pero traducía una situación real y a don Carlos, aunque le satisfizo ser considerado el único salvado en aquel naufragio, le dolió precisamente por traducir criterios y pensamientos que él había señalado y que habían sido, en gran parte, la motivación esencial para con su labor cambiar tan deprimente realidad. Decía así:

«El primer ministro, en sus recientes referencias a España, proporciona una ocasión para reflexionar sobre la historia y la situación presente de la Me-

dicina de aquel país. Hace casi cien años (Ford, R.: "Gathering from Spain", 1846) un viajero inglés describía, entre otras características de la escena española contemporánea, el bajo estándard de la educación médica y la atrasada posición de la profesión médica y la hostilidad de la Iglesia hacia el progreso. La contribución española contrastaba con el importante papel jugado por España hasta el siglo XIII, especialmente por la Escuela de Traductores de Toledo, con su redescubrimiento de la Medicina grecolatina y la trasmisión de la medicina arábiga. En los siglos sucesivos la oscuridad sólo se había iluminado por Miguel Servet, que tuvo que huir de la católica España a la Ginebra calvinista, sólo para perecer como víctima del fanatismo que se oponía a la verdad y a la nueva luz... Así, el traductor de la "Historia de la Medicina", de Garrison (1922), tuvo que añadir un apéndice sobre la Medicina y Cirugía española, de la que nada aparecía en sus páginas... Mientras en artes y otros campos del desarrollo humano España ocupa con seguridad una plaza importante y médicos que en años recientes han tenido la oportunidad de trabajar en clínicas y laboratorios en Gran Bretaña o Norteamérica han mostrado talento científico, la Ciencia española ha seguido manteniendo su pobre contribución al progreso de la Ciencia Médica. La razón de esta pobre contribución en una nación de indudables genios naturales tiene que ser buscada en la anacrónica supervivencia de un espíritu de autoritarismo que es el enemigo mortal de la experimentación y el descubrimiento. En la búsqueda de contribuciones significativas a la Medicina es necesario regresar a uno que murió sólo hace diez años en Madrid: Santiago Ramón y Cajal. El mismo se lamentaba de que España debía casi todo lo que tenía a la ciencia y tecnología de otros países. En un reciente trabajo (Vázquez López, E.: "Cajal y la ciencia española", 1944) se dan razones convincentes que señalan a Cajal como el más ilustre español de la pasada centuria... El abrió los ojos a muchos españoles, que desde entonces perciben, ven, que las barreras autoritarias deben ceder al más amplio mundo de criticismo, inquietud y objetividad... mucho de este esfuerzo se ha perdido en el exilio... Cajal dijo: "En un Estado democrático todas las libertades son sagradas, excepto una: la negación de la libertad y todos los derechos son legítimos excepto éste: la deformación mental de los ciudadanos futuros..." Hay evidencia de que los valores por los que Cajal luchó no se han extinguido totalmente en la España de hoy. Visitantes británicos han hablado con particular entusiasmo de la investigación sobre deficiencias nutricionales (la mayoría publicada en "Revista Clínica Española") que se lleva a cabo en el Instituto dirigido por el profesor Jiménez Díaz. España tiene en él un futuro de poder llegar a una importante posición no sólo como el lenguaje de santos y soldados,

de poetas y filósofos, sino también como medio de comunicación de descubrimientos en la Medicina y otros campos científicos...»

Las palabras del primer ministro (Winston Churchill), a que hace referencia este texto, se refieren al debate en la Cámara de los Comunes, que tuvo lugar el 25 de mayo de 1944. Todo lo que de España se dijo causó pésima impresión, no sólo a los amigos de la verdadera España, sino a todo el mundo liberal, porque su elogio a Franco se apoyaba en dos reglas explícitas o tácitas: «Que una persona que traiciona a sus amigos merece plácemes, siempre que su traición aproveche al que habla, y que los asuntos internos de un país no nos conciernen mientras el país en cuestión "nos deje en paz". Ni la primera de estas dos reglas es admisible en ética, ni la segunda en política» (Madariaga).

Las conclusiones esenciales del estudio eran las de una marcada carencia proteica, especialmente de proteínas animales prácticamente en todas las regiones y tipos de población. Asimismo, se demostraba que esta carencia estaba creando repercusiones importantes. La más llamativa era la disminución de crecimiento de los niños, con un descenso medio de la talla a las edades tempranas respecto a los datos anteriores a la guerra.

Don Carlos luchó por conseguir algún remedio a esta situación y, con los datos en la mano, demostró que bastaría que en las escuelas se proporcionara un vaso de leche diario a cada niño para que aquella alarmante situación fuera corregible... y lo consiguió.

Este trabajo tuvo una gran repercusión internacional, como se ha demostrado. Su interés se acentuaba en un mundo en guerra y que podía aprender de aquella experiencia española las medidas a tomar para paliar, en lo posible, situaciones similares. Se hicieron también una serie de trabajos sobre enfermos con desnutrición proteica que llenaban las salas de San Carlos con sus grandes edemas y demás síntomas carenciales, publicados esencialmente en colaboración con Ortiz de Landázuri, Lorente y Marina Fiol. Este último era un canario suave, rubio y guapo, que se había formado en Viena en Patología Digestiva con Eppinger, a donde retornaría más tarde, convertido en un pionero del estudio clínico y radiológico del intestino delgado.

Respecto al «latirismo» su descubrimiento resultó una verdadera aventura. Un día le presentaron en la sesión clínica que tenían todos los sábados por la mañana, en la que se discutían los casos interesantes de difícil diagnóstico o con problemas de tratamiento, a un chico joven, Manolo, apenas de dieciséis años, que presentaba un cuadro neurológico muy peculiar. De forma solapa-

da, pero relativamente rápida, había comenzado a notar dificultades progresivas a la marcha. Esta la tenía que hacer de una forma extraña, llamativa, echando las piernas hacia afuera, girando el tronco y con ampliación de su base de sustentación para no caerse. Le era un verdadero martirio andar más de unos metros. No tenía afectación de otros territorios ni, desde luego, de sus funciones superiores, pensar, hablar, etc., de hecho era un chico listo y despejado para su edad y escasa educación escolar. En la clínica no le habían encontrado posible causa.

Se le había hecho una punción lumbar en que el líquido cefalorraquídeo y su presión había sido normal. Tampoco se había encontrado ninguna alteración en la radiología de columna, único método de «imagen» con el que contaba en aquella época.

Don Carlos hizo enseguida el diagnóstico de lesión medular, pero, ¿qué lesión? La marcha tan alterada, no recordaba a ninguna de las vistas por él hasta entonces, ni a las descritas en los numerosos cuadros neurológicos de la más reciente nosología, repleta de nombres propios, pues estas enfermedades quedaban ligadas al nombre del primero que las hubiera publicado como «enfermedad de...» o «síndrome de...»

Como siempre que se le presentaba una nueva incógnita, aparte de revisar todos los libros clásicos y modernos de Neurología, don Carlos recurrió a hacer un reinterrogatorio exhaustivo y a una exploración personal, como si fuera un enfermo absolutamente nuevo para él, olvidando lo que le habían referido, como si no hubiera historia previa. Y en ello fueron saliendo cosas. La primera importante es que en su pueblo, Consuegra, de la provincia de Toledo, y en alguno cercano había varios casos similares, o, por lo menos, con dificultades en sus piernas. La segunda fue que en aquella zona pobre y deprimida de por sí y con gran hambruna desde la guerra, la alimentación se limitaba de forma casi exclusiva a la toma de gachas de harina de almortas, todo lo más con un chorrito de aceite.

Algunos colaboradores, Vivanco y Alés a su cabeza, se desplazaron a la zona y observaron varios casos similares; algunos estaban totalmente impedidos, teniendo que desplazarles sus familiares, incluso a hombros, de la cama a una silla. A los que pudieron trasladaron a San Carlos para su estudio. Hablaron con los médicos rurales y todos estaban asustados por aquella especie de epidemia, que no entendían y a lo que no pudieron aportar más datos que su evolución progresiva y la confirmación de la unilateral alimentación con almortas que gran parte de aquellos pueblos tenían que soportar para sobrevivir al hambre. Pronto se vio que casos parecidos había de forma más esporádica en otras regiones, como en Guadalajara y Ciudad Real.

Don Carlos se reunió con los clínicos y con Vivanco y Sánchez Rodríguez (por entonces ya él mismo con otro tipo de enfermedad neurológica que le llevaría precozmente a la muerte) y les dijo:

—Miren, la única explicación posible está en las almortas. Esta gente tiene una hipoproteinemia por desnutrición, pero de esto hemos visto muchos casos sin que presentaran ningún cuadro parecido. La almorta tiene que tener algún tóxico, que quizá contrarresten otros alimentos, ya que este síndrome neurológico sólo se da en personas que la toman monótona y exclusivamente y que ataca al sistema nervioso. Hay que hacer dos cosas esenciales: tratar de reproducir la enfermedad en animales de experimentación con dieta exclusiva de harina de esta leguminosa y analizar al máximo la composición de ésta, intentando aislar el factor tóxico, fraccionando químicamente e identificando con cuál de estas fracciones o principios activos se reproduce la enfermedad igual que con la almorta entera. Ya hemos visto clínicamente, que, realimentándolos, la enfermedad se detiene en su progresión, pero no regresan las lesiones ni el síndrome ya establecido. Lo he comunicado a Sanidad para que conecte con la Fiscalía de Abastecimientos e intenten suplementar la dieta de esas zonas; por el momento es todo lo que puede hacerse por esta pobre gente.

Fue un trabajo duro y minucioso que duraría años. En él se pasaba de la euforia al dar con datos positivos a la desesperación cuando las experiencias no se confirmaban. Se inició la dieta exclusiva de almortas con perros, conejos, ratas, ratones y cobayas... y hasta en un mono, que unos amigos de Guinea habían regalado a Alés, y cada vez estaba más gordo y orondo con la dieta de almortas, y servía para todo otro tipo de experiencias, aunque luego murió tuberculoso. De todos ellos las únicas afectadas fueron las ratas, los otros animales no presentaban síntomas o sencillamente se negaban a comer aquella dieta. En las ratas comenzaron a aparecer alteraciones. Observaban que sus movimientos se hacían más torpes y anormales, que giraban sobre sí mismas en una extraña y trágica danza y, progresivamente, perdían fuerzas en el tren posterior, hasta tener que desplazarse muy lentamente y arrastrando los cuartos traseros. En las autopsias se encontraban lesiones desmielinizantes en la médula espinal. La enfermedad se había reproducido por primera vez en el mundo. Observaron que, además, se les iban produciendo lesiones óseas bizarras, que no se veían en la clínica humana; se había descubierto una nueva en-

fermedad y su causa y la denominaron «latirismo», ya que el nombre botánico de la almorta era «latyrus», con algunas subvariedades que probaron también en distintas dietas encontraron que el llamado «latyrus odoratum», vulgarmente guisante de olor, también producía en los animales la enfermedad, principalmente la afectación ósea y la llamaron «odoratismo».

Quedaba aislar el tóxico, pero para ello tuvieron que esperar más tiempo y su publicación, de alcance mundial, pertenece ya a otra época.

Los variados trabajos sobre «latirismo», publicados en «Revista Clínica Española», tuvieron una gran repercusión y empezaron a generar comunicaciones de algunos otros casos en otras zonas del país, siempre con el denominador común del consumo exclusivo de almortas. En el extranjero también surgieron algunos grupos interesados en el tema que les solicitaban el producto, allí poco conocido y utilizado, para tratar junto a ellos de aislar el tóxico que originaba aquellas lesiones, con la mente puesta en qué otras lesiones del S.N. no explicadas tuvieran origen tóxico.

En aquel Instituto se describió también una nueva enfermedad profesional. Se trataba de la «cannabosis» frecuente en los trabajadores del cáñamo, del que se extraía el esparto para la suela de alpargatas, todavía el calzado más habitual en el agro español. El contacto y la inhalación del polvo producido en aquel trabajo originaba un cuadro esteriotipado de fiebre, con grandes escalofríos, casi similares a los de los palúdicos, malestar general progresivo e intensos dolores musculares. El cuadro cedía al desaparecer el contacto con el cáñamo, pero no era fácil que aquellas personas que no habían conocido ni tenían facilidad de acceder a otro trabajo, pudieran cambiar su actividad... y todavía no tenían la menor protección social para las enfermedades profesionales.

Señalaron también, como contribución original, que las crisis de asma que la aspiración del cáñamo pulverizado originaba, tenían lugar especialmente los lunes y que ese día eran más intensas, ello demostraba que la sensibilización se acentuaba tras los dos días de descanso en que no tenían contacto con el alérgeno que impregnaba todo el ambiente de trabajo.

En el curso del 41, y lo mismo en el siguiente, siguieron las dificultades en San Carlos, pero el ya pleno funcionamiento del Instituto y las policlínicas anejas permitía reanudar una actividad intensa de investigación y clínica, el grupo de colaboradores seguía íntimamente unido y se iban olvidando las heridas que la guerra en todos había dejado.

A este nivel, a los dos años de terminada la guerra, por fin llegó el tantas veces diferido veredicto del Tribunal de Responsabilidades Políticas, que mantenía en provisionalidad su bien ganado puesto de catedrático, a pesar del anteriormente citado oficio del Ministerio de Educación...

El documento que él había presentado como «Pliego de Descargo», es uno de los pocos ejemplos, quizá el único, en que don Carlos se muestra humilde, rebajado, arguyendo méritos políticos o adhesiones poco exactas. A través de sus líneas se le ve temeroso, queriendo «hacer méritos». No entona el «mea culpa», porque realmente él nunca había tenido participación en el advenimiento de la República, pero por lo demás se le observa convencido de que el Movimiento había sido necesario y estaba, en su patriotismo, plenamente entregado a colaborar con la causa para volver a levantar España.

«El que suscribe, Carlos Jiménez Díaz, de cuarenta y dos años de edad, catedrático de la Universidad Central, ante el expediente que se le instruye por el Tribunal de Responsabilidades Políticas, comparece y declara:

1) *Que yo haya dicho en anteriores tiempos que soy comunista católico.* Niego rotundamente tal afirmación que jamás ha podido salir de mi boca por haber sido siempre anticomunista de ideas, aunque no fuera más que por el hecho de ser católico, según es bien notorio para el que me conoce...

Mi religiosidad no ha sido nunca ocultada, sino clara y manifiesta en mi vida..., en tiempos en que durante la República determinadas fiestas fueron suprimidas jamás di una clase en tales días, sino —y de ello pueden dar testimonio todos mís discípulos— que advertía el día antes "mañana no hay clase porque es tal fiesta"... Nadie puede encontrar verosímil que quien declara y mantiene su catolicismo sea capaz de decirse comunista católico, a menos que se suponga que ha perdido la razón.

2) *Que yo haya estado aproximado a hombres de izquierdas a los que haya ayudado con mis testimonios y mis palabras:* Declaro que es igualmente falso; pido que se señale un solo puesto, un nombramiento, homenaje, favor, mención, condecoración o misión que se me haya concedido jamás por la República o por algún político de izquierdas..., pido también que se demuestre que alguna vez he pertenecido o mostrado públicamente mi adhesión a cualquier partido de izquierdas y pido asimismo que se señale si en algún mitin o acto de propaganda de izquierdas he, no ya participado, sino siquiera asistido.

Mi vida ha sido por lo demás trasparente e íntegramente dedicada a mi cátedra, en la que he pasado diariamente de cinco a seis horas por las mañanas

y además dos tardes íntegras a la semana (asiduidad que considero no igualada por ningún otro catedrático); no he tenido más cargos que el de catedrático, ganado tras reñidas oposiciones... de mi simpatía de instituciones como la Junta de Ampliación de Estudios hacia mi persona y obra... hay estos dos hechos; para cubrir una vacante de vocal de dicha Junta me propuso don José M. Gil Robles y la Junta rechazó la propuesta. El Gobierno belga, habiéndome invitado a dar una conferencia en Bruselas en la primavera del 36, pidió al Ministerio de Estado que yo ostentara la representación de España en las Jornadas Médicas y la Secretaría de Sanidad rechazó dicho ruego y a pesar de que yo fui a dar mi conferencia, nombró representantes a los doctores Covisa y Lafora, porque dada mi ideología no podía representar a España... en cuanto a *mis votos,* si se hace referencia a votaciones en los claustros, no sé cuándo he votado de acuerdo con derechas o izquierdas y siempre lo he hecho con arreglo a lo que mi conciencia y deseo de ser justo y razonable y en el sentido más conveniente a la enseñanza y la Patria... si se refiere a votos en las elecciones, mal puede sostenerse esa afirmación, siendo éstos secretos.

3) *Que yo asistiera al banquete-homenaje a Del Río Hortega de significación izquierdista.* Es cierto que asistí al banquete, pero es falso que fuera de significación izquierdista. A aquel banquete concurrieron muchas personas de derechas, hoy muy bien reputadas...

4) *Que yo montara una clínica en La Cabrera en los primeros días del Movimiento Nacional.* Esta afirmación es, como las anteriores, absolutamente falsa. El sábado 18 de julio yo estaba en la casa que tengo, llamada «El Convento» a tres kilómetros del pueblo. Tenía la evidencia que el Movimiento triunfaría en los tres o cuatro primeros días y me parecía que allí estaba bien en caso de que fracasara, para entonces subir a Burgos... cuando el lunes supimos por la radio lo ocurrido en el Cuartel de la Montaña pensamos escapar hacia allí, pero nos enteramos que el puente de Lozoyuela había sido volado la noche antes por los rojos.... el doctor Acosta y yo montamos un simulacro de hospital para defendernos nosotros y algunos refugiados que habían subido del pueblo; si el "ABC" publicó una fotografía en la que estábamos el doctor Acosta y yo en aquel hospital fue porque el fotógrafo Alfonso, al que yo había curado, quiso hacernos ese favor para que me pudiera servir en caso de denuncia o detención...

5) *Que yo organizase un hospital en Chamartín e ideara o autorizara requisas de ropas y enseres.* Esta afirmación no tiene de verdad más que una parte: que yo estuve trabajando en dicho hospital como médico. Con ello no había ninguna traición a mi causa, que consideré siempre la causa nacional y prueba de ello es que muchos médicos nada sospechosos, como el doctor Gómez Ulla trabajaron, y mucho más tiempo, en hospitales rojos y han sido ascendidos después por nuestras autoridades...; me pareció que podía contribuir a la buena conservación del edificio y que yo podría proteger allí a algunas personas perseguidas..., sin embargo pude evitar que se estropeara la Iglesia, que se ha conservado bien. Un día que quisieron quemarla hube de hacer frente a aquellos individuos... cuando el jefe comunista profirió unas frases contra las monjas yo le salí al paso diciéndole: "Quiero que sepa usted si lo ignora, que yo soy católico y que no toleraré ni una frase que pueda ofender a mis creencias" (quien haya conocido el Madrid rojo sabe si esta afirmación tiene algún valor); no toleré requisa alguna y pongo al doctor Alés de testigo.

6) *Que yo haya mostrado mi adhesión al gobierno rojo.* Afirmo rotundamente que es también absolutamente falso..., me negué a suscribir todos los documentos que, aun en forma nada tranquilizadora, se me invitó a firmar y me negué igualmente a hablar en unas emisiones de radio para América...

7) *Que di conferencias en Londres y vine a España cuando ya los triunfos de nuestro glorioso ejército habían decidido la victoria.* Respondo ser de igual falsedad. Di en Londres una conferencia por invitación de la Escuela de Medicina del Middlesex Hospital, que se me había hecho en mayo del 36, confiriéndome con ello tan raro e inmerecido honor; fue el pretexto de mi salida de zona roja. Pero mi estancia en Londres me sirvió para propagar nuestro Movimiento... y asistí a la reunión del comité de lady Herbert y de los obispos católicos ingleses, que tan valiosa ayuda nos han prestado...; cuando vine a España los primeros días de marzo del 37, la victoria nacional era clara en el corazón de los que no dudamos de ella, pero en la apariencia externa distaba mucho de serlo tanto y lo hice cuando me lo autorizó el Excmo. señor general Dávila, que podía hacerlo, no infiltrándome, como con notorio afán de herirme se dice en ese cargo...

8) *Que nada hice en pro de la causa nacional y me limité a estarme en San Sebastián obteniendo pingües ganacias.* Este último cargo es tan absolutamente falso como los anteriores, pero entre ellos el que más dolor puede producir en mi espíritu... me ofrecí a lo que fuera y se me aconsejó que primero pasara la depuración de la Comisión de Cultura..., fui encargado de redactar un plan de organización de la enseñanza, sanidad y beneficiencia..., escribí una obra sobre "Enfermedades de la Nutrición", en la que puse todo mi entusiasmo patriótico...; después en San Sebastián no tuve más remedio que ver enfermos,

en primer lugar para sostener a mi familia y en segundo porque éstos venían a mí reiteradamente y no me podía negar...; viví con modestia y austeramente..., no cobré no ya a generales y jerarquías, sino ni a un soldado, clase, oficial o persona que estuviera al servicio del Movimiento...; dirigí un hospital de guerra...; cuando me pagaron los sueldos atrasados de mi cátedra, aquel dinero íntegro fue por mí entregado al señor gobernador civil para "ciudades liberadas".

Lo anterior es lo que creo debe aducir en respuesta a los cargos que me han sido formulados. Dios, que salvó nuestra Patria, guarde la vida de V.S. muchos años. Madrid, 25 de abril de 1940.»

Pero aún más que estas alegaciones debió influir en el fallo del Tribunal el oficio enviado por don Ramón Serrano Suñer el 10 de septiembre de 1940, que decía:

«En contestación a su oficio de 17 de agosto próximo pasado, y previa la práctica de averiguaciones e investigaciones necesarias, este Ministerio tiene a bien informar respecto a la actuación del DOCTOR DON CARLOS JIMENEZ DIAZ desde septiembre de 1936 hasta marzo de 1937 lo siguiente:

Que don Carlos Jiménez Díaz durante este tiempo estuvo en Londres, París y Roma. En el primero de dichos puntos inició la constitución de un grupo de intelectuales defensores de la causa nacional, que luego se convirtió en el Comité de Ayuda a España; organización que envió a la zona nacional durante nuestra guerra y después de la liberación de Madrid gran cantidad de medicamentos y material sanitario.

Que la persona sobre que se informa realizó diferentes gestiones cerca de personalidades y organismos oficiales de la España nacional para gestionar su entrada por intermedio de personas notoriamente conocidas como don José M. Pemán, don Pablo Garnica y el doctor Abelló. Y que todas estas gestiones resultaron infructuosas hasta que por mediación del general Dávila entró en España, en donde el gobernador civil de San Sebastián, señor Velarde le notificó —por encargo de un miembro de la Junta Técnica— la conveniencia de salir de España por considerar prematuro su regreso, cosa a la que el interesado no accedió. Dios guarde a usted muchos años.»

Aquellas dos reuniones a las que le llevó el profesor Bennett, y que Serrano Suñer incluyó en su informe, habían tenido más peso que toda una trayectoria humana y científica. En cualquier caso ello cerró un cúmulo de absurdas acusaciones.

Felizmente, el caso es que en aquella fecha salió finalmente la sentencia que daba terminado aquel increíble conjunto de persecuciones y de retorcidos cargos, que hoy pueden parecer peregrinos, pero que hemos detallado para dejar claro tan embrollado asunto.

El AUTO de dicho Tribunal decía así:

«Madrid, 17 de marzo de 1941.

RESULTANDO: Que en virtud de las denuncias formuladas contra DON CARLOS JIMENEZ DIAZ, de cuarenta y dos años de edad, catedrático y vecino de Madrid, Avda. del General Mola, 9, se incoó el oportuno expediente de responsabilidad política, por habérsele imputado como cargos el haber mantenido relaciones con elementos izquierdistas, simpatizar con tales ideas y el haber permanecido en el extranjero, no aparecen confirmados los cargos que se hacían a dicho señor, acreditándose que durante su permanencia en el extranjero prestó algunos servicios a la causa nacional en la ciudad de Londres, que ha sido depurado sin sanción alguna y debe reponérsele en su cargo de catedrático, habiendo sido designado incluso en enero de este año para un cargo de importancia en el orden cultural como el de consejero de la Hispanidad, en representación de las universidades.

CONSIDERANDO que no apareciendo la comisión de hechos que merezcan ser sancionados con arreglo a la vigente Ley de Responsabilidades Políticas es procedente declararlo así.

VISTOS los artículos 1, 4 y 5 y demás de aplicación aplicada aludida de 9 de febrero de 1939.

SE ACUERDA: Declarar el sobreseimiento y archivo del presente expediente seguido contra DON CARLOS JIMENEZ DIAZ, sin declaración de sanción alguna contra el mismo, el cual recibirá la libre disposición de sus bienes. Remítanse testimonios de este Auto...»

En el reverso de esta sentencia puso «Arch. vía dolorosa».

Al tener ya plena seguridad en la recuperación de sus bienes, hasta entonces sin libre disposición, decidió ir restaurando «El Convento» de La Cabrera, que al haber sido hospital de guerra había sufrido bastante, aunque Juan, el guarda, se había mantenido ojo avizor de evitar destrozos y preservar, en lo posible, mobiliario y enseres. Su numerosa y creciente consulta y las que hacía en provincias habían restaurado bastante su economía para abordar nuevas obras. Se rehicie-

ron las praderas perdidas y se replantaron árboles y las famosas frambuesas y grosellas que bordeaban los caminos, diseñó nuevas fuentes, que nuevamente Baonza transformó fielmente al granito; una era una especie de imitación de la del Patio de Lindaraja, de la Alhambra, y la otra más sencilla iba coronada con la escultura, hecha por él en barro y pasada al bronce, de una trucha. Porque otra de las novedades fue hacer varios estanques escalonados para aprovechar al agua y que ésta corriera del más elevado al más bajo y criar truchas, separándolas por tamaños desde los alevines a las más grandes, para evitar la «truchofagia».

Uno de los ritos semanales era observar su crecimiento, si había habido bajas y darles de comer en su propia mano pedacitos de hígado, encantándole con sus saltos de captura, e incluso el pequeño mordisco en la yema de sus dedos. Siempre le acompañaban dos grandes mastines de los Pirineos «Tristrás» y «Paloma», cuya descendencia persitiría siempre en la finca.

«El Convento» iba convirtiéndose progresivamente en un lugar encantado. Se ponía tanto amor en cada detalle, en cada nuevo árbol plantado, en cada escalón que facilitara el descenso de un bancal a otro que cada fin de semana estaba repleto de nuevas ilusiones..., pero cada vez se iba haciendo «zona más restringida», pues el excesivo número de visitantes, de amigos o familiares les impedía su deseo de reservar aquel día y medio para ellos solos, sin tanto barullo como había tenido desde su inaguración antes de la guerra, con aquellos domingos multitudinarios. Sólo les solían acompañar con frecuencia Miguel Bañón e Ignacio Jorrín, ambos solteros, personas discretas y que les eran una grata compañía, con confianza suficiente para dejarlos «vivir su vida».

A Conchita le perturbaban más las mujeres, con su ojo crítico, con sus pequeñas envidias o rencillas mutuas, y siempre prefirió un ambiente masculino, con colaboradores de su marido. Por aquella época la única excepción era su sobrina Layta, que no acababa de compenetrarse con su «nueva madre» y se sentía más a gusto con sus tíos.

En una de las pocas zonas más llanas de la continuada cuesta hizo un campo de tenis, que fue poco usado como tal (siempre fue poco hábil para los deportes, excepto en caminatas y en natación), y que con el tiempo se convirtió en casa-jaula de una pareja de ciervos que alguien le regaló y a los que llamó (siempre su adoración por Wagner) «Tristán» e «Isolda».

También llegó a tener dos o tres parejas de pavos reales que desplegaban sus llamativas colas en la llamada de las hembras al macho. La finca se fue pareciendo nuevamente a un pequeño paraíso terrenal rodeado de moles de piedra. Suponía un lugar ideal para el descanso dominical y practicar sus vocaciones botánicas y de pintor autodidacta. Con el tiempo fue mejorando su técnica, demasiado primitiva, con colores excesivos (sobre todo, los verdes esmeralda que prodigaban en exceso, tanto allí como el Salces) y se lanzó a hacer un retrato de Juan, al que puso un hacha en la mano y una expresión fiera que no tenía y le tituló «El arboricida». Pintó asimismo al pastor del creciente rebaño de cabras y lo tituló «El manquillo de Braojos». Finalmente se puso en el empeño de decorar la capilla románica con pinturas de la época copiadas de sus numerosos libros de arte. En el altar mayor reprodujo el famoso ábside y Cristo de San Clemente de Tahull. En los dos pequeños altares laterales, así como en ambas paredes, fue pintando (siempre rodeado de botes y lleno de manchas de la cabeza a los pies) otras escenas románicas. Realmente, al tratarse de una pintura primitiva e ingenua le salió muy bien y parecían auténticas en aquella capilla del siglo XII. Es verdad que le costó más de un resfriado, pues allí siempre hacía frío y se empeñaba en pasar aquellas horas de pintor en mangas de camisa... que quedaba para tirarla.

La iglesia del pueblo había sido prácticamente destruida durante la guerra y el párroco le pidió ayuda para su reconstrucción. Al comentarlo con alguno de sus amigos y colaboradores, decidieron que lo mejor sería hacer una fiesta para recaudar dinero. El número fuerte sería una corrida de toros en la pequeña plaza del pueblo para la que se le ofrecieron nada menos que dos de los más destacados toreros: Domingo Ortega y Antonio Bienvenida. Como final de fiesta algunos de sus colaboradores —Rodríguez Miñón y Vivanco principalmente— se ofrecieron a escribir una representación que titularon «Auto Medicinal». Ambos tenían aficiones poéticas y literarias... y muy buen humor y en una noche, bebiendo cafés y cafés lo compusieron con una inestimable colaboración, la del poeta Luis Rosales, muy amigo de Vivanco, a través de su hermano, el también gran poeta Luis Felipe. Repartieron los papeles, alquilaron disfraces y «atrezzo» y aunque la corrida convocó mucho público con los nombres de los espadas, a pesar de que los toros fueran becerros, el «Auto Medicinal» fue el gran éxito de la fiesta.

La lista de lo necesario era: Un sereno completo, con gorra, dos monosabios con gorra, un mandil a cuadros, medias negras y un lazo, una casaca azul de militar, pantalón de caña napoleónica, bicornio, una túnica negra con estrellas y caperuza... y así hasta doce disfraces.

El «Auto Medicinal» o «Con don Carlos no hay epidemia que valga» era una cómica imitación de las frecuentes representaciones de autos sacramenta-

les en pórticos de catedrales, y no nos resitimos a transcribir algunos fragmentos especialmente simpáticos. El argumento era simple: un sereno (Miñón) representaba a «El Instituto» y ante él iban pasando las enfermedades vencidas gracias a las investigaciones allí efectuadas, sucesivamente, tras la presentación del recitador.

Pasaban así: el reúma, el latirismo, la nefritis, la pulmonía, el asma y la diabetes, lamentándose de haber sido vencidas. Tras ellas aparecía una enfermedad nueva, producida por «ignotococos», que animaba a las otras, al señalar que ella era invencible; en ese momento aparecía don Carlos y la nueva enfermedad caía también vencida ante su poder. Comenzaba:

«Es una noche medicinal,
en un columpio se balancea
la noche triste. Que nadie crea
que es una noche loca y banal.
Hay un sereno con un fanal
y hay un misterio tétrico y hueco,
que no sabremos hasta el final;
pero el misterio de este minuto,
trágico, gástrico, tétrico y bueno
se irá aclarando porque el sereno
no es otra cosa que el Instituto.
El Instituto de las pacientes
y laboriosas indagaciones
lugar de bancos, no de millones
de vigilantes, no de durmientes.
¿Por qué esta noche se encuentra en vela
la benemérita Institución?
¿Qué es lo que teme, por qué recela?

(Hay después un verso de matiz surrealista, que parece aportación de Luis Rosales.)

Temblad, temblad, hombres enanos
militares de código y retreta,
predicador de púlpito en maleta,
productores, poetas y hortelanos.

Temblad, temblad, frágiles niñas
que aspiráis a ser viudas de provecho,

bomberos a granel, niños de pecho,
ya soñando en el oro de las viñas.

Temblad, temblad, temblad, tristes galenos
que cambiais la receta por el duro,
por el antiguo duro, que era el puro,
pues hoy es de papel y pesa menos;
temblad que he de llevaros por un río
al tormentoso mar de la epidemia...

(Y luego una clara imitación de García Lorca...)

(Se oye una voz tenebrosa desde dentro.)

Y hubo un silencio de asombro,
de asombro sí, no de pasmo,
sólo se escucha en la tierra
el terco rumor del llanto;
lloran mujeres y niños,
alcaldes y magistrados
lloran todos, lloran, lloran
¡Ay ay, cómo están llorando!

(El sereno ve llegar un grupo doliente y estrafalario.)

Venía la sucesiva presentación de las enfermedades principalmente estudiadas y tratadas en el Instituto: asma (Parra), latirismo (Alés), nefritis (Jorrín), pulmonía (Bañón), diabetes (Souto), reúma (Eloy) y la enfermedad nueva (Vivanco), con aleluyas ajustadas a la música del «ocairá». Por ejemplo:

Soy el asma traicionera,
buen dolor con mal teatro,
vencida en el Instituto
Calle de Granada, cuatro,
ocairá, ocairá....

o

Paralítico he llegado
y me llaman latirismo
que no todas las cojeras
se pueden llamar lo mismo
ocairá, ocairá...

Sereno: "Estas enfermedades me están resultando un poquito «carlistas», veremos en que acaba esto. Convendría darles un repaso y recordarles que yo soy el Instituto."

Aparecía la "enfermedad nueva" aún invencible que parodiaba:

Yo soy ardiente, yo soy morena
yo soy el símbolo de la infección
de "ignotococos" mi alma está llena,
¿a mí me buscas?

Sereno: "No es a ti, no..."

Al final aparecía don Carlos y fue el momento del clímax, pues Mora, un bioquímico granadino, de su misma estatura y complexión, se había caracterizado por un profesional. Conchita, que tenía al auténtico a su lado, no pudo reprimir un grito de sorpresa.

Todas las enfermedades se rendían a sus pies y la nueva enfermedad decía:

Para servir tal Señor, el remedio indicaré
sabré obedecerle yo,
palabra que él no supiere
no consolará dolor;
caridad tiene en su mano
¡Qué amiga de compasión!
Sonrisa de hombre que lleva
siempre paz al corazón,
a quién el no se la otorgue
¡dele Dios mal galardón!

Mientras se recita el romance don Carlos iba resolviendo el damero de "La Codorniz". FIN.»

Todo ello demostraba que la paz y el buen humor había vuelto a aquel ilusionado grupo de nuevo con su trabajo.

Al final de la representación, todos hicieron que don Carlos hablara y dijo:

"Siento tener que hablaros, porque corresponde hacerlo en broma; en broma estamos desde la mañana y al hablar procuraré dar a mi expresión el matiz más alegre y superficial posible, pero ello no es fácil tras todo el cariño que he recibido de vosotros. No es lo mismo diálogo que monólogo y no es igual hablar con uno que levantarse y veros a todos los que habéis venido a escribir esta página imborrable de mis recuerdos. En este momento se siente una alegría plena pero emotiva y melancólica, de una melancolía tierna y buena que profundiza la comunicación, que propende a la comunicación y a abrir los brazos. Son muchos los factores que nos reúnen para que el sentimiento sea tan simple como para poder expresarlo. No os chocará que recuerde a los que nos faltan. Nuestra tragedia familiar está tan viva y tan honda como las fechas en que se han ido desarrollando; nos faltan seres que estarían aquí llenos de alegría; nuestros padres que, salvo el mío, conocieron este convento y lo vivieron; como nuestros hermanos Eusebio, rayo de luz hoy dormida, que elevó esto con aquel entusiasmo y alegría que siempre puso en su trabajo... y también entre los compañeros de trabajo hay faltas que siento: la de los que han muerto; recuerdo por ejemplo a Monterde y a Yuste, la de los que están fuera como Morán y Ochoa, la de los que están dispersos con su vida hecha: Díaz Rubio, Bolinches, Cruz, Pereda, Mancera, de Miguel, Vergara, Varela, etc., y la de los que han cogido caminos erróneos, pero son buenos. Para todos ellos un recuerdo piadoso o un abrazo emocionado. Hay otro factor que contribuye a modular estas palabras la comunión en que nos hemos reunido. A todos nos animan iguales sentimientos de generosidad, de platonismo y de fe. Siento que vamos adquiriendo las virtudes de una escuela, por lo pronto tenemos una cualidad más: el tipo original de nuestras búsquedas, el afán en la busca de los hechos, el intento puro y patriótico que nos anima. Somos capaces de reunirnos hoy en un acto sencillo y tan lleno del espíritu español como éste. Yo pensaba viéndoos salir de la capilla esta mañana: ¡esto es la Hispanidad! Yo encontré yertas estas piedras, puse en ellas toda el alma para desear levantar un pasado que parecía irreversiblemente perdido y de nuevo brotan los verdes y de nuevo corazones humanos se han albergado en ellas. Donde un hombre sembró una cruz que acumuló más y más piedras, otros hombres han tornado a dormir como entonces. Yo encontré huesos en esa capilla de monjes humildes, quizá de alma colosal de los que el mundo nada supo y nada sabe —Fray J. Pérez como ejemplo de ellos—. Y mirando esos huesos, ya materia pura analizable por un químico, pensaba: es el armazón que sustentó un espíritu amante de Dios y de la virtud, que paseó las sendas de un España próspera; ¡ah! pensaba si pudiera injertarle unos vasos sanguíneos pronto renacería el hombre y estos huesos serían sustancia humana, con albedrío y conciencia. Como las piedras, como los huesos somos nosotros, duros y arrojados hombres que se moverán y tomarán vida para la incorporación de un espíritu y una sangre que muchos hemos recibido hoy aquí directa... es-

pecialmente por la ilusión y el cariño que todos vosotros habéis sabido dar a este feliz, inolvidable día en nuestra vida.»

El año 42, la Facultad seguía inamovible sobre la responsabilidad arbitraria de Salamanca y Matilla, lo que llamó Laín «el mandarinato». Veamos cómo muestra lo que el propio don Pedro refiere sobre sus oposiciones a la cátedra de «Historia de la Medicina», asignatura del doctorado:

—Más de una vez he procurado imbuir a mis discípulos y en mis consultantes esta concepción beethoviana de una oposición a cátedra. Con temor, a la vez, por el sombrío presagio que respecto del término de mi pretensión concordadamente me habían transmitido Carlos Jiménez Díaz y Angel Fernández Sanz, el hijo de don Enrique. Habló Carlos de mis oposiciones con el presidente del Tribunal que había de juzgarme, Enríquez de Salamanca, y éste le respondió: «¿Laín?, que se despida de entrar en San Carlos.» Desde su integrismo, Salamanca me consideraba hombre ideológicamente «no seguro», tal vez «peligroso». Por su parte, Angel había oído decir a su vecino y contertulio Valentín Matilla, íntimo colaborador de Salamanca en el mandarinato médico-universitario. «Frente a Laín va a actuar uno de esos genios que de vez en cuando produce nuestra raza. Ya verá, ya verá.» Ante el previo anatema del sumo inquisidor de nuestra Medicina y entre los hercúleos bíceps intelectuales del «genio de la raza», ¿qué podía hacer yo? Todo parecía orquestado para darme el revolcón: mi notoria condición de un fracasado «ghetto» al revés, la excluyente actitud inicial del presidente del Tribunal; al margen de éste, y sin su conocimiento, la jugarreta que me preparaba cierto grupo del Opus Dei; la secreta bomba dialéctica con que, a la hora de la trinca, iba a aniquilarme el «genio de la raza». Tengo la impresión de que a partir de entonces cambió la actitud de Enríquez de Salamanca ante mí. El hecho es que «el genio de la raza» abandonó las oposiciones en el tercer ejercicio, y que al fin fui votado por unanimidad.

Afortunadamente Laín superó con su elevado nivel aquellos obstáculos, pero fue una excepción. Durante años una pléyade de catedráticos fueron designados por el santo e implacable dedo de don Fernando. Parece que los candidatos, para hacer méritos, se enteraban del lugar de la diaria misa del decano y acudían a ella para ser vistos comulgando con cara iluminada.

Don Carlos y su grupo trataban de olvidar todas las dificultades. El «13 de febrero» fue por primera vez celebrado lúdicamente con una cena, a la que todos acudieron y de la que salieron con nuevos estímulos tras las siempre ilu-

sionantes palabras finales de «el patrón», que sacudía sus fibras más sensibles y les hacía sentirse orgullosos de pertenecer a aquel grupo de colaboradores y discípulos directos. Alguien dijo una vez:

—Si todos los días fueran 13 de febrero y oyéramos hablarnos así a don Carlos, ya tendríamos varios Premios Nobel.

El trabajo en San Carlos y, sobre todo en el Instituto, iba recuperándose de la tensión perdida entre tantos avatares. Regresó Barreda, cumplido su exilio en el pueblecito soriano. Antes de su reincorporación pidió a don Carlos y después humildemente uno por uno a sus antiguos compañeros su aceptación sin reservas, sin la cual no quería reanudar sus investigaciones en aquel grupo. Todos le aceptaron encantados, sin dudas y especialmente don Carlos que tanto apreciaba su formación experimental y su hombría de bien. Para don Carlos no existían depuraciones y aceptó a todos sin mirar su ideología.

Laín señalaría en su ya tan citado libro:

«Esta actitud fue valiente para aquella época y en una persona que también había sufrido depuración, que incluso había tenido dificultades para volver a ejercer la Medicina, al tratar de impedirle su reingreso en el Colegio de Médicos de Madrid...»

Unicamente ocurría que Barreda tenía que ir los fines de semana a Soria a ver enfermos, sin cuyo ingreso no podía subsistir. Este mismo caso les ocurría a muchos de ellos, que hacían oposiciones a las Casas de Socorro o como Paniagua ya prestigioso hematólogo, a médico de la «R.E.N.F.E.», teniendo que hacer guardia nocturna en la Estación de las Delicias, que a pesar de tan atractivo nombre era fría y sucia.

En la Facultad sólo tenían un mísero sueldo los que habían ganado el puesto de médico de guardia o «internos» y un par de ellos como «profesores auxiliares» o «encargados de clases prácticas», pero con aquello era imposible mantenerse, y menos casarse, como muchos deseaban hacía tiempo. Sin embargo, aquello no les arredraba y hubo escasos abandonos por motivación económica, aunque tuvieran que hacer verdaderos equilibrios los que no tenían buena posición familiar que les mantuviera o empezaran a ganar algo extra con laboratorios o consultas privadas.

Quizá uno de los aspectos más criticables en don Carlos sea su escasa sensibilidad hacia las dificultades económicas que la entrega de sus colaboradores a su dura disciplina y su exigencia de trabajo conllevaban.

El era un hombre poco apegado al dinero. Lo ganaba casi sin darse cuenta, pensando en Conchita, en mejorar su casa y en poder hacer donativos para el Instituto. Era frecuente que fuera sin un céntimo en el bolsillo y nunca tuvo apetencias de lujo ni preocupación por su vestimenta (excepto algún capricho, con siempre camisas de seda natural azul, aunque las conservara hasta que estuvieran rozadas). Tampoco tenía idea de lo que costaban las cosas. Un día al salir de San Carlos quiso recordar viejos tiempos y pidió a una castañera, que agitaba su «soplillo» para mantener la lumbre, ¡diez céntimos! de castañas, que en sus tiempos habían supuesto un buen cartucho.

Quizá por ello no se daba cuenta de que los demás pudieran pasar apuros con una dedicación de tantas horas gratuitas o con muy escasos ingresos.

En el tercer año de 13 de febrero, 1943, don Carlos decidió que no debían quedar al margen de ella las sufridas esposas de unos hombres que conllevaban sin demasiadas protestas las escasas horas que sus maridos les podían dedicar con aquellos horarios exhaustivos de trabajo. El final de sus palabras de aquella noche fue dirigido a ellas:

«Hoy, por último, no en orden de importancia, otro factor. Es la primera vez que nos hemos reunido con la presencia de nuestras mujeres; como yo profeso que la unidad de la especie es la pareja humana creo que ésta es la vez que nos reunimos más plenamente. Sois vosotras, señoras, la base de nuestra vida y la base de nuestra obra. Merced a vosotras no fracasamos nunca y sabe cada uno de nosotros que si ante el mundo podemos pasar sin notoriedad y sin triunfos externos aún —todo puede ser— acaba un día nuestra vida sin haber logrado nada importante al progreso, ante vosotras no habremos fracasado; nadie más que vosotras sabe cuánto espíritu hay en nuestra trayectoria, cuánta ansia pura y noble, cuanto romanticismo en una época en que todo tiende a ser material y valorable. Sabemos que para nosotros hay siempre, hasta en el día de la duda sobre nuestro camino, una mirada llena de ternura y de fe admirativa y de comprensión por la que sabremos que ante vosotras no hemos fracasado nunca.

Merced a vuestra ayuda, a vuestra compañía alentadora, a la participación que tenéis en nuestros anhelos, la vida que lleváis llena de renuncias os parece la mejor imaginable y, por eso, cuando amigas más o menos vacías os tienen compasión sabéis sonreír y como Rubén pensar "pero es mía el alba de oro".»

Aquel año 43 fue clave del resurgimiento así como el principio del 44 y vino a través del largo viaje que don Carlos hizo a Sudamérica, y de sus oposiciones a la Jefatura de Servicio del Hospital Provincial.

Puede parecer sorprendente que tras veinte años de cátedra y de una trayectoria científica extraordinaria y destacada del restante ambiente médico del país, se presentara a aquellas oposiciones. Lo explica transcribiendo el primer ejercicio en su «Historia de mi Instituto» parcialmente y que aún reducimos más aquí.

Tras enumerar su currículum, varios libros y doscientos veinticinco trabajos hasta entonces, entraba en uno de sus temas favoritos, la necesidad de utilizar los hospitales no universitarios para la enseñanza:

«Sentado, como lo hicimos al principio, que no entendemos ninguna diferencia entre un servicio hospitalario de beneficiencia y de Facultad de Medicina; en todo caso, en aquél la labor de enseñanza es más bien que con estudiantes con jóvenes médicos que han de completar su formación. Un servicio de hospital al que sólo acude el jefe y sus internos y a lo sumo algún ayudante inmediato, es un servicio muerto. Poco a poco la labor va haciéndose monótona, falta el estímulo; en un poco de tiempo se limita, en el mejor de los casos, a ver superficialmente a sus enfermos y recetarles; en él resulta la estancia aburrida y la actuación amanerada, como todo lo que se reitera... Es necesario que la llegada del jefe a un servicio tenga siempre alguna emoción, la de un problema diagnóstico o terapéutico, la discusión de algún enfermo para sacar de él las enseñanzas indelebles de aciertos y errores... Así la estancia en el hospital es deseada y nos renueva. Y si es cierto que el fin primordial benéfico del hospital es el enfermo, debe saberse que de esta pasión de enseñanza él es el más beneficiado... Yo he visto en el extranjero hospitales arquitecturalmente inferiores a este Hospital General y, sin embargo, famosos, llenos de vida por su movimiento docente y científico... En Inglaterra en casi todos los hospitales tienen un museo donde se recuerda a los profesores y médicos que por allí pasaron, pero es que cada uno de esos hombres creó un conjunto de discípulos que han sido transmisores de su recuerdo... Así concebido, si yo obtuviera el servicio, al cual ahora opto, haría de él un elemento más del conjunto de mis servicios, indisolublemente unido a la Facultad de Medicina y a mi Instituto de Investigaciones Médicas... Para nosotros, los que éramos internos al mismo tiempo de San Carlos y del Provincial, esa plaza que los separa no existía... Hacer bien a los enfermos, enseñar y contribuir a crear el amor al hospital, a los médicos en general y a los profesores del mañana, contribuir al mejor conocimiento de la Patología y al acerbo común de la Ciencia española son los objetivos que hemos perseguido en otros sitios y que nos animan a la posibilidad de obtener éste. En cuanto a mis méritos políticos, de los que taxativa-

mente se me pregunta, mi ausencia de las luchas políticas y un amor sin límites a mi Patria son los que yo puedo presentar... continuar ilusionadamente cada uno nuestra obra y nuestro cumplimiento del deber para que cuando la vida española sea tranquila, haya escuelas de formación, ejemplos de trabajo, pasión por el estudio, autenticidad y comienzo de una tradición, he aquí, a mi juicio, el deber de los que sienten la Patria no insalivada en los labios, sino activamente latiendo en el corazón... Pero hay otros motivos sentimentales. Yo he sido interno en este hospital por oposición y debo a él gran parte de mi formación. Trabajé primero, una breve época, con el doctor Valle Aldabalde y, enseguida, con aquel gran clínico y perfecto caballero que fue don Jacobo López Elizagaray, venerado por todos los que le conocieron; asistí a diversos servicios, donde inicié mi práctica en la exploración y el diagnóstico y muy principalmente con el doctor Rozábal... Para mí, por esto, el Hospital General no era un viejo edificio frío y mal acondicionado, sino el mejor, el más bello y más cómodo de los sitios. Parece que las piedras no tienen vida y que este amor a las cosas inmateriales, que Baroja califica de "sensualidad pervertida", es inmotivado y absurdo, pero no es cierto; estas viejas piedras frías de la arquitectura que nos cobijan eran para nuestra ilusión de cada mañana, jóvenes y sonrientes como nosotros, vivas y cálidas y hemos de hacerlas hablar, si queremos que hablen de nosotros.»

Era el único opositor (nadie se atrevió a competir con él) y el Tribunal, por unanimidad y solemnemente, manifestó, puesto en pie, que dado el altísimo nivel demostrado por el aspirante en ese primer ejercicio, consideraban innecesario proseguir y se le concedía la plaza, añadiendo el presidente, doctor Muñoz Calero, palabras sumamente elogiosas.

Existe una crónica periodística de aquellas oposiciones, escrita por su amigo, el notario Luis Hernández, y publicada en «Imperio» el 23 de octubre del 43. De ella podemos obtener algunos datos vividos:

«"DE LA ESPAÑA GRANDE DE HOY. UNA OVACION UNICA"

Mediaba la mañana del 16 de octubre, llegamos a la vieja mole del Hospital Provincial de Madrid. Cruzamos luego pasillos del enorme caserón, luego un patio y después una sala. Al fondo, un grupo que se apiña junto a una puerta, nos hace comprender que allí está lo que vamos buscando... Es difícil pasar al aula llena de selecto público, pero forcejeando un poco lo logramos.

Nos encontramos con que ya está formado el Tribunal, en trance de empezar el acto. Forman parte de él relevantes personalidades: el doctor Muñoz Calero, presidente, que lo es también de la Diputación Provincial; el doctor Laín Entralgo, literato muy culto y catedrático de Historia de la Medicina; el doctor Ercilla, representante de la Falange, y el doctor Crespo Alvarez, uno de los primeros tisiólogos y cardiólogos españoles. Completan la lista los doctores Morales, Castillo y López Durán...; el presidente empieza a nombrar opositores, alguno muy conocido, y la voz del doctor Muñoz Calero parece aquella bíblica clamante en el desierto, nadie contesta. ¿Por qué no se lucha por el puesto que se ambiciona? ¿Qué ha pasado aquí? El huracán antes de desatarse ha dejado limpio de villanos el palenque..., a un lado espera un hombre de edad madura, baja estatura, gris la escasa cabellera. Ha llegado a cuerpo y a pelo, como un estudiante, lleva una carpeta bajo el brazo y en el alma una "sed de ilusiones infinita", igual que un estudiante...; bajo aquel cráneo, que en obra maestra copió Juan Cristóbal, se inquieta uno de los cerebros más poderosos de nuestros tiempos. Un español extraordinario... empieza el ejercicio que consiste en la reseña de los trabajos, de las investigaciones realizadas, los méritos científicos..., se presenta la más fulgurante obra en el campo de la Medicina contemporánea; nadie en el mundo puede presentar un horizonte tan variado, modificando viejas creencias, rectificando inveterados errores, aportando sugerencias fecundas...; conferencias en Bruselas, Montpellier, Londres, Lisboa, París y, en febrero próximo, en Oxford y Cambridge..., todos estábamos ante aquel hombre singular orgullosos de ser españoles.

Hace pocos meses el Caudillo dijo... "entonces veremos lograda la unidad, como surgen las espigas, como nacen los genios, como se levanta España". El amanecer ha empezado ya... El Tribunal se retira a deliberar ante lo extraordinario del caso, durante el mismo nos acercamos a una enferma que está en la cama 10: "Qué cree usted que será todo esto que está pasando?" "No sé; serán exámenes de doctores, ¿no?" "Sí— contesto—. Es que les van a dar a ustedes el mejor médico del mundo." "¿Sí? Dígame cómo se llama, señor." Se lo digo y se queda repitiéndolo maquinalmente... Se reanuda la sesión y, ante la expectación despertada, indescriptible, lee la propuesta que por unanimidad ha acordado el Tribunal elevar a la Diputación Provincial. Una cosa así:

"El Tribunal, ante los méritos absolutamente indiscutibles y excepcionales del único opositor, y dadas las circunstancias únicas que en él concurren, estima innecesario y hasta improcedente, la continuación de los ejercicios y por unanimidad propone a la Excma. Diputación para la plaza vacante a

don...", casi no se oye el apellido. Estalló una ovación tan grande como nunca recordaremos otra, una ovación en la que, porque se quería pagar lo impagable, aplaudían más los corazones que las manos... Así ingresó en el Beneficiencia Provincial, como jefe de Medicina General, este español extraordinario que se llama Carlos Jiménez Díaz.»

Otra versión de gran valor de estas oposiciones, por la persona de que proceden, Laín Entralgo, y que no fue sólo testigo, sino miembro del Tribunal, es la siguiente:

«Seguramente movida por quienes entonces manejaban los hilos rectores del Hospital General, la Facultad de Medicina me nombró vocal representante suyo en dos tribunales de oposiciones. Tuve así, por una parte, la satisfacción de preparar a Carlos Jiménez Díaz la pequeña apoteosis a que le hacía merecedor un insólito gesto suyo: convertirse en opositor a una simple Jefatura de Sala, desde la plenitud de su prestigio, sólo para acrecentar las posibilidades de su docencia.»

Aquella supuso un aumento de unas cien camas, entre las dos grandes salas de hombres y mujeres, y unas nuevas posibilidades de locales de laboratorios, radiodiagnóstico, etc., que enriquecían la labor del conjunto y permitían una mejor distribución de los numerosos colaboradores, que a veces trabajaban apiñados en los distintos locales de San Carlos y del Instituto.

Respecto al viaje a Sudamérica procedió de una invitación del doctor Orestes Adorni, presidente del Congreso de Medicina argentino, que tendría lugar en La Plata del 14 al 21 de noviembre de aquel año. En el decía:

«En el VI Congreso tuvieron una invitación especial los profesores Volhard, Ara y Huebschmann y hemos querido los organizadores del VII que los invitados extraordinarios sean dignos de tan alta tradición.»

En mayo, el secretario de la Universidad Central le comunicaba:

«Ilmo. señor: Con esta fecha me comunica el señor ministro haber recibido comunicación del Excmo. señor embajador en la Argentina, dando cuenta de que el Comité Organizador del VII Congreso Nacional de Medicina ha tomado el acuerdo de invitar como huésped de honor al catedrático DON CARLOS JIMENEZ DIAZ y, en atención a la significación cultural que dicho congreso representa, este Ministerio ha resuelto autorizar al referido catedrático para que asista al congreso en cuestión.»

El Consejo de la Hispanidad, a su vez, le comunicó que el tesoro público había acordado sufragar los gastos con 2.500 dólares y 10.450 pesos, con lo que quedaba cerrado el difícil proceso burocrático.

Este viaje a Sudamérica de 1943 le producía una gran ilusión. El, tan patriota, tenía deseos de conocer aquellas tierras, cuyo descubrimiento y conquista le había apasionado como la mejor novela de aventuras de su infancia, posteriomente había leído desde el «Bernal Díaz del Castillo», al Padre De las Casas, toda la antigua literatura sobre el tema, todas las crónicas y también las controversias modernas sobre el mismo..., pero le faltaba conocerlo, ver aquellos fantásticos ríos y cordilleras y conocer mejor a sus gentes. En este sentido, muchos becarios de aquellos países habían pasado por su cátedra y un peruano, andino de Cuzco, Castro Mendoza, se había quedado definitivamente como colaborador suyo.

Aunque éste, tan impenetrable, tan «indio», no le había dicho nada, sabía que llevaba muchos años sin ver a su familia y como «premio» a su fidelidad, a su trabajo codo con codo en aquel garaje de San Sebastián, quiso invitarle a acompañarlos.

Decidió, como luego haría en otros viajes de interés, escribir un «diario». El, que no escribía más que de Medicina, deja en estos diarios traslucir muchos de sus pensamientos, de sus inquietudes, junto a trivialidades de sucesos del día, hasta lo que había desayunado. En cualquier caso, es este diario, por las muy especiales circunstancias del viaje y, en menor medida los de otros en el futuro, una ocasión única de «oírle» directamente en muchos momentos de su biografía. Detalles aparentemente intrascendentes pueden reflejar aspectos de su personalidad no interpretados «desde fuera», sino en su expresión directa. Por todas estas razones no nos resistimos a su trascripción parcial, espigando lo más relevante... y en este primer gran «Cuaderno de Viaje» se dan circunstancias para hacerlo más extensamente que en otros menos trascendentes de su vida.

Todo en él fue una gran aventura, desde el viaje en sí, en plena guerra mundial, a su enorme éxito y repercusión, a las circunstancias adversas a que se exponía con la proximidad de la Guerra Civil, yendo a países casi como «embajador» de la nueva España ante la masa de exiliados republicanos que estas naciones habían acogido generosamente tras su naufragio.

El «diario» está escrito en un «Bloco Jockey» de «linho superior», ya que comienza en Portugal, donde esperaban el difícil arreglo de su travesía, arriesgada travesía, del Atlántico en plena conflagración mundial.

Comienza así:

«Lunes, día 8 de noviembre de 1943. En Lisboa:

Es el día crucial, porque si no nos dan salida en el "clipper" nos tenemos que volver mañana a España. Espero la llamada de Pinto Bastos; a las diez me dice que tengo una "probabilidad infinitesimal". Cuando vino a las once y media para recoger el tratamiento de su hijo me dijo que lo veía posible pero que había que "colgarse" a Farmer. ¡Espera angustiosa! Es muy probable que salgamos... En esto llegó Castro jadeante, que habían telefoneado de "Pan Air", que llevemos los pasaportes. La sintomatología mejora por momentos... sólo nos dan nuestro billete, el de Castro no, y esto nos da muy mala espina. Nos dan los cartones y maletines, se lo decimos a Conchita, ¡gran algarabía!... Emoción, arreglo de los equipajes, visitas toda la tarde; sólo temo que Castro no venga... Estuvieron los March y los Bruguera y Méndes Alves... Al fin Castro no venía... Por fin salida hacia Cabo Ruivo, ¿cómo será esto? Buenas noticias del señor Farmer, con su flor en el ojal; hay camas para nosotros y vamos por Dakar. Espera ansiosa, café de las colonias. Al fin avisan, paso del puente largo e iluminado; adiós, ¡adiós! Entramos en el "monstruo".

Martes 9: En cuanto entramos en el aparato, que es el clipper llamado "Californie" se cerró la puerta. A la entrada hay un saloncito, único sitio donde se puede fumar, con divanes cómodos y mesitas. En dirección a cola hay un departamento de viajeros que, como todos, tiene a un lado del pasillo asientos cómodos para cuatro y al otro lado camas, dos arriba y dos abajo que se individualizan con cortinas; llevan tubo de luz y tubo de aire; más bien hacia cola está el W.C. de caballeros, con dos lavabitos con agua caliente y fría y a la entrada una fuente y un sistema de vasos de papel. Desde el salón hacia adelante hay una serie de departamentos, con arreglo a la forma de avión hay que subir dos peldaños... echamos a andar por el agua y al fin se elevó. Noche de luna magnífica se veían luces en la orilla del Tajo. ¡Había emoción! Conchita poco resignada a la "aventura"... charlamos, fumamos, nos tranquilizamos y a dormir. Había bastante ruido, pero poco movimiento, y todo contribuyó a que durmiéramos muy bien. Eran las tres y media cuando salimos y habría pasado una hora cuando nos dormimos... Me lavé y me vestí como en casa, se veía un mar limpio bajo un cielo todo azul y la costa de Africa, presumo que de Ifni... ¡Cuánto nos acordamos de la familia y de los amigos y más que nadie de Castro, el pobre! A las tres horas llegamos a Dakar; fue bajando el avión y amerizó brillantemente; una barca como balsa vino a buscarnos. Los primeros negros entraron a limpiar. Salimos todos de la barca y nos metieron en una barraca amplia y relativamente fresca porque hacía un calor neblinoso muy molesto. Luego, en unos camiones de guerra, nos invitaron a pasear por la ciudad. ¡Qué vida más exótica! El puerto con barcos y aviones de guerra, muchos marineros, muchachos que tendrían su familia sabe Dios dónde, con la barba crecida, trajes muy bizarros y cada uno haciendo sus cosas. La ciudad es una colonia llena de campamentos con muchas casas sucias y cabañas miserables; negros africanos, muchos apenas cubiertos con calzones de colores (prefieren el amarillo, morado y rosa). Mujeres con sus nenes atados en la espalda que juguetean asomándose; algunas llevan ¡pintado de negro debajo de los labios!... ¡Oh, las mujeres! y todas mordiendo un largo palito... Poca vegatación, calor, pájaros negros grandes volando...; en el puerto había un perro golfo salpicado de pintura de los barcos. La expresión a la vez astuta y humilde, lo olisqueaba todo, se sube a un barco gasolinero que lleva un marinero barbudo y desharrapado y en el crepúsculo que comienza se mezclan el olor, los motores y el barco en cuya popa el contraluz recorta la figura del perro... volvemos al clipper. Con las últimas luces arrancamos... hasta las cinco que nos llamaron porque "llegábamos" y al asomarnos vimos un inolvidable espectáculo. Sobre el mar y sobre las nubes —grandes cúmulos flotantes— la luna llena daba unas luces de oro y plata que temblaban como un banco de peces. Noche serena y cálida de los trópicos, llena de encanto y de misterio... A las siete de la mañana, que en Natal eran las cuatro, empezamos a ver las luces de América. PN/ la voz de ¡tierra! se convirtió en ¡luces! Muy espaciadas y dispersas... Amerizamos, nos echaron un cable, se formaron los empleados y... pusimos en pie, primero la Ch., en América. Salieron a recibirnos de parte del general jefe del Estado de Río Grande del N., cuya capital es Natal, para darme la bienvenida y declararme "Ospite dello Stato"...; en el hotel, que tiene forma de arco, construcción fea y moderna nos dieron una habitación con ducha, ¡pero qué habitaciones! Eran las seis y hacía ya un gran calor, sudábamos de firme, sólo tenía una ventana a un patio donde unas negras lavaban y tendían —canto de gallos—. Sol deslumbrador. Había dos camitas muy bajas de aire sucio con consistencia pétrea, sin colchones, sólo una delgada colchoneta de paja...

Miércoles 7: ...Otro disgusto fue saber que no salía el avión aquel día por haberse retrasado veinticuatro horas. La perspectiva de quedarse un día más en el Gran Hotel. Natal es una ciudad de tipo colonial, con calles centrales nuevas y amplias, pero las otras son estrechas y llenas de comercios en general poco limpios y pobres. Recuerdan un poco ciertas ciudades de Marruecos y también a veces algunas calles de Sevilla del Barrio de Feria... y muchos negros

de aspecto simpático e inteligente, ya muy mezclados. Por todos sitios se habla inglés; hay muchos autos magníficos y los taxis son como los C.D. de Madrid... Chinina muy certeramente lo comparaba con la descripción del tránsito de Atlanta en "Lo que el viento se llevó"... Fuimos al Hospital M. Couto y desde allí contemplamos la vista sobre el mar. Una especie de cuervo, pero con lista blanca en el cuello y borde de las alas, que tiene a veces reflejos rosados, llamado urucú, vuela en todas direcciones, como un augurio misterioso; la sensación de inmensidad y de misterio era mayor desde aquella ventana del hospital; se iba el sol por el otro extremo y ya frente a nosotros había una luna llena, nubes bajas, una playa larga, larga sobre la que avanza el terreno de dunas fijando una vegetación verdoso-amarillenta y palmeras con calvas... El mar infinito y lejos, lejos el Viejo Continente...; no sé si era el ambiente, la distancia, la incertidumbre o mi espíritu de español (europeo con todas las civilizaciones en su sangre), pero sentía una profunda melancolía y deseo de eternidad mezclados con mi felicidad presente...

Jueves 11. Desayunamos sólo el café con leche, Ch. me decía "a mí no me vuelvas a dar frutas tropicales" "¿Y abacaxi, tampoco?..." Bueno, sí pero alguna vez y a otra hora"... No había periódicos porque ayer —no lo sabíamos— era Fiesta Nacional, la proclamación por el presidente don G. Vargas del «Estado Novo»; lo que va de ayer a hoy!... El gobernador me preguntó por España y dijo al final: "Yo no creo que allí haya dictadura, al español no le va eso."

Llegó el avión, llamado "Alas de Plata", que viene desde Miami.... Vuelo de hora y media hasta Recife (Pernambuco) es a la orilla del mar casi todo el tiempo. La vegetación es más bien pobre, se ve que esta provincia no es naturalmente rica, según me han dicho tiene el mejor algodón del mundo, pero aún hay poco, muchas salinas y abundancia de una palmera (¿cuaraba?) que produce una especie de seda y cuyo tronco es madera de construcción y las raíces medicinales... Pernambuco es de ensueño, en un avance de la costa hacia el mar que penetra en aquella en varios brazos, formándose así el núcleo principal de la ciudad sobre una isla y dividiéndose todo el resto por numerosos brazos o canales —torres de iglesias y color de cosa antigua en las casas... y muchas palmeras, cafetales y cocoteros—. Luz de tarde, los urucús merodeando el espacio, como una estampa de caja de puros. Es la primera sensación de Sudamérica (Natal me había parecido Africa). Jamaica, Cuba, yo me las había palpitado así. Atravesamos lentamente la ciudad pasando muchos puentes, canales irregulares en los que arbustos están sumergidos (el "mangú"), en unos negras lavando y tendiendo y en otros negritos bañándose... y a dormir con rumbo hacia el Sur.

Viernes 12. Día dedicado a volar. Descendimos brevemente en Mazeio y nuevo vuelo hasta Río de Janeiro. Hubo un momento de revuelo en el avión, muchas nubes que le movían horrorosamente. La Ch. oía que cambiaba el ruido del motor ¡y temblaba!... Sobre las tres de la tarde llegamos a Río. El espectáculo es indescriptible. La bahía es inmensa y muy prolongada hacia el interior; no sorprende que se creyeran que era un río en su estuario. Una pequeña parte de ella es la ensenada, sin embargo enorme, de la ciudad. Vera está (Beira Mar) en arco, como La Concha, y dominando por su situación y figura el Pan de Azúcar y el cerro del Corcovado con la figura del Sagrado Corazón de Jesús. La ciudad gatea por los montes y sus interespacios, viéndose numerosos «irritacielos». Copacabana es un trazado regular, y sus jardines, y en el extremo la Urca, como un bastión. Playa de Flamingo, Bermelha, Ipanema,etc.; islitas, algunas de propiedad particular con fincas... Ibamos muy altos y el descenso fue lento, dando un sinfín de vueltas que nos permitieron ver muy bien todo. Aterrizamos llenos de impresión por la belleza del paisaje. Estaba el embajador G. Conde... y varios profesores que me invitaron a dar una conferencia en la Academia Nacional de Medicina, pero me dieron dos malas noticias: una espantosa, el Congreso Médico se ha suspendido, los principales médicos están refugiados en Uruguay..., pero, ¿cómo es posible que no me hayan avisado? ¿Para esto vengo desde donde vengo? Y, ¿cómo yo, ausente del aspecto político, deberé actuar? Todo se hunde. La trayectoria, sin embargo, es clara: me esperan; oficialmente no me han dicho nada..., pues a seguir adelante.

Sábado 13: (Conciso.) Viaje bien. Algo pesado. Impresionante Plata. Cuatro y media llegamos. Recibidos embajador, Morán, P. Ara, etc. Cena con los Morán, los Portela abrumados.»

Los días siguientes son más bien un dietario de visitas y compromisos y citas de personalidades médicas con los que comió o cenó (Houssay, Ayarza, decano Echeverry, Leloir, Mazzei...) y de visitas y conferencias en distintos hospitales; parece que las noticias de Río habían sido muy exageradas, porque allí estaban todos los importantes, menos Castex.

Las anotaciones son a veces ilegibles por sus peculiares contracciones. No quedó hospital o clínica, academia o colegio de médicos que no contara con su presencia, muchas veces repetida, y en ellas fue haciendo un repaso de sus más recientes investigaciones, de sus grandes temas, de sus orientaciones de futuro, tantas veces premonitorias que costaría años desentrañar en el sentido que él concibió. El éxito fue arrollador y sería recordado en Buenos Aires durante mucho tiempo como un hito.

Su ritmo allí fue febril, posiblemente ello le impidió dejar muchas de sus impresiones, o detenerse en detalles prolijos, pero no dejó de escribir ningún día en ese nuevo lenguaje sincopado. Transcribimos, pues, algunas pinceladas sueltas que ayuden a reconstruir lo más importante de aquel largo viaje; que le había llevado hasta entonces: una semana en Lisboa y otra de avión en avión.

«Domingo 14: Telf. siete mañana, saludos, visitas. Embajador... Con los Ara por "El Tigre", restaurante español, con los Morán. Gran emoción. Teléf. 8 mañana.

Lunes 15: Visitas Perú. ¡VIENE CASTRO!

Martes 16: Visita La Plata. Lecc. Enfis. pulm.»

El miércoles 17 hay una nota aislada de Conchita, entre nombre y hospitales «cable del Instituto». El jueves 18, también con su letra: «Llegada de mi abrigo, tomo el té solita. ¡Gracias a Dios!»

«Viernes 19: A las nueve visita Instituto Castex. Fisiop. resp. Seis y media. Conf. acad. med. Post. n/enf. alérgicas-éxito...»

Especial relevancia durante aquellos días bonaerenses tuvo esta su visita al Instituto Castex. Por entonces, don Mariano Castex era en Buenos Aires lo que el propio don Carlos era en Madrid: la cúspide de la Medicina Clínica. Por los motivos aludidos que hicieron suspender el Congreso, don Mariano se exilió en Uruguay y allí permaneció durante toda la estancia de Jiménez Díaz en Argentina.

A pesar de la ausencia del maestro todos los colaboradores se volcaron en la recepción y conferencias que allí dio don Carlos. Al final, le hicieron un pequeño homenaje, en el que, en representación del ausente, habló el doctor Capdehourat, algunas de cuyas frases resaltamos:

«El anuncio de la llegada del eminente profesor Carlos Jiménez Díaz despertó entre nosotros un vivo y cálido interés. Muchos sabíamos de él por su destacada y brillante actuación en la cátedra, así como en los ambientes de investigación.

Su extraordinaria capacidad se reflejaba constantemente en sus escritos y su fecundidad intelectual entraba en nosotros por esos sus escritos. Esta mañana nos demostró muy sencillamente que sabía de todo y que de cada cosa sabía mucho... Recuerdo que esta mañana nos dijo entre otras cosas: "Esto está muy bien, y muy bien orientado; cada uno está junto a sus preferencias y se comporta con destreza y competencia. Me recuerda a la Orquesta Sinfónica de Madrid que, de vez en cuando, se da el lujo de ofrecer conciertos sin su director, confundido entre el público."»

En la contestación don Carlos dijo entre otras cosas:

«Francamente tengo que hacer un esfuerzo muy grande para convencerme de que no estoy rodeado de mís discípulos, porque el sentimiento que despertáis en mí es igual que el que siento por ellos. Tengo que miraros mucho para darme cuenta que estoy rodeado de los discípulos del gran maestro Castex, cuyo sitial me honro en ocupar hoy...

Respecto a la Orquesta Sinfónica de Madrid, que una vez por semana ejecuta sin su director, Arbós, quería significar que ello sólo es posible cuando el maestro ha sabido enseñar y cuando los discípulos no tocan para sí, sino para el lucimiento de todos... Al partir de España para la Argentina quise traer de aquélla algo que la recordase. Junté un poquito de tierra española, la puse en una cajita y la derramé en tierra argentina.

Al irme de vuestro lado haré lo mismo. Juntaré otro poco de tierra argentina, la llevaré conmigo y la derramaré sobre la española. Es decir, que traje un poco de ciencia española para volcarla entre vosotros y llevaré otro poco de ciencia argentina para derramarla entre los nuestros... Para terminar deseo brindar por vuestro maestro ausente, por vosotros, dignos continuadores de su obra; por vuestra patria, a la que en quince días he aprendido a querer tanto como a la mía, y por nuestra comunión espiritual.»

Y sigue el diario:

«Sábado 20: La Plata. Conf. S. isq. maligno. Luego visita a casa de Christmann: baño, parrillada, chinchulines, vuelta, cant. bailes rusos...

Domingo 21: ¡Vino Castro! Comida asador de ruedas...

Lunes 22: Gz. Arnau, Cambó, embajador. Una conf. Soc. Med. Arg. Asma I. Gran éxito present. prof. Romano.

Martes 23: Arrillaga, Taquini. Día Médico. II conf. "asmas alergénicos", canciones, baile, etc.

Miércoles 23 (ya confundía los días): Inst. Houssay. III conf. "asma infecc."

Jueves 2: Mañana vamos hacia Chile...

Viernes 3: Llegada Mendoza (=Valladolid). Traslado aeródromo. Maravilla Andes. El Cristo, el Aconcagua y el Tapurfato, mar de nieblas. Llegada: Garretón, Alessandri, Losada, etc., Gonzalo y Margarita, Castro. Junta de Facultad. Disc. Prado. Larriguibel, yo borrar volar. Exito. Cena embajada.

Sábado 4: Conferencia, jaleo comunistas. "Mec. asma".»

Lo tan austeramente llamado «jaleo comunistas» fue el único incidente político que le ocurrió en todo el viaje y que conocemos por la versión directa de un discípulo de Alessandri, que lo presenció:

«La cosa estaba preparada. Entre el numerosísimo público que llenaba a rebosar el anfiteatro, y que esperaba ansioso la conferencia de don Carlos, se había introducido un grupo de exiliados.

Tras hacer Alessandri la elogiosa presentación del conferenciante y comenzar éste a hablar desde el escaño, empezaron a gritar "¡Fascista! ¡ Aquí no queremos franquistas!" y a agitar banderas rojas y republicanas que habían escondido hasta entonces. El resto del público les abucheó, mientras don Carlos esperaba serenamente a poder iniciar la conferencia. Los gritos de unos y los abucheos de otros continuaban hasta que uno, que parecía el cabecilla, saltó, enarbolando el palo de la bandera, hacia el escenario. Alessandri, que medía casi dos metros y había sido boxeador "amateur", salió tras él y, aunque recibió un golpe en la cabeza con aquel palo, le lanzó un directo que le dejó K.O. Tras ello volvió la calma y al final el público aplaudió y vitoreó a don Carlos, que había dado una conferencia magistral sobre el "Mecanismo del asma".»

«Miércoles 8: Santo de Conchita, aparte de mi regalo (un bolso de cocodrilo) se ha llenado la habitación de flores y algún burro curioso para su colección. Mi nota en el bolso: "Cada año que pasa eres más criatura, y también yo. Acabaremos como Juanito y Margarita, confiados en el bosque, comiendo el azúcar de que está hecha la casa, sin caer en la cuenta de que es la casa de la bruja. Amor e ilusión infinita."

Jueves 9: Los Cerrillos; mucha gente en la despedida... Vamos a Lima-Antofagasta-desierto de arena, a Ch. no le gusta. Atardecer maravilloso rosa, malva en la bóveda del sol. Aterrizamos de noche. Recib. formidable. Monge, Bernáldez, embajador y señora. Mario Castro lloraba al ver a su hermano. Muy amplio programa, pero hay que trabajar. Dormir.

Sábado 11: Monge. H. Loaiza. Tarde Fact. "Desnut. proteica".

Lunes 13: Bonita cer. doctorado honoris c. en la vieja Univ. de San Marcos ("Carlos V y el Papa"). Partes de su discurso:

"... En lo que a mí respecta me parece más propio traducir causa por compromiso y tomar posesión de este preciado título como profesor de esta universidad gloriosa como compromiso de honor, o sea, sintiéndomelo en efecto y hacer que en el futuro mi obra y mi conducta me hagan merecedor de este anticipo generoso.. Pero si logro alguna vez hacer obra personal que pueda considerar útil a los demás, yo os afirmo que pensaré en Lima... La clínica ha desbordado aquel período heroico que sucedió a la creación de Sydenham de la 'especie morbosa' y aportó al conocimiento de la enfermedad el criterio naturalista, taxonómico y descriptivo. Los hombres como Graves y como Addisson, como Trousseau, Broussais o Charcot, como Traube, Gerhardt, etc., que roturaron la nosografía con una singular perspicacia y con una visión artística de la labor del médico, debieron abrir paso a los Bright, los Minkosky, los Widal o los Müller que, aportando los métodos auxiliares, enriquecieron el arte clínico con una base firme que formara la afilada proa que abría nuevos horizontes...

Para mí el médico se ha de enfrentar con la realidad viva de un hombre enfermo, realidad más humana que la anatomopatológica de un órgano alterado o ileso... será necesario, ya lo es, la parcelación del saber médico, pero yo estimo que esta división del trabajo no tiene que suponer la desaparición del clínico que enjuicia los variados aspectos de la enfermedad... —y terminaba— y nada más señores; mi inexperiencia en fórmulas sociales, que quiero mantener, no me permite, y menos en Perú, tomar actos similares como simbólicos o superficiales; los tomo en serio en la parte que crea un deber.

No en el aspecto de v/elogios que prodigáis desbordando v/cordialidad, sino en el se v/amor a esta gloriosa casa y de v/devoción por estas despiertas e intranquilas juventudes, rayo de luz para la Medicina del mañana."

Martes 14: Hosp. Militar Lastres mñ. Academia de Medicina por la tarde "La jaqueca". Exito...

Miércoles 15: Hospital Obrero, bien mont. Cena en la Embajada, gran lleno... discursos, el mío poético, que impresiona.

Jueves 16: Otra vez Loaiza. ¡Esta gente es abrumadora! Chile y éstos son más "españoles", hasta en el acento...

Sábado 18: Delgado Trelles... visita, despedida que no se acaba. Cena íntima en la Embajada. ¡Precioso edificio y ambiente!

Domingo 19: Cinco mañana. Salida. Santiago. Un motor no arrancaba creíamos que tendríamos que quedar en Antofagasta, pero se siguió hasta acá, aunque llegamos por la noche.»

Desde Santiago de Chile vuelven a Buenos Aires, desde donde tenían que solucionar el viaje de vuelta que aún tenían en el aire o, mejor, en el agua, pues tenían que hacerlo en barco y con todo el Atlántico peligroso con enfrentamientos navales, minas, convoyes, etc., no podía existir programación segura, aunque la opción más probable era el «Amboto» o «Monte Ayala», pero no se sabía cuándo llegarían, ni tampoco cuándo zarparían hacia España. Ello les hizo pasar las primeras Navidades veraniegas, asombrándoles oír una Misa del Gallo en mangas de camisa y sudando. En el *sábado 25* se marchó el «Amboto»... «Turrón. Ara. Pérez de Ayala. Por la noche col. hepático.»

«Lunes 27: Hosp. Ferroviario. Comida rest. español. La campaña de comerc. españoles republicanos...

Jueves 30: Hay posibilidad pero no dan seguridades. Comida ambiente nacional e hispanófilo...

Viernes 31: Hosp. Ferroviario. Por la noche solos. Ch. uvas con su tarjeta "¡Según pasa el tiempo uno se hace mayor!" ¡Las doce! Año Nuevo con noche de verano. ¿Qué traerá este nueva cuenta de n/collar?

Sábado 1: Misa de año Nuevo. ¡La Virgen guardaba todas estas cosas en su corazón!...

Domingo 2: Vamos a Luján, con la iglesias nueva (pastiche tipo Lourdes). Emoción en el museo ante el "Plus Ultra". Parece imposible que llegaran aquí Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada en un cacharro así. Recuerdos de aquel vocear los periódicos. "¡El 'Plus Ultra' ha llegado a Pernambuco!..."

Lunes 3: Arreglo del viaje en el "Monte Ayala"; se espera que venga el 5 o 6. Prep. al traslado a Canarias..., calor y calor.

Miércoles 5: Preparación Reyes Ch. Cocktel era burro...

Jueves 6: Los viejos Reyes Magos siempre nuevos. Mi plumita... vimos barco por fuera ¡bien!...

Viernes 7: Visit. H. Ramos. Mejía. Serv. Radiol. maravilloso. Estudian muy bien las cosas... Orient. española como ningún ambiente; siempre se piensa en "Cruz y Raya"...

Sábado 8: Visita S.E. el presidente. Rep. Arg. Gran yatch Gz. Arnau... Aquella luna llena sobre "El Tigre"...

Martes 11: Habló Millán-Tranquilidad-barco el 15; no garantizan prioridad...

Viernes 14: Fue el último y atareado día. Despedidas. Prep. equip... La cena de la Embajada. Ambiente simpático... "sabio a pie" (Anzuategui)... Nos acostamos 4 mñ...»

Por fin salen al día siguiente y los ¡26 días! de travesía con trasbordo en Tenerife y destino a Vigo están dedicados en el diario a pequeñas incidencias del tiempo, al bien merecido descanso, hasta llegar a aburrirle y al estudio. Sólo alguna reflexión o incidencia aislada.

Por ejemplo:

«Martes 18: En el famos Golfo Santa Catalina. Buena singladura 230 millas. Marejadilla. Por la noche movms. fuertes de olas. Recuerdo de aquella Santa Madre, ¡ya ocho años!...

Sábado 22: Hoy ya una semana. Medio nublado. Se espera que el miércoles pasemos por F. Noronha. Sobre las seis t. Ch. y yo sentados nos llamaron; flotaba una cosa a distancia. Alarma en el barco ¿submarino?, ¿una mina?, más parecía un bote ¿algún naufragio?, era un triángulo de lona, resultó un blanco que iba a la deriva. Ch. se asustó...

Domingo 30: Esas memorias que uno despierta con añoranza del pasado. Todo se va, también este viaje se acaba y cada vez las posibilidades que restan serán menores. Eusebio, mamá, papá. Veremos pronto a Marianito y Luis y al tesoro de amigos. ¡Ea! a trabajar, a ver si acabo las cirrosis. Dios me atará a su voluntad, me la hará amar y me la hará gozar sea la que sea. Por la tarde emoción por la visita de dos barcos-señales-parada, ¿que será? Seguimos. Ch. se asusta un poquito. Seguimos y no pasa nada...

Sábado 7: Por la noche otra vez dolor hepático. Mejor día, uno se levantaba con la ilusión de que ya mañana hay parada en tierra.

Domingo 8: El mar parece un lago. Ilusión de la llegada-calima-arribamos a las seis. Bastante gente en el puerto... Salimos en coche a La Laguna. Excursión al Teide, por la noche conferencia. Impres. del mundo en estos días. Fotos mías periódicos...

Miércoles 9: Mamá solía decir: hoy mi Carlitos cumple años. Pasan los años sobre el cuerpo más que sobre el alma, aunque el vivir afecte más a ésta...

por la mañana gran sorpresa: convoy de barcos N. Amers. nos paran y a aguantarse. Perdemos más de dos horas, pero seguimos. Por la noche impresionante luna sobre cubierta...»

Y finalmente el día 11 llegan a Vigo tras casi un mes de travesía. En el resto del diario hay una serie de esquemas de conferencias a pronunciar y de discursos de agradecimiento, así como notas sobre el libro que estaba escribiendo y que adelantó mucho en tan premioso retorno.

Le habían preparado un recibimiento que le abrumó. Ya en Vigo autoridades y muchos amigos y colaboradores que hasta allí se desplazaron, pero en Madrid la Estación del Norte estaba totalmente ocupada en sus largos andenes por una multitud que no le dejaba paso y le vitoreaba. Esta fue la fotografía-portada del «ABC» con un pie que decía:

«LA LLEGADA DEL DOCTOR JIMENEZ DIAZ A MADRID: Después de un triunfal viaje por tierras de la América Hispana, llegó el domingo a Madrid el doctor Jiménez Díaz, siendo recibido por un numeroso público que le tributó un caluroso homenaje.»

Hubo asimismo editoriales y entrevistas en todos los periódicos, que tan pocas noticias buenas y halagadoras podían dar en aquellos tristes años.

Felipe Sassone, por entonces dramaturgo de éxito y nacido en Lima, publicó en «Informaciones» una larga conversación con él, de las mejores que le hicieron y de las que trascribimos algunos fragmentos.

«Don Carlos se avino a sacrificarme unos minutos de la sobremesa de su frugalísimo almuerzo y ya me esperaba en un despacho entre la pintada y muda compañía deliciosa de un Zurbarán, un Zuloaga y dos Hermosos... Joven también el sabio doctor, tal que no sabía si quitarle años colocándole en la treintena o ponérselos situándole en la cuarentena. No muy erguido, tenía un aspecto de estudiante aplicado y, cuando no hablaba, sólo en la amplia frente socrática, cabeza redonda de escultura romana, se le adivinaba la sabiduría y también la calvicie incipiente. En medio de su rostro rigurosamente afeitado, faz castellana y campesina, de una palidez levemente rosada y cálida, de barro cocido... "¿Quiere usted hablarme de su viaje a América? ¿Cree usted en la Hispanidad?", le pregunté. "¿Que si creo en la Hispanidad? ¡Naturalmente! ¡Firmemente! Es un hecho tan antiguo, pero ineludible y perenne, tan hondo y tan cierto que no hace falta fomentarlo y, menos, destruirlo. Allá, a veces, lo tapa el provincialismo; aquí, a ratos, lo ocultan



Edificio de la Calle de Granada, donde reanudó su actividad el Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas.



Recibimiento multitudinario en la Estación del Norte, tras su viaje a Sudamérica.

sin querer las palabras, demasiadas palabras; pero el hecho español existe aquí como al otro lado del mar. Si la civilización es un modo de entender y caminar en la vida, hay una civilización entera y absolutamente española, como un fenómeno aparte. Hablo de una manera de entender la vida y de entender también la muerte, claro está, sobre todo la muerte. Un modo de sentir y reaccionar con estoicismo a la española. El gran escritor argentino Ansoategui dice una cosa exacta y honda: 'Lo que caracteriza al español, y al americano que habla nuestro mismo idioma y reza a nuestro mismo Dios, es... es... que el bandido tiene siempre una posibilidad de ser santo y el santo de ser bandido.' Hay que diferenciar el papanatismo del paletismo. El papanatismo no se asombra, o, por decirlo mejor, cree en todo lo que no le es habitual y en todo lo que no entiende. El paleto se asombra para enterarse; tiene una activa desconfianza, no quiere que le capten, sino que le convenzan; tiene una actitud curiosa, y la curiosidad es siempre amor, diré más, y usted lo entenderá que es poeta: el amor dura mientras sea una curiosidad no desengañada." "¿Cree usted entonces en el progreso de nuestra América a pesar del atraso de nuestras ciudades?" "El atraso de una ciudad a veces no tiene nada que ver con el atraso de las mentes. La civilización no es el progreso material. Donde hay pensamiento y actitud pensada acaba haciéndolo todo... puede haber tanta inteligencia en Arequipa como en el Instituto Pasteur de París." "Y, dígame, doctor, ¿pone el profesional siempre ternura y comprensión humana hasta al tratar a quien no conoce?" "Desde luego. Si no... no es médico, no sabe serlo, no puede serlo. El enfermo excita nuestra piedad. Cuando sufre y está de veras malo, porque no lo sabe y hemos de curarle casi sin que lo sepa. Cuando sufre y no está enfermo..., porque quien sufre al fin y al cabo está siempre enfermo, aunque no tenga un nombre exacto y concreto su enfermedad. Nuestros enfermos están siempre presentes en nosotros. Algunos, cuando les volvemos a ver después de mucho tiempo se asombran de nuestra memoria. Pero se asombran sin razón: para hacer memoria de algo hay que haberlo olvidado y nosotros no nos olvidamos nunca de nuestros enfermos." "¿Y la antipatía? Porque debe haber enfermos antipáticos." "Mire usted, cuando un enfermo me es antipático yo me pregunto siempre, ¿me es antipático porque realmente lo es o me es antipático porque no sé exactamente lo que tiene?"

... Cuando me despedía mis ojos reparon de pronto en un vaso de barro, vieja alfarería de los indios peruanos anteriores a la conquista: "¿Lo ha traído usted, de allá?" "Sí, señor. En una fiesta criolla, en Lima, lo llenaron de su delicioso pisco y pasó de mano en mano como el 'calumet' de los indios."

Me atenazó la garganta una angustia nostálgica y envidié a aquel hombre ilustre que había ido y tornado por la anchura del mar en la más suave y eficaz embajada y se había ganado el amor de todas sus Españas.»

Sería inagotable seguir citando notas periodísticas y cartas resaca del aquel viaje: «Le envío parte de lo que han publicado aquí los diarios de su feliz viaje, siempre le recuerdo con admiración y sincero afecto y su visita ha reforzado y actualizado aún más sus enseñanzas» (doctor Bernales, Lima).

«El calor del afecto que usted y su encantadora esposa supieron inspirar en nosotros, le hace exagerar no poco sobre nuestras cualidades, puedo una vez más declararle, que en los últimos veinte años no ha pasado por Chile un clínico más completo y que haya impresionado más que usted» (doctor Alessandri, Santiago de Chile).

«En cuanto a su personalidad, ya muy conocida por sus múltiples publicaciones, se agigantó la opinión de todos los médicos chilenos, que vemos en usted a uno de los valores más grandes de la Medicina contemporánea» (doctor Losada Pucón, Chile).

«Tan grata fue mi satisfacción de tenerles a ustedes aquí como mi deseo de volver a disfrutar de su compañía... siguen muchas personas hablando de su paso por Argentina. Puede usted tener la satisfacción de haber contribuido a robustecer el prestigio científico y el nombre de España, que buena falta nos hacía» (embajador de España en Argentina).

Igualmente son numerosas las cartas de petición de suscripción a «Revista Clínica Española» y de intercambio con revistas de aquellos países.

Pero lo más llamativo fue el giro que el Estado dio sobre sus anteriores reservas sobre él. Realmente en aquella España aislada tras su guerra givil y en una guerra mundial en que su posición era claramente favorable al Eje, la propaganda que suponía para aquel régimen tan cuestionado que fuera reconocida en el exterior la existencia de una figura científica de nivel internacional, tuvo finalmente gran trascendencia.

El mismo 18 de enero de 1944 el Consejo Nacional de Sanidad le emitió este oficio:

«El señor ministro propone se haga constar en acta la satisfacción del Consejo por la brillante campaña realizada en América por el consejero doctor Jiménez Díaz que tan alto ha dejado puesto el prestigio de España en las naciones hispanoamericanas.»

En marzo, recibió un saludo de la Casa Civil del Generalísimo citándole para una audiencia que él no había solicitado. Fue su primer encuentro con el Caudillo tras la guerra.

En ella Franco le mostró el agradecimiento del país por su labor y se interesó mucho por conocer de primera mano el ambiente pro o anti que se había encontrado en las naciones visitadas, especialmente entre la colonia española. Don Carlos con sinceridad le explicó la situación y sobre todo hizo hincapié en la necesidad de una mayor relación, pero entendida de forma distinta, no desde la posición de Madre Patria, sino de un verdadero intercambio y colaboración cultural y científica. Aprovechó, por ejemplo, para citar las dificultades que estaba encontrando un viaje de Sánchez Cantón, para dar un curso de arte y de la situación de don Manuel de Falla, anciano, enfermo y sin poder volver a su Patria.

Franco le pidió que escribiera un informe detallado de su viaje y de las sugerencias que éste le habían suscitado para mejorar las relaciones, especialmente científicas, y que lo dirigiera al Consejo de la Hispanidad.

En él volcó don Carlos toda su pasión patriótica y científica, señaló, sin pelos en la lengua, los defectos y sugirió soluciones a varios de los problemas que había vivido o recibido información durante su estancia. Lo escribió pausadamente en los días de vacaciones de Semana Santa en La Cabrera y, dada su extensión nos limitaremos a dar su índice y algunos puntos particularmente interesantes o valientes de crítica abierta.

Se titulaba:

«RELACION PRESENTADA POR EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ CON MOTIVO DE SU VISITA A LAS REPUBLICAS HISPANAS DE AMERICA.»

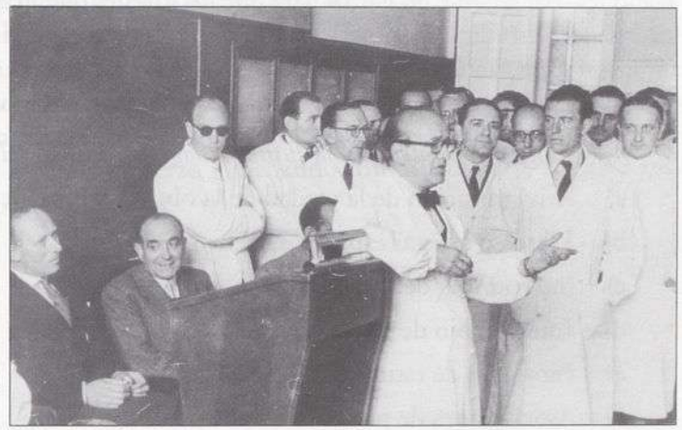
En ella iba desgranando diversos puntos con arreglo a este índice:

1. Introducción. Que recogía la historia de las invitaciones recibidas y cómo de la inicial Argentina, se había extendido a Chile y Perú.

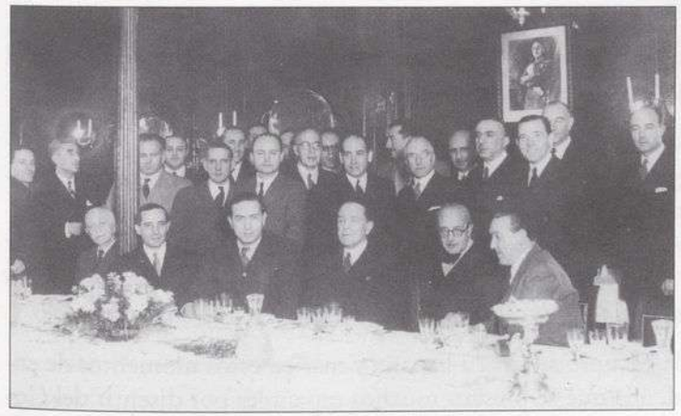
2. Labor desarrollada. Atenciones recibidas. En todo momento he deseado que mi labor tuviera un carácter de absoluta singularidad. Desde el primer contacto hice ver que juzgaba más interesante que dar conferencias tener un verdadero intercambio de proyectos, ideas y puntos de vista, en visitas a los laboratorios y hospitales, despojando éstas de todo aparato.



Con Perico Chicote, Domingo Ortega y su hermano Mariano, en dicho recibimiento.



Clase en la Facultad de San Carlos.



Cena en «Lhardy», sentados de derecha a izquierda, C. González Bueno, C.J.D., T. Hernando, P. Laín, y X. Zubiri.

Refería las conferencias: diez en Argentina, cinco en Chile y cinco en Perú y los títulos recibidos (académico de honor de las Sociedades Médicas, doctor o profesor «honoris causa» de la Universidad Católica en Chile, de la de San Marcos en Perú, etc.)

3. Impresión recibida sobre el estado actual de las relaciones espirituales de España con aquellas Repúblicas.

«...Su traumática independencia llevó a la depreciación de todo lo español y a la captura de innovaciones importadas de otros países. La natural consecuencia ha sido la pérdida de todo casticismo español y una decoloración espiritual... Ultimamente los Estados Unidos han acentuado su interés por estas naciones. No reparan en gastos para que los jóvenes que destacan sean pensionados para estudiar en América... En Perú he encontrado muchos antiguos alumnos míos, en Chile he hallado a alguno y también en Argentina... es curioso y emocionante cómo recuerdan a España y cómo la quieren.»

4. *Puntos esenciales en una futura labor para realizar el acercamiento.*

a) Reivindicación de la verdad de la obra española en América.

b) Libros y revistas españolas.

c) Intercambio de títulos.

d) Intercambio de profesores.

e) Pensiones de estudios.

f) Asociaciones de profesionales hispánicos.

g) Congresos,

y, por último, sus ideas sobre organización encargada de realizar todo el plan de aproximación, que es sabrosa y crítica:

«Es evidente que el Consejo de la Hispanidad ha sido creado con ese objetivo y es cierto que dicho Consejo está integrado por relevantes personalidades de sobrada capacidad. Pero hay una realidad que he tocado y de que nuestros señores embajadores me han hablado directamente. Allí el Consejo de Hispanidad es tomado como una fundación con *pretensiones imperalistas, a la cual achacan además una significación política fascista* y es mirada con recelo.

La propaganda siempre adversa a España y más en estos momentos de encono internacional, a la que se prestan muchos españoles por disentir del Gobierno actual de la nación, no ha sido neutralizada por una espresión sincera y

unas actuaciones que muestren clara y pura la intención que anima a España en su deseo de unión fraternal y ello contribuye a ahondar estos supuestos sobre el Consejo de la Hispanidad. En periódicos he visto claramente dicho al referirse a él *"esa creación fascista y quintacolumnista al servicio del Eje que se llama Consejo de la Hispanidad".*

Quizá fuera aconsejable cambiar el nombre y pasar a una actividad que fuera externamente poco visible. Actuación intensa y poca notoriedad...»

En aquella época estas duras, pero sinceras palabras podían ser peligrosas, pero ya menos desde el reconocimiento y prestigio que le habían supuesto el viaje y el reconocimiento oficial del mismo, a lo que se sumó pronto la concesión por el Gobierno de la máxima condecoración cultural: la Gran Cruz de Alfonso X «El Sabio» y poco después de la Gran Cruz de Sanidad. Es claro que su «status» se afianzaba, que habían ido desapareciendo los fantasmas persecutorios, ya podía permitirse tener el coraje de decir su recta opinión, sin subterfugios... empezaba para él una nueva era; había pasado «la vía dolorosa», había, con el máximo esfuerzo y luchando con dificultades, vuelto a empezar... y ahora tocaba remontar.

Capítulo X

... y remontar (1944-1951)

Lucharemos todavía,
lucharemos siempre,
porque buscamos el sueño.

«Siempre», CESARE PAVESE

LA VIDA DE DON CARLOS iba siendo una sucesión de triunfos y obstáculos, de situaciones de plenitud y éxitos y de hundimiento de todo lo conseguido. Del «fracaso» de aquellas primeras oposiciones a la cátedra de Barcelona, al éxito de las de Sevilla; de las dificultades allí encontradas para hacer algo de provecho, a la creación de un núcleo inicial ilusionado y que trasformó la Medicina y la Facultad hispalense en sólo cuatro años; del éxito de las oposiciones a Madrid y de la creación de su Instituto de Investigaciones Médicas a ver todo perdido apenas iniciado con la irrupción trágica de la guerra. De las angustias del exilio y de su entrada en «territorio nacional», a las que se añadieron los primeros años de posguerra, con la enemiga del poder establecido políticamente en la Facultad, a ser nuevamente valorado y exaltado tras su viaje a Sudamérica, reiniciar el Instituto y ampliar sus camas con el servicio del Hospital Provincial. Volvía, el año 44, a estar en la cresta de la ola y veía en su mano remontar, conseguir volver a buenos locales en la reconstruida Facultad de la Universitaria, a su anterior y más adecuado emplazamiento para el Instituto..., pero nuevamente algo, y esta vez muy grave, volvió a interponerse y en esta ocasión pudo ser para siempre.

En aquel verano había ido, como siempre a Salces a descansar... trabajando. Ese año habían alquilado también una casa del pueblo Carlos Lahoz y su familia. Este había sido compañero suyo de curso y su amistad se había estrechado al máximo en los difíciles días de su reentrada en España prestándole

mucho apoyo en sus dificultades iniciales, era, pues, gran amigo y colaborador eficaz en el campo de la alergia, dirigiendo la sección del Instituto y la policlínica de esta especialidad.

Como era habitual, se hacían excursiones frecuentes por los variados y atractivos alrededores. Aquel año se añadía la ilusión de enseñar a sus amigos las diversas bellezas, paisajes, pueblos, iglesias del contorno, que él conocía metro a metro. Sabía el sitio en que la puesta del sol era más bella y el lugar del bosque de hayedos de Cabuérniga donde parecía vivirse en un cuento de gnomos y hadas y en aquél que la cascada se despeñaba con ruido más espectacular. Sabía cómo era la espadaña de cada iglesia y cómo el olmo de la Hoz de Aviada era el más antiguo y grueso que habían visto sus ojos... y disfrutaba mostrando todo aquello a los visitantes ocasionales.

Una tarde de agosto, con aparente buen tiempo, dentro de la difícil predicción del mismo de aquella comarca, decidieron subir al puerto de Fuentes, donde llevaban a los caballos para aprovechar los frescos pastos y que estuvieran lustrosos en la Feria de San Mateo, de Reinosa. Allí quedaban en libertad, con sus atrayentes galopadas tras las yeguas, con sus variadas capas de piel, con la alegría de haber pasado de los establos al campo libre.

Lejos de donde habían dejado el coche, comenzó un aguacero espeso y violento. El, como siempre (nunca sentía frío), iba solamente con su camisa y pantalón de verano y alpargatas. Por más que corrieron, sin encontrar refugio, al llegar al automóvil estaban completamente calados, pero especialmente él, pues alguno más prevenido llevaba una cazadora o prenda de abrigo.

Esa noche se encontró mal. Apreció fiebre con tiritona y un fuerte dolor en el costado derecho, junto a tos poco productiva. Ya de madrugada, despertó a su mujer y le dijo:

—Chini, he pillado una pulmonía. Avisa a Carlos Lahoz y a Vicente a Reinosa para que me vengan a auscultar y les dirija el tratamiento.

—Pero, Carlos, no me asustes, ¿es que puede ser grave?

—Pues sí, no me encuentro nada bien, pero no te preocupes, ahora con las nuevas sulfamidas hay más posibilidades de controlarlo. Tú avísales, que ya va amaneciendo.

Se encontraba progresivamente peor, empezaba a notar dolor también en el otro costado y apreciaba disnea.

Vicente González, hermano de Encarna, la mujer de su cuñado Pedro, había sido discípulo suyo y ejercía en Reinosa con éxito. El y Lahoz llegaron al punto alarmados. La auscultación y percusión no dejaba lugar a dudas, confirmando el «autodiagnóstico»: había una pulmonía bilateral, «pulmonía doble» y la respiración era dificultosa. La enfermedad en aquellos tiempos era muy grave y les pareció que debían llamar a Puig Leal y a Bañón, éste para los análisis, ya que los de Reinosa no eran muy fiables. Era claro que su estado no permitía un traslado. Buscaron por toda la comarca Dagenan o Cibazol, las primeras y aún poco conocidas sulfamidas que suponían la única quimioterapia antimicrobiana; por fin las encontraron en Santander y Puig también las trajo de Madrid. De Valdecilla, Díaz de Rábago trajo un aparato de rayos X portátil, de los llamados de «bola» y lo trasladaron para hacerle radiografías, pero había que vencer dificultades: en primer lugar la estrechez de puertas y escalera obligó a desmontarlo casi pieza a pieza para poder subirlo a la habitación, pero además la red eléctrica era antigua y el suministro irregular, con frecuentes apagones.

Movilizaron influencias y cuando tenían que hacer una placa, don Benigno Argüeso, dueño de la central eléctrica, apagaba los alrededor de veinte pueblos del valle para concentrar la tensión.

Las placas eran tan preocupantes como la situación clínica que se iba agravando. La disnea era cada vez mayor, la fiebre no cedía; hubo que ponerle oxígeno continuo con balas trasladadas desde la clínica. Las sulfas no parecían hacer efecto. El era perfectamente consciente de la situación crítica en que se encontraba.

Conchita estaba asustadísima, aunque él siempre le sonreía y minimizaba el peligro. Se decidió a llamar a Mariano, que veraneaba en Zarauz. Confiaba en él; creía que hacía falta alguien que tomara el mando, que organizara aquel ejército de colaboradores que, al ir conociendo la gravedad de la situación, se habían desplazado hasta allí y daban opiniones contradictorias. Vino enseguida y al momento reunió a todos y les dijo:

—Yo, como saben ustedes, no sé una palabra de Medicina, pero si seguimos así, mi hermano se muere. Yo agradezco a todos muchísimo la fidelidad y el cariño que le están demostrando, pero, entre la pequeñez de la casa y la multitud que van siendo ustedes, yo creo que nos vamos a quedar todos sin oxígeno. Muy en serio, me parece imprescindible que, aunque la opinión de todos sé que es muy valiosa, tiene que existir alguien que tome las decisiones, yo propongo que sea Juan Puig y que los demás colaboren con él. Ante todo, ¿no hay realmente otra posibilidad de tratamiento?

—De eso hemos estado hablando, don Mariano, creemos que habría que intentar la penicilina, que recientemente ha descubierto Fleming en Inglaterra. El problema es que todavía se produce en pequeña cantidad y que la guerra se lleva la mayor parte para las infecciones de los combatientes; aquí está sujeta a un verdadero «estraperlo» y es difícil encontrarla. Hemos conectado con la Dirección General de Sanidad, pero ellos no tienen y nos han prometido pedirla con urgencia a Inglaterra, pero la verdad es que la necesitaríamos ya; la situación no permite mucha espera. Hemos contactado también con los que están en Madrid y esperamos que la consigan hoy mismo... en el bar de Perico Chicote (ya sabe que es paciente y amigo de don Carlos), que parece ser donde la venden los especuladores, que suben cada vez más los precios ante esta carencia.

—Ahora no hay que reparar en precios —interrumpió Mariano—; dígales que la traigan sea como sea, que paguen lo que les pidan y que si consiguen esa conexión se queden con toda la que encuentren.

—Ya se lo hemos dicho así a Lorente y Alés esta mañana y llegan esta noche. También hay que conservarla a bajas temperaturas para que no se inactive y estábamos organizando una especie de relevos, para que cada día alguien venga y otro vaya a por ella con las neveras de hielo con que contamos en el Instituto.

Todos se prestaron a esta función de recaderos y al día siguiente pudieron ponerle la primera inyección de 20.000 uu. y a estas dosis (hoy ridículas) se siguió con cuatro inyecciones diarias. La situación ya era muy crítica.

Las radiografías mostraban una condensación de ambos pulmones y había derrame pleural, que dejaba más limitada la ventilación; a pesar de grandes flujos de oxígeno y de que Alix hizo una toracentesis persistía la cianosis; él apenas se quejaba, les dejaba hacer, pero, aunque fuera sólo con la mirada, les preguntaba por lo que le administraban y la marcha de los análisis y radiografías. Hubo un día en que todo parecía perdido y Conchita le cogía la mano día y noche sonriéndole..., aunque alguna vez se iba al otro extremo de la casa para que no la oyera llorar...; pero el maravilloso descubrimiento de Fleming empezó a hacer efecto. Aquel hallazgo, que había tenido que esperar años desde que la casualidad hizo que observara cómo en un placa de Petri un cultivo se había lisado totalmente al contaminarse por hongos del género penicillium, había salvado otra vida y la enfermedad hizo la ansiada crisis, cedió la fiebre, mejoró la respiración y las radiografías fueron mostrando cómo aparecían más

espacios bien ventilados. Los rostros habían cambiado y la alegría y el optimismo invadió aquel grupo en que días antes la angustia de perderlo no les dejaba ni dormir. Ya empezaban a bromear, el «patrón» se había salvado. Bañón les contaba a los demás:

—¡Y pensar que a este burro de Puig Leal le ocurrió lo del hongo en una placa hace años y sólo se le ocurrió renegar y renegar!

Alix, muy buen dibujante, hizo uno a tinta en que varios «seres» lanzaban sobre don Carlos píldoras de Cibazol, inyecciones, oxígeno con unos aviones cazas alegóricos del «bombardeo». Por detrás, un parte de guerra;

«NEUMONIA DE CAMPOO: 1, diez mañana. Según noticias de nuestro corresponsal don Vicente a las dos y cuarto de esta madrugada los aliados han desencadenado una fortísima ofensiva contra las posiciones "patronistas", precedido de un intenso ataque aéreo de los "Neumotukas" han desencadenado un terrible fuego artillero por todos los flancos. Las posiciones patronistas se encuentran casi cercadas y la situación es grave. Parece que en este primer ataque la artillería aliada ha usado por primera vez un nuevo explosivo llamado Cibazol. Agencia Vicente.»

«NEUMONIA DE CAMPOO: 2, siete tarde. Las posiciones patronistas resisten heroicamente el cerco de los aliados que, ante la tenacidad y el coraje de la defensa se han visto obligados a traer precipitadamente los refuerzos de la retaguardia. Ha hecho su aparición un arma secreta llamada penicilina. La situación es muy crítica para los patronistas. Noticias de última hora aseguran que los dos jefes de Estado Mayor de los patronistas, leales en un principio, se han pasado al enemigo. Sólo las damas enfermeras continúan a su lado. El mundo se estremece ante la heroicidad de la defensa. Agencia Vicente.»

«NEUMONIA DE CAMPOO: 3, diez mañana (urgente). Los aliados han usado un nuevo tipo de gas asfixiante llamado «Carbogen» (lo utilizaron para combatir el hipo que era continuo y quizá era lo que le originaba mayores molestias), lo que ha motivado una enérgica reclamación de los patronistas ante el tribunal de La Haya. Estas han reaccionado violentamente sembrando el desconcierto en las filas aliadas con un modernísimo modelo de ametralladora llamado H.I.P.O. La situación es indecisa y a la hora de cerrar la batalla continúa con la mayor violencia. Agencia Vicente.»

«CUARTEL GENERAL DE LAS FUERZAS ALIADAS. El portavoz oficial ha comunicado esta mañana la composición de las fuerzas que final-

mente han conseguido la victoria definitiva, que es la siguiente: Albert, Alés, Alix, Arjona, Bañón, Barreda, Buylla, Camps, Canto, Castro, Cifuentes, Clavel, Del Campo, Escalada, Escudero, Espejel, Gándara, García Miranda, Gil Sanz, Marina, Miñón, Mogena, Morales, Orbaneja, Ortiz, Oya, Paniagua, Parra, Paz, Puig, Recatero, Roda, Rof, Romeo, Santamaría, Souto, Suils, Villasante, Vivanco.»

En total fueron, pues, ¡treinta y nueve! los colaboradores que en un momento u otro se volcaron en aquella «guerra» que describe Alix, no hay que olvidar, que por entonces era coronel de Sanidad del Ejército de Tierra.

Mariano, por su parte, escribió su versión humorística «antimédica» que comenzaba con los retazos de infancia y juventud que introdujimos en los primeros capítulos:

«INFORME RESERVADO DE LA ENFERMEDAD QUE SUFRIO EL EXCMO. SEÑOR DON CARLOS JIMENEZ DIAZ.»

Tras los «Antecedentes remotos», a los que ya hemos hecho referencia, comenzaba con los «Antecedentes cercanos»:

«Pongámonos, sin más preámbulos para no cansar al lector, si alguna vez lo hubiere, en el mes de agosto del año de gracia de 1944.

Hallábase en tan caluroso mes el sabio doctor, fatigado de cuerpo y espíritu a causa de la salud que prodigaba a propios y extraños, en perjuicio de la suya, cuando dio en salir de viaje de descanso, acompañado de su amada esposa para una posesión de su propiedad y dominio adquirida a buen precio y a sus expensas, situada en la falda de Somosierra, al sitio llamado La Cabrera, antigua residencia de franciscanos y, ciertamente, paraíso envidiable. Mas opusiéronse a tan justa pretensión la interminable cantidad —callo de calidad— de admiradores, aduladores, algún amigo y la interminable suma de cuerpos dolidos que clamaban por recobrar la salud perdida y que aprovechaban de paso la oportunidad de testimoniar su fe, para engullir día tras día, tortillas, chuletas y demás golosinas a costa de su no extenso patrimonio.

Hubo de huir de la tragona masa, lanzada en su seguimiento, a otra apartada posesión que disfrutaba en el lejano pueblo de Salces, cerca de la nascencia del célebre río Ebro, y que le pertenecía por parte de su querida consorte, cuyos ascendientes eran originarios de aquel lugar. Allí dedicóse más de un mes al más profundo estudio de su ciencia y, según oí referir, logró redactar veinte trabajos sobre diversos males, y en ello andaba cuando le sorprendió, tras una inmensa mojadura, un gran escalofrío que le obligó a refugiarse en cama.

LA ENFERMEDAD: Aun cuando no presencié el inicio del mal que aquejó a mi hermano, sé por su propia referencia y por los que le rodeaban que comenzó con dolor interno en la parte derecha de lo que llamamos los profanos pecho o arca del cuerpo, que alteraba el movimiento respiratorio normal, con trastornos en el pulso y en la temperatura habitual de su carne...

...Dio cuenta a su cónyuge y a los dos amigos estudiosos de su ciencia (que a la sazón eran los únicos que habían tomado para sí la tarea de comer tortillas y jamones de su despensa) del estado de su cuerpo, los cuales, después de discurrir por su cuenta —esfuerzo no muy necesario porque a pesar del mal, mi hermano discurría por sí y por ellos— decidieron postrarle en cama y administrarle alguna droga salvadora...

Aquí doy por pensar si Dios Nuestro Señor quiso castigar su glotonería, haciéndolos sufrir y padecer, porque sudaron no poco y padecieron mucho en aquellos días aquellos doctores...

....Ante ello creyeron necesaria mi presencia en el lugar del siniestro no por la ayuda médica que podía prestar, sino por el afecto que entre todos existe y, principalmente, porque de forma inmerecida se me viene aplicando el mote de "ordenador de inquietudes con juicio sereno y no alterable por desgracias ni sinsabores"...

...Y a Salces acudí, en compañía de mi otro hermano, Luis, y de dos amigos, encontrándome al enfermo respaldado por numerosas almohadas de distinto color y tamaño, envuelto desde la barriga a los pies con una manta cuyo pelaje tenía tan poco arraigo que nos cubría frecuentemente con el vello perdido; largas y plateadas barbas, melena despeinada, mirada inquieta y fatigosa respiración agravada por el hipo... saludé lisa y llanamente al enfermo, que contestóme en el mismo tono, respondiendo ambos al común deseo de no alterar el ritmo de nuestros corazones, aun cuando, ya pasado el peligro, confiese que debió costarnos tan externa calma apreciable esfuerzo interno, porque sin hablarnos conocemos nuestro pensamiento y a seguida dijome que habíale parecido prudente llamarme a su lado por si Dios Nuestro Señor tuviera dispuesto llevarlo a su lado (merecimientos hizo para ello) ante cuya contingencia no quería privarse de nuestra última conversación... y era notable que en tanto que nosotros discurríamos sin alteración, los restantes presentes tenían cara de espanto al observar la calma con que dos personas, las más queridas entre sí, puedan hablar de la vida y la muerte llanamente... por fuerza hube de aceptar el título de "ordenador" con que se me distingue, procurando, sin agravio para nadie, situar a las personas y las cosas en su lugar apropiado...

Enfundé el termómetro, que andaba sobre librerías, sillas y platos desprovisto de todo ropaje. Logré a fuerza de mimos, cariños y ruegos, que mi cuñada ingiriese tres o cuatro dedos de café con leche y tranquilicé no poco el espíritu de aquellos doctores... La prensa, maldito artilugio del siglo en curso, en su desmedido afán de transmitir noticias, publicó la enfermedad, dudando entonces y ahora si la manifestación fue espontánea o sugerida, porque al leer la noticia di en pensar si más bien que comunicación preocupante para la patria era deseo de propaganda... Algo pudo reposar también su amada esposa, cuyo comportamiento merece excepcional mención, por el afán que puso en combatir el mal, por la rapidez con que reclamaba remedio y por la compañía permanente, sin comida ni descanso. Su aspecto, juvenil y sonriente, habíase trocado por el sufrir y por la carencia de afeites, transformándola en lepórido, que de liebre parecía su inquietud y desasosiego... El estado general del enfermo no hallaba alivio, que únicamente se acusaba alguna vez cuando para disimular su situación pronunciaba repetidamente un vocablo de incierto significado que sonaba como "contrágulas, contrágulas"... inquietóme la razón de esta palabra y, secretamente, me dijo que eran sustitución de otras que en estado normal acostumbraba a decir: "coño, coño, coño", por parecerle poco prudente pronunciar éstas en presencia de tantas personas.»

Aquí el donoso relato se interrumpe con dos líneas de puntos suspensivos que dan paso a:

«**CONCLUSION:** Ocupaciones urgentes me obligan a suspender la redacción de este protocolo. Alguno de los doctores pidióme la lectura de lo escrito. Reconozco que no debí acceder a ello, pues noté que según avanzaban en la relación del suceso ponían gesto de desagrado y se les trababa la lengua de indignación. Especialmente, el anuncio de dedicarles un apartado especial denominado "Los médicos" hizo que la angustia se pintara en su cara... porque si el creador nos dio la vida, pareceme que todo lo que se oponga a la Divina Voluntad, a más de ser ineficaz, puede llegar a constituir herejía.

El vulgo, recogiendo esta sabia doctrina, cantó:

"Cuando la muerte se inclina
y se lleva a los mortales,
ni sirven las medicinas
ni los grandes capitales
porque es una Ley Divina.
Respeto a esa Divina Ley
que te da y quita la vida!"

Dejeseme decir que en lo de quitar la vida no andan muy ajenos los doctores, que para anticipar la voluntad de Dios, obligan a ingerir medicinas a los pobres seres humanos, que no otra cosa hicieron que la de soportarles y pagar sus emolumentos.»

No es extraño que tras estas burlas las caras de los doctores que lo leyeron no fueran precisamente radiantes.

Salvado aquel grave escollo, en que «su gente» le había demostrado una vez más su adhesión y cariño hasta límites excepcionales, la recuperación fuerápida y pronto se encontró fuerte como siempre. Unicamente se lamentaba del tiempo perdido en la escritura de su libro y Conchita introdujo en sus muy variadas oraciones una especial para San Alejandro... Fleming.

El curso comenzó con nuevos bríos, tras los abrazos a todos aquellos que le habían salvado y a los que las circunstancias se lo impideron, y teniendo que sufrirlo desde lejos, bloqueando la no muy eficaz centralita telefónica de Reinosa. El riesgo cercano de haber perdido a su maestro no hizo más que infundir más estímulo de colaboración, de trabajo, de no defraudar a la confianza que en ellos había puesto.

El objetivo más inmediato era la vuelta del Instituto a la Ciudad Universitaria. La Facultad había empezado su reconstrucción e iba bastante avanzada. Lo cuenta en su «Historia de mi Instituto»:

«Cuando se constituyó el Consejo Superior de Investigaciones, el ministro Ibáñez Martín me llamó y me pidió mi opinión en lo referente a Medicina, puesto que yo, me dijo, sería el encargado de dirigir e impulsar aquello. Con mi incurable ingenuidad ¡qué alegría tuve y cómo me lancé a estudiar y presentar un proyecto de auxilio económico a la investigación médica! Pero no me volvió a hablar de ello hasta que un día apareció en el "Boletín Oficial" el Patronato que se había nombrado, en el que no estaba yo, sino más bien todos los que habían tenido una actitud contraria a mí, hombres que tenían una posición firme e influyente en el momento y a los que, gracias a Dios, he perdonado. Yo no era político; durante la guerra en cuanto pude salí de la zona roja y pasé pronto, a pesar de dificultades, a zona nacional, sufrí pacientemente vejaciones y desdeñé invitaciones importantes para irme a otros países en que me ofrecieron magníficas condiciones para colaborar, aguanté desaires y muchas más cosas por amor a España. En otro terreno tampoco hice nada contra aquellos hombres que se esmeraron en hacerme daño y ponerme obstáculos..., pero prefiero no pormenorizar todo lo que pasó.

Se fundó otro Instituto, de cuya dirección se encargó al profesor Salamanca, y el nuestro quedó adherido al Patronato Cajal. Al fin y al cabo, estas determinaciones no me parecieron mal; el fundar otro Instituto podía ser fecundo si se iba a ayudar a los dos; precisamente yo buscaba, y he seguido queriendo, que nuestra acción se generalizara y el que nuestro Instituto quedara como adjunto, pero no propiamente dentro del consejo era natural, porque yo no quise someterlo a ciertas normas —ya se hablaba antes de la "depuración" de colaboradores— de los departamentos oficiales.

No obstante conseguí dos cosas: una corta subvención oficial y volver a instalar el Instituto en la Ciudad Universitaria. Las dos cosas me parecieron un avance en nuestro roto y anudado camino...»

Sobre la tendencia de esta creación del C.S.I.C., que tanto podía haber aportado a la investigación española, opina también Laín en su «Descargo de conciencia», que tanto hemos de citar, pues aunque dicho libro sea muy personal, no deja de ser el gran historiador de la Medicina y la ciencia españolas.

«Mientras tanto, desde el Ministerio de Educación Nacional, y a través del naciente Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se acometía la empresa de la reconstrucción intelectual de España —tan urgente, después del atroz desmoche que el exilio y la "depuración" habían creado en nuestros cuadros universitarios, científicos y literarios— con un criterio directamente opuesto al nuestro: continuó implacable tal "depuración" y deliberada y sistemáticamente se prescindió de los mejores, si éstos parecían ser mínimamente sospechosos de liberalismo o republicanismo, o si por debajo de su nivel había candidatos a un tiempo derechistas y ambiciosos. Se decía: "¿Quién es masón? El que va delante en el escalafón." Los ejemplos menudean y sangran. De dirigir la investigación filológica-románica no se encargó a Dámaso Alonso y a Rafael Lapesa —y, por supuesto, tan pronto como volvió a España, a don Ramón Menéndez Pidal— sino a Entrambasaguas y a Balbín. Al frente del Instituto Cajal, nuestro más prestigioso centro científico, no se puso a Tello o a Fernando de Castro, ambos discípulos directos de don Santiago y disponibles ambos en Madrid, sino, entre otros, al enólogo Marcilla, persona excelente y técnico muy competente en lo suyo, pero tan alejado del trato con las células de Purkinje, valga este ejemplo, como del cerebelo pueda estarlo el vino. El gobierno y la orientación de los estudios físicos no fueron encomendados a Julio Palacios, católico y monárquico, dicho sea en inciso, y a Miguel Catalán, espectroscopista de renombre universal, sino a José María Otero Navascués, óptico muy estimable, desde luego, mas no comparable a los dos maestos antes mencionados...» —y sigue pasando revista a otros campos como la Filosofía (rechazo de Zubiri o Zaragueta), la Química (Foz, en lugar de Moles), Filología Clásica (Galindo en lugar de José Vallejo y Antonio Tovar) y vuelve a la Medicina—. «En Barcelona, el enorme vacío creado por la ausencia de Augusto Pi y Suñer fue habitado por la incipiente y escasa fisiología de Jiménez Vargas, miembro del Opus Dei. ¿Para qué seguir?... Al margen del Consejo, frente a él incluso, durante los primeros años de la posguerra, sólo Carlos Jiménez Díaz —que con poderoso y denodado empuje personal había reconstruido su Instituto de Investigaciones Médicas, en un hotelito de la calle Granada— tuvo la valentía de reinstalar en nuestra vida científica a varios desvalidos supervivientes de la etapa prebélica: Rof Carballo, Grande Covián, Barreda, alguno más.» Remacha a pie de página sobre el Instituto Cajal: «Más de una vez se lo oí decir a Fernando de Castro. No como director del Instituto Cajal, que nunca lo fue, sino como máximo representante de la escuela cajaliana, se creyó en la obligación de exponer al secretario general del C.S.I.C. la penosa situación en que, por falta de recursos, se encontraba dicho Instituto. «Que el Cajal se nos muere, Albareda.» A lo cual respondió algo que en un gerente de ciencia española en la segunda mitad del siglo XX resulta poco menos que increíble: «¿Qué quiere Castro? Todo en la historia se acaba alguna vez.»

En 1945 la guerra mundial estaba decidida. En esta ocasión no tuvo dudas, como en aquellas ocasiones sobre la del 14 en el café «Zaragoza». Aunque el ambiente español, en pago a la ayuda recibida en la guerra civil, había sido muy favorable al Eje y no se aireaban ni el genocidio judío ni la persecución a la Iglesia, ni los gestos paranoicos del Führer, don Carlos viajaba bastante por Europa y tenía contacto con científicos de muchos países. Había visto cómo todos los grandes médicos alemanes, tan admirados, se habían exiliado a Estados Unidos o a Inglaterra y deseaba el triunfo democrático sobre el totalitarismo. Sin embargo, quedó horrorizado con la noticia de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Le parecía aberrante que el avance de la Ciencia tomara caminos de destrucción como aquél, que en segundos arrasara ciudades y vidas humanas, y sintió temor por las consecuencias que la irradiación incontrolada tuviera en el futuro. Había admirado tanto al matrimonio Curie, recordaba la arrugada viejecita que le había impresionado en su conferencia en la Residencia, había citado tantas veces su ejemplo de cómo se puede hacer Ciencia en un barracón, en un garaje, si hay verdadero afán de saber, que no podía comprender que todo aquello se hubiera convertido en la más horrorosa arma bélica. Los rayos X habían supuesto muchos avances para el diagnóstico, habían permitido llegar a visualizar zonas del organismo hasta

entonces vedadas, pero tampoco olvidaba muchas manos de radiólogos quemadas y con cánceres de piel, ni las lesiones pulmonares de una radioterapia por tumor de mama y temía que nuevamente los hombres aprovecharan lo que la investigación más pura y bien intencionada ponía en sus manos, para destruir, para matar.

Cuando acabó la guerra rezó por que fuera la última. En treinta años había presenciado cuatro, a cual más horrorosa, con secuelas imborrables. ¡Dios mío, que sea ya el momento de la paz definitiva! Que ningún «Hermano Lobo» pudiera contestar a Francisco de Asís como el del poema de Rubén!

Sería aquel año clave en el reconocimiento oficial, en la vuelta al Instituto de la Ciudad Universitaria, en el ascenso de su popularidad creciente, que hacía que los periodistas le siguieran asediando, pues en una España con prensa monótona y casi uniforme, con censura y noticias dirigidas desde el poder, toda persona distinguida era noticiable y su acceso podía marcar diferencias que no eran fáciles entre los diversos periódicos.

Se escribía sobre él especialmente con ocasión de asistencia a congresos internacionales, a los que acudía regularmente, casi siempre como ponente o invitado especial, sobre todo a los de Medicina Interna, Cardiología, Alergia, Digestivo, Patología Comparada... La época no era muy propicia para los contactos internacionales y aquellas noticias se aireaban, junto al «leit motiv» político de cualquier actividad del Caudillo o de la Sección Femenina, o de la Iglesia, que eran los grandes protagonistas de aquellas páginas de mal papel, del que había gran escasez.

Una entrevista interesante, con algunos datos y pensamientos que pueden ayudar a comprender su vida e ilusiones de aquellos años 40 fue publicada en el entonces popular periódico «Dígame», en una sección titulada «¿Qué hizo usted ayer?» Transcribimos muy resumidamente algunos párrafos.

«EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ: "Dormir cinco horas y soñar con recorrer a pie cincuenta kilómetros." "La pequeña y dulce historia de su caballito de cartón."

... El doctor Jiménez Díaz amable, cortés, tostado por aire y sol, sus claros ojos barnizados por el cristal de sus gafas, frente despejada, pelo escaso y con alguna cana y una vitalidad juvenil que irradiaba simpatía en sus gestos sabios y en su charla inteligente. Tremendo instante para el reportero interrogar a quien es virtuoso del interrogatorio. Valor. El doctor lía un cigarro de su petaca estudiantil.

—Doctor, ¿qué hizo usted ayer?

—Lo mismo de siempre, trabajar. Trabajar metódicamente. Levantarme a las ocho en punto, tiempo de asearme y despachar con mi secretario, y a las nueve en punto en la Facultad de Medicina.

—¿Hace usted ejercicio físico al levantarse que le compense su vida sedentaria?

—Estoy convencido de que el trabajo intenso no desgasta al hombre. Al contrario, excita su actividad e inteligencia y es el mejor ejercicio a que puede someterse la salud espiritual y física. Me gustaría pasear a diario, pero sólo lo hago en fin de semana y vacaciones. Hay días en que recorro cincuenta kilómetros sin sentir fatiga... En la Facultad trabajo con mis colaboradores, veo enfermos que me proporcionan el placer de ser magníficos pacientes. La mayoría de ellos no saben quién es el doctor que les asiste, no se obsesionan con nombres de clínicos famosos y expresan su fe y no replican a lo que les ordena el médico... tienen las mejores características de la raza, valientes, disciplinados, con resignación y fe... Cambiamos impresiones sobre los casos vistos, doy mi clase... hice alguna visita de dos a tres, comí frugalmente y a las tres y cuarto la consulta en días alternos en casa y los otros los empleo en trabajar en el Insituto de Investigaciones que me costea la generosidad de algunas personas. Casi medio millón de pesetas me proporciona el Patronato con las que atiendo desahogadamente a nuestros trabajos de investigación. Allí estudiamos enfermedades internas, nutrición, asma, una temible enfermedad distinta en cada país y en cada individuo. Sobre polvillo de flores y harina y otros agentes transmisores del padecimiento estudiamos causas, efectos, remedios... y estoy satisfecho de esta labor... Los enfermos de la consulta privada son distintos. Hay muchos que no lo están y son temibles. Ruedan de consulta en consulta, discuten diagnósticos y planes y se sienten poco felices porque los médicos no demos con su imaginaria enfermedad. Otros, los auténticos enfermos, se sobreponen al padecimiento y se muestran sorprendidos de que el clínico encuentre enfermedades reales. Se resignan y cumplen planes y medicaciones... ¿que si el apellido de un médico famoso influye en su curación? Mire usted, ni el hígado ni el páncreas saben de famas médicas. El enfermo es principalmente un hombre angustiado. Su padecimiento, las circunstancias de su familia y las económicas aumentan esa angustia, que puede desaparecer con la confianza en el médico y así allanar el camino de su curación.

—¿Y después de la cena?

—Leo y escribo.

—¿Colecciona libros viejos de Medicina?

—No; sólo me interesan los más recientes, aunque nunca he tirado uno antiguo y conservo los que me hicieron ilusión en mi carrera.

—Hora de descansar.

—Las tres de la madrugada. A las ocho de pie.

—¿Sólo cinco horas para dormir?

—Me han bastado desde muy joven. El trabajo y las preocupaciones son magníficos elementos vitales y de bienestar.

—Y descansar, ¿cuándo?

—Ayer desde luego no descansé. Los domingos me voy a mi finca. Un viejo convento del siglo XII, donde esté enterrado el padre del cardenal Cisneros.

—¿Aficiones literarias?

—Sí, pero íntimas. Guardo lo que escribo.

—¿Por qué guarda ese caballito de cartón?

—Un homenaje al juguete modesto. A fuerza de vivir entre dolores uno se hace sentimental. En una feria de pueblo lo compré. "¡Es muy caro señor!", me dijo la aldeana que los vendía, "¡como está todo así!", y cobró tres perras chicas. Ahí quedará para siempre con su sonrisa simpática.»

La popularidad también se extendía a Conchita, aunque ésta solía saber zafarse mejor de los periodistas. Sin embargo, en la revista «Crítica» de aquel año la «cazaron» para una sección titulada «La mujer en el hogar de los hombres importantes»:

«...Pero lo más chocante, al entrar en la sala en que la señora del doctor nos recibe, es la profusión de burros de porcelana y de talla, burritos en todas las actitudes de que los burros son capaces, monísimas figuras que decoran las paredes de la amplia habitación en "chaflán".

—Los burros son mi gran afición, desde siempre.

—¿Cuantos tiene usted?

—Quinientos, y no sabe el trabajo que me ha costado reunirlos, porque se hacen muchas figuras de caballos, pero poquísimas de burros. Menos mal que los muchos amigos de España y del extranjero que saben mi afición me regalan todos los que les parecen originales. Aquí hay burros de veinte países distintos. Mire, el primero de todos —y no enseña una foto de un niño en un burro de juguete—. Es una foto de mi marido, una de las primeras que le hicieron sus padres, y así le tengo también aquí presente.

—¿Hacen mucha vida de relación?

—Más bien moderada. Tenemos un pequeño círculo de buenos amigos. Carlos no puede ir a reuniones por estar muy ocupado y a mí me gusta siempre ir juntos.

—¿Le hubiera gustado que su marido fuera otra cosa en vez de médico?

—Ni siquiera me lo puedo imaginar. Su pasión es la Medicina, sus investigaciones y sus estudios llenan todo, casi todo, su tiempo. El resto lo emplea principalmente en sus aficiones artísticas, sobre todo pintar; se cree mejor pintor que médico.

—¿Le ayuda usted alguna vez?

—Naturalmente, le ayudo siempre; si no materialmente, aunque también en una época trabajé algo en el Instituto de Investigaciones, acompañándole y estimulándole.

—¿Aficiones más acusadas de usted?

—La música y, en general, el arte; también el "pinacle" y los animales, principalmente, burros...

—¿Tiene usted alguno viviente?

—Sí, en la finca de La Cabrera tengo tres asnos, a los cuales cuido. A mi marido le encantan las cabras y las truchas. Tenemos un pequeño rebaño y nunca se pierde su vuelta, con la música de sus campanos; las conoce a todas por sus nombres y a las truchas, en estanques, le gusta darles de comer de su mano.

—¿Como le conoció usted?

—Era muy joven, estaba aún interna en el colegio y tuvimos muchos años de relaciones, hasta que sacó su cátedra de Sevilla y nos casamos para empezar allí nuestra vida en común. El ha sido mi primer y único novio.

—Se ve claramente que es éste un hogar donde reina una alegría sana, no turbada por nada fundamental. Lo que se llama un hogar feliz.»

Todo ello demostraba su enorme popularidad, que no buscaba sino un sitio adecuado de trabajo, colaboradores y material de dotación suficiente, una estimación pública y medios de realización. Los periodistas andaban tras él con

el menor pretexto y les aprovechaba para dejar clara su personalidad y actitud, siempre guiada por el mejoramiento de la Ciencia y de la Medicina españolas. Pero muchas veces preferían publicar anécdotas, como su afición al toreo en las tientas de Domingo Ortega o a la pintura, con su presentación de cuadros a los Certámenes de Médicos Pintores, donde siempre obtenía algún diploma o mención, pero nunca un gran premio, pues evidentemente los había mejores.

Así ocurrió con «una corrida» en la placita de Navalcaide, con Cañabate, Julio Camba y Sebastián Miranda de espectadores y el propio Domingo como juez y dispuesto al quite al menor peligro de la vaquilla. De ello se dio referencia en una sección periodística llamada «Cornigramas» de un periódico de la época, entre comentarios sobre Manolete, Pepe Luis Vázquez y El Andaluz, decía:

«—Pues agárrate el sombrero ancho, el otro día en la finca de Ortega se probaron unos muchachos llenos de afición y ganas toreras.

—¡Dime sus nombres, Melsatanesco!

—Ignacio Zuloaga, que dibujó con la capa. Jiménez Díaz, un maestro con la muleta, y García Gómez, un arabista que sabe latín taurino.

—Así, así, que vuelva la gente de talento y valía a sentir la afición por nuestra fiesta única.»

Es curioso que su gran amor propio podía tolerar bien que alguien pudiera discutirle un diagnóstico, o incluso que pusieran en entredicho su ciencia médica, pero había que tener cuidado en criticar su forma bastante rudimentaria de torear, pintar o esculpir..., aunque esto último, en lo que menos se prodigaba, quizá fuera lo que mejor hacía. Esculpió en barro, luego pasado al bronce, una gaviota con las alas abiertas que tituló poéticamente «Horizonte», que preside el hall principal de la clínica y sabe transmitir el no fijarse límites, como era su espíritu. También ello fue noticia periodística en el «Alerta» santanderino.

«JIMENEZ DIAZ HA ESCULPIDO UNA GAVIOTA.

Durante su "descanso" en Reinosa el ilustre clínico ha escrito libros, pintado cuadros y dirigido una improvisada cátedra de Medicina.

"El profesor Jiménez Díaz ha adquirido carta de naturaleza entre los campurrianos... En los ratos de 'ocio' pinta, modela, conversa... Ha modelado una gaviota —alas abiertas y cuello tenso— titulada 'Horizonte' que piensa colocar en su clínica. Le sugerimos que la gaviota —ave marítima— tiene un emplazamiento más adecuado, sobre el hito que marca el nacimiento del Ebro, apenas tres kilómetros al Norte, marcando, con la dirección de su vuelo iniciado el camino del mar, que buscan con el mismo anhelo río y ave, ave y río, como fin común de su destino."»

Asimismo, la gaviota fue objeto de versos que archivó en sus papeles íntimos, aunque no constan sus autores. Uno es un soneto alejandrino, en papel del Hotel Real de Santander y dice:

«Llevo un mensaje eterno de luz y de armonía
al abierto horizonte donde emprendo el vuelo,
mis alas van cantando la bella sinfonía
que tan sólo se escucha entre el agua y el cielo.

No manchó mi plumaje el polvo del camino,
cubierto con la sangre por el odio vertida
y al volar por la ruta que me trazó el destino
una luz de esperanza llevo siempre encendida.

¿Escucharán las gentes el fraternal anhelo,
horizonte infinito con resplandor de estrella
que sumisa se ofrece si se remonta el vuelo?

Solamente es preciso para llegar a ella
volar alegremente sobre el agua que brilla
porque Dios nos ofrece su perdón... en la orilla!»

Probablemente, por su estilo, es del propio don Carlos, que quiso infundir en aquel ave su sed de remontar definitivamente su vuelo, interrumpido por la guerra.

De la otra, a mano y en papel sin timbrar, sólo transcribiremos alguna estrofa:

«... Dio don Carlos a tu arcilla
—carne y pluma—
y a tu corazón de hierro
inquietud, viva tensión,
¡ansia de viento!
para que vueles muy alta
y señales en tu vuelo
el "horizonte" infinito:
La Eternidad, Dios, ¡el cielo!»

En ese año 45 hicieron el acto oficial de imposición de la Gran Cruz de Alfonso X «El Sabio», que le habían concedido el año anterior, le fue impuesta por el ministro de Educación y asistieron otros ministros y autoridades en su discurso de agradecimiento dijo:

«...Parece que el espíritu humano tiene tal amplitud de acomodación que resiste y aún utiliza para su progresiva talla, aconteceres que por su magnitud en lo fausto y en lo triste parecerían, vistos de antemano, imposibles de tolerar. "No nos dé Dios cuanto podamos resistir", ha repetido el vulgo, y esto es tan cierto para el bien como para el mal... Nunca he pensado que yo fuera merecedor de distinciones o de cruces, y acaso por eso nunca tuve el menor apego ni la mínima sed de tales honrosas prebendas. Por ello, y acaso también porque mis padres, cuya bendita memoria no puedo menos que renovar en este momento, me enseñaron que no hay bien en lo que puedan darnos, sino que el único bien cierto es el que emana de nosotros para los demás... en este momento, al recibir esta Cruz de vuestras manos no puedo menos de pensar si este bien que me otorgáis es expresión de que algún bien he hecho. Y es entonces cuando me siento emocionado con la dulzura que la emoción reviste, cuando es sincera y en un hombre; porque parezca que he hecho algo bueno y porque lo parezca también a vosotros los médicos, mis compañeros, mis colaboradores, mis dicípulos.

Quizá no es un azar que similares distinciones tengan forma de cruz... la cruz crucifica, pero eleva y redime, que predomine uno u otro resultado depende del espíritu con que se recibe...

He aspirado a tener una vida limpia y una conducta noble y abnegada y he empleado mis esfuerzos en los que yo estimo que deben ser los horizontes del hombre de buena voluntad: comprender y mejorarme... Mas hay otro aspecto del comprender que es comprender al hombre como hermano. Cuando la vida de uno se va llenando de la admiración y del respeto al prójimo, es cuando uno siente que efectivamente ha utilizado el vivir en mejorarse, que ha avanzado en lo que llamó San Pablo "el dulce regalo de la vida".

...Y de vosotros, los que representáis a los Colegios de Médicos de España, y de mis colaboradores, me viene esencialmente el último aspecto que antes enuncié: la formal exígencia de merecer lo que se alcanza...

Veo a los compañeros, al médico que lucha con la incomprensión y las dificultades en los medios rurales, siendo siempre la avanzada del progreso y el sembrador del bien en su ambiente, a mis compañeros de las inolvidables horas de la primera formación; a mis discípulos repartidos por toda España, con los que conservo frecuente contacto y de los que recibo pruebas de afecto, capaces de rendir mi emoción... Por último, quiero deciros unas palabras a mis colaboradores, que os digan lo que siento tan sencillamente como corresponde a la sincera verdad que encierra: os quiero decir que mi labor es vuestra y que yo en ella sólo represento el imperfecto coordinador de vuestros entusiastas y leales esfuerzos...

¿Que yo trabajo mucho? ¿Y qué otra cosa puedo hacer? Cuando llego al servicio ya estáis vosotros impacientemente esperando y cuando del él me marcho aún seguís allí y veo al dejaros que os prestáis a seguir observando y discutiendo. ¿Que yo pongo entusiasmo en mi trabajo?¿Y cómo podría ser insensible al vuestro, a esa inquietud que constantemente inquiere en vuestra actitud, en vuestra mirada y en vuestra espera? ¿Que también pongo fe?, pero mi fe sois vosotros. ¿Qué mérito supone que confíe si os veo saber renunciar a situaciones que sobradamente merecéis y perdéis por estar a mi lado, si advierto que prescindís de lo elemental, sin verdadero apoyo material, en aras de una espíritu tutelar que creéis que yo os presto, cuando sois vosotros los que, romántica y desprendidamente, con vuestra perseverancia y con vuestro ilusionado entusiasmo, la creáis a mi alrededor?... Algunas veces se ha dicho de mí, en tono de censura, que soy excesivamente apasionado de mís discípulos, ¡naturalmente!... Si no solamente me he formado con ellos y por ellos, sino de ellos, ¿cómo no he de sentir pasión por la fuente en humano de lo que haya de bueno en mí?»

Y terminaba con las obligadas gratitudes oficiales.

Este dedicar a sus colaboradores y discípulos toda su obra, en aquel importante momento de reconocimiento oficial, que hasta entonces se le había negado, nos ha parecido digno de transcribir, porque era sincero y fue una constante en su labor y sus palabras.

Pero lo verdaderamente importante de aquel año 45 fue el conseguir finalmente la vuelta del Instituto a la Ciudad Universitaria, que se completó en el 46, con alegría de la recuperación y mejora, pero sin poder evitar una punzada de tristeza al decir adiós a aquel hotelito, con sus figuras de escayola, sus techos artesonados, tan poco apropiados para hogar de la Ciencia, pero en los que habían demostrado que cuando la voluntad es firme e ilusionada, puede con todos los obstáculos y que el impulso de investigar, de saber más, puede darse hasta en un sótano sin luz. Los años de la Calle Granada quedarían

como una época mítica, que sería referencia obligada en aquella generación pionera, y que los más jóvenes siempre acogerían con una sonrisa, como «batallitas de antepasados», muy injustamente, como con frecuencia reacciona la juventud ante el pasado que ha sido capaz de labrar su presente.

El local que antes de la guerra habían ocupado, aquél en que Ochoa, Bielchowsky, Morán, que ya no estaban, habían iniciado sus importantes caminos de investigación, había sido ya cedido a la Escuela de Sanidad. Por fin, don Carlos consiguió del Ministerio que dispusiera que le dieran un departamento, aunque no fuera el mismo, equivalente. El decano, todavía Salamanca, ante esta orden, decidió que pensaría dónde y por fin le destinó una zona apartada e inadecuada en el respaldo de la Facultad nueva. Pero, tras las oposiciones al Hospital Provincial y su viaje a América, vio cómo se revocaba aquella injusta orden y el decano accedió a proporcionarles una buena zona: los dos pisos altos del segundo pabellón por la derecha, mirando desde el frente.

Don Carlos le preguntó entonces por qué antes le había destinado a un lugar malo y apartado y le contestó:

—Entonces tu situación oficial no era la de hoy (!).

Hicieron otra vez sus planos, se contruyó lo necesario, compraron nuevo material y vieron renovado, al fin, el Instituto de antes de la guerra, con unas cosas de más y otras, especialmente personas añoradas, de menos.

La nueva Sección de Hematología la dirigía Gregorio Paniagua, también, como Vivanco y Alés, de aquella valiosa promoción que acabó en el año 33 y de la que muchos quedaron incorporados al conjunto. Había una «Subsección» de Neurofisiología y Electroencefalografía motivada por la incorporación de Hernando Larramendi, también absorbido luego por la aventura americana, y finalmente la muy importante de Medicina Experimental, donde se llevaban a cabo los estudios de hipertensión arterial, como tema principal, con la fundamental aportación de Barreda, una vez terminado su «destierro» en el pueblecito de Soria, junto a Antonio Fernández Molina, que abandonó el conjunto tras una larga estancia en Inglaterra.

Entre estas escasas bajas hubo alguna que a don Carlos le dolió profundamente, como la ya citada de Paco Vega, y la que se originó por entonces de Juan Rof Carballo. Rof era una cabeza privilegiada, de una enorme erudición, que fue aumentando con su gran capacidad de estudio y una amplia formación posgraduada en Viena y en Alemania y que llevaba la jefatura de la Sala

de Hombres del Hospital Provincial. Una prueba del aprecio que don Carlos sentía por él fue el poner bajo su tutela a alumnos por los que sentía un especial interés: Fernando Lahoz, hijo de su íntimo amigo Carlos; Vicente (Petete) Anastasio, hijo de uno de los hombres que más le ayudó desde la Asociación Protectora, y Alfonso Merchante, destacado alumno en su promoción y excelente persona que se hacía querer por todos. Rof, tras su estancia fuera, se había ido inclinando a la nueva corriente de la Medicina Psicosomática, iniciada por Von Wieschaker, que a don Carlos le parecía que daba un excesivo papel a la psiquis en la patología, que él consideraba más orgánica. Había escrito un libro de gran éxito, «Medicina Psicosomática», que don Carlos, a pesar de sus reservas sobre esta nueva orientación, había prologado muy elogiosamente.

Un día pasando visita, como solía hacer dos días por semana en el Provincial, siempre rodeado de jóvenes médicos y alumnos, se paró con Rof ante un enfermo cuyo diagnóstico no estaba claro. Como siempre, se detuvo en reinterrogarlo tratando de encontrar en la historia nuevas claves para despejar las dudas que le habían planteado... y las encontró, vio que aquella historia que le habían presentado no era completa. Por entonces, su mal genio ante los fallos, que interpretaba como negligencias, le producían reacciones violentas, acaso exageradas, y ante el caso se puso hecho una furia y rompió la historia anterior en pequeños trozos mostrando su rechazo. El que le hiciera aquello delante de alumnos y jóvenes colaboradores originó una reacción aún más exagerada en Rof, que se quitó bruscamente la bata blanca y dijo:

—Esto no se me hace a mí, así que me voy. No cuente usted más conmigo.

Posiblemente aquel hecho, bastante nimio, fue meramente la espoleta que hizo explotar un lógico deseo de independencia, de brillar con luz propia, a la que por sus méritos creía deber aspirar... como demostró en su trayectoria posterior. El hecho dejó a don Carlos contristado, pero no pudo hacer nada por evitarlo, sin que ello, como en el caso de Vega, no empañara su apreciación y cariño por aquel hombre valioso, que tan unido a él estuvo desde el inicio de su obra.

También aquellos años trajeron consigo un trabajo adicional. Aunque con frecuencia había sido invitado a dar conferencias, el éxito de América multiplicó las peticiones de todos los rincones de España y, aunque le perturbaban rompiendo el ritmo de su trabajo, le era difícil negarse y acudía a casi todas las invitaciones, que además provenían muchas veces de antiguos discí-

pulos, que ya tenían un «status» académico importante y deseaban mostrar a sus colegas que no exageraban cuando elogiaban su forma de exponer y la profundidad de sus enseñanzas... y, al tiempo, presumir un poco de la gran cordialidad con que don Carlos les trataba.

Como compensación, a la baja tan sentida de Rof Carballo, a su regreso a Madrid tras el verano del 46 se llevó la gran alegría de que había vuelto a España uno de sus discípulos que siempre destacó no sólo en los estudios, sino en su inteligencia y empuje. Se trataba de Sixto Obrador, un montañés alto y fuerte, hijo del jefe de estación de los ferrocarriles de vía estrecha en Santander, al que también don Carlos tenía mucho afecto. A su marcha, durante la guerra, había tomado un camino novedoso, como era por entonces la Neurocirugía, que en España prácticamente no se conocía. Había estado en Suecia con Olivecrona, uno de los «grandes» y posteriormente en Inglaterra, donde se había casado, y en Estados Unidos gozaba ya de cierta fama internacional y, posteriomente, se había establecido en Méjico, pues políticamente se sentía muy alejado del régimen franquista. Allí había iniciado la Neurocirugía mejicana y había hecho escuela. Antes de regresar había sondeado a don Carlos sobre las posibilidades que encontraría a su regreso.

El le había animado, consciente de que era una persona muy valiosa y que en España no había más que los hermanos Ley, uno en Madrid y otro en Barcelona que hicieron adecuadamente la ascendente y difícil cirugía del sistema nervioso. Pensaba que su incorporación, aunque en un tema distante de sus preferidos, sería un fructífero injerto de una rama en pleno brote.

Había dificultades para poner en marcha un sitio adecuado para su labor y, como siempre, sumado en esta ocasión el gran impulso del propio Obrador, recurrió a la Asociación Protectora, que nuevamente estuvo receptiva. Crearon en 1947 para facilitar su trabajo en el centro, el Instituto de Neurocirugía en un pequeño chalet de la Calle de Olivos, en la colonia del Metropolitano y, con pocos medios, Obrador y sus primeros discípulos (Urquiza, Boixadós, Sánchez Juan, Albert Lasierra), junto a Emilio Ley, que se había sumado al grupo manteniendo su plaza en el Hospital de la Cruz Roja de Reina Victoria, comenzaron a hacer una cirugía arriesgada y difícil, pero que salvaba vidas en pacientes que hasta entonces no habían tenido oportunidad de acceder a estas intervenciones. La arrolladora fuerza de Obrador dio un gran impulso al centro y formó la base de la Neurocirugía española, en pañales hasta entonces. Le quedaba tiempo para ir también al Instituto y hacer cirugía experimental en animales, además de ayudar a los demás en difíciles técnicas, como la hipofisectomía en ratas.

El Instituto de Neurocirugía se convirtió en un centro prestigioso, esencialmente benéfico, que aumentaba las posibilidades de todo el conjunto, con nuevas técnicas diagnósticas y terapéuticas...; los únicos problemas fueron las quejas de los vecinos de aquella pacífica colonia, que se había visto alterada por la visita de excesivos entierros, ya que la mortalidad entonces era grande, y el carácter de don Sixto, que hizo huir y desperdigarse por provincias a varios discípulos. Boixadós, que sería su continuador en la clínica, fue el que más aguantó aquellas cataratas de exabruptos cuando algo salía mal o sencillamente un paciente se moría o quedaba con importante déficit neurológico. Su temperamento era de gran serenidad y aún así decía:

—Yo, cuando me empieza a echar una de sus broncas, cuento por lo bajo hasta cien antes de responderle, porque si no ya me habría echado por llamarle hijo de p...

Su carácter era tal que abroncaba a enfermeras y monjas, encontrándoles siempre culpables del fallecimiento de cada enfermo; su exacerbado amor propio no podía aceptar que sencillamente no hubiera podido sobrepasar la extrema gravedad y complejidad de una operación.

Más tarde caería en su servicio un emigrado polaco, excelente persona y buen técnico. Cansado de soportar tanta tensión, decidió emigrar a Canadá y, cuando ya la marcha era inminente, se lo contó a Boixadós. No se atrevía a despedirse de don Sixto. José Ramón le tranquilizó:

—Puedes quedar muy bien. Llama a su casa y deja el recado de tu marcha, don Sixto se fue ayer a un congreso a Suecia.

Pero el otro respondió:

—No, yo no llamo... ¿y si está?

A pesar de estos excesos de su carácter, Obrador fue un hombre excepcional científicamente y humanamente mucho más sensible de lo que estas anécdotas pudieran hacer pensar. No hay más que oírle en sus palabras dichas en un «13 de febrero» muy posteriomente, pero en las que refiere parte de su interesante historia y su estrecha relación con don Carlos:

«Hace treinta años que yo, juntamente con otros condiscípulos, muchos aquí presentes y ya jefes de Servicio, entrábamos como alumnos internos con don Carlos. Eramos un grupo de jóvenes, más bien unos chiquillos, ilusionados y entusiastas que pronto pudimos percatarnos de la nueva orientación

científica que nuestro maestro quería imprimir a la Medicina Clínica en España.

Yo estaba ya interesado en el sistema nervioso y alternaba mi actividad en la clínica con mis visitas al laboratorio del Instituto Cajal, de la Residencia de Estudiantes, que dirigía el inolvidable Del Río Hortega, y en los veranos a la Casa de Salud de Valdecilla Santander.

Fue precisamente en conversaciones sostenidas con don Carlos, algunas de ellas en su coche al volver del hospital, cuando bajo su consejo decidí marcharme al extranjero y aprender, primero con Foerster en Breslau, después en Inglaterra y América, la Fisiopatología, la Clínica y la Cirugía del sistema nervioso...

Yo regresé a Madrid en 1946 y debo confesar que una de las mayores impresiones que he tenido en mi vida profesional, tras tantos viajes y visitas por clínicas y laboratorios de todo el mundo, fue encontrarme allí, en una habitación sórdida, de techo bajo, llena de humo y una luz macilenta a un grupo de hombres ilusionados, tomando una taza de café y hablando de problemas médicos en torno al maestro. Para mí, personalmente, fue éste uno de los momentos más inolvidables de nuestro común camino y que me hizo comprender el infatigable esfuerzo que se estaba realizando para obtener nuevos hechos y observaciones científicas en condiciones y medios tan adversos...

Poco tiempo después el Instituto se instalaba en la Ciudad Universitaria y allí encontró un marco más adecuado para su labor, en la cual también pude tomar una pequeña parte en algunos trabajos experimentales con Elío y en la iniciación del Departamento de Electroencefalografía, con la colaboración de Larramendi y Rábano primero, continuado después por Oliveros y Carbonell.

En 1946, en otra mañana inolvidable, inauguramos nuestro primer centro de trabajo neuroquirúrgico en un pequeño hotel de la calle de los Olivos, donde instalamos un modestísimo Instituto de Neurocirugía, provisto de quince camas, y que debíamos a la ayuda generosa de don Carlos y de algunos miembros de la Asociación Protectora de la Clínica. En el Instituto de Olivos estuvo abierto más de ocho años, hasta que progresivamente logramos la creación de servicios neuroquirúrgicos hospitalarios...

La tarea es hermosa, pero el camino es muy largo. Como siempre ocurre en la extensa Ciencia Médica debemos ir penosamente, paso a paso, haciendo entre todos una útil y auténtica experiencia. Aprendiendo de todos y enseñando a los más jóvenes.»



Tienta en «Navalcaide», finca de Domingo Ortega, con éste e Ignacio Zuloaga, detrás Emilio García Gómez, José María Cossío y Antonio Díaz Cañabate.



En la Quinta Avenida en su primer viaje a Nueva York.

A la gran aportación que supuso al conjunto la incorporación de Obrador y su grupo había que sumar esas nuevas, sólo quince, camas que, evidentemente, no eran muchas pero sí de una gran especialización, nuevamente con técnicas pioneras en la Medicina española.

La labor de aquel grupo, tanto en la investigación como en la Clínica, seguía marcando la pauta del progreso médico en España. Además, el haber conseguido que por primera vez una revista médica de nuestro país fuera aceptada con interés en el resto del mundo y que «Revista Clínica Española» hubiera pasado a la «élite» de los índices médicos internacionales, hacía que sus trabajos fueran ya conocidos universalmente. La mejor prueba es que, de forma progresiva, aumentaba la petición de «apartes» de muchos trabajos de los más diversos países y ello, junto a su continua aportación en congresos internacionales, hacía que el reconocimiento no fuera ya sólo nacional o limitado a los países de habla hispana y Portugal, donde sus «Lecciones de Patología Médica», y el de «Asma y otras enfermedades afines» estaban en todas las bibliotecas médicas y en las particulares de médicos destacados... e, incluso, se revendieran a altos precios, dada su no fácil adquisición, debido a las dificultades de distribución de la Editorial Científico-Médica, regida por Juan Flors, mallorquín típicamente judío, que escatimaba y regateaba, y con el que don Carlos no conseguía aclarar lo escaso de los beneficios que le correspondían de derechos de autor.

Pero persistía la dificultad del idioma para otros países y decidió publicar por su propia cuenta, con la colaboración de la editorial de Paz Montalvo, el «Bulletin of the Institut of Medical Research» en inglés y enviarlo gratuitamente a universidades y grandes hospitales de todo el mundo científico y así facilitar el mejor y más directo conocimiento de su obra y de las de sus colaboradores, limitando su contenido a investigaciones destacadas, originales. Pero el volumen de éstas era tal que el boletín se publicaba trimestralmente y tenía un sumario de cinco o seis trabajos de este tipo, lo que puede dar idea de la riqueza de su producción.

También es de resaltar en esta época cómo él, el internista por excelencia, posiblemente el último gran clínico general en la tradición de Osler, fuera el fundador de dos de las más potentes sociedades españolas de especialidades médicas, en este caso la de Cardiología y la de Alergia, y ello lo hizo en poco más de un año.

La de Cardiología fue creada por él junto a un grupo de distinguidos cardiólogos: Alvarez Buylla (Oviedo), Azpitarte (Granada), Calandre, Duque, Sampayo, López Brenes, Márquez, Pescador, Varela de Seijas, Vega Díaz (Madrid), Trías de Bés, Gilbert Queraltó, Codina (Barcelona), Lamelas (Santander), Quero (Córdoba), Sánchez Harguindey (Santiago), Duclós (Sevilla), Iriarte (Bilbao), Rodríguez Fornos (Valencia) y pocos más.

El acta fundacional está fechada el 20 de julio de 1947 y don Carlos fue su primer presidente. Se trataba de potenciar la Cardiología como especialidad independiente. Por entonces, y aún muchos años después, la especialidad tenía carácter de «Pulmón y Corazón», unión desfasada e insostenible, cuando los problemas y las técnicas eran progresivamente más avanzadas y diferenciadas. Sin embargo, las trabas burocráticas para tan lógica separación no se resolverían hasta 1978 con la promulgación del Decreto-ley de 29 de septiembre, que reconocería la Cardiología como especialidad diferente de la Neumología.

Asimismo también se retrasaría, aunque mucho menos, la celebración del I Congreso Nacional de la Sociedad, en Valencia en diciembre de 1950. Dos de sus discípulos serían más tarde presidentes: Francisco Vega Díaz y Pedro de Rábago.

La gestación de la Sociedad Española de Alergia (luego de Alergia e Inmunología) fue por su iniciativa y también con un núcleo, aún más pequeño, de especialistas.

Sus continuas investigaciones y su continuo afán por desvelar los secretos de la alergia, le llevó a fundar esta sociedad. El acta fundacional no puede ser más parca ni los socios fundadores más limitados, dice así:

«En Madrid, a las 16 horas del 20 de noviembre de 1948, reunidos el doctor Carlos Jiménez Díaz, el doctor Carlos Lahoz Marqués y el doctor Javier Farrerons Co, acuerdan por unanimidad constituir la Sociedad Española de Alergia con arreglo a los estatutos aprobados. Y no habiendo más asuntos que tratar, media hora más tarde se levanta la sesión.»

La junta organizadora ya había promovido, en mayo del 47, lo que se considera el I Congreso Nacional de Alergia, bajo la presidencia de don Carlos y con ponencias de él mismo con los doctores Lahoz, padre e hijo, sobre: «Concepción, definición y clasificación del asma bronquial en España». La segunda ponencia estuvo a cargo de los profesores de Dermatología J. Gay Prieto y J. Gómez Orbaneja sobre «Dermopatías alérgicas», y la tercera, también del grupo de don Carlos, los doctores Arjona y Alés presentaron la titulada: «Anafilaxis y alergia. Mecanismo y significación».

El primer congreso oficial de la ya constituida sociedad tuvo también lugar en Madrid del 26 al 28 de mayo de 1949 y los asistentes no serían más de cuarenta, como se desprende de la fotografía que, en la puerta del viejo San Carlos, lo perpetuaría para la historia. En primera fila, rodeando a don Carlos los doctores Gavilanes, Perianes, Carlos Lahoz, Ortiz de Landázuri, Cruz Auñón, Arjona, Surinyach, Gómez Orbaneja, Targa y Farrerons Co. De estos diez, siete son de la escuela de don Carlos.

Con el tiempo nada menos que cuatro alergólogos de su escuela llegarían a la presidencia de esta sociedad: Fernando Lahoz, Antonio Sastre, Fernando Ortiz Masllorens y Emilio Alvarez Cuesta.

Aquel verano del 47 tuvieron una aventura que pudo acabar mal. Cuando llegaron a Salces la gente estaba atemorizada. Había reaparecido un antiguo «maquis» de la posguerra, apodado El Juanín. Tenía una banda de cuatro o cinco compañeros y estaban escondidos por los intrincados bosques de Cabuérniga y hacían asaltos en distintos pueblos, más que para robar para conseguir víveres para su subsistencia. Había un gran despliegue de Guardia Civil, pero siempre conseguían burlar el cerco, al ser toda la gente de aquella región y conocer palmo a palmo trochas y escondites. Conchita era muy miedosa y aquello la alarmó. Hasta hizo una propuesta de volver y pasar el verano en La Cabrera que Carlos rechazó tranquilizándola. Tenía mucho que hacer, pues estaba en plena elaboración de su quinto tomo de las «Lecciones de Patología Médica», dedicado a las enfermedades del hígado. Se había llevado todo el material necesario en sus grandes cajones de madera y no estaba dispuesto a volver a embalarlo y menos a que, cerca de Madrid, le interrumpieran en su trabajo.

Por entonces habían tomado la costumbre higiénica de hacer todos los días cuatro kilómetros andando. Lo hacían por distintos parajes. El coche quedaba detrás y Luis calculaba cuándo estaban a punto de finalizar la caminata y avisarles consultando el cuentakilómetros cuándo habían cumplido el trayecto. Un día, cuando bajaban tranquilamente con los sobrinos por las orillas del Saja, apareció Luis sonando el claxon y con la cara demudada. En la espera había visto movimiento por el desnivel de la montaña y, de repente, una gran roca había caído a pocos metros del coche. Se dio cuenta de que aquello había sido provocado y ya que no habían dado en el blanco, podrían bajar rápidamente antes de que sorteara el obstáculo. Afortunadamente, saliéndose a la cuneta, bordeando por centímetros el abismo de la izquierda, sin ningún quitamiedos, había conseguido salir corriendo, aunque alcanzó a divisar por el retrovisor a los maquis con sus armas. A Conchita se le doblaron las



I Congreso de la Sociedad Española de Alergia. En la primera fila con Alés, Puig y Leal, Fernando y Carlos Lahoz, Diaz Rubio, Barrantes, Farrerons y Arjona.



En la galería en Salces, con sus sobrinos.

piernas y hubo que dar un gran rodeo para la vuelta, pues no consentía volver por donde pudieran estar esperándoles. El miedo se le acentuó. Pensaba que habían querido secuestrarlos y no se acostaba sin revisar ventanas, puertas y cerrojos. Afortunadamente, no pasó nada y aunque la leyenda de El Juanín persitió por aquellas tierras durante años y nunca consiguieron apresarle, debieron emigrar a zonas menos batidas en su busca.

Posteriormente, don Carlos fue a dar un curso en la Universidad Menéndez Pelayo, que había recomenzado su labor docente, de intercambio cultural, sobre tantas cuestiones. Decidieron ir todos a Santander. Era el 28 de agosto, al parar a tomar un café en Torrelavega les sorprendió una notica que convulsionó al país, este país de toros y muerte: «Manolete muerto en Linares de una cornada.» Aunque no era muy manoletista, estilo opuesto al de su gran amigo Domingo Ortega, le afectó como a todos la muerte de un joven en plena gloria, cuando todo parecía sonreírle, aunque él lo hiciera pocas veces.

Pero casi le afectó más, al ver por los detalles de los partes facultativos, que aquel hombre se podía haber salvado. No es que Linares fuera por entonces un lugar demasiado preparado médicamente, pero los cirujanos habían actuado bien, aunque sin atreverse a ir directamente a la amputación, que podía haber sido salvadora. Lo malo fue que todo le indicaba que el final fue por una reacción transfusional y aquello sí que debía haber sido evitado.

En ese año 1947 había tenido una satisfacción especial cuando tres de sus sobrinos: Mariano, hijo de su hermano Eusebio; Pedro, hijo de su querido cuñado Pedro, y Gregorio, llamado como su padre Yoyo, fallecido en aquel terrible accidente del 39, decidieron estudiar Medicina. Quiso hacer con ellos lo que a él se había negado en sus tiempos de estudiante: que desde el principio tuvieran un aprendizaje en continuo contacto con la realidad, de objetividad absoluta y estimularlos y entusiasmarlos con todo lo que debían aprender. Los primeros años, de ciencias básicas, debían ir por las tardes al Instituto (Fisiología, Bioquímica, Microbiología), para después introducirlos en la clínica en sus propias salas a su lado, con una especial tutela de alguno de sus más destacados colaboradores. El no tener hijos hizo que aquellos «chicos» empezaran a tener un poco el papel de tales. Les preguntaba continuamente sobre sus estudios y exámenes, les hacía irse familiarizando con los libros y revistas de su biblioteca donde debían estar todas las noches, tras acabar la jornada del Instituto. Incluso empezaron a acompañarles sistemáticamente los domingos a La Cabrera y los veranos a Salces. Eran, menos Gregorio, buenos estudiantes y aún éste, menos aficionado a los libros, con gran empuje y disposición al trabajo, con un claro espíritu de cirujano en su vocación. Su exigencia hacia ellos era grande; siempre quería las mejores notas y todo lo que bajara de sobresaliente era mal recibido. Mariano (Manín para ellos) lo captó pronto cuando orgulloso de su Bachillerato plagado de Matrículas de Honor y con el único notable de su colegio en el durísimo examen de Estado final, todo lo que encontró, cuando le comunicó su decisión de ser médico, en vez de alabanzas fue:

—¿Pero es que en ese examen de Estado no dan sobresalientes?

A su lado era imposible no estudiar, tenían siempre delante su ejemplo. Al llegar los veranos le ayudaban a llenar dos o tres cajones de libros y revistas que necesitaría para su trabajo de vacaciones y que, por su gran tamaño, había que mandar facturados en tren a Reinosa. Una vez allí le veían nada más desayunar irse a estudiar y no interrumpirlo hasta la hora del aperitivo en la «huerta». Por entonces había conseguido que le vendieran una «isla», apenas unos metros cuadrados, limitados por el Ebro niño y la presa del molino que había aguas abajo. En ella se hizo construir una cabaña «como las de Canadá», de troncos de árbol, una pequeña y única habitación de unos cuatro por tres metros, con dos largas mesas bajo las ventanas que daban al río y al resto de la «isla», una pequeña estantería y una rinconada, donde guardar queso y chorizo, que luego aportaba para el aperitivo.

Colocó una real piel de toro que simulaba el mapa de España. Allí se aislaba totalmente. Incluso se hizo fabricar un puente levadizo, que levantaba con una manivela al pasar el río. Puso un mástil y un juego de banderas. La roja significaba «impermeabilidad absoluta», en la que incluía a *todos,* hasta a su mujer; la azul era de «impermeabilidad relativa», que permitía que ante algo importante se tocara una trompeta desde la otra orilla para que levantara el puente y, finalmente, la blanca que significaba «paso libre» y que rara vez se molestaba en poner, pues el puente quedaba sin elevar. Junto a la que correspondiera, ondeaba de forma perenne la del Instituto, blanca y azul, en ángulo.

El hecho es que por muchas ganas que los «chicos» tuvieran de coger la bicicleta e ir a Reinosa y pasear con amigas y amigos, o acercarse a la bolera del pueblo a probar sus habilidades, era imposible sustraerse al efecto de ver a alguien que para ellos les parecía que debía saber ya todo, mantener aquella disciplina de estudio y trabajo.

Pero a pesar de esa «obligación moral» de seguir estudiando en vacaciones, aquellos veranos también eran sumamente divertidos. Muchas tardes, o

incluso alguna mañana especial en que «rara avis» el tiempo era cálido y soleado. Don Carlos y ellos subían en bicicleta valle arriba hasta una poza del Híjar coronada por un puente romano llamado del Riaño y donde el baño era sólo un poco menos helador que en el propio Ebro al paso por Salces. Se podía nadar más y el panorama era de gran belleza. Alguno de ellos hasta hacía el «show», que más era locura, de tirarse desde lo alto del puente de cerca de cinco metros y desde donde había que caer sobre una pequeñísima superficie de profundidad sufiente entre las peligrosas piedras que lo circundaban. La subida de la carretera hacia allí era continua, pero con un especial duro repecho al paso de Paracuelles. Los «chicos» aflojaban la marcha, al ver las dificultades de su tío, la fatiga que le originaba aquella cuesta..., pero no decían nada para no herir su amor propio y ellos también hacían más ostensible su escaso cansancio.

Un año, como casi todos, su hermano Mariano pasó por Salces a recoger a su hija Layta, dando un rodeo en su marcha veraniega a Zarauz. Se le ocurrió contar que al hijo de su mujer, Juan Ignacio, de diez años, le había puesto un pequeño motor en la bicicleta llamado «mosquito», que impulsaba la rueda trasera. Cuando marchó don Carlos se dejó convencer de hacer lo propio y evitarse el gran esfuerzo que le iba suponiendo el pedaleo cuesta arriba. En su austeridad aquello le parecía un lujo, pero al final acabó diciendo:

—¿Por qué he de ser yo menos que ese mocoso?

Y el pequeño motor constituyó una gran ayuda sin renunciar a seguir utilizando la bici junto a los jóvenes.

Otra de las atracciones de aquellos veranos campurrianos eran las visitas. Aunque no eran muy numerosas, pues todos sabían que a don Carlos no se le debía perturbar en su trabajo... y que además les podía caer alguna broma cuidadosamente preparada por él. En dos ocasiones éstas fueron especialmente ingeniosas, pero «sangrientas».

En una ocasión la carta que anunciaba su visita procedía del trío formado por Vivanco, Parra y Alés. Le referían que pasarían por allí en sus motos tras una estancia en el País Vasco donde habían armado gran expectación. Allí Vivanco se había presentado como el duque de Cornamusa y Parra como otro aristócrata inventado (él, que luego sería por su matrimonio conde de Valmaseda y luego duque de Tarancón) y Alés figuraba como su secretario. Referían con suma gracia alguna de sus aventuras bajo estas personalidades que hicieron las delicias de todos cuando don Carlos les leyó la carta.

Decidieron esperarles con otra broma. Por entonces, Ricardo García Navarlaz, cuñado de Pedro, el hermano de Conchita, era juez en Reinosa y obtuvieron su colaboración. El caso es que cuando llegaron les salió al paso la Guardia Civil y les detuvo bajo la acusación de «suplantación de personalidad». Les llevaron ante el juez y éste muy serio les indicó que habían existido varias denuncias de verdaderos aristócratas de San Sebastián y que no tenía más remedio que encarcelarlos hasta que se aclarara el asunto. Parra estaba deshecho, pues tenían encima unas oposiciones a cátedra y pensaba que aquella detención le impediría presentarse. Pidieron enseguida que avisaran al doctor Jiménez Díaz que les conocía bien y les avalaría, pero Ricardo, el juez, se mostró inflexible y les metieron en el calabozo..., de donde al poco rato fueron sacados para encontrarse con estupor a todo el grupo de Salces entre estruendosas carcajadas.

Ya relajados, con sus motocicletas recuperadas, la juerga siguió toda la tarde, refiriendo las divertidas situaciones que aquella suplantación había originado. Contaba Vivanco:

—Fíjese don Carlos que en una ocasión el marqués de... me interpeló diciendo que había pasado toda la noche investigando y que no existía tal Ducado de Cornamusa, pero rápidamente Parra se le ocurrió contestar, aparentando indignación, que era uno de los títulos más antiguos, pero... pontificio.

—Pues todavía tuvo más gracia —intervino el propio Parra, ya pasado el miedo de no poder presentarse a la oposición— el día que en el «lobby» del Hotel María Cristina, de San Sebastián, un botones dando a su campanilla comenzó a llamar: «Señor duque, señor duque» y se levantaron nada menos que tres, más Vivanco, quien volviéndose a los otros dijo: «¡Vaya; hoy hay "poker" de duques!»

Otra broma, aún quizá más dura, fue dirigida no mucho después a Miguel Bañón, el serio y pulcro alicantino que sería siempre su analista y que solía pasar una semana con ellos antes de irse a disfrutar de su limonar alicantino.

En esta ocasión, para darle aún más fiabilidad, convencieron hasta al reverendo don Faustino para que participara. Todo consistía en que, al rato de penetrar en cualquier habitación, alguien desde el anciano cura hasta Conchita o los chicos, empezara al rato a olfatear y decía:

—¿A qué huele aquí? ¿No os dais cuenta de lo mal que huele? ¡A ver si hay por ahí algún ratón muerto...!

A la cuarta o quinta vez Bañón estaba desesperado. Por más que se duchara tres o cuatro veces al día y se echara colonia alguien, aparentemente muy serio como Pedro padre o Ignacio Jorrín, inventaba una frase sobre el mal olor. La cosa iba ya alterándole tanto que decidió marcharse antes de lo previsto, momento en que todos a carcajadas le contaron la maligna conspiración.

Salces era, pues, una bella mezcla de paz, estudio y diversión; posiblemente uno de los sitios en que tanto don Carlos como Conchita, como desde luego «los chicos» se resarcían del duro trabajo del curso.

El verano siempre terminaba en San Mateo, patrón de Reinosa. A don Carlos le encantaba aquella feria de ganado, con los mejores ejemplares de caballos y vacas de la región. No le importaba meterse entre el estiércol ni ver las grandes ubres a punto de explotar rezumando leche, al no haber sido ordeñadas para que dieran impresión de grandes productoras. También le gustaba pararse en los frecuentes puestos de aficionados a «herbolarios» y oírles las virtudes de aquellas plantas para los más diversos fines, desde los males del hígado al estreñimiento o al «mal de amores».

Por lo demás la famosa feria tenía poco contenido. En una ocasión, asistieron a un concurso de folcklore campurriano. Le entusiasmó solamente un viejo pastor que tañía un artesanal y viejo «rabel», instrumento de cuerda elemental y casi desaparecido. Su estupor fue grande cuando un miembro del jurado dijo: «¡Que se largue ese idiota!» cuando para él había sido lo único interesante.

El 30 de septiembre, tras volver a empaquetar libros y revistas, llegaba el duro momento del regreso..., pero para entonces ya tenía nuevamente sus «baterías» bien cargadas para enfrentarse a un nuevo curso y llevaba con él un nuevo libro y un montón de trabajos escritos con las investigaciones hechas por su grupo el curso anterior y que serían destinados a su publicación en «Revista Clínica Española», en el «Bulletin of the Institut of Medical Research» o enviadas a las más prestigiosas revistas extranjeras.

En el año 48 don Carlos hizo su primer viaje a Norteamérica. Fue con motivo de la celebración, casi simultánea, de congresos internacionales de Alergia en Filadelfia y de Cardiología en Chicago. Tenían ganas, tanto él como Conchita, de conocer Nueva York y aquel joven e impetuoso país, que había conseguido en pocos años salvar dos veces a Europa de agresiones totalitarias y ponerse a la cabeza del mundo y, muy especialmente del científico, del

de la Medicina. Don Carlos sentía gran interés por conocer directamente los grandes centros hospitalarios y las univesidades que dictaban la actualidad del momento, como en su época juvenil había hecho Centroeuropa... y tenía también gran ilusión de reencontrar amigos y anteriores colaboradores, Severo Ochoa a su cabeza, que habían proseguido una carrera ascendente en aquel admirable país. Como siempre inició su «Cuaderno de Viaje»:

«31 de mayo de 1948. Excursión a Norteamérica.

Decidida la salida el 30, domingo por la tarde, arreglé cosas, tuvimos visitas de despedida, cenamos y después de dudarlo acordamos acostarnos, mientras los chicos se quedaban en casa... A las tres estábamos arriba y llegamos al aeródromo a las cuatro y media. Allí estaban casi todos los de la clínica muy emocionados. Se veía que muchos no habían dormido. A las seis pasamos al avión y despegamos con emoción de ver a todos tan cariñosos... El avión no se movía —son formidables estos "Constellation", el nuestro era el "Star of Rome"—. Muy pronto llegamos a Lisboa, donde paramos una hora antes de emprender el vuelo a Azores... Tuvimos la buena noticia de que la escala sería en Boston en lugar de en Terranova... hasta Azores cuatro horas que se hicieron bastante largas... Y vino el salto.

Fueron doce horas de vuelo, el avión no se movía... Dormimos, nos dieron esas comidas tan asquerosas de los aviones americanos, pero aquello no se acababa... Llegamos al H. Waldorf Astoria, sorprendente —de película, la habitación preciosa— todo magnífico. Enseguida salimos a recorrerlo todo. ¡Qué bonita la zona de los cafés!

Martes 1-VI. Al asomarme a la ventana veía los rascacielos y una paloma que en mi ventana incubaba un huevo salió volando ¡Contraste quizá definitorio!... Ch. contenta, telefoneó a Ochoa que vendrá a las seis. Salimos, todo parece magnífico. Encuentro N. York más grande y con evidente encanto, los rascacielos son graciosos. S. Patricio es una catedral poco artística, pero impresionante... Luego el Rockefeller..., un laberinto es, sin duda, interesantísimo... Bajamos por un asc. extra rápido al grill junto a la fuente dorada de Prometeo. A las seis vino Ochoa, amable, cortés y muy cambiado, más tarde Carmen, su mujer; se habló de España, de la angustia de España, la tragedia de los de fuera... y los de dentro...

Miércoles día 2: Salí con Ochoa al N. Y. University y su Hospital Bellevue. El Dpto. de Ochoa tiene buenas instalaciones, aunque el local no es nada; hace cosas importantes de enzimas. Me dio "apartes"... Fuimos a ver a

Tillet (chairman) interesado con una sustancia prod. por el Staph. que deshace el pus... bajamos a la unidad de Hipertensión; allí conocimos a Villareal, un mejicano muy simpático que parece valioso... Vino Alessandri... fuimos al Museo de Arte Moderno...

Jueves día 3: a las seis me despertó el dolor, espasmosedina. A las ocho arriba al Presbyterian citado con Loeb. hospital imponente... su orientación en la enseñanza. Conocí a un danés que trabaja con V. Slyke en Rockefeller... mañana voy al Mount Sinaí...»

Así sigue, entre visitas a hospitales y comentarios sobre personas y trabajos en marcha, que traducen asombro y envidia de las circunstancias de trabajo y de reencuentros con compatriotas que iban a saludarles y a saber de cerca la situación real de España, que él pintaba mejor de lo que era en realidad. El domingo viajan en tren a Boston.

«Domingo 6: ...El tren soberbio con su dpto. para fumar. El campo llano y monótono, pero verde, cultivado, con muchos árboles; no hay pueblos, todo son casitas que parecen de anuncio, casi todas con auto a la puerta... Por fin a las cuatro llegamos al Hotel La Salle que me hizo un efecto Frankenstein, oscuro, sucio, con la radio en marcha ¡dónde meto a Ch!... Boston es encantador, con casas rojas o rosadas, las escaleras con barandillas, las calles con árboles, se cree uno en Escocia y en el siglo XVII-XIX parece que debería estar todo lleno de señoras con sombrillas rizadas de los grabados. Vimos el Massachussetts para hacer plan para mñ...

Lunes 7: Al Servicio de White que me dijo Cossío que nos "esperaba" y resulta que está en Grecia ¡Estuvimos en un "round", el tipo de reunión que podría hacer Lz. Brenes. Quizá debíamos hacer nuestra sesión por días cor. pulm. rñ. dig. S.N...

Martes 8: El día ha comenzado con un drama. A las siete me levanté y pedí el desayuno, ya eran las ocho y no venían, bajé y me dijeron que hasta las nueve "o'clock" no se abría el restaurante, que si quería me mandarían un criado del bar. Tardó más de media hora un negrito muy contento, con una bolsa con tostadas de mantequilla envueltas en un papel y dos cartuchos de café, no traía azúcar "porque yo no lo había pedido" ni tampoco leche: "¡Ah! ¿quiere usted leche?" Dio un salto y volvió... treinta minutos después con dos botellas de leche helada... miró al espejo y se puso a silbar... Vi operar a Overholt, que me pareció magistral. En el Massachussetts, gran sesión anatomoclínica..., pero no mucho más que las nuestras...; tarde deliciosa e inolvidable

Ch. y yo solos en el embarcadero, la tarde brumosa con efectos de luz, la húmeda melancolía del agua, algún pato y alguna gaviota...

Miércoles 9: Cita con Rackerman; es un anciano limpio, grato y simpático... en su despacho mis libros! Nuestros trabajos le interesaron mucho. Todo muy ordenado por la enorme cantidad de secretarias. ¡El laboratorio en el sótano, pasando por la limpieza y el lavado! Criterios anticuados y rutinarios. A los enfermos siempre los mismos tratamientos poco flexibles... salimos para la Clínica Joslin. Doctor Bayley, joven y simpático, se interesó mucho por nuestras cosas. Luego fuimos a la casa del propio Joslin. Tiene setenta y cuatro años, activo, sano, encantador... me dio sus programas para niños diabéticos... Luego Tanhauser, más gordo, congestivo y temblón, pero con una simpática cara animada, me reconoció enseguida y estuvo muy cariñoso, se interesó por Barreda. La señora distinguida y venerable, también típicamente europea. ¡Cuántas cosas han pasado en estos quince años!... Fuimos rememorando con un contacto afectivo de cierto sabor romántico como una alegría no declarada al pasado feliz... tiene un "Platinir". El jueves, tras visitar a Damesheck y Welch, regresó a N. York y de allí a Filadelfia y a Chicago sin parar de establecer contactos, de visitar hospitales y anotar cualquier novedad.

Impresión de Chicago:

Domingo 13: ...Empiezan los suburbios y progresivamente casas con corrales mínimos, muchos negros, por fin la ciudad ¡no es tan bonito esto! El H. Stevens, enorme, babilónico..., el lago y la Avda. Michigan, esto sí limpio, claro y bonito como una ciudad mediterránea. Es formidable este mundo animado que hay aquí... sólo vimos la planta baja del museo, arte asirio, egipcio, griego, romano, medieval, oriental. Está muy bien puesto, ¡hay que ver lo que han traído para acá de nuestro viejo mundo!

Martes 15: Preparo entrevista con Unger. El régimen de este hospital es de "assistant fellows"... En la cena el incidente con el mejicano Chaves quieren ignorar a España... se oye lo de la Inquisición. ¿ Y el primer hospital y la primera universidad? Salimos indignados todos... al final del Ice Show bailamos y... cuarenta y dos dólares de mi alma.»

Durante el congreso de Cardiología en el H. Michael Reese (donde luego enviaría a su sobrino Pedro con Katz a aprender Hemodinámica). Un comentario sobre los sudamericanos: «Mucha gente, numerosos sudamericanos me buscan, hablan de mis libros, etc., pero también hay aquí un drenaje de "nuestros" países que tienen una pretenciosidad triste, hablan inglés con mal

acento americano y creen que son algo porque se codean con éstos. La actitud es de servil adoración. Se va disolviendo aquello que dejamos... Viene a saludarme Rafael Méndez. Se le ha muerto la mujer, ¡pobre!, preparo mis cosas para la intervención de mñ.

Miércoles 15: Unger me esperaba. Muy simpático, conocía todas mis cosas. Me presenta a mucha gente: "¿Es usted el médico de Franco?", respondo: "Afortunadamente para España, Franco no necesita médico." Vamos a comer con Suárez (Pto. Rico) me dice que aquello hoy es una colonia, todos están como mozos con relojes; el papanatismo es fantástico; pero desde que yo estuve en América (1943) hasta ahora el salto es muy importante, sobre todo de Méjico, pero también de los otros...

¡Ya lo anuncié en mi informe al Congreso de la Hispanidad!... Residuos de Europa, Kirsch, Scherf, Raab, que pregunta por Lz. Brenes.»

Al acabar el Congreso viajan a Washington el sábado 19: «Me encontré con Page y me quedé con él, le di nuestros trabajos y quedamos en hablar de ello ulteriormente.»

En Washington: «El museo es importante, tiene una sala con Renoir, Manet, Degás, Monet, etc. También cubistas, hay un "picasso" como el ciego azul bueno. De lo demás hay un bodegón de Velázquez, un "Moro" muy bueno y un soberbio "Greco" ("La Asunción")... El de Historia Natural es soberbio de ejemplares y de instalación..., me han dicho que aquí trabaja Cuatrecasas... Charlamos mucho (situación de Delgado Torres, de J. R. Jiménez) lo de Santallana, su historia y su libro, ¡qué pocos españoles saben bien lo que es España y lo que significa!»

Para cortar lo monotonía de médicos destacados y de hospitales, podemos intercalar aquí la visión de una carta de Conchita a sus sobrinos, a los que seguía tratando como niños pequeños.

«Día 8 de junio de 1948:

No puedes figurarte Manín precioso la alegría de ayer cuando al llegar de Boston me encontré con tantas cartas..., a cada uno os cuento cosas distintas porque como las leeréis los tres, porque digo que nunca he escrito tanto como ahora, porque sois tan buenos que os merecéis lo más que puedo ofreceros. ¡Mira que escribir yo tres cartas seguidas!... Esta ciudad no se puede decir más que es de ¡miedo!; todo aquí es inmenso y si no fuese porque voy con Carlos, al llegar aquí habría hecho como aquellos paletos que vinieron de su pueblo a Madrid y al llegar a la Calle de Toledo y ver los maniquíes que había en las tiendas y que todos estaban sin cabeza se creyeron que eran personas y muy serios se miraron y con las mismas salieron corriendo a casita, no fuera que hicieran lo mismo con ellos... No puedes figurarte el caso del tío; ya está aquí como si viviese de siempre, cafeterías, metro, tranvías y habla de corrido (que esto sí que es difícil) yo me lo quedo mirando como tonta y no me lo explico. Está entusiasmado con los hospitales que ha visto, no por los profesores, sino por el dinero tan enorme y la cantidad de gente que tienen para todo ¡qué lástima que España sea tan pobre! Te diré, porque esto os alegrará mucho a los tres, que le conocen en todos los sitios y que en la biblioteca de hospitales y universidades tenían sus libros y en casa de un profesor muy célebre que nos invitó, también los tenía y le pidió que se los firmase; el tío no se explica cómo se han hecho con ellos y además sin saber español, esto es precioso, ¿no?...; dices en tu carta que si me acuerdo de Salces, lo añoro y este año lo apreciaré más que nunca si cabe: el pradito, la "vez", el momento del riego y... hasta a los sobrinos; esto no quiere decir que os tenéis que aprovechar de mi deseo de teneros alrededor, precisamente este año tenéis que ser buenos y comer algo menos que otros años, porque este viaje me va a dejar totalmente arruinada, porque no podéis figuraros lo que aquí cuesta todo, propinas de un dólar y a ese tenor los precios, además de carísimo se comen porquerías que a ellos les entusiasman, pero a los españoles (sobre todo a mí) nos dan asco, porque todo me parece hecho en Chicago y conservado y envasado en frigoríficos...»

En el Congreso de Filadelfia le llamó especialmente la atención la gran exposición de equipo médico moderno.

«Lunes 21: La objeción de Braun Menéndez, él sigue empeñado en lo mismo de los perros, pero quiere compartir lo nuestro, desea saber la proporción en que hacemos la sol. extract. de pared arterial... Impresión de política, prejuicios, recelos absurdos, etc. ¡Qué le vamos a hacer!... Anoto algunos libros y aparatos interesantes, los EKG, el Geiger Counter, la máscara de oxígeno...

Miércoles 23: A las siete y media ya estaba hablando con Popper, luego Wittich, Unger, Waldblott, Coca, etc. Presenté lo de las precipitinas que interesó mucho. Me parece difícil sacar a éstos de su rutina... Popper me llevó a un club que se hizo en 1903, dijo: "Aquí no tenemos cosas tan antiguas como en España!"... Habló Page con su mezcla de ironía-seriedad y petulancia-non chalance. No me gustó nada, superficial. Dudé mucho, pero llegué a la convicción de que debía intervenir y si no no quedaría satisfecho, y expuse mis ideas —creo que lo hice bien—, me aplaudieron y comprendieron, había in-

teresado, me pidieron "reprints". Page no estuvo receptivo a mi salida, no sé si no me vio.»

Finalmente regresaron a España el día 10 de julio, tras mes y medio de intensa y fructífera actividad, de ver novedades y discutir sus investigaciones con los por entonces no llamados aún VIP, pero que eran las estrellas de la Medicina mundial —«cuanta gente en el aeródromo ¡con amigos, hermanos, sobrinos! Todos con el mayor cariño, en aduanas nos dieron facilidades... pero falta una maleta; se ha perdido esto no agua la alegría de la llegada. Nos quedamos solos y a dormir en *nuestra* cama que está aquí esperándonos; donde vamos a hacer nido, aunque sea por una noche, ¡y así acabó este viaje! —¡Ah, la maleta se encontró!».

Al regresar de aquel viaje nuevamente fue objeto de más y más entrevistas. «Informaciones», recién llegado —13 de julio—, en primera plana publicaba una de ellas con algunos puntos de interés que extractamos. Estaba firmada por Josefina Carabias y era primicia:

«EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ REGRESO DE NUEVA YORK —Estados Unidos—, desmuestran mágicamente hasta dónde pueden llegar el esfuerzo y la habilidad de los hombres.

—...Es que acabo de llegar anoche de Estados Unidos y todavía no lo sabe casi nadie. Yo le agradecería que no lo dijera porque...

—Esté tranquilo que aparte de los lectores del periódico no lo sabrá nadie por mí.

—Nunca había estado en U.S.A. y vengo mucho más contento de lo que pensaba. Me ha gustado mucho todo: he encontrado bonitos hasta los rascacielos. Nueva York es una ciudad auténticamente maravillosa...

—Y de la Medicina americana, ¿qué me dice usted?

—Es completamente distinta, no sólo de España, sino de Europa. La vida de los médicos de allí no se parece en nada a la nuestra. La Medicina americana dispone de unos medios técnicos infinitamente superiores a los nuestros... cuando alguien se siente mal toma un taxi y se marcha al hospital, donde está perfectamente atendido... lo más característico de aquel país es la gran sensación que se siente de hasta dónde pueden llegar el esfuerzo y la habilidad de la mano del hombre o, mejor dicho, de los hombres, de todos a una, puesto que allí el esfuerzo individual deja poca huella. Otra cosa chocante es que, a pesar de la multitud humana que circula por allí, no se percibe que haya nadie que sobre. Todo el que va a Nueva York con una profesión sea intelectual o manual encuentra medios para abrirse camino, siempre que esté dispuesto a trabajar, naturalmente... La sensación más clara que traigo es que de allí todo es distinto, completamente distinto de nosotros y de Europa y del resto de América. En todos los aspectos, aquello es otro mundo. Por eso creo que debe ir todo el que pueda y fomentarse también que vengan aquí, especialmente, claro está para mí, en el mundo de la Medicina y de la Ciencia en general...»

En aquel viaje, claramente tomó conciencia de la enorme distancia que quedaba por recorrer a la Medicina española, especialmente en cuanto a medios y organización, respecto a la más avanzada del mundo. Había tenido contacto directo con las grandes figuras del momento, había tenido también las satisfacción de saber que a pesar de tan marcadas diferencias su trabajo y su nombre era conocido. Le llamó la atención como aquella envidiable Medicina estaba atomizándose progresivemente, no ya en las especialidades que él mismo había promocionado en su cátedra, sino en parcelas diferenciadas dentro de cada una de ellas; lo que se empezaba a llamar subespecialidades. Ya no había solamente cardiólogos, sino hemodinamistas, arritmólogos o electrocardiografistas; era nítido que el progreso de las técnicas, cada vez más sofisticadas, obligaba a una dedicación más exclusiva a un retazo de cada gran especialidad. Le había resultado curioso, que cuando se presentaba, dependiendo a quien fuera, la contestación que recibía era inevitablemente

«Ah, Jiménez Díaz! I know your work. You are a great alergologist.» Y la clasificación de alergólogo pasaba a cardiólogo, reumatólogo, hepatólogo, nefrólogo..., según el campo en el que trabajara el interlocutor, y lo que nadie entendía es que fuera una misma persona la que produjera trabajos clínicos y de investigación valiosos en tan distintos campos de la Patología. Dentro de la íntima satisfacción que ello le producía, no dejaba de llevarle a la conclusión de que ése era el futuro, que cada vez requería en su conjunto para que el avance no se detuviera personas jóvenes (a los maduros sería más difícil cambiarles) que extremaran su especialización en esos grados. Tomó buena nota de ello y sería una de las guías de su obra en el futuro.

Aquel verano, más ansiado por la tardanza, en Salces siguió escribiendo y estudiando y también pintando; hizo dos de sus cuadros favoritos: «Don Andrés, el de las barbas» y «Angelín en el paraíso», con dos modelos bien opuestos. El primero, don Andrés era un gran patriarca de la zona, todavía con su leontina de oro cruzándole el chaleco, bajo unas luengas, rizadas y blanquísi-

mas barbas. El segundo Angelín Setién, un rapaz de ocho o diez años, que con expresión golfa mordía una manzana bajo un frondoso árbol de la «huerta».

La vacación tuvo también la novedad de la vuelta a su aldea de un hermano de Ignacio Jorrín, Gonzalo, con su familia, que había partido a Chile buscando fortuna y retornó como el típico indiano. Como tal, lo primero que hizo fue donar para la pobre iglesia del lugar una gran imagen de la Virgen... por cierto que ante la conveniencia de comulgar ante todo el pueblo el día solemne de entronización de la nueva imagen, le dijo a don Faustino, que solía pasar unos días en el retiro de su antiguo discípulo:

—Mire, padre, mañana tengo que comulgar, así que tendrá que confesarme tras más de veinte años... pero no se asuste usted que seré breve, no tengo más que decirle: Menos robar y matar TODO..., ¡incluyendo desear a la mujer de mi prójimo!.

Tenía dos hijas jovencitas y monas, con su dulce acento chileno que alegraron el verano de los «chicos». Don Carlos escribió el guión y rodó su primera y única película «con argumento». Era una farsa en que parodiando comedias benaventinas las chicas «deshonraban» a los chicos, con gran furia del padre de éstos, que representó con mucha gracia Ignacio. Se titulaba «El honor de los muchachos puede saltar hecho cachos» y su «estreno» fue el gran éxito del verano.

En el nuevo curso se reanudaron las tardes en el Instituto, las sesiones, el trabajo ilusionado de aquel conjunto cada vez más enfervorizado. Al tiempo su fama crecía y crecía. Había regresado Marañón y ambos compartían el papel de «médicos estrella». Durante muchos años, hasta después de su muerte, eran don Gregorio y don Carlos, aún sin especificar el apellido, no ya en el ambiente médico, sino también en cualquier medio social, aun entre el pueblo llano. Y como siempre sucede en este país, tan dado a enfrentamientos, filias y fobias, se les quiso convertir en rivales, fuera de toda realidad, pues ambos se respetaron siempre mutuamente y mantuvieron una buena relación.

Para los que querían seguir manteniendo esa rivalidad o animosidad entre ellos, pueden ser útiles varios datos que lo rebatan. En primer lugar está el hecho del importante papel de Marañón en su defensa cuando la famosa oposición de Barcelona en el año veinte. Se puede argüir que don Gregorio tomó el papel de acusador de un sistema y no el defensor de don Carlos, por entonces un joven casi estudiante y desconocido. Efectivamente es así, pero si la actuación de éste no le hubiera parecido tan sobresaliente y el fallo tan injusto, no habría tenido razones de saltar a la palestra en ese determinado momento, pues injusticias habían existido antes y existirían después. En segundo lugar, un dato meramente científico y objetivo: en su gran obra del «Diagnóstico etiológico» señala en su prólogo que ha limitado todo lo posible el índice de nombres y que ello fue resaltado por su editor. Dicho índice de nombres comprende sólo ochocientos setenta y dos autores (efectivamente corto para una obra tan amplia) de los cuales, quizá con generosidad, cita solamente a cuarenta y dos españoles, y entre ellos el único citado cuatro veces es Jiménez Díaz (alergia, latirismo, insuficiencia suprarrenal, nefritis), seguido de Hernando y M. Tapia con tres citas y Pittaluga con dos. Tiene el elegante detalle de no citarse a sí mismo.

Por último don Carlos guardó siempre dos cartas muy amables de don Gregorio. La primera tuvo como motivo la malquerencia que siempre quisieron algunos crear entre ellos. Don Gregorio dio una conferencia en la que fue tomado el rábano por las hojas, alguien fue a don Carlos con el cuento de que había dicho veladas alusiones negativas a su persona y su obra, don Gregorio, al que también llegó por este tipo de personas la reacción que ello había originado en don Carlos le escribió:

«Mi querido amigo:

He mandado copiar el borrador lleno de adiciones y apenas legible, que me sirvió para mi conferencia, para que tenga la copia clara y se la enviaré con mucho gusto. Pensaba hacerlo y no publicarla sin que la leyera usted *porque hay gente tan bellaca* que a mí mismo me han dicho que podía aludirle en algunas cosas que dije, lo cual como verá usted es una estupidez y una maldad. Creo que su obra es *fundamental en la Medicina española,* nada puede decir que menoscabe su legítima autoridad, ni aun en aquellos matices, como el de las oposiciones, en los que no pensamos lo mismo.

Me alegro mucho que haya habido ocasión de decirle esto y acaso para proponerle que alguna vez hagamos callar a la gentecilla de lengua envenenada. Muy suyo buen amigo. G. Marañón.»

A ella don Carlos contestó:

«Mi querido amigo:

Le agradezco mucho que me haya enviado su conferencia, que he leído enseguida; efectivamente nada hay en ella que pueda aludirme a mí y a lo que yo pueda significar. Algunas personas me dijeron que había "alusiones embo-

zadas", más bien que a mí a la orientación que yo he podido imprimir a mi labor. Era esto lo que a mí me importaba; lo primero no lo hubiera creído en absoluto y en caso positivo me hubiera producido gran disgusto, pero nunca una reacción violenta. En cambio, si hubiera habido algo de lo segundo, me vería en el deber de exponer mis opiniones.

Yo no sé si en esa interpretación de algunas gentes —que han sido muchas, puesto que han llegado a usted como a mí— hay maldad, en muchas indudablemente, pero me parece excesivo en general, y por eso pienso que juega un papel esta psicología hispánica de "ruedo".

Por último, respondiendo a un párrafo de su amable carta: Yo estoy de acuerdo con usted para hacer cuanto a usted se le ocurra en demostración pública de la buena amistad, mutuo afecto y estimación y ausencia total de antagonismos entre nosotros. Siempre que ha habido ocasión lo he hecho patente, y en este asunto he respondido pidiéndole a usted su conferencia y diciendo "primero hay que saber lo que ha dicho Marañón".

Con el más sincero afecto y amistad, suyo. C. Jiménez Díaz.»

Como puede verse ambos hacen expresión de un respeto mutuo e intentan deshacer la leyenda de cualquier tipo de enfrentamiento.

La otra carta dice así:

«Mi querido amigo:

Olvidé el otro día, cuando le vi, darle las gracias por el envío de su libro. Por el envío y por la lectura, que es interesantísima y, sobre todo, eficaz, porque dice verdades, grandes verdades y su autoridad hará que influyan en nuestra vida universitaria. Voy a dedicarle unos párrafos en nuestro boletín. Y quiero también darle las gracias por la rapidez con que me dio la palabra. Me dicen los de casa que la reunión va muy bien. Un caluroso saludo de su amigo. G. Marañón.»

En esta ocasión (6-VI-1952) se refiere sin duda al libro «LA INVESTIGACION CIENTIFICA Y LA ENSEÑANZA Y ORIENTACION DE LA MEDICINA», al que más tarde haremos referencia, pues es quizá donde más expresa sus ideas sobre estos aspectos, a través de la experiencia vivida en ambos aspectos. A pesar de las alentadoras palabras de Marañón, estas ideas y las soluciones que aportaba para modificar la situación, especialmente en cuanto a la modificación de la enseñanza, fueron largamente ignoradas por las autoridades correspondientes. Finalmente tuvo que ser su ejemplo y su obra las que acabaran imponiendo, aún después de su muerte, muchos de los criterios allí valientemente expuestos.

Los periódicos seguían aún con el peso de la censura y atacar los «contubernios» de otros países contra el régimen. Quizá por ello, con cierto exceso eran requeridos para entrevistas y rellenar secciones. Así, por ejemplo, el «ABC», de 19 de diciembre de aquel año 48, hacía una encuesta de preguntas sobre temas diversos a «personalidades» (Salvador Dalí, Blanca de los Ríos, José M.ª Pemán, Wenceslao Fernández Flórez, Julio Camba, Serrano Suñer, Raimundo Fernández Cuesta)... y Jiménez Díaz, entre literatos y políticos:

«—¿Qué poeta le gusta más?

—Es difícil decir sólo uno; de los clásicos, Fray Luis de León; de los contemporáneos, García Lorca y Pedro Salinas.

—¿Y de los novelistas contemporáneos?

—Sin duda, Pío Baroja.

—¿Cuál es su ocupación favorita?

—Mi trabajo diario en la cátedra, mis clínicas y mi Instituto de Investigaciones.

—¿Cuál es su diversión preferida?

—La pintura, la música, las excursiones por la montaña.

—¿Qué animal prefiere?

—Todos los mamíferos de pequeños cuando todo en ellos es gracia espontánea: los terneros, los borriquillos, los chivos, etc.

—¿Qué animal le inspira más horror?

—Los del mundo oscuro y siniestro de los artrópodos, ésos que salen cuando se levanta una piedra.

—¿Qué figura histórica admira más?

—Francisco Pizarro.

—¿Por cuál siente usted más adversión?

—Es difícil; muchos de los «malos» de la Historia tienen ciertas dotes que les hacen simpáticos; los que producen aversión carecen de personalidad para ser propiamente históricos.

—¿Qué paisaje está más cerca de su corazón?

—Castilla en el crepúsculo.

—¿En qué siglo le hubiera gustado vivir?

—Me parece mejor cualquiera de los pasados que el futuro.

—¿Cuál es la nota más saliente de su personalidad?

—Yo creo que la vehemencia, el apasionamiento.

—¿Cuál es su mayor ambición?

—Realizar las ilusiones de los veinte años, mejorar la Medicina española y utilizar bien lo que poseo.

—De no ser lo que es, ¿qué le hubiera gustado ser?

—Pienso que todavía no soy, que me hallo en tránsito. Me gustaría llegar a ser un hombre de Ciencia estimado.»

A través de estas respuestas, muy sinceras (se atreve a citar a García Lorca en aquel tiempo) se traducen bien sus preferencias y su personalidad.

En otras ocasiones, su aparición en la prensa se debía al tradicional tinte sensacionalista de gran parte de ella y a la que difícilmente se consigue sustraer ninguna personalidad.

Así ocurrió con un caso médico que fue profusamente aireado en los periódicos y de ellos partió la petición de que aquel «extraño» caso fuera visto por la mayor eminencia médica del país para aclarar su naturaleza. En febrero de 1950, «El Alcázar» primero y luego los restantes diarios airearon que una mujer de la Calle del Amparo llevaba «durmiendo» treinta días. Ante lo que, por su proverbial incultura científica, era un caso excepcional que consideraban que sólo Jiménez Díaz podría aclarar aquel misterio. No tuvo más remedio que acudir a verla para acallar aquellas voces y ver si podía hacer algo por ella. Al día siguiente de la visita en grandes titulares se leía:

«Lleva treinta y cuatro días durmiendo.» «El doctor Jiménez Díaz visita a la enferma de la Calle del Amparo.» «La dolencia —dice— obedece a una hemorragia cerebral. No es un caso muy raro...»

«El doctor Jiménez Díaz, eminencia de la Medicina española, a quien rogábamos que visitase a la enferma de la Calle del Amparo, que lleva treinta y cuatro días durmiendo, ha estado, a las dos y media de la tarde de hoy, en la casa de la expresada señora. Llegó acompañado del médico de cabecera, doctor Vidaurreta. Pasó seguidamente a efectuar el reconocimiento, que duró exactamente tres cuartos de hora. Ayudado por la enfermera Matilde Romero, vecina de la casa, que desinteresadamente asiste a la enferma desde el primer día, el doctor Jiménez Díaz realizó una detenida exploración del sistema nervioso, haciéndole reflejos patológicos, sirviéndose de un martillo de percusión. Practicó los sistemas Babinski, Gordon y Oppenheim.

Terminada la exploración, el eminente especialista manifestó para los lectores de "EL ALCAZAR" que, a su juicio, la enfermedad obedece a una hemorragia cerebral ocurrida el 5 de enero, en que empezó a sentir sueño. El origen pudo ser un tumor. De todas formas, se trata de un caso bastante corriente. "Hay que trasladar a la enferma —añadió— al Instituto Neuroquirúrgico con el fin de practicar varias radiografías y poder determinar exactamente el estado de la enfermedad que, desde luego, es de suma gravedad." Terminó elogiando el plan clínico señalado por el doctor Vidaurreta.»

Como se ve, un modelo de «información científica», pero a la que don Carlos no tuvo más remedio que plegarse.

No sólo eran los periódicos españoles. Aquel mismo año, ante una pequeña indisposición de Franco, el «Daily Telegraph» publicó una columna, bajo el titular «General Franco's Health», que en su traducción decía:

«Desde España he recibido una exacta y auténtica versión sobre la salud del General Franco, que ha causado preocupación en algunos lugares, debido a un colapso que sufrió antes del verano.

Después de su colapso, el doctor Jiménez Díaz, considerado en España como el miembro más destacado de su profesión, le hizo una revisión. Encontró que el General Franco sólo sufría fatiga acentuada por un ataque de colitis y por haber permanecido dos horas de pie firme, el día antes del colapso, en una ceremonia religiosa. El General Franco trabaja mucho, pero usualmente se preocupa poco. Bebe muy escasamente, tiene un buen apetito y come más de lo que los doctores encuentran aconsejable.

Siempre hay una gran ansiedad respecto a su salud, dada la ausencia de ningún obvio sucesor. Se espera que ahora dedique más su mente de forma imperiosa a este problema.»

...Lógicamente esta noticia no se publicó en España y don Carlos no nombraría esta consulta ni a sus más íntimos colaboradores.

... Y llegaron otras Navidades y otro nuevo año se abría esperanzador en pos de completar su obra. El día de Reyes, siempre objeto de sorpresas, de ocultación de regalos hasta última hora entre el feliz matrimonio que seguían jugando a ser chiquillos en aquella fecha, a seguir creyendo, ¿por qué no?, en Gaspar, Melchor y Baltasar, Carlos sólo encontró un pliego muy historiado que decía:

«En la Villa y Corte de Madrid, a 6 de enero de 1949.—DECLARO, yo Conchita de Rábago, natural de Madrid (1), de "diecinueve" años de edad y estado casada, por este documento: RENUNCIO totalmente y sin excusa alguna a toda clase de regalos (2) de valor superior a veinte reales durante un año, para así contribuir de VERDAD a evitar la ruina que supondrá el regalo que en este día hago a mi querido esposo, que Dios guarde muchos años. Si así lo cumplo, que Dios me lo premie y si no me lo demande. Concha de Rábago, de Jiménez Díaz.

Le costó a Carlos sacar en qué consistía aquel fantástico regalo que tanto sacrificio conllevaba, pero no se lo pudo mostrar, porque aún no exisitía. Se trataba del encargo que había hecho al pintor Eugenio Hermoso, por entonces destacado con la Medalla de Oro de la Exposición Nacional de Bellas Artes y que ya había hecho un retrato a Conchita y de él, de un gran cuadro que, al estilo de la «Lección de Anatomía del doctor Tulp», de Rembrandt, representara a su marido, rodeado de sus colaboradores predilectos, en una sesión clínica. Sólo le pudo enseñar un boceto que el pintor le había hecho rápidamente, pues sería necesario que ellos mismos y los colaboradores elegidos fueran pasando por el estudio de la Calle de Almagro para su correspondiente retrato dentro de aquel amplio conjunto de batas blancas que rodearían la camilla, donde una joven enferma, con leve tinte ictérico, era objeto de estudio y discusión por don Carlos, como en realidad hacía en las sesiones clínicas semanales.

La elaboración fue ciertamente premiosa, por la cantidad de personas a retratar y lo muy ocupados que la mayoría estaban para perder muchas horas posando. La prueba es que el cuadro quedó fechado en 1950.

Se conservan algunas cartas sobre la lenta marcha del cuadro y la no muy favorable acogida que tuvo..., e incluso sobre el precio, con la temblona letra

(1) Aunque malas lenguas aseguren que soy campurriana.
(2) Los regalos se entienden sólo del esposo (por si las moscas).

del pintor extremeño, de la que extraemos algún párrafo significativo; la primera dirigida a Conchita que fue la autora de la idea:

«Mi ilustre y muy distinguida amiga:

Se va este primer trimestre del curso y no consigo que vengan más de tres doctores a dejarme una hora contemplar su rostros sandungueros. Si usted *no toma cartas en el asunto* llega fin de curso y no hemos avanzado nada, en lo que a los retratos se refiere, en esta ambiciosa composición. Si no ya para esta semana, para la que viene convendríamos los siguientes nombres, pegados a sus hombres correspondientes: Gil Sanz, Arjona, Miñón, Lorente. Estos por de pronto...», a don Carlos, ya entregado el cuadro. «Contesto a su carta de julio a mi vuelta a estos Madriles de exposiciones. Bienales hispanoamericanas, de estatuas de generales célebres e ignorante de corteses y pizarros. Madrid, imperialista de los Cuatro Caminos, de barrios de cruces y encrucijadas. ¡Madrid, rascacielista de Truman! Sentí no estar en julio, implacable en esta "pajarera", que hace desear pasar a mejor vida. Intermedia entre ésta y mi estudio viene a ser la cantada por Fray Luis, que yo creo que no supo nunca lo que es vivir "de el monte en la ladera" cerca del hombre *arboricida*. Me da su impresión sobre el cuadro lamentando que ésta no sea totalmente favorable de un ángulo a otro de mi obra y que esa impresión sea bastante general. En este mundo nunca hay felicidad completa, siempre hay algo que entenebrece la luz... Tengo la foto y voy a hacer mi crítica sobre las figuras que nos ocupan. Por lo pronto, la figura enlaza de luz y de línea con las demás figuras. Es aparte el desnudo, la más personal mía del cuadro... La figura (se refiere a la de Conchita) es bonita de línea, tiene espíritu y poesía y esto es para separarla del asunto total, en que domina un espíritu de otra clase, aunque no prosaico, algo unánime en cuya unanimidad no encuadra la figura, sin duda, por el simple hecho de mirar al espectador, cosa, como usted sabe bien, muy corriente en los cuadros clásicos... un menor realismo puede ser motivo de esa objeción unánime sobre la figura de Conchita en un conjunto en el cual no la separa más que unos ojos únicos que no miran hacia el centro del cuadro. Esto es muy sencillo de arreglar cambiando la mirada hacia el desnudo, mirada que puede ser muy bella, mirada si se quiere hacia dentro...»

Otra carta sobre la crítica a esa figura y el precio del cuadro:

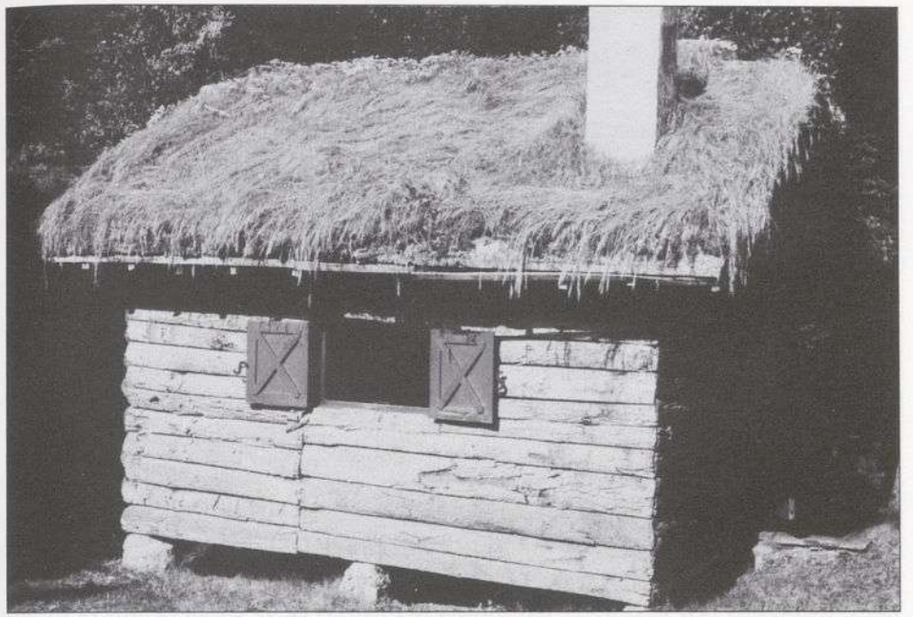
«Prefiero que me haya dicho lo referente a la figura de Conchita, porque así podremos poner remedio. No creo difícil que la figura gane, tanto en parecido como en alguna otra cosa de esas que tanto preocupa a las señoras en general... yo dejaría el otro punto, el crematístico, para después, porque es pun-

to y aparte de mi vida de hombre apartado del mundo de las realidades vivas y coleantes... Me gustaría decir a usted no se hable más del asunto, pero no he llegado a escalar el pequeño espacio que me separa del palacio encantado... dada la "mayor edad" de la peseta y el esfuerzo, y aun tiempo, que nuestro cuadro me ha costado, me doy a entender que dicho cuadro vale el valor que hoy tienen un par de cientos de miles de pesetas, pero como yo no puedo poner a usted esa cuenta por tantas consideraciones como me merece: agradecimiento, afecto, admiración, simpatía, me permito indicarle esta cifra: *ciento cincuenta mil pesetas,* pero esto si a usted le parece bien, si no me da lo que quiera y yo quedaré contento y agradecido...»

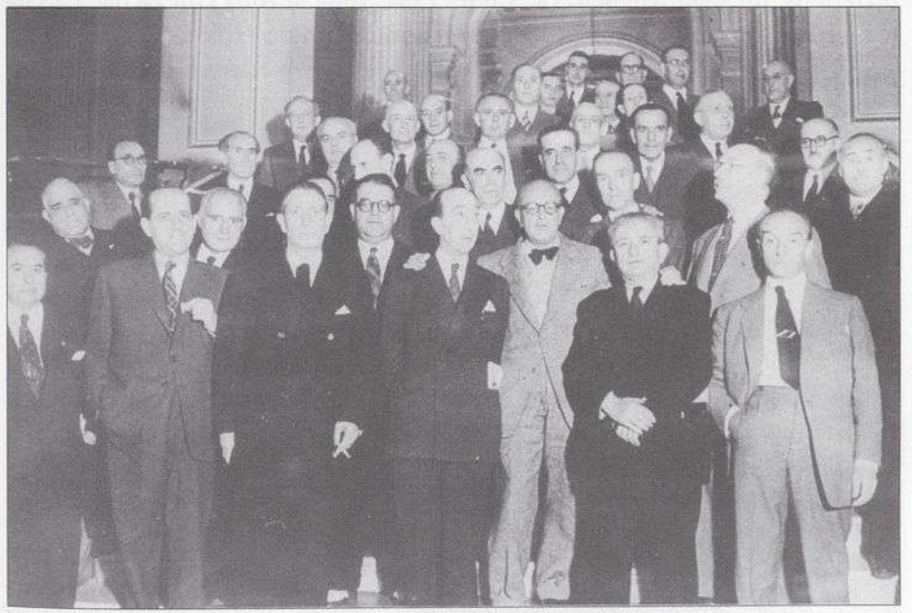
Años más tarde el prestigioso periodista y escritor Marino Gómez Santos, que le hizo una serie de entrevistas en «Tribuna Médica», escribiría un bello artículo monográfico sobre este cuadro y lo citaría en su libro «La pintura en la Medicina», que, a pesar de las críticas, ha pasado a la historia, más que por su autor por el personaje central y como recuerdo de su escuela y de muchos destacados discípulos y colaboradores.

En él cuenta minuciosamente la historia del cuadro. Añadimos de allí recogidos algunos detalles no citados:

«Hermoso propuso la posibilidad de que algún médico compareciera sin bata, facilitando así la ejecución del conjunto de figuras revestidas de lienzo blanco, pero don Carlos no accedió a la posibilidad de que ni uno solo de sus colaboradores apareciese sin bata en una sesión clínica... Acerca de la enferma que figura en el lienzo, el pintor y el maestro tuvieron puntos de vista antagónicos. Eugenio Hermoso deseaba pintar un desnudo académico; don Carlos consideraba incompatible ese empeño estético con la veracidad de lo que se intentaba representar: una sesión clínica en torno a una enferma. Y una bella muchacha, de aspecto saludable y optimista, era lo menos a propósito para figurar en el cuadro como una paciente...; se llegó a la conclusión de que lo idóneo era pintar una modelo profesional de las que acudían al estudio del pintor..., mas los problemas continuaron surgiendo en relación con la supuesta enferma, a quien Hermoso pintó con una carnosidad rosada, tersa, admirable como obra artística, pero poco convincente de dar al desnudo una tonalidad amarillo-verdosa de ictericia...; el desnudo total que el artista había realizado tampoco correspondía, puesto que a los enfermos tampoco se los presenta así en las sesiones. Nuevamente surgía la controversia entre las conveniencias de lo plástico y la realidad médica. Eugenio Hermoso optó, al fin, por incorporar un velo sobre el abdomen de la enferma.»



Cabaña de estudio en Salces.



Comemoración de los treinta años de licenciatura de la promoción de 1919 de la Facultad de San Carlos.

Y termina:

«Es posible que en la iconografía médica española no exista otra obra pictórica de grupo, a excepción de la que Sorolla realizó al doctor Simarro rodeado de sus dicípulos.»

El cuadro también fue objeto de atención para la escritora experta en arte Victoria Ocampo, argentina, esposa del prestigioso profesor Egidio Mazzei, que la incluyó en su libro «El Arte y la Medicina», publicado en Buenos Aires.

El cuadro era inmenso, difícil de ubicar en una casa «normal» pero justamente en aquel año 50, cambiaron de piso, no de casa. Compraron toda ella a sus antiguos propietarios (por un precio que hoy no llegaría para un piso pequeño), con la condición de permutar el quinto, cuyas dos manos ya ocupaban desde la mudanza de su hermano Mariano a la Calle de la Princesa, por el señorial primero, que era grandioso. Tenía escalera independiente desde el portal, que se abría a desembocar en un gran hall-salón, ampliado por los laterales, limitados por la dorada barandilla del hueco de la escalera. En el frente una inmensa chimenea francesa, en cuyo testero colocaron uno de sus cuadros preferidos, un «San Miguel», de Valdés Leal. Toda la zona con fachada a General Mola era para consulta (dos despachos, cuarto de exploración, varios salones de espera y hacia el interior el laboratorio y otro cuarto accesorio donde hacían metabolismo basal y otras técnicas).

La amplia habitación de chaflán entre esta calle y Jorge Juan, era el «cuarto de los burros», cuarto de estar así llamado por adornar sus paredes la gran colección de Conchita que llegó a alcanzar cerca de mil piezas de figuras de estos animales de todos los materiales posibles y de muy diversos países. Seguían tres grandes espacios para la biblioteca, que nunca dejaba de crecer, y en el extremo un cuarto íntimo de estudio, forrado de madera, con un gran oso disecado, donde don Carlos solía estudiar por la noche. La fachada trasera daba al jardín de la casa, que también era ya de su propiedad, al que se asomaba una ancha galería con más sitios de estar y el comedor, ya lindante con cocina y zona de servicio.

El jardín tenía entrada para coches desde Jorge Juan y un pequeño edificio lateral de garajes y despensas. A pesar de la gran amplitud, construyeron un piso sobre esta zona que dejaron, casi como un departamento independiente, para sus habitaciones privadas. Era difícil concebir una casa de tal magnitud y con tal gusto decorada y con cuadros de gran valor, especialmente un Zurbarán (Santa Eufemia), una virgen del «divino» Morales, el citado Val-



El té con Conchita en el cuarto de los burros.



Curso de Patología Digestiva en el Hospital Provincial.
En primera fila con tres profesores extranjeros, Pedro Laín y Gonzáles Bueno.

dés Leal y de época contemporánea: Zuloaga, Sotomayor, Hermoso, Pellicer y una maravillosa cabeza de don Carlos en mármol de Juan Cristóbal.

Allí tuvo suficiente espacio y buen testero para el gran cuadro, pero lo que más les gustó del cambio fue algo que don Carlos añoraba de sus recuerdos juveniles: tener un café propio, clásico, como aquel de «Zaragoza» con la inolvidable tertulia del «Amatorum Club».

El luego desaparecido diario de la noche, «Madrid», publicó un reportaje sobre este café tan peculiar, de donde entresacamos los detalles más jugosos:

«"Café de la Paz. Bodas y bautizos". Uno suelta unas lagrimitas de emoción y entra en el "Café de la Paz" lenta y ceremoniosamente como si se tratara de un lugar sagrado... A la derecha vemos un organillo. El doctor Jiménez Díaz, propietario del café, de vez en cuando le da al codo y las notas castizas de "El pobre Valbuena" alegran el local. Vemos carteles de toros, algunos de gran valor por su antigüedad. Una gran cabeza, de impresionante cornamenta, que corresponde a un toro estoqueado en Madrid de la ganadería de su amigo y gran torero Domingo Ortega... Hay una gran mesa de billar. Mesas de mármol, es decir, clásicos veladores. Un mostrador como mandan los cánones... El "Café de la Paz" es el último café castizo de Madrid...

—¿Cómo se le ocurrió montar este café?

Porque hay que decir que este "¡señor café!" está instalado en la planta baja del hogar del doctor.

—Es la chaladura de Carlos —interviene su esposa Conchita.

—Miren ustedes el techo, es copia exacta del que había en el "Café de San Isidro".

El doctor Jiménez Díaz fue adquiriendo veladores y demás objetos, según los vendían los cafés al ser convertidos en cafeterías, bancos y peluquerías. Es, pues, el único café instalado en una casa particular...

—Cuando vengo a casa a comer lo hago aquí, en el café, con mi mujer. Nos sentamos en un velador y lo pasamos estupendamente. En la sobremesa, a tomar café, suelen venir algunos colaboradores o amigos y hasta jugamos una partida de billar, aunque casi siempre me ganan..., menos los demasiado "cobistas", que fallan de intento sus carambolas...

Y abandonamos el "Café de la Paz", último reducto del casticismo madrileño, donde el doctor Jiménez Díaz gusta evocar aquel café "Zaragoza" de sus

tiempos de estudiante en la Calle del León, esquina a Antón Martín. "¡Casi ná!"»

En el diario «Pueblo», el conocido periodista Juan Sampelayo, le hizo una sabrosa entrevista en la que también hablaba del café en su sección «Eminentes españoles contemporáneos», a los que preguntaba:

«—¿Cuál ha sido la hora que más huella ha dejado en su vida?»

El titular que le seguía como respuesta esencial de don Carlos fue «El hombre que recuerda la hora que dejó más huella en su vida debe tener un tesoro espiritual vacío». La sección empezaba con un resumen de la personalidad entrevistada que titulaba Sampelayo: «Noticia de... don Carlos Jiménez Díaz, extractando al máximo su intenso currículum. Estudia mucho, muchísimo, don Carlos, y duerme poco, poquísimo, aunque le gusta. Pero cuando hay que leer Medicina, ya revistas, ya libros, ya tesis, no queda otro remedio que cortarle horas al sueño, ya sea por abajo, ya por arriba. A las tres de la mañana estudia que te estudiarás, lo que un caballero ha descubierto en Toronto sobre el hígado o en Madrás sobre la tuberculosis; lo que un señor ha inventado en Shangai para curar la lepra, o en el París de las Francias para la enfermedad de Basedow... Cuando no estudia ni ve enfermos se dedica a pintar. Lo de las pinturas le gusta también un rato largo, aunque ahora haya dejado los pinceles para coger los palillos de esculpir; sus dos últimas cosas: una gaviota volando y una cabeza de muchacho, sobrino suyo, que piensa; son muy buenas, de verdad que lo son, sin coba, ni alabanza... Fuma puros y más puros don Carlos, come poco y tampoco es bebedor. No lee novelas policíacas, aunque en tiempos lejanos le gustaban las de Sherlock Holmes. Es viajero, muy viajerom y siempre que lo hace sea en avión, en barco, o en coche, lo hace con su mujer... Esta tarde no vi a don Carlos en su consulta, sino que le vi en su café. Sí,; don Carlos tiene un café en su casa, con sus veladores de mármol, sus espejos, sus divanes tapizados de rojo, su mesa de billar, sus carteles de toros, sus garrafas para el agua y la bola plateada para guardar el paño de limpiar las mesas. Camarero no tienen, pero el café y los licores son de primera...»

«—Es difícil encontrar respuesta: La emoción científica o es instantánea para encontrar en ella algo de importancia o es muy larga.»

Hubo un silencio que aproveché para admirar complacido la cabeza de toro de la ganadería de Domingo Ortega, al que le puso el hierro siendo becerrete la mujer de don Carlos y en Madrid mató muy bien Pepe Luis Vázquez. El toro se llamaba "Tabaquero" y tenía unos cuernos tremebundos...

—En la vida sentimental hay horas positivas y negativas y es difícil sacar de ellas la que dejó más huellas. Es difícil ver si esta hora es la feliz, en el día en que uno se casó, o en la del dolor, en el día de la muerte de un ser querido... "El hombre que recuerda la hora que dejó más huella en su vida debe tener un tesoro espiritual vacío".»

Laín también cita este famoso «Café de la Paz», al hablar de Xavier Zubiri:

«La excelente vinculación que entre él y Carlos Jiménez Díaz existía ya antes de nuestra guerra civil y la nunca enfriada cordialidad entre Carlos y yo, desde nuestro asiduo trato pamplonés, hicieron que los tres con nuestras mujeres, asidua y gratísimamente nos reuniéramos en torno a la mesa de una tasca o en el estilizado pastiche del "Café de San Isidro", que Carlos hizo contruir en su piso de General Mola. En aquel Madrid de pan negro, "piojo verde", gasógenos y "¡Ay, cómo se la lleva el río!", cuántas veces, sacándole al presente lo mejor que el presente ofreciera, comenzando, naturalmente, por el don de vivir, cuántas veces hemos ido juntos en el último metro hasta la parada de General Mola, y desde allí, a pie, hasta nuestras casas respectivas.»

En febrero, una nueva situación, pero de muy especial significación para él, tuvo lugar en la vida de don Carlos. Quizá de los muchos nombramientos y honores fue uno de los que más hondos llegaron a su corazón. Fue el nombramiento de académico de honor y Medalla de Oro de Sevilla. Al despedirse de su cátedra sevillana ya había sido nombrado Académico de la Hispalense de Medicina. En el 35 lo había sido de la Real Academia Nacional en Madrid, pero no había llegado a tomar posesión por el rechazo de la misma a del Río Hortega para el vacante sillón de Cajal. Después de la guerra, el dominio que en ella tenían los que no habían hecho más que obstaculizar su obra le había llevado a renunciar a incorporarse a esta Institución... No quería codearse con los Salamanca, Matilla y adláteres y consideraba que aquel organismo, que debía liderar la Medicina, estaba muerto, no valía más que para acoger vejestorios cuya época había pasado y para encumbrar trepadores a favor de la situación política. Recordaba una anécdota de su admirado Cajal que, al salir de una de aquellas sesiones, dijo confidencialmente a un acompañante:

—¿Sabe usted que aunque se inundara esta Academia no pasaría nada... porque todos están bastante «peces»?

Pero la de Sevilla significaba mucho para él. En primer lugar, la Academia Hispalense había sido la primera creada en España, pero sobre todo aquella

ciudad, donde comenzó su andadura de profesor, donde había vivido los primeros días de su matrimonio, donde triunfó en un corto espacio de tiempo, le había embrujado, le había envuelto en una red de afectos, de recuerdos... hasta le había hecho entender más que nadie de flamenco. Sabía que aquel honor, aquella Medalla de Oro que recibiría, era un homenaje sentido, sincero, lleno de cariño de todos los sevillanos. «El Correo de Andalucía» y el «ABC» de Sevilla dedicaron sus titulares al acto y muchas de sus páginas.

«SEVILLA TRIBUTO AYER UN HOMENAJE AL DOCTOR JIMENEZ DIAZ», eran los titulares. «... Sevilla ha tributado un cálido homenaje al doctor don Carlos Jiménez Díaz. Hace veinticinco años fue catedrático de nuestra Facultad, en ella dio sus primeras clases el que años después había de destacar como lumbrera de la Medicina española y llevar muy alto por todo el mundo el pabellón de nuestra Ciencia... En una platea estaban la mayoría de sus colaboradores en Madrid, que habían venido expresamente para asistir al acto, y en otros palcos los que fueron sus discípulos en Sevilla venidos muchos de ellos desde lejanos lugares donde ejercen su profesión... Leyó el presidente de la Academia, doctor Domínguez Rodiño un bello discurso, discurso emocionado, recordando los tiempos en que Jiménez Díaz era catedrático en Sevilla. Cómo aquí, recién ganada la cátedra, dio muestras de su gran valía y cómo Sevilla fue adentrándose en el corazón del maestro y cómo siempre antiguos enfermos, y los que tuvieron la suerte de ser sus primeros discípulos, han conservado el recuerdo y el cariño hacia aquel joven que dio un vuelco a la por entonces anquilosada medicina sevillana...

Jiménez Díaz dio a continuación una magistral conferencia sobre "Veinticinco años de experiencia sobre el asma". Empezó recordando la ilusión que siempre tenía de venir a Sevilla, ciudad que lleva dentro del corazón y a la que nunca olvida. En ella se forjó como catedrático y Sevilla siempre le fue fiel. Recuerda a sus primeros discípulos y que muchos de ellos le siguieron a Madrid... y comenzó su disertación científica resaltando que aquí empezó sus trabajos sobre dicha enfermedad, con los escasos medios de que entonces disponía... Hoy, al cabo de veintiséis de labor, piensa en cuál sería la sorpresa de los que en aquella época veían cosa rara que se dedicara a investigar y piensa en lo que aún queda por estudiar en esta materia, por ello sólo pide a Dios que le dé fuerzas para seguir trabajando por la Ciencia y por España.»

Fueron dos o tres días tensos y emocionantes, al comprobar que, tras un cuarto de siglo, su recuerdo estaba presente, que le paraban por la calle enfermos y familiares de enfermos que no le habían olvidado a pesar del largo

tiempo transcurrido, allí, como en ningún otro sitio su huella era perenne... y hasta le prepararon una fiesta flamenca con los mejores «cantaores» del momento, a los que dejaba asombrados discutiendo el especial giro de Chacón en sus malagueñas.

De allí fue a Granada; también le habían nombrado Académico y estaba de profesor Ortiz de Landázuri, el primer discípulo que, desde el 36, había ganado una cátedra, copadas hasta entonces por Tribunales adversos, preparados por Salamanca para sus discípulos y amigos. En el «Ideal», junto a grandes titulares sobre la repercusión mundial de la Ley de Sucesión Española, su fotografía en una columna de «Personalidades ilustres llegadas a Granada».

El presidente de la Academia hizo de él una de las más acertadas y amenas presentaciones:

«A mí me gusta recordar aquello del profesor inglés que tenía frente a su cabecera un letrero que decía: "The most important, the first" y así, al abrir los ojos al nuevo día, ordenaba sus asuntos con arreglo al sabio precepto. De acuerdo con él ustedes pensarán que lo más importante, a lo que ustedes han venido, es a escuchar a Jiménez Díaz y no a que otros les digan quién es y cómo es. Pero me dicen que ha de ser presentado como es ritual. Y presentar a Jiménez Díaz es muy fácil y breve o muy difícil y largo. A mi juicio, bastaría con señalarlo y decir: "Ecce homo"; éste es el hombre, éste es el que estaba anunciado y esperábais. La larga y difícil presentación de su origen, vida y milagros requeriría las noventa cuartillas que un químico de novela y teatro amenazaba siempre con leer.

Lleva Jiménez Díaz más de veinticinco años dando que hablar a las prensas del mundo. Durante su vida, toda ella de juventud, aunque trate de ocultarla baja una escasa y blanqueada cabellera, ha luchado y lucha, como Cajal y Marañón, Rey Pastor y La Cierva y Torres Quevedo y unos pocos más en el campo de las Ciencias, por elevar el concepto de España dentro y fuera de ella. Ha pensado y piensa en el incierto porvenir antes que en el presente de fulmíneo paso. Sus libros y trabajos son estudiados en todos los países de habla hispana y en otros ajenos a ella, donde discípulos y colaboradores avivan sin cesar el fuego sagrado de su escuela. Jiménez Díaz es uno de los pocos hombres que podrían disfrutar de una brillante posición social y económica dignamente alcanzada por él mismo, a pesar de los a veces invencibles frenos de la burocracia y la incomprensión. Su afán proselitista en pro de la cultura en general y especial lo ha tenido en un riesgo permanente. "¿A dónde irá el



Cuadro «Sesión clínica del doctor Jiménez Díaz», Eugenio Hermoso.



Con el doctor Gregorio Marañon.

hombre que no pelee?", clamaba mi paisano, el inmortal Baltasar Gracián. Con esa convicción y ese estímulo Jiménez Díaz no ha conocido la paz. Ha creado instituciones de enseñanza médica, concebidas y realizadas con tal desprendimiento y grandeza que más de una vez se vio ante graves amenazas de quiebra inminente. Mas todo lo acometió confiando en la fuerza que Dios le dio. "¡Gott mit uns!", dice o piensa su espíritu humanístico. Alivia sus fatigas y pesares con variadas aficiones hacia las que deriva su exceso de energía; pinta, modela, hace música y torea (siempre que el toro no sea demasiado grande) y muchos se preguntan: ¿será también hombre enamorado del amor humano, fuente de vida? No sería completo sin él. Ya nuestros viejos poetas nos enseñaron aquello de que: "El alma ajena al amor —y a sus profundos rigores— es un arbusto sin flores, es un astro sin calor, etc."

A Jiménez Díaz no le han faltado esas flores ni ese calor; una mujer excepcional, que lo mismo cuida su casa que opera un bicho de laboratorio, lo acompañó siempre en el trabajo y en el reposo, en el éxito y en el infortunio, en la paz y en la guerra, colmando totalmente su capacidad de amar.

... Y ahora señores, que él sea con vosotros.»

Otro momento emotivo de aquel año fue la reunión de su promoción de 1919, al cumplir los treinta años de haber acabado sus estudios en el viejo San Carlos. Se había convertido en la indiscutible estrella de aquellos jóvenes que ilusionadamente comenzaron sus estudios, y, en gran medida, se vieron pronto apeados de la pasión con que los habían iniciado, al topar con unos profesores, una carencia de medios y de posibilidades reales de aprendizaje objetivo que tuvieron que vencer casi solos, apoyándose unos en otros, prestándose libros novedosos, de cuyos recientes hallazgos sólo unos pocos docentes les hablaban. A pesar de ello, varios de ellos representaron una nueva generación que luchó por modificar aquella enseñanza anticuada, modificar la universidad, el propio país incluso. Muchos habían muerto (más de los previsibles al sumar las trágicas circunstancias de una guerra fraticida de tres años a los lógicos efectos del tiempo transcurrido) y también varios, y de los más valiosos, se habían visto obligados a exiliarse a otros países, definitiva o temporalmente. A pesar de ello fueron bastantes los que acudieron a aquella llamada de un grupo organizador y, aunque se encontraron más viejos, revivieron recuerdos y anécdotas, que ahora parecían más doradas por el brillo de tantos soles pasados sobre sus ya encanecidas cabezas. Todos se sentían más amigos y más felices y uno de los orgullos común a todos era ser de «la promoción de don Carlos Jiménez Díaz».

El más conocido médico-periodista de la época, muy anterior a ellos, el doctor Alvarez Sierra (que luego editaría un «Diccionario de autoridades médicas», que abarca los más destacados desde la Medicina arábiga a los años 50) hizo una croniquilla en la «Hoja del Lunes», único periódico que durante muchos años salía los lunes, editado por la propia Asociación de la Prensa. Lo titulaba: «Los médicos madrileños de 1919» y por subtítulo, en letras mayores: «EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ FRENTE A SUS AÑOS DE JUVENTUD»; transcribimos algunas de sus líneas:

«Durante unas horas, alto breve en el fatigar de su vida intensa, el ilustre médico madrileño doctor Jiménez Díaz, se ha puesto frente a sus años de juventud, remozando su densa personalidad en grupo cordial de viejos amigos y evocando las horas felices de una estudiantina gloriosa, que acaso fue la que hemos dado en denominar "generación docente cajaliana". Los médicos que terminaron su carrera en la Facultad de Madrid en el año 1919, cuya figura señera es el actual catedrático de Patología, han celebrado la clásica fiesta de treinta años de promoción. Al hacer el recuento de maestros y compañeros ya desaparecidos, el dolor de las definitivas ausencias se compensó con la alegría de la satisfacción de una obra plenamente lograda de significación histórica de su tiempo... Curiosa y ejemplar esta generación médica que escucha las últimas lecciones solemnes de Cajal y las primeras de Hernando, Cardenal y Olivares y que desenvuelve su formación espiritual y científica en un período caracterizado por el ocaso rápido, declinación vertical que no se dio nunca, de maestros, sistemas y métodos...; generación paradójica, que se desenvuelve en plena crisis de las enseñanzas clínicas internistas y que, sin embargo, da lugar a formidables clínicos como Jiménez Díaz, Olivar Pascual, Codina, Sánchez Cuenca, Bermejillo, Sala, Jiménez Encina, etc.

No se crea que Jiménez Díaz y los escolares de su tiempo fueron traidores a su juventud; inteligentes, sin pedantería, cultos, sin supersabiduría, conocían con la misma precisión los libros más modernos y los paseos del Retiro, la alegría de los merenderos de La Bombilla y el encanto brujo de las primeras novias... Hubo una generación gloriosa que San Martín así calificó, fue la de Ach úcarro, Hernando, Covisa, Cortezo...; otra que se denominó la de Marañón, porque su solo nombre supo caracterizarla y la 1919, o de Carlos Jiménez Díaz, es la promoción de triunfadores por excelencia... Treinta años han transcurrido desde aquel día de finales de julio en que pasaron bajo el Esculapio de Sabino Medina, que corona el frontón de San Carlos... estaban ensillando a "Rocinante" y preparándose a lanzarse por los caminos del mundo en

busca de fortuna, y sobre todo, de gloria. Aquella les fue propicia y la gloria con ellos.»

La labor del Instituto y de las Clínicas continuaba su imparable progreso y su «patrón» continuaba en todos los frentes, dando ideas, sugiriendo nuevas lecturas, trazando y planificando experiencias, trabajando codo con codo con ellos todas las mañanas y los martes, jueves y sábados por la tarde en el Instituto. Todavía el «week-end» español era sólo el domingo. Aunque algunos procuraban enterarse a tiempo de a qué departamento iría don Carlos aquel sábado, para tratar de iniciarlo en esa tarde, siempre que lo alejado del tema a tratar estuviera fuera de su campo y no hubiera temor de ser llamado a consultar con él algún aspecto. A pesar de la convivencia, todavía tenían un miedo/respeto a su jefe y no querían exponerse a una bronca o una ironía, como: «Por cierto, no le vi a usted el sábado en el laboratorio.» En una ocasión se mascó la tragedia. La Ciudad Universitaria estaba por entonces casi desierta y muy mal comunicada. En la Facultad, aparte del pabellón de la Escuela de Sanidad, el Instituto era lo único acabado y activo. Casi nadie tenía automóvil (don Carlos, Arjona, Villasante, Roda) y otros pocos, motos. Bajaban desde la Calle Princesa en un autobús gris renqueante, del Parque Móvil, destinado a los profesores y para el que se les había facilitado una tarjeta; la vuelta, en cuanto el trabajo sobrepasaba las horas teóricas (que era casi siempre) se hacía andando en grupo hasta La Moncloa o por andurriales (aún con trincheras cavadas) hacia Reina Victoria. Aquel particular sábado don Carlos había anunciado en la gran reunión mensual que tenían en la biblioteca que iría a Anatomía Patológica con Morales a revisar las cirrosis. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todos pensaron: «Bueno, el sábado van a estar tan enfrascados con ese tema que no se va a mover del microscopio» y cada uno pensó a continuación: «¡Qué buena ocasión de tener esa tarde libre!» Cuando llegó don Carlos a las cuatro, como habían quedado previamente, a Patología, Morales no había llegado. Pidió las preparaciones a las laborantas y se puso él solo a revisarlas, pero, de vez en cuando, echaba una ojeada al reloj y Morales no aparecía. Pensó que algo le habría pasado o en alguna de sus frecuentes excentricidades, y se le ocurrió ir a ver a los demás: los laboratorios estaban vacíos, excepto el de Arjona y Alés que estaban trabajando y le vieron entrar primero sorpendidos y luego alarmados ante su cara descompuesta. Trataron de minimizar el problema «don Carlos, usted conoce mejor que nadie a Manuel, se le habrá ido el santo al cielo».

—Pero, ¿y los otros? No hay absolutamente nadie más que ustedes dos. Y además quedé fijo con él a las cuatro de la tarde ¡ y son las cinco y media!

A aquello ya no pudieron contestar. Morales, gigantesco, cerca de dos metros, con calva cabeza, patillas y roja y gruesa nariz de payaso, vivía al final de Reina Victoria, no más de diez minutos andando. Pero además se había comprado aquel año una moto Soriano. Esta moto, era como de juguete, como un triciclo de niño con un pequeño motorcillo de dos tiempos, el equivalente en motos al famoso Biscuter, único coche español de la postguerra con tres ruedas y pura hojalata... hacia las seis de la tarde apareció sonriente y al ver aquellas caras, dio con naturalidad su «explicación»:

— Perdona Carlos (era uno de los pocos que le tuteaba) ya sé que llego tarde...; pero es que ¡hacía un viento en contra!...

Lo peregrino de la excusa hizo disolverse en carcajadas todo el enfado y la frase quedaría incorporada como «otra de las cosas de Morales», junto a la más insólita, cuando explicaba que a veces llevaba a su hijo delante en la ridícula moto, donde además no cabían sus largas piernas, porque... «aunque parezca que no, algo de frío de frente me quita».

Fuera de anécdotas, allí se trabajaba y se trabajaba duro y disciplinadamente. Revisando la producción bibliográfica, sin contar aportaciones a Congresos, conferencias, etc. Jiménez Díaz y su grupo publicaron en el período de aquel Instituto recobrado en la Ciudad Universitaria hasta su traslado definitivo a la Clínica de la Concepción, de 1945 a 1955, nada menos que doscientos cuarenta y cinco trabajos, ajustándonos solamente a los que firmaba el propio don Carlos con unos u otros colaboradores.

Si esta cifra da una cierta idea cuantitativa, no puede traducir la calidad y su otra y asombrosa característica: la diversidad. En ese gran volumen hay temas de absolutamente todas las ramas de la Patología Médica y hasta algunas de especialidades aparentemente independientes, como la Dermatología o la Otorrinolaringología. Espigaremos sólo algunos ejemplos:

Asma, jaqueca, enfermedades alérgicas: cincuenta y un trabajos. Riñón, nefritis experimentales: cincuenta. Intestino delgado, disabsorción, sprue: veinticinco. Diabetes: veintisiete. Endocarditis y otras cardiopatías: dieciocho. Hígado, cirrosis, vías biliares: veinticinco. Lípidos: once. Hipertensión arterial: treinta y cuatro. Nutrición: veintiséis. Reumatología: doce. Sistema nervioso: once. Hematología: doce... y uno de Oftalmología, O.R.L., Genética, Tumores, Músculos etc.

Quizá una de las mayores aportaciones a la Medicina, la que posiblemente más destacada persiste tras tantos años, en una ciencia en continuo movi-

miento, fue el nuevo concepto de «autoplasmonocividad» y su corolario de la tearapéutica inmunosupresora en la que fue absoluto pionero mundial y cuyos primeros trabajos aparecieron en 1950, nada menos que en el famoso «J.A.M.A.» («Journal of the American Medical Association»).

Partió del viejo concepto del gran Ehrlich del «horror autotóxicus». Era una mera intuición que sostenía que el propio organismo podía atacarse, intoxicarse a sí mismo. Jiménez Díaz a través de su conocimiento e investigación sobre la reacción alérgica, en la que el organismo era capaz de formar «anticuerpos», como reacción defensiva ante «alérgenos» externos (pólenes, polvo, hongos, alimentos, etc.) intuyó que igualmente podría crearlos contra sus propios tejidos, cuando éstos habían sido alterados por alguna noxa y que estos «autoanticuerpos» podían ser causantes o, al menos, mecanismos patogénicos en la perpetuación de lesiones en distintos tejidos, llevando así el ataque inicial a la cronicidad. Aquellos «agentes de ataque» creados por el propio sistema inmunitario, estaban en el plasma y de ahí bautizar al proceso como «autoplasmonocividad», lo que más tarde se rebautizaría y persistiría como «autoinmunidad» y cuyo papel continúa siendo uno de los mecanismos patogénicos en un número creciente, entonces insospechado, de más y más enfermedades. A las iniciales, asma, artritis reumatoide. Las llamaba enfermedades de «disreacción», que hoy se traduciría por inmunológicas, cuyo espectro sigue y sigue ensanchándose. De esta idea surgió la de tratar de influir en su curso crónico y en sus agudizaciones con algún medicamento que frenara el sistema inmunitario, esencialmente localizado en los ganglios y órganos linfáticos (timo, bazo). La mostaza nitrogenada (un derivado de la famosa «iperita», utilizada como gas axfisiante en la Primera Guerra Mundial) se estaba mostrando eficaz en enfermedades de los ganglios, como, la de Hodgkin, en la que se veía desaparecer con su efecto masas ganglionares de forma rápida.

A través de todo este complejo y original razonamiento decidió probar esta medicación en sus enfemedades de «disreacción», esencialmente en las dos citadas: asma y artritis reumatoide, a más de otros intentos, como en el psoriasis. Los resultados fueron espectaculares. Los asmáticos quedaban rápidamente liberados de sus ataques de disnea, los reumáticos veían disminuir sus dolores y la inflamación de sus articulaciones de una forma no vista hasta entonces.

Inicialmente, los resultados publicados en España en «Revista Clínica Española», y para su mayor difusión en inglés en el «Bulletin» del Instituto, fueron acogidos con dudas e indiferencia. Don Carlos tuvo oportunidad de presentarlo en una conferencia en París en el famoso Hospital Broussais y los datos concretos, con su valoración estadística, dejaron a todos convencidos. El famoso reumatólogo De Séze y su discípulo André Lichtwitz comenzaron a utilizar la mostaza en la artritis reumatoide. Finalmente, la publicación en el «J.A.M.A.» hizo famoso y universalmente aceptado el nuevo método.

De todos los países llegaban peticiones de «apartes»... lo que nadie se podía figurar era que aquellos novedosos y revolucionarios tratamientos se aplicaban de pies, en un rincón de una sala de mujeres pequeña de San Carlos, por alumnos e internos que en la misma sala hacían historias sobre una pequeña mesa de cristal y exploraban a los enfermos tras un biombo.

La aparición de la cortisona, poco tiempo después, cogió el relevo de la mostaza nitrogenada y acabó desplazándola por su menor toxicidad, aunque también con grandes efectos secundarios, pero aquel primer paso quedaría escrito por don Carlos en el libro de los grandes avances de la Medicina mundial.

Por aquellos años el grupo liderado por Vivanco pudo finalmente aislar el tóxico responsable existente en la almorta («Latyrus sativus») y en el guisante de olor («Latyrus odoratus»), causante este del «odoratismo» en las ratas, se trataba de un aminopropionitrilo. Curiosamente sustancias similares químicamente están siendo implicadas en la actualidad en otros procesos neurológicos, como el Parkinson o el curioso síndrome descrito en la isla de Guam, en Oceanía, también originada por una leguminosa allí utilizada extensivamente en la alimentación de la población nativa. Aquellas investigaciones le supusieron a Vivanco la concesión del Premio Ramón y Cajal, máxima distinción científica de la época.

Tras los hallazgos del latirismo, estudió también con ahínco otras leguminosas y especialmente, cómo no, a través del típico «cocido», los garbanzos. Estudió su valor nutritivo y las consecuencias de su monótono y casi exclusivo consumo en muchas zonas, a lo que denominó «cicerismo», mucho menos espectacular que lo encontrado con la almorta. Medio en serio, medio en broma, solía decir que el garbanzo tenía que ver con el temperamento español, austero, duro, agresivo. Era un símbolo de la aridez, de la lucha por la vida de la clase humilde española, especialmente en Castilla.

Todos estos trabajos y su asistencia a los Congresos fueron convirtiéndole de «divo» nacional a personalidad médica internacional. En 1951 recibió el doctorado «honoris causa» de la Universidad de Oporto, con la gran pompa y

ceremonia a que tan dados son nuestros vecinos. La Embajada de España le remitiría un completo «dossier», casi un libro, con los recortes de referencia al acto que ocuparon las cabeceras de los principales diarios del país: «"O Comercio do Porto": "No doutoramento 'honoris causa' do catedrático espanhol prof. Jiménez Díaz." "Journal de Noticias": "A Universidade do Porto concedeu o grau de doutor 'honoris causa' ao eminente catedrático espanhol prof. Jiménez Díaz"», y así, «"Diario da Manha", "O Primeiro de Janeiro", "O Seculo", resaltando todos la universalidad de la labor del admirado profesor "espanhol".»

En aquel viaje, uno de los muchos a Portugal, estrechó grandes lazos con colegas y entre ambas Medicinas ibéricas, dio conferencias en Lisboa y Coimbra, la más antigua Universidad lusa, que le impresionó, y propugnó y consiguió en varias ocasiones la conveniencia de hacer congresos luso-españoles en distintas especialidades como Alergia o Cardiología. Ello le trajo también una oleada de portugueses alérgicos a su consulta y este flujo de pacientes lusitanos persiste hacia los alergólogos de su escuela, aún después de su muerte.

Utilizaba un portugués «macarrónico», pero conocía bien los términos médicos usuales en los asmáticos «pieira» por sibilancias, «espirro» por estornudos, «falta d'air» por disnea, «pó» por polvo, etc., y le parecían más eufónicos que los castellanos. Le abrumaban, en cambio, los títulos ceremoniosos; que le llamaran «vosa excelença» y la multitud de apellidos que dificultaban su búsqueda en el fichero de enfermos, a su secretario.

En los comienzos de los 50 varios de sus discípulos, en general las nuevas generaciones, volvieron a poder obtener a través de oposiciones diversas cátedras. Lo que durante diez años había estado «copado» por Salamanca y su grupo, amañando Tribunales iba tocando a su fin. No es que las oposiciones fueran más justas, ni menos duras (persitía la famosa trinca) pero los Tribunales no eran tan unilaterales y la realidad de la labor, de la alta cualificación de su escuela se iba imponiendo. Cada triunfo de uno de ellos le llenaba de satisfacción, como cosa propia; sabía que ellos en Salamanca o Santiago, Cádiz o Granada, extenderían su semilla y crearían lo que algún maligno o malintencionado denominó sus «metástasis» y denegaría lo de otro tal que dijo públicamente:

—Sí; Jiménez Díaz es indiscutible..., pero es la unidad seguida de ceros.

A ello contestó Gregorio Paniagua, ya jefe de Hematología, cuando le tocó hablar «en nombre del Instituto» un 13 de febrero; un bello discurso que

don Carlos recogió en «Historia de mi Instituto», como muestra del espíritu de aquellas celebraciones anuales, que tanto estimulaban a todos:

«Nada nos importa que algún raquítico mental haya calificado a nuestro conjunto como "la unidad seguida de ceros", si todos sabemos la gran diversidad de temperamentos, de capacidades, de vocaciones con que cada uno contribuimos a enriquecer nuestra unión. Somo ceros, sí; pero a la derecha, y si la unidad tiene un valor, nuestro guarismo también hace crecer el valor del total definitivo. Nuestro mérito esté en ser redondos y sin pliegues, como los ceros, y si no hay grietas en la formación espiritual, todo marchará sobre estas ruedas. Amén.»

La nómina de discípulos catedráticos, iniciada en los 30 por Cruz Auñón, Morán, Gironés, Monterde y Díaz Rubio quedó representada aisladamente en los 40 por Ortiz de Landázuri, que luego sería el alma de la Universidad de Navarra, pero en los 50 y 60 volvió a aumentar con Gilsanz, Eloy López García, Perianes, Oya, Segovia de Arana, Garrido, Alcalá Santaella, Robledo y más recientemente, con Oliva, Sánchez Fayos, Serrano Ríos, Jaime Merino, Manuel de Oya, Sánchez Cascos y Lucas.

Todos ellos, como otros innumerables discípulos en puestos claves de la Medicina española contribuyeron y contribuyen a mantener en uno u otro lugar de España una forma de ser un estilo, un afán de estudio y superación que aprendieron en su íntimo contacto, en el ejemplo constante de un verdadero maestro.

Esta unión en lo esencial, esta comunidad en la diversidad, se fraguó en años duros, difíciles, y ya vencidos muchos obstáculos, iba dando más y más frutos. En 1951 se cumplían los veinticinco años, bodas de plata, de don Carlos con la cátedra de Madrid. Acudieron discípulos de todas las generaciones y de todos los lugares que querían rendir un nuevo homenaje a su maestro, del que todos se sentían al tiempo deudores y orgullosos. Tan esencial fue que, rompiendo su hábito de hablar sin papeles, casi de improvisar, aquel año escribió sus palabras, procurando no olvidar ninguna etapa ni ningún nombre. Merece la pena reproducirlo casi íntegro:

«¿Sabéis por qué, contra mi costumbre y por ello con sorpresa vuestra, vienen escritas las palabras que os quiero dirigir? Pues porque de antemano conocía la emoción que había de tener esta jornada y no quería dejarme arrastar por ella, como es natural que ocurra cuando se habla sin previsión y se deja salir el sentimiento entero a los labios. Acaso hubiera además acrecentado la

vuestra, y deseo evitarlo porque creo es esta una reunión distinta, por muchas razones, de las de los años anteriores. Entre tales motivos campea con claridad el resalte de la presencia de nuestras mujeres y el carácter de "hito" los veinticinco años de mi cátedra de Madrid, que habéis querido otorgarla: por otro lado, y en virtud de esto último, quiero hacer una evocación de los pasos andados, con la mayor brevedad y objetividad que me sea posible, y esto sería difícil si lo hiciera cortado por sentimientos que inevitablemente sabía habían de afectarme.

Yo hubiera preferido que no le hubiéramos dado este carácter antológico. Es malo celebrar jubileos y marcas del tiempo y con ello uno se siente que parte de su camino ya está andado, desconociendo cuál ha de ser la longitud total que Dios le haya marcado. Una de las razones del envejecimiento es ser consciente del paso de los años, mientras la involución afecte sólo a los tejidos ectodérmicos, la piel, el pelo y aunque alcance otras estructuras, en tanto que el corazón mantiene la tensión del propósito, la firmeza de la voluntad y la ilusión y la esperanza, tan segura como alucinada, y mientras siga lozana la mente, el hombre aunque los demás puedan echarle la cuenta de sus años, siente madurar su juventud sin afectársele sus caracteres esenciales, sigue sin darse cuenta de su edad. He aquí porqué cuando se es tomado cariñosamente del brazo y una voz amiga nos dice: "Hace veinticinco años", se queda uno perplejo de esa realidad, como Peer Gynt cuyo sueño apasionado se corta cuando su madre no responde ya y pregunta: "¿Hemos llegado?" De esta perplejidad me saca pronto mi tendencia a reaccionar y la facilidad para ello a que he acostumbrado a mi espíritu; bueno, ¿y qué?, son veinticinco años más, pero nada pasa por eso si al dirigir la mirada hacia atrás uno cree que ha seguido el camino que se proponía, y no ha dejado de andarle con la rapidez que le haya sido posible. Si mirando hacia adentro nos sentimos intactos aquellos sentimientos limpios que nos animaban en nuestra juventud, cuando todos nuestros sueños eran dorados y cuando el corazón nos decía que se podía realizar lo que razonablemente podía parecer imposible, simplemente con alentar más y más fuerte...»

Hace a continuación un resumen detallado de cada época desde la inicial hasta la del día anterior, citando casi uno por uno a todos los que con él habían contribuido a su obra, a las dificultades de cada momento, a las alegrías, todo ello ya desgranado en este libro, pero no dejaremos de citar algunos párrafos de especial énfasis:

«... Mucho da que meditar sobre la valía potencial de nuestras juventudes este hecho: ¿Por qué ellos son hoy hombres importantes y sólidos con una

destacada y original personalidad? ¿Fue acaso normal que convergieran en un curso? ¿Que en sólo dos generaciones, mejor dicho promociones, dieran tan excelente fruto?... En aquellos años la Ciudad Universitaria estaba construyéndose, mirábamos la proximidad de tener amplias clínicas, como un "Eldorado" y en previsión de la labor que queríamos acometer, empezó de una forma definitiva en mi mente la idea de fundar un Instituto anejo a las clínicas para poder realizar una Medicina científica a la par que práctica; la idea era antigua en mi intención, revisando hace pocos días un libro que leí cuando era estudiante de cuarto año vi en el pintado un proyecto del futuro Instituto, que yo haría en su día...»

Habla de la Asociación Protectora, de sus primeros impulsores, como siempre con la mayor gratitud, y sigue:

«... No fue nada fácil en cambio cuando ofrecí a la universidad esta organización excepcional en nuestro país de un conjunto de tan segura formación, y sufragada por una asociación, solamente a cambio de ser universitarios y domiciliarnos en la Facultad. Recuerdo esa estampa de la entrada de Jesús en Jerusalem, que tapa su ojo izquierdo para no ver lo malo y bendice lo bueno con la mano derecha. Y así no quiero evocar la picaresca mezquina de las dificultades de entonces y de los antagonismos posteriores... En una tarde de julio de 1936 se inauguró el Instituto y dos semanas más tarde, iba a empezar a sentir los efectos de la guerra. ¿ Os dais cuenta de lo que debió significar para mí, y para todos nosotros ver deshacerse lo que tanto trabajo nos había costado alcanzar? Los días febriles de nuestra instalación, la llegada de los cajones que nos traían los nuevos instrumentos de trabajo, los primeros resultados de nuestra labor, el nuevo vivir en aquel ambiente confiado y abstraído en el quehacer científico y nuestras esperanzas, se trocaron por los días amargos de la guerra civil, en que tantas cosas se han fortificado, tantas se tambalearon sin caerse, y otras tantas perdimos, unos por la muerte y otras por algo más triste: la muerte de la fe en las personas. Dios ha querido que, a pesar de nuestras diversidades ideológicas que nunca fueron motivos de separación ni objeto de análisis entre nosotros, si tomaran relieve en aquellos momentos vitales, se fueran luego atenuando para dejar paso de nuevo a la confianza y la fraternidad que han seguido dominando en nosotros.»

Recoge el relato en San Sebastián, en la Calle de Granada y va refiriéndose a las incorporaciones y a las sentidas pérdidas, prosigue:

«Días aquellos de dificultades en la Facultad de Medicina en los que hicieron desaparecer nuestras policlínicas y sufrimos el peso de incomprensiones

y crecientes dificultades, que neutralizamos por nuestro entusiasmo que se elevó sobre los obstáculos...»

Continúa con la época reciente, hasta aquel día, en que nuevamente «nuevos caminos habrán de abrírsenos».

«Pero de estos jalones hay dos fundamentales que quiero destacar: el primero es el haber ampliado nuestras clínicas en el General, obtuvimos algo más que éstos, se realizó nuestro contacto primero y nuestra unión estrecha y fraternal después con González Bueno y sus colaboradores. Todos sabemos el valor decisivo que esta unión ha tenido para nosotros, su generosidad y su adhesión, sus dotes de organización y su desprendimiento que todos sabemos son excepcionales; a él debemos desde el aula donde nos reunimos a la organización de los cursos de Digestivo y tantas otras cosas que sé que no le gustaría que detalle. El segundo fue el retorno de Obrador a la clínica después de tantos años de trabajo y de labor intensa en distintos países y con una consideración internacional adquirida. Azares de la vida, la separación material de nuestros sitios de trabajo, dificultaron que la amistad y cariño que me han unido siempre con Plácido Duarte, ese excepcional clínico y cirujano, sin duda uno de los más completos y hábiles del mundo, se haya podido traducir en una colaboración más estrecha en nuestra labor. Una serie de cirujanos especializados, surgidos de nuestro grupo o adheridos a él han completado nuestras posibilidades y han contribuido a confirmar nuestro punto de vista de la necesidad de técnicas, pero con uniformidad de espíritu...»

Concluye con el listado de recientes incorporaciones y de nuestras actividades:

«Esta ha sido la marcha de nuestro conjunto, en cuanto a locales y personas se refiere, pero en cuanto a la obra realizada, pienso que no tiene objeto en una reunión como ésta particularizar en detalle. En primer término creo que hemos acertado en irnos formando y nos hemos impregnado todos de la convicción de que no llegaremos a estarlo nunca, manteniendo esto nuestra atención y entusiasmo tensos y prontos. Cada año que pasa nos sentimos mejor informados y nuestos modos de considerar las cosas surgen en cada uno de nosotros, sin que sepamos nunca a ciencia cierta lo que ese progreso se debe a cada uno de nosotros o a los que conviven y colaboran a nuestro lado. Los que somos clínicos, tratamos de ampliar nuestra base científica a la par que sentimos la aspiración artística y humana de nuestra obra junto al enfermo; los que trabajamos en el laboratorio, aspiramos a la mayor exactitud, a las más severa

rigurosidad y al mejor conocimiento de las técnicas; sabemos y enseñamos lo difícil que es saber, y nos educamos en el máximo respeto para el que sabe hacer inteligente, y hábilmente, algo, sin lo cual es inútil aspirar a algo fructífero. Hemos aprendido, en suma, el camino de aprender, lo cual nos parece ya sería bastante.

Pero sin vanidad de ninguna especie, creo que nuestra labor perseverante, alejada de apetencias económicas indebidas, de busca de puestos oficiales en los que no se cumple o para los que no se sirve, de envidias, recelos o murmuraciones, y con una mira elevada, ha repercutido en nuestro país y quizá en otros. Yo creo que nuestros cursos, nuestros libros y nuestra Revista, han motivado inquietudes y han mejorado muchos aspectos de nuestra Medicina.

Hemos, en suma, querido contagiar en nuestro deseo de superación y mejoramiento. Yo creo que muchos de nuestros trabajos son importantes, y sin duda, han movido el interés de compañeros de otras naciones hacia nosotros; acaso tengamos motivos para pensar a veces que la repercusión de las adquisiciones no alcanzan el nivel que hubiera tenido si hubieran sido hechos con otro idioma, pero, lejos de deprimirnos esto debe impulsar nuestra alegría y dignidad de españoles, sin chauvinismos, pero con el sentido patriótico de los que quieren enaltecer a España por el único camino estimable; por el de la cooperación al acervo común del progreso humano. El hecho de ser frecuentemente invitados muchos de nosotros a colaborar en congresos, certámenes, conferencias, etc., internacionales, la consideración que algunos de nuestros trabajos merecen y el sentir que ello ocurre en proporción creciente debe animarnos, y sobre todo, debe animarnos cuando tengamos la conciencia de decir la verdad y de que éste es nuestro objetivo científico. Aprender, mejorarse, contagiar y contribuir: he aquí lo que han sido nuestros objetivos, ambiciosos sin duda, y por tanto satisfactorios para nosotros, cuando pensábamos que nada ha podido apartarnos de ellos...

Esto hemos hecho en estos veinticinco años que nos permiten celebrar hoy mis "bodas de plata" con vosotros... Ya sabéis, señoras, lo que hacen estos hombres que son vuestros maridos esas mañanas y esas tardes que no están con vosotras y que os llevan a preguntar a veces: "¿Pero, qué os dan en la Clínica y en el Instituto?" Estaban haciendo esto. En el futuro nuestros nombres podrán o no ser famosos, pero hemos trabajado con intención limpia e ideales altos... Recordemos con amor a todos los que murieron, a los que hemos mencionado y no están con nosotros porque se marcharon o porque cedieron a la tentación de desertar. Han pasado veinticinco años de fraternidad; no es-

tamos satisfechos ni creemos que nuestra obra se ha cumplido, estamos hoy en marcha, como hace veinticinco años, y tan grande es como entonces la ilusión de este amor que nos une a todos del que no necesitáis pruebas, pero si hicieran falta, en la conducta de cada uno, en vuestra presencia aquí y en vuestra actitud yo las tengo bien grabadas... Conchita, cuando tú me decías que te daba vergüenza, o según tu expresión "azaro", lo de esta noche, yo te decía que no es bastante razón que yo no merezca todo esto para avergonzarnos. Tú sabes mejor que nadie cuánto los quiero y lo que este amor a ellos es en mi vida y tu puedes por tanto comprender que ellos lo entienden y me corresponden... Y en todo caso si este acto es excepcional es porque debe serlo; porque lo es que en tiempos como los que hemos vivido un conjunto de hombres se reúna y dedique su vida a un objetivo común, espiritual, humano, patriótico y artístico, que aquellos internos, hoy hombres maduros, sean tan niños como entonces eran, que llevan veinticinco años juntos y no se sienten cansados ni envejecidos, porque su labor se ha desarrollado con intenciones puras. Y hoy se reúnen no para recordar sino para proponerse perseverar creciendo.»

Hablaron antes otros, todos enfervorizados, todos recordando su entrada en la Clínica, los tiempos amargos y los alegres y el velado anuncio de nuevos logros, que trascribimos en el próximo capítulo, hizo que todos ellos salieran exultantes.

El listado de discípulos y colaboradores que citó aquella noche, viejos y jóvenes, vivos y muertos, clínicos o investigadores fue: Martín Carrasco, Sancho, Monterde, López Brenes, Castro, Morán, Cruz Auñón, Sánchez Cuenca, Bolinches, Romero, Puig Leal, Mancera, Maortua, Vázquez López, Díaz Rubio, Suils, Cifuentes, Lorente, Lara, Paz, Clariana, Capella, Arjona, Vergara, Quero, Arredondo, Varela de Seijas, Gilsanz, Tafalla, Valle, Obrador, Vivanco, Parra, López García, Villasante, Paniagua, Castro Mendoza, Miñón, Centenera, Alés, Camps, Sanz Redondo, Rivera, Puchades, Villota, Vidaurreta, los Fabra, Picatoste, Clavel, Salgado, Martín Fernández, Vega Díaz, Marina Fiol, Mogena, Oya, Roda, Peña, Acosta, Bassadone, Yuste, Quero, Olave, Recatero, Cadrecha, Barreda, Bielchowsky, Angermann, Sánchez Rodríguez, Grande Covián, Alonso Ferrer, López Ruiz, Agesta, Rabadán, Higuera, Allue, Gándara, Santamaría, Orueta, Quintero, Romeo, Escalada, Franco, Linazasoro, Perianes, Segovia, Palacios, Goñi, Pérez Gómez, Souto, Losada, Fernández Criado, Alonso Vivancos, Espinosa, Bosch, Merchante, Lahoz, Piña, Barrantes, Ley, Alix, Orbaneja, Ortiz de Landazuri, González Bueno, Hidalgo, Monereo, Anastasio, Albert, Lasierra, Urquiza, Arrieta, Sánchez Juan, Boixadós, Peraíta, Hernando Larramendi, Castro Fariñas, Domínguez Rodiño (padre e hijo), Pomares, Masjuán, Flores, Segura, Bañón, Cortés, García Puente, Mazuelos, López Galiacho, Jiménez Casado, Viesca, Pedro de Rábago, F. Lahoz, Orti, Aguirre, Morales, Canto..., en total ¡ciento sesenta y cinco!

Pocos días después de este multitudinario acto, don Carlos tuvo uno de sus éxitos internacionales más preciado. La crónica de Jacinto Miquelarena en «ABC», posiblemente el mejor corresponsal en el extranjero de aquella época, señalaba que eran esperadas en Londres dos grandes figuras españolas, aunque de actividad bien distinta. Por un lado Ataúlfo Argenta había sido invitado a dirigir unos conciertos con la Orquesta Nacional, por otro, que el doctor Jiménez Díaz llegaría el 28 a pronunciar varias conferencias en Londres y, posteriormente en los colegios universitarios de Oxford y Cambridge. Muy pocas veces la «élite» de la Medicina inglesa se dignaba reparar en los científicos españoles. Don Carlos habló en aquellos días en su antiguo refugio de la guerra —el Middlessex Hospital—, con el recuerdo sentimental de su amigo Izzod Bennet, ya fallecido, aunque él y Conchita pasaran largas horas con su amiga del 36, su viuda Iris. Habló también en el London Hospital y, posteriormente en el Magdalen College de Oxford y en el Queen's de Cambridge. En ambos fue recibido con bellas ceremonias tradicionales en estos históricos centros, reservados a huéspedes de honor. El claustro con sus togas, desfilando por el bello patio, con su jugoso césped y sus fachadas góticas y cumpliendo normas centenarias, con sus inamovibles ritos. La amalgama de estas clásicas tradiciones y la modernidad del contenido de sus enseñanzas le pareció envidiable y hermosa. La universidad española, con tanta o más antigüedad, había perdido todo su empaque, pero sus estructuras, su organización y rendimiento habían quedado mucho más obsoletas en lo trascendente: en la formación de sus alumnos.

Los temas de sus conferencias se circunscribieron, en esta ocasión a sus resultados con la terapéutica inmunosupresora, que tanto interés mundial había levantado y por su originalidad y los nuevos horizontes que abrían la terapéutica de un amplio grupo de enfermedades. Tuvo un éxito rotundo.

Como siempre que por entonces salía al extranjero, en que había oportunidad de adquirir equipos de laboratorio inasequibles en España, aprovechó para adquirir nuevas cosas para el Instituto, como habitualmente a sus expensas y tras tener que buscar permisos de importación y divisas, muy restringuidas por el ministro de Comercio Arburúa, que siempre le atendió bien, con-

vencido de la necesidad de ayudar a los que destacaban en la Ciencia, los que aportaban prestigio a España.

En Londres, trabajando a un gran nivel en el Imperial Cancer Research Fund, había quedado desde la guerra civil uno de sus discípulos y cuya ausencia del Instituto más lamentaba. No era éste otro que Enrique Vázquez López. Con él recorrió los más importantes comercios de material científico y quedó encargado de enviárselos y de que le mantuviera una cuenta en el London Bank, para poder adquirir en el futuro más material y poder abonar sin trabas libros y revistas, lo que habitualmente era un problema desde España.

De abril de ese año 1951, conservó una carta de este querido ex colaborador; en ella vemos, que además de material científico, también tuvo tiempo de adquirir semillas (una de sus grandes aficiones):

«... He dejado tantos días sin escribirle que no me sorprendería nada que las semillas del famoso paquete hayan germinado y a estas horas dispondrá usted de un magnífico césped que justifique sus esperanzas y deseos... También le mandé certificado el volumen dos del Comroe, que Lewis me consiguió en Estados Unidos... en Baird & Tatlock ordené los ocho manómetros completos que usted quería... Las cuarenta y dos libras del señor Couret siguen en mi poder ya que para hacer el ingreso en la cuenta corriente de un banco de Inglaterra hay trámites y en el cuestionario requieren la serie de datos que le adjunto... seguimos recordando su visita como un período de "piedras blancas" en nuestras efemérides. Me alegro que nuestra casa le hiciera tan agradable impresión. Como todos los sitios donde "se vive", algo habrá captado de nuestros modos y han pasado tiempo y cosas suficentes para que los rincones rezumen esencias y humores personales... Un abrazo de su discípulo. Enrique Vázquez-López.»

Desgraciadamente la vida de este entrañable discípulo y meritorio científico se quebró a los pocos meses por un tumor cerebral.

Si nos detenemos en estos aparentemente nimios detalles, es para dejar alguna muestra de las dificultades que el trabajo encontraba en España, por falta de material adecuado y por la dificultad de importarlo del extranjero. Sin embargo, don Carlos supo vencerlo con decisión y generosidad, lo que permitió que a pesar de restricciones, sus laboratorios y clínicas estuvieran siempre modernamente equipados.

Con ello, con perseverancia, había ido consiguiendo paso a paso ir rehaciendo la obra destruida, acrecentando su prestigio nacional e internacional,

sin que los numerosos obstáculos le desalentaran nunca; su vuelo ,como el de la gaviota «Horizonte», estaba remontando...; bien cabe aquí el soneto de alabanza que le dedicó Felipe Sassone:

«Todo el saber en tu cerebro cabe;
a todo el arte tu afición inclina;
tu cosecha es humana y es divina,
leve en el sueño y en la Ciencia grave.
Deja que entre los médicos te alabe
con la sentencia de una mente pura.
Doctor que sólo sabe Medicina,
pues... ¡ni siquiera Medicina sabe!
de las más raras fiebres que yo arda
en cuerpo y alma sabes el secreto
tú no vacilas ni el remedio tarda,
yo admiración y gratitud prometo.
La gratitud el corazón la guarda;
la admiración la pongo en mi soneto.»

1951

Capítulo XI

... y cristalizar su sueño (1951-1955)

Si los sueños se vendieran,
¿cuál comprarías?
Algunos cuestan el repicar
de una campana pasajera,
otros un breve suspiro.
Si los sueños se vendieran,
sueños tristes y alegres sueños,
y tañera el buhonero la campana,
¿cuál comprarías ?

«Buhonero de sueños», THOMAS LOVELL BEDDOES

EN SU LIBRO «HISTORIA DE MI INSTITUTO», al que hemos de referirnos constantemente, resalta el párrafo fundamental de aquel largo discurso de la cena del vigesimoquinto aniversario de su cátedra:

«No estamos satisfechos, ni creemos que nuestra obra se ha cumplido, pero el ahora *nos hace esperar algo importante —acaso definitivo— que espero poder comunicaros como una realidad, que cerraría el ciclo de fundación afirmando sus persistencia en manos de los que nos sucedan,* pienso amigos, que aunque todo lo que nos ha movido fuera al final borrado, y lo que hemos vivido y creado cayera en el olvido, el perfume de nuestros sentimientos, la honda pureza de nuestro propósito, toda esta atmósfera que nos rodea y vivifica no se perderá; acaso los matices y colores que vemos en el cielo y despiertan tantos sentimientos en nuestros corazones, aparte de la explicación física, signifiquen las aspiraciones y los renunciamientos y la sed de ilusiones que animó a los hombres y que flotan en nuestro cielo para seguir induciendo sentimientos similares a los que los sigan contemplando cuando nosotros nos hayamos ido...»

En aquellas palabras, un poco crípticas, respecto a sus esperanzas, había sólo atisbos de que finalmente podría lograr el total de su sueño de siempre: la

creación de un centro que reuniera, clínica, investigación y docencia; las tres facetas a que había dedicado su vida.

Aun con el regreso a la Ciudad Universitaria, con un Instituto amplio, bien equipado, que había recuperado y aun superado el que nada más iniciado destruyó la guerra, y la ampliación de camas con las del Hospital Provincial, y las que sumaba el Instituto de Neurocirugía, aún no se sentía satisfecho. La lejanía física de clínicos e investigadores (labor que muchos simultaneaban entre mañana y tarde) obligaba a desplazamientos y a una pérdida de contacto íntimo, casi familiar, como él deseaba.

Las obras del nuevo Hospital Clínico, aquél que había ayudado a planear con tanto amor junto a Negrín (ahora convertido en el exilio en «bestia negra», por su relevancia política y su responsabilidad en el giro hacia Rusia y hacia el comunismo durante la guerra), estaba totalmente destruido. Había sido línea de frente, lugar de continuas batallas durante más de dos años, tratando de desalojar al enemigo a pocos metros de distancia y no se entreveía la posibilidad de que pudiera ponerse en marcha en pocos años, en las circunstancias todavía de pobreza del país. Por tanto, había que seguir conformándose con las viejas salas de San Carlos y del Provincial..., pero él no se conformaba tan fácilmente y seguía acariciando la idea de coronar su actividad y obra con un centro «total», distinto de todo lo existente, similar en su concepción a los que ya existían en Europa y, sobre todo, en Estados Unidos, indiscutible avanzada ya en la Medicina mundial.

En el mismo libro explica el porqué de su empeño en un centro que unificara definitivamente su labor y su escuela:

«Yo creo que la investigación es originalmente una desazón que brota primero, y la preocupación enseguida, por la incógnita. Esta situación puede originarse en el hombre sensible por diversos tipos de contacto, pero sin duda tiene una fuerza especial, la que brota en la cabecera del enfermo; con tanta frecuencia no nos explicamos lo que vemos y tenemos la impresión de nuestras limitadas posibilidades para suprimir el sufrimiento, la progresión de la enfermedad y su terminación fatal o invalidante, que por ello la vida del clínico apasionado es una continua emoción y un plantearse problemas sin cesar. Solamente por la vía clínica, o la observación conjunta clínico-patológica, han sido contestados muchos interrogantes en el pasado, pero poco a poco la adición de otras ciencias esenciales auxiliares, como la Química, la Física, etc., han abierto fecundas posibilidades. Por eso, en los últimos años es necesario utilizar los conocimientos técnicos que permiten seguir varios puntos de ataque. Pero esto no puede estar ya en la cabeza de un solo hombre, sino que exige un conjunto de ellos, dotados cada uno de una preparación especial y empujados todos ellos por una misma pasión.»

Debe aquí resaltarse uno de los mayores méritos de don Carlos. El, el internista por excelencia, el «sabelotodo», supo adelantarse a resaltar la necesidad de una especialización progresiva y de un trabajo en equipo —como él dice, de un «team»—. Hoy, casi cuarenta años más tarde, hay internistas y catedráticos que siguen hablando de la «crisis de la Medicina Interna», como si los especialistas les estuvieran robando más y más parcelas de poder. Recientemente, en un Congreso de la Sociedad de Medicina Interna, que fundara don Carlos, se ha oído decir que «los especialistas no son necesarios en hospitales cuyo ámbito no cubra más de cien mil personas..., porque además *no se someten al internista jefe de Servicio.*

Sigue en sus reflexiones: «En ese conjunto puede surgir alguno de especial capacidad y resalte, y que será un conductor en el futuro. Pero siempre en la concepción del problema, en la interpretación de los hechos, está con la obra de un conjunto el pensamiento de un hombre; recuerda esto como cuando surge en el aire un bando de palomas todas iguales y hay siempre una que toma la dirección resueltamente y que conduce el grupo.»

«Lo anterior se escribe para subrayar cómo resultaba importante en el sentido de la Ciencia, que el Instituto tuviera clínicas al lado de laboratorios especiales, y cómo los clínicos y científicos de laboratorio deben estar al lado para que su labor sea realmente fructífera... es por ello necesario que haya un conjunto amplio, en que cada uno vaya adaptándose a un tipo de trabajo, del cual quedarán, como en la abundante suelta de polen de una gramínea, algunos elementos fecundos.»

En junio de 1952, apareció su libro «LA INVESTIGACION CIENTIFICA Y LA ENSEÑANZA Y ORIENTACION DE LA MEDICINA», editado por Paz Montalvo. Es un libro fundamental en su producción, pues en él abarca, a través de su experiencia, toda la problemática de la Medicina española y universal a lo largo de tres temas bien diferenciados: 1) Caminos de la Medicina y orientación del médico (Medicina humana). 2) Problemas de la enseñanza de la Medicina. 3) Perspectivas de la investigación en España, con una recopilación final.

Está dedicado: «A MIS COLABORADORES, hermanos de trabajo y amigos leales, con mi deseo de haber sabido corresponder a su afectuosa lealtad, y a lo mucho que su preparación, su abnegado entusiasmo y su crítica serena me han enseñado.»

Ya en el prólogo expresa su deseo de debate fructífero, como vía de hallar las mejores soluciones para los problemas expuestos en los que no considera estar absolutamente en posesión de la verdad: «Este libro tiene, en resumen, el doble objetivo de informar del problema y sus posibles soluciones y, al mismo tiempo, desea promover crítica, por lo cual quiero declarar que nada podría ser para mí más satisfactorio que conocer la opinión divergente de otros y ver claros mis errores y rectificar. Si este libro provoca discusiones o es origen de una modificación radical de los defectos que se señalan, tendría colmado el propósito que me ha movido a su publicación.»

La primera parte está tomada de una conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos, en un ciclo organizado por Lafuente Chaos, en octubre del 51, en que también participaron Marañón, el propio Lafuente, Merchán, García Díaz y Rof Carballo.

La tesis esencial es propugnar por una «Medicina humana», similar a la que proponía Siebeck en su libro «La Medicina en movimiento», y señala:

«Debemos ser permeables a todo lo que significa un avance real, para con ello completar nuestro tesoro, y no soltar aquello que teníamos como firme en las primeras de cambio como el cuervo de la fábula.» «Yo he seguido un camino y enseñado un camino, a él me siento cada vez con más seguridad más aferrado, aunque con actitud permeable y pronto a la rectificación en lo que me convenza; pues en esto, como en todo, no tengo la sensación de "haber llegado", me siento transeúnte en marcha, no parado; tengo, eso sí, un horizonte que no cambia y hacia el que quiero seguir, con ilusión y fe. Este camino es largo e ignoro qué longitud del mismo me estará reservado andar. Si quedo en el trayecto me gustaría por lo menos haber sabido enseñaros por qué he creído en él y creo que era ése el mejor.» «El médico que no se ha hecho bueno, hasta donde el hombre puede serlo, en el contacto diario con el dolor humano, es que no puede serlo ya de ningún modo.» «Recordad lo que dice Nietzsche de los pescadores que hablan mal del mar cuando no han pescado.»

Defiende a lo largo de todo el capítulo la objetividad de la Medicina, la necesidad imperiosa de una buena historia clínica y una perita exploración y arremete contra la orientación psicosomática en boga:

«Un colega norteamericano me decía que había que cambiar la patología digestiva en el sentido psicosomático y yo le dije: "Bueno, pero primero no deje usted más que le haga las historias la enfermera." Un gran clínico que tuvo que salir de Alemania por la persecución nazi a los judíos, me escribía desde su país de exilio donde trabajaba en un medio modesto: "Le aseguro a usted que esto de tener yo que interrogar directamente a los enfermos me está enseñando muchísimo". Cita a Laín en su libro sobre la historia clínica cuando habla de la crisis del gran Krehl, cuando desciende de su cátedra y tiene que enfrentarse con la práctica y se da cuenta de que el tratamiento de la enfermedad no se puede derivar íntegramente del conocimiento fisiopatológico. "¡Cómo ante la realidad del bacilo del cólera no se iba a perder la atención sobre los factores telúricos y ante el suero antidiftérico se iba de nuevo a reparar si se debía purgar en cuarto meguante!", sigue siendo actual la exclamación de Naunyn: "La Medicina será ciencia, o no será nada." "No es tiempo, por lo demás, que esta Medicina psicosomática incorpore ninguna novedad conceptual ni para la clínica, en ello disiento de mi amigo Laín que dice que la medicina fue siempre psicosomática." "Un distinguido psicosomático extranjero, que nos visitó hace poco y quería demostrarnos su ingenio, se acercó a una pobre asmática preguntándola de improviso: '¿Se confiesa usted de sus ataques?' La pobre mujer se quedó estupefacta, menos mal que era una de esas criaturas sufridas del agro español." "¿Es que la práctica clínica puede nunca dejar de ser integral?" "Yo he solido decir que podría poner a la puerta de cada enfermo, igual que algunas casas hay un letrero que dice 'no entrar sin hablar con el portero', otro cartel diciendo 'no entréis en este hombre sin hablar antes con él' —y el final— si estáis convencidos de que seguís el mejor, que es además el único camino, aunque con frecuencia pueda no ser el más brillante, ya es bastante. Vivir siendo médico tiene una ventaja superior a la legítima de ganarse con ello la vida; ser médico nos ofrece la ocasión de hacer el bien y hacernos buenos. Valen la pena los sacrificios que nos cuesta aprender a serlo."»

En el capítulo de la «Enseñanza de la Medicina» reitera sus críticas, que ya hemos ido conociendo antes, desde aquella ponencia de Santander en 1938, y que, como tantas otras anteriores, habían caído en saco roto, pero que la creciente mejora de la economía del país le hacía confiar más que en aquella ocasión fueran escuchadas y puestas en práctica... con el mismo resultado.

Volvía sobre la necesidad de aumentar los recursos hospitalarios «extramuros» de la universidad, para poder dar responsabilidad y camas con enfermos a los estudiantes, algo que él estaba a punto de poder poner en práctica

en su definitiva creación de la Clínica de la Concepción, cuyos primeros atisbos de realización acariciaba por entonces.

Se preguntaba: «¿Por qué se crean centros, cuya utilidad no discuto, todos los días, para realizar una labor que debería hacerse en la universidad?» Se responde frecuentemente: «Porque en la universidad no hay sitio; pues háganse para ella los edificios que se erigen en gran profusión»; o bien, «porque la universidad no tiene medios ni personal para ello; pues créense en la universidad en lugar de hacerlo fuera de ella». «Ultimamente algunas Facultades, como, por ejemplo, en Granada, donde tiene unas clínicas muy pobres en un viejísimo hospital, hay un nuevo Hospital Clínico que no se ha entregado aún a la Facultad, mientras se eleva un soberbio hospital para la organización del seguro, con el que la Facultad nada tiene que ver ni se hace docencia.» No es tan extraño esto, cuando se sigue repitiendo con fácil efectismo que: «¿Por qué han de servir los trabajadores para que se estudie en ellos» (la frase era de José Antonio Girón, ministro de Trabajo y creador del S.O.E.). «Supone esto ignorar que el médico, a diferencia de otros profesionales más deformados, persiste en el estudio toda su vida y que no hay médico que sea eficaz que no estudie enfermos, sean trabajadores o rentistas y cuando el médico no estudia *en* sus enfermos no sirve para nada ni merecería la menor atención.» «¿Sobre qué enfermos deben hacerlo? ¿Sobre los pobres que no alcancen los seguros? ¿Y por qué sobre ellos?, podría replicarse.» «Es necesario que disminuyan los alumnos y se descienda también el ingreso por matrículas en las Facultades; pero la enseñanza tiene un elevado coste y el Estado tiene que gastar en sus universidades. O'Hara calcula últimamente que cada estudiante, además de pagar trescientos dólares por año, debe costar al Estado unos quinientos más (alrededor de treinta y cuatro mil pesetas en total)(¡ !).»

...Y terminaba con conclusiones constructivas para acabar la lamentable situación de estudiantes sin enfermos, en que poder aprender y formarse debidamente.

En el último capítulo, «Perspectivas de la investigación en España», repasaba lo poco que en este sentido se había avanzado, a pesar de esfuerzos personales como el de Cajal o su Instituto, pero sin que se hubiera creado el «ambiente» adecuado para que aquellos ejemplos se generalizaran, para que los jóvenes con ilusión investigadora pudieran subsistir trabajando en la propia universidad.

Sin embargo, ya en el comienzo muestra su poca fe en que sus palabras sirvieran para modificar tan crónica situación: «Si alguna eficacia pueden tener, sin embargo, estas exposiciones, es solamente a fuerza de ser sinceras; recuerdo un moro que estaba en el hospital nuestro durante la guerra y leía el catecismo; a mis preguntas decía: "Leo este libro porque es bueno y es bueno porque dice la verdad."» «La investigación científica surge con la mayor facilidad en los medios en que ya vienen haciéndose desde hace tiempo, tiene una tradición, y en cambio lo hace con mucha dificultad donde la tradición es exigua o esporádica.» «...Dispersos o maltrechos quedaron los discípulos de Cajal que formaban un conjunto que rara vez podremos ver igualado, persistiendo heroicamente sólo algunos en la labor en que habían sido iniciados (hay que recordar que Fernando de Castro, uno de los, sin duda, más destacados miembros de la escuela de Cajal, tuvo que sobrevivir en la posguerra haciendo de anestesista de Plácido Duarte y otros cirujanos).»

«Las condiciones que debe reunir un investigador han sido ya reiteradamente analizadas, desde el magnífico libro de Cajal a inmumerables libros y trabajos en las revistas científicas» —ataca después todo intento, que será baldío, de «burocratizar» la investigación—. «Este "profesionalismo" y "burocratismo" de la investigación puede ser tolerado por países con gran tradición, buenas instituciones, medios económicos abundantes y gran concurrencia por sus ventajas materiales... pero nada de eso es nuestro caso.» «Juzgo, por lo contrario, necesario decir que la investigación científica no es ninguna profesión ni carrera especial, que no es sino una de las maneras de caminar por la vida y enfrentarse con las cosas, que debe derivar de una actitud espiritual inquieta, entusiasta, decidida y elevada por encima de las ventajas materiales y de la vanidad del éxito.» «Los que vivisteis el laboratorio de Cajal, o habéis visto el laboratorio de Pasteur en L'Ecole Normale, o el modesto laboratorio de Fleming, o sabéis que Meyes descubrió la conservación de la energía viendo palúdicos en Ultramar, Banting y Best descubrían la insulina en un sótano indotado y los Curie el radium en un garage, tenéis ya formado sobre esto vuestro criterio.» «Con Castro Mendoza, los días que nos encontramos solos en San Sebastián y quisimos continuar nuestros estudios en marcha sobre el metabolismo lipídico, lo hicimos construyendo con tablas unas jaulas para los perros, que se alojaron en un garaje, y operábamos en un sótano, y no creo que la labor de entonces tenga un sentido diferente de la de ahora.» «Este personal tiene que estar en primer término, si no con lujo —no olvidemos que un catedrático de universidad recibe menos de dos mil pesetas—, sí con decoro, que le permita hacer frente a las necesidades de la vida.» «Así una juventud

de grandes virtudes, de la que el estudiante "golfo" casi puede decirse que ha desaparecido, ha perdido también casi totalmente el estudiante original, con personalidad, que profundiza y elige su camino.» «Sería injusto no recordar aquí la admirable labor de la Junta de Ampliación de Estudios, que envió fuera a varias generaciones de maestros e investigadores en tantos campos.» «¿Por qué es tan frecuente que cuando aquél empieza a ser "respetable", deja de merecer nuestro respeto?» «En una ocasión me han preguntado: "¿Qué es lo que más desea usted?", y yo, con plena sinceridad, respuse: "Utilizar bien lo que poseo."»

«Todo ello se consigue cuando el motor que nos impulsa es el amor puro.» ...Y terminaba: «Parafraseando a Santa Teresa, pensamos que el éxito no está sólo en el resultado, sino en la perseverancia, en el mejoramiento, en la depuración del anhelo. En todo caso, nunca creemos que hay en esto un mérito: habremos vivido del modo que nos correspondía vivir congruentemente, dentro de nuestra representación del mundo que hemos venido a vivir.»

En la «Recapitulación» señala, con letra bastardilla, unos pocos puntos: «Acomodar el número de alumnos a las posibilidades de locales y medios.» «Supondrá un gasto enorme en relación con el actual presupuesto.» «La incorporación de todos los hospitales y enfermerías, sean sostenidas por las Diputaciones o Beneficencia General, a la enseñanza de la Medicina.» «Hay que modificar la estructura de lo que es ahora "S.M. el catedrático". Este no debe poder ser improvisado y no debe ser intangible.» «La investigación médica no puede ayudarse eficazmente sin que también se modifique la enseñanza del estudiante, poniéndole en contacto con la realidad objetiva, de donde puede surgir una vocación.» «Hay que luchar contra el "enfisema oratorio", el cultivo de la exhibición, la conferencia, el artículo de revista que nada añade, etc.» «Yo tengo la evidencia de que perseverando en nuestra labor, nuestra obra suscitará creciente curiosidad e interés y será justamente estimada internacionalmente. Pasa un poco con esto lo que ocurre con la nieve; cuando empieza a nevar todavía no lo notamos al mirar el suelo, "no cuaja"; y solamente si con la temperatura adecuada la nieve sigue cayendo tenazmente, llega a blanquear el suelo y concretarse.»

La exposición era completa y cabal de lo que había que hacer..., pero nuevamente poco se hizo.

La aparición del libro, con sus reflexiones sobre la necesidad de crear un ambiente que permitiera una investigación propia española, coincidió con la

celebración del centenario de Cajal, aquel hombre único que quiso remover las estancadas aguas del progreso médico español. Cajal había sido su ejemplo persistente y trataba de que sus ideas, con continuo predicar sobre cómo y por qué debía España tomar nuevos caminos, hizo que atendiera a la llamada de participación en aquel homenaje, aunque con pocas esperanzas de que aquello no quedara en la superficie, en actos protocolarios y discursos inflamados, en lugar de en acciones positivas. Sentía tristeza de que el recuerdo del centenario de su nacimiento surgiera en un momento en que la atención oficial al Instituto Cajal fuera escasa y hubieran quedado fuera de él sus más destacados discípulos.

Sin embargo, no quiso quedar ajeno a aquel homenaje. Su amigo Pedro Laín había sido nombrado presidente de la Comisión Permanente del Centenario y le había escrito:

«Mi distinguido amigo: Entre los acuerdos de la Comisión Permanente para la celebración del centenario de don Santiago Ramón y Cajal, figura el de iniciar los homenajes con un acto que se celebrará en Petilla de Aragón, su pueblo natal, el día 1 de mayo, fecha de su nacimiento.

Nos hemos permitido nombrarte vocal de la Comisión Ejecutiva y nos es grato, al darte cuenta de este acuerdo, unir esta comunicación a nuestra invitación, por si personalmente deseas asistir, para dar así mayor realce al homenaje.

Durante el próximo mes de mayo se celebrarán el homenaje de la Universidad de Madrid y otro de carácter nacional, el día que designe S.E. el Jefe del Estado. Tan pronto como estén acordadas las fechas te lo comunicaremos, enviándote las oportunas invitaciones...»

Así, fue al pequeño y abandonado pueblo de Petilla, de donde salió la mayor gloria científica española y el que sería siempre ídolo y ejemplo. Le emocionó aquella humilde casa, recordó las infantiles aventuras descritas en su «Recuerdos de mi infancia y juventud», que tanto había leído y releído y en las que estaba el germen de aquel gran hombre y verdadero patriota.

Un hecho extraño enturbió por entonces el momento ilusionante en que vivía, viendo progresivamente más cercana la posibilidad de crear el centro «total» que siempre había deseado como culminación de su obra.

Se empezó a correr la voz en los mentideros médicos que un colaborador importante dentro de su grupo no era médico, que no había terminado nunca

la carrera. Al principio todos consideraban que se trataba de un nuevo ataque de los maledicentes, de los que siempre buscaban por dónde podrían atacar a aquel hombre que no podía dejar de crear «anticuerpos» entre envidiosos y enemigos. Pero el hecho era una realidad. Se trataba de Emiliano Roda, ya con éxito profesional y persona seria y estudiosa. Lo más escandaloso fue que poco antes había sido elegido al cargo de presidente de la Academia Deontológica, institución dedicada a velar por la ética médica.

Efectivamente, en sus estudios se le había «atragantado» la Anatomía Patológica, asignatura de tercer curso y nunca llegó a aprobarla. Con la guerra se habían destruido archivos de la Facultad de Salamanca y consiguió un título con el aval de tres compañeros de curso, que aunque sabían lo ocurrido también conocían sus estudios y que tenía una buena formación médica. Parece que uno de ellos, tras una fuerte discusión, denunció el hecho al Colegio de Médicos y que se trató de Emilio de la Peña, prestigioso urólogo, hijo de aquel don «Leopardo», que fuera tantos años director del San Carlos. Cuando el hecho inexplicable fue confirmado, aún dentro de su indignación interna, don Carlos le ayudó a salir de España rápidamente por Portugal, pues se le venían encima graves pleitos por haber ejercido la profesión de forma ilegal... y haber pasado en aquella actividad suculentas minutas a pacientes que estaban dispuestos a reclamar.

Marchó a Perú, donde tenía un hermano, y allí, en poco tiempo, acabó su carrera e incluso hizo una tesis sobre «Arteriosclerosis» que, ironías del destino, era esencialmente anatomopatológica, la asignatura que nunca llegó a aprobar.

Regresó al cabo de los años, legalizada su situación y olvidado el escándalo, pero nunca se reintegraría al conjunto, aunque aparecía de «oyente» por las sesiones. Fue la prueba de fuego de su proverbial adhesión a sus colaboradores. En aquella ocasión, como en muchas otras, se le pudo aplicar la máxima de Cajal.

«Es difícil ser muy amigo de los amigos, sin ser algo enemigo de la justicia.» Don Carlos pudo no ser justo muchas veces cuando de defender a un colaborador se trataba. Respecto a la consecución de su obra prosigue la «Historia de mi Instituto»:

«Yo no veía claro cómo podría obtener ese conjunto ideal, soñado; tener los laboratorios era ya un primer e importante paso, así como el haber aumentado el número de colaboradores y de enfermos cuando obtuve la plaza del Hospital Provincial... nuestras esperanzas de trabajo fueron así aumentándose, en el sentido de mayor experiencia clínica, anatomopatológica, bioquímica, de exploraciones especiales, etc.

...Todo el formidable intento que me proponía ha sido muchas veces estimado y apoyado; otras veces tenaz e infundadamente combatido; refiriéndose a nosotros, un colega del hospital dijo cínicamente: "Hay que inhibir el cáncer; pero, sobre todo, las metástasis." Yo sabía, y cada vez fui adquiriendo mayor convicción de ello, que ni en la Facultad de Medicina ni en el Hospital Provincial podría realizar mis propósitos sobre el Instituto tal como lo anhelaba, no sólo para nosotros, sino para contribuir a orientar en forma distinta nuestra Medicina, suscitando la creación de otros centros, como, en efecto, afortunadamente, así ha sido. ¿Pero cómo conseguirlo? Yo recordaba muchas veces la expresión de cuando eramos chicos: "lo que está de Dios a la mano se vuelve"; uno de mis mejores colaboradores, Emilio Arjona, me decía un día: "Nadie se muere sin realizar su obra."

Aunque la Asociación Protectora me había ayudado antes de la guerra con generosidad y me dio una base profunda de fe, la cuantía económica necesitada para hacer una gran clínica era muy superior a lo que podían o estaban decididos a contribuir. Un día don Juan March me animaba diciéndome: "Ya verá usted cómo eso podrá llegar a hacerse." Y algunos otros me dijeron lo mismo. Pero los precios habían subido tanto, que lo que con uno o dos millones de pesetas había sido posible anteriormente, ya exigía más de cincuenta.»

En julio de 1951, tuvo lugar en París el III Congreso Internacional de la Sociedad de Medicina Interna. Don Carlos fue nombrado miembro del Comité Ejecutivo, que compartía con personalidades de la talla de Nana Schwartz, Pasteur Vallery-Radot, Unger, Berg, Ludwig, Heilmeyer..., y ello había añadido un prestigio transcendente, pues pocas veces un español había accedido a un puesto de tanta resonancia mundial. Además, le habían elegido miembro de honor de la prestigiosa Sociètè des Hôpitaux de París.

Al regreso de aquel Congreso de París refería un rasgo que traduce una de sus obsesiones: el patriotismo, aun reconociendo los múltiples errores y carencias de España.

Al parecer, un distinguido profesor francés le dijo que España era un país poco lógico y don Carlos, un poco quemado, contestó: «Oui monsieur, vous avez toute la raison, l'Espagne n'est pas à toute logique. ¡C'est un pays *mythologique!*»

Otra anécdota que contaría repetidamente, y cada vez riéndose más y más, se refería a Conchita. Era tan expresiva que, a pesar de su desconocimiento de idiomas, se hacía entender con ademanes y gestos y un francés rudimentario de su época de París, durante la guerra.

En la solemne cena de clausura del Congreso, en la que ya les habían reservado plazas destacadas pero lejanas uno de otro, Carlos se sorprendió ante grandes manifestaciones de sorpresa entre los vecinos de mesa de su mujer. Pensó: «¡Dios mío, qué habrá dicho Chini!»; más sorprendido quedó cuando, dirigiendo su mirada hacia él, le hicieron gestos inconfundibles de calurosa enhorabuena. A la salida, yendo hacia el Grand Hotel, le preguntó a qué se había debido todo aquello, y su respuesta fue:

—Pues mira Carlos, yo tampoco lo entiendo. Fue sencillamente al rechazar tomar de un plato. Solamente dije: «Pas, pas, je suis pleine», porque realmente estaba llena hasta arriba.

Carlos soltó una carcajada que, como le ocurría en ocasiones, fue incapaz de cortar y cada vez era más y más ruidosa, mientras Conchita era la que ponía ahora cara de asombro.

—¿Y a qué viene ahora esa risa? ¿Dónde está la gracia?

Cuando consiguió retener aquella cascada de risas, tuvo que explicarle que aquello en francés significaba estar embarazada y que a sus cincuenta años no era extraño que hubiera creado ademanes de sorpresa y felicitación. Ahora fue ella la que reía y reía.

La noticia de aquel éxito internacional fue, lógicamente, aireada en el mundo médico nacional e incluso los diarios resaltaron el hecho, ya que el país estaba muy necesitado de «hacer méritos ante la enemiga que su régimen creaba en la mayor parte de los países democráticos». Ello contribuyó a que, en círculos oficiales, fuera su voz oída con mayor atención, pero aún veía difícil conseguir más ayuda que la obtenida por los locales de la Ciudad Universitaria y el concierto logrado con el mastodóntico Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que regía el opusiano José María Albareda y que había permitido que el Instituto quedara en cierto modo integrado en el Patronato del Instituto Cajal. Pero la ayuda que por ello se recibía era simbólica y, aunque Albareda consiguió que los investigadores que trabajaban con don Carlos en el Instituto tuvieran la consideración de personal investigador del Consejo, era sin vincularse administrativamente, esto es, sin recibir ningún sueldo.

En estas circunstancias, su única esperanza, aún remota, era la ayuda privada de las personas que constituían la Asociación Protectora y, en particular, de don Juan March en el apogeo de su imperio económico, a quien atendía como enfermo junto a toda su familia. De hecho, como su esposa doña Leonor estaba terriblemente obesa y delicada, todos los veranos Adolfo Romero se desplazaba a cuidarla durante su estancia en Mallorca.

Don Juan March era en aquel momento el prototipo español del gran capitalista, del supermillonario por excelencia. Su historia estaba llena de negocios «raros», desde unos inicios modestos. Antes de la guerra, durante la República, había sido encarcelado en Alcalá de Henares, pero su capacidad económica era tal que sencillamente había comprado su libertad al director de la cárcel, que huyó con él asegurándose su futuro y permitiéndole pasar todos los filtros puestos para su persecución.

En aquella época, y después de haber volcado muchos millones para la causa nacional, era hombre de máxima influencia, casi todopoderoso. Cuando se publicó el libro «El último pirata del Mediterráneo», que ponía de manifiesto algún turbio pasado, el libro casi desapareció como por encanto; se dijo que él solo había comprado toda la edición.

«En una memorable comida con don Juan March y don Ernesto Anastasio, aquél me dijo: "Bueno, estoy pendiente de cosas que si salen bien dispondría usted de trescientos o cuatrocientos millones, y, de todos modos, aunque no saliera, cuente usted desde ahora con doscientos." Como don Juan había contribuido generosamente a nuestra Asociación con cuatrocientas mil pesetas al año, yo me quedé atónito. "Don Juan, ¿qué me dice usted? ¿Eso es firme?" Y me dijo: "Aquí está don Ernesto, ésa es mi firme decisión; solamente quiero esperar unos meses para ver cómo va ese negocio y en todo caso poder decirle la cuantía; cuente usted con ello y actúe sobre esa base." No sé lo que habría hecho para demostrar mi gratitud y mi emoción. Pasaron unos meses y don Juan siempre me decía: "Sigo en lo mismo y creo que pronto lo verá usted"», prosigue en su libro.

Esta promesa que parecía tan firme fue lo que le movió a aquel velado anuncio en la cena del vigesimoquinto aniversario, anunciando a sus colaboradores que esperaba pronto poder concretar en ladrillo lo que era la ilusión de todos ellos, la que les había transmitido desde el principio de su relación con cada nueva generación.

En 1953, y basado en la ayuda de don Juan March, se decidió a plantear la posibilidad que se abría al Jefe del Estado solicitando una entrevista, que le

gestionó el ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, que era paciente y amigo. Don Carlos siempre resaltó la gran ayuda que este canario, alto, de ideas muy claras, supuso para el logro final de sus fines y, posteriormente, en la continuidad de su obra.

Estaba confiado, pues Franco siempre le había distinguido y favorecido en lo que pudo, desde aquella primera entrevista en Salamanca del 37, que acabó con persecuciones y temores. Su admiración por él también había ido en aumento, al ver como el país había ido remontando los duros años de posguerra y cómo España ya no era un país marginado en el mundo y se iniciaba una era de prosperidad bajo su mandato.

Se sentía «franquista», al ver como aún con la enemiga que había creado su posición favorable a «el Eje» en la pasada guerra, su régimen ya era reconocido por todos los países democráticos. Para él era de los pocos militares de la Historia que había llevado la nave con buen timón en duros tiempos de paz y había salvado a su España del comunismo.

Por entonces se sabía poco o nada de su crueldad en la venganza, del aniquilamiento de toda oposición y se pensaba que había sido necesaria una «mano de hierro» para superar los duros años de la posguerra.

Aquella entrevista con Franco, en la que ¡como tantas veces! tuvo que exponer su proyecto, partiendo sucintamente de todo lo que su grupo y él mismo habían hecho, le dejó más ilusionado, aunque no obtuviera resultados concretos, que tampoco esperaba. Franco le había dicho, después de escucharle en silencio: «Esa Institución que usted proyecta sería magnífica en sí; pero, sobre todo, como orientación hacia el futuro; podría constituir como una fundación piloto, de la cual derivaría una experiencia para cosas similares futuras.»

Don Carlos le reconoció que era más urgente acabar la nueva Facultad y el nuevo Hospital Clínico, y solamente quedó en que le enviaría un escrito que inmediatamente redactó: «Tras una introducción de la "firmeza de su propósito", no brotado de pronto, con más o menos fantasía en mi mente, sino de algo que he alentado siempre y en cuya aspiración he empleado mi vida. Si no logramos realizar este proyecto, por lo menos hemos tratado de acercarnos a él trabajando con fe, ilusión y perseverancia»; a continuación exponía en varios apartados «Las razones de necesidad», que incluían: a) Impulsión de la labor científica original. b) Aprovechamiento de los jóvenes dotados. c) Enseñanza de la Medicina. d) Enseñanza de postgraduados. e) Pensionados extranjeros.

Le seguían «Las razones de posibilidad», en que trataba de explicar la trayectoria anterior; hacía balance de todo lo que ya disponía: Instituto de Investigaciones Médicas, Instituto de Neurocirugía, que dirigía Obrador y también mantenido por la Asociación Protectora, Servicios de la cátedra en la Facultad de Medicina y en el Hospital Provincial.

Sostenía a continuación, con excesivo optimismo, que el mantenimiento no tendría dificultad, basándola en las aportaciones de los socios que habían venido ayudándole, las subvenciones oficiales del C.S.I.C., de la Dirección General de Sanidad, Comisaría de Abastecimientos y Ministerio de Agricultura, a los que solventaban problemas de la nutrición y alimentación (no decía lo escasísimo de tales subvenciones); la del Ministerio de Educación Nacional (en el aire), por estar su cátedra situada en la Institución y por la enseñanza de posgraduados; la (también inconcreta) que provendría del Seguro de Enfermedad, por atención a sus beneficiarios, y la nunca vista hasta entonces, pero real al depender sólo de él y de su grupo, de ceder una *parte fundamental de los ingresos de las clínicas y consultas privadas para el sostenimiento de la Institución.* «Para nosotros sería aceptable —decía— cualquiera de estos dos caminos: o recibir un sueldo decoroso, renunciando a todos los ingresos por enfermos particulares, o dejar un procento a beneficio de la Institución.»

Tampoco en los gastos de instalación quería ver problemas, resaltando que en lo referente al edificio «no tenemos ningún afecto por la suntuosidad» y que con material instrumental se contaba con bastante, aunque fuera necesario completarlo y modernizarlo, para lo que creía necesario adquirirlo en el extranjero, «pero el valor total no sería exorbitante».

Como puede verse en estos dos últimos puntos, parece claro que, sintiendo tan cerca la posibilidad de lograr su sueño, prefería levantar un poco los pies de la tierra para no encontrarse con obstáculos insalvables.

Terminaba el citado escrito, en el que puso tantas esperanzas: «Nuestro deseo es el de merecer lo que deseamos, recordando una vez más la carta inspirada por Nuestro Señor a Santa Teresa: "No está el placer en poseer sino en desear y merecer"», cita que sería grata a la persona a que iba dirigida, que nunca viajaba sin la reliquia del brazo de la santa.

Visitó a don Juan y le refirió el apoyo mostrado por el Generalísimo y como era casi seguro que le cedería unos terrenos en la Ciudad Universitaria para la ubicación de su Instituto. Le dijo que con ello pensaba que con una cantidad inferior a cien millones podría hacerse, y la contestación de don Juan

fue: «No, no, yo le daré a usted mucho más; pero faltan aún ciertos requisitos, que espero puedan estar resueltos en pocas semanas.»

Con estas promesas, firmes y reiteradas delante de testigos, don Carlos no necesitó más y se lanzó a buscar un terreno conveniente, acompañado por el secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, en alguna zona de las que quedaban libres, pero procurando que no estuviera muy lejana de la Facultad y del todavía semiderruido Hospital Clínico, con los que pensaba había de mantener estrecha relación, por si su deseo de trasladar la cátedra a la nueva Institución no se lograba.

Había algunas zonas adecuadas, pero la quería con suficiente terreno para posibles sucesivas ampliaciones sobre el núcleo inicial, cuyas dimensiones y capacidad estaban totalmente pendientes del dinero que al final recibiera de don Juan March.

Prestó atención a un edificio pequeño que se había hecho por Regiones Desvastadas para el Instituto Rubio, ya que el original había sido totalmente destruido por la guerra. Estaba situado (casualidades de la vida) en aquel antiguo Tiro Nacional del Cerro del Pimiento, en el que pasó algunos veranos de su infancia. Era un edificio pequeño, de aspecto simpático, y, aunque no servía por sus dimensiones para su proyecto, le pareció que podía ser ese nódulo ampliable.

Conocía bien y admiraba la labor de aquel centro, que el gran cirujano había convertido en lo que fue posiblemente primera escuela de postgraduados en España, aunque solamente en el sentido quirúrgico. También sabía que no sería fácil volverlo a poner en marcha, ya que los miembros de tal instituto o habían muerto o estaban en edad de jubilación y no tenían medios para sostener el hospital. Posiblemente estarían dispuestos a renunciar a él y que se dedicara a otro objetivo.

Cuando se informó de hacia dónde se orientaba su futuro, se enteró de que este destino tenía dos fuertes candidatos, con los que sería difícil luchar por su posición política. Uno era el marqués de Villaverde, el «yernísimo», que quería hacer él un centro de Cirugía Torácica, su especialidad. El otro era nada menos que el casi todopoderoso general don Camilo Alonso Vega, amigo íntimo de Franco, con tal fama de bruto que se le llamaba «don Camulo» y que, absurdamente, presidía la Junta de la Lucha contra el Cáncer. Este había sido, como su mujer doña Ramona, enfermo suyo.

Habló con el primero, que había sido su discípulo, y accedió a retirar su deseo, aunque mostró «su interés» de ocupar la plaza de jefe de servicio de su especialidad en el proyectado centro.

Más difícil consideraba que sería la entrevista con el general, con su fama de tozudo. Tuvo que volcarse en su exposición, en lo que por conseguir coronar su obra había luchado desde hacía veinte años y acaso su sinceridad que dejaba transmitir la emoción que le embargaba ante aquel penúltimo envite, le llevó a su objetivo. El caso es que el temido Alonso Vega le escuchó en silencio y al acabar, con su tono tajante, le dijo:

—Conformes; por nada hubiera renunciado a ese edificio, pero veo en usted un patriotismo y una decisión que me emociona. ¡Sea para usted y que Dios le permita coronar su obra!

—Mi general, muchas gracias: esto supone para nosotros una luz nueva —le contestó emocionado don Carlos, viendo que los obstáculos eran vencibles cuando el proyecto era firme y merecedor de respeto en las altas esferas.

Con estas buenas noticias fue a don Blas Pérez, de quien dependía Regiones Desvastadas, y con cuyo apoyo contaba de antemano. Aceptó el cambio de destino de la obra y prometió acelerarla y adaptarla a su nuevo fin.

Quedaba aún un trámite que consideraba no pudiera tener mucha dificultad. Se tenía que dirigir a los pocos supervivientes del patronato del Instituto Rubio y que ellos aceptaran esta cesión. Suponía que dada su edad y las dificultades que encontrarían para poder rehacer aquello tras tantos años, les inclinarían a esta solución. En el escrito dirigido a ellos (nuevamente a explicar su proyecto) les hacía ver que, en cierto modo, sería una continuidad de la orientación de don Federico como escuela de postgraduados y que daría su nombre al sector quirúrgico de la nueva Institución. Les ofrecía, asimismo, nombrarlos miembros de honor de la nueva Institución. La contestación fue rápidamente positiva; influidos muchos, además de por las razones expuestas, por el afecto y la confianza que don Carlos les inspiraba a través de su trayectoria. Así, los nombres de Leoz, Landete, Gutiérrez, López Dóriga, López Durán y Rodríguez Zúñiga quedaron incorporados a los benefactores de su obra.

Según iba progresando en estas sucesivas gestiones, su ilusión de poder llegar en un breve plazo a cristalizar su sueño iba siendo más factible. No podía quejarse de como iba siendo atendido en las altas esferas del Estado, aquel que inicialmente le persiguiera. Su creciente prestigio nacional e internacional, había ido venciendo todos los obstáculos.

Tampoco le había fallado la ayuda privada, en una experiencia inédita en España de cooperación entre el sector público y privado en apoyo de la Ciencia. Quizá la Legislación española era en gran parte culpable de este tradicional divorcio. Lo que en otros países era casi una regla: las donaciones a la universidad, a la investigación, se veía frenada en nuestro país, por la carencia de comprensión respecto a la conveniencia de que estas fuentes de ingreso se volcaran en el progreso científico, con un trato diferencial en los impuestos.

Este hecho, y el contar con la seguridad de un grupo de colaboradores eficaces y bien preparados eran sus grandes bazas para el futuro.

Sobre las últimas generaciones, las creadas después de la guerra, tenía una gran esperanza, pero al tiempo una gran preocupación: la dificultad, casi imposibilidad, de mandarles a completar su formación en el extranjero, como había conseguido hacer con la mayoría del núcleo inicial, gracias a las ayudas que el mismo y los que le siguieron pudieron tener, esencialmente de la Junta de Ampliación de Estudios.

Pero en aquellos años cuarenta, y principios de los cincuenta, no había habido prácticamente ninguna posibilidad de hacer lo mismo con los jóvenes. Había tenido una promoción excelente, la que terminó sus estudios en 1948, de la que los más destacados habían sido incorporados al conjunto. Su capacidad, su afán de estudio, había hecho que su fama corriera en la Facultad, aún de estudiantes, y que fueran conocidos como «los cráneos» —Perianes, Segovia, Palacios, Garrido, Pérez Gómez, Fernández Criado, Linazasoro—. De ellos sólo Perianes, que había ganado la «Beca Sandoz», pudo salir a Suiza.

La siguiente también fue buena (F. Lahoz, Merchante, Rallo, Ortega Núñez) y no habían tenido oportunidad de hacerlo y, en aquel momento, 1952, terminaban la carrera sus sobrinos Mariano Jiménez Casado y Pedro y Gregorio de Rábago, de cuya formación tanto se había preocupado y no veía la forma de poder conseguirles algún tipo de becas y ayudas con este fin.

La casualidad le sonrió justo a tiempo. Su colaborador, Marina Fiol, que se había convertido en una autoridad mundial tras sus estudios en la fisopatología y radiología del intestino delgado y con el que había publicado un libro de gran éxito «Enteropatías crónicas del delgado», le presentó a una de sus pacientes. Se trataba de Mrs. Doherty, chilena de nacimiento, viuda de un magnate norteamericano que había hecho una Fundación para becar a estudiantes chilenos destacados. Don Carlos supo convencerla, con la ayuda de Marina, de que ampliara sus fines a España (todo aquello de la Madre Patria), donde la

difícil situación estaba impidiendo que los jóvenes pudieran proseguir lo que sus primeros colaboradores habían hecho principalmente en Centroeuropa, por entonces adelantada en la ciencia médica. La señora Doherty entendió bien sus razones y le ofreció darle cuatro becas anuales para los discípulos que él seleccionara y que pudiera así preparar los que considerara necesarios como savia nueva para su proyecto, un proyecto que ya veía cercano en su realización a través de las reiteradas promesas de March.

En el primer año seleccionó a Fernando Lahoz, que siguiendo los pasos de su padre se había especializado en Alergia y Respiratorio; a Alfonso Merchante, internista, trabajador incansable y magnífica persona, y a sus sobrinos Mariano y Pedro. La Meca actual era Estados Unidos y allí les siguieron, en años sucesivos, personas tan destacadas posteriormente como Luis Hernando, José Sánchez Fayos, José M. Linazasoro, Rapado, Sanabria Sánchez Sicilia y otros que aseguraron la continuidad de su «primera hornada», ya en la madurez.

En julio del 53 tenía una cita científica importante. Había sido nombrado ponente en uno de los famosos Symposium Ciba, que iba a tener lugar en Londres, sobre el tema «Hipertensión arterial». Sus experiencias con Barreda y Fernández Molina, publicadas en varios trabajos, venían a demostrar que existía una «secreción propia de la pared arterial, mediada por el estímulo simpático». La máxima demostración de este descubrimiento lo basaban en las experiencias que llamaron de «perro partido», técnica sumamente original. Se trataba de cruzar la circulación arterial de la parte superior de un perro con la inferior de otro y viceversa. Habían demostrado así que el estímulo hipertensor del vago se transmitía al tren inferior del otro perro. Las experiencias habían adquirido una gran resonancia y habían sido discutidas por el grupo de trabajo más importante en este campo, el de la Cleveland Clinic, liderado por Corcoran, Page y Dustan, que no habían conseguido reproducirlas y ponían en tela de juicio el hallazgo. Para despejar dudas había decidido que fuera Barreda personalmente a Cleveland y repitiera las experiencias en sus laboratorios.

Fue una decisión acertada aceptar tal confrontación directamente con lo que era el grupo líder mundial en hipertensión. Barreda pudo demostrar que la verdad estaba de su lado y que sólo detalles de faltas técnicas habían impedido confirmarlas a los americanos. Le escribía, satisfecho, el 22 de junio:

«...Acabo de llegar del Research, después de la primera experiencia de perro, partido en público, que me salió soberbia... se retrasó porque Kolff (crea-

dor del primer riñón artificial) tenía especial interés en presenciarla. El tenía uno nefrectomizado y lo aprovechó para su experiencia de perfusión de riñón, lo que me vino muy bien después; me rogó que le ayudara y así recogí detalles que nos serán muy útiles al repetir esta técnica... pedí los perros y sólo había uno pequeño; me contrarió, pero me dominé y me puse a preparar el dispositivo, aunque el perro era una auténtica birria de siete kilogramos, a pesar de lo cual salió una experiencia preciosa... estimulé sólo durante veinte segundos el vago y logré una respuesta idéntica a las *muy buenas* de algunos de nuestros experimentos. Hasta ese momento, Page había pasado dos veces, limitándose a preguntar por el dispositivo... otra parte la presenció McCubbin...; yo estaba muy tranquilo y esperanzado... como final de fiesta propuse que mantuvieran más tiempo el estímulo y que la probasen en un "preparado sensible a la angiotonina" que tenían en otra planta, así se hizo y ahora mismo llegaba el técnico e informaba que había sido presora esa sangre, *comportándose como angiotonina, "que qué era". Esto alegró mucho a Kolff por ser el primero en este ambiente que nombra alguno de nuestros trabajos...*

Yo estoy plenamente convencido de que mi viaje ha sido muy beneficioso para mí, pero sobre todo para el trabajo y su ya aceptada credibilidad..., aunque a mí me ha costado más que mucho dinero, años, pues en estas cinco semanas mi pelo casi está blanco, lo que atribuyo a la enorme tensión emotiva y que, como dice Romero, no me libro ya del "agua la Carmela"...»

Aquellos estudios se adelantarían al descubrimiento de los neurotransmisores simpáticos, que valdrían el Premio Nobel 1970 a Von Euler, Axelrod y Kratz.

En el simposium de Londres, tras la experiencia de Barreda, los propios oponentes americanos confirmaron los hallazgos y fueron los primeros en resaltar su trascendencia. Fue uno de sus mayores éxitos internacionales y el tiempo (como en tantas otras primicias) le ha dado definitivamente la razón, pudiéndose ya aislar estas sustancias activas de la propia pared de las arterias y conocerse el influjo que el simpático tiene en su liberación.

Había aprovechado aquel viaje para llevar a Inglaterra a sus sobrinos Pedro y Mariano, que ya tenían concedida la beca de la Henry and Grace Doherty Charitable Foundation para su estancia en U.S.A. Como sabían poco inglés pensó que unos meses en Inglaterra les ayudarían a un mayor aprovechamiento en su beca y, además, se «soltarían» en ambientes médicos desconocidos para ellos, pues nunca habían salido al extranjero.

El éxito obtenido en el simposium lo celebraron los cuatro, con Barreda, por todo lo alto en una memorable cena en «Le coq d'or», ya que para comer bien en Inglaterra la única opción era ¡un restaurante francés! Dejaron a Mariano, dedicado por aquella época a la Hematología, en el servicio del profesor Witts en la Radcliffe Infirmary de Oxford y a Pedro en el servicio de Cardiología del London Hospital y se volvieron a España, donde tenía dos citas trascendentes en San Sebastián: una nueva audiencia con el Generalísimo y una cena con don Juan March, en que éste finalmente le comunicaría la cantidad de que podría disponer para completar la construcción y equipamiento de la Institución que, dedicada a Conchita, juntando así las dos cosas más importantes de su vida, se llamaría Clínica de la Concepción.

La primera entrevista, en el Palacio de Ayete, donde Franco pasaba su descanso estival, fue satisfactoria. Estaba presente el por entonces ministro de Educación Nacional, don Joaquín Ruiz Jiménez, con fama de liberal católico en aquel gabinete de militares y falangistas, y en él encontró apoyo. El resultado, tras ulteriores entrevistas con el ministro, cumplió dos objetivos fundamentales: 1) Que se promulgara el 22 de diciembre de aquel año el Decreto de Reorganización y Reconocimiento del Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas. En este mismo «Boletín Oficial del Estado» se publicaba el nombramiento de director de dicha Institución del profesor don Carlos Jiménez Díaz. 2) Que en el 20 de enero de 1954 saliera la Orden de Constitución del Patronato formado por don Pedro Laín Entralgo, como rector de la universidad; don Jesús García Orcoyen, como decano de la Facultad de Medicina; don Pablo Garnica y Mansi, como presidente de la Asociación Protectora; don Emilio Díaz Caneja, como representante del C.S.I.C.; don Alberto Palanca, como director general de Sanidad; don Manuel Martínez de Tena, en representación de la Dirección General de Beneficencia; don Carlos Jiménez Díaz, como director del Instituto, y don Miguel Bañón Penalba, como secretario del Patronato.

El segundo logro de aquella audiencia del verano fue más premioso y difícil. Conseguir del ministro de Trabajo, don José A. Girón de Velasco, creador del Seguro de Enfermedad, que el Instituto fuera considerado Centro Consultor del S.O.E., contratando un número de camas, a precio de coste, sin ningún beneficio, que podrían ampliarse en el futuro.

La comida con March en el verano no fue, sin embargo, tan satisfactoria. En ella volvió a reiterar sus promesas de ayuda, pero nuevamente sin ninguna concreción. Al publicarse en diciembre el Decreto de Fundación, don Carlos

fue a verle nuevamente. Su resultado lo transcribimos de nuevo fielmente de «La historia de mi Instituto»:

«El afectó alegrarse mucho y me dijo: "Yo le avisaré a usted un día de éstos para que hablemos a fondo de todo ello."

Sin que hubiera ningún motivo objetivo yo saqué de aquella entrevista una impresión dudosa. A todo esto, yo estaba, naturalmente impaciente, cansado de tantas demoras y me reuní con el arquitecto señor Cámara y Bañón y algún otro y redactamos las bases de ampliación y, como consecuencia, los planos, en los que añadíamos un piso al edificio y lo prolongábamos por la parte posterior, que era como el trazo largo de la "T" en que estaba concebido inicialmente. Simultáneamente se redactó el Reglamento, que fue sometido al Ministerio.

Reuní a mis colaboradores y les expliqué todo lo que habíamos conseguido y cómo la Institución ya estaba en nuestra mano. El entusiasmo de todos era impresionante. Giramos una visita al edificio, explicando las ampliaciones que íbamos a hacer...

El ministro de Educación Nacional convocó la primera reunión del Patronato el 28 de enero de 1954. Guardo el guión de aquella reunión, que no reproduzco porque lo que en ella expuse está en las páginas anteriores; fue una historia de la idea, detallar los pasos progresivos que nos habían llevado a aquel momento, plantear las dificultades de mantenimiento que podrían presentarse, pero vistas con optimismo, y subrayar nuestra gratitud a la Asociación Protectora, a mis colaboradores, a la Fundación Rubio y, naturalmente, al Jefe del Estado y ministros. Acordamos reunirnos en los principios y finales de curso; redactar un escrito que sirviera para ulterior propaganda de la obra, y dar forma a toda la organización, previéndose para fecha no lejana la inauguración oficial.»

Una sombra trágica empañó a don Carlos aquellos días de máxima felicidad. Su colaborador, su amigo, uno de los más queridos y apreciados en su valía, Emilio Arjona, se diagnosticó a sí mismo un cáncer de pulmón avanzado, sin ninguna posibilidad terapéutica.

Ese «13 de febrero» tenía un carácter especial; todos tenían la seguridad de que sería el último, sin la soñada Institución, pero Arjona sabía que sería definitivamente el último que viviría. Don Carlos trató de convencerle de que no fuera, le dijo que no era prudente en su estado; él quería ir y los demás sabían que no podía, pero pudo más su empeño y cuando contemplaba junto a don Carlos el edificio en obras, rompió a llorar y dijo: «Yo no trabajaré en este hospital nunca.»

Dentro de ese mismo mes de febrero falleció y la herida que su muerte produjo en todos fue dolorosa. Si hubo un hombre querido y admirado por todos, sin excepción, fue él; si alguien había estado compenetrado con don Carlos desde sus inicios en Sevilla, fue él.

En una de las numerosas cartas que escribía a sus sobrinos, a Lahoz y a Merchante, durante su estancia en U.S.A., dándoles datos de cómo iba su proyecto, al tiempo que les hacía encargos sobre adquisiciones para el nuevo hospital, le decía a Mariano, al darle tan triste noticia:

«Me costará mucho trabajo dejar de verle en el Instituto y hacer proyectos, trazar trabajos, alentar ilusiones y mantener esperanzas, como hacía con él muy destacadamente dentro del conjunto. Me falta uno de mis más fieles amigos y uno de los mejores colaboradores. La falta de su cooperación técnica es importante, pero eso no es en el sentido que más me importa, me conmueve mucho más, sencillamente, no verle y no convivir más en el mundo. ¡Dios lo ha querido así!... Pero no os podéis figurar el trabajo que cuesta seguir alentando proyectos. Tenía yo trazado un departamento de enfermedades infecciosas que él —era su máxima ilusión de toda la vida— iba a dirigir y en cuyos planos ha colaborado, con el sentido triste del que no va a gozar de él ni de la nueva Institución. No quiero entristeceros más, pensad que unos van siendo viejos, otros tienen pocos alientos, otros van faltando y vosotros tenéis la obligación y el hermoso horizonte de dar fuerza y optimismo, perseverancia y continuidad al trabajo, para que, antes de que el conjunto pueda decaer en su producción, ya se sienta elevado por el entusiasmo y la fe vuestra, y así vea yo el horizonte del futuro para nuestra ciencia en España, con posibilidades halagüeñas que merezcan todos los sacrificios de esta hora.»

Después les anunciaba sus planes del viaje que iban a hacer a Puerto Rico y Nueva York ese verano y puntualizaba:

«Los días de Nueva York no pienso este año hacer nada científico, me limitaré a ver a Cooke, y quizá a Loeb y acaso a Harkavy. Lo que me interesa es ir a las tiendas y comprar los aparatos que nos sean necesarios. Mi propósito es que tengáis vosotros apalabrado y en disposición de podérmelo traer todo en el barco, para lo que tendré que pedir permiso de aduanas e importación, pero siendo para el hospital no creo que haya dificultades.

Voy a pedir divisas para ellos y lo pagaré directamente. Ir haciendo todas las gestiones que os digan que son necesarias...» Detallaba después todo el aparataje que quería, según lo comunicado por Lahoz, para el departamento de Respiratorio... «También quiero que visites el departamento de Barach en el Presbyterian, donde se hace la terapia inhalatoria y de los "respirators". Quiero poder tratar a los bronquíticos y asmáticos con esos nuevos métodos. Habrá unas habitaciones de la sección de fisioterapia y respiración mecánica controlada. Creo que el sitio donde mejor podrás ver todo eso es con Barach; Cournand te podrá dar una presentación y dedicar todo un día a eso, adquiriendo enseguida catálogos y diciéndome tu opinión... Meditar también si se os ocurren otras cosas que debemos tener aparte de para vuestros servicios, para utilidad general. El hospital tendrá por ahora cien camas, ampliables al hacerse los pabellones laterales. Por el momento, inauguraremos el hospital en octubre —siempre optimista— con cinco estaciones médicas, cada una de veinticinco camas, y dos de cirugía. Además habrá ese servicio de Asma y Respiratorio para la investigación especial de estos problemas...»

Aquella actividad febril de preparación no le permitía ni lamerse aquella profunda herida de la pérdida de Arjona. Hubo reuniones con los que serían designados jefes de Departamento o Servicio (a Arjona le sustituiría otra persona esencial, bien preparado, noble, entregado a la causa común como pocos: su discípulo José M. Alés).

Todos tuvieron que redactar un escrito sobre cómo entendían el funcionamiento, la organización y las necesidades de personal y equipamiento idóneas para su servicio. Con el arquitecto hubo reuniones semanales en que se iban redactando por escrito todas las modificaciones, todos los detalles, hasta construir una masa ingente de papel. Don Carlos adquirió numerosos libros y estudios monográficos de hospitales recientes de otros países y subvencionó personalmente a Cámara, arquitecto de Regiones Desvastadas, para que fuera a Suiza a ver el famoso Cantonal de Zurich y otros hospitales suizos... a pesar de lo cual poco antes de darlo por terminado se vio que se había olvidado de la chimenea que tenía que drenar los humos de la cocina y calefacción situadas en el sótano y que la escalera principal diseñada para el hall de entrada por la Plaza de Cristo Rey, tenía que reducirse en un tercio por la existencia de una viga maestra que necesariamente cortaba su amplitud.

Decía a Mariano en una carta del 16 de marzo de ese año 54:

«El Decreto de la Fundación, que lleva fecha del 4 de diciembre, salió el día que te puse el telegrama. Me figuro que se lo comunicarías enseguida a Pedro. La Institución ocupará un edificio nuevo. Hospital, policlínicas, sanatorio privado, residencias, servicios auxiliares, la zona de investigación, biblioteca, restaurante, etc. La Institución es mixta y se mantendrá por subvenciones del Estado, por donativos de la Asociación Protectora y por los ingresos por asistencia y trabajo privado. Un tanto por ciento de descuento en los honorarios de todos —progresivo según el valor absoluto— permitirá que todo el que trabaje "full time" tenga un sueldo decente para vivir tranquilamente. Se trabajará de ocho de la mañana a siete de la tarde, con una interrupción para comer allí. Unos seremos "full time", otros "half time", otro serán sólo colaboradores de tiempo libre. Se enseñará la carrera a un pequeño número —unos veinte alumnos—, se darán cursillos monográficos, enseñanza de posgraduados, conferencias, etc. Cada uno de vosotros podéis contratar cursos privados para un pequeño número de asistentes. Además de las clínicas habrá unidades especiales: Alergia, Hematología, Reumatismos, Infecciones, Respiratorio, Circulatorio, etc. Te interesará que habrá Hematología en un sentido amplio y a Fernando que ya he constituido la unidad de Hemodinámica. Ya están en camino los aparatos de inscripción de presiones, el EKG de tres canales y ya tenemos el oxímetro, y viene, para funcionar, una cámara de cineradiografía, para angiocardiografía y radiocinematografía de la dinámica respiratoria. Estará por ahora en el Hospital Provincial. Todo esto se lo regalo yo como primer donativo a la naciente Institución. Ya podéis figuraros la ilusión que tengo con todo esto y cómo me satisface cuando sé que vais aprendiendo cosas, y formándoos, esperando que en futuro seáis unos cuantos de vosotros los que mantengan encendida la antorcha...»

También tenemos la interesante versión de Conchita sobre aquel año de febriles preparativos...:

«Querido Manín:

Ya sé que cumplirás los veinticuatro años el domingo, ¡qué viejo!, por eso, hoy, mientras el tío dicta a Paz en el laboratorio, yo me pongo a escribirte muertecita de sueño (son las dos), pero quiero que tengas carta mía ese día.

Se han puesto tan tarde a dictar porque desde que hemos cenado hemos estado viendo libros de hospitales, sobre todo el de Basilea, es de miedo, con un lujo de detalles imposible que tengamos en el nuestro, pero no importa ¿verdad? El nuestro tendrá más espíritu y estaremos todos tan contentos. No dejo de pensar en vosotros y en como la gozaríais con tantos proyectos como se *fabrican* en esta casa esta temporada; no sé si saldrán, pero desde luego es

delicioso ver al tío. Creo que empezarán las obras enseguida de Semana Santa. Ya te contaré.

El domingo nos iremos solitos a pasar la Semana Santa a La Cabrera y créete que lo estoy deseando porque nos hace una falta enorme, sobre todo al tío, que me figuro tiene los nervios a alta tensión. Está de reuniones, visitas de ministros, etc., que no puedes darte una idea, hasta yo hago algo, pues el otro día tuve a cenar al ministro de Educación.

La noticia bomba es que seguro que iremos a veros en el mes de julio, primero iremos a París, al Congreso, que tiene el tío una ponencia, y desde allí en un barco llegaremos a tu pueblo (actual). ¿Qué te parece? Estoy viendo tu carita en este momento, figúrate la ilusión nuestra de veros en vuestra propia salsa... ¡Y lo que tenemos que hablar!...»

Inició su viaje a Puerto Rico, pasando por París y Nueva York, para pronunciar la serie de conferencias que dieron más tarde lugar a su libro «Algunos problemas de Patología Interna» en su segundo volumen, en él recoge sus investigaciones más recientes sobre temas muy queridos: «Estados disimbióticos», «Estados disenzimáticos», «Autonocividad del plasma», «La enfermedad inducida», «Autorregulación de la función de los órganos».

Como siempre en estos viajes le gustaba escribir un diario, del que nuevamente recogemos una selección. En esta ocasión era su segundo viaje a Nueva York y ello tenía dos atractivos: ver a «los chicos» y aprovechar para visitar nuevamente hospitales y adquirir material que era difícil seleccionar sin una visión directa y en los que pensaba invertir el dinero que recibía en dólares por las conferencias en San Juan, ya que la obtención de divisas en España continuaba requiriendo muchas gestiones y limitaciones. También proyectaba comprar allí un nuevo coche, esta vez descapotable por capricho de Conchita, que siempre decía: «Tengo una gran ilusión por un coche sin techo para poder ver bien los bosques.»

Comienza el diario:

«Viernes 25 de junio de 1954: Emprendimos este viaje, después de haberlo suspendido dos o tres veces, porque pensábamos que era conveniente ir a Puerto Rico, que nos pagaban en dólares, y porque nos hacía ilusión volver a Nueva York y encontrarnos allí con los chicos. Ch. *sugirió* que fuéramos en barco, dado su miedo al avión, que no conseguía vencer, y ya, dispuestos a todo, decidimos hacerlo con la mayor comodidad posible. Elegimos barco francés, el "Flandre" para ir y el "Queen Mary" para volver...

Visité el Ministerio de Comercio para tener los permisos de importación y dólares para las cosas que iba a comprar...

Sábado 26: Nos levantamos en La Cabrera para ir directamente a la piscina y nos dimos un buen baño —glorioso vivir con una Naturaleza llena de bellezas y el espíritu sensible a recogerlas. Es natural que tengan que cantar los pájaros y que los gallos inauguren cada día nuevo con su alegre sirena que parece llena de propósitos...— y seguimos viaje a San Sebastián, donde llegamos en un atardecer con sugerencias y esa melancolía que siempre produce volver a esta tierra, que invita a la reflexión-añoranzas, propósitos...»

Al día siguiente, al pasar Francia con destino a París, describe:

«Corríamos por el consabido jardín que es la tierra de este magnífico país, que siempre entusiasma ver, con sus grandes ríos, los árboles, las vegas, los castillos con tejado oblicuo y negro, en los que sin querer situamos historias y novelas de la infancia y juventud...»

Iban al Congreso de Gastroenterología, donde refiere sus relaciones con los grandes especialistas del momento: Caroli, Sheila Sherlok, Royer... y las intervenciones propias y de otros españoles: Mogena, Gilbert, González Bueno...

Retomamos el diario, después de verle comprar semillas, en L'Opéra, oyendo «Las indias galantes», de Rameau, y de valorar varios restaurantes, en un resumen, de los días de barco:

«Detallo menos los días de navegación para dar una impresión de conjunto. ¿Qué esperábamos y qué fue la ida en el barco? En el barco uno se representaba que está en una isla, donde hemos atracado un conjunto de personas que nada tenemos que ver entre sí, con la falta de emoción de saber que va a darse una vida buena y que el naufragio dura cinco o seis días. Es el barco uno de los sitios, como en medio del campo o el retrete, donde todo parece bien y la gente se viste arbitrariamente y expone su persona al público tumbado casi todo el día e ingiriendo comida. Las famosas fiestas de los barcos son cachupinadas, de forma que al llegar no se le ocurre a nadie sentir pena.

Martes 6: Teníamos gran emoción al ir viendo sucesivamente un barco, otro, gaviotas, tierra lejana, más cercana, la Estatua de la Libertad. Se vieron los rascacielos del Down Town, luego los otros de Manhattan, los muelles y el barco fue acercándose hasta que al final vimos a Pedro, Manín y Fernando. Bajamos. Gran júbilo, abrazos, comentarios de nuestras impresiones...

Miércoles 7: Decidimos ir a buscar el coche; vimos Studebaker, Chevrolet y por fin en la casa Chrysler y Plymouth y allí encontramos el "Belvedere" en un rinconcito con su color "Coral Santa Rosa", que a todos nos entusiasmó. Ch. estaba indignada al salir a la calle de ver que rápidamente tenía ya el coche que ella quería...

Días 7 hasta 17, sábado: Fueron diez días estupendos en diferentes aspectos. Todas las mañanas, sobre las nueve venían los chicos. Yo esperaba ya en el "lobby" con gran ilusión. Nos llevaba Pedrín en el coche, que condujo con gran dominio. Ibamos a las casas donde comprar cosas para el hospital y volvíamos a comer a la "Coffey House" del Waldorf y, tras descansar un poco, nos íbamos de compras otra vez. La ilusión por los nuevos aparatos que íbamos adquiriendo, sopesando bien los precios, era superior para todos a una noche de Reyes...

El miércoles 13 llegó Merchante y el "gang" fue de seis, pero seguimos haciendo la misma vida porque es muy simpático y espontáneo... Varios han sido los aspectos en estos días, de los que quiero dejar comentarios: 1) "los chicos": Tuvimos una de las primeras noches una larga conversación, complemento de otra que habían tenido con Ch. Esta estaba escandalizada de oírles, pero pronto advertí que lo que pasaba era sincero y bueno. Hasta Fernando, educado en una versión derechista, y todos ellos, que nunca habían conocido política en nuestro país y desde pequeños habían oído de ella como una cosa perniciosa, rectificaban toda su concepción. Sentían como si se les hubiera escamoteado una parte del ideal de la juventud, por la supresión de los ideales políticos, liberales y de interés por la cosa pública, a través de una educación gazmoña y artificiosa. Así, la distancia que nos separa de otros países cultos y progresivos, con ser grande, les parece a ellos todavía mayor. Un derrotismo un poco indignado les ha invadido y ven empequeñecida la vida en España, sin atender a los aspectos buenos de la España inmanente, sino irritados frente a la inercia, la incomprensión y la arbitrariedad de la España presente. Si no fueran al fin y al cabo idealistas, se quedarían aquí, pero como lo son, puede utilizarse ese descontento en pasión de trabajo. ¡Me gusta su reacción que indica ideales latentes, generosos y no acomodación al carril donde se han criado! ¡Alguna rebeldía es siempre grato encontrar!... y eso con estas becas de miseria y viviendo en esa horrorosa habitación interior, sin cuarto de baño, que tienen Manín y Fernando en la 23rd Street...»

Como puede verse en esta página, la adhesión de don Carlos al régimen imperante en España no era tan firme ni exenta de críticas como en otros momentos y en escritos públicos aparentaba. En aquellos «chicos» había visto, como en un espejo, sus ideales juveniles y su actitud ante las dictaduras y al tratarse de un diario muy íntimo, no dudó en reflejar sus verdaderos sentimientos.

En verdad que estaba agradecido a lo que de él estaba recibiendo tras los primeros malos tragos y peligros que sufrió al retornar a su España, y que pensaba, tas el giro de la República, que el levantamiento había sido necesario para el país, pero también que estaba lejos de aplaudir el paso atrás que había supuesto al cabo de quince años de terminada la guerra, aquella esterilización de la juventud, aquella cerrazón de la educación religiosa, aquel ensalzamiento de los «valores eternos» y, en suma, aquella pérdida de libertad para toda una generación.

Sus sentimientos hacia esta situación los expresa espléndidamente Bertrand Russell en su libro «La sabiduría de Occidente»:

«El amordazamiento de la crítica es así algo mucho más grave de lo que mucha gente supone. Lejos de crear una viva unidad de próposito en el seno de una sociedad, impone a la misma un especie de insípida y frágil uniformidad. Es lástima que hombres en puestos de poder y responsabilidad no tengan conciencia de ello con más frecuencia.»

El siguiente apartado de sus reflexiones era el de «hospitales»; mostraba su asombro y envidia sobre lo que había visitado:

«Hay algunas novedades importantes, como lo de Bethesda, que nos alargamos a ver en Washington, los nuevos pabellones del Mount Sinaí y los de la Nueva York University, que me enseñó Ochoa. Todo esto es para nosotros insuperable, pero hay ejemplos vivos —el Goldwater, donde trabaja Manín— y otros tantos hospitales antiguos, sin ningún lujo y con aparatos y dotaciones eficaces. Ahora nosotros hemos tomado la vista hacia la arquitectura y está España llenándose de lujosos edificios sin contenido. Estamos metidos en un error monstruoso cuando deberíamos formar gente, crear técnicos con necesidad de aparatos, comprar aparatos, subvencionar su trabajo, instalarlos, y hacemos lo contrario quedándonos en el eslabón uno o tres. Nuestras posibilidades son limitadas, pero ese encauzamiento de ellas hacia unos cuantos centros seleccionados podrían permitir su funcionamiento eficaz. ¿Cómo es que tantos españoles que se han quedado aquí han sido capaces de hacer un papel tan bueno y están tan considerados?»

Los chicos recordarían siempre aquellas tardes en el Waldorf, donde se aprovechaban para darse una buena ducha en un lujoso cuarto de baño, en que don Carlos iba desplegando ante ellos los planos de la Clínica.

Su expresión, su entusiasmo era como el del que muestra un invalorable tesoro, al que para llegar a él había habido que correr mil aventuras y obstáculos, pero ya lo tenía entre sus manos.

...Y aquí termina bruscamente el diario, sin adentrarse en los otros puntos de reflexión que antes había anunciado: *3) nuestras posibilidades, 4) entrevistas con colegas, contrastes labor respectiva, 5) invitaciones.* Tampoco lo prosigue en Puerto Rico, aunque volvieron entusiasmados del Barrio Viejo de San Juan, con un ambiente tan español/colonial, encantador, con su castillo del Morro, preparado a la defensa contra los piratas de sus cuentos infantiles y, sobre todo, con el recibimiento que sus colegas le habían hecho, con el éxito arrollador de sus conferencias que habían levantado una expectación inusitada. Aquel país seguía siendo España, aunque su dependencia fuera norteamericana y para aquellos hijos de españoles que un «casi compatriota» demostrara que no sólo los yankees hicieran investigación y ciencia médica avanzada, era una satisfacción adicional.

Pero ya tenía prisa por volver, ver la marcha de las obras y descansar unos días en su paraíso de paz de Salces, después de tanto ajetreo.

En el diario «El Mundo», de San Juan, escribió un bello artículo de despedida, que titulaba: «ADIOS A PUERTO RICO. PARTO, PERO SIN LEVAR ANCLAS: Permitidme que estas palabras de adiós quieran ser justas, pero debo cuidar de una sobriedad que en ocasiones pugna con la expresión de las emociones.

Vine a este país por vuestra invitación y parto emocionado por la atención cálida con que me habéis acompañado y seguido.

Sin nosotros saberlo, en este ámbito, día tras día, algo ha debido cristalizar que acaso nos une. Navío con el ancla lista para fijarla en esta tierra breves días, esperando hallar lugar propicio para arrojarla, amarré en vuestra costa y llega ya —efímero todo— la hora de partir. Pero el ancla quedó tan hundida que mi pugna en levarla es inútil. Siento que tendré que partir soltando cable y que el barco mío volverá a España, sin soltar esta amarra y dejando ese cabo que nos une, como ese hilo finísimo sólo visible a ciertas incidencias de la luz que segregan ciertos insectos cuando se arrojan de una hoja, por cuya sutil escala, nunca rota, vuelven a ella... Siempre rememoro la impresión que, joven estudiante de Fisiología, me produjo ver latir el corazón de la rana y ver cómo, partidos en ciertos pedazos, seguían todos latiendo rítmicamente; autónomos y solamente por su comunicación de origen había esa equidad funcional en su movimiento.

Una comunidad de latido y representación que nos seguirá uniendo en el futuro. Y no quiero hablar, como es consuetudinario, de un pasado glorioso común, que puede ocupar a ratos nuestra emoción, pero no puede ser la base de una obra activa y perseverante. Tampoco aquellos españoles que desembarcaron al descubrir la isla hablaban de un pasado glorioso, aunque le tenían desde Sagunto a las Navas de Tolosa; actuaban en un presente que se llamó Granada, América y Lepanto y visando a un futuro que hoy vivimos.

Quiero hablaros en nombre de un presente real y de un futuro que no debemos temer que sea quimérico. Quimeras inventó constantemente España, que son realidades seguras. Refería nuestro Unamuno, y gusto de recordarlo algunas veces, cómo en un pueblo de Castilla, de los que solía auscultar, encontró a un tonto del que reían todos por su manía de tirar piedras a la Luna y al preguntarle don Miguel por qué lo hacía, le dijo: "Quizá a la Luna no llegaré, pero por lo pronto ya soy el que más lejos llega en el pueblo." ¿Por qué no soñar, a condición de que nuestro sueño no sea plácido sino inquietante? No nos despertemos si nuestros ensueños contienen angustias al lado de auroras. Nada pierde con ello la Ciencia antes y mucho gana. La poesía no es sino la verdad asequible al instinto angustiado que sólo así desciende ante nosotros. Sólo con un sentido artístico, nuestro arte médico, o nuestra ciencia de naturalistas del misterio vital y humano, se tiene un objeto claro, compensador.

Falta, a la Ciencia actual, como lo ha subrayado Zubiri, el sentido ecuménico dentro de nuestra vida espiritual. Como algo meramente técnico o profesional, se mueve en nuestra época el científico. Seamos tenaces y perspicaces en la observación de los hechos, cautos en su interpretación y justos en su medida, pero a la par sintamos que esta obra no es sino un aspecto de un modo espiritual, de noble ambición, si queréis quimérica, de emoción ansiosa... Tenemos en esta época en que las epopeyas sólo pueden pasar en esa desolada soledad fecunda del trabajo diario, anheloso y esperanzador, que conquistar para nuestros respectivos y afines países el respeto a nuestra contribución por original y franca al progreso del mundo.

...Y bien. ¡Adiós mis nuevos y para siempre amigos de Puerto Rico! , este pedazo latente activamente del corazón de España.»

Como siempre su patriotismo se orientaba al futuro, aunque era sensible a su historia. El contacto con esas «viejas glorias» a que hace referencia, en los países que España descubrió y en los que dejó su huella, exacerbaban su ilusión de que aquel mundo hispánico recuperara un papel preponderante en el mundo, pero a través de un trabajo serio y concienzudo, de una originalidad en sus planteamientos, de un afán de progreso y superación, que era lo que él mismo intentaba con todas sus fuerzas y salvando todos los obstáculos, de hacer en la Medicina española.

En 1954, ya con su proyectado centro con las obras avanzadas, aprovechó el verano en Salces, trabajando solo horas y horas en su «cabaña del Canadá», con la bandera de «impermeabilidad absoluta» ondeando toda la mañana y parte de las tardes. Estaba escribiendo un nuevo libro. Un libro distinto a todo lo anterior. Nunca le habían atraído los tratados de semiología existentes. Le parecían más bien un listado frío de maniobras exploratorias, más o menos complejas, difíciles de retener y poco útiles en la práctica para adentrarse en el estudio clínico de los pacientes.

El suyo que titularía: «LOS METODOS DE EXPLORACION CLINICA Y SU VALORACION» y, como subtítulo, expresivo: «EL MEDICO EXPLORANDO A SU ENFERMO» sería distinto. Lo escribía sin muletas de libros ni revistas, con naturalidad, refiriendo su propia experiencia, con amenidad al tiempo que con rigor. En su prólogo lo explica:

«Este libro pretende ser un tratado conciso de la exploración clínica, pero con características peculiares, que consideramos de radical diferencia con otros que han sido escritos por varios autores. Su doble título orienta acerca de cuáles son tales diferencias. En primer término, no se estudia aquí solamente la exploración definiendo métodos y normas estáticas, con lo que otros libros parecen una guía de ferrocarriles o esos compendios de gimnasia sueca donde se explica cuándo hay que respirar y subir los brazos. Nuestra intención es más dinámica; queremos hacer hincapié principalmente en lo que es el objetivo del médico junto al enfermo y, por tanto, cómo debe actuar en el camino hacia la comprensión de la enfermedad y la situación que crea. Por eso le titulamos "El médico explorando a su enfermo", con un sentido activo y en busca del objetivo al que se aspira.

...Me sobrecogen esas clínicas donde se sonda el corazón y el interrogatorio lo hace una enfermera y, constantemente, me sorprende el número de médicos que no saben preguntar, mirar, ni oír. En la anamnesis está no solamente el principio de todo diagnóstico, sino también las bases para el tratamiento... el objetivo de este libro se deduce, en fin, de lo dicho: trata de revalorizar en la situación actual de progreso de la Medicina, la exploración clínica; trata de estimular a los estudiantes a dedicar la máxima atención a su aprendizaje, saber al tiempo algo que reputo fundamental: hacer o interpretar una radiografía u otros documentos se puede aprender siempre, pero la exploración clínica se incorpora pronto al espíritu del médico o ya no se incorpora nunca; el vicio de la actitud es prácticamente incorregible; de ello tengo buena experiencia. Trata de transferir, por último, a los médicos jóvenes, unos consejos producto de una experiencia apasionada y perseverante.»

El libro es una delicia. Especialmente el primer apartado sobre «el objetivo y la actitud» y «la jerarquía de los métodos de exploración» se leen apasionadamente, de un tirón, como una interesante novela de aventuras. En él analiza esencialmente la actitud del médico en su primer contacto con el enfermo, las dificultades y los inconvenientes con que puede encontrarse, procedentes tanto de él mismo como del objeto de su estudio: el enfermo y su enfermedad. Lo inicia en el objetivo que el médico ha de perseguir frente al enfermo:

«...Saber lo que tiene, el horizonte que su enfermedad ofrece y la manera de aliviarle o hacerle volver a la situación normal», y dice:

«...Parece perogrullesco y, por consiguiente, innecesario decir esto, pero no lo es. Muchas veces el médico se interesa más por dar una opinión, sobre la que ni se para a pensar si cree, que por saber realmente lo que el enfermo tiene...» «Decir sencillamente, aunque sea acertado, en algún caso particular: este enfermo no tiene nada, no es hacer un diagnóstico de por qué se queja; tampoco lo es decir: tiene una úlcera gástrica, si el enfermo adelgaza, no tiene fuerzas y se siente angustiado, cosas que no ocurren habitualmente en esa enfermedad.»

Sobre cada afirmación relata ejemplos propios vividos, algunos llenos de humor:

«Yo vi a una señora muy rica angustiada por su adelgazamiento progresivo; en una famosa clínica extranjera, tras numerosas exploraciones y análisis, acordaron que tenía una apendicitis crónica y era sensible al pelo de gato, por lo que le extirparon el apéndice y le entregaron unas inyecciones de pelo de gato. El adelgazamiento se debía a que tenía una "solitaria".» Destaca lo que

nunca debe faltar al médico en su actitud: 1) interés, 2) sinceridad mental, 3) objetividad y firmeza de los datos, 4) contrastación de esta congruencia con lo que el enfermo aqueja, 5) ordenación jerárquica de los síntomas y signos, 6) la enfermedad diagnosticada tiene que explicar los síntomas.

El segundo capítulo es, asimismo, esencial. Refiere situaciones y dificultades reales y define perfectamente los obstáculos que existen por una y otra parte, para hacer una historia clínica que realmente constituya el primer y principal escalón para llegar a un diagnóstico y establecer la necesaria confianza mutua entre médico y paciente, hacer de su relación, de este primer contacto, además, un avance para la posible curación. Dice:

«El interrogatorio tiene que ser una conversación, que teniendo un poco de interviú y de investigación policíaca, tenga ante todo un calor humano y una intuición atentamente inquisitiva. No puede inaugurarse esta relación con el enfermo de una forma rígida de preguntas previamente trazadas para llenar una serie de casillas en blanco en una hoja impresa.»

Resalta las dificultades que puede crear el enfermo a través de: 1) charlatanería, 2) prejuicios médicos («no me funciona el hígado», «tengo reúma en el estómago»), 3) las ideas inscritas (ataca a todos los que atribuyen todos sus males al estreñimiento y se «convierte en un terrible censor de las heces: si son escasas, si no tiene color, si huelen mucho, etc.»), 4) insinceridad, 5) petulancia y egoísmo («doctor, yo soy un caso extraordinario, un médico que me estudiara detenidamente encontraría en mí cosas de mucho estudio»), 6) los familiares y acompañantes («se refiere a un famoso clínico inglés que mientras exploraba el vientre de una niña hizo sacar la lengua a su madre, y cuando ella le preguntó: "¿Por qué me ha mirado la lengua, doctor?" "No, por nada —replicó el médico—, para que la tuviera usted quieta"»).

Luego analiza la vertiente opuesta, los defectos del interrogatorio de los que es culpable el médico: 1) desinterés («una vez oí decir a un médico que ganó mucho dinero y gozó de cierta fama: "Hoy *me* han visto cuarenta enfermos"»), 2) petulancia del médico, 3) ideas preconcebidas («cuando el médico sabe poco necesita que su enfermo "encaje" en alguna de las cosas que pregunta; de lo contrario, piensa como aquel médico de pueblo que decía: "Esta gente es tan bruta que cuando está enferma tiene enfermedades que no vienen en los libros."»)

El libro tuvo un gran éxito y se convirtió en ayuda fundamental para muchos médicos, especialmente aquéllos que con poco medios, tenían que agudizar su arte clínico para llegar a un buen diagnóstico y tratamiento. A pesar de su apariencia clásica, en los capítulos de exploraciones auxiliares están incluidas las más recientes de la época con su descripción, indicaciones y valoración.

Estaba dedicado: «A don Pablo Garnica, homenaje de admiración, gratitud y cariño.»

Desde Salces se acercaron a San Sebastián ansiosos de hablar con don Juan March, que los invitó en Igueldo para hablar de lo que había decidido. Volvamos a la textualidad de «La historia de mi Instituto» para un tema tan importante:

«Me preguntó por la marcha de mi proyecto, sorprendiéndose de verle tan en marcha, y después me dijo que no podía darnos nada porque había decidido hacer una Fundación. Crear tal Fundación, la actual Fundación March, me pareció una idea magnífica, creación generosa y ejemplar que debería incitar a otros económicamente poderosos a hacer algo similar, en la proporción asequible para cada uno, por la Ciencia. Lo que no podía explicarme es por qué, independientemente de hacer esa Fundación, de pronto había decidido no darnos nada de lo tan reiteradamente y con tanta firmeza prometido uno y otro día. Y no solamente eso, sino que aquel año nos retiró la subvención que todos los años daba a la Asociación Protectora. ¡A veces es tan compleja la razón de las decisiones humanas! Yo lo que sé es que no hice nada en lo que pudiera basarse esa actitud; es posible que contribuyera fundamentalmente a ello algún antagonismo con otras personas que nos ayudaban y estaban en la Asociación (aunque no lo dice, se refiere claramente a don Pablo Garnica, cuya relación con March era mala y había sido nombrado miembro del primer Patronato, como presidente de la Asociación Protectora); pero yo no entré en esos antagonismos sino en dos ocasiones, con don Ernesto Anastasio, para tratar de obviarlos. Sin embargo, pasado un primer momento de contrariedad por encontrarme de repente a "cuerpo limpio", reaccioné enseguida; yo puse lo que podía, la Asociación Protectora también, en cierta medida, y Regiones Desvastadas siguió pagando la obra de ampliación.

Como ya no podíamos ir hacia atrás, seguimos impulsados y salvamos los obstáculos económicos, y muchas veces he pensado que a pesar de haberse revocado, aquella "promesa firme" me fue muy útil, porque acaso si no hubiera creído en la promesa de los millones no me hubiera lanzado; pero creí, y aunque no recibí nada de aquello sirvió para marchar y el futuro me demostró

una vez más que Dios no solamente nos marca el mejor camino, sino que nos prepara razones para perseverar cuando llevamos una noble intención.»

Como puede verse en estas líneas, don Carlos trata un asunto tan espinoso con la mayor delicadeza. El golpe recibido fue durísimo, inesperado, y llegó en el momento más inoportuno, cuando más daño podía hacer y, sin embargo, lo refiere con la más desapasionada objetividad, pasando sobre él como de puntillas. Sin embargo, cuando muerto don Juan, tras ingresar ¡en la Concepción! tras un gravísimo accidente de automóvil y publicado el libro, que envió a sus herederos con una cariñosa dedicatoria, la reacción de éstos fue de indignación y de acusaciones de falsedad en unos hechos con abundantes y fiables testigos.

La aceleración de las obras fue intensa a partir de primeros del año 1955. El sueño ya se tocaba con la mano y una nueva ilusión comenzó a rondar la voluntad de don Carlos: inagurar el nuevo centro el día 13 de febrero, la fecha de las celebraciones anuales, a la que siempre acudían gran cantidad de discípulos y antiguos colaboradores ya dispersos en otros hospitales y universidades en toda España. Cuando lo comentó con su hermano Mariano —pies en la tierra—, éste le contestó:

—Tú estás loco, además de meterte en este lío y gastar en él más de lo que puedes, ya te cres que esto está terminado, pero si se hiciera una lista de las obras y adquisiciones pendientes, de organización, de personal, de funcionamiento en suma, te quedarías asustado de lo que aún falta por hacer. ¡Tú con tu fantasía crees que con tener unas paredes de ladrillos alrededor de tu gente ya podía empezar a marchar!

—Pues, naturalmente, Mariano, justamente eso es todo lo que necesito; dar casa, por pequeña que sea, a este grupo que me rodea y que está dispuesto a empezar conmigo, sin pedir nada, esta nueva etapa, que debe ser la definitiva.

—¿Cómo etapa? —le interrumpió su hermano—. ¡Yo creía que esto es todo lo que necesitabas para tu obra!

Con semblante iluminado le contestó Carlos:

—Esto no es más que el comienzo, hermano. Será necesario ampliar tanto que lo actual nos parecerá dentro de unos años, si Dios ayuda, un ridículo núcleo sin protoplasma. Habrá que traer el Instituto de Investigación desde la Ciudad Universitaria para que esté todo junto, que es uno de los motivos esenciales de este centro, y ya sabes qué es todo aquello en espacio, aparatos y personas y habrá que crear nuevos servicios y necesidades que tengo en la cabeza y que no cabrían en un espacio diez veces mayor que lo actual.

—Y, ¿de dónde demonios piensas sacar el dinero? No pretenderás que la Junta de Protectores se rasque continuadamente el bolsillo para financiar tus caprichos, y tu capital, después de esto, se va quedar bastante flaco si cada vez que hay que equipar algo extiendes un cheque. Si no te conociera, como te conozco, creería que eres un lunático, que no sabe distinguir los sueños de las realidades.

—Pues, mira, en lo segundo tienes razón —respondió Carlos— y voy camino de ello. Más difícil parecía llegar a lo actual desde aquel dibujo que hice de niño, sentado en una roca, mirando a «La Maliciosa», mientras masticaba el pan y chocolate... y aquí estamos. Yo sé muy bien a dónde quiero llegar, a dónde quiero que llegue la Medicina de nuestra España y, si Dios me da fuerzas, lo conseguiré... aún no te puedo decir cómo. Pero tu ayuda me es imprescindible. Hasta estas discusiones, este hacerme ver, antes de chocar, cada obstáculo del camino, para luego ayudarme a sortearlo me son necesarios para seguir la andadura... y aunque te enfades y aunque llegues a pensar que estoy loco, sé que seguirás conmigo desbrozando el camino porque crees en mí y porque me quieres. Por otra parte, no pienses que yo vivo en las nubes, mira, aquí está la lista de que antes hablabas de todo lo que me falta y lo que queda por hacer. Anoche estuve hasta las tres, junto a Bañón y los chicos, repasando cada cosa y me parece que, entre todos, no se nos olvidó nada. Ya sé que hay que correr para completarla pero todo estará listo para esa fecha. ¡Ya lo verás!

Mariano, un poco asombrado, se caló las gafas y revisó una a una las cuartillas en que, ordenadamente, iban surgiendo carencias y soluciones a los problemas pendientes. Allí estaba todo, incluso algunas cosas en que él no había puesto atención. De vez en cuando, levantaba sus ojos verdosos por encima de los lentes, con una chispita de asombro mezclado con admiración y no podía menos de iniciar una sonrisa paralela a la que veía enfrente. Sentía que otra vez su hermano se saldría con la suya, como tantas veces había ocurrido, desde que disputaban en la trastienda de la Calle de la Victoria. Pero, en su repliegue, trató de hacer una nueva línea de defensa.

—Muy bien, muy bien, ya veo que has previsto todo (habrá que revisar por si falta algo), pero lo que no veo es la necesidad de que esto esté para el día 13. A fin de cuentas, ¿qué significa una fecha? Un determinado día es

igual que los demás y éste del 13 de febrero te lo sacaste de la manga para estimular a tu gente, con el ánimo decaído después de la guerra. Déjame que las cosas sigan su ritmo debido. El acelerarlas no conlleva más que a mayor gasto y que queden peor. Tú crees que la gente va a seguir el paso impaciente de tus deseos y éstos corren siempre demasiado.

—Mira, Mariano, esa fecha significa mucho, muchísimo para mí y los míos. Ha llegado a ser NUESTRO DIA, una fecha única en que nos reunimos, nos reagrupamos anímica y físicamente, un hito anual para recapacitar y planear futuros... y recordar. Tú no lo quieres comprender pero mi gente y yo *necesitamos* empezar ese día y vamos a hacerlo. Tú no te preocupes porque los albañiles, electricistas, fontaneros y demás operarios van a hacer el esfuerzo que yo les pida y a última hora los médicos estaremos colocando muebles y limpiando cristales, pero aquí el 13 de febrero se empezará a trabajar —concluyó Carlos... y así fue.

El ritmo fue creciendo y según acababan los pintores, como por arte de magia se iban desembalando camas, mesillas, aparatos y se colocaban según lo establecido en los planos (que ya estaban arrugados y llenos de tachaduras de proyectos anteriores desechados). Realmente fue un «tour de force» y a un espectador ajeno le parecería desproporcionado todo aquello para que se pudiera iniciar un día determinado. Pero, si no hubiera existido esa predeterminación nunca se habría alcanzado aquel ritmo endemoniado, ni se hubieran visto batas blancas codo con codo con monos azules y tocas monjiles empujando un gran cajón o recogiendo virutas. No había médico que antes o después, según sus ocupaciones, que muchos habían descuidado, no apareciera por allí a echar una mano. Especialmente para los jóvenes, cada vez que pisaban aquellas salas, llenas de luz con sus baldosas nuevas, con sus blancas camas alineadas les parecía entrar en otro mundo, un mundo que era algo suyo. Cerraban los ojos y veían su escenario de la mañana, San Carlos: altos techos, desconchaduras y vetustez en las paredes, pasillos y escaleras lóbregos, salas mínimas con camas amontonadas, casi pegadas una a la otra o aquellas inmensas del Hospital Provincial en que filas enfrentadas de camas rememoraban un cuartel, laboratorios mínimos con su viejo microscopio.

Volverlos a abrir y encontrar la Clínica era como sentirse lavado, nuevo, y algo dentro de ellos les decía que iban a abandonar senderos trillados y que tenían ante sí, que estaban cooperando a hacer, un camino distinto, abierto hacia un horizonte cuajado de promesas. Cuando, por la noche, se ponían a estudiar ante sus libros o revistas, la vista vagaba un rato por las letras, sin poder

sacar de sus retinas el nuevo centro y enseguida se zambullían en el estudio con la sensación de que estaban cerca de aquellas técnicas, hasta entonces inalcanzables y que ellos pronto iban a poder poner en marcha para el diagnóstico y el tratamiento de sus enfermos.

Amaneció finalmente el día 13, nublado, lluvioso, tras una noche febril en que la heterogénea cuadrilla de obreros, celadores, limpiadoras, enfermeras, monjas, médicos y hasta algunas de sus mujeres había prolongado su jornada recogiendo papeles, limpiando suelos y cristales, recolocando muebles, colgando cortinas y visillos.

Por fin allí estaba todo y, apretándose en las escaleras de entrada, unas doscientas personas prorrumpieron en un interminable aplauso al parar el viejo Cadillac, Luis al volante, y bajar el matrimonio Jiménez Díaz, sin poder reprimir la emoción en sus ojos y ademanes y avanzaron hacia la realidad de su sueño.

Fue una inauguración sencilla. Se dijo una primera misa en la capilla, en uno de cuyos arcos se había escrito, por deseo de don Carlos, las palabras de San Pablo: «Aunque poseyeras toda la Ciencia, si no tuvieras caridad no serías nada.»

Posteriormente, apretujados en la pequeña aula, con muchos fuera de sus abiertas puertas, estaban todos. Los que al día siguiente comenzarían allí su trabajo, los que aún quedarían en San Carlos y el Provincial (Perianes, Merchante, Ortega, Franco...) y los que aún debían seguir en el Instituto (Alés, Vivanco, Villasante) más los muchos fieles venidos de fuera, esta vez en mayor número, sin querer perderse ese momento cumbre de su maestro.

Don Carlos dijo unas breves palabras, agradeciendo a Dios su protección y al Estado y a los protectores su ayuda y explicando que aquello era sólo el comienzo:

«Esta noche —dijo— en nuestra cena anual hablaremos más extensamente de realidades y sueños entremezclados.»

Aquí reproducimos una parte de las notas taquigráficas que Paz Montalvo tomó de sus palabras tras la multitudinaria cena:

«Si en este día siempre hay una emoción muy conmovedora dentro de lo más profundo de mi alma, también hay un sentido de responsabilidad que me lleva a considerar en trance de balance lo que hemos hecho, dónde estamos y dónde vamos a ir.

Pero hoy, esa elevación sobre la que os hablo, es como desde las terrazas de esa nueva Institución y ello hace todavía más conmovedor y más acuciante mi sentimiento y hace todavía más impulsivamente honesto y sincero mi modo de considerar las cosas.

En esta fecha nos reunimos todo el día; todos los días trabajamos juntos la mayor parte de los que estamos aquí, nos vemos al filo de un pasillo, a la puerta de un laboratorio, junto a la cabecera de un semejante al que amamos; pero ahora nos reunimos y nos miramos a la cara como diciéndonos: ¿qué?, ¿qué pasa?, y hay que contestar a esa pregunta... Pero os prometía un análisis más inmediato de la situación actual peculiar. Hoy nos sentimos llenos de impresiones, que, como todas las impresiones, no sabemos definir bien. Alguien me preguntaba esta mañana si yo estaba contento; alguien que si estaba emocionado, muchos me han preguntado, más que preguntarme me han afirmado: está usted satisfecho. No sé si estoy contento, sé que estoy impresionado; es que siento en mi espíritu el impacto real de esta impresión dramática que produce nuestro hospital. Yo sé que es una sensación que se parece un poco a otras grandes sensaciones de la vida que impresionan y que, en su curso, son como los jalones fundamentales de nuestra existencia. Recuerdo una sensación semejante el día de mi Primera Comunión, el día de mi matrimonio y, me figuro, que algo parecido deben sentir los que tienen hijos de la carne. No es que mi vida ha cambiado, no es que la vida ha culminado, no es, ni mucho menos que la vida se acabe; es algo especial: se ha aspirado, ha llegado el momento, se tiene ese momento en la mano, se siente dramáticamente su presencia y se piensa que la vida ha empezado a tener otro sentido. Este sentimiento sé que lo compartís todos, sé que es el sentimiento de los que vienen a trabajar a la Institución o de los que siguen trabajando en el Instituto. Los primeros deben saber, ante todo, el peligro de poseer, porque el poseer tiene el peligro de dejar de desear y, ¡sería tan triste perder ese motor fundamental del espíritu en el momento en que ya se posee! Como médicos, muchas veces tratamos personas que se sienten desgraciadas y tienen todo lo que tienen que tener. ¡Cuántas veces he pensado que con lo que les sobra a la mayor parte de los hombres infelices se podrían hacer legiones de hombres felices!

En realidad, sabed, que no se nos ha entregado una bella escultura; se nos ha dado el barro, se nos entrega el barro, el barro puede tener un color más o menos bello, pero es duro, es frío. Yo, como aficionado a la escultura, he sentido en mis manos la frialdad de la tierra mojada, de ese barro áspero y duro y he visto, contrayendo una y otra vez la mano, que el barro se ha hecho fluido, se ha hecho suave, se torna amable; el barro me ha servido para desahogar mi espíritu. Nos han dado un barro, el trabajo perseverante, enérgico, de nuestra mano, el trabajo honesto, sincero, lleno de ansias de verdad, de nuestra cabeza, podrá hacer de ese barro el instrumento que necesitamos si antes tenemos la convicción, nos inundamos de la convicción de que el instrumento no está hecho, hay que hacerlo y debemos darnos cuenta de que entre tantos sentimientos más o menos bastardos que el hombre tiene, hay siempre uno más limpio, más puro, más cierto que es la verdadera huella que el Creador, que nos hizo también de barro, dejó de su mano posada.

Ahora quiero considerar el balance. Ante todo ese hospital, que es una de las quimeras que se han hecho realidad, que ayer, no sé por qué, se me ocurrió decir: "Parece una pompa de jabón; estaba uno jugando y una de las pompas no perdió sus irisaciones, sino que se condensaron; se han transformado en una perla o, acaso, en una estrella." Ese hospital está ahí, la quimera, la pompa de jabón, es de ladrillo, de hierro y tiene instalaciones... Siempre he sentido que los cuentos no son más sino los sueños de los hombres; en ellos está el afán y la posibilidad de mandar, está la posibilidad de evadirse y está la posibilidad de vencer. Pues bien, siempre me han dado pena los cuentos felices; aquéllos en que el joven príncipe esforzado lucha contra todos los peligros, contra el dragón, contra la tremenda hidra, contra los malignos y acechantes enanillos y que los va venciendo a todos, llega al final, descubre su princesa y fueron felices y comieron perdices. ¡Qué final tan pobre!; si toda la épica de esa aventura no sirve más que para ser felices y comer perdices, no me gustan los cuentos, por lo menos esos cuentos no simbolizan mis sueños personales. Yo me pregunto: ¿Y qué hicieron luego éstos en sus vidas?, ¿la supieron iluminar siempre con la misma ilusión?, ¿supieron que aquella primera parte de la epopeya heroica no era más que un principio y que lo auténtico es después la égloga, el ideal continuo? Ha venido esto a propósito de nuestro peligro de poseer... pero, en fin, hemos llegado al aposento fantástico, luminoso, policromado, donde está la princesa y ahora, ¿comieron perdices? No, ahora, ¿sabremos tener el horizonte, sabremos seguir iluminándonos de ilusiones, sabremos, por ventura, seguir soñando?; ya ven ustedes que las quimeras se vuelven ladrillos y la pompa de jabón se vuelve cemento. No hay más que una manera de soñar, que es soñar viviendo en la realidad, soñemos en la realidad; pero conservemos el espíritu de nuestra primera época de actividad; nosotros no somos nosotros, nosotros somos, queremos ser, la cabeza de una tradición y no podemos dejar a los que vienen detrás de nosotros sin esa ilusión que nos ha hechos felices.... Pidamos a Dios que nos haga ver claro y que nos haga sa-

ber disfrutar lo mucho que ya ha dado y sigamos creyendo que estas quimeras que tengamos y que estas pompas de jabón puedan persistir, no por nosotros, sino por todos los que vengan después, por nuestro país, porque solamente entonces podremos aspirar a ser historia.»

Al día siguiente todo el mundo estaba trabajando..., aunque casi todavía no había enfermos. Existían cinco Servicios de Medicina Interna (don Carlos había querido que se llamasen «Estaciones» como en Alemania), cuyos jefes eran: Estación 1: Barreda; 2: Parra; 3: Oya; 4: Lorente, y 5: López García (don Eloy para todos). Tenían, respectivamente, de adjuntos a Alcalá Santaella, Eusebio Ramírez, Hernando, Jiménez Casado y Ramírez Guedes. Existían policlínicas de esta especialidad unidas a las respectivas salas y las de especialidades médicas: Cardiología: Varela de Seijas y Pedro Rábago; Respiratorio: Centenera; Digestivo: Mogena y Marina Fiol; Alergia: Lahoz, Pérez Guerrero y Marín Núñez; Reumatología: Puig Leal y Vallado; Dermatología: Gómez Orbaneja, Robledo y Castro; Psiquiatría: Rallo y Pereiro; Pediatría: López Linares; Endocrinología: Rodríguez Miñón y Arrieta.

El Sector Quirúrgico, que como se había prometido, se denominó «Sector Rubio» y que estaba presidido por un viejo retrato al óleo de don Federico, incluía: Cirugía Digestiva: González Bueno e Hidalgo; Neurocirugía: Obrador y Bravo; Urología: Luis Cifuentes y Alférez; Cardiovascular: Castro Fariñas; Traumatología: Sentís y Carreño; Ortopedia Infantil: Ferrer; Cirugía General: Mariano Zumel; Ginecología: Paredes; Cirugía Torácica: Martínez Bordiú; Cirugía Reparadora: Alonso Artieda; Oftalmología: Leoz; O.R.L.: Asín Gavín, y Cirugía Maxilo-facial: Landete y Pacios.

Los servicios auxiliares diagnósticos y terapéuticos eran: Radiodiagnóstico: Lara y Masjuán; Radioterapia: Albert; Rehabilitación: Gregory y Fernández Ballesteros; Electroencefalografía: Oliveros. Los laboratorios quedaron por el momento en San Carlos y en el Instituto de la Universitaria. Cada día se llevaban las sangres y otros productos al correspondiente. Hematología: Paniagua; Microbiología: Alés; Bioquímica: Villasante; Anatomía Patológica: Morales...; se daba el caso de que alguna laborante trasladaba los tubos de sangre que requerían mantener una determinada temperatura, introducidos entre sus pechos en el metro... y había un servicio absolutamente nuevo en cualquier hospital español, como el de Fotografía y Dibujo Científico: Arencibia y Tinao, que fue durante muchos años único y era utilizado por la mayoría de los médicos madrileños al requerir para sus publicaciones y conferencias ilustraciones o proyecciones.

Cuando el centro ya estaba funcionando plenamente con sus doscientas camas, más las diez habitaciones privadas, don Carlos, acompañado del ministro de Gobernación, don Blas Pérez, acudió al Palacio de El Pardo a invitar al Jefe del Estado a hacer la inauguración oficial. Esta tuvo lugar el 31 de mayo de ese mismo año de 1955. Hubo, tras mostrarle la realidad que ya era el centro, una reunión en el aula en la que los dos hablaron sucesivamente. Don Carlos, después de mostrar su agradecimiento sentido a la ayuda recibida al propio Franco, a los ministros, a la universidad, al Instituto Rubio, tomó un acento más cálido al dirigirse a la Asociación Protectora:

«...Y al Patronato de la Asociación Protectora, que creyó en nosotros hace ya veintiún años, y que, sin desmayo, nos siguió ayudando cuando la universidad nos aceptó en su seno, aunque ellos fueron los que nos sostuvieron, como cuando al final del Movimiento, lo hacíamos en un pequeño hotel alquilado en barrios extremos, y como lo ha hecho también ahora.

...Y, finalmente, sólo en la enunciación, a ese conjunto de colaboradores que me han acompañado íntima y abnegadamente en un intercambio de pasión, en el que yo he mantenido su fervor con mi fe y con mi ejemplo tenaz, pero ellos me han sostenido con su lealtad y perseverante entusiasmo haciéndome notar con su actitud interrogante y su emoción diariamente renovada, que mi esperanza se asentaba en un terreno firme... Aunque contenida, nuestra alegría es desbordante; ¿cómo no habría de serlo si hemos seguido, según la expresión de don Santiago, siendo "obradores"?, es decir, no hemos querido contentarnos con tener un ideal, sino que lo hemos vivido.

Según él, actuando, sólo cuando se plasma en la conducta y en el carácter es cuando es auténtica la actitud científica y es entonces cuando el hombre *beatus in facto suo erit*... Recuerda Schiller la expresión de un antiguo sabio: *sapera aude* (atreveos a saber)... En nosotros el propósito es, Excelencia, fácil de expresar: mejorar el dolor humano, contribuir desde España al progreso científico creyendo con ello cooperar a su prestigio y enaltecimiento, corresponder a la fe de los que nos han ayudado y a esta confianza que vos depositáis en nosotros...»

Franco, con su voz aguda, monótona, pero esta vez emocionada, leyó su preparado discurso, que comenzaba:

«Señores, al inaugurar en esta hora el Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas me complazco en felicitar al profesor don Carlos Jiménez Díaz, alma de la Institución, y al cuerpo de doctores que le acompañan en esta mag-

nífica obra de trabajo e investigación, que eleva la Medicina española al grado que tantos, que venían individualmente elevándola, soñaron, pero que hoy, gracias a su tenacidad, constancia y espíritu de trabajo, demostrados en estos veintidós años transcurridos, permiten hacer realidad aquel sueño, dándonos un ejemplo de lo que puede la voluntad humana y la tenacidad cuando se ponen al servicio de un ideal...»

El acto de inauguración de la Clínica de la Concepción copó todos los titulares de primera página de los periódicos. Sin embargo, no hay que considerar ello extraordinario, pues ocurría con todo tipo de inauguraciones que hiciera el Caudillo, que no sólo eran pantanos, como maliciosamente alguien sugería al inventarle el apelativo de Paco Pantanos.

La portada de «ABC» del día 1 de junio de 1955 era una gran fotografía en que, en un quirófano, se ve a Franco, don Carlos, Obrador, González Bueno, Zúmel y el Marqués de Villaverde, todos sonrientes. El pie de página: «EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CLINICAS: Su Excelencia el Jefe del Estado, que ayer, acompañado de los ministros de la Gobernación, Educación Nacional, Ejército, Agricultura y secretario de la Presidencia, inauguró la Clínica de la Concepción, del Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas, recorre las instalaciones del nuevo centro, con su director, profesor Carlos Jiménez Díaz, y otros doctores que allí prestarán sus servicios.» Y en primera página: «EL JEFE DEL ESTADO INAUGURA UN NUEVO CENTRO CIENTIFICO EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA. El nuevo Instituto de Investigaciones Clínicas se debe a la iniciativa del doctor Jiménez Díaz.

"No son vanas las esperanzas que tenemos en esta obra y en la juventud y la intelectualidad de nuetro país", dijo el Generalísimo.»

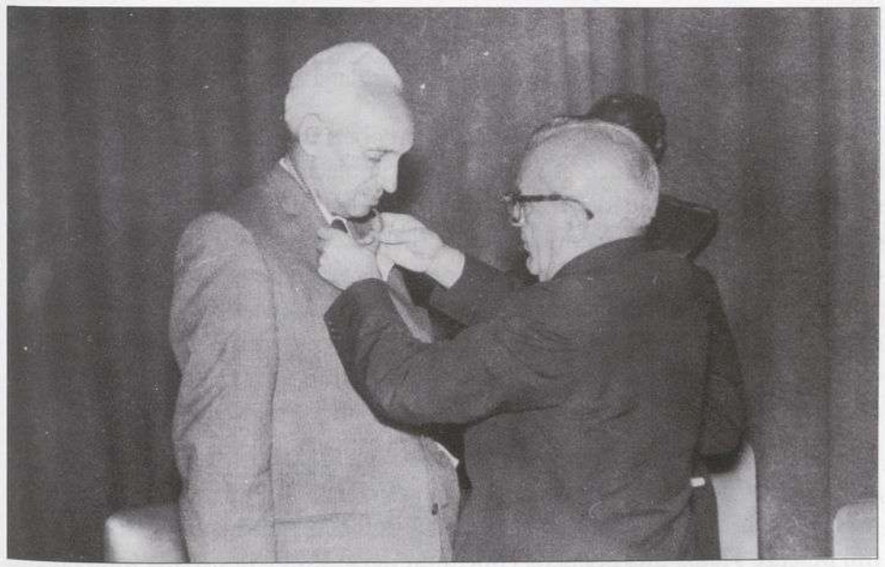
Tras recoger los discursos de ambos, explicaba cómo se había construido el Instituto, resaltando el papel de Regiones Devastadas y del Instituto Rubio y señalaba:

«Ha sido aprobado, además, el proyecto en virtud del cual se ampliarán las actuales construcciones con dos cuerpos de edificios laterales, uno dedicado a Instituto de Investigaciones propiamente dicho y otro a Sanatorio de la Concepción y Residencia. Con cargo al citado organismo de Regiones Devastadas, se están ejecutando las obras de estas nuevas edificaciones, cuyo proyecto, en primera fase de estructura ha sido sacado a subasta recientemente.»

A los pocos días de aquella inauguración refiere don Carlos en la «Historia de mi Instituto»:



Inauguración oficial de la Clínica de la Concepción, 31 de mayo de 1955. Don Carlos junto a don Blas Pérez (ministro de Gobernación), Generalísimo Franco y Joaquín Ruiz Jiménez (ministro de Educación Nacional).



Imponiendo la medalla de la Sociedad de Bioquímica a Severo Ochoa.

«Una noche salía yo solo del Instituto y me senté enfrente mirando la esquina del edificio de densa construcción iluminado en los que seguía la actividad constante, y me pareció un sueño plasmado; me preguntaba ¿cómo —y por qué— se ha hecho esto?; aquellos ladrillos me parecían mis ansias, mis impaciencias, mis decisiones materializadas, transformadas en estructuras; eran sentimientos e ideas sólidos "solidificados". Yo estaba como siempre me ha gustado estar: la mirada hacia arriba y los pies en la tierra. Me acordé de Lincoln, aquel hombre de tan desmesurada estatura que decía: "Había tenido la suerte de tener unas piernas que habían crecido lo necesario para que, a pesar de tener su pensamiento en alto, se pudiera apoyar en la tierra."»

A pesar de todos estos nobles pensamientos y de algunos lirismos, la vida para la Clínica no fue fácil en ningún momento. Las dificultades económicas no se solventaban tan fácilmente como se habían trazado. Los médicos con dedicación exclusiva tenían sueldos de seis mil pesetas los jefes y de cuatro mil los adjuntos y muchos de ellos, especialmente los jóvenes, no tenían ninguna actividad privada que les complementara una entrega de, en ocasiones, hasta doce horas... o las que hicieran falta. Las guardias nocturnas y frecuentes, un cirujano y un médico para todo el hospital, no eran remuneradas aparte, sencillamente porque no se podía. Los más veteranos, con consultas o cirugías privadas bien establecidas aceptaron, con excepciones dolorosas, aportar de un veinte a un cuarenta por ciento de su ingresos por estos conceptos, pero aun así todo era insuficiente, ya que el grueso de la actividad, los pacientes del S.O.E., no aportaban ningún beneficio y las liquidaciones siempre llegaban con retraso.

El resto de enfermos (por entonces la cobertura del Seguro no alcanzaba más allá del treinta y cinco por ciento de la población) se clasificaba en Admisión según sus posibilidades económicas en: Tipo 0, absolutamente benéfico; 1, que pagaba una pequeña cantidad que le fuera asequible, y Tipos 2 y 3, que podían dejar un pequeño beneficio y en los que la Cirugía se hacía a un «tanto alzado». De las diez habitaciones totalmente privadas, era raro que estuvieran ocupadas al principio más de tres o cuatro, aunque pronto se mostraron insuficientes, y casi todas eran para Cirugía, pues por entonces no era habitual que un enfermo médico ingresara, sino que era atendido en su propio domicilio.

Otro de los ingresos fijos provenían de que don Carlos había conseguido que algunos protectores y amigos subvencionaran totalmente una o más camas al año, siendo la cantidad a recibir por este concepto anualmente de diez mil pesetas. Había una pequeña concesión del C.S.I.C. destinada íntegramente para la investigación y los ingresos por matrículas de los diversos cursos de especialización o monográficos que se programaron desde el inicio, para formación posgraduada.

Existe un curioso documento del proyecto de presupuesto para el año 1956, que González Bueno, que había sido nombrado jefe de Clínicas, envió a don Carlos a final de septiembre. Tanto él como Mariano Jiménez Díaz, aunque entre sí no se apreciaban demasiado, eran los que ponían un criterio empresarial en aquel mundo de los números, prosaico, pero imprescindible, en el que don Carlos nunca supo o quiso moverse con desenvoltura. En el se leen algunos conceptos que hoy, pasados treinta y cinco años parecen increíbles. Comienza así:

«Durante un período de prueba de cuatro meses, este presupuesto ordinario tiene que estar sometido en sus gastos a que la enfermería no pase, bajo ningún concepto, de un número de estancias diarias superiores a cien. Su distribución sería:

1. Cuarenta camas ocupadas por enfermos del S.O.E.
2. Diez camas (entre médicas y quirúrgicas) privadas.
3. Seis camas médicas con el aporte/día de cien pesetas (Tipo 2).
4. Diez camas quirúgicas a "tanto alzado".
5. Seis camas médicas con el aporte/día de cincuenta pesetas (Tipo 1).
6. Veintiocho camas totalmente benéficas (cuatro quirúrgicas y veinticuatro médicas).

La mayor parte (noventa por ciento) son susceptibles de servir de docencia y beneficencia o semibenéficos con lo que cumplimos con toda honradez y amplitud uno de los propósitos de la Institución.»

...El total de ingresos que luego detalla eran calculados en lo que parece ridícula cifra de ¡6.750.000 pesetas!

En los gastos la nómina de personal representaba 2.640.000 pesetas, por alimentación 1.095.000 y por Farmacia, incluido material de quirófano, 2.190.000, mientras que los gastos generales (agua, calefacción, electricidad, teléfono) se cifraban en 821.250 pesetas, de lo que se obtenía una suma total de gastos de 6.746.250 pesetas, con lo que si tal presupuesto llegaba a cumplirse el beneficio total sería de *¡3.750 pesetas!* y el ingreso total diario y, por consiguiente, casi el mismo gasto sería de *¡8.750 pesetas!*»

En los «comentarios» hay cifras y conceptos muy sabrosos, así, por ejemplo: «Debemos calcular que constantemente haya una cama médica privada ocupada a razón de doscientas pesetas diarias, lo que dará la cantidad de 73.000 al año.» «Debemos calcular que constantemente estén llenas seis camas que aporten cincuenta pesetas/día, lo que dará la cantidad de 109.500 pesetas/año.» «El ingreso de todas las policlínicas había que cifrarlo en trescientas tres pesetas/día.»

En el capítulo de gastos se calcula que «cada cama (cien diarias) gasten veinte pesetas/cama y como se añaden cincuenta "bocas" (comunidad religiosa y personal subalterno) la meta es que la alimentación entre unos y otros salga por dieciséis pesetas por boca»... y los gastos que «evidentemente hay que atajar son los de alimentación y farmacia».

Los comentarios finales son, asimismo, curiosos e interesantes, dicen:

«Es necesario hacer ver a todos los que constituimos la Institución estas dos advertencias: 1) Que tenemos la obligación moral de sacar adelante la Institución económicamente para que, sobre la base de una economía saneada, se cumplan las funciones que en todos los sentidos tiene don Carlos como ideal y a las que se ha comprometido con el país. 2) Que la Institución, en lo que se refiera a sueldos de facultativos, ha dado un ejemplo de amplitud cualitativa, porque está señalado que una Institución no debe pasar del treinta y cinco por ciento de los ingresos en los gastos por estos conceptos, lo que, dados los ingresos supondría 2.362.500 pesetas y está abonando 2.640.000. Ello supone que por este concepto el porcentaje en vez de ser del treinta y seis por ciento es el de treinta y nueve.» Madrid, 26 de septiembre de 1955.

Después de tantas emociones y problemas, Don Carlos y Conchita decidieron aquel verano hacer un extraordinario, un viaje en su reciente coche descapotable con meta en los festivales de Wagner en Bayreuth, al que siempre habían deseado ir, y, además, hacerlo con calma, con un amplio recorrido artístico-turístico por gran parte de Europa. Necesitaban con ansiedad un período de tranquilidad, de estar inasequibles (lo que era imposible en España) y de disfrutarlos los dos solos con una felicidad no compartida. Como siempre, escribió detalladamente su «cuaderno de viaje», del que extraemos algunos pasajes y comentarios, que en este viaje, no científico, mantienen los mismos razonamientos para su resumida transcripción que señalábamos para los anteriores.

«Sábado 31 de julio de 1955: Salimos por la tarde a La Cabrera después de arreglar todo, despedirnos del hospital y estando en casa los sobrinos, con n/Belvedere, ajeno a lo que le espera —pero quizá le guste como a Ch. ver mundo—. Se tienen al empezar estas vacaciones de verano sensaciones encontradas: alejarse mucho tiempo y saber de antemano que se hará muy corto, pensar que no se deben dejar las cosas... y alegrarse de perderlas de vista; temor a no llevar todo lo necesario... y saber... que se lleva uno demasiado. Y, sobre todo, una mezcla de melancolía (un año más) y alegría —algo temerosa— de la excursión que hay en el horizonte...»

El segundo día fueron a comer a Biarritz y durmieron en Burdeos. Sólo un comentario (que nos parece actual): «Las carreteras embotelladas y la conducción, por eso, penosa y fatigante... Solos, arrancados del círculo que nos aprieta habitualmente, nos sentimos tan claramente felices que sólo nos angustia la incógnita del tiempo.»

El tercer día llegan a París y reitera el comentario sobre el tráfico: «La circulación es abrumadora. Parece que aquí todo el mundo está loco y se desplaza nerviosamente. Hay que ir a paso de tortuga y con el alma en vilo... es el fin de la vacación de julio y el principio de la de agosto.» Visitan la Catedral de Poitiers «con pinturas románicas como las que yo he puesto en La Cabrera», y también la de Chartres. «Llegamos de día a París y entramos por la puerta de Clichy, en nuestro coche abierto con aire de americanos.»

El miércoles 4 salen para Bruselas. «Todo está lleno de recuerdos de las dos grandes guerras. Impresiona tanto dolor pasado en una tierra tan hermosa... Bruselas, otra vez recuerdos del 36... Luego fuimos a la gran plaza que cada vez parece más hermosa... Llegamos a Gante (¡Carlos de Gante-don Juan de Austria!). El políptico de Van Eyck es una maravilla (¡que historia más tortuosa hasta su vuelta!). Se ve ya aquí la manera de hacer de aquellos pintores (macrominiaturistas) con sentido ingenuo y a la vez despreocupado de las actitudes y los paisajes de un simbolismo e impresionante... Seguimos a Brujas con sus carrillones siempre sonando...» «Anochecía, había luna llena y se encendieron las luces, los contrastes se alteraban más y Brujas parecía merecer su nombre por el hechizo que exhalaba...»

«Jueves 5: Ya estábamos a las nueve en la calle y nos fuimos al museo, donde hay las mejores obras de V. der Weyden, Memling, V. Eyck, David y otros, y al hospital (Museo Memling) con trípticos preciosos de él y la arqueta con la historia de Santa Ursula... Fuimos a Amberes directamente, al museo

que es magnífico por sus Rubens, Rembrandt, Memling, V. Gres, etc. Amberes es una ciudad grande y próspera, activa, viva, algunos trozos típicos, pero en general, sin carácter, enseguida seguimos el viaje y entramos en Holanda. Este es un país que da una impresión de bienestar, orden, limpieza y riqueza insuperables. Carretera óptima y en ambos lados villas y villas de fina arquitectura con preciosos parques. Paramos un buen rato en el primer pueblo y estábamos entusiasmados...»

Pasan por La Haya y Rotterdam. «Fuimos al museo a ver, sobre todo "Los síndicos" y "La lección de Anatomía", aunque vimos otros cuadros preciosos y nos fuimos a Harlem... Fuimos al Museo Franz Hals, donde vimos cosas muy buenas de él y de otros... Decidimos ir a visitar la casa de V. der Schoff, de que tenía tantos catálogos. Nos recibieron muy bien y nos enseñaron una bonita colección de cebollas, unas más blancas, otras más rojas, unas grandes, otras pequeñas.... son unos muñecos. Ya salimos para Amsterdam y llegamos con tiempo de ver "La ronda de noche", que la han restaurado, quitándole los barnices y ha recuperado luminosidad; ya no es la ronda de noche, sino la juerga de un capitán con sus amigos...

Sábado 7: Gran autopista hasta Utrecht y camino bonito hasta Nimega... y con gran alegría entramos en Alemania, que nos parecía un país menos extranjero. Paramos en Goch, recordando a don Faustino y le pusimos una postal... y llegamos a Colonia. Las carreteras ya no eran las de Holanda, eran como una carretera española. Tampoco se respiraba aquel bienestar, se ve más bien pobreza... Colonia con zonas muy destruidas, aunque con mucha reedificación... Fuimos a la catedral, que parece intacta, impresiona su grandiosidad pero con graciosísima proporción el Cristo y la Virgen que con poca inventiva llamaban "la Morenita"...

Domingo 8: Vamos allí a misa ¡pero qué misa!, suntuosa en aquel ambiente y acompañada por el cántico gregoriano... Tomamos el camino de Bonn. La iglesia románica con pinturas y la emoción de la casa de Beethoven, ¡qué cosas más grandes pueden ocurrir en espacios pequeños! Dios quiso nacer en un pesebre... Y ya tomamos el camino del Rhin. Perspectivas preciosas, pero muchas curvas, llovía (capota baja) y mucho tránsito. Ch. tuvo su miedo y, naturalmente, se enfadaba, pero con todo fue maravilloso. Paramos en Armmanhausen recordando la excursión de hace ¡veintinueve años!... Y de allí fuimos a Rüdisheim al Hotel Danustäterhoff, antiguo, severo dueño anciano, cojo, casi ciego que nos acogió con cierta indulgencia. Paseamos, muchísima animación. Banderas, sombreritos de paja, cantos..., como en el primer acto del Tenorio con muchos "malditos"... Cenamos muy bien, con vino del Rhin; y recordando... hurgamos un poco en nuestro panorama de estos veintinueve años: lo conseguido, lo perdido y... lo que se quiere borrar...»

El lunes 9, como faltaban muchos kilómetros, fue meramente de viaje queriendo llegar a comer a Heidelberg, donde les esperaban más recuerdos (Darmstadt, Mannheim «la ciudad terriblemente destruida», de vez en cuando se reconocen edificios y zonas de lo visto por nosotros, pero es difícil entre lo desaparecido y lo reedificado reconocer aquella ciudad donde vivimos unos meses tan felices, aun siendo austeros).

«N/hotel es un campo de hierba... resulta desolador... y nos fuimos un poco contristados. Llegamos a Heidelberg que está intacto con su viejo sentido de ciudad alemana y sus muelles en el Neckar... iniciamos la subida al castillo, pero cogimos la carretera que en plena selva asciende al Königstuhl. Hacía frío, lloviznaba y había densas nubes. Sin embargo, al bajar, el espectáculo del valle del Neckar era maravilloso, las nubes quedaban como bambalinas y abajo daba el sol. ¡Qué miedo tenía Ch. y para colmo Luis se había bebido una botella grande cerveza... Tomamos el camino de Wurzburg, es una delicia la carretera que bordea el Neckar, quizá más bella que la del Rhin, pero Ch. tenía mucho miedo...

Martes 10: Emoción por la llegada hoy a Bayreuth... y seguimos a Nuremberg, hay muchos residuos de la guerra, pero la ciudad está llena de vida y extendiéndose mucho... Y llegamos a Bayreuth... nos dieron las entradas ¡juntos! y sólo faltaban para "El ocaso"..., pero nos las prometieron. Estábamos radiantes... nos fuimos a ver el teatro, pero no dejaban entrar porque estaban en la representación de "Maestros cantores". El teatro no es arquitectónicamente bello, de ladrillo rojo, puertas de madera de concepción ingenua, pero irregular, hecho como de varias casas en bloque. Tiene su tradición... y la ilusión que tiene uno.

Miércoles 11: Hoy es la primera representación y Ch. estaba muy nerviosa. Mucha gente bien vestida, con aire cosmopolita —seguramente hay aquí habituales de todas las fiestas—, hay también gente modesta despreocupadamente trajeada. Hay expectación, emoción, ilusión. Hacen "El Oro del Rhin" de un solo tirón.

La sala es grande, diferente de todo lo que hemos visto, se queda totalmente a oscuras y en el escenario muy oscuro sobre el curso del Rhin. Impresiona bien, pero es algo fatigante. Se ha simplificado la representación con lu-

minotecnia y se tiene la impresión de que se roba con ello escenografía. La orquesta es formidable, los cantantes regulares. Ahí está el "Oro del Rhin" con su valor auténtico, pero sigo apegado a aquel de Kristchof y de "El Real"...»

«Jueves 12: ...Fuimos visitando cosas. La vieja Opera en madera con una gracia romántica. Aquí Wagner dirigió la IX y estaba Glinka...; los sepulcros de Wagner y Cósima, y el primero de la Litzstrasse, la casa donde Listz murió... "Las walkirias" empieza a las cuatro..., de todos modos la grandiosidad de la obra nos hizo quedar emocionados y contentos..., se duerme más bien tras estas emociones!»

El viernes vieron «Sigfrido» y el domingo 15: «Nos levantamos con la ilusión de la ópera "El ocaso" y sintiendo al tiempo que era la última... Nos pareció corta a pesar de lo larga que es en sí, escenografía, presentación, cantores. ¡No digamos la orquesta!, todo fantástico, duró cuatro horas y media)... Nos presentó a un doctor X simpático, apoderado del teatro, habla español, que nos pasó al interior y nos enseñó todo ¡qué suerte tienes, Ch...!

...Y ya el regreso: Stutgart-Baden-Baden-Estrasburgo-Nancy-París ("fuerte lumbago")-Versalles-Rambouillet-Tours-Burdeos..., España.»

Epílogo: «Lo demás, nada, Biarritz, San Sebastián, Bilbao, Noja. Han muerto en estos días Andreu, Vallejo de Simón y González León. Llegamos a Salces, este pedazo de nuestra vida que vive en nosotros y en el que vivimos tan poco tiempo. Antiguo y verde, melancólico y entrañable. TODO TIENE AIRE DE OTOÑO.»

Capítulo XII

La Clínica de la Concepción: Desarrollo y trascendencia en la evolución de la Medicina española

> Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
> mientras la onda cordial caliente un ensueño,
> mientras haya un viva pasión, un noble empeño,
> un buscado imposible, una imposible hazaña...
>
> *«Al Rey Oscar»*, RUBEN DARIO

EL IMPACTO DE ESTA INAUGURACION fue grande, con especial resonancia para sus discípulos, pero extendido en toda la Medicina española. La pila de cartas de felicitación que recibía obligaba a Paz a horas extraordinarias, pues don Carlos nunca dejó de contestar carta alguna. Conservó algunas por su contenido o por la importancia de las personas que las enviaban. Hay cartas de Azorín, Pérez de Ayala, Julio Camba, Benavente, Ortega y Gasset, Marañón; de los pintores Zuloaga, Eugenio Hermoso, Sotomayor, Pellicer; artistas, Kraus, Lola Membrives, Manolo Caracol y Lola Flores; toreros, Domingo Ortega, Antonio Bienvenida, El Estudiante, y las que más le emocionaban, gentes del pueblo, antiguos enfermos de San Carlos o del Provincial, llenas de faltas de ortografía, pero también de cariño y respeto expresadas con fórmulas y frases malamente aprendidas en la escuela, pero terriblemente sinceras.

Enríquez de Salamanca, olvidando antiguas confrontaciones, le decía: «Puedes estar satisfecho de haber empleado tu vida.»

Alfonso de la Peña, catedrático de Urología: «...Mi leal felicitación por el logro de una de las más nobles ambiciones profesorales, dando rumbo preciso y elevado a la Medicina española. Como toda cabalgada fuerte y potente puede arrollar un poco a viandantes más modestos, su empeño podrá injustamente suscitar alguna reserva. Con este motivo deseo que consiga uno de sus

mayores éxitos y que las críticas, incomprensibles, sirvan para enardecerle. De sobra sabemos los médicos españoles la hombría de bien y enorme bondad de usted y su inmarcesible interés por el desarrollo de la Medicina patria...»

El doctor Blanco Soler: «...Acabo de enterarme de tu generosa actitud y desprendimiento en lo relativo al Instituto que vienes regentando hace años y, ajeno como soy a todo lo que no sea el afecto que me inspiras, quiero en esta carta enviarte un fuerte abrazo. Quiera Dios que tu manera de proceder sirva de ejemplo para el porvenir...»

El profesor Juan Andreu Urra, catedrático de Sevilla: «...Siempre he admirado la envidiable labor que realiza. Aprovecho esta ocasión para felicitarle muy cordialmente por el reconocimiento oficial que acaba de hacerse a esta labor, creando la Institución que usted soñaba hace tiempo, con el deseo de que por un cuarto de siglo pueda dirigirla...»

El doctor Velasco Pajares, presidente del Colegio de Médicos: «Me comunican la noticia de la grandiosa obra que va usted a realizar con su esfuerzo personal y económico en favor de la investigación española y me apresuro a felicitarle como presidente de este colegio y como viejo amigo suyo, que tanta admiración y fe ha tenido y tiene en las excepcionales condiciones de usted.

Realmente somos nosotros, los españoles todos, los que debemos felicitarnos por contar con un hombre como usted, que deje a su paso tan señalada estela en la Ciencia patria...»

...Y así, cientos y cientos de muestras.

También hubo, como era de esperar, incomprensiones de fuera y, aún más dolorosas, de dentro, que cuenta de pasada en su «Historia de mi Instituto»: «...En escritos privados y en reuniones explicativas fui orientando y encauzando; como casi siempre fue posible lograrlo, porque en el fondo se trataba de una cooperación mejor o peor entendida, y a veces algunas de esas cosas tuvieron en mi mente una utilidad constructiva...» Y añade: «Las reacciones individuales me parecen siempre legítimas, aunque no coincidan con mis puntos de vista; pero no comparto el de los que creen, como Pío Baroja dice en una de sus novelas, que el individuo sea la única realidad; pienso que el individuo puede encontrar en su relación con un conjunto de personas afines las grandes satisfacciones de la acción común, del medio grato en el que se desenvuelve su vida, alentado por la amistad, el intercambio, la enseñanza y el aprendizaje, e inscribir así en su propia individualidad, como suyo, ese algo común en lo que se siente acompañado.»

Curiosamente, donde más oposición encontró fue entre varios de sus propios compañeros de la Facultad. Había en ellos un especial recelo a que «aquello» cambiara los carriles rutinarios de la universidad en los que cómodamente estaban instalados. La enemiga. ante aquel logro de pura intención de mejora, creaba en algunos un poso de frustración, de no haber sido capaces de algo similar. Les creaba una sensación de «injusticia», sin querer ver objetivamente lo que cada uno había puesto en el empeño.

Don Carlos quiso acallar cuanto antes voces contrarias y pidió al decano, el profesor García Orcoyen, que convocara una Junta de Facultad en la que expuso con nitidez lo que era y quería ser la Institución recién creada, resaltando que su actitud era totalmente universitaria en el sentido no arquitectural, sino ideológico y les pidió que le preguntaran cuanto quisieran para convencerles de que en ello no había nada que no conviniera a la Facultad. Fue, absurdamente, como una comparecencia ante un tribunal inquisitorial, que acabó con dudas de muchos, sin encontrar ningún punto rechazable (aunque a algunos no les hiciera cambiar su actitud contraria preconcebida) y con la adhesión y conformidad de otros muchos.

Dentro de la Clínica, de sus propios colaboradores, también tropezó con algunas dificultades, en general de pocas personas que no sabían ver lo que aquella Institución aportaba al conjunto y a ellos mismos, aunque también exigiera ciertos sacrificios. En alguno había un aspecto egoísta y material, al cumplirse lo que desde el principio estaba trazado de aportar un porcentaje de sus ingresos particulares a la Clínica, como ayuda a su mantenimiento y para poder soportar el gasto de la investigación que nunca podía ser «rentable» en el sentido económico, pero que era el «primum movens» de toda aquella obra. Era claro que don Carlos no había luchado en su creación meramente para hacer un nuevo hospital, aunque éste fuera concebido de forma nueva en España, sino para aunar en ella la clínica y la investigación, según la concepción que tantas veces y a tantas personas había reiterado, de la necesidad de contacto estrecho entre una y otra vertiente de la Medicina.

Algunos de los mejor establecidos, con ingresos importantes en sus consultas o, aún más, los cirujanos con más altos honorarios en su labor, no consideraban justo que la aportación fuera «progresiva», creciente, cuanto mayor eran los ingresos, principio que a don Carlos (que desde luego era el que más

había aportado y seguía haciéndolo) y a la mayoría les parecía no sólo justo, sino obvio.

Los jóvenes «sabían» que su dedicación exclusiva les proporcionaría un sueldo «digno» para la época de 4.000 pesetas mensuales... Pasó algún tiempo y seguían sin recibirlo..., pero ello era más objeto de broma que un obstáculo. La oportunidad única de centrar su actividad científica y profesional en aquella clínica moderna, revolucionaria, en un entorno en que la especialización, el completar la formación adquirida en la Facultad, no conllevaba prácticamente nunca contraprestación económica, superaba cualquier otra idea.

La broma, casi espontánea, recayó sobre Carlos Alférez, asociado de Urología, hijo de aquel Pepe Alférez compañero berlinés de don Carlos. Cualquiera que le encontraba le decía: «Carlos, ¿sabes que ya se cobra?» y él reiteradamente caía en la trampa y bajaba aceleradamente a Administración para encontrarse con la falsedad de la noticia.

El sueldo, que al fin se cobró, incluía también la obligación de hacer guardias. Como no existían urgencias externas, quedaban sólo un médico y un cirujano para la atención interna durante noches y festivos...; el problema fue cuando en un centro en que aún no existía Obstetricia, una señora, acompañante de su marido enfermo, se puso de parto...; aquello era tan inesperado que médico y cirujano tuvieron una reacción primaria de esconder la cabeza debajo de las sábanas..., afortunadamente una de las monjas era comadrona y el primer niño nacido en la clínica llegó al mundo con normalidad. El mayor problema de las guardias era, sin embargo, para el médico que le acompañaba como cirujano, Alferez o Carreño... roncaban tanto que era imposible dormir en la misma habitación.

En la mayor parte las objeciones eran en el sentido de mejoramiento personal y del conjunto y todas las cuestiones eran escuchadas y abiertamente discutidas en la Junta de Jefes, tratando siempre tomar de ellas los aspectos más positivos, aunque no cabe duda que la opinión de don Carlos era la de más peso y su reconocida autoridad era la mayor parte de las veces la decisoria.

El edificio inicial se sabía desde el principio insuficiente y pronto demostró serlo. Había que seguir ampliando lo antes posible. Los especialistas, razonablemente, querían tener camas propias, no meramente ser consultores y mantener una actividad ambulatoria y de técnicas diagnósticas. Las diez habitaciones privadas (aquéllas que González Bueno consideraba «necesario» que

al menos una estuviera ocupada) se habían visto insuficientes para cubrir la demanda que, progresivamente de forma rápida iba aumentando; era asimismo imprescindible poder trasladar desde la Facultad de Medicina de la Ciudad Universitaria, el Instituto de Investigación, creando una zona o sector para estos laboratorios y servicios que aún estaban fuera del recinto común. Todo ello suponía metros y metros cuadrados de nueva construcción... y el dinero correspondiente para afrontarlo.

La cantidad necesaria era importante. Las promesas de don Juan March, con las que había contado para lanzarse a aquella aventura, se habían desvanecido. Nada de ello le detuvo. El proyecto estaba hecho, cuidadosamente estudiado, para que en el edificio final tuviera cabida todo lo que había concebido para su obra: la investigación, la docencia de alumnos y postgraduados, la asistencia integral a todo tipo de clases sociales, la mayor amplitud para el sanatorio privado, que debía contribuir esencialmente al difícil mantenimiento de todo aquello. Había que poner manos a la continuidad de su obra.

El impacto que a nivel médico e incluso popular había supuesto su creación fue tan explosivo que el momento era propicio para conseguir apoyos y créditos. Un hecho insólito en aquellos años de férrea disciplina, de ausencia de oposición, vino a hacer aún más conocida y apreciada aquella Institución.

Bajo el Ministerio de don Joaquín Ruiz Jiménez y, sobre todo, con la llegada al Rectorado de don Pedro Laín Entralgo, la universidad, la juventud siempre inconformista y tantas veces motor de cambio, había empezado a abrirse. Laín había hecho intentos de volver a reincorporar a Ortega y Gasset y otros destacados profesores desposeídos de sus cátedras.

Transcribimos fielmente su propio testimonio sobre la inquietud universitaria que un régimen, que se resistía a abandonar hábitos totalitarios, originó en la época que coincidió con la inauguración de La Concepción:

«...Ya antes de la Navidad de 1955, un grupo de estudiantes quiso organizar en Madrid un Congreso de Escritores Jóvenes y solicitó mi ayuda; Dionisio Ridruejo me había recomendado a la comisión que me visitó. Dentro del marasmo censorial en que vivíamos la idea me pareció plausible y les prometí el módico auxilio que pedían: en el orden económico, si no recuerdo mal, algo así como 15.000 pesetas procedentes de los escuálidos "fondos culturales" del Rectorado. Ahora bien: como para el rector de la universidad no podía existir oficialmente más organización estudiantil que el S.E.U., supedité ese auxilio al previo acuerdo entre ellos y los jefes del sindicato... todo parecía in-

dicar que sería posible un acuerdo. Si no recuerdo mal Gabriel Elorriaga tuvo parte importante en la negociación inicial.

Así las cosas llegó el mes de febrero. El día 6 recibí noticia telefónica de haberse producido graves sucesos entre los estudiantes de la universidad.... Me atendré a la sustancia de los hechos. Promovida por los alumnos de la Facultad, se reunió en Cámara Sindical el S.E.U. de Derecho y durante ella, en medio de vivas protestas contra el sindicato, muchos asistentes solicitaron la celebración de un Consejo Nacional de Estudiantes, con el fin de elaborar para la organización estudiantil un estatuto más democrático...; como entre nosotros tantas veces ocurre, y más cuando una de las partes de la discusión considera intocable sus prerrogativas, las lenguas dieron rápido paso a las gargantas y a los puños; pronto, pues, los pasillos de la planta baja del edificio de San Bernardo y la amplia escalera que desde ella conduce a la alta se convirtieron en campo de Agramante; gritos y golpes a discreción o a indiscreción entre los titulares del poder sindical y los alzados contra él. Por desgracia no fueron sólo faciales o torácicas las consecuencias de la colisión... "Al parecer, en la refriega alguien arrancó una flecha de madera del gran emblema de Falange que estaba adosado al muro del rellano y la utilizó como arma agresiva. El jefe del S.E.U. la recogió y se la llevó a su jefe político...; el caso es que, con este pretexto, esa noche un tropel de camisas azules, sin duda muchas no sobre torsos de estudiantes, provistos de porras y otras armas arremetieron contra todo lo que encontraron, haciendo grandes destrozos. Como respuesta, los estudiantes aporreados asaltaron los locales universitarios del S.E.U. y destruyeron varios de sus muebles. Las autoridades universitarias encabezadas por mí y las del S.E.U. por Eugenio Lostau trataron de llegar a un acuerdo que cortara aquella explosiva situación, solicitando una pronta, explícita y pública declaración de protesta por parte del S.E.U. contra la invasión de la universidad por fuerzas ajenas a la misma, así como solicitar al Jefe del Estado una audiencia a la Junta de Gobierno en pleno, para darle cuenta directa de los sucesos."»

Y sigue Laín: «... Como era de prever, nuestros acuerdos no pasaron de ser letra muerta. No sólo por la cerrada disposición habitual del mando —el término militar resulta ahora ineludible— ante nociones de tal índole, sino por el inmediato surgimiento de hechos bastante más graves que los relatados.

Con motivo del habitual homenaje falangista a Matías Montero —9 de febrero— los choques entre estudiantes pasaron del recinto universitario a la vía pública. La más importante colisión entre los grupos del S.E.U., reforzados con muchachos del Frente de Juventudes, y sus ya irreductibles adversarios, tuvo lugar en la Calle Alberto Aguilera. Intervino la Policía y un disparo hirió en la cabeza a Miguel Alvarez, miembro del Frente de Juventudes y no estudiante. ¿De qué pistola salió aquel disparo? Nunca se ha dicho y es casi seguro que nunca se dirá. Alguien, sin embargo, debe saberlo. Yo sé tan sólo que los estudiantes disconformes no iban armados... La lesión sufrida por el pobre Miguel Alvarez era ciertamente muy grave. Fue trasladado a la Clínica de la Concepción y, a vida o muerte, hubo de ser operado por el neurocirujano Sixto Obrador, y entre la vida y la muerte pasó algunos días. Pues bien, como reacción a tan extrema gravedad y con el anuente conocimiento de sus jefes, varios grupos de Falange prepararon "la noche de los cuchillos largos", que había de seguir a la probable muerte del muchacho.

¿Se me podrá aventurar, por lo oído, que más de uno la estuvo deseando? Se reunieron armas, se confeccionaron listas de víctimas. Torres López y yo, naturalmente ocupábamos en ellas lugar muy honorable (parece que en tal lista estaba también Marañón). Tan intensa fue en Madrid esa crispación de los ánimos que, por imperativa y urgente decisión ministerial, Torres López hubo de tomar el tren a París en previsión de mayores males. No quise acompañarle. Más aún: me hice presente en la Clínica de la Concepción —como también Ruiz Jiménez— para interesarme por el herido y tomé la firme resolución de asistir a su entierro, si la temida o deseada defunción llegaba a producirse.»

Afortunadamente no fue así y Miguel Alvarez se recuperó, aunque con déficit de campo visual, que le convirtió en un pobre chico incapacitado, del que nadie se volvió a acordar tras su explosiva popularidad.

Visto desde el ángulo de la Clínica, podemos añadir algunas cosas. En primer lugar, que hizo a esta aún naciente Institución una no buscada popularidad y propaganda. Posiblemente en otro centro de los por entonces existentes, el joven no se habría salvado y ello fue resaltado durante días en los titulares de la prensa. Obrador era también el único neurocirujano que podía llevar con éxito aquella arriesgada operación, ya que la bala había atravesado el cerebro del chico de delante a atrás, originando grandes destrozos. La reacción de todos los restantes médicos fue de entrega sin condiciones para intentar sacarle adelante; se organizaron guardias continuas especiales sólo para él y los múltiples problemas de aquel prolongado post-operatorio fueron vencidos, en un ejemplo de entrega y saber hacer.

El desfile de ministros y autoridades era incesante; todos querían hacerse ver, demostrar su interés por el herido. Hasta alguno hubo que preguntó por el «periodista de guardia» para que su nombre no dejara de aparecer en la larga lista de visitas que ocupaban las páginas de los diarios.

Un día, Ruiz Jiménez, uno de los pocos a los que se permitía visitar al chico, todavía grave, ante el estupor de los médicos extrajo de su bolsillo un frasquito y roció la vendada cabeza del enfermo, aún en semicoma: era agua de Lourdes. Más bien por los continuos cuidados médicos que por aquella aspersión, el caso es que Miguel fue recuperándose. El y su familia se vieron agasajados, se convirtieron en protagonistas de la vida nacional. Le regalaron una finca... y hasta un barco que nunca pudo hacer navegar pues, entre otras cosas, no tenían dinero ni para la gasolina necesaria para ponerlo en marcha. Tras la larga rehabilitación, la popularidad y atenciones fueron diluyéndose. La finca, poco productiva, tuvo que ser malvendida y la familia volvió a su modesto «status» en su humilde vivienda de la Calle Alvarez de Castro. Don Carlos quiso ayudarle, buscarle un oficio, intentó que se hiciera fisioterapeuta en aquel mismo servicio que consiguió su recuperación motora, pero su colaboración y posibilidades escasas y con sólo su modesta pensión, redujo su vida al único regalo que conservó: un buen piano, al que hora tras hora sigue extrayendo monótonamente melodías.

La repercusión política fue grande. Costó la destitución de Ruiz Jiménez y de Laín y llevó a la cárcel a personas tan variadas en su trayectoria política posterior como Gabriel Elorriaga, Carlos Bustelo, José M.º Ruiz Gallardón, Tamames y otros muchos, especialmente del naciente Frente de Liberación Española, conocido popularmente como el «Felipe».

Veamos ahora, para finalizar este incidente, la versión de la prensa. Ya pasados cinco días del suceso, todavía el «ABC», en una página destacada titulaba:

«Persiste, acentuada dentro de la gravedad, la mejoría del joven Miguel Alvarez Pérez.» «El paciente, sometido a la invernación artificial, responde ya con movimientos voluntarios a indicaciones verbales.» «Ayer le fue concedida la Medalla de Oro del Valor del Frente de Juventudes.»

«No hubo ayer a mediodía parte facultativo sobre el estado del falangista Miguel Alvarez. No obstante, en la Clínica de la Concepción se nos informó que el doctor Jiménez Díaz había comunicado personalmente a la familia que

su estado seguía siendo algo más satisfactorio. El doctor Obrador estaba con el joven en la habitación sometiéndole a nuevo reconocimiento. Entre las personalidades que acudieron a la clínica figuraban el ministro de Educación Nacional, el alcalde de Madrid, conde de Mayalde; además de... (larga lista).

PARTE FACULTATIVO DE ANOCHE: A las diez fue facilitado el siguiente parte facultativo: "La mejoría iniciada hace veinticuatro horas en el sentido de recuperación de algunos movimientos intencionados y de obedecer algunas órdenes verbales se ha mantenido durante todo el día de hoy. Continúan cierto grado de hipertensión intracraneal y variaciones de la tensión arterial, que han obligado al mantenimiento de la terapéutica neuroplégica. El resto de las constantes se mantiene dentro de los límites normales. La hematorraquia anterior también ha disminuido. El pronóstico de gravedad persiste." Doctor Sixto Obrador.»

Ya avanzada la madrugada, un redactor de «ABC» estuvo en la Clínica de la Concepción y habló con los facultativos de guardia doctores Jiménez Casado y Moreno, quienes confirmaron que persistía la impresión favorable consignada en el parte de las diez de la noche del doctor Obrador... y seguía con apartados: «VISITA DEL SEÑOR FERNANDEZ CUESTA.» «DILIGENCIA JUDICIAL.» «MEDALLA DEL VALOR.» «TELEGRAMAS Y CARTAS DE PROTESTA.» «REUNION DEL CONSEJO DE LA FALANGE MADRILEÑA.» «COMUNISTAS ITALIANOS SE SOLIDARIZAN CON LOS AGRESORES.»

La elección de don Carlos como miembro de la Academia Nacional de Medicina, que había sido hecha en 1932 por unanimidad, sin que hubiera tomado posesión de su plaza como protesta por no haber sido nombrado Del Río Hortega para el vacante sillón de Cajal, fue reiterada por todos los miembros de la misma en 1955. Una comisión formada por Botella Llusía, Gil y Gil y Laguna fue a pedirle que tomara definitivamente posesión. Aunque su concepto de la Academia no era muy favorable, esta vez no se pudo negar. Seguía considerando que era una institución honorífica, pero que le faltaba vida, que seguía anclada en un pasado, con algunas excepciones, no demasiado glorioso y que continuaba apartado de la actualidad, que no atraía a los jóvenes, que, en definitiva, seguía sin conectar con los movimientos científicos de actualización de aquel pasado.

Ocuparía el sillón vacante del doctor Vallejo de Simón, director del Hospital del Rey. Finalmente, el 14 de abril de 1956 tomó posesión, con un dis-

curso sobre la «Disrreacción y las enfermedades alérgicas», al que contestó su compañero de curso (aunque ya menos amigo por algún problema surgido durante la guerra), catedrático de Terapéutica Física, Carlos Gil y Gil.

Aunque rara vez dejó de acudir a sus sesiones este título no le supuso mayor satisfacción.

En este discurso hizo un trascendente resumen de su teoría de la «disrreacción», según la cual el individuo alérgico presentaba una constitución especial o «disrreactiva», que facilitaría las sensibilizaciones. Se basaba en la existencia de una relación patogénica entre las enfermedades alérgicas y las del colágeno y establecía que entre las primeras, sobre un nódulo constitucional disreactivo (fase paroxística), la reiteración del choque antígeno-anticuerpo e, incluso, la presencia de una infección mantenida (fase pática), conducirían a la aparición de una situación de disproteinemia con lesiones similares a las que aparecen en las conectivopatías (fase angiomesenquimal). Aquella teoría se ha visto en gran parte confirmada, en cuanto progresivamente se han ido demostrando en las colagenosis más y más tipos de anticuerpos, que hoy valen para su diagnóstico y clasificación.

En esencia, especialmente demostraba que la modalidad de respuesta alérgica correspondía a un fenómeno de «Bahnung» o «ausfahrene Bahren» traducible por «camino aprendido».

Con el arquitecto señor Cámara y una creciente empresa constructora liderada por un alicantino emprendedor, el señor Torregrosa, se comenzó la proyectada ampliación, que fue doble y casi simultánea. En el costado que miraba a la Plaza de Cristo Rey se levantó una ampliación importante, con la continuación de los cuatro pisos iniciales, más una torre central de ocho plantas, destinada esencialmente a sanatorio privado y consultas. En el costado opuesto, frontero al Instituto de Cultura Hispánica (aquel inicial Consejo de Hispanidad, que como hacía muchos años don Carlos había aconsejado, cambio de nombre y estilo) se edificó otra zona de seis plantas, destinado a poder trasladar el Instituto de Investigaciones y a ampliar la zona docente con un gran Aula Magna, con cabida para más de trescientas personas, más otras dos para unas sesenta o setenta. Nuevamente el ímpetu de don Carlos hizo que todo aquello se construyera aceleradamente, buscando siempre con ansiedad completar su obra y la unión de toda ella lo antes posible.

Para ello fue con don Blas Pérez nuevamente a ver Franco, solicitando que a través de Regiones Devastadas hubiera una ayuda importante, lo que

fue aprobado. También había tenido la ayuda de Ruiz Jiménez que había comprendido bien la trascendencia de aquella iniciativa y, aunque su presupuesto era menor, también estaba dispuesto a aportar lo que pudiera para una obra que tendía a renovar muchos aspectos de la enseñanza.

Acuciado por una nueva fecha esencial, en esta ocasión la celebración del IV Congreso Internacional de Medicina Interna en la Ciudad Universitaria, consiguió que el acto de clausura, el 23 de septiembre de 1956 tuviera lugar ya en el nuevo Aula Magna de la Clínica, aunque para ello hubieran de contribuir todos a que todo estuviera a punto para aquel acto. A él acudían, la mayoría por primera vez a España, los más destacados internistas del mundo y él quería mostrarles su obra y sus palabras finales fueron:

«En este momento trascendental, y un poco triste de la clausura del IV Congreso, debo decir unas palabras finales que son en esencia de gratitud: Gratitud a todos vosotros, que habéis venido y aportado resultados importantes a vuestros trabajos; gratitud por el espíritu de cooperación que ha reinado entre todos y las facilidades que cada uno ha dado para que el programa propuesto haya podido realizarse y gratitud por vuestra presencia en este Aula, en este momento. Podéis figuraros la ilusión que para nosotros supone la creación de este Instituto en el que seguimos laborando. Gracias a S.E. el Jefe del Estado y gracias también al Gobierno, especialmente al excelentísimo señor ministro de la Gobernación, contaremos desde ahora con estos nuevos locales e instalaciones donde podremos trabajar con más medios y eficacia. Ello ha coronado una ilusión de muchos años y, al tenerlo en la mano, precisamente en este momento en que tantos eminentes colegas han coincidido en Madrid, hemos querido que vuestra presencia aquí sea el primer acto que se celebre en este Aula Magna. Será ello para nosotros un inapreciable recuerdo y un estímulo para el futuro...»

Hacía mucho tiempo que España no acogía un congreso médico internacional y sería siempre recordado en congresos posteriores como modélico. Los extranjeros no dejaban de decir, en distintos idiomas, las mismas palabras: «¡Oh, aquel congreso de Madrid!, ¡Ese sí que fue maravilloso!...», lo que no sabían ni podían concebir fue que todo aquello, actos científicos y festejos había sido una obra personalísima del propio don Carlos y un pequeño grupo de colaboradores que, en reuniones, a veces de toda una noche, habían puesto en marcha cada detalle... hasta la distribución de las entradas del Teatro Español, donde dio un recital de baile Pilar López, de acuerdo con la mayor o menor

importancia de cada congresista, destinando butacas y palcos a los más destacados y relegando a los pisos altos a los menos conocidos. En la propia casa de don Carlos, con su amplia y majestuosa escalera interna, sus lujosos muebles, sus destacados cuadros, un grupo selecto pero amplio tuvo una cena seguida de flamenco auténtico. El marco era incomparable. Especialmente al ver la inmensa biblioteca les costaba aceptar que aquello fuera una casa particular y aún más a una delegación rusa, que por primera vez había sido autorizada a entrar en España.

No olvidarían tampoco la visita a Toledo, que acabó con una corrida especial para ellos organizada por el famoso Domingo Ortega, desde hacía años tan amigo de don Carlos, ni la recepción en una hermosa noche, en los jardines de Cecilio Rodríguez en el parque de El Retiro ofrecida por el Ayuntamiento.

Durante aquel verano se procedió al traslado definitivo del Instituto, desde sus dos plantas de la Facultad de la Ciudad Universitaria al Sector de Investigación del nuevo edificio. Al terminar aquellas dos casi simultáneas ampliaciones la distribución quedó como indicaba la figura que, en un gran cartel, presidía y orientaba el gran hall de entrada a la zona de laboratorios y aulas.

Don Carlos estaba tan entusiasmado, que posiblemente por primera y única vez, llevó la contraria a Conchita... y ella venció. En el reglamento de la nueva Institución había puesto un artículo que indicaba que el director tendría su vivienda en el Instituto para que su presencia fuera continua, día y noche. En la última planta, con magníficas vistas a su querido Guadarrama y al Parque del Oeste y la Casa de Campo, trazó su vivienda. En una de las terrazas, venciendo problemas técnicos, se hizo construir una pequeña piscina donde planeaba darse un baño al acabar su agotadora jornada..., sin embargo, sin decir nunca abiertamente que no, Conchita se las arregló para ir difiriendo ese traslado..., que no llegó nunca a efectuarse. Sabía que allí no conseguiría que descansara ni aun por la noche, pues siempre surgiría algún problema para el que sería requerido por enfermos o colaboradores. Por otra parte, no menos importante, su casa de General Mola era tan fantástica, hecha y decorada con tanto amor que le parecía un crimen abandonarla por un piso de hospital, por muy buenas vistas y piscina que tuviera. El local fue posteriormente dedicado a Escuela de Enfermeras, que se inició como internado, con las alumnas viviendo en aquel hogar que quedó sin estrenar por el matrimonio Jiménez Díaz.

Un domingo su idílica estancia en La Cabrera se vio interrumpida bruscamente. La pareja de la Guardia Civil, que solía parar unos momentos en su ronda por los montes, subió esta vez aceleradamente desde el pueblo. Como nunca quiso tener teléfono en el Convento, ascendieron corriendo a transmitirle un mensaje alarmante: «Don Carlos, ha habido una llamada urgentísima para que baje usted rápidamente a su Clínica, que ha ocurrido una tragedia.» La noticia así dicha disparó su imaginación. Para avisarle así tenía que ser algo grave, ¿un incendio?, ¿un derrumbamiento? No quiso pensarlo más y salió disparado en el coche.

Iba inquieto hasta que vio el edificio íntegro y sin humo ni bomberos alrededor. Lo ocurrido era que don Juan March había sido ingresado con urgencia por un gravísimo accidente de automóvil en la carretera de La Coruña y estaba en muy mal estado. A pesar de todos los esfuerzos (nuevas guardias especiales y concurrencia de especialistas), el traumatismo había sido muy intenso y no pudo ser sobrepasado por el anciano don Juan, que falleció a los pocos días. El destino le había llevado a morir en aquel centro nacido a través de una promesa de financiación que, aunque incumplida, supuso el empuje que lanzó a don Carlos a su creación. Ante la gran atención recibida sus herederos hicieron un generoso donativo a la Clínica, con el que se compró el primer microscopio electrónico que hubo en un hospital español y que supuso una gran ayuda para el departamento de Anatomía Patológica, donde el doctor Oliva hizo una serie de trabajos pioneros con la posibilidad, imposible hasta entonces, de multiplicar con más aumentos y resoluciones para introducirse en tejidos y células. El Premio de Medicina instaurado por la Fundación March, de 500.000 pesetas fue primero concedido a Marañón y posteriormente a Enríquez de Salamanca, correspondiéndole a don Carlos en el año 60, donando entonces su importe íntegro a su obra.

Fueron unos primeros años febriles, en que había que empezar tantas cosas, montar nuevas técnicas, crear nuevos servicios, conseguir equipamiento moderno, que se incrementara la investigación, los trabajos publicados, la comparecencia activa a todos los congresos en que siempre la Clínica tenía, no ya sólo que llevar aportaciones, sino tomar la voz cantante en muy distintos campos. Le satisfacía especialmente la labor de la nueva generación, los que todavía eran adjuntos o asociados a los que, en su mayoría había conseguido enviar al extranjero, especialmente a U.S.A .e Inglaterra. Eran jóvenes, trabajadores y estudiosos. Para ellos no había horas, a pesar de sus sueldos de 4.000 pesetas, incluyendo guardias. La mayoría estaban iniciando el camino que él

había deseado siempre. No tenían más trabajo que aquél, podían dedicarse íntegramente; no tenían que hacer oposiciones a casas de socorro ni otros puestos externos y ello suponía la integración total que él había buscado.

Allí estaban Hernando, Sánchez Fayos, Oliva, Carlos Moreno, López Linares, Alférez, Serrano, Hernández Guío, González Campos, Ramírez Guedes, Robledo, Antonio Castro, Fernández del Vallado, Gijón, Ferrer, Carreño, Antón, Ortiz Masllorens, Peláez, y aquellos «chicos» de las primeras becas «Doherty»: Fernando Lahoz, Merchante y sus sobrinos, Pedro de Rábago y Mariano Jiménez Casado y pronto se reincorporaría el otro, Gregorio de Rábago, por entonces en América, formándose en la moderna Cirugía Cardíaca, todavía «en mantillas» en España.

Casi todos se habían ido casando (a Mariano lo hizo don Faustino, ya muy anciano, siguiendo la tradición familiar que su padre, Eusebio, había iniciado y había abarcado a todos los hermanos)... y lógicamente empezaban a llegar sus hijos. Luis Hernando, con aquella chispa de humor heredada de don Teófilo, hacía una curiosa «clasificación». Como él mismo empezó con una hija, decía que eso era demostración de inteligencia, pues lo mismo había pasado en los matrimonios de Lahoz, Mariano, Pedro, Merchante, Sánchez Fayos, Ortega Núñez..., mientras «otros» habían empezado con niños.

Todos formaban un ambiente ilusionado inolvidable. Habían tenido la gran fortuna de empezar su andadura médica en las mejores condiciones que se daban en España y tenían medios para desarrollar su trabajo y sus ideas. Habían conectado, sin solución de continuidad con la generación anterior de Perianes, Segovia de Arana, Linazasoro, Pérez Gómez, Masjuán y otros, que habían quedado en el Hospital Provincial, pero, que por las tardes seguían yendo al Sector de Investigación, como Ortega, Palacios Mateos, Franco y aún con los que fueron claves, la promoción del 30 y la del 33, ahora en la cincuentena y que eran sus jefes, aunque algunos ya hubieran disminuido en su extraordinario ímpetu que caracterizó su juventud: Alés, Vivanco, Parra, Villasante, Paniagua, don Eloy, Lorente, Lara, Albert, Barreda, Rodríguez Miñón, Marina Fiol, Cifuentes, Castro Mendoza, Morales, Oya, Romeo, Fernández Criado, Gómez Orbaneja, Alix, Camps, y ya se iba incorporando la naciente hornada: Villalobos, Arnal, Calleja, Outeiriño, Pereda, Herrera Pombo, Martínez López de Letona, Sánchez Sicilia, Botella, Rapado, Castillón, Urquía, Serrano Ríos, Isabel Valverde..., de ellos muchos persistirían, otros serían reclamados para otros puestos, para jefaturas de servicio en los nuevos hospitales de la Seguridad Social u obtendrían cátedras universitarias. La cadena, con sus sucesivos eslabones estaba formada.

La mayoría de aquellos jóvenes, y de algunos de los veteranos, pasaban las mañanas en la labor asistencial y docente siempre rodeados de alumnos y postgraduados a los que orientar, y las tardes en el sector de Investigación, participando en las nuevas sendas de muy distinta orientación que salían del deseo y originalidad de don Carlos.

Los campos seguían siendo renovados, pero siempre persitirían los esenciales de la labor del Instituto: el latirismo, la autonocividad del plasma, la disreacción, el asma, las cirrosis hepáticas, las endocarditis, la hipertensión arterial, el metabolismo renal, las pielonefritis, las colitits segmentarias y enteropatías del delgado, la disabsorción intestinal, las esteatorreas, los linfomas y leucemias, las enfermedades del colágeno, la enfermedad reumática, el valor de las determinaciones hormonales, la diabetes, el metabolismo calcio-fósforo... ¡prácticamente toda la Patología!

Don Carlos había recibido muchos homenajes en su vida, y aún había de recibir más, pero en 1957 casi coincidieron dos que le proporcionaron una satisfacción especial. El primero consistió en que en Albares pusieran su nombre a las nuevas escuelas. Allá fue con Conchita y su hermano Luis, su sobrino Mariano y algún otro discípulo. Había vuelto poco al pueblo (enfermedad y finalmente muerte de su tía Ezequiela, a la que tanto quería), pero allí todo el mundo le conocía; o había acudido a él con motivo de algún padecimiento o había conseguido que colocara en la Clínica o en el hospital a algún pariente. Pasaron por la famosa fábrica de harinas «San Antonio» que su padre hizo que fuera la primera obra de Eusebio al terminar Ingeniería, para dar trabajo a sus pobres paisanos y evitarles tener que llevar su trigo a moler a otro pueblo. En la zona más elevada estaban las nuevas rscuelas, limpias, recién hechas y no pudo ocultar una punzada de orgullo al ver sobre su fachada «Escuela Pública doctor Jiménez Díaz». El pueblo no había cambiado mucho de aquél que su padre abandonó y la gente seguía pasándolo mal. Tanto es así, que el principal personaje, el alcalde, Eugenio Giménez, aprovechó la ocasión para pedirle trabajo y se fue tras él de conserje a la Clínica.

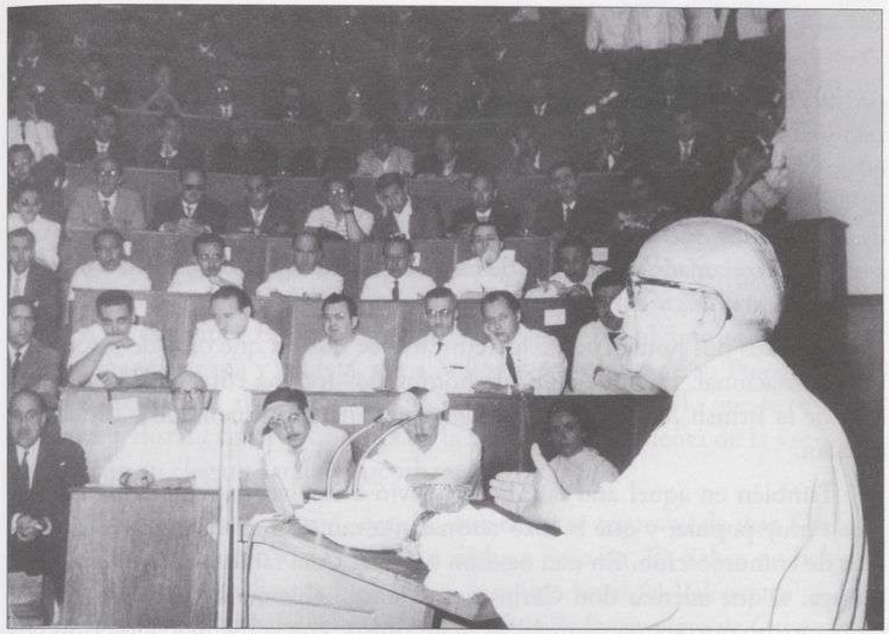
El segundo homenaje le resultó aún más entrañable. Fue en el otro pueblo, El Molar, el de su madre. Por allí sí que pasaba semanalmente en sus idas y venidas a La Cabrera y allí todavía vivía su primo Angel y sus sobrinos segundos. Que pusieran su nombre a una de las calles más principales no le hubiera emocionado tanto (ya había bastantes con su nombre en otros pueblos y

ciudades). Lo que le endulzaba el corazón era que al tiempo también inauguraban una de las calles de nuevo trazado y en ella lucía una placa que para él significaba mucho: Calle de doña Jacoba Díaz. Su madre había sido, hasta encontrar a Conchita, su mayor amor. Había sido tan dulce, tan opuesta a la dureza del padre, tan buena, incluso tan alegre y sufrida en sus últimos años que en una ocasión cuando un periodista le preguntó: «¿Cuál ha sido el momento más triste de su vida?», contestó en un segundo: «Sin duda, el día que murió mi madre», como ya hemos comentado.

Allí sí fue mucha gente, dada la proximidad a Madrid y lo que él mismo extendió la noticia. Gran cantidad de colaboradores, media Clínica, le rodeaba y veía sus ojos humedecerse ante aquella placa. Habló grandilocuentemente, como siempre, el entonces presidente de la Diputación, marqués de la Valdavia, al que conocía bien por ir siempre a inaugurar los cursos del Hospital Provincial, más el alcalde y finalmente él, que dijo pocas palabras, pero llenas de emoción, divididas entre la gratitud y el recuerdo:

«Excelentísimas autoridades, señoras y señores:

Espero que aceptéis que las breves palabras que voy a pronunciar son expresión sincera de mis sentimientos... Campean en ellos dos calidades esenciales: la gratitud y el recuerdo... Honor porque ponéis mi nombre a una calle y satisfacción porque habéis puesto el de mi madre, por la que para mí este pueblo no es un pueblo como otro cualquiera... Recuerdo de una distinción que solamente yo recibí en el colegio, en cuya cinta, que mi madre guardó, se leía: "Premio al Mérito." Tener mérito me ha parecido desde entonces una pobre meta. Los años me han enseñado la poca importancia del mérito individual y lo convencional de su definición... Recuerdo porque aquí transcurrieron épocas de mi infancia y pubertad; más tarde, aquí inicié mi actividad de médico y aquí preparé mis primeras oposiciones a la cátedra. Juegos infantiles..., algunos de los presentes fueron víctimas de mis pedradas y otros autores de mis heridas; mi hermano Eusebio y mis primos Manolo y Faustino, compañeros de aquellas pequeñas aventuras, ya no están entre nosotros...; sobre todo, mi cariño a este pueblo, ya lo comprenderéis, es por ser el de mi madre, ante cuya casa estamos y aquí mis sentimientos no pueden expresarse plenamente. Sólo puedo deciros que ella estaba orgullosa de El Molar y cómo en sí sería un símbolo de todos los caracteres de las mujeres de este pueblo: limpia en cuerpo y alma, alegre, serena, bondadosa y sensata, inteligente y modesta; todo espíritu y sentimiento. Y evoco a sus hermanos, Manuel y Pablo; tres hermanos hijos de un matrimonio feliz que murió casi al tiempo dejando solitos a tres hijos



Sesión anatomoclínica en el Aula Magan de la Clínica de la Concepción.



Inauguración de la ampliación de la Clínica de la Concepción. Conchita de «enfermera».

de nueve, siete y a mi madre de cinco años... En este caso habéis querido, con una delicadeza que me emociona, darme satisfacción evocando a mi madre; en realidad honráis la virtud. Esta historia de los tres huérfanos que avanzan en la vida dejando un recuerdo perfumado no habrá sido única en esta tierra de mis abuelos que ahora enaltecéis... Gracias amigos y perdonad esta expansión. Habéis llamado a la puerta de mis sentimientos y ellos, aún recogidos, se asoman a recibiros y corresponderos.»

Aquellos dos homenajes le hicieron mayor ilusión que otro de importancia internacional. En aquel año fue nombrado «foreing correspondent member» de la British Medical Association, honor nunca dispensado a un clínico español.

También en aquel año la Clínica volvió a resolver la enfermedad de alguien muy popular y que la hizo resonar nuevamente en titulares de los medios de comunicación. En esta ocasión se trataba del famoso torero Domingo Ortega, al que además don Carlos quería entrañablemente. Domingo ya no tenía mucho que ver con aquel Paleto de Borox, como fue llamado en su tardía aparición en el mundo de la tauromaquia, haciéndose famoso con sólo dos o tres faenas en la plaza de Barcelona y posteriormente en la de Tetuán de las Victorias.

Como era un hombre de gran inteligencia natural, con un gran sentido común, había ido afinándose, culturizándose, sin perder su sencillez de labriego toledano. Su círculo de amigos (Julio Camba, Sebastián Miranda, Antonio Díaz Cañabate) y, sobre todo, su segunda esposa, Pikuqui, encantadora y que siempre estaba «al quite», ayudaron a aquella transformación y Domingo se movía con soltura y con tono sentencioso y sabio en cualquier ambiente. Adoraba a don Carlos, también de extracción humilde como él y que había llegado a la cima de su profesión. Cuando podía Jiménez Díaz iba junto a él y El Estudiante a los toros, a su palco, y comentaban sabiamente la lidia; ambos eran entendidos, aunque, lógicamente, mucho más Domingo. Aquel hombre sabía cómo era cada toro nada más verle salir del toril y embestir el primer burladero..., pero nunca criticó a ningún matador, por mal que estuviera o aunque viera cómo desaprovechaba un gran toro, lo más que dijo una vez fue: «...¡Pero cómo iba a estar bien! ¡ A quién se le ocurre ponerse un traje verde!», según él este color inevitablemente traía mala suerte.

El caso es que en aquella primavera tuvo una grave encefalitis; estuvo en coma algunos días, luego desorientado; el diagnóstico no era fácil, podía también tratarse de una meningitis tuberculosa. La gravedad duró bastante tiempo y nuevamente hubo desfile de periodistas, partes facultativos y gran preocupación entre el cuerpo médico, que sabía cómo aquella gravedad afectaba a su patrón. Afortunadamente, tras varios meses, Domingo se fue recuperando, aunque con fases de amnesia. Ya sólo se sentía seguro en aquella Clínica y sobre todo junto a don Carlos. Para celebrar su recuperación organizó una tienta de vaquillas en la placita de su finca de «Navalcaide», en Cerceda, a la que asisitieron todos los de la Clínica que de una u otra forma habían participado en su curación. Lo más espectacular fue, junto a alguno raro que sabía algo de manejar capa y muleta, ver a Sokolowski, huido de su Polonia natal, alto y aristocrático, alargar sus ya largos brazos al máximo, lo que le permitía colocarse a distancias inverosímiles de la pequeña cornamenta de la vaquilla y vestido con su elegante traje y encorbatado.

Ortega, llegado el verano, decidió que él no se separaba de don Carlos y él y Pikuqui marcharon a Salces, mejor dicho a Reinosa. En Salces no había ni una mala fonda y en Reinosa un solo y humilde hotel, el Valenciaga —agua corriente en todas las habitaciones—, a la salida de la carretera de Cabezón de la Sal, que conducía a Salces. En el hotel estaban locos de tener allí de huésped fijo por unos meses a alguien tan famoso. Les dieron la mejor habitación, en cualquier caso bastante alejada de las de los lujosos hoteles en que había parado en sus días de gloria, y hasta les colocaron una jaula con un canario para que alegrara su estancia.

Fue una verdadera prueba para la discreción del matrimonio el lograr no perturbar el ambiente de recogimiento y estudio de los veranos de don Carlos, pero salieron triunfantes. Aguantaban lo más posible en aquella habitación, se daban algún pequeño paseo por los alrededores o se sentaban a tomar el aperitivo en el café «El Ebro» y sólo cuando por las tardes el Daimler, conducido por Luis o alguno de los «chicos», venía a buscarles a la hora de la merienda se desplazaban a Salces y compartían unas horas con los Jiménez Díaz y los jóvenes matrimonios de «los chicos», que ocupaban las habitaciones de «huéspedes» y a los que ellos no aceptaron desplazarse. A pesar de esta discreción fue un verano muy movido, en su honor se hicieron más excursiones y partidas de tute y mús de lo habitual en aquella singular y tranquila comunidad. Afortunadamente el estado de Domingo fue mejorando. A ello contribuyó esencialmente su mujer que hacía el papel de «pigmalión» femenino, tapando sus dificultades de expresión, y le recordaba discretamente en qué punto de su perorata se había quedado en blanco. La recuperación fue prácticamente total y ello les permitió abandonar aquella modesta habitación reinosana a final de

agosto, sin esperar a la Feria de San Mateo, que siempre cerraba el período veraniego de don Carlos.

El 10 de diciembre de aquel año 57, la Clínica de la Concepción fue nuevamente protagonista de la Medicina española y de las portadas de los periódicos. Se había hecho en ella la primera operación a corazón abierto, con circulación extracorpórea, en el país. Gregorio de Rábago, que había vuelto tras su beca americana de la Fundación del Amo con una gran preparación quirúrgica y con su habitual ímpetu fue el que la llevó a cabo, ya como jefe de Cirugía Cardiovascular, pues Ernesto Castro Fariñas, otro pionero en la especialidad, se había ido a ocupar la plaza de jefe en el Hospital de la Princesa, ya trasladado al nuevo Hospital de la Beneficencia, de la Calle Diego de León.

Le ayudaron sus primeros colaboradores, casi de su misma edad (veintisiete años), Luis Castillón y Miguel Urquía. Se trataba de un caso desesperado sin la menor posibilidad de superar su avanzada cardiopatía y, aunque toleró bien la operación, inédita aún en España, no pudo sobrevivir a complicaciones posoperatorias.

En cualquier caso fue una muestra más de que la Clínica iba cada vez más en vanguardia, abriendo caminos, liderando la Medicina, acercándola, como siempre fue el afán de don Carlos, a la más avanzada de otros países. Para él a la satisfacción que le producía este nuevo avance se unía al que hubiera sido su sobrino, un Rábago, al que tanto había regañado como estudiante, pero que demostraba su espíritu trabajador y de progreso en el quirófano e iba haciendo que el apellido de Conchita luciera también en la moderna historia de la Medicina española.

Seguía asimismo muy orgulloso de que sus otros sobrinos, Pedro de Rábago como cardiólogo y uno de los primeros hemodinamistas del país, y Mariano, internista como él, fueran llenando las esperanzas que en ellos, con tanto cariño, había puesto y que fueran siempre unos más del grupo de jóvenes destacados que iban tomando la antorcha de la anterior generación, de los llamados «cráneos».

Le era también motivo de alegría ver trabajar allí ilusionadamente a Luis Hernando, hijo de su querido don Teófilo, al que repusieron en su cátedra arrebatada por motivos políticos, y repuesto en ellas justamente el día anterior a su jubilación. Siempre mantuvo hacia él agradecimiento y cariño por haber mantenido con sus clases la ilusión de estudiante, su vocación de saber, tan deprimida por otros profesores, que prefería no recordar. Luis era muy inteligente, como su padre, y también había completado su formación en Norteamérica, en Boston, junto al famoso Thorn, y a su regreso se orientó hacia la naciente Nefrología, a la que el riñón artificial desarrollado por Kolff aportaba una solución a los enfermos de insuficiencia renal, antes condenados irremediablemente, como le ocurrió a su hermano Eusebio.

Pronto Luis puso en marcha el primer servicio español hospitalario de Nefrología y empezó a utilizar uno de los primeros «riñones artificiales» del modelo inicial, capaz de dializar la urea y otros productos tóxicos del catabolismo que los propios riñones de los insuficientes renales avanzados eran incapaces de eliminar con sus casi anuladas nefronas. De aquel servicio salieron todo un ejército de nuevos y destacados especialistas, que prácticamente llegaron a copar las jefaturas de los servicios correspondientes que se iban creando en los restantes hospitales de España (excepto Cataluña, que tenía su propia escuela). Llegó un momento en que los futuros hospitales de Madrid (Puerta de Hierro, La Paz, 12 de Octubre, el reconstruido Hospital Clínico de San Carlos, Ramón y Cajal) estaban ocupados en sus jefaturas por anteriores asociados o adjuntos de Hernando: Botella, Sánchez Sicilia, Rodicio, Barrantes y Ortuño.

A pesar de los obstáculos, la Clínica siguió en aquellos años su camino ascendente. Se había, aparentemente, completado el edificio; se había unido el hospital con el sector de Investigación y se había ido avanzando en la enseñanza de postgraduados, con la orientación que en sus criterios fundacionales había propugnado don Carlos de: a) selección de solicitantes; b) que los licenciados que en las Facultades no habían tenido oportunidad del contacto con la realidad del enfermo estuvieran íntegramente ocupados en salas y laboratorios; c) que allí aprendieran las técnicas necesarias para su práctica y su especialización, y d) que tuvieran el estímulo y las facilidades para el estudio.

Ya se convocaban unas plazas anuales subvencionadas para jóvenes graduados para mejorar y completar su formación.

En el primer año se hacía una enseñanza de «recuerdo», con entrada en contacto con la exploración y observación de enfermos y recibían seminarios, conferencias y reuniones informales de aprendizaje. Recibían solamente la comida gratuita, para poder seguir trabajando por las tardes. En los dos o tres años sucesivos, según la especialidad y si lo deseaban y merecían, hacían primero un rotatorio por los distintos servicios, con responsabilidad creciente, pasando luego a «ayudantes» en que, además de la comida, recibían una pequeña subvención que les permitía perseverar. Pasado este período, si les con-

venía a la Institución y a ellos, se contrataban nuevas condiciones de incorporación a los más destacados. Entre ellos había siempre un buen número de hispanoamericanos, que completada su formación retornaban a sus países de origen y eran muy considerados, llegando muchos de ellos a ocupar puestos importantes en las universidades y hospitales. Iban con un sello especial, creado en aquel mundo científico ilusionado en el que habían obtenido conocimientos, pero además una «forma» de hacer las cosas, de deseo de mejora, de afán de estudiar y aportar algo más a la Medicina de sus países hermanos... y nunca olvidarían la Clínica; serían ya siempre «conchitos».

Hasta entonces la enseñanza de postgraduados en España había sido descuidada y las facilidades para perseverar, tras la incompleta formación recibida en las Facultades eran escasas o mal orientadas. En todos sus escritos (como en el libro que hemos citado de 1952), don Carlos había insistido en la radical necesidad de atender este aspecto esencial en la aptitud de todo médico. Hasta aquella experiencia de la Clínica de la Concepción, solamente habían tenido programas adecuados: el Hospital de Basurto, en Vizcaya, a final de siglo; igual que el Instituto Rubio para la Cirugía, en Madrid; el Hospital de Santa Cruz y San Pablo, en 1918, en Barcelona, y la Casa de Salud de Valdecilla, en 1929, en Santander. Tras el ejemplo de estos centros y con el papel esencial posterior de la Clínica Puerta de Hierro y del Hospital General de Asturias, ya en los años sesenta, se consiguió algo absolutamente trascendente en la evolución de la Medicina española; la organización del Sistema Nacional de Especialidades a través del programa de Médicos Internos y Residentes (M.I.R.). Ello supuso la posibilidad de una formación muy completa de los postgraduados en las diversas especialidades y, con ello, que los nuevos hospitales contaran desde el inicio con jóvenes bien preparados, con conocimientos técnicos y práctica clínica suficiente para elevar el nivel y la capacidad asistencial de zonas del país tradicionalmente abandonadas.

Su otra «voz en el desierto» sobre las carencias de la enseñanza de graduados y la reiterada necesidad de aprovechamiento de todos los recursos hospitalarios para la docencia objetiva de estudiantes, con camas sufiencientes para ello, encontró mayores dificultades. Desde el inicio de la Clínica trató de aportar a la universidad no sólo sus camas, sino la indudable capacidad docente, con títulos o sin ellos, de sus colaboradores.

En su «Historia de mi Instituto», hace un especial énfasis sobre el tema:

«Este aspecto de la labor de la Institución ha sido especialmente atractiva para nosotros, y personalmente para mí. El primer curso, 1955-56, se instauró para un número reducido —veinte— de mi cátedra. Se trazó comprendiendo cuatro años de estudios: el primero dedicado a Ciencias Básicas, Histología y Anatomía Patológica, Bioquímica y Ciencias de la Nutrición; Inmunología, Serología, Hematología, Bacteriología e Higiene, Química Clínica. Aparte de estas asignaturas fundamentales, no sólo desde el punto de vista teórico, sino también práctico, los alumnos cursaban por las mañanas la introducción a la Clínica, semiología y exploración. En éste y en los siguientes cursos los alumnos entraban a las nueve de la mañana en la Clínica, se ponían su bata blanca y subían a las clínicas, donde pasaban toda la mañana; comían en la cafetería y tenían luego conferencias diarias sobre los temas del curso y trabajos prácticos. En los ulteriores cursos el tipo de trabajo ha sido similar, lo primero y lo que ha ocupado casi todo el tiempo ha sido la permanencia en la Clínica, siguiendo todas sus incidencias; al final de la mañana tenían una reunión de seminario, preguntando y discutiendo lo visto; pronto se les pudo confiar la exploración e interrogatorio de enfermos, llevar los diarios clínicos, etc. Las especialidades se han dado en breves cursos, con miras siempre a la aplicación a la Clínica general. Las explicaciones de atención preferente han sido, naturalmente, sobre Medicina Interna y también, aunque en menor extensión, Pediatría, Obstetricia y Ginecología y Cirugía. Esta ha sido primeramente explicada como fundamentos generales de Cirugía y después como especialidades quirúrgicas: Traumatología, Ortopedia, Cirugía Digestiva, Circulatoria, Pulmonar, Neurológica, etc. Los alumnos, pasado el primer año, giraban de unos a otros departamentos. Cada curso tiene un asociado como tutor que conserva con ellos una relación muy estrecha, les conoce de cerca y les aconseja.»

Con ocasión de la inauguración de esta enseñanza, en octubre de 1955, reunió a los nuevos alumnos en el aula y les explicó cómo en ellos se empezaba una experiencia inédita en España, aunque bien contrastada en otros países. Era algo por lo que siempre había luchado y que en aquel momento veía cumplido; sólo era para un número reducido, pero esperaba que ese ejemplo arrastraría a otros muchos hospitales. Así fue, efectivamente, y hoy las Facultades no están enclaustradas en sus respectivos hospitales clínicos, sino ampliada a otros centros hospitalarios, lo que permite una mayor proporción camas/alumnos. Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años para que ese mínimo ejemplo de la Clínica de la Concepción llegara a fructificar, tantos que él no lo llegaría a conocer. Por otra parte, como pronto veremos, su propia experiencia tuvo que ser interrumpida a los pocos años, por las inexplicables reservas de la universidad, anclada en unas concepciones cadu-

cas, que no supo apreciar y boicoteó la generosidad de las posibilidades que se le brindaban.

Aquel día dijo: «En este 18 de octubre, un día como cualquiera, se verifica este acto sencillo, pero pleno de emoción, y que, sin duda, todos recordaremos en el futuro... Brota de aquí ahora una fuente y es necesario que sus aguas formen un cauce y que por él corra nuestra actividad, en forma ininterrumpida, con caudal creciente..., quiero subrayar, ya que ustedes empiezan hoy aquí sus estudios, cómo este centro es de cooperación noble y sincera y se encuentra espiritualmente dentro de la Facultad, a la que quiere servir y ayudar y nunca, como en principio algunos han temido, de antagonismo ni de competencia. Si nosotros utilizamos otros métodos en la enseñanza esto se debe solamente a ciertas circunstancias: a) el reducido número de alumnos, b) el gran número de profesores de que disponemos y c) el número de enfermos y su variedad entre las camas de que se dispone y los consultorios. Todo esto ha sido labrado con nuestro esfuerzo, siguiendo el camino que creíamos que nos podía llevar a esta realidad que nos permite hacer en esa forma la enseñanza, como siempre hemos predicado... La mayor parte de vuestro tiempo (toda la mañana de nueve a dos) estaréis actuando en la labor clínica, actuando personalmente en cometidos de creciente importancia, en contacto con vuestros profesores y agregados, con los que interrogaréis, escribiréis historias, haréis exploraciones físicas, pasaréis visita siguiendo la evolución de los enfermos, tendréis seminarios íntimos con preguntas y discusión pediréis aclaraciones de lo que hayáis captado. Además acudiréis a las sesiones generales de todos nosotros: Clínicas y Anatomoclínicas. Las lecciones que podemos llamar teóricas han de serviros complementariamente de orientación; serán solamente dos cada tarde, cinco días en semana, una de Clínica Médica y otra de Quirúrgica o especialidades auxiliares. Un día a la semana recibiréis una lección de Ciencias Básicas o grandes problemas de la Patogenia o la Fisiopatología, de especial interés general.

Como veréis, para nosotros no hay más que una Medicina, si se quiere Medicina General, en la enseñanza, como si la Medicina no se hubiera desmembrado nunca, pero utilizando la realidad de esa desmembración que tanto nos ha hecho progresar. Esto es lo más difícil, pero es el único asiento firme sobre el que algún día podréis algunos de vosotros haceros especialistas.»

Ya ese primer curso suscitó numerosos comentarios y reacciones adversas. Parecía a alguno como si yo hubiera raptado y desviado de la universidad a una masa de estudiantes por haber aceptado, entre los muchos que lo solicitaron, a veinte alumnos de un curso de unos setecientos de la Facultad(!!).

Aquellas reacciones surgidas del propio claustro, hicieron que aquellos pioneros de una enseñanza real, objetiva, con posibilidad de vivir la realidad de los enfermos fueran considerados «alumnos libres», e incluso tuvieron que ir a examinarse fuera de Madrid. Cuando terminó aquella primera promoción sus estudios, don Carlos tuvo que tomar la decisión de suprimir el curso de ciencias fundamentales y no explicar más que los tres cursos finales, los clínicos, aunque se les daba una serie de conferencias sobre temas transcendentes de las ciencias básicas.

Otra dificultad quiso ser impuesta: la obligatoriedad de continuar asistiendo a clases y prácticas en la Facultad, lo que era no sólo innecesario, sino aberrante. Era absurdo que unos jóvenes estudiantes que se pasaban toda la mañana con sus batas, viendo enfermos, *participando* en su estudio y tratamiento tuvieran que acudir a «prácticas» en grupos de treinta o cincuenta, donde allá abajo, a varios metros de distancia, un profesor les explicaba cómo había que hacer una historia o palpar un bazo o hacer una punción lumbar, que ellos ya habían hecho personalmente en varias ocasiones..., a veces más que aquel profesor de prácticas. Lo mismo ocurría respecto a las clases en que todo ya lo habían oído y estudiado, pudiendo preguntar, intervenir en cualquier momento de una explicación que no hubieran entendido en algún punto. Ello desvirtuaba toda una concepción revolucionaria de la inmovilista que había predominado hasta entonces, con carácter de exclusividad. Don Carlos tuvo que dirigirse personalmente a cada catedrático para conseguir una «dispensa de escolaridad» y vio, con satisfacción, que, cuando explicaba lo que aquellos muchachos hacían día a día, la mayoría, hasta algún recalcitrante, lo aceptaban amablemente e incluso alguno de ellos en términos afectuosos y de encomio a su labor. Sin embargo, en algunos persistía una oposición a veces decidida e incluso violenta.

Ante esta situación decidió tomar el toro por los cuernos y solicitó al decano, profesor García Orcoyen, que convocara una Junta de Facultad para poder explicar públicamente sus motivaciones y las ventajas que ésta y otras posibles experiencias similares supondrían para todos, pero muy especialmente para los estudiantes, en definitiva los que habían de ser los protagonistas de la Medicina española del futuro.

En dicha Junta tuvo que explicar por enésima vez lo que era la Institución, su capacidad (entonces ya de cuatrocientas veintisiete camas) y en qué había basado aquel plan de estudios. En aquella Junta, que se celebró ya en junio de 1960, se manifestaron también los estudiantes a través de su sindicato

único, el S.E.U., ya muy despolitizado. Su informe fue especialmente favorable y acababa con ocho puntos, todos ellos de apoyo a que persistiera ese tipo de enseñanza y tratara de generalizarse, por considerarla ejemplar y camino para un nuevo futuro en la formación de los médicos.

El primer punto decía: «Que está por encima de todo juicio la idoneidad, el valor científico moral, social y universitario, del Instituto de Investigaciones Médicas. 2) Que sus fines científicos, benéficos y docentes, conjugados maravillosamente, son una aportación incalculable al pueblo español...» y seguía hasta el 8) «y, para finalizar, tenemos solamente que pedir que tengan entrada en el Instituto en calidad de matrícula gratuita algunos alumnos de reconocidos méritos, que por su situación económica no pueden ingresar.»

«Esta delegación hace pública manifestación de orgullo por tener entre sus profesores al doctor Carlos Jiménez Díaz y agradecerle, en nombre de los estudiantes y del pueblo español, su aporte científico y esta gran obra, creación suya, que es el Instituto de Investigaciones Médicas.»

En el Acta de aquella reunión, el señor vicedecano relata cómo el doctor Jiménez Díaz, siguiendo la línea universitaria que en él es característica, dirigió un escrito al decano, del cual tienen conocimiento los señores claustrales por haberles mandado copia del mismo. Consta luego el referido escrito de don Carlos y posteriormente constan las intervenciones muy favorables y de adhesión del delegado del S.E.U., de los profesores Laguna, Martín Lagos, Pérez Llorca, Gil y Gil, García Orcoyen y López Ibor. El profesor Vara López «considerando la gran importancia de la propuesta, estima que dada su excepcional importancia desea estudiarla detenidamente»... y se acordó (como siempre que no se quiere seguir muy adelante) nombrar una comisión. Dentro de ella el profesor Vara utilizó su voto particular para señalar que aquello iba contra la Ley de Ordenación Universitaria y que para prescindir de clases, prácticas y exámenes en el recinto de la Facultad sería necesario modificar dicha ley. Se hicieron escritos y más escritos de «sí..., pero no», poniéndose no pocos obstáculos, como la exigencia de que el profesorado fuera exclusivamente de catedráticos o de profesores adjuntos que llevaran como mínimo seis años en cátedra de la misma asignatura. Con ello se limitaba de tal forma la posibilidad de incorporación a la docencia de personas con una formación bien cualificada, pero «sin oposiciones», como si éstas fueran una condición ineludible para saber y poder transmitir. Don Carlos quiso seguir con el mismo plan que había dado ya lugar a cuatro promociones de estudiantes con una formación y capacitación excelente (como demostrarían la mayor parte de ellos en su vida profesional y

universitaria futura), pero para su sorpresa al irse los alumnos a matricular para el curso siguiente les dijeron que no podían hacerlo, porque, aunque ello se hubiera acordado por la Junta, se oponía a la Ley de Ordenación Universitaria.

Fue a visitar al entonces ministro de Educación, el profesor Manuel Lora Tamayo, químico prestigioso y con el que había coincidido un corto tiempo en la Universidad de Sevilla. Le hizo ver que su propósito no era hacer una «academia preparatoria» y que si aceptaba las limitaciones del claustro invalidaban todas sus ideas sobre la reforma de la enseñanza tantas veces expuestas y, aparentemente, bien acogidas. La visita quedó en una aparente anuencia de Lora y el director general, Martínez Moreno, y una vaga promesa de estudiar si se podría modificar la aludida ley. Ante ello no hubo más remedio que suspender aquella enseñanza en tanto persistiera la obligación de clases, prácticas y exámenes fuera de ella y de la exclusión de personas que, sin pedir nada, ni dinero, ni «venia docendi», ni título alguno, habían dedicado ilusionadamente muchas horas a aquellos alumnos, evidentemente privilegiados en su formación. Así, como tantas cosas en España, por corsés legales anticuados y por envidias o recelos personales tuvo que acabar aquella inolvidable experiencia... para acabar siendo aceptada y alabada veinte años más tarde.

Sin embargo, al igual que en otras tantas cosas, don Carlos había sido el sembrador y su semilla acabaría creciendo.

El otro aspecto de la enseñanza en que la Clínica de la Concepción roturó nuevos caminos fue el de la formación continuada de los médicos generales. Cada año, al final de curso, se hacía uno destinado a médicos de asistencia primaria, rurales o simplemente interesados en conocer las nuevas técnicas de exploración, de diagnóstico, de avances terapéuticos. Aunque eran cursos «prácticos» los temas se exponían con altura, sin olvidar las bases etiopatogénicas, los nuevos hallazgos de la investigación mundial. Se completaban con visitas de los que estaban interesados, a laboratorios, a radiología, a hemodinámica, donde libremente exponían sus dudas o se interesaban por «ver y tocar» aquellos avances. En ellos la matrícula era gratuita y había siempre que rechazar las solicitudes de los rezagados, pues la cabida del aula (más de trescientas cincuenta personas) quedaba insuficiente para aceptar a todos. Venían de los sitios más dispares y apartados, de todas las edades, desde recién graduados a canas cabezas próximas a la jubilación. Muchos repetían año tras año y llegaron a ser conocidos y queridos de todos..., porque allí no se limitaban a escuchar, sino que participaban, preguntando, referían sus casos más difíciles buscándoles solución, convivían, en suma, con todo el conjunto..., y

muchos se incorporaron para siempre a la celebración anual del 13 de febrero. Hasta su muerte no se dejó de ver a aquel Dimas, médico de El Entrego, un pueblecito cercano a Infiesto, que se convirtió en el mayor «fan» de la Clínica y de don Carlos. Contaba una vez, con su cerrado acento asturiano, que tenía en el despacho una gran foto de don Carlos con su bata blanca y una enferma al verlo se santiguó y le dijo: «¿Y comu ten usted esa fotu de Juan XXIII?», y él había respondido: «Cuidau, ten más respetu, que ese ye don Carlos Jiménez Díaz y más que santiguarse debía arrodillarse ante él.»

Los cursos, ante su gran demanda, debieron de ser publicados: «Nuevos horizontes en la Patogénesis», «Avances en el diagnóstico y terapéutica», «Los actuales métodos de exploración en el diagnóstico y conducta terapéutica», «Bases fisiológicas del examen funcional y su utilidad para el diagnóstico», «Las nuevas drogas y métodos terapéuticos» y en ellos participó todo el conjunto de jefes a adjuntos o meros colaboradores. De cada tema trataba el que más sabía, el que podía tener más experiencia o más se había dedicado a su estudio independientemente de su «categoría». Los autores fueron tantos que en broma se decía que eran de Aguirre y colaboradores, ya que Miguel Aguirre, internista que dejó su bien ganado cargo en el antiguo Hospital de la Princesa de San Bernardo para incorporarse como mero adjunto a la Clínica..., era el primero por orden alfabético.

En septiembre de aquel año 58, tras treinta y dos años de cátedra, el entonces ministro de Educación Nacional, Jesús Rubio, le comunicaba su ascenso a la primera categoría del escalafón de su clase, con el haber anual de 58.500 pesetas, que eran 3.000 más que las recibidas anteriormente (insistimos: «anuales»).

No hay duda que si se contabilizaba lo que había recibido de la universidad en aquellos largos años de servicio continuo, frente a lo que ella había entregado, aun si se consideraba exclusivamente el aspecto económico, tenía un balance tan desproporcionadamente positivo que pocos podrían presentar. Es claro que su remuneración por horas de trabajo era inferior a la de cualquier trabajador manual.

Curiosamente, junto a esta comunicación oficial de ascenso de escalafón queda en su archivo una cariñosa carta de don Ramón Pérez de Ayala, que, con seguridad, le produjo mayor satisfacción:

«Querido Carlos: Desde que viniste a verme (por suerte mía) he sentido notable mejoría. Mi estado general es bueno, aunque las extremidades "de abajo" continúen un tanto cuanto por demás claudicantes. Casi no he salido por ello en todo el verano, ya que en mi casa mis ocupaciones (mejor aún mis ociosidades) me son gratas; sólo consisten en coloquios con mis libros. Espero que nos veamos pronto, para que me afiances y con tu don taumatúrgico puedas decirme "surge et ambula", levántate y anda. Un fuerte abrazo, Ramón.»

Por entonces, a su ya recargada agenda de trabajo se añadió una nueva obligación, pero que cumplía con gusto por la admiración y el afecto creado en muchos años de estrecha relación médico-enfermo convertida en amistad. Azorín, ya muy mayor, estaba gravemente enfermo y le pidió, que al menos semanalmente, fuera a verle y supervisara el tratamiento que aconsejaba su médico de cabecera. Cumplió a rajatabla este deseo del gran escritor y siempre encontraba un rato libre para acercarse a su casa, reexplorarle, ajustar la terapéutica y aun tener un rato de agradable charla con aquel levantino, que tan bien había descrito su amada Castilla. Así lo siguió haciendo hasta su muerte, el mismo año que la de don Carlos, 1967.

Otro paciente famoso, bien alejado por leguas de distancia del anciano Azorín y también mucho más pesado que él era Federico García Sanchiz, que no dejaba de enviarle larguísimas cartas con los más futiles motivos. Por aquellos años estaba en el apogeo de la popularidad, de su fama de «charlista», que mejor hubiera sido calificarlo de «charlatán». Aquello de haber inventado el verbo «españolear» hacía que el régimen le tuviera entre sus favoritos.

Sobre este personaje cuenta Laín una sabrosa anécdota de sus años juveniles:

«...En la tertulia de La Granja el Henar con tan indiscutible y jupiterina monarquía gobernaba por entonces la palabra y la barba de don Ramón del Valle Inclán. ¡Qué pasmoso arte para la caricatura verbal! Hablaban un día de Federico García Sanchiz y, con su personalísima fonética, expuso don Ramón su también personalísmo juicio sobre las "charlas" del juglar valenciano: "Dioz caztigó al hombre a ganarze el pan con el zudor de su frente." Pausa. "Y como el pobre Federico no ze lo puede ganar azí —con mucha parsimonia el crítico se llevaba a la frente las yemas de sus dedos; recuérdese la escasa distancia que había entre las cejas del charlista y el arranque de su cabellera—, ze lo tiene que ganar con el zudor de zu boca"» ... y verdaderamente no se lo ganaba mal por aquellos años desde la postguerra.

Sería interminable la lista de «famosos» que pasaron o murieron en la Clínica, encabezada por don Ramón Menéndez Pidal. Otro que falleció allí fue

Agustín de Foxá, poeta valioso, conde y diplomático, cuya popularidad era injustamente mayor por su libro «Madrid de Corte a Checa», que por poesías y comedias de mayor nivel literario, recaló en la Clínica para morir. Estaba irreconocible respecto a su imagen anterior oronda, sustituida por una extrema delgadez en la que lo único prominente era un abdomen lleno de líquido ascítico por una cirrosis alcohólica. Pero conservaba su ingenio. Decía:

«Si yo no he sido un borracho; el problema es que hablo tanto que me bebo lo que tenga delante y he tenido la mala suerte de que mis últimos destinos diplomáticos han sido en Filandia y en Cuba y allí "no había delante" más que vodka y ron...»

En 1958 encontramos otro «Cuaderno de Viaje». En esta ocasión su motivación fue mixta, ya que aunque el motivo fuera invitaciones largo tiempo diferidas por pronunciar una serie de conferencias en Suiza, sus primeras notas expresan el porqué de elegir esas fechas para el postpuesto compromiso.

Comienza el *sábado 25 de enero:* «Este viaje a Suiza tuvo como motivo profundo y primordial el deseo de Ch. de conocer aquel país en invierno. Su amor al "nevadón", siempre incompletamente satisfecho por la antipática que es nuestra nieve, que siempre deja de caer enseguida, le hizo representarse Suiza en invierno como una postal de principio de siglo o un retrato de patinadora con pétalos de nieve, luces especiales, gorrioncitos encogidos, llamas en las chimeneas y los Reyes Magos paseando del brazo de Papá Noel distribuyendo dulces y regalos a una "troupe" de angelitos que se tiran bolas de nieve y gritan y ríen. Una especie de mundo cubierto de nata sin el frío de la nieve, pero con su blancura. Y cuando Wyss me invitó a dar una conferencia, así como las posteriores invitaciones de Ginebra y Zurich, lo dudé un poco, pero resolví aceptar, dejando un intervalo para ver ese St. Moritz que debe ser la superación y el desideratum del deporte blanco, ha habido que preparar las conferencias, traducirlas, hacerse Ch. unos pantalones que le llenan de ilusión, buscar dólares, etc., partir con ese sentimiento que nos produce siempre abandonar la Clínica y la casa, pero con la ilusión de unas casi vacaciones con Ch. y un apéndice de "panecillito" de ir unos días después a París...

Domingo 26: Fuimos a comulgar y volvimos a desayunar a casa (cosa muy antipática para Ch. que le horroriza ver la casa a esas horas)... Había niebla espesa, pero al llegar al Convento el espectáculo era precioso. No hacía frío. Había restos de nieve y la tierra estaba acogedora, como si latiera en ella una promesa de primavera... y solos, pensábamos si no era una tontería no concedernos allí quince días en lugar de hacer un largo viaje..., dimos un paseo hacia los romeros. Se ponía el sol y había nubes púrpura en el ocaso lejano... Se preparó todo... y a la estación... y salimos otra vez para el exterior, alegres y llenos de ilusión, aunque uno no puede evitar la preocupación de los actos científicos y si gustará o no el estilo del contenido; a mí me parecía poder estar seguro...

Lunes 27: ... Ibamos por Francia..., recordábamos aquel viaje incierto de Italia a París cuando escapamos de la zona roja, ¡cómo se soportaron tantas cosas siniestras!..., yo leía a Unamuno. Perpignan (nuestra guerra, la huida de tantos, los complots frente a España). Narbonne (literatura, el primer recuerdo de cines de la infancia)... Avignon (los Papas españoles, los monjes de La C.) Montpellier (aquel Congreso de 1926, el viaje a la Costa Azul, aquella Nochebuena). Todas estas tierras no tienen nada de particular, se alegra uno de que los pueblos sean tan pueblos como los nuestros. Así puede uno representarse una vida de familia a la europea que va disolviéndose, esa mezcla de experiencia y literatura que hace mirar con tristeza la falta de intimidad y, por tanto, de serenidad y sentido trascendente que se va perdiendo en la desesperanza y el existencialismo. La vida brutalmente basada en un brutal egoísmo y un violento deseo de flotar sin pensar en nadie. Para la antropofagia no falta nada más que comer carne humana..., ¡qué desequilibrio entre la belleza del mundo creado y la miseria de la naturaleza, o más bien, de la conducta humana!, ¿pero qué les pasa?...

Martes 28: (En Ginebra)... Cuando volvimos al hotel, recado de Bickel; vendrá a buscarme para una cena de honor... vino el doctor R. ... Había mucha gente: el viejo Roch, Rulktihaumen, Sadashohn, Mach, Bickel... Roch con su aire tranquilo me parece un hombre inteligente sano de espíritu; al cumplir los setenta fue jubilado y murió su mujer en pocos días de un infarto. El dice "afortunadamente murió en pocos días"; coincidencia de aficiones: jardín, pintura, ópera, su convicción de la importancia de la mano en la transferencia humana... Cuando volví al hotel Ch. se probó los pantalones que estaban estupendos sobre la jovencita que hay en su mirada y en sus espontáneos entusiasmos...

Miércoles 29: (Conferencia en el hospital) Bickel me presentó, conocía gran parte de mis trabajos. La conferencia salió bien: me felicitaron mucho: "épatant". Roch me dijo: "es una de las mejores conferencias que he oído en mi ya larga vida" (visita al hospital con admiraciones y críticas)... es magnífico cómo

trabajan..., no se atreven a pinzar la aurícula..., aquí debía venir alguno de los jóvenes... A cenar en una casa donde nos recibieron con una "verbena" muy ingenua y a la par tabernaria.... reviso la conferencia de mañana, y a dormir.

Jueves 30: Vino a buscarme el doctor Mulden, "oberatz" en el "Invelspital" de la Clínica médica Hadorn, muy amable, con cierta emoción: le encontré triste y cotejé eso con lo que me han contado que está regañado con muchos de sus antiguos colaboradores. Tendrá él la culpa, pero, ¡qué poca indulgencia se suele tener con los hombres que han formado a otros! El "rechazo de la femineidad", de Freud, y el cainismo juegan en ello el papel principal... En casa de Hadorn pintura francesa, fauvismo, Derain, Rousseau, Utrillo. La conferencia bien, bastante gente; me felicitaron calurosamente y me la pidieron para el Sch. M. W..... y preparé lo de mañana.»

(Sigue en Ginebra visitando hospitales, indagando lo que hacen que pueda ser incorporado a la clínica. A Conchita la acompaña Elsa Wessel, una suiza que había sido compañera de colegio en España, por el destino de su padre en Madrid, luego viuda de un médico suizo y con la que siempre conservó gran amistad e intimidad, pasando largas temporadas en su casa de Madrid: Ello permitía a don Carlos dejarla sola en toda aquella vorágine de hospitales y conferencias). El domingo 2 viajan a Zurich:

«Vino un taxi y en la estación vimos a la princesa de Holanda que como cualquier particular atravesaba las vías para tomar el tren y reunirse con su madre. Todo blanco, escarcha en los árboles, bruma lejana, movimiento y color en las estaciones, gentes ya de edad con iguales trajes que los jóvenes y sus esquíes al hombro... Bajamos en Lanquart y cogimos corriendo el tren que por un camino maravilloso en el que el tren serpentea ascendiendo a las cimas nevadas todo el año, nos lleva a Davos y desde allí a St. Moritz..., cada paso del tren es una verdadera fantasía... trineos tirados por caballos, multitud de gente vestida de "abominable persona de las nieves"... a la vuelta luna llena que iluminaba las cimas con una luz fantasmal, inquietante.»

Hasta el miércoles 5 estuvieron en su período exlusivamente vacacional en St. Moritz. En sus anotaciones aparece como un niño asombrado, con los ojos muy abiertos ante cada detalle como ante una sucesión de postales alpinas y ante un tipo de vida ociosa de «gente bien», tan en contraste con la suya de estudio y trabajo.

«.... Por la estrecha carretera nevada y helada el gran autobús con su remolque y a buena marcha descendió al valle. Se siguen pasando grandes hoteles, de superlujo y luego viene los pueblecitos que bordean la serie de lagos...

nos estaba esperando el trineo con caballos negros y sus campanillas. Ponen una manta gris, otra de colores y luego la de piel. Subimos a Felx; a veces cuestas empinadísimas (los caballos llevaban herraduras especiales). Cuando corren emocionaba el sonido de las campanillas en el ambiente callado y solitario de estas inmensas montañas y una inmensidad nevada... Subimos en el funicular de Corviglia... es una subida imponente, la gente sube con los esquíes para tirarse desde arriba... una chica que se había roto una pierna el año anterior decía: "J'ai peur!, vraiment j'ai peur! Mon Dieu!"... vimos bajar los ciervos libres por la montaña... ¡Hoy es una día espléndido, de pleno sol, cielo azul intacto...! Había mucha gente muy bien vestida; da gusto verles deslizarse hacia abajo y cierta envidia de no poder hacerlo.

¡Hay tantos modos de orientar la vida! ¡Quién sabe si sabiendo patinar habría uno patinado en exceso en la vida!..., ambiente de millonarios, como decía Benavente "huyendo del frío de su propia vida"..., elegancia polimorfa y arbitraria, un caniche enano amable para todos como el conserje..., un tren simpático que encienden en las estaciones pero apagan en el trayecto, para ver bien el paisaje nos lleva por estos valles nevados donde surge a intervalos una casita y los bosques llenos de huellas de los ciervos... y, como testigos colosales, mudos de tanta maravilla, los picachos enormes nevados con glaciares que parecen curiosos de nuestra pequeñez y como si quisieran impedirnos avanzar..., último día; me produce pesadumbre la conferencia de Zurich y tengo ganas de acabar eso... y como tantas veces nos ocurre, nuestro tema de conversación es la tragedia de la vida cultural española, las limitaciones de nuestros avances y las posibles causas ¿Remedios? Desde el sitio que Dios le ha puesto a uno creo que he hecho y hago mi deber, con las imperfecciones que están en mí, pero entregado; pero la verdad es que ¡qué poco impulso de los demás para ayudarme!, codicia, ambición...»

El jueves 6 va al Hospital Cantonal de Zurich: «Me parece un viejo amigo, por lo conocido que me era. Todo está muy bien; materiales y equipos magníficos. La organización de la cocina, muy similar a nosotros, pero mucho más grande (2.800 comidas)... En la entrada del Stadtsipal O. Spühler muy simpático: "Siendo tan célebre —dijo— creí que tendría una barba blanca"... ¡¡Ojo!! También hay que recordar las salas de cursos que llevo vistas en todos los centros; eficaces y sencillas... A las ocho en el Centralspital la conferencia; vinieron Rossier, Loeffler, Fanconi, Mehelinger, Wyss, todos muy simpáticos. Sensación de éxito que me satisface porque reasegura y por la Medicina española. ¡Ya estaba!, se acabaron las conferencias.»

Viernes 7: «¡Qué día inolvidable! Nos levantamos a las seis, era de noche y sin embargo llovía —fueron en avión a París— a las diez y cuarto se ve París. ¡Carlos! ¡París nevado!..., todo era alegría. Lo primero fuimos a la Madeleine. Luego a Prunier..., yo salí por las entradas para la ópera ("Aida"), me gustó mucho el tenor (Ouzanov)..., vinimos muy felices, aunque algo cansados.»

El sábado y el domingo disfrutaron de París y regresan. A continuación, en el cuaderno, las palabras que diría cuatro días más tarde; ¡otro 13 de febrero!

En aquel día siempre especial cumplió uno de sus más anhelados deseos: la inauguración del Departamento de Microbiología, remozado, y poner a su puerta «Departamento Arjona», al que nunca pudo olvidar.

«Casi siempre se rinde homenaje a un hombre admirable y querido —como en el caso de Emilio Arjona— cuando hace poco se ha muerto; pasa el tiempo y esa reacción cálida parece haberse desvanecido, con esa tendencia a olvidar del espíritu humano. En este caso el auténtico sentimiento de dolor que nos reviste a todos, hoy, igual que el triste día de su muerte, muestra hasta qué punto nuestro dolor es perdurable y cómo era de hondo nuestro cariño y nuestra admiración por su gran figura.

La figura de Arjona es ejemplar y el dolor de haberle perdido tiene dos vertientes; una puramente sentimental o afectiva, la de ver desaparecer al amigo leal, honrado, bueno y recto, con una serenidad poco común en sus reacciones. La otra es más intelectual; la falta de uno de los mejores entre nosotros; de uno de los navegantes de esta nave que es nuestra Institución, que emprendió su viaje desde el primer momento, siendo a la vez armador y marinero, que cursó siempre con la sonrisa en su rostro nuestra travesía, a veces difícil y aún incierta... Yo, cuando murió Arjona, tuve una inmensa sensación de vacío. Vosotros que convivís conmigo, sabéis que mi día es como una peregrinación colaborante. Acudo a vuestros servicios con una ilusión diariamente renovada, deseando otros, opinar, discutir, interpretar y planear... Con Arjona no recuerdo una sola vez que no encontrara eco en mis inquietudes... Arjona, tu recuerdo está para siempre en nosotros. Si algo tuviera que añadir en tu honor sería esto: en las palabras proferidas no he puesto una hipérbole ni una sola alabanza fatua; todo cuanto he dicho corresponde a la máxima veracidad de mi espíritu, sólo he tenido que abrir un poco, lo que una concurrencia amplia como ésta permite, mi corazón para que hayan aflorado sentimientos y recuerdos.»

En sus palabras en la cena común de aquel año, se traduce que en la floreciente Clínica, al haberse conseguido gran parte del objetivo tanto tiempo añorado, había empezado a surgir un peligro que don Carlos supo ver e intentó corregir, quizá sin suficiente dureza: la codicia. El aprovechamiento económico personal de la posición priviliegiada que confería el pertenecer a un conjunto, a una Clínica tan destacada, tan única en muchos aspectos. Sus palabras, diciendo las cosas en un tono elevado, no llegaban a tener la dureza que el riesgo cierto merecía. Posiblemente era consciente de cómo ese riesgo empañaría tantas cosas de su obra, pero, retrospectivamente, le faltó valor para tomar una actitud más tajante, drástica frente a los codiciosos, oigámosle:

«...Plenitud y todo plenitud, exclama Unamuno, considerando que no hay más futuro que el presente. Pero eso puede ser cierto para una posición espiritual, pero no para una acitud creadora y de avance. Yo me siento mi carruaje tirado por esa yunta de alegría y anhelo que arrastran con igual decisión. Fustigar se puede hacer en dos acepciones. Se fustiga para domeñar y ese no es nuestro caso —como diría Ortega— nuestra circunstancia. Aspiré siempre, y más que nunca ahora, a que todos crezcamos paralelamente, borrándose distancias al interdominio del empuje mutuo. Si Dios quisiera que vuestro impulso templara o domara el mío por ser más cálido y fanático nada más bienhechor para mí. Hay la otra acepción de fustigar para dar ánimos, para empujar el carro hacia la cumbre que acarician nuestros ojos, sin que aún hayan pisado nuestros pies. En este sentido sí significarán algo mis palabras... El año pasado os decía: avanzar y ascender. No ascendemos; estamos preparándonos aún. Falta la voz de ánimo y el consejo para el viaje que quiero que sean mis palabras y así sí hagan de fusta... La cosa en sí es sencilla: hemos querido crear un ambiente en que se den estas condiciones: 1) Seguir unidos y que sigan en el futuro nuestros discípulos y seguidores. 2) Poder realizar nuestra labor científica original y austera en busca de verdades nuevas para satisfacción individual, del conjunto y de la Medicina patria. 3) Hacer y crecer hombres del futuro..., nuestros propósitos son ambiciosos, para cumplirlos hay que tener ambición infinita —¿ambición de qué?— personal, del conjunto, del propio nombre, de un presente feliz, de un futuro esplendente. ¡Bendita ambición que será en el fondo nuestra fuerza!, pero con ojo avizor porque *la ambición se convierte en codicia* y entonces se hace motor en dirección inversa: tira hacia arriba la ambición, tira hacia atrás y es destructiva la codicia desde el mito heroico y trágico de Prometeo activo en sus cadenas, hasta el ridículo de la gallina de los huevos de oro que se basa en destruir la vida productora por

unas partículas de realidad..., vosotros, los que lleváis tantos años conmigo, no perdáis la santa ambición que arrastra y crea hijos ambiciosos que tiren también, aunque aceleren nuestra propia marcha... Pero todos libraros de la codicia. Codicia no es solamente mirar el lado material de la vida; codicia es intención de puro provecho personal sin que la Ciencia gane por ello; codicia es abarcar en apariencia; codicia es no cooperar o temer y querer inhibir al prójimo; codicia es hacer las cosas para salir del paso, con sentido burocrático y no hacerlas para saber y crear. El ambicioso trepida, el codicioso tiembla. En este gran problema del avance original y trascedente de la Ciencia española yo acierto a ver muchos factores causales: envidia y recelo, falta de auténtica pasión, sustituida por la falta de estimación y ayuda a los demás.

...Los que fueran codiciosos basta con que no tiren del carro, en su contrato con el conjunto si no pretenden tirar, no frenan; alegrémonos de que obtengan lo que buscan, pero que esa actitud no conduzca ni amarre.

....Todo esto, ¿por qué? y ¿para qué? Todo esto es lo que hemos alentado en nuestra vida y lo hemos hecho para nosotros, para nuestra Ciencia, para nuestra patria, hagamos esperanzas de las desilusiones y formemos una yunta de alegría y dolor, posesión y renuncia que destine nuestro carro por un camino cierto hacia arriba, hacia arriba.»

Desgraciadamente la codicia de algunos frenaría a otros, enlodaría una obra idealista y obstaculizaría progresivamente el camino, que, especialmente tras la muerte de don Carlos, sería progresivamente más y más difícil de enderezar.

Lo que había sido noble y original: integrar en un solo centro la Medicina para todos, sin distinción de ricos o pobres, de benéficos o de pago y con ello, además, conseguir que todos sus miembros estuvieran integrados, que no tuvieran que recurrir a actividades externas para ganarse la vida, que no estuvieran mirando el reloj ni adelantar la salida para correr en pos de actividades más lucrativas, resultó, por la codicia de algunos, afortunadamente pocos, en parte una rémora.

Distrajo su atención de los objetivos comunes, se fueron desinteresando por la docencia, por la investigación y fueron inclinando la balanza de su tiempo hacia una actividad privada, que podía ser necesaria, que era, desde luego, digna, pero que en algunos casos desvirtuaba lo que don Carlos quiso que fuera aquella Clínica, y ello creó recelos, injustas envidias externas, que fueron acumulando obstáculos para que su camino no fuera ciertamente hacia arriba, hacia arriba.

En cualquier caso, el siguió luchando contra aquellos obstáculos internos. Aquella codicia «leit motiv» de sus discursos, había que combatirla con ejemplaridad que siempre había sido su mejor remedio. En el sentido económico ya había dado muestras de ello con sus continuos y repetidos donativos, con la compra de su propio peculio de todo nuevo aparato que considerara imprescindible y para el que no había dinero. Igualmente, ingresaba en la Clínica a todos su enfermos privados que lo requirieran sin llevarlos nunca a otro sanatorio (cosa que no todos hacían) y siempre casi todo el primer piso del Sector Privado lo tenía copado con sus propios enfermos... y dejaba el máximo procento establecido de las cuentas correspondientes (que tampoco todos cumplían).

Aquel año dio un paso más adelante. Una noche se lo planteó a Conchita:

—Mira, Chini, he decidio trasladar la consulta privada a la Clínica. Ello supondrá un nuevo ingreso para aquello, ¡que bien lo necesita!, y nosotros tenemos más que de sobra para la vida que hacemos. Espero que alguno más me siga y que en el futuro, cuando haya más sitio, absolutamente todos hagan lo mismo. Además así estaré más horas allí (ahora falto tres tardes en semana) y, sabiendo que yo estoy, la gente trabajará aún más: ¿Qué te parece?

—Carlos, ya sabes que yo hago lo que tú quieras —respondió ella—, pero que también te doy mi opinión sincera sobre todo. A mí no me gusta. Creo que ya haces más de lo lógico y me parece muy bien. Es tu obra, de la que me has estado hablando tantísimos años y yo la quiero como puedas quererla tú, pero este paso no lo veo claro. Tienes una clientela muy especial, gente destacada, muchos ricos que son tan tontos que valoran el «ambiente» tanto como tu saber. Todas estas salas de espera tan cuidadas, tus despachos... ¡hasta ver en ellos un Zurbarán! y no les gustará ir a una clínica moderna, austera y en donde además puede verles mucha gente, enterarse de que están enfermos, correr la voz. Ello te hará perder a muchos y si no, ¡al tiempo!

—Tienes razón como casi siempre. Desgraciadamente muchos de mis enfermos son de ésos, de ir a la celebridad no a la eficiencia. En mi labor ahora pesa demasiado mi prestigio y me harto de ver gente, de esos que tú llamas «destacados» con los que tengo que hacer más de «mago» que de médico. Vienen a que les vea más que a que yo los estudie. Si acabo cansado a las tantas, no es por el trabajo (hay muchos días que en la Clínica estoy más horas y más intensas), sino por ese tipo de enfermos que no atraen tu atención, que no te crean problemas diagnósticos, que sabes, en cuanto empiezan a hablar, que no

tiene nada orgánico; y encima hay que dedicarles mucho más tiempo, oírles sus nimiedades, sus problemas. Si dejan de ir lo único que perderé es dinero, pero eso no es ya muy necesario y nunca ha sido fundamental para mí —siguió Conchita—: Pero no es eso sólo, es también por mí. Esas tardes de consulta, por lo menos merendamos juntos, aunque sea en unos minutos que no interrumpan demasiado. Perderemos ese tiempo del té, de estar juntos y el de la noche, cuando acabáis, o cuando os interrumpís para seguir hasta las doce. Ese rato con Adolfo Romero, con Bañón es siempre tan agradable. ¡No pareces darte cuenta de que cada día nos vemos menos! Por las mañanas sales disparado a la clase, por la noche te quedas estudiando y cuando acabas estoy medio dormida. Casi sólo nos quedan los domingos y los veranos... y ¡eso que yo voy a comer contigo a la Clínica cuando no vas a venir por la tarde!

Efectivamente Conchita iba casi a diario a comer con él en la Clínica. En una entrevista diría: «...Y Conchita viene a comer, como las mujeres de los albañiles cuando le llevan su tartera y la comparten a pie de obra.»

—Ya hemos perdido esos días los ratos del café, del billar, de la pequeña tertulia con amigos o con los chicos, cuando venían, porque ya tampoco ellos pueden hacerlo. Pero, bueno, como siempre harás lo que a ti te parezca mejor.

Sus discusiones no eran frecuentes, pero Carlos no estaba acostumbrado a que le llevara la contraria y tenía un pronto fuerte, incluso por nimiedades (un huevo mal frito, no encontrar algo por haberle «arreglado» su cuarto de estudio, etc.). Aquellas raras explosiones parecía que iban a dar al traste con aquel casi perfecto matrimonio. En aquella ocasión, sin embargo, sabía que tenía razón, como cuando impidió que se fueran a vivir a aquel ático preparado en la Clínica. Por ello tomó su tono más mesurado:

—¡Eres más lista! Todo lo que dices es cierto, pero de verdad creo que es mi deber hacerlo. Aquello necesita de todos los recursos posibles. La asociación ya casi no puede ayudar en las cantidades que nos hemos metido, las esperadas subvenciones estatales no llegan o lo hacen míseramente y lo que ya es la inmensa mayoría de los enfermos nos los paga el S.O.E. justito lo que nos cuestan. Si yo traslado todo allí, seguro que algunos otros lo harán —¡algunos ganan mucho más que yo, especialmente los cirujanos!— y entre todos aportaremos más recursos y enfermos. Respecto a lo de vernos, lo solucionaremos. Cuando monte la consulta pondré un cuartito de estar para ti, después de comer arriba en la cafetería te puedes echar allí una siestecita y a las cinco pasaré a tomar el té contigo.

Y así lo hicieron. Todavía hubo una fase, hasta completar el acondicionamiento de las nuevas consultas, en zonas que habían quedado libres tras la última ampliación, en que pasó consulta en un pequeño cuarto de la planta primera del sanatorio, que luego sería destinada a «office» y los enfermos esperaban en sillas en el rellano de la escalera. Cuando ya dispuso del local definitivo: dos despachos, separados por una secretaría, rayos X y una sala de espera, todo sencillamente decorado, cumplió su promesa y, justo enfrente, tras la pequeña recepción donde estaba Jesús, hizo un pequeño cuarto de estar para su mujer. También era austero. Trasladaron un mueble bar con alguna botella, la tetera, cuatro o cinco tazas y copas, una camilla con cuatro sillones y un diván para aquellas cortas siestas de Conchita y a media tarde se interrumpía efectivamente unos minutos y tomaban el té solos o acompañados de Pedro y Mariano, a los que había incorporado a su consulta, para hacerles las historias y presentarle los enfermos ya estudiados, junto a Puig y Romero, ya que éstos tenían cada vez menos tiempo por su propia creciente consulta. Por otra parte sabía que aquel ingreso adicional les era muy necesario, pues ya tenían cada uno dos hijas y el sueldo de la Clínica, su único ingreso, seguía siendo escaso. Paz Montalvo iba también a primera hora para hacer informes y tratamientos y despachar correspondencia, pero tuvo que ser ayudado por Fernando Peláez. Fue muy generoso con todos: él cobraría la mitad de lo ingresado y la otra mitad se la repartirían entre los cinco, tras pagar a Jesús, que no dejaba de desentonar algo en aquel ambiente sencillo con su media etiqueta y su pajarita que siempre conservó. La consulta, como había pronosticado Conchita, bajó algo, pero los verdaderos enfermos no dejaban de buscar a don Carlos, ya a cuerpo limpio, sin escenografía, al médico de mayor categoría, al que más confianza les inspiraba. No hubo muchos de sus antiguos enfermos que desertaran por aquel cambio a unos locales mucho más modestos y sencillos.

Para «los chicos» supuso una fuente de experiencia compartir con él aquella consulta; les comentaba cada caso en lo que tuviera de interesante, les preguntaba su opinión, les hacía observaciones sobre lo que se les podía haber pasado en una historia y que él extraía en el reinterrogatorio, les comentaba los tratamientos... Su función era hacer las historias íntegras de los enfermos «nuevos» y la evolución de los antiguos, solicitar las exploraciones que consideraran necesarias y presentárselos finalmente a él. Ello contribuyó mucho a su formación y, viviéndolo en primera línea, cada vez estaban más asombrados de su finura en la exploración, de su pericia en el interrogatorio, de sus diagnósticos difíciles... y de su descomunal memoria.

En una ocasión, Mariano le presentó una enferma «nueva» a la que había historiado como tal. Don Carlos, nada más verla y echar una ojeada a su nombre, le dijo: «¿Por qué has hecho esta historia como nueva? Esta señora ya la he visto antes.» «Perdone, don Carlos, pero ésta es la primera vez que me ve.» La contestación los dejó pasmados: «No, no señora. Yo la vi a usted en Sevilla, cuando era muy jovencita. La llevó su padre, don Benigno, de Fregenal de la Sierra, porque le habían encontrado anemia.»

En otra ocasión fue con él, acompañándoles a una consulta a Albacete; iba también con ellos Gustavo Leoz, el oftalmólogo que aprovechaba aquella oportunidad imprevista para ver a su amigo, el también famoso oftalmólogo Belmonte. Fueron charlando; don Carlos les anunciaba cuál era el siguiente pueblo y los méritos de su iglesia o lo importante de la cosecha de ajos de Pedroñeras. En los intervalos ojeaba rápidamente un montón de revistas que siempre llevaba para no perder el estudio en aquellas horas de coche. Lo hacía rápidamente y parecía a los otros que era imposible que les prestara mucha atención. Al cabo de dos años, en una sesión clínica, citó un trabajo que suponía una aportación a la enfermedad de que se trataba y Mariano se quedó boquiabierto cuando añadió: «Está publicado en el "American Journal" de abril o marzo de hace dos años. Me acuerdo bien porque lo leí yendo a una consulta a Albacete.»

Muchos ejemplos similares podrían ser referidos a aquella increíble memoria, aunque él mantenía que no era cuestión de más o menos retentiva, sino del interés que uno pusiera en lo que hace, en lo que estudia.

A pesar de toda su actividad, de su puesto indiscutiblemente destacado en la Medicina española, la Clínica de la Concepción continuaba con apuros económicos. De las fuentes de ingresos que don Carlos había expuesto, varias seguían fallando. El concierto que finalmente había conseguido con el Seguro Obligatorio de Enfermedad, al que correspondía la mayor parte de la enfermería, sólo aseguraba el pago del «coste», sin ningún beneficio. Por otra parte, el referido coste era analizado con lupa al final de cada ejercicio y la gran diferencia entre las tarifas pactadas a principio de año y el coste real, iba siendo progresivamente mayor y liquidado con mayor retraso. El coste de la medicina se había disparado con las nuevas y modernas técnicas y equipos, que ya eran imprescindibles para mantener el alto nivel de una Medicina sofisticada, alcanzada por muy pocos centros. De las restantes fuentes que optimistamente había previsto en aquel documento que envió a Franco bajo el epígrafe: «Posibles fuentes de ingresos», el único que había respondido a lo previsto, aun con resistencia de algunos médicos, era el porcentaje por actividad privada; los donativos de camas (aquellas 10.000 pesetas al año) eran ya manifiestamente insuficientes y algunos de los donantes habían ido abandonando. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas daba, efectivamente una subvención..., pero de 700.000 pesetas anuales, de todo punto insuficientes para el mantenimiento del Sector de Investigación que ya abarcaba como Secciones: Bioquímica, Metabolismo, Nutrición, Hormonas, Inmunología, Nefrología, Medicina y Cirugía Experimentales, Anatomía Patológica, Laboratorio Cardiorespiratorio, Hipertensión, Unidad Metabólica. Los ingresos por matrículas de cursos eran prácticamente nulos, ya que la mayor parte de ellos se daban gratuitamente. El referente a la Asociación Protectora había ido decayendo. Lo que en un primer momento era esencial para el Instituto, era ya una cantidad ridícula para una Institución de cerca de quinientas camas. Además en ese año 1959 murió don Pablo Garnica, su motor, y prácticamente desapareció como tal Asociación Protectora.

La desaparición de don Pablo fue un duro golpe para don Carlos, ya no en el sentido económico, sino por todo lo que había favorecido en sus comienzos y su clara inteligencia y bondad. Para él fue un hombre clave en la realización de su obra, aunque posiblemente el incumplimiento de las promesas de March fue motivado por su enemiga con don Pablo. De las restantes fuentes de ingresos había desaparecido la subvención, muy corta, del Ministerio de Agricultura por haber cesado la labor de «Análisis de alimentos», que Vivanco y su grupo habían estado llevando a cabo durante años... y la supuesta del Ministerio de Educación Nacional no llegó nunca, a pesar de la labor realizada en la enseñanza de alumnos y enfermeras, como tampoco la de la Beneficiencia General del Estado, que no tuvo en cuenta que aquella Institución privada atendía gratuitamente (tipo 0) a buen número de enfermos que a ella pertenecían.

En un escrito dirigido al ministro subsecretario de la Presidencia del Gobierno en julio de aquel año expone esta situación, pero además, en una huida hacia delante, solicita dinero para ampliación. La veía necesaria para aumentar la actividad, pero sobre todo para acoger nuevos y necesarios servicios que el avance de la Medicina hacía imprescindible:

«El que suscribe, Carlos Jiménez Díaz, profesor de la Facultad de Medicina y director del Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas, tiene el honor de exponer a usted lo que sigue:

La obra del Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas quedó interrumpida por falta de medios, muy comprensible, y nuestra Institución ha se-

guido funcionando con amplitud y, según creemos, con fecundidad y eficacia. Algunas obras que ha sido necesario hacer en estos dos años las hemos efectuado con fondos propios y algunos donativos que hemos recibido de personas que han estimado nuestra obra y han querido ayudarla. El problema principal de la Institución es que el presupuesto de gastos anuales supera a los ingresos y esto produce un déficit que quisiéramos eliminar, sin sacrificar al Estado con una subvención que, por el momento, acaso sería difícil. Creemos que, bajo todos los puntos de vista, es mucho más conveniente aumentar los ingresos para que puedan llenar los presupuestos y a este objeto consideramos sería necesario continuar las interrumpidas obras para, teniendo más camas, obtener mayor rendimiento económico, esto aparte de otros aspectos: aumento de experiencia y posibilidades de investigación, extender más nuestra labor científica y docente y concluir un edificio que con tanto entusiasmo, comprensión y generosidad fue emprendido en virtud de la alta decisión de S. E. el Jefe del Estado y su Gobierno.

Por todo lo anterior, el que suscribe solicitó de S. E. el Jefe del Estado y asimismo de V. E. la concesión de una ayuda de doce millones de pesetas, que podría otorgarse en tres anualidades de a cuatro millones de pesetas. Como según parece, ha sido acordada esta concesión en el último Consejo de Ministros, suplico a V. E., se digne tramitar esta petición y decisión al Excmo. señor ministro de Hacienda para que pueda ser realizada, esperando esta nueva gracia de la alta comprensión y sentido de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.»

Las obras a que hace referencia, emprendidas a su costa, consistían en levantar otros dos pisos sobre los tres iniciales de las alas del edificio inicial, y en el lateral izquierdo del sanatorio que daba a la Plaza de Cristo Rey y estaban destinados a Pediatría, cuyo Servicio se había quedado manifiestamente pequeño para asistencia y docencia, bajo la jefatura del doctor López Linares y para dar más camas a la gran labor realizada en el de Respiratorio, en el que el doctor Lahoz había sumado la Alergia y en que se estaban haciendo importantes estudios de la función respiratoria, así como terapéuticas especiales de ventiloterapia, fisioterapia, etc., que había incorporado, tras su estancia en el Hospital Bellevue durante su estancia en Nueva York con el profesor André Cournand, Premio Nobel en 1956.

Conseguida esta nueva ayuda estatal, las obras fueron proseguidas, en lo que era la cuarta ampliación a partir del insuficiente edificio inicial proyectado para el Instituto Rubio.

A la vuelta del verano del 59 en Salces, don Carlos tuvo una gran satisfacción. El Instituto Karolinsko concedió el Premio Nobel de Medicina y Fisiología a su antiguo colaborador, su jefe de Sección de Fisiología en el primer Instituto abortado por la guerra: Severo Ochoa.

Aunque se hubiera nacionalizado norteamericano, era el segundo Premio Nobel de Medicina, tras el de Cajal en 1907, que se concedía a un español. Habían tenido que pasar cincuenta años, además, en esta ocasión el trabajo que mereció tal premio había tenido que ser desarrollado fuera de España, lo que seguía indicando que a pesar de sus esfuerzos y de otros pocos, persitía la distancia de nuestra investigación respecto a otros países, o incluso se había incrementado al requerir la alta investigación básica métodos más y más sofisticados, aparatos y técnicas cada vez más inasequibles.

Don Carlos rememoraba a aquel joven fisiólogo que empezó a admirar cuando estuvo en el Tribunal de su tesis doctoral, tras sus estancias en Londres con sir Henry Dale, luego también Premio Nobel, y con Dudley, titulada: «Los hidratos de carbono en los fenómenos químicos y energéticos de la contracción muscular», y que tenía un nivel muy superior a las habituales tesis de compromiso. Recordaba asimismo la injusticia de sus fallidas oposiciones a la cátedra de Santiago de Compostela en el curso 1935-36, que demostraba una vez más el fracaso del sistema universitario español que hacía perder para su docencia a los mejores hombres. Pero sobre todo recordaba aquellos meses ilusionados del primer Instituto, la incontenible ilusión que había puesto en el montaje de su Sección, con la colaboración de Oya y Clariana y su despedida en aquel Hospital Ada de la Fuente, de Chamartín. Había seguido su carrera posterior desde su marcha de España, pocos meses después que la suya. De aquella salida diría después Ochoa:

—Aunque muchas veces he dicho que la guerra civil me dio el empujón para marcharme de España, me hubiera ido de todos modos. Aunque sea triste decirlo, casi siempre me encontré mejor en el extranjero que en España. Pura y simplemente porque pude trabajar mejor fuera. Es un hecho. Mi mentalidad ha ido siempre más allá de los Pirineos.

Don Carlos siempre había admirado en él al investigador «puro», al gran buscador de nuevos hechos y caminos, a su preparación excepcional y al hombre. Se alegró también mucho por su esposa Carmen Cobián, que al igual que Conchita en su vida, había jugado en la de Severo un papel trascendente, de camarada. Les recordaba en su reencuentro en Nueva York, en aquel primer viaje del 48, cuando ya Ochoa, tras su estancia en Heidelberg con Meyerhof,

en Oxford con Peters, en San Luis con los Cori (otros Nobel), se había incorporado a la N.Y.U. y llegado a jefe de Departamento de Farmacología. Aquellos días compartidos en Nueva York no hicieron más que incrementar su amistad, su mutuo afecto y consideración..., y ahora le había llegado el GRAN PREMIO, el muy merecido premio, junto a su colaborador Arthur Kornberg, que le había ayudado tanto en sus investigaciones sobre el R.N.A., que abrían las llaves del conocimiento del código genético.

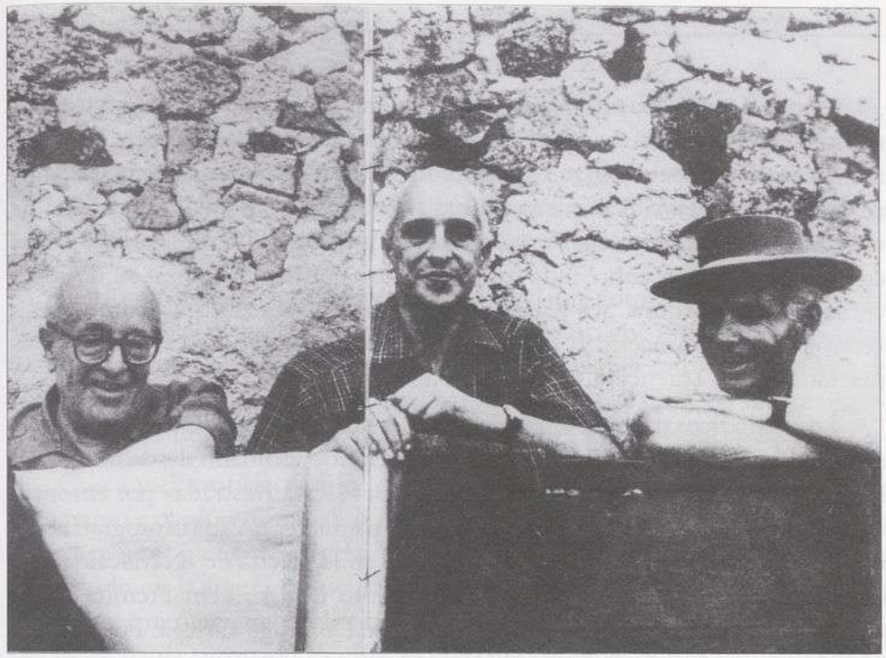
Don Carlos y Conchita pensaron en ir a Estocolmo, a la gran ceremonia de entrega de los premios, pero finalmente les fue imposible. De la Clínica fueron Obrador y Barreda. El primero amigo de promoción, luego compañero íntimo en Oxford, con el grupo de distinguidos exiliados: Del Río Hortega, Alberto Jiménez Fraud, con su mujer Natalia Cossío; Paulino Suárez, Nicolás Gómez del Moral, Trueta. Después había viajado con su esposa inglesa, Margareth Blanchard, y los Ochoa hacia Méjico, tras escalas en Boston, Nueva York, La Habana y Veracruz, hasta llegar a su destino, para Obrador por años, para Severo el tiempo justo para obtener visados para Estados Unidos. El segundo, Barreda, compañero y amigo en la cátedra de Negrín. En aquellas palabras de don Sixto de un «13 de febrero», ya citadas, al referirse al inicial Instituto, dijo:

—La ocasión de este recuerdo no podía ser más grata, al pasear Pedro Barreda y yo, por las calles heladas de Estocolmo, con motivo de asistir al acto inolvidable para todos los médicos españoles, y sobre todo para su antiguos compañeros y amigos, de la concesión del Premio Nobel a nuestro Severo Ochoa.

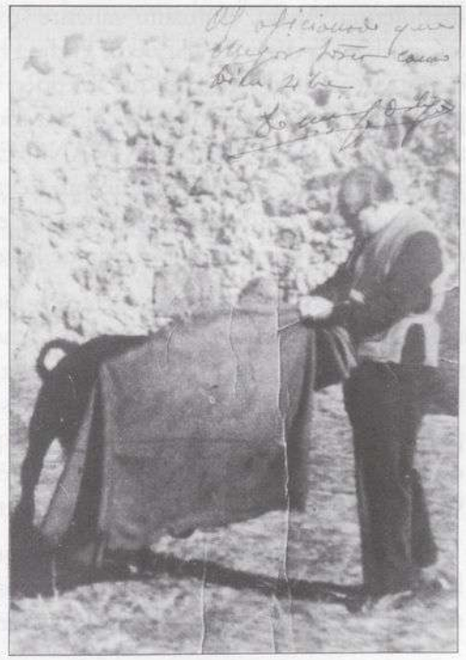
Además de ellos asistió una representación oficial —aprobada en Consejo de Ministros— que integraba médicos notables. La presidió el director general de Sanidad, el profesor de Obstetricia y Ginecología, don Jesús García Orcoyen, y le acompañaban oficialmente el catedrático de Fisiología, don José M. del Corral, y el gran histólogo, discípulo destacado de Cajal, don Fernando de Castro. No podía faltar a aquella excepcional cita uno de sus más íntimos amigos españoles, el gran cardiólogo don Francisco Vega Díaz.

El Premio Nobel de Ochoa, hizo que España entera quisiera disfrutar de su presencia, de sus conferencias. Había sido un desconocido, incluso entre gran parte de la clase médica, pero ahora repentinamente era una «gloria nacional».

Su primera visita fue a la Clínica de la Concepción, sin poder olvidar aquel primer Instituto de Investigaciones Médicas en que don Carlos le había dado la primera oportunidad de investigar en su país.



Con Severo Ochoa y Domingo Ortega en el burladero de «Navalcaide».



Toreando en «Navalcaide». Dedicatoria de Domingo Ortega: «Aficionado que mejor torea, como bien se ve.»

Como siempre los periódicos le perseguían. En aquel viaje del 60, Ochoa se sintió acosado con constantes peticiones de entrevistas, en que trató de aclarar que su Nobel desgraciadamente no había sido conseguido en España, en resaltar la necesidad de que se prestara más atención y medios, creación de un ambiente adecuado, sin el que personas ya destacadas en la Bioquímica, como Alberto Sols y, sobre todo los jóvenes, no podrían cristalizar su decidida vocación investigadora. Sus palabras fueron muchas veces duras, como tantas veces en que con sinceridad se expresan las carencias, las verdades de una situación de escasa atención estatal a la Ciencia.

Los periódicos, sin embargo, se detenían más en lo anecdótico. Su regreso a su pueblo natal, Luarca, en cuyo bello cementerio asomado desde un cerro a la mar, reposaban los restos de sus padres. «La Gaceta Ilustrada» por entonces semanario de primer fila, publicó toda una página con varias fotografías del «mano a mano» de don Severo y don Carlos, en la placita de «Navalcaide», en la finca de Domingo Ortega. Los pies de foto decían: «Un Premio Nobel tomó la "alternativa" en la placita de tientas de Domingo Ortega. Fue una corrida fantástica en la que el Premio Nobel lidió mano a mano con otro famoso, el doctor Jiménez Díaz. Arriba a la izquierda los dos "diestros" con el torero en el burladero. En el medio don Carlos Jiménez Díaz con una arriesgada manoletina. Abajo, el mismo valiente "diestro" cita para el "pase de la muerte"; arriba a la derecha: el doctor Ochoa torea al alimón con Ortega; está sonriente y tranquilo y diríase que un poco asustado: la vaquilla quiere colársele peligrosamente. Pero no hubo cogida, todo se resolvió de manera optimista y alegre. En el texto "MANO A MANO ENTRE FAMOSOS. OCHOA Y JIMENEZ DIAZ." "¿Qué español no lleva dentro un torero dormido?, sospecho que todos aunque no se atreva a darle café para que no se despierte. No lo elude, cuando llega el caso, el doctor Jiménez Díaz."

En la finca de Domingo Ortega hubo tienta y aquello permitió un mano a mano entre famosos. Don Severo Ochoa y don Carlos Jiménez Díaz. Pero su fama hay que buscarla en la Medicina. El doctor Ochoa reside en Estados Unidos, pero pasa este año sus vacaciones en Luarca. El Premio Nobel lo ganó por una de esas investigaciones difíciles que escapan al profano: los enfermos queremos cosas muy concretas. También en esto es excepcional el doctor Ochoa: es médico de los que dejan fumar.

Le he oído una frase: "Es probable que el tabaco encierre riesgos, pero en la vida actual estamos rodeados de tantos peligros, que el del tabaco es mínimo. " ¡Y olé!... El doctor Jiménez Díaz le echó "más drama" al asunto: imposible faena de muleta, de las que provocan nubes de pañuelos en el tendido. Si don Carlos no perdiera el tiempo con la Medicina sería famoso por otras cosas: como pintor, por ejemplo. Y por si fuera poco, queda su estilo de torear a dos dedos de los pitones... Corrida fantástica en ruedo serrano. Y si alguien ama las frases, se le puede decir: una faena de médico, es una faena de alivio.»

Curiosamente, en la página anterior hay una fotografía de Lola Flores «Lola en Marbella», paciente y amiga de don Carlos, que muchas veces acudió a su casa, sobre todo en época de unión con Caracol, a cantar «de verdad» el flamenco que tanto le gustaba. Para entonces Manolo Caracol, el gran sabedor de «los cantes», ya había muerto... en la Clínica de la Concepción.

Con aquella satisfacción de que su antiguo colaborador y amigo recibiera el máximo galardón mundial de la Medicina, se completaba una década, la de los cincuenta, plena de alegrías y realizaciones. En ella don Carlos se había convertido en la figura indiscutible de la Medicina española, ya con un gran renombre internacional en los más diversos campos de la Patología, pero, sobre todo, había coronado su obra: la creación de aquel centro tan perseguido, en que pudiera unir una asistencia moderna y humana para todos, con la aportación de los últimos avances de la Medicina y Cirugía, junto a su Instituto de Investigaciones, potenciando en los nuevos locales y con incorporación de nuevas generaciones ilusionadas con el trabajo original y, finalmente, con el inicio de un tipo de docencia nuevo, revolucionario, tal como había siempre propugnado tanto para los alumnos como para los postgraduados y su continuidad para médicos generales.

Por todo ello, como había dicho en la cena del «13 de febrero» estaba contento, estaba ilusionado..., pero aún no satisfecho.

Capítulo XIII

La Fundación Jiménez Díaz (1960-1966)

Cantándonos a gritos
fúlgidos de futuro
Eso no es nada aún.
Buscaros bien, hay más.

«17», PEDRO SALINAS

LA DECADA DE LOS SESENTA, comenzó con mal pie para la Medicina española. En ella desaparecerían sus dos grandes figuras, las que le habían proporcionado fama y universalidad.

Marañón, once años mayor que don Carlos, había tenido el año anterior un ictus, del que le quedó importante déficit neurológico. Aunque la atención directa la llevaran sus discípulos, fue llamado en consulta por uno de los más destacados del grupo, Justo Jimena, excelente médico y persona, al que don Carlos había incorporado como secretario, junto a José Carlos de Oya, a la Sociedad de Medicina Interna.

Don Gregorio le agradeció mucho aquella visita, pero sabía tan bien como él que poco o nada podía hacerse. Después de explorarle tan concienzudamente, como hacía con cada enfermo, se miraron expresivamente... y comenzaron a hablar de otras cosas, de recuerdos comunes, de aquellas primeras oposiciones que motivaron la campaña que don Gregorio, Lafora y otros habían desatado contra «el sistema», apoyándose en aquel escándalo, de sus tiempos de exilio en París.

Ambos sabían, y don Gregorio lo aceptaba serenamente, que aquélla sería una de las postreras conversaciones que restaban. Efectivamente, cuando volvió a verle, el 26 de marzo del 60, de nuevo llamado por Jimena y Martínez Díaz, Marañón estaba agonizante, tras la repetición del accidente vascular

cerebral; al día siguiente fallecía y su entierro fue una de las mayores manifestaciones de duelo que en Madrid se recuerdan. España había perdido una de sus figuras médicas y un gran, inmenso, humanista; la única persona de la historia hispana que fue simultáneamente miembro de cinco Academias: Medicina, Lengua, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Historia y Bellas Artes, lo que da idea de la universalidad de su obra.

A pesar de la diferencia de edad, su desaparación fue para don Carlos una especie de aviso de que su andadura vital se acortaba, que no quedaba tanto tiempo para seguir desarrollando labor.

Auque se hubiera querido crear el mito de la rivalidad ambos habían sabido valorar altamente la obra respectiva; más universal y humanística la de Marañón, más estrictamente médica e investigadora la de Jiménez Díaz. Pero se trató de hacer de ellos la clásica pareja destacada y enfrentada —Joselito/Belmonte—, o más en el ambiente médico Von Bergman/Sauerbruch en Alemania o Widal/Váquez en Francia.

Sus libros conformaron durante décadas obras esenciales en la formación de cualquier médico español o sudamericano. En años de posguerra apareció la obra magna de Marañón, su «Diagnóstico etiológico», del que luego habría repetidas reediciones y puestas al día, en que, como dice en su prólogo (haría muchos para libros de otros, por lo que algún chusco le llamó Don Prolegorio) ataca «la funesta manía de asignar nombre propio a enfermedades discutibles».

Las no completas «Lecciones de Patología Médica», de Jiménez Díaz, hasta la aparición en 1950 de su tomo séptimo, definitivo, de «Enfermedades del riñón», tenían un planteamiento totalmente distinto, original e irrepetible. Su nombre de «Lecciones» correspondían a su origen, sus clases, en que partiendo de la historia de un determinado enfermo, hacía llegar los saberes más actualizados y las incógnitas a resolver, pues siempre le gustaba resaltar la ausencia de dogmas, muchos de los cuales él hacía disolverse con nuevos hallazgos, hasta dejar ver el vacío de su contenido, y señalar caminos, intuiciones que muchas veces sólo el paso de los años vinieron a confirmar.

Marañón había sido nombrado, sin oposición ya que siempre renunció al «sistema», profesor de una asignatura de doctorado, creada para él, la de Endocrinología y tenía su Instituto de Patología en un edificio independiente en el jardín trasero del Hospital Provincial y su propio «Boletín» de dicho Instituto, donde publicaban él y sus colaboradores sus trabajos. Eran los dos únicos centros con producción propia suficiente para mantener una publicación médica «exclusiva».

Todas sus actividades, especialmente los congresos en el extranjero, pero también conferencias, honores recibidos, etc., habían sido constantemente aireados por la prensa.

Ese mismo año, le llegaría a don Carlos uno de sus mayores momentos de gloria, de realización, algo que ningún médico español había conseguido hasta entonces en el concierto internacional. En el verano se celebraba el VI Congreso Internacional de la Sociedad Española de Medicina Interna en Basilea. Llevaba seis años en la Junta Directiva. Tras aquel famoso que presidió en Madrid, inaugurando su «Aula», el V había tenido lugar en 1958 en Filadelfia, al que acudió. Queda su testimonio de este viaje del 60 y de su prolongación al Europeo de Cardiología, en Roma. Volvamos a «oírle», aunque sea parcialmente, sobre este trascendental periplo.

«Agosto 1960. VI Congreso de Medicina Interna en Basilea:

Sábado día 20: Por la mañana arrancamos de Salces, como siempre con gran ilusión por el viaje, pero con esa tristeza que supone dejar la vida tranquila y apartada fuera de todas las preocupaciones que este idílico lugar nos procura. Lo malo es cortar tan pronto los días de la montaña y limitar los trabajos que se escriben... En Torrelavega paramos a ver la catástrofe de Reocín y sobre las doce llegamos a Noja a ver a los Garnica, ¡cómo se echa de menos la presencia de don Pablo!... Cuando llegamos a Zarauz estaba allí Mariano y nos dio una gran alegría. Encontrarme con Mariano con todo lo que él es y supone me produce una emoción con añoranzas de toda una vida. Me siento tan en realidad unido a él... con la misma emoción nos separamos, dejándole feliz.»

Pasan el sábado tarde en Bilbao y el domingo se fueron con los Ortega y los Zumel a Biarritz, donde los toros eran de la ganadería de Domingo.

«¡Qué ambiente rodea a estos toreros! Todos tiene aspecto de ser tíos del fenómeno, suben, bajan, charlan, reciben visitas y rodean al pobre hombre que va a torear jugándose la vida... La plaza parece de circo o de televisión. Luis Miguel me brindó un toro y nos salimos en el cuarto para llegar a Burdeos.»

El 22 y 24 viajan por la cara norte de los Pirineos hasta llegar a Ginebra.

«Es una preciosa carretera que ofrece algunos puertos y descensos a valles, alrededor del Ródano y otros ríos. Aunque hacía mucho calor íbamos muy

felices con nuestra capota bajada que nos permitía mantenernos prendidos en la belleza del paisaje. Bordeamos todo el lago hasta Laussanne, a la entrada nos tocaron insistentemente las bocinas dos autos y entonces vimos que eran Manín, Ortega, Franco, Aguirre y Segovia con sus mujeres. ¡Esto sí que es casualidad! Después de la primera efusión fuimos a una cervecería de la plaza y estuvimos charlando y refrescándonos. Nos separamos y seguimos nosotros a Berna, a ver a Elsa.

Miércoles 24: Salimos para Basilea. También hizo muy buen día, fuimos por Solthurnn; el camino monótono, pero con zonas muy bonitas, y llegamos a "Los Tres Reyes"... Enseguida fuimos al Muster Messe, donde se celebra el congreso... Yo me fui a la reunión que teníamos del Comité Ejecutivo. Todo el mundo muy amable, en un medio muy cordial (en estas reuniones internacionales, como cada uno tiene su idioma y sus costumbres, y lo que nos liga es puramente ocasional, hay una cordialidad casi explosiva que no tiene detrás nada: "¡Está usted muy bien! ¡Qué buen aspecto! ¿Buen viaje? ¿Y madame?", etc.). Allí se habló del próximo congreso, yo insistí en Alemania (De Langen proponía Amsterdam y debió enfadarse). Después Russell Brain habló de tener que elegir presidente (yo decía: "¿A quién elegirán?") y Gigon dijo: "Yo propongo al profesor Jiménez Díaz." Todos dijeron: "¡Muy bien!" y aplaudieron.

Yo me quedé muy sorprendido y lo dije y todos sonrieron al parecer con abierta simpatía hacia mí.

Enseguida fui al hotel a ver a Ch. que se alegró mucho, pero lo tomó como cosa natural... En la cena, inmensa cantidad de gente, todos nos saludaban y muchos se levantaban, pero teníamos reservado sitio. Obligué a Manín y Segovia a que vinieran a mi mesa para que traten gente, porque hacen como los chóferes, que se reúnen a comer y vivir separados de los señores.»

Los días 25, 26 y 27 se refiere al congreso, donde continuamente estuvo en primera fila, sin perder nada, participando en las discusiones, como siempre hacía.

«Un comentario: "Ya me cansaba tanto electrolito." Salimos alegres y fuimos al Teatro Romano. Poca cosa (¡qué dirían en Mérida!), pero cuidado y arreglado. El crepúsculo era maravilloso de luz y en aquel ambiente repercutía la música de Mozart de severa ternura ejecutada por una pequeña y buena orquesta. Madrugamos para oír a Theorell. Me gustó mucho sobre todo Hadorn, profesor en Munich ¡a lo que ha llegado desde maestro de escuela! Fuimos al museo, exposición de Holbein. ¡Qué bonito el grupo de Rodin a la entrada!»

El sábado 27 era la asamblea por la tarde, antes de la clausura. Todo el grupo de colaboradores, a los que no había querido decir nada de su elección como presidente para que tuvieran una agradable sorpresa, cometieron una estúpida falta que algo le amargó aquel momento trascendente. Al acabar la sesión matutina decidieron que, tras tres días de conferencias y simposiums, bien se podían tomar un respiro vacacional y se fueron de excursión a Freiburg...; se perdieron, pues, aquella hora cumbre de su maestro y al enterarse al regreso hubieran querido que les tragara la tierra. A don Carlos le había dolido, lógicamente, que precisamente fueran sus discípulos los que no estuvieran junto a él. En el diario lo suaviza, pero fueron momentos tensos, que empañaron la alegría de todos. Gracias a que el profesor Fernández Cruz, siempre tan cariñoso, «echó un capote», minimizando el patinazo e invitándoles a cenar todos juntos para celebrar tan importante nombramiento.

Volvamos al diario:

«A continuación fue la Reunión Internacional, donde Ortiz de Landázuri representó a España. La proposición de mi nombramiento de presidente se recibió por aclamación... vino luego la sesión de clausura. Me aplaudieron mucho y dije unas palabras... Ortiz decía: "¡Cuánto le ayuda a usted Dios, don Carlos!"; yo también lo creo... nos bajamos al hall a esperar a todos los españoles para irnos a cenar (Fernández Cruz, Piniés, Peláez, Ortiz, Carreño). Estando allí llegaron Manín y los colaboradores sofocados porque se habían ido a Freiburg y llegaron a las siete y media. ¡Hay un modo de ir a los congresos! Puse, aunque dije las cosas, buena cara, y fuimos a un restaurante típico "El Molinillo de Pimienta". El ambiente y la cena fueron muy simpáticos; insistí en la necesidad de la cordialidad entre todos; a todos les había impresionado mi elección. Fernández Cruz, que es muy bueno y su mujer muy simpática, consiguieron que pasara el enfado y las caras largas y avergonzadas de los chicos. Yo creo que aquello resultó muy bien.»

El honor y, sobre todo, el reconocimiento a su labor, a sus aportaciones a la Medicina Interna española que él representaba, fueron una de sus mayores satisfacciones, aunque, como se ve en lo transcrito abandona cualquier tono triunfalista. La verdad es que no era modesto y, como casi todo el mundo, era sensible a aquellos triunfos que, eso sí, estaba seguro que se merecía.

El cuaderno de viaje prosigue en su ruta a Roma, pero dando vueltas, a Lucerna, Selva Negra, Austria... Sólo transcribiremos algunos retazos:

«Fuimos hacia Lucerna, por un paisaje muy suizo y con un día magnífico. El lago de Lucerna es el más bello por su color, su forma irregular y, sobre

todo, por los alrededores montañosos, bosque, etc. Desde abajo la subida es difícil y da muchas vueltas, pero hay que ver qué maravilla, tanto en la vista hacia el lago como a la montaña, llena de casitas recordando el Puerto de Fuentes, las vacas, sus campanos... El ambiente es de balneario, con mucha gente bien vestida, con ese aire triste y mesurado que tienen los ricos respetables y también jóvenes tostados con trajes arbitrarios correspondiendo todo a lo que llamo "el deporte quemado"... Había algunos huéspedes que suscitaban la curiosidad de Ch.: la señora con la cara negra por intoxicación de plata, la india con sus túnicas variadas y fastuosas, la otra joven más de película, el señor gordo, los tres asociados (gente de cine, que recordaban a esos grupos que salen en el cine de intriga, venganzas y disparos recíprocos). Veía con pena que dejábamos aquel paisaje, pero si nos hubieran dejado tranquilos y yo pudiera estudiar más, acaso nos habríamos quedado. Además aquello era muy caro. Estos celajes ceñidos a mí me producen tristeza dulce y me duele dejarlos.»

De allí pasaron a Alemania, a Friburgo:

«Junto a la casa dorada en la plaza de la catedral, que es de un gótico sencillo, pero en conjunto muy bueno. Enseguida se entra en la Selva Negra y pasamos por el maravilloso paisaje de Hirsh-Spruwung —Salto del Ciervo— y por la zona del Titisee. El espectáculo era grandioso. Bajamos del coche e hicimos un paseíto por el bosque, que parecía muerto, al otro lado del rápido riachuelo... ¡Qué luces las del atardecer! Nos fuimos hacia Innsbruck y todo el camino era precioso. Ch. iba diciendo: "¡Ya estamos en Austria!" Le decíamos: "¡Todavía no!" "Pero es lo mismo", decía ella.

Después, las llanuras de verdes luminosos con las grandes montañas al fondo y los pueblecitos todavía con torres de iglesias en finas agujas, los Cristos en los lados de la carretera todo sonriente y animador; es impresionante. Desfiladero entre montañas a veces estrecho, otras se abre como en un abrazo en vallecitos. Los montes llenos de abetos, pinos, avellanos, castaños, muchas flores, la recolección de la hierba, los trajes típicos tiroleses, los bosques cada vez más inmensos van reduciendo el tiempo y elevan el ánimo. Ya entramos en Italia, ¡pero qué bajada! Es divino el camino y rápido el ascenso; abajo se dejan valles y pueblos; sobrecoge un poco la sorpresa que se espera... es un espectáculo gigante bajar por aquellos espesos bosques (vegetación soberbia y caída de agua), luego la vegetación ya más cálida, los viñedos, los frutales se ve que se han cambiado de país, se comprende que sea considerado un paraíso por alemanes y austríacos... Por fin llegamos al lago de Garda, el lago iba adquiriendo una luz luminosa y crepuscular (cuando los lagos se echan a dormir).»

El día 5 van a Bérgamo, como «el lago y los alrededores son muy bonitos, como todas estas ciudades en la costa de un lago sitio de reposo, lleno de hoteles con aire lujoso... Nos fuimos a la Villa d'Este —"palazzo" grandioso— con magníficos jardines y escaleras, fuentes, cipreses, arreglado como hotel de lujo, donde, en efecto, se respira el comienzo de siglo; ¡qué escaleras, tapices y cuadros!» Siguen a Locarno, donde se les estropeó el coche, después de aquella paliza de kilómetros.

«Salimos pensando pasar el Gothardo por el tren; aquello recordaba a don Quijote al volver maltrecho. (Por fin arreglan el Plymouth y siguen por carretera.) Es maravillosa aquella garganta; se veían las cimas nevadas y hacia sol. Ch. preguntaba muerta de miedo: "¿Pero pasa por allí arriba la carretera?", le dijimos que no (yo así lo creía), pero empieza la subida y llegamos a la nieve. El espectáculo es inenarrable... Al coronar, el lago es negro a un lado y blanco al otro. Ya no se desciende tan rápido, el puente del "Diávolo"... Es imposible describir tanta belleza.»

Vuelven a Lucerna y Berna, donde va al hospital con el profesor Wyss y luego Interlaken, Ginebra, Annecy, Chambery, por la «Ruta de Napoleón» a bajar hasta Cannes, siguen hacia San Remo (recuerdos de la guerra), Pisa. «Y renovamos la emoción de ver aquella plaza, ahora más cuidada, como en 1936» (según Ch., de recién casados) Venecia, Florencia, Siena, la calle que subía Petrarca, Perugia.

«Sábado 17: ...El hombre de los periódicos voceaba lo de Fabiola, lo leímos enseguida, lo comentamos. Asís. Los divinos frescos de Giotto, la tumba del santo, el claustro, la iglesia de Santa Clara, La Porciúncula, cosas ya conocidas, pero con emoción renovada siempre. Por fin, tras ¡veinte días!, Roma.»

En Roma se celebraba el Congreso Europeo de Cardiología y allí estaban sus colaboradores de dicha especialidad: Varela de Seijas, Barreda, Medina y los dos sobrinos Rábago, médico y cirujano. El congreso duró toda la semana del lunes 19 de septiembre al sábado 24 y en las hojas de su cuaderno fue anotando nombres y comunicaciones destacadas, sin olvidar, lógicamente, las de su grupo «se han visto gentes interesantes y ha habido comunicaciones importantes; actuamos Pedro, Yoyo, Varela, Barreda y yo. Nuestra comunicación de pericarditis impresionó muy bien, intervención en la discusión de pericarditis. El sábado por la tarde fue la mesa redonda presidida por mí sobre arteritis, que gustó mucho como se llevó; hubo cierto interés... Fue en aquellos días agradable encontrar a Scimone, la cena en su casa, los paseos que hicimos, las comidas, la cena en el Palacio de Venecia el jueves... Me gané la vida con una

consulta (Scimone había sido en el 36 uno de los pioneros del primer instituto y era investigador. No le había vuelto a ver desde entonces)...» Y ya refiere el viaje de vuelta, en el que se habían sumado al coche Pedro y su mujer Nela, por la Costa Azul, a entrar en España por Cataluña y regreso definitivo a su casa de Madrid, el último comentario: «Otra vez empezamos. Dios nos seguirá ayudando. ¡Animo, confianza, ilusiones!»

Al año siguiente, 1961, de su nombramiento como presidente de la Sociedad Internacional de Medicina Interna, en Basilea, tuvo lugar el III Congreso de la Sociedad Internacional de Alergia en París. En él fue, asimismo, nombrado presidente de la Sociedad Internacional. Si difícil es encontrar un médico español que haya llegado al cargo cumbre de una sociedad científica mundial, desde luego no ha habido ninguno que fuera simultáneamente de dos, como fue su caso con las de Medicina Interna y Alergia, cargos que desempeñó desde 1960 a 1964. Ello era recogido en un recuadro con su fotografía en el «British Medical Journal», en que exponía el increíble currículum de aquel profesor español.

Para entonces ya había sido nombrado miembro del American College of Alergy, de la American Academy of Alergy, del Collegium Internationale Allergologicum y de prácticamente todas las sociedades internacionales de alergia existentes.

En el 64 le correspondió, como presidente de la sociedad, la organización del IV Congreso Internacional en Madrid. Tuvo lugar en octubre y fue un gran acontecimiento científico que abría los ojos a muchos destacados profesores extranjeros a la desconocida realidad de la Ciencia española. Al congreso, la Fundación presentó hasta siete comunicaciones con las investigaciones realizadas por el grupo ya liderado por Fernando Lahoz, que presidiría a su vez la Sociedad Española en 1966.

También en aquel año decidió fundar la Sociedad Nacional de Nefrología. Siempre el riñón había sido una de sus mayores atracciones para la investigación. Le parecía, como se demostraría en el futuro, que se había devaluado su trascendencia en la salud y la enfermedad con la excesiva atención prestada a su acción depuradora y de excreción, cuando su papel era mucho más «noble», más central, en muy diversos procesos. La puesta en marcha en la Fundación de aquel primer Servicio dirigido por Luis Hernando, con su riñón artificial y las posibilidades de trasplante iban a ensanchar ampliamente la antes inexistente especialidad.

Promovió el acto de fundación. En un aula de la Facultad sólo estaban doce personas, la mayoría de su escuela. No quiso asumir la presidencia, que recayó en su discípulo Gilsanz, ya con años de catedrático en Madrid, y la secretaría en Hernando, que luego sería presidente y daría a la recién nacida sociedad, tan parca en miembros, una proyección internacional superior a la gran mayoría de las restantes sociedades científicas nacionales. Hernando con el tiempo tendría el invaluable honor de ser elegido «inmortal», como se denomina a los académicos en Francia, honor raramente conferido a extranjeros.

En el verano del 62 tenía otra cita internacional importante. Se celebraba el VII Congreso Internacional de Medicina Interna en Munich. Esta vez decidieron ir en tren y no existe ningún diario de viaje. Iban a ir junto al matrimonio Ortiz de Landázuri. A don Eduardo le habían nombrado rector de la Universidad de Navarra y era, en aquel centro universitario, un continuador de las ideas y planteamientos docentes de don Carlos. (La Clínica Universitaria también había seguido muchas de las directrices que caracterizaban a la Clínica de la Concepción: docencia de alumnos y posgraduados, investigación y aquella asistencia mixta pública, concertada con la Seguridad Social, junto a la privada.) El Opus Dei había impuesto una buena organización y contaba con médicos y profesores valiosos. Don Carlos y Conchita querían entrañablemente a don Eduardo y a su mujer Laurita, tan impregnados del fervor religioso y sin nada del supuesto «materialismo» que se achacaba a aquella organización religiosa.

Como iban a ir también sus sobrinos, el matrimonio Jiménez Casado, que estaba veraneando en Pozuelo, para que Mariano continuara su trabajo en la clínica, le encargó a éste la organización del viaje. El plan consistía en que se encontraran los tres matrimonios en la frontera francesa desde sus puntos de arranque y allí tomar el tren a París, que enlazaba con el tramo del Orient Express a Munich, para seguir a Viena. A la vuelta, dos días después de terminado el Congreso, que se reservaban para descansar en Munich, volverían a París para estar allí tres días y ser recogidos por los coches en la frontera nuevamente.

Aquel año siguiendo la teoría de don Carlos de la autonocividad del plasma como posible mecanismo patogénico de diversas enfermedades y de su terapéutica inmunosupresora, que tanta repercusión había tenido en las enfermedades reumáticas con la mostaza nitrogenada, como primer intento mundial, un grupo de colaboradores (Segovia de Arana, Ortega Núñez, Aguirre y el propio Mariano) habían trabajado todas las tardes en el Servicio de Microbiología e Inmunología, que lideraba José M. Alés, haciendo técnicas para

demostrar la existencia de autoanticuerpos en enfermedades crónicas, especialmente en la trombopenia esencial (anticuerpos, antiplaquetas) y en hepatopatías crónicas (anticuerpos frente a distintas fracciones hepáticas). En el congreso se le había nombrado a don Carlos ponente sobre este último tema: el papel de la ya llamada autoinmunidad en la patogenia y cronicidad de hepatopatías, y quería que fuera su sobrino el que lo presentara personalmente, para darle realce, ya que era el único del grupo que asistiría a Munich.

La ponencia resultó bien y él estaba encantado de ver a Mariano en un puesto destacado en el programa.

Don Carlos, al ostentar la presidencia, era una de las figuras del congreso y sus acompañantes fueron objeto también de trato especial. Fueron unos días llenos de trabajo (aquella vez a Mariano ni se le ocurrió hacer ninguna «excursión» como la de Basilea).

Para don Carlos, especialmente por su cargo y las múltiples invitaciones y actos sociales a los que no podía dejar de acudir, resultaron un poco cansados, así que al salir de la clausura les dijo:

—Bueno, que bien todo, ¿no? He conseguido que el próximo congreso sea en Buenos Aires para dar un evento importante a aquel país tan querido y con tan buena y poco conocida Medicina... y ¡mañana los seis solitos aquí de descanso!

Mariano respondió:

—No, tío; siguiendo tus instrucciones, el viaje de vuelta a París es esta noche; saqué los billetes como me dijiste.

—¡Pero, hombre, si te encargué que dejaras un día más aquí para descansar!

—No, estás equivocado; me decías que sacara los billetes para París para esta noche y reservara allí las habitaciones del Gran Hotel para mañana.

—Bueno, no debiste entenderlo bien. Tendremos que aprovechar la tarde para un poco de turismo por la ciudad. Por lo pronto, iremos a comer a la famosa cervecería «Hoffbrau», donde Hitler inició todo el nazismo, que es muy típica.

Allí comieron. Era un local inmenso, al que se añadía un gran patio-jardín, lleno de largas mesas donde la famosa cerveza muniquesa corría a ríos. El envase más pequeño que servían era de medio litro, pero se bebía sin sentir y cuando trajeron la comida ya se habían trasegado un par de ellos. Habían pedido huevos en espejo «spiegeleir». Cuando las mujeres se enteraron que era de tres huevos solicitaron ese plato, pero sólo con dos..., pero llegaron con tres, que parecía ser lo mínimo para aquellos tragones y, a pesar de protestar, se los comieron todos. Fue una comida simpática, relajada, después de tantas cenas oficiales y de protocolo.

A media tarde dejaron los respectivos hoteles y fueron a tomar el tren que llegaba de Viena. Subieron cargados con todo su gran equipaje... y se encontraron sus camas ocupadas. Don Carlos, el único que hablaba alemán, protestó airadamente al revisor y éste, al echarles la primera ojeada, le dijo finalmente:

—Señor, estos billetes son para mañana.

Había tenido razón y Mariano, absurdamente, se había confundido de día. El tren no paraba mucho tiempo y hubo que bajar otra vez la gran cantidad de maletas y bultos. Mariano no sabía dónde mirar, estaba desolado, esperaba que, con toda razón, explotara una tormenta de rayos y truenos. La gente miraba por las ventanillas a aquellos raros expedicionarios que, aceleradamente, volvían a bajar los equipajes; don Carlos se debió contener el mal genio ante la cara de desesperación de su sobrino culpable y tuvo una reacción admirable:

—¡Qué bien, otro diíta en Munich; así podremos ir al zoo!

Y se puso a bailar en el andén una especie de jota. Con ello, el asombro de los de las ventanillas fue aún mayor y todo el tren estaba pendiente de aquel peculiar grupo, sin poder explicarse nada.

Como habían dejado sus habitaciones en Los Tres Reyes, tuvieron que ir rápidamente a ver si había habitaciones en el más modesto, cercano a la estación, en que había estado el matrimonio joven. Afortunadamente, pudieron quedarse allí y efectivamente ir al fantástico zoo, rodeado de parque, y visitar más a fondo aquella bella ciudad bávara, con ambiente «del sur» más festiva e informal que el resto del país, como una Andalucía alemana. El incidente quedó superado y esa noche ya encontraron sus departamentos del coche cama esperándoles.

La llegada a París, cerca de las once de la mañana siguiente, también tuvo su anécdota. Los Ortiz, nada más acondicionarse en el Gran Hotel, al lado de L'Opéra, se emperraron en que tenían que comulgar, como hacían cada día. El peregrinaje a aquella alta hora de la mañana de iglesia en iglesia se hizo

interminable; en todas habían cerrado hacía tiempo y hasta la séptima u octava que visitaron no encontraron un sacerdote que les pudiera atender en aquella «necesidad imperiosa».

Los tres restantes días fueron felices; don Carlos se sabía París al dedillo de sus días de la guerra y sus múltiples viajes y se conocía los buenos restaurantes, hasta el día de la semana en que había un especialísimo plato en «Le Cocq en Pat», o cuál era el mejor pescado de «Prunier» y sin perderse naturalmente los «impresionistas» del «Jeu de Paume», ni la «Gioconda» y la «Victoria de Samotracia» del Louvre... ni, en honor de Conchita, la sucesión de tiendas de moda de la Rue de St. Honoré.

Para todos fue un viaje inolvidable..., a pesar de su despistado organizador.

A su vuelta de aquel congreso internacional, bajo su presidencia, en el que había dado su alternativa como ponente a su sobrino Mariano, le esperaba aún otra cita de gran trascendencia en el ámbito médico mundial. La Ciba Foundation seguía organizando simposiums del máximo nivel, como aquél de Londres en 1954, en que sus teorías sobre el estímulo simpático sobre la pared arterial originaba la liberación de sustancias activas vasoconstrictoras, habían superado las críticas del grupo de la Cleveland Clinic.

En esta ocasión habían decidido que el simposium tuviera lugar en Madrid, como homenaje a sus contribuciones en tan diversos campos de la Patología. Estaba dirigido al tema de la biopsia intestinal. Era una técnica reciente en que, a través de una cápsula especial ingerida con la sonda diseñada por Crobs, se podían tomar muestras de la mucosa intestinal para su estudio histológico. Anteriormente a ella, esto sólo se podía conseguir a través de cirugía abierta y por ello la experiencia sobre el tema era escasa.

Don Carlos ya la había puesto en marcha en su Clínica, enviando a su joven colaborador, el peruano Ramiro Miranda, a aprenderla junto a su inventor. Aunque aquello no llevaba mucho tiempo de experiencia ya habían conseguido resultados interesantes sobre su estado en síndromes disabsortivos, en el sprue y en la enfermedad de Whipple.

La Clínica fue nuevamente lugar de reunión de los más destacados especialistas en el tema y el Aula Magna fue el marco de aquel simposium en su honor, que como tal sería publicado poco después en Londres. Todos quedaron admirados de la modernidad del centro, de cómo en aquel país, hasta hacía poco olvidado para la Ciencia, se hacían las más recientes técnicas y más

aún cuando supieron que todo aquel conjunto era la obra exclusiva de un hombre, casi sin más apoyo que su afán de progreso.

Ese 1962 una noche don Carlos se encontró mal, con un fuerte dolor que le oprimía el pecho pero, sobre todo, la espalda; a pesar de la localización atípica se autodiagnosticó, tomó un par de cafinitrinas y al ver que no cedía y que ya estaba bañado en sudor hizo que Conchita llamara a Pedro y a Mariano. Cuando llegó éste, se dio cuenta de la gravedad y de cómo él era consciente de ello. Conchita estaba muy asustada y nerviosa. Enseguida llegó Pedro, que como cardiólogo había llevado su electrocardiógrafo portátil y confirmó el infarto. Era bastante extenso, inferior, y había producido una fibrilación auricular. En un aparte comentó con su primo el mal pronóstico y, aunque a él no se lo podían ocultar, pues inmediatamente pidió el EKG para verlo, trataron de tranquilizar a su tía sin conseguirlo. Le pusieron morfina y el dolor pareció ceder, pero la arritmia persistía. Ya de madrugada decidieron llamar a Varela de Seijas, jefe de Cardiología, más que por consultarle, pues Pedro sabía que no podría añadir nada a lo por él efectuado, por consideración hacia él y por compartir la responsabilidad. La situación de gravedad persistía y dudaron si trasladarlo a la Clínica pero, por entonces, poco más se podía hacer allí y no se consideraba oportuno moverle en aquellas primeras horas. Decidieron entre todos seguir en su casa, trasladando todo lo que podía ser necesario y establecer un turno de guardia entre los tres (ya se había incorporado Gregorio), aunque fuera Pedro el que dirigiera el tratamiento. Afortunadamente, la evolución fue buena. Por la mañana desapareció la arritmia y su estado era estable.

La noticia corrió como la pólvora y la casa se llenó de gente a la que tenían que mantener apartada, excepto a sus hermanos, Mariano y Luis, que no aceptaban imposiciones y que no se movieron de allí en los primeros días, fumando un cigarrillo tras otro. Las radios y los periódicos dieron destacadamente la noticia, como siempre con los tonos más dramáticos y agoreros posibles, y el teléfono no paraba de llamadas de toda España y los telegramas no dejaban de llegar.

Era la primera vez, después de aquella grave pulmonía de Salces, en que estaba seriamente enfermo. Los cólicos hepáticos, que con alguna frecuencia había presentado, se los calmaba pronto con «Spasmalgina» y hasta llegó a dar una conferencia en pleno dolor sin que nadie se enterara. Nunca había sido aprensivo. Sin embargo, entre sus papeles se encontraron posteriomente dos cartas de «despedida» a Conchita en momentos de preocupación por su salud. Son documentos muy íntimos, pero que transcribimos porque reflejan espe-

cialmente su amor por Conchita, su escaso temor a la muerte y su capacidad para ocultar sus preocupaciones a los demás. Lo raro es que las conservara tantos años donde no pudieran ser encontradas. La primera es del 27 de diciembre de 1944 y en el sobre pone:

«A mi Chinina. Para leer sólo después de mi muerte.

Escribo con un dolor y una emoción que no quiero contagiarte y para ti sola Chinina de mi alma, estas líneas, mientras desde este cuarto de trabajo, que con tanta ilusión hemos puesto, te siento reír y gritar llena de vida, jugando a las cartas.

No me siento bien, mi hipertensión persiste, mi corazón salta deprisa, quizá habituado por mi sensibilidad y mi pasión a lanzarse; dolores en el pecho me anuncian un posible accidente brusco. Y, por si acaso me ocurriera algo, quiero dejarte con la mayor sencillez dichas unas cuantas cosas: 1) Te he amado desde el principio y cada día más sin oscilaciones, sin dudas. Dios te puso a mi lado y he querido responder amándote como a un ángel de los suyos que eres. Dios no ha querido darnos hijos. Lo he sentido mucho, pero ahora es cuando más lo siento si pienso que tú, tan sensible, tan amorosa, vas a quedarte sola en el mundo. Nadie ha sido amado nunca como yo te he querido; explicártelo sería inútil, has llenado mi vida, llenarás mi última hora. 2) Te quedas, por el tiempo que vivas, no sola del todo. Mariano, que es tan bueno y tanto te quiere, te acompañará. Quizá Yoyín y Pedrín, que te recuerdan a tus hermanos, también te consolorán. Llévatelos a vivir contigo. No te recluyas en tu dolor. Lee, pasea al aire libre, pasa temporadas en Salces y en La Cabrera. Yo sé que eres muy difícil de consolar, pues naturalmente no aceptas las frases triviales; piensa en lo transitoria que es la vida y pide a Dios que nos reúna pronto. Siento que pases este dolor, pero... ¿y si yo hubiera tenido que verte morir a ti? No lo hubiera podido resistir... Tú sabes cómo amo a España, pero desgraciadamente nuestro Estado no tiene sensibilidad para estas cosas, ni persisitiría mi Institución ni se acordaría de mis colaboradores... En fin, tú sabes mejor que yo todo lo que querría y lo harás todo como haría yo mismo. Ayuda a Luis, a Jesús y a Victoria —son buenos y nos han acompañado, más que servido, leal y noblemente—. No querría que mis colaboradores me vieran desmayar. A poco que el Estado me hubiera ayudado, ¡cuánto más habríamos hecho! Todo es voluntad de Dios.»

La otra carta es del 4 de noviembre de 1956. En aquella ocasión tenía temor de un accidente cerebral y su contenido es similar, con matices, a lo ya transcrito.

En ella citaba la frase de su siempre admirado Cajal en «Charlas de Café»:

«Pidamos a Dios que nos conceda al morir, como suprema gracia, el privilegio de contemplar una visión sintética, las flores recogidas en el camino de la vida y los gérmenes de ideas sembradas en las almas.»

La recuperación del infarto fue buena y no aguantó los dos meses de descanso que por entonces se prescribían y volvió antes del mes a su trabajo. Con gran esfuerzo dejó de fumar, así como Conchita, que, además de por acompañarle en ese sacrificio, había hecho una promesa para que se salvara. Ello, y el que le trataran como a un convaleciente, le irritaba profundamente, pero por lo demás continuó sin modificar para nada su hiperactividad y su trabajo habitual. La supresión del tabaco, sin embargo, duró poco. Al siguiente verano en Salces, encerrado en su cabaña, se sentía casi incapaz de trabajar sin su «compañero» de siempre. Cuando salía a tomar el aperitivo en la «huerta» estaba enfurruñado de que los sobrinos, aunque escondiéndose para no darle envidia, pudieran fumar después de la cerveza y el chorizo. Le echaba una especial poesía a su nostalgia de la nicotina. Llegaba a discutir con Pedro, a sabiendas de que éste tenía razón; los trabajos que demostraban su nocivo efecto sobre las arterias y especialmente sobre las coronarias y las periféricas. Un día, después de una buena comida, en que se habían sentido muy felices, Pedro ya no pudo aguantar más aquella presión y le dijo:

—Bueno, si fueras capaz de fumarte sólo un puro después de las comidas a lo mejor no era tan malo y te quitaría esa obsesión. Ya sabes que en los últimos estudios epidemiológicos, el fumador exclusivo de puros, como no inhala el humo, no tiene mayor riesgo que el no fumador.

No tardó un segundo en pensárselo, fue por el bote de «Allones» y encendió uno con la mayor delectación.

Aguantó con aquel cigarro post-prandial todo el verano. Unos días más tarde planificó una excursión a los Picos de Europa, como siempre con gran ilusión de enseñar a los chicos cada rincón de aquellas tierras que conocía palmo a palmo. En esta ocasión iba a ser extraordinaria, pues no se limitaría a las habituales por los pueblos cercanos a ver las antiguas iglesias, algunas semiderruidas (Cervatos, con su maravilloso pórtico; Retortillo, con su escalera externa de piedra para subir a la espadaña...), sino que había que pernoctar en el refugio de Aliva y subir hasta allí en «jeep», pues el Cadillac, ya bastante viejo, ni el más nuevo Plymouth podían ascender aquellos caminos. De paso visita-

rían el Monasterio de Liébana, con su dudosamente auténtico «lignum crucis» y pasarían el maravilloso desfiladero de La Hermida.

Fue una excursión preciosa, a pesar de la incomodidad de los cuatro matrimonios embutidos en el «jeep», casi sin dejar maniobrar al conductor por aquellas peligrosas curvas de la ascensión, con el derrumbado abismo de la izquierda y de la austeridad del refugio de montaña. Lo impresionante de los Picos, viéndoles surgir por la mañana de la niebla baja y la vista desde el mirador, donde estaba proyectado llegara en su día el funicular, con sus metros y metros de cortada por debajo (que provocó el vértigo de más de uno) les hizo bajar felices a comer a Potes al día siguiente.

Fueron al Hostal El Oso, entre Potes y Espinama, donde la vista del panorama que se disfrutaba era fantástica.

Tras la comida, don Carlos encendió su puro, ritual que completaba la alegría que había presidido la excursión, tan llena de atractivos. Al rato se le acercó el dueño del hostal y respetuosamente le dijo:

—Perdone, don Carlos (por entonces su figura era bien conocida en cualquier rincón de España, pero, sobre todo, en aquellas tierras), pero aquel señor, que es francés, me ha pedido un puro con la condición de que fuera de la misma marca que el suyo y no sé cuáles son, ni si tendré aquí puros de ésos; pero él me dice que tiene que ser igual, porque nunca ha visto a nadie tanta cara de felicidad al encenderlo.

El puro era, desde luego bueno, pero aquella expresión de inconmensurable satisfacción, que tanto llamó la atención al francés, se debía no sólo a esa calidad, sino al reencuentro con el placer de aspirar aquel humo, después de meses de abstinencia, a la belleza del panorama y la feliz culminación de tan esperada excursión de un grupo tan unido entrañablemente...; en cualquier caso, se sacó otro del bolsillo y con un gesto amistoso se lo brindó al francés, quien se deshizo en reverencias.

Cuando volvió a Madrid y se volcó en el trabajo, ya se lanzó a fumar «Ideales» como antes, como si nada le hubiera ocurrido.

La Institución seguía su marcha ascendente y pronto comenzó a tomarse como modelo de nuevos hospitales. Su enseñanza de posgraduados y sus cursos monográficos y de actualización (lo que hoy llamamos de formación continuada) estaban siempre solicitadísimos y ya se habían conseguido varias promociones de médicos formados con arreglo a sus criterios de siempre: trabajo práctico en las salas, objetividad, pericia en las exploraciones y técnicas... y

mucho estudio. La Medicina española se iba transformando poco a poco al ir ampliándose la cobertura sanitaria pública del 20 por ciento inicial en 1944 a cerca del 70 por ciento en aquellos años y requería nuevos hospitales y médicos de ese tipo.

El desarrollo de la Medicina socializada era imparable. En una entrevista para el diario cubano «El Diario de la Marina», ya de la Cuba de Fidel Castro, le preguntaban:

«¿Qué opina usted de la socialización de la Medicina?» y contestó: «A mí me parece que la socialización bien organizada de la atención médica es un deber del Estado. Este no debe permitir que ningún ciudadano se vea privado de los progresos en el diagnóstico y la terapéutica. Y no con un sentido benéfico, sino como satisfacción de un derecho, aunque es bello que estas satisfacciones tengan siempre un carácter caritativo, es decir, amoroso... Lo que no podrá nunca pretenderse es que la socialización se haga a expensas del médico, empobreciéndole o reduciéndole a la condición de burócrata. La socialización debería conllevar una seguridad económica que permita al médico dedicarse íntegramente a la práctica o a la investigación. Porque en esa evolución tan importante será cuidarse del que hace solamente trabajo experimental en los laboratorios como velar por el médico que ausculta y receta.»

«¿Y el sistema del Seguro Médico?» «También varían las opiniones. Yo creo que hay una indudable buena intención y un deseo de mejorar y de mantener satisfechos a los médicos y enfermos a la vez... A la larga, eso tiene que ser fecundo en una profesión como la nuestra, en que el médico no puede menos de entregarse en cuerpo y alma a los enfermos. La evolución tiene que ser siempre mejoradora.» «Actualmente van disminuyendo en España los enfermos puramente benéficos. Sin embargo, en los hospitales dedicados a éstos la atención es bastante buena. Las diputaciones se esfuerzan en proveer de mejores medios a los hospitales. Además, como una gran masa de la población que antes iba a ellos cuenta ahora con el Seguro Obligatorio de Enfermedad, éste se preocupa de conseguir la mejor asistencia posible a sus asegurados. Se han creado centros hospitalarios y ambulatorios de asistencia que, a veces, hasta parecen demasiado lujosos, pero, sin duda, están hechos con vistas al futuro.»

Como se puede observar preveía los peligros del médico-burócrata que hoy estamos sufriendo de forma progresiva, de hacer la socialización a espaldas y sobre las espaldas de los médicos, pero ensalzaba (quizá por ser para un periódico extranjero) un poco excesivamente la labor del S.O.E., sin dejar de aplaudir

lo bueno que había aportado. Para él, en definitiva, estaba claro que la asistencia sanitaria era un derecho indiscutible y que los imparables costes de nuevas técnicas de diagnóstico y tratamiento debían llegar a todos, independientemente de sus recursos económicos. De hecho, así lo había implantado él en su fundación donde asegurados, privados, enfermos benéficos y semibenéficos recibían el mismo trato y tenían acceso a aquellas modernas técnicas.

Donde veía, proféticamente, la dificultad, era en la organización estatal que diera aquel lógico y justo avance a la socialización de la Medicina, sin «degradar» a los médicos a la condición burocrática de funcionarios. Asimismo avisaba sobre lo difícil que sería para cualquier país, y más a uno todavía pobre como España hacer frente a un costo progresivamente creciente.

Casi todos los años algún periódico o revista le pedía que hiciera al final del mismo, un resumen de los avances que habían caracterizado a ese determinado año. Si se hubieran coleccionado allí estaría sumarizado el gran progreso científico de los años 60. Por ejemplo, en el 62 resaltaba la cineradiografía, el empleo de los isótopos radiactivos en el diagnóstico y en la terapéutica, la aplicación de la bioquímica a los cada vez más finos exámenes biológicos, los métodos ópticos de la exploración interna y, en el sentido terapéutico, el empleo de nuevos antibióticos y hormonas.

En una ocasión le preguntaban también:

—¿Influye el medio actual (la prisa, la angustia, el abuso de tranquilizantes, etc.) en el desencadenamiento de determinados procesos?

Y contestaba:

—Creo que efectivamente todas esas circunstancias ambientales intervienen en la producción de enfermedades, que ahora llaman de «la civilización». Pero a mí me parece que lo más nocivo es no trabajar o hacerlo sin gusto y sin vocación; entonces es cuando se siente la angustia de vivir y se abusa de los tranquilizantes. Pienso que hay más influencia nociva para la salud en la vida excesivamente fácil y excesivamente poco activa.

En una sección titulada «Navidad con los famosos» le tocó el turno en una entrevista en el diario «Pueblo», aquel año 62. Lo subtitulaba: «EN NAVIDAD NO EXISTEN ENFERMOS PARA EL»: «Estamos mi mujer y yo solos y nos servimos nosotros mismos la cena.» Extractaremos algunos párrafos que traducen lo que para ellos significaban aquellas fiestas entrañables, oasis en su siempre ocupada actividad:

«Tres casas tiene en Madrid el doctor Jiménez Díaz: el Hospital Clínico, la Clínica de la Concepción y General Mola, 9, primer piso, y en ésta pasa sus Navidades...»

«Mis Navidades —dice don Carlos Jiménez Díaz— son las Navidades de un matrimonio mayor (sesenta y cuatro años tengo) que conserva las ilusiones frescas.»

«De las trescientas sesenta y cinco noches del año, la Nochebuena es la única que para don Carlos no hay enfermos. Es una noche solemne que el doctor reserva para vivirla junto a su mujer.»

«El 24 por la tarde no trabajo. Me voy a mi casa y junto a mi mujer me paso las horas pintando, hasta que, oscurecido el cielo, nos venimos a la Clínica a oír la Misa del Gallo con los enfermos... Después volvemos a casa. Estamos solos. Yo pongo villancicos alemanes en el "pick-up". Comienza la cena. La mesa está adornada con velas y flores naturales. Al terminar el plato voy a coger el siguiente en el horno. Para mí el plato preferido es el de mi infancia: la sopa de almendras. Pasada la Nochebuena me voy a La Cabrera. Cambio batas blancas por sayales marrones. Son cinco o seis días de estudio, de trabajo, de paz. No me lo creo, consigo olvidar de un plumazo que existe el mundo, que hay enfermos, que el olor del cloroformo es agridulce y que los tranvías siguen rascando las calles de Madrid. Vuelvo a ser joven, a pesar de que mi piel rugosa se resiste a declararlo. Los Reyes son la fiesta reservada para la sorpresa. Siempre se recuerda aquellas infantiles, en casa de mis padres, con su ambiente modesto, con mis tres hermanos. Los Reyes eran para nosotros momentos de grandes alegrías, pero no de grandes regalos.»

«A su mujer le gustan mucho los perfumes, las porcelanas y las novelas.»

«Todo menos las joyas. Siempre dice que con las que tiene le bastan, a mí me agradaría comprarle tantas cosas. Por supuesto, manteniendo la sorpresa, sin la menor consulta o comentario. El año pasado vi entrar un gran paquete e hice como si no lo viera. Me dejaron muchos libros de arte, discos y una colección de pinceles. La Navidad es la época del año ideal, en la que los mayores se sienten niños y todo el mundo es mejor.»

Lo que no contaba era cómo aquellos regalos eran cuidadosamente escondidos, se dejaban papelitos que eran pistas hacia dónde se debía buscar, para encontrar otro papel con nuevas pistas que les iban acercando al escondite más recóndito, donde nunca se les hubiera ocurrido buscar. Ellos sí que parecían niños, pero niños enamorados.

Una revista, órgano sindical del Gremio de Ultramarinos, llamada «Detalle», le hizo una entrevista en julio y allí hablaba de sus orígenes con orgullo:

«La razón de mi afecto y simpatía a ese Gremio de Ultramarinos es que mi padre pertenecía a él y nosotros vivimos, en nuestra infancia, en la parte posterior de la misma tienda. La mayor parte de los comerciantes tenían un origen muy humilde, habían venido sin nada y a trabajar siendo pequeños, desde su pueblo, como pasó con mi padre. A fuerza de honradez y perseverancia destacaban algunos, pero siempre, aun cuando ya habían mejorado su situación económica y su cultura, seguían informando su vida con un criterio de austeridad y sencillez. Para nosotros, aparte del cariño de hijos, el ejemplo de mis padres ha sido fundamental en mi vida. Mis padres trabajaron mucho y tuvieron siempre la ilusión de que la vida de sus hijos fuera más fácil. A pesar de su modestia se preocuparon para darnos facilidades para el estudio. Dos hermanos míos fueron ingenieros, uno abogado y yo médico. Toda esa historia, que sería prolijo promenorizar aquí, contiene, sin embargo, muchas enseñanzas y un claro mensaje de aliento.»

Al principio del 63, el periodista Miguel Fernández le hizo una entrevista que distribuyó la agencia Pyresa a prácticamente todos los diarios nacionales. Lo único que variaban eran los titulares que oscilaban entre:

«El horizonte del médico joven es cada vez más dilatado.»

«No he sido empollón, me vertía en lo que me interesaba.»

«El médico muchas veces escribe para liberarse de sus impactos.»

«Cada vez más esperanzador el horizonte de la Medicina española.»

Destacaremos del texto algunos de estos pensamientos:

«Para el médico joven el horizonte es cada vez más dilatado. Los avances que se realizan son más apasionantes de día en día. Esto sería bastante para suponer a los jóvenes un porvenir luminoso. Hay los problemas económicos que atenazan menos al que se preocupa concreta y exclusivamente de ellos.» «¿Quién es el médico o investigador más representativo de la Medicina española en este siglo?» «Sin duda, don Santiago Ramón y Cajal, y en la Clínica Medinaveitia, Elizagaray, Azúa; posteriormente, Marañón, Hernando, Novoa Santos, Cañizo y otros.» «¿Ayudan las humanidades a la Medicina?» «Sin duda, pero lo que más ayuda es el humanismo en un sentido amplio, no solamente de cultura, sino de sentimiento. Muchos médicos escriben porque al médico atento se le presentan tantas ocasiones de pensar que muchas veces escribe para librarse de sus impactos.» «¿Lo que más le divierte en la actualidad?» «El trabajo y sus incidencias. Se tiene satisfacción a veces, inquietud otras, pero se vive dentro de lo que es nuestra ilusión.» «¿Lo que más le entristece?» « Lo que podemos llamar tonterías, incomprensiones, cerrazón e iniquidad, que todo es sinónimo.»

Un día de 1963, el secretario, Miguel Bañón, después de consultar con algunos, reunió a la Junta de Jefes y lanzó su idea:

—Os he reunido, después de consultas internas y externas, para que la Clínica de la Concepción se transforme en Fundación y que, lógicamente se denomine Fundación Jiménez Díaz. Aún no lo he consultado con él por temor de que se niegue a ese aparente personalismo. Sí lo he hecho con su hermano Mariano, que ya sabéis el buen criterio que siempre ha tenido ante nuestros problemas y que además tiene conocimientos legales de los que nosotros carecemos y le ha parecido muy bien. Las razones son varias y me parecen de peso. En primer lugar, todo esto es obra íntegramente suya, aunque los demás hayamos colaborado. En segundo lugar, la realidad es que esto es más que una Clínica. En ella, como siempre expuso, ha conseguido reunir la investigación y la docencia con la asistencia. Es verdad que ello ocurre en otros hospitales extranjeros, pero en España es posiblemente el primer caso en que se han desarrollado simultáneamente estas tres vertientes. Por último, aunque quizá sea lo principal, nuestra situación de futuro no es muy estable. No tenemos claro «status» jurídico. Hay unos decretos que apoyaron su creación y la fusión del Instituto, pero nada más. Por lo que he podido enterarme, las fundaciones tienen esa personalidad legal de la que nosotros carecemos y que puede ser trascendente para el mantenimiento y desarrollo ulterior. ¿Qué os parece a vosotros?

La mayoría apoyó sin más la idea; alguno puso en duda si aquello sería factible, pues el concepto de «fundación» correspondía más bien a lo que han hecho personas (y puso el ejemplo de la Fundación March) o instituciones que dejan un determinado capital destinado a los fines que el fundador eligiera, desde apoyo a las artes a obras benéficas...

—Y nosotros —apostilló— no tenemos ningún capital fundacional, hasta nos cuesta cubrir las necesidades de cada día.

Bañón respondió:

—Por lo pronto tenemos estos edificios y estos equipamientos que en su mayor parte se han hecho con nuestro trabajo, el trabajo de todos, aunque

nos ayudara inicialmente el Estado y la Asociación Protectora. Ya he consultado este aspecto y parece que legalmente es factible que se considere el conjunto como tal capital inicial. Aunque no lo queramos ni pensar, don Carlos no será eterno y este paso podría asegurar más la persistencia de su obra que la indefinida situación actual.

Con la anuencia de todos, y tras otra reunión, esta vez general de todos los médicos, se acordó iniciar el camino...; pero ya sí que había que planteárselo a don Carlos. Se nombró una comisión y con la ayuda de don Mariano, secretario del Patronato, consiguieron convencerle de las ventajas, sin hablarle demasiado de lo que suponía de homenaje de todos, sino más bien de la estabilidad futura. Aunque inició débiles protestas, la realidad es que aquello le emocionaba y le halagaba.

Volvamos a «La historia de mi Instituto»:

«XII. LA FUNDACION.

Por numerosas razones, de una parte estabilidad futura y otra el poseer una personalidad jurídica que podía sernos necesaria para el desarrollo económico ulterior, mis colaboradores plantearon su deseo de que nuestra Institución tuviera un carácter de Fundación. Yo creía que así lo era, puesto que en el Decreto de S.E. se decía "será considerada como fundación benéfico-docente"; pero queriendo confirmar la situación jurídica recibimos un informe dudoso, que nos llevó a consultar prestigiosos jurídicos, los cuales, después de deliberar, nos dijeron que al decirse que "sería considerada como..." quería significar que no lo era.... El informe, muy detenido, hace varias consideraciones sobre la situación legal y considera que es necesario hacer taxativamente la integración de todo lo que ha ido fundándose sucesivamente en una sola unidad y afirma que es una fundación.

En el Ministerio, el director de Fundaciones, don Agustín de Lucas, tuvo varias entrevistas con nosotros, estudió la cuestión con gran interés y preparó la Orden Ministerial que el ministro, señor Lora Tamayo, firmó y se publicó en el "B.O.E." del 26 de julio de 1963, página 11.312.

"ORDEN DEL 27 DE JULIO DE 1963 POR LA QUE SE REFUNDEN EN UNA SOLA INSTITUCION DE CARACTER BENEFICO-DOCENTE EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CLINICAS Y MEDICAS Y LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA CLINICA DEL DOCTOR JIMENEZ DIAZ CON LA DENOMINACION DE FUNDACION JIMENEZ DIAZ, DE MADRID."»

En ella se citaban los antecedentes, los Decretos del 54, y se nombraba un nuevo Patronato (López García, Gómez Orbaneja, Mogena, Perianes, Bañón y Mariano Jiménez Díaz) bajo la presidencia de don Carlos Jiménez Díaz.

Había dos párrafos que merece la pena destacar:

«Considerando que siendo las dos entidades prenombradas obra personal del doctor Jiménez Díaz, quien ha puesto al servicio personal de las mismas su entusiasmo, su indiscutible competencia de renombre internacional y hasta considerables aportaciones económicas que han permitido su desenvolvimiento, es de elemental justicia que la nueva Institución lleve el nombre de Fundación Jiménez Díaz, en merecido homenaje a la generosidad del fundador y propulsor de la obra.»

El otro era de carácter más «práctico»:

«Considerando que no están obligados los patronos de las instituciones refundidas a rendir periódicamente cuentas de su gestión económica, no habría tampoco razón para exigir a la nueva institución una obligación que antes no tenía.»

«Aún quedaba otro trámite importante. Analizando el valor de la Fundación en aquel momento pudo comprobarse que más de las dos terceras partes habían sido sufragadas por nosotros y nos pertenecían. Solicitamos del Ministerio de Hacienda la cesión en propiedad de toda ella por la Dirección del Patrimonio. El Proyecto de Ley, que se presentó a las Cortes, se publicó en el "B.O.E." del 15 de junio de 1964, página 7.823:

"LEY 75/1964 , DE 11 DE JUNIO, POR LA QUE SE CEDEN A LA FUNDACION JIMENEZ DIAZ LOS TERRENOS PERTENECIENTES AL ESTADO QUE FUERON CEDIDOS EN USUFRUCTO AL INSTITUTO RUBIO POR LA LEY DE 24 DE AGOSTO DE 1896, DE LAS EDIFICACIONES CONSTRUIDAS SOBRE DICHOS TERRENOS, ASI COMO TAMBIEN DE CUANTOS DERECHOS PUDIERAN CORRESPONDER AL ESTADO SOBRE LOS RESTANTES ELEMENTOS INTEGRADOS EN AQUEL CONJUNTO Y SOBRE LOS MUEBLES ALLI EXISTENTES."»

Los terrenos se definían: «En el lugar que se denominó Cerro del Pimiento, de la antigua posesión llamada La Florida, con una superficie de dieciocho mil cincuenta y dos metros cuadrados, que lindan: al Norte, con la calle de Bartolomé Cossío (la actual Calle del doctor Jiménez Díaz); al Este, con la Pla-

za de Cristo Rey; al Sur, con la Avenida de los Reyes Católicos, y al Oeste, con el Instituto de Cultura Hispánica y terrenos de la Ciudad Universitaria.» Pero añadía una precisión que en un futuro sería de la mayor importancia: «La validez de dicha cesión queda supeditada a la efectiva aplicación de los bienes cedidos al cumplimiento por parte de la entidad cesionaria —la Fundación Jiménez Díaz— de los fines benéficos y docentes que determinaron su clasificación... revirtiendo, en su caso, los bienes cedidos al Patrimonio del Estado.

Dado en el Palacio del El Pardo, a once de junio de mil novecientos sesenta y cuatro. FRANCISCO FRANCO.»

...Y acaba en su «Historia de mi Instituto» con el capítulo de «LA FUNDACION»: «Una mañana al ir a la Clínica vimos en la fachada el título de Fundación con la mayor ilusión mi mujer y yo. Es innecesario explicar aquí el conjunto de impresiones que aquella lectura suscitó en nosotros, ver coronado así todo nuestro esfuerzo y sentir totalmente estabilizada nuestra obra, que llevara mi nombre, según pidieron mis colaboradores y se estimó como legítimo y conveniente por el Estado, es natural que me costara trabajo aceptarlo, sin embargo, me pareció que, al aceptarlo, satisfacía a todos; lo más importante era para mí la estabilización definitiva y el aclaramiento después de tantas evoluciones de la posición del Instituto.»

En 1964, era el VIII Congreso Internacionl de Medicina Interna en Buenos Aires, aún siendo él presidente de la sociedad. A pesar del aviso que había supuesto el infarto y del terror de Conchita a aquel interminable vuelo trans-atlántico, no dudó en ir. Le ilusionaba encontrarse nuevamente con sus amigos de la Sociedad, con los profesores que tanto le habían atendido en su anterior viaje a aquel país; Mazzei, el chileno Alessandri y otros tantos que de aquella forma tan hospitalaria les habían acogido en tiempos difíciles. Le atraía también ver a su antiguo discípulo y colaborador, Felipe Morán, que, aunque ya se le permitía tras su exilio político volver a España, lo había hecho rara vez, al haber formado su vida y su familia definitivamente en Buenos Aires. En esta ocasión le acompañaban los Ortiz de Landázuri, ya que Mariano, con el que había ido en los últimos congresos de la Sociedad (¡aquella historia de Munich!), no había conseguido ayuda para tan costoso desplazamiento.

No escribió su habitual «cuaderno de viaje», quizá porque ya había hablado extensamente de aquel país en el periplo de 1943 o, sencillamente, porque al hacer el viaje de ida y vuelta en avión había menos peripecias que referir.

De aquellos días del congreso bonaerense diría el profesor Ortiz de Landázuri:

«¡Qué indescriptibles días aquellos del Congreso de Medicina Interna en Buenos Aires, cuando miles (realmente miles) de médicos de todos los países de la América española venían a la bella capital de la Argentina para conocer a don Carlos. Cada uno traía debajo de su brazo alguno de los libros de don Carlos: de alergia, de riñón, de circulatorio, de tantas y tan diversas materias, o, en fin, aquél de Hematología que, escrito durante nuestra guerra de 1936-39, en su prólogo recogía la frase de Santa Teresa: "No está la dicha en poseer, sino en merecer." Todos querían que se los dedicase, tener su firma como un tesoro; al igual con fotografías de las que hubo que hacer varias series cuando se agotaban y hacer verdaderas colas ante él para recoger su dedicatoria.»

A él se refería también el profesor Egidio Mazzei en «La Prensa Médica Argentina»:

«En 1964, quebrantada su salud, viajó por segunda vez a Buenos Aires para actuar en el VIII Congreso Internacional de Medicina Interna, presidido por el profesor Castex, por quien sentía particular afecto y admiración y a quien le dedicó el último trabajo que escribió sobre asma, que figura en el volumen jubilar de los ochenta años, recientemente aparecido; colaboración a la que puso esta merecida dedicatoria: "Al gran maestro de la Clínica argentina, con mi admiración y mi gran afecto..."»

Muchos años más tarde referiría Carlos Mazzei, hijo de don Egidio, su impresión, cuando después de haber oído relatar tantas cosas de su primer viaje a Buenos Aires en el 43 y de haber leído sus libros y trabajos le conoció en aquel viaje del 64:

«Ché, yo le encontré muy "grande", pero todavía tenía una energía increíble. Además de al congreso, en que no se perdía sesión, iba con mi padre al hospital de Clínicas a pasar visita, a que le consultaran enfermos difísiles. Sabíamos que no hasía mucho había padesido un infarto y el asombro fue, cuando viendo a una pasiente, lió un sigarillo al estilo gaucho y lo ensendió. Mi padre le reconvino de que fumara después del accidente cardíaco y él contestó: "Mire usted, don Egidio, he llegado a la conclusión de que para mi corasón es mucho peor no fumar que seguir hasiéndolo." Nunca vi a nadie con tanta personalidad; en Argentina era el no va más de la Medisina hispana.»

El diario «La Prensa», de Buenos Aires, publicó un extenso artículo que titulaba «Un superhombre de hoy: el profesor Jiménez Díaz.»

Era realmente una extractada biografía de aquel don Carlos envejecido, pero que seguía con el mismo ímpetu juvenil, como recordaba el autor, Manuel Gabarain, discípulo suyo de la primera promoción:

«Hace muchos años asombró a todos los médicos españoles la aparición de un "fenómeno" que a los veinticuatro años ganó en memorables oposiciones la cátedra de Sevilla. Entonces pensamos que se trataba de uno de esos prodigios de memoria que luego acaban agotándose. Nos acaba de demostrar que no, pasados cuarenta años. Entonces se dijo que era el "profesor que todo lo aprendió en los libros". Un caso más de hipertrofia de un sentido limitado, como un Inaudi o un Capablanca de la Patología Médica. Cuando cuatro años más tarde se anunciaron las oposiciones al puesto académico supremo de la Medicina española —la cátedra de Patología Médica de la Universidad Central— pudimos contemplar de cerca al niño prodigio. El elocuente saber de Jiménez Díaz sorprendió en tal forma a los sabios profesores del tribunal y al numeroso público de médicos y estudiantes... Ganadas las oposiciones, empezó el curso académico, hubo verdaderos conflictos por la insuficiencia del local en las aulas que se le destinaron. A las clases acudían tantos médicos como alumnos y recuerdo que a la salida de unas de ellas el prestigioso médico bonaerense doctor Lavalle (q.e.p.d.) se limitó a murmurarme al oído su admiración en el más subido acento criollo: "¡Tigre, el gayego!"... Al gran Aschof, en una visita a Madrid, le oímos decir: "Dudo que exista ni haya existido profesor joven ni maduro de tan extensos conocimientos ni más fértil objetividad clínica." ...Pero ya el solo hecho de que un gran médico de veintiocho años conociera a la perfeccción el francés, el inglés, el alemán, el portugués, el italiano, el griego y el latín, la Filosofía, la Química, la Física, el álgebra, la Botánica, además de sus vastos conocimientos literarios y artísticos, era más que suficiente para considerar como algo de un orden excepcional tan inconcebible poder de asimilación... Los hombres de memoria prodigiosa, que por un momento nos confunden con la vastedad de sus conocimientos, no evolucionan. Se anquilosan. Y Jiménez Díaz ha seguido variando constantemente, hoy a los sesenta y seis años sabe aún mucho más que en aquella época en que yo tuve el honor y el privilegio de conocerle... Existe el maestro que cautiva; pero también existe el que enseña. En el primer curso Jiménez Díaz tuvo que suspender a una mayoría de sus alumnos. Se hizo fama de "hueso". En el segundo, aunque se les exigió las materias de los dos cursos, ya hubo menos reprobados y en el tercero apenas los hubo. En la biblioteca de Jiménez Díaz puede verse una fotografía con la siguiente dedicatoria: "Al catedrático que más veces me ha suspendido y al catedrático que más quiero."

Con personas como él el mundo latino ha vuelto quizá a perdidos esplendores y otra vez el mundo vibrará a impulsos de su genio, ya no mediterráneo, sino universal. Que de esta universalidad de todos los problemas del nuevo mundo es un primer síntoma evidente de renacimiento oceánico de la nueva cultura iberoamericana. Amén.»

Allí acabó su período de cuatro años de presidencia de la sociedad. Presentó una ponencia sobre sus últimos trabajos con Linazasoro sobre la «Pérdida de albúmina plasmática por el intestino, como causa de hipoproteinemia» y se vio obligado a dar varias conferencias, no programadas, en varios hospitales. Eduardo Ortiz quedó impresionado por su popularidad en Argentina. Sus libros de «Lecciones de Patología Médica» habían constituido una especie de Biblia en la formación de muchas generaciones de médicos y el más reciente de exploración, «El médico explorando a su enfermo», había sido un nuevo éxito. Le llamó especialmente la atención la cantidad de médicos que acudían a él con una fotografía para que se la dedicase y ponerla en su consulta, como si de un artista de cine se tratara.

Volvió contento, aunque cansado de tanto ajetreo y de la obligada vida social de invitaciones, cenas y comidas, a las que tan poco aficionado era. Reanudó su trabajo en la Clínica, pero a los pocos meses tuvo un nuevo infarto, esta vez menos importante, que le volvió a obligar a un cierto reposo, aunque también corto y que en esta ocasión ni siquiera intentó por ello dejar el tabaco que seguía consumiendo como si tal cosa, ante los ojos horrorizados de sus discípulos y amigos.

La Clínica seguía pareciéndole pequeña. Había tantas nuevas cosas que incorporar, tantos jóvenes formados en las modernas técnicas de exploración diagnóstica y de tratamiento, tantas necesidades de equipamiento para seguir dando impulso a la investigación que, por muchos metros cuadrados de que dispusiera, siempre quería, necesitaba más.

El problema, cada vez más acuciante, seguía siendo el dinero. Como el Instituto Nacional de Previsión, organismo dependiente del Ministerio de Trabajo y gestor de la Sanidad Pública, veía aumentar sus necesidades de más y más camas para atender al progresivo aumento de la población acogida al S.O.E., veía con buenos ojos un incremento de las camas concertadas. Este concierto seguía siendo como desde el inicio a «precio de coste» y aquellas camas de alta tecnología le salían más baratas que las de los hospitales que el mismo gestionaba. Gracias a ello consiguió de este organismo un nuevo crédi-

to con bajo interés y se dispuso a hacer la que sería penúltima ampliación. La verdad es que ya iba quedando menos terreno disponible, pero aún quedaba alguno. Recordaba cómo cuando consiguió el edificio primitivo, el destinado a Instituto Rubio, consideró aquello sólo como un núcleo que habría de irse desarrollando. Por ello lo aceptó al ver que el solar que incluía era grande, pertenecía a la Ciudad Universitaria, no al Municipio y por ello tendría siempre que estar destinado a fines docentes.

Nuevo proyecto arquitectónico midiendo bien todo lo que se pudiera extraer de aquel espacio trasero y de los seis pisos que la Junta de Gobierno de la Ciudad Universitaria aceptaba como altura máxima. Había además que resolver la conexión con el edificio principal, esencial para el futuro desplazamiento de enfermos y equipos.

Aunque sólo fuera un acto simbólico quiso nuevamente que se iniciaran las obras un «13 de febrero», en este caso del año 1964. En vez de poner la clásica primera piedra, se puso la primera viga del armazón de hierro que sería su esqueleto. Era una mañana fría y él y los médicos que le acompañaban, prácticamente todos los que allí trabajaban, tiritaban bajo el único abrigo de la bata blanca. El capellán, Padre José Ramón, dijo una oración; se introdujeron en el hueco de cimentación de la viga los elementos clásicos: el periódico del día y unas monedas, y unos pocos obreros con sus cascos y su rudimentario andamio elevaron aquella primera viga hacia el cielo. Como en toda construcción de la Fundación, allí estaba un aparejador, Víctor Fernández, marido de su sobrina Layta.

La edificación fue deprisa y en aquel mismo año se inauguró con sencillez en un día cualquiera, en el primero en que era posible atender a los enfermos. Quedaba unido a la fachada posterior del ala izquierda y al brazo posterior, aquella vertical de la «T» del edificio incial. Ello permitió la necesaria ampliación del Departamento de Radiodiagnóstico, de Radioterapia (y Rehabilitación, que ganó el espacio dejado por ésta) en las plantas bajas. En la primera se situaron consultas mixtas, público-privadas de Estomatología y Oftalmología; en la segunda las de Otorrinolaringología, en la tercera, ampliación de quirófanos, y en las tres restantes unidades de hospitalización de unas cincuenta camas, destinadas esencialmente a servicios quirúrgicos, cuya extensión se iba haciendo más y más necesaria.

En los últimos años las especialidades se habían ido desarrollando más de forma progresiva al impulso de sus respectivos jefes y asociados y se fueron organizando como unidades médico-quirúrgicas, para que el contacto de los especialistas de una u otra rama se mantuviera aún más estrecho y fructífero. Así se hizo ya con las unidades de: Cardiología, más Cirugía Vascular, de Digestivo, de Respiratorio, de Neurología y Neurocirugía, Traumatología y Reumatología, Nefrología y Urología, más las ya en sí esencialmente médico-quirúrgicas, como Oftalmología, Estomatología, O.R.L. y Ginecología.

Creó, asimismo, unidades monográficas, como la de alergia, diabetes, hipetensión, metabolismo óseo. En su libro refiere las motivaciones de esta tendencia a la unidad:

«Uno de los aspectos más peculiares de la organización de la Clínica en nuestra Institución está en lo que llamamos unidades monográficas, que constituyen sectores clínicos especiales médico-quirúrgicos, en los que se suma la jefatura de un médico especializado y un cirujano especialista, con sus auxiliares y colaboradores. Algunos de los enfermos que están en estas estaciones proceden de los servicios de la clínica interna general, y otros ingresan directamente a ellos.

En las mismas salas hay enfermos operados y médicos y cada uno de los sectores tiene reuniones médico-quirúrgicas de discusión diagnóstica y terapéutica. Me pareció, al fundar este tipo de estaciones, que sería una innovación muy útil esta colaboración estrecha entre médicos y cirujanos para conseguir una unificación de criterios terapéuticos y para el conocimiento más directo recíproco de los resultados; el médico se encuentra además apoyado en la intervención del cirujano en la emergencia y el cirujano cuenta con la ayuda pre y posoperatoria del médico, que ya conocía al enfermo.»

La realidad es que, aunque la idea parecía buena, con el tiempo aquello no funcionaba como fue concebido. Las causas no son fáciles de analizar e incluso han podido ser diversas. Quizá no consiguió en algunos casos la debida compenetración por personalismos; en otras, la realidad demostraba la preferencia de contar cada uno con sus camas «propias», aunque se mantuviera una buena corriente de colaboración; por último, la creciente presión asistencial derivada del crecimiento de las urgencias hizo, posteriormente, que el enfermo grave que acudía y tenía absoluta necesidad de ser ingresado lo tenía que ser donde hubiera cama libre, siempre escasas; muchas veces fuera del recinto de la especialidad que su padecimiento requería. En muchas ocasiones había que ingresarles incluso en el sector privado, aunque fueran de la Seguridad Social, si allí había camas y ello deshacía toda una organización monográ-

fica. Estos enfermos desubicados pronto recibirían el apelativo de «periféricos» y en su mayor parte se adscribían desde urgencias a Medicina Interna. Con ello, aquel aparente desmembramiento en especialidades de lo que fue inicialmente el total de la hospitalización médica de la Clínica, volvería la Medicina Interna a tener la responsabilidad de un mayor número de enfermos, ya que los médicos de esta amplísima especialidad tenían capacidad para atender enfermos de distintas especialidades médicas, aunque en ocasiones frecuentes requirieran la consulta y opinión de los más especializados en aquella determinada patología.

Aquella ampliación fue la primera que ya se hizo con el «status» de Fundación Jiménez Díaz y la última que él haría. Posteriomente aún se aprovechó el poco terreno restante para erigir un nuevo edificio destinado a sector privado, ampliación de administración, informática y traslado de la biblioteca, así como unas nuevas urgencias.

Aquella década de los sesenta empezaría a fructificar su pretensión de siempre: que aquel centro por él creado marcara una nueva pauta en la Medicina española y que nuevos hospitales concebidos con una orientación similar en muchos puntos fueran transformando aquella asistencia rutinaria y anticuada de los hospitales clínicos y provinciales, aquella docencia desfasada de muchas de las Facultades y la carencia de espíritu y ambiente de investigación que él había encontrado desde tiempos de estudiante fueran transformándose acortando la distancia con lo que había visto en otros países y lo que él había soñado en transformar para su España.

Ello vino de la mano de la progresiva socialización de la Medicina, iniciada previamente en 1942 con la creación, más bien demagógica, del Seguro Obligatorio de Enfermedad. La imparable ampliación del mismo ponía al Estado en el dilema de tratar de aprovechar, modernizando, los hospitales existentes o de crear una nueva red hospitalaria, más actualizada, para poder atender a aquella avalancha de nuevos beneficiarios del S.O.E. que demandaban algo más que la muy deficiente asistencia primaria que recibían en atestados ambulatorios, en que un pobre médico estaba obligado a «despachar», más que a ver y estudiar, lo que era imposible, a más de cien enfermos en una hora.

La asistencia hospitalaria se limitaba inicialmente a la quirúrgica y para ello se concertaban hospitales o, sobre todo, pequeños sanatorios infradotados, donde era imposible hacer sin riesgo la alta cirugía con sus nuevas y

complejas técnicas que se estaban imponiendo en el mundo. En diciembre de ese mismo 1964, el S.O.E. se transforma en un sistema de Seguridad Social, uno de cuyos más importantes beneficios era la asistencia médico-farmacéutica con personal médico y sanitario en las propias nóminas de la S.S. Al reunirse tantos cotizantes al nuevo sistema público, el poderío económico era formidable. Ello inclinó a invertir aquel río de dinero en nuevos hospitales, más que en remodelar y modernizar los antiguos como había pasado en Alemania, Inglaterra o Francia, que contaban con una infraestructura previa, con tradición y que venía funcionando a satisfacción muchos años, a veces siglos.

Sin embargo, la orientación inicial había sido equivocada. Como tantas veces había denunciado don Carlos, el Estado volvió más la vista al aspecto arquitectónico que al funcionamiento y mantenimiento. Hizo lo que, enfáticamente, llamó ciudad o residencia sanitaria, queriendo desterrar el viejo criterio peyorativo de la palabra hospital, equivalente a «moridero de pobres» y buscó los lugares más destacados de las ciudades, aunque no fueran los más adecuados, para que aquel gran edificio se «viera bien».

El ejemplo de la F.J.D. de hospital integrado en sus tres vertientes, asistencial, docente y de investigación y con personal jerarquizado empieza a dar sus frutos precisamente tras su cambio de nombre, sin que nunca se borrara el inicial y superpopular de Clínica de la Concepción. En 1963, la Diputación Provincial de Asturias crea su Hospital General de Asturias, bajo la dirección del doctor Soler Durall, formado en U.S.A., con criterios de organización y gestión muy similares a los de los modernos hospitales de aquel país, para lo que tuvo que vencer fuertes resistencias de los antiguos médicos del Hospital Provincial, figuras locales de la Medicina, e incluso del propio Colegio de Médicos, que pretendía mantener sus conceptos tradicionales.

Posteriormente, por Orden Ministerial de 5 de junio de 1964, se crea la Clínica Puerta de Hierro como Centro Nacional de Investigaciones Médico-Quirúrgicas de la Seguridad Social. El edificio de Puerta de Hierro, que habían edificado los Padres Dominicos, destinado a clínica privada para ser dirigida por el doctor Marañón, había quedado sim empezar su funcionamiento con el fallecimiento de éste en 1960 y la disgregación de su escuela. Pareció un sitio aprovechable para aquel centro, que el entonces ministro de Trabajo, Romeo Gorría, pretendía que diera una nueva orientación para los hospitales de la S.S., muy a imagen y semejanza de la aún llamada Clínica de la Concepción. Tanto es así, que el señor Romeo había llamado a don Carlos,

en primer lugar, para que asumiera la dirección de este centro. Ante las razones de éste de imposibilidad de compaginar la cátedra y la dirección de su Institución con aquel proyecto, el ministro le dijo:

—Entiendo perfectamente sus razones, don Carlos, pero lo que yo quiero que se haga, como modelo de futuros hospitales nuestros es tan similar a lo que usted ha conseguido en su Clínica que, al menos, me parece necesario que sea una persona de su escuela, a poder ser catedrático, el que la organice y dirija y sepa transmitirle su mismo espíritu.

Don Carlos habló con los que más adecuados le parecieron, aunque le costaba trabajo prescindir de ellos. Don Eloy, que había solicitado la excedencia de su cátedra de Salamanca para incorporarse a la Clínica cuando ésta se inauguró, y Perianes, que tras una corta estancia en Santiago, había hecho lo mismo, renunciaron a abandonarle. Quedaban esencialmente otros dos candidatos, ambos ejerciendo sus cátedras en Santiago: José Carlos de Oya y José María Segovia de Arana. Fue elegido este último, quizá favorecido por su edad, más joven, y su más reciente formación completada en Boston e incorporado posteriomente a la cátedra del profesor Gilsanz, como profesor adjunto, pero sin abandonar su labor investigadora con don Carlos antes de ganar sus oposiciones de cátedra, las mismas en que la había obtenido Oya.

El organizó el que había de ser centro piloto de los nuevos criterios de la S.S., siguiendo las líneas generales de la Clínica, incluyendo también, revolucionariamente, unas camas privadas en el hospital público y un sector de investigación. Le pidió a don Carlos la posibilidad de incorporar algunos de los jóvenes internistas de la Clínica y, tras una selección, se llevó a Puerta de Hierro a Martínez López de Letona, Durantez, Barbadillo, Barceló y otros que constituyeran el núcleo inicial del sector médico y contó con la inestimable incorporación para el quirúrgico del profesor Diego Figuera, que dejó su cátedra de Zaragoza, y del neurocirujano doctor Gonzalo Bravo, que había salido de la Clínica injustamente por su creciente incompatibilidad con Sixto Obrador. Anecdóticamente quiso también llevarse a los miembros del Servicio de Fotografía —Arencibia y Guillermo del Olmo— y las bibliotecarias, pero éstos prefirieron seguir con don Carlos.

El nuevo hospital, para el que la S.S. no regateó medios, cumplió enseguida su función de transformación en la Medicina hospitalaria pública incorporando a ellas las labores docentes de posgraduados y de investigación, hasta entonces inexistentes en la mayoría de las ciudades sanitarias y residencias. Especialmente en el primer aspecto tuvo un papel protagonista en la creación



Don Carlos y Conchita llegando a la Clínica el día en que se transformó en Fundación Jiménez Díaz.



Imposición de la Medalla del Trabajo por el ministro Romeo Gorría.

del sistema nacional de Médicos Internos y Residentes (M.I.R.), para la obtención del título oficial de especialista, en un intento de adecuada formación posgraduada que fructificó tras las experiencias aisladas de la Casa de Salud de Valdecilla, en Cantabria; del Hospital de la Santa Creu y San Pau, en Barcelona, y modernizada en la F.J.D. y en el Hospital General de Asturias. Aunque después de su muerte, don Carlos había conseguido que se impusieran sus criterios de esta formación posgraduada, que tan trascendente ha sido para la mejora de la Medicina Española.

Asimismo, como su héroe infantil, El Cid, ganó ya muerto su dura batalla, que la incomprensión del claustro le había hecho perder, tras un intento de tres o cuatro años iniciado con aquellos veinte alumnos en el curso 1955-56, de la enseñanza de alumnos «extramuros» de la universidad oficial, con el aprovechamiento de personas y hospitales capacitadas para esta docencia. Esta implantó en España en la nueva Facultad de la Universidad Autónoma de Madrid, por su mayor impulsor, Segovia de Arana, que arrancó con la enseñanza integrada de los cursos clínicos aprovechando tres hospitales hasta entonces no universitarios: F.J.D., Puerta de Hierro y La Paz.

En su inauguración de la Facultad de la Universidad Autónoma de Madrid en 1969, el ministro de Educación, señor Villar Palasí, resaltó que, además de otras virtudes e innovaciones, resultaría la Facultad de Medicina «más barata de España». Ello sería efectivamente así, pues no tenía que mantener el imprescindible hospital clínico propio, dos de los centros docentes eran del Estado, a través del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, y el tercero, la Fundación Jiménez Díaz, había asumido su papel universitario, aspiración de su fundador, quijotescamente, sin pedir nada por este servicio al país, aunque le supusiera un incremento de sus costes sin más contraprestación que ver cumplida por fin una de las ideas más defendidas por don Carlos.

Habían de pasar muchos años para que este triunfo parcial de sus ideas sobre la enseñanza, que no se había cansado de divulgar desde aquel escrito en «Germa», al Congreso para el Progreso de las Ciencias del 38, a su libro ya reseñado del 52. Por fin parecía haberse acabado aquella visión pesimista que dejó plasmada en la entrevista del periodista Carretero, en los cincuenta:

«El problema de la universidad es complejo, no se puede responder rápidamente. La universidad tiene, sin duda, dos fines: crear la Ciencia y propagar la cultura. En este segundo, que es el docente, es necesario ampliar mucho los medios de enseñanza práctica y limitar el número de alumnos a la medicina real de las plazas de trabajo práctico; hay que aumentar muy generosamente el

personal auxiliar, para que al lado de la enseñanza magistral exista el contacto íntimo de estudiantes con auxiliares.

Hoy hacemos algo de eso, pero es a costa de abnegación de los jóvenes que persisten a nuestro lado enseñando, sin percibir por ello nada, ni siquiera ninguna consideración o distinción académica. Este mismo personal debe ser el que trabaje en la creación original al lado del maestro. Se deberían seleccionar los mejor dotados y sostenerlos con gratificaciones dignas, dentro de la universidad.

Pero todo ello exigiría una dotación todavía mucho mayor, inmensamente mayor, que la actualmente consignada. Es indudable. Esto me recuerda una anécdota de un alumno a quien, examinándose, el profesor le preguntó cuántos glóbulos rojos hay en un milímetro cúbico de sangre y él respondió, trémulo: "¿Cuatro?" "No, hombre; muchos más", le dijo el profesor. "¿Doce?", contestó cada vez más vacilante. "No hombre, ¡muchísimos más!" "¿Veintisiete?" "Muchísimos más, hombre, muchísimos más" "¿Ciento?", responde rotundo el alumno, dispuesto a marcharse. Por fin el profesor le dice: "Fíjese usted, cinco millones." Entonces, el pobre muchacho, aturdido por la cifra, no sabe responder sino: "¡Qué bestialidad!"... Pues así estamos de lejos de lo que la universidad necesita.»

Tras pasar la Nochevieja en La Cabrera, como tenían costumbre los dos solos, el matrimonio Jiménez Díaz volvía a iniciar un nuevo año el 1 de enero de 1965. Venían en el Plymouth descapotable los dos delante, como solían hacer, junto a Pablo, el chófer. Detrás dos doncellas, Paz y Teodora, y en el maletero, embutidos, los dos fox-terrier, «Ravachol» y «Rabito». Circulaban despacio, pues tras la muerte súbita de Luis mientras jugaba a las cartas, no habían recuperado la confianza en la conducción que habían tenido con su chófer de siempre desde la época de Sevilla. En el kilómetro 19, cerca de San Sebastián de los Reyes, se les vino de repente encima un coche que venía despendolado y había abandonado su carril, por entonces la carretera nacional Madrid-Burgos no se había convertido en autovía y aún se pasaba por enmedio de los distintos pueblos. A Pablo, el nuevo chófer, no le dio tiempo a reaccionar y el choque fue frontal, tremendo. Al ser el automóvil de una sola puerta, el asiento delantero en que ellos iban no era fijo, pues debía poder desplazarse hacia delante para permitir el paso a los que fueran en la parte posterior. Ello aumentó el impacto, lanzándolos hacia delante, mientras que el chófer pudo atenuarlo con la sujeción del volante. Como siempre ocurre en estos casos, algunos coches se detuvieron mientras otros pasaban de largo tra-

tando de evitarse complicaciones. Los dos coches estaban destrozados en sus capós y fue difícil extraerlos entre los hierros retorcidos. A don Carlos le colgaban ambas piernas como las de un pelele y tenía un gran «scalp» en la frente que sangraba abundantemente. Conchita tenía pequeños cortes en la cara, pero recibió menor golpe porque él, con reflejo, había tratado de sujetarla. Les evacuaron en un coche particular que se prestó a llevarlos a la Clínica. Desde allí avisaron al médico de guardia, a los sobrinos y al equipo de Traumatología liderado por el doctor Vicente Sentí Montagut.

Mariano, por la proximidad de su casa, llegó el primero y en la primera ojeada pudo apreciar que la gravedad era importante en él y mucho menor en su tía. Ya con los traumatólogos se analizó detenidamente la situación. Don Carlos tenía, además del «scalp» y heridas superficiales, fractura de ambos fémures y de toda la parrilla costal izquierda y más de un crujido en la derecha, lo que hacía que su respiración fuera dificultosa. El pronóstico era sombrío al tratarse de un politraumatismo abocado a diversas complicaciones, pero, principalmente, las respiratorias por la notoria inestabilidad torácica. Se decidió llevarle al quirófano tras ver todas las radiografías que confirmaban los datos clínicos.

Su situación no permitía una intervención prolongada y Arias, el anestesista, tuvo problemas para mantener adecuadamente la respiración, por lo que Sentís se limitó a reducir la fractura del fémur derecho con colocación de un clavo intramedular y vaciar el gran hematoma. Requirió gran cantidad de sangre, pues el hematocrito descendió de forma alarmante. La otra pierna fue fijada en la posición adecuada con extensión continua y bota de escayola.

Fue difícil mantener a Conchita apartada de todo lo que ocurría. Sus heridas fueron suturadas, pero se quejaba mucho de la pierna derecha, sin que las placas iniciales demostraran fractura alguna. Se le daban noticias tranquilizadoras sobre el estado de don Carlos y también preguntaba por las doncellas y el chófer que, afortunadamente, tenían escasas lesiones, que permitió su alta en pocos días.

La noticia de la gravedad de Jiménez Díaz fue ya difundida en la radio a mediodía y en los periódicos de la noche. Los pronósticos no dejaban muchas esperanzas.

A pesar de las dificultades, los periodistas, con su habitual insistencia, consiguieron entrevistar a alguno de los médicos más implicados. Santiago Córdoba copó toda una página de su periódico que titulaba:

«EL ACCIDENTE DE AUTOMOVIL SUFRIDO POR EL PROFESOR JIMENEZ DIAZ» relata el accidente y continúa: «Urgentemente fueron trasladados a la Clínica de la Concepción. Allí acudimos a las pocas horas para interesarnos por los lesionados y poder ofrecer una información directa, especialmente a todos los médicos de España, correspondiendo así al interés general, centrado en el profesor Jiménez Díaz, que resultó con lesiones de mayor gravedad...; nuestro primer contacto lo establecemos con el doctor Arias, jefe del equipo de Reanimación y Anestesia. Le preguntamos: "¿Cuándo se enteró usted del accidente?" "Me localizaron enseguida; al cuarto de hora de ser internado don Carlos en la Clínica ya estaba yo a su lado." "¿Cómo le encontró?" "Le habían puesto calmantes y había recuperado un poco la tensión."

Hablamos después con el doctor Sentí Montagut, jefe de Traumatología:

"Nos reunimos rápidamente con los doctores Carreño, Boixados, Jiménez Casado, Rábago, Lahoz, Sánchez Sicilia, Ferrer y Serrano. Después de verificar la reanimación del herido fue intervenido por mi equipo quirúrgico y por el del doctor Obrador, de Neurocirugía. El doctor Alonso Artieda (Cirugía Plástica) intervino a la esposa de don Carlos de sus heridas en la cara. La intervención duró cinco horas, se le hizo una trasfusión de sangre de dos litros y medio." "¿Cómo reaccionó?" "Después que ingresó en la Clínica mantuvo una serenidad impresionante, autodiagnosticándose las lesiones." "Cuando salímos del quirófano —interviene el doctor Arias— nos encontramos en los pasillos a más de doscientos médicos que habían acudido presurosos al lado de su maestro... y como la espera fue larga, en el suelo del pasillo quedó la muestra más expresiva de la ansiedad y el nerviosismo de todos, se recogieron literalmente montones de colillas de cigarros." "Estamos esperanzados, aunque la gravedad es manifiesta, se trata de una naturaleza muy fuerte." "¿Quién está a su lado?" "Sus hermanos y sobrinos médicos. No se permite el paso a nadie más; las visitas están rigurosamente prohibidas." Abandonamos la Clínica; nos encontramos al marqués de la Valdavia, a los señores Laín Entralgo y Ruiz Jiménez. El desfile de personalidades de la vida nacional es incesante y del extranjero empiezan a llegar numerosos mensajes que ponen de manifiesto el cariño y admiración de que goza el doctor Jiménez Díaz en el ámbito universal. Hacemos sinceros votos por su pronta y total recuperación, por la que hoy, estamos seguros, se reza en tantos hogares de España."»

Como indicaba aquel artículo de urgencia, la repercusión de la noticia fue escalofriante, masiva a nivel nacional e importante desde el mundo científico internacional.

Aquello movilizó a miles de antiguos pacientes, médicos, autoridades y las llamadas y visitas se hicieron pronto difíciles de abarcar y hubo que organizar un servicio de información que les atendiera. Sólo a grandes personalidades o amigos íntimos o la familia se les permitía llegar cerca, nunca entrar a la habitación, exceptuando a sus hermanos, y ser informados por los médicos. Todos los de la Clínica se volcaron y para evitar que aquello fuera un desbarajuste, en que cada uno quería opinar sobre cada aspecto de los múltiples problemas que surgían día a día hubo una reunión de los más allegados o que por su especialidad tuvieran más que decir. Luis Hernando con su firmeza de carácter y sus claros criterios fue el que más contribuyó a esa organización; su laboratorio llevaba diariamente el balance hídrico e iónico. Se establecieron turnos de dos enfermeras continuas bien cualificadas, pues todas estaban deseando poder ayudar; asimismo, las guardias médicas, que también eran dobles y de ocho horas. En cada una quedaba uno de los sobrinos y un anestesista y cuando empezaron los problemas respiratorios se unió a ellos Fernando Lahoz y alguno de sus colaboradores. Cada día se programaban dos reuniones, en que cada uno podía aportar sus criterios, pero al final Luis Hernando plasmaba todo el tratamiento a seguir que se cumplía a rajatabla, hasta la siguiente reunión, en que a la luz de nuevos datos electrolíticos y gasométricos se rehacía el plan para las doce horas siguientes. Su estado de conciencia fue mejorando, aunque con alternativas.

Por primera vez ante un problema médico aceptó no opinar y se entregó confiadamente a todo el equipo que dirigía su tratamiento, aunque sí les impuso que le tuvieran totalmente informado, sin ocultarle nada de la situación y de la terapéutica. Pronto la gravedad se centró en la inestabilidad de su tórax y mala ventilación. Las costillas rotas habían perforado la pleura y apareció un gran enfisema subcutáneo que le deformaba y producía en el cuello y tórax el clásico signo de «crepitación como de nieve» al tocarle. Acudieron los cirujanos torácicos (Alix, Serrano) y en una de las reuniones se llegó a la unánime conclusión de que requería una traqueotomía para poder mantener una respiración asistida. La traqueotomía fue efectuada por el jefe de O.R.L., doctor De la Puente, y a los demás cuidados se añadió el de aspirar secreciones y mantener limpia la cánula, pero, sobre todo, le añadió un nuevo sufrimiento al no poder expresarse más que en cortas frases tapando el estoma traqueal. A pesar de ello, la situación ventilatoria no mejoraba. Se llamó al doctor Diego Figuera, antiguo discípulo, catedrático y por entonces ya jefe de Servicio Quirúrgico de la Clínica Puerta de Hierro. Era esencialmente cirujano torácico y de una gran originalidad y se pretendía que él pudiera hacer algo para fijar

aquellas costillas que continuaban «bailando» e impedían una mecánica respiratoria adecuada. El tuvo que desechar toda posibilidad de actuar de forma eficaz quirúrgicamente ante aquella complicación. Alrededor de don Carlos se había ido formando lo que se puede calificar como la primera Unidad de Cuidados Intensivos de España. Agotadas las posibilidades, un día Arias, de acuerdo con los demás, decidió curarizarle para que tolerara un respirador volumétrico de Bird, que se había adquirido recientemente y sobre el que todavía tenían escasa experiencia. El curare paralizaba totalmente la musculatura y ello permitía mantener una ventilación artificial..., pero se le olvidó el detalle de informarle de lo que se le iba a hacer, punto sobre el que tanto había insistido. Yacía absolutamente inmóvil e inexpresivo mientras el aparato forzaba la entrada de aire en sus pulmones. Cuando fue pasando el efecto paralizante de la droga hizo gestos imperiosos de que quería hablar, que le taparan la traqueotomía. Cuando pudo hacerlo, con voz quebrada, difícilmente audible, pero con un tono inequívoco de enfado, preguntó:

—¿Pero qué me han hecho ustedes?

Cuando se le explicó, se puso indignado:

—¡Eso hay que avisarlo! ¡He pasado el peor rato de mi vida al estar plenamente consciente y no poderme explicar qué me ocurría para no poder mover ni un solo músculo de mi cuerpo! Hagan lo que tengan que hacer, pero, ¡advirtiéndomelo!

Desde entonces hubo que mantenerlo sedado para poder mantener la respiración con el Bird y se requirió el consejo de Rallo, el psiquiatra, para seleccionar los fármacos más adecuados. Se utilizó el «Sinogan», que trastornaba su cerebro y añadía un signo desagradable de movimiento continuo de la lengua que se mantenía fuera de la boca.

Como se consideraba peligroso que cada vez que quisiera decir algo hubiera que taparle la traqueotomía y era preferible mantenerle el ventilador de forma continuada, exigió que se le hiciera un cartel con un gran alfabeto y con un puntero, letra a letra, trasmitía sus mensajes a los médicos preguntando por la medicación y demás medidas y dando su consejo.

Un día en la reunión, Hernando sugirió la conveniencia de traer en consulta a alguien con mayor experiencia en Cuidados Intensivos, especialidad que aún no existía en España. Cuando se lo comunicaron a Conchita, que ya pasaba largos ratos en la habitación, cogiéndole la mano, se mostró entusiasmada:

—Pues claro, traer al mejor del mundo, cueste lo que cueste. ¡Sois unos tontos de no haberlo hecho antes!

Se decidió que la persona más adecuada era el profesor Cara, de París. El había sido un pionero en la terapéutica de ventilación y en general de los Cuidados Intensivos.

Se conectó por teléfono con él y Luis Hernando, que a sus otras muchas cualidades sumaba la ventaja de dominar perfectamente el francés, aprendido en aquellos años de exilio de su padre durante la guerra, se brindó a desplazarse allí y traerle como fuera.

Su opinión, cuando llegó, fue muy valiosa, dejando instrucciones precisas sobre cómo manejar bien la respiración asistida, así como otros muchos aspectos de las distintas complicaciones que fueron surgiendo (infecciones respiratorias, escaras, hepatitis postransfusional). Se negó a cobrar honorario alguno, dado el respeto que le producía la labor médica de don Carlos. Conchita tuvo algo en que distraer su atención, tanto tiempo en plena tensión: buscar el mejor regalo posible por aquella atención tras una consulta que resultó tan valiosa. Finalmente encargó a su cuñado Mariano el mejor reloj que pudiera encontrarse para su señora y que él podía elegir mejor que nadie pues era un gran aficionado al tema y había ido haciendo una interesante colección de relojes antiguos que él mismo reparaba y ponían en marcha. Conchita siempre tuvo la teoría, no egoísta, sino razonada, de que los regalos a los médicos debían ser para sus mujeres, que lo agradecían más. Los tres sobrinos estuvieron todo ese tiempo sin aparecer por sus casas. De vez en cuando sus mujeres les llevaban a los niños, aún pequeños, para que no se olvidaran de ellos. La actividad de la Clínica siguió, pero el ambiente estaba cargado de inquietud hasta que la supervivencia del hombre que había creado todo aquello, que les había formado y marcado una huella imperecedera en su quehacer médico y humano, se asegurara. Quedaba, sin embargo, la incógnita de cuál sería su capacidad de recuperación después de tan larga afectación multiorgánica.

—¿Volverá a ser nuestro don Carlos? —se preguntaban.

El calvario de la rehabilitación había empezado. No se sostenía en pie. La voz, una vez cerrada la traqueotomía, era escasamente audible y había cambiado su tono anterior.

Persistían escaras que iban cicatrizando muy lentamente. En esa fase demostró una entereza y fuerza de voluntad que habría sido excepcional, si no

la tuviera acreditada en toda su vida anterior. Comenzó a tratar de sostenerse en el plano inclinado a pesar de los grandes dolores de las piernas y la atrofia muscular que había originado la inmovilidad. Las sesiones de fisioterapia se sucedían sin quejas bajo el cuidado de la doctora Fernández Ballesteros, jefe del Servicio, que estaba asombrada de su tenacidad.

Se desplazaba por la Clínica en silla de ruedas y no había empleado que emocionadamente dejara de saludarle y decirle «lo bien» que le encontraba.

Para distraerle en su obligada inactividad se recurrió hasta a un celador «trilero», que Carlos Albert, médico de Prisiones, había colocado en la Clínica para su reinserción. Aparecía por allí y hacía sus trucos con una gran habilidad..., aunque de vez en cuando dejaba que don Carlos adivinara dónde estaba la carta, lo que le producía una gran satisfacción. A pesar de su «regeneración», posteriormente se descubrió que seguía hurtando lo que podía y que, con su ingenio, utilizaba los restos del Plymotuh del accidente, que estaba depositado en el patio tapado con una lona, como depósito de sus robos..., lo que lógicamente motivó su expulsión, aunque nadie quiso denunciarle.

El profesor Fustinoni, gran clínico argentino, referiría la impresión que le causó su visita a la Fundación en aquel año:

«Puntualmente fui a la hora convenida y, apenas traspuesto el umbral del Instituto de la Clínica de la Concepción, grande fue mi sorpresa al encontrar allí a Jiménez Díaz ubicado en un carro de ruedas, más que un viejo, envejecido, pálido el rostro, un color acorde con un fino y blanquecino pijama que cubría su cuerpo, con las cuencas oculares rodeadas por unas sorprendentes ojeras que permitían descubrir una mirada brillante, inquieta que, inmediatamente, reconocí. "Quise esperarlo aquí —me dijo inmediatamente—, ya que al no poder ir a oírlo en su conferencia, como hubiera sido mi deseo, quiero demostrarle mi admiración y mi amistad hacia usted y hacia los médicos de su país."

"Don Carlos —le dije— sepa usted que este momento quedará indeleble en mi memoria y, al agradecerle a usted su gesto, quiero testimoniarle que los médicos argentinos se complacen en saber que usted está muy bien y esperan que nos permita Dios por muchos años gozar de sus enseñanzas." Con entusiasmo de adolescente cantó las loas a la investigación y al progreso médico y díjome luego: "Lamento no recorrer con usted las instalaciones de mi Clínica, pero quiero que usted las vuelva a ver para que aprecie los progresos que hemos ido consiguiendo. Además sepa usted que las inquietudes

que le dieron origen las conservamos y que trabajaré con la misma decisión, disconformidad y aspiración de los primeros días y sin descanso; así nos sentimos más felices. Usted sabe que ésta es mi absoluta verdad." Al despedirnos me tendió sus brazos y, tratando de incorporarse, me dijo: "Vea usted que ya estoy muy bien." Pero una humedad particular de su mirada delataba su emoción.

Salí impresionado de ver a aquel hombre que reunía en él talento y genio. Según la definición de los psicólogos: "El talento es la facilidad y el genio la novedad." Ambas características reunía aquel hombre aún en su mirada de ojos hundidos.»

Las noticias de la progresiva mejoría iban, afortunadamente, siendo relegadas a pequeños recuadros en páginas secundarias; era una buena señal. La noticia de su ya segura recuperación valía para tranquilizar a enfermos, amigos y antiguos colaboradores y discípulos, pero ya no tenía el impacto que la ley del periodismo impone: la noticia importante es lo escandaloso o la muerte de alguna personalidad.

Cuando, casi tres meses después, pudo escribir, lo primero que hizo fue agradecer a sus compañeros los médicos el interés que todos ellos habían mostrado por su salud. Estas líneas, aún temblonas, escritas con dificultad, salieron reproducidas en «Tribuna Médica», y decían:

«Son éstas las primeras líneas que escribo desde mi accidente y quiero que expresen un abrazo pleno de infinita gratitud a mis compañeros los médicos, hermanos de trabajo, cuyo interés por mí ha sido un aliento y una recompensa.»

Su segundo escrito fue hecho público para la Jefatura Central de Tráfico, en su campaña organizada con motivo del Día Internacional sin Accidentes. Les pareció que la resonancia que tuvo el del ilustre doctor, que casi le cuesta la vida, sería un magnífico reclamo para dicha campaña. Una gran foto de don Carlos, que ocupaba casi una página de todos los periódicos; al margen las dramáticas cifras del año anterior: Accidentes: 51.487; Heridos: 44.661; Muertos: 1998 y, al pie:

«Como médico y como sujeto pasivo tengo una amarga experiencia de los accidentes de tráfico y creo que muchos podían ser evitados. Los que llevan un volante tienen que someterse a la norma y las autoridades deben controlar al mal conductor, causante de accidente o atropello. El permiso de conducir debía ser como un libro —la historia del conductor— donde se anotaran todas sus faltas. Al llegar a cierto número de accidentes debía retirársele, ya que ha mostrado no ser merecedor de poseerlo. C. Jiménez Díaz.

(La Jefatura Central de Tráfico agradece al doctor Jiménez Díaz su colaboración.)»

Un hecho luctuoso hundió su ánimo cuando éste se iba elevando día a día. Su colaborador de muchos años, persona entrañable y extrovertida, Carlos Albert, jefe del Servicio de Radioterapia, ingresó en muy mala situación, también politraumatizado, al haber sido arrollado por un tranvía, cuando descuidadamente cruzó el seto del Paseo del Prado enfrente del edificio de los sindicatos (hoy Ministerio de Sanidad). Acudió inmediatamente en su silla de ruedas pero, desgraciadamente, ni él ni nadie pudo hacer nada por salvar aquella vida.

Con todo este largo proceso llegó el verano y se puso a hacer planes para su habitual estancia en Salces, lugar que le parecía ideal para su recuperación física y anímica y lograr la tranquilidad que ahora le faltaba ante las múltiples visitas que ahora ya no podían eludir. La cosa era complicada. En primer lugar el coche había quedado deshecho y el viejo Cadillac que hacía veinte años le regaló el jalifa ya no era fiable. Encargó, cómo no, a su hermano Mariano que le comprara otro Cadillac último modelo. Es curioso que, siendo un hombre tan austero, siempre le encaprichara la compra de automóviles grandes y espectaculares. Aunque el asunto no era fácil, pues todavía existían restricciones de importación y divisas, Mariano, como siempre, lo consiguió. Solucionado este primer problema quedaba otro casi invencible. Aún no se sostenía de pie y desde luego no podía andar. La casita de Salces era especialmente difícil para subir a las habitaciones y poder bajar luego a la «huerta», escalones para cruzar el puente levadizo, bastante inestable, que le condujera a su cabaña de troncos al otro lado del río donde trabajaba...; pero su voluntad pudo nuevamente con todo. Se llevó a Miguel Ransanz, el «mozo» que apasionadamente le había atendido durante todos aquellos meses para que, con su fuerza de ex campesino soriano, le subiera y bajara en brazos y le condujera en la silla de ruedas. Era este Miguel un pedazo de pan, con cara de bruto, de paleto, pero listo y trabajador como pocos. En su infancia había tenido que cruzar a nado las heladoras aguas del Duero para no dejar de ir a la escuela, ya que el puente más próximo estaba lejano. Desde que trabajaba en la Clínica había simultaneado su labor con el estudio del Bachillerato y sólo le quedaba un año para completar el Elemental, que le permitiría luego acceder a los estudios de A.T.S. y ascender

un nuevo escalón en su trabajo. Adoraba a don Carlos, que tanto le había ayudado, y aceptó entusiasmado y orgulloso de haber sido él y no otro el elegido para aquella labor. Quedaba sólo por resolver su imposibilidad de trepar la escalera de la biblioteca e ir seleccionando libros y revistas para su trabajo veraniego de escribir los trabajos que en el año, esta vez sin su aportación personal, se habían producido en el sector de la investigación y en la Clínica. Reunió uno a uno a cada departamento, discutió con ellos los resultados obtenidos, hizo sus objeciones y seleccionó lo que le parecía más interesante y novedoso para enviarlo a revistas extranjeras y lo que con interés puramente clínico debía salir en «Revista Clínica Española». Algunos le aportaron una lista de bibliografía de cada tema, que él completó, y con varias largas hojas dictadas a Paz envió a sus sobrinos a rebuscar todo el material y empaquetarlo, como todos los años, en grandes cajones de madera que habría que facturar. La escasa atención médica que ya requería la tenía asegurada con éstos, que permanecerían todo el verano con él, como habían hecho de estudiantes, aunque ahora fuera más complicado, dada la pequeñez de la casa, pues existían cónyuges y niños de por medio. Para completar la rehabilitación, la doctora Fernández Ballesteros le dio un plan de ejercicios que, con la ayuda de Miguel y de los «chicos» podría hacer con su acostumbrada tenacidad.

A pesar de todos los inconvenientes, el verano fue casi similar a otros. Hubo, lógicamente, menos excursiones, pero cada mañana se encerraba en su cabaña y en la silla de ruedas, que dificultosamente entraba por la estrecha puerta, escribió todo el material que se llevaba. Inició incluso una nueva serie de libros con un enfoque distinto de sus famosas, pero ya atrasadas, «Lecciones de Patología Médica». La nueva serie la titularía «Tratado de la práctica médica» y en ella, con escasa bibliografía, escribiendo casi de corrido, trasladaría para enseñanza de futuros clínicos su inmensa experiencia y saber. No sería una «papilla científica» que despreciaba, sino una guía que, sin olvidar las bases fisiopatológicas y los últimos avances, permitiría a los clínicos un enfoque práctico del diagnóstico y el tratamiento.

Por primera vez en esta su última serie cedió capítulos a algunos de sus colaboradores (Lahoz en Respiratorio, Pedro de Rábago en Cardiología, Luis Hernando en Nefrología), demostrando una vez más que la Medicina requería más y más la especialización, singularmente en las técnicas y que el clínico total que él había sido, el «sabedor de todos los saberes», como en una ocasión le calificaría Laín Entralgo, se terminaba con él y otros pocos extranjeros,

posiblemente en nivel inferior de lo que él había supuesto. Ya no habría más «médicos estrella», más a través de la fama pública de hallazgos de investigación sobre temas muy concretos, de obtención de premios destacados como el Nobel. La Medicina, sus bases, se habían hecho tan complejas que ni un cerebro tan absolutamente privilegiado como el suyo, ni un estudio tan exhaustivo y constante como el que él había mantenido durante toda su vida, podrían abarcarlas de forma total.

Todo el verano comenzó la jornada con la práctica, por penosa que fuera, de los ejercicios de rehabilitación que le habían impuesto y cuando volvió, al final de septiembre, como siempre después de la Fiesta de San Mateo, en Reinosa, podía caminar con dos bastones. Reinició sus actividades como si nada hubiera pasado, aunque el proceso le había envejecido sensiblemente. A Conchita, aunque él no lo quisiera ver y la encontrara tan preciosa como siempre, también le había dejado una cojera que le obligaba a llevar bastón, aunque le molestara haber perdido su ágil y armonioso caminar de siempre. Pero nada de ello había cambiado, en todo caso incrementado su idílica unión, su entrega mutua ilusionada.

Los causantes de aquel terrible accidente del que milagrosamente salió vivo, y que tanto le afectó en su ya corta supervivencia, habían sido unos jóvenes encargados de un garaje que decidieron pasar una noche de juerga cogiendo un coche de un señor de Bilbao, que lo guardaba allí para sus estancias en Madrid. El coche con tanta ilusión comprado en Nueva York, con los «chicos», un Plymouth matrícula de Madrid 116.300 había quedado totalmente destrozado. Cuando acabó el juicio se fijaron las indemnizaciones: 2.600.000 pesetas por «lucro cesante», 600.000 por las lesiones de él y 57.000 por las de Conchita, más de 900.000 por el siniestro total del coche. Con todo este dinero creó aquel año la primera Unidad de Vigilancia Intensiva que existió en España. Su propia experiencia había demostrado la urgente necesidad de este tipo de servicios.

Capítulo XIV

Final vital (1966-1967)

En esta vida
morir no es difícil,
mucho más difícil
es hacer la vida.

«A Sergei Esenin», VLADIMIR MAIAKOVSKI

EN FEBRERO DE 1966, TODAVIA RENQUEANTE con sus dos muletas, se celebró en el Aula Magna de la Fundación el acto de imposición de la Medalla de Oro del Trabajo, que se le había concedido tras su accidente. Presidieron el acto los ministros de Trabajo, Jesús Romeo Gorría, y de Gobernación el teniente general Alonso Vega. Los periódicos recogieron parte de sus discursos. El «Arriba» resaltaba en titulares su frase: «Mi vida está en la entraña de España, fuera no hubiera podido hacer nada.» A don Carlos le emocionó esta distinción más que muchas otras, posiblemente de mayor repercusión académica. El se sentía ante todo un trabajador, un hombre que había dedicado sus horas al estudio, al cuidado de los enfermos, a la enseñanza, a la investigación científica, prácticamente sin descanso. Romeo en sus palabras lo resaltó:

«... Al hacerlo así, no sólo reconocemos este alto título de dignidad social, no sólo subrayamos el superior valor que otorgamos al mérito biográfico, no sólo damos a la función intelectual la suprema dignidad laboral, de la que torpemente ha sido desvinculada, sino que identificamos al doctor Jiménez Díaz con los héroes anónimos del pueblo español al que con tanta inteligencia y abnegación ha servido.»

Al contestar don Carlos, todavía con su alterada voz, resaltó, después de dedicar unos recuerdos a sus comienzos en Sevilla y de gratitud a sus colaboradores: «Mi vida está en España, pero no sólo físicamente en España, sino

que está en la entraña de España. A lo largo de mi vida he querido imbuirme de su historia y por eso declaro —y quienes me conocen lo saben—, que fuera de España no hubiera podido hacer nada.»

El aula estaba repleta, como siempre que algún acontecimiento en su vida era señalado, llena no ya sólo de sus discípulos, colaboradores y amigos, sino también, en esta ocasión de los trabajadores de la Fundación, del personal sanitario y administrativo, de conserjes y personal de mantenimiento, porque ellos sabían que si había habido algún trabajador destacado, alguien que hubiera dedicado todas sus horas a aquella casa era su fundador, «el patrón», don Carlos, sin más, allí no necesitaba apellidos.

Todo aquel año 66 fue un calvario. Su actividad nunca había cejado ante ningún obstáculo, pero las secuelas del accidente, aun superada la silla de ruedas, le hacían caminar muy despacio, con grandes dolores, apoyado en dos muletas..., y la Clínica era muy grande. Cada desplazamiento se le hacía eterno y por más que con su excepcional voluntad luchaba por mantener la misma vida, sentía qua ya nunca sería el de antes. Le enfurecía que los demás le trataran con un tono distinto, mezcla de cariño, pena, misericordia, que le dijeran: «No se moleste en pasar visita, don Carlos, en este momento no hay ningún enfermo interesante», para él siempre todos y cada uno de los miles que había tratado estaba repleto de interés como enfermo y como persona.

También empezó a preocuparse, y eso sí que le afectaba más, por la salud de Conchita. Le había quedado cojera y, a pesar de su coquetería, de su femineidad, había tenido que acostumbrarse a llevar bastón. Pero no era eso lo peor. Tuvo un episodio ictérico que no pudo disimular, aunque llevaba días con fiebre y náuseas que le había ocultado. Después de varios estudios quedó calificado de hepatitis, pero, aunque volvió el color normal y recobró su alegría de siempre, comía poco, sin ganas, a veces se levantaba con cualquier pretexto para dejar comida en el plato. El olfato clínico de Carlos no se sentía tranquilo, a pesar de la normalización de la bilirrubina y transaminasas.

Antes del verano todo parecía superado, le parecía que volvía a ser la de siempre, aunque con bastón. Le produjo alegría que tras tantos honores y condecoraciones españolas y extranjeras como él había recibido, unas con mucha y otras con poca ilusión, le tocara el turno a ella. Recibieron un oficio de la Cancillería de Ordenes en que el ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando de Castiella, les comunicaba:

«Su excelencia el Jefe del Estado español, Gran Maestre de la Orden de Isabel la Católica, en atención a las circunstancias que en usted concurren, y oído el Consejo de la Orden, ha tenido a bien otorgarle a doña Concepción de Rábago de Jiménez Díaz, el Lazo de Dama de la expresada Orden de Isabel la Católica. Me complazco en comunicarle a usted, en su nombre, la concesión de dicha gracia para su conocimiento y satisfacción.»

El verano de Salces, aunque mejor que el anterior, siguió impregnado de melancolía. La paz, como siempre, parecía flotar en el ambiente oloroso a campo y a vida. Los verdes, al anochecer se iban apagando sobre la loma de la Guariza en contraluz. Se oían entonces los campanos de «la vez», el regreso de las vacas rubias, con sus grandes cuernos retorcidos, descendiendo solas por distintos senderos para dirigirse rutinariamente a sus establos. Tenían un aire de obreros que tras una buena jornada vuelven con pena al hogar donde no hay más que miseria. Pero este año no había más excursiones que las que hicieran en coche; hasta el cruce del puentecillo a la cabaña de estudio era un esfuerzo. Los «chicos» se turnaban, dejando a sus hijos al cuidado de abuelos, para que no les cansaran niños pequeños, y trataban de animar el ambiente con bromas y partidas de cartas. También llegaron los habituales visitantes de paso: los Cifuentes, los Sancho, los Alix y los más estables: Paz y Bañón. Pero nada era igual. No se podía soñar con hacerse cuatro kilómetros, ni coger la bicicleta (aunque ahora tuviera motor) y se respiraba un anhelo indefinido de eternidad cuando por la noche se ponía en el gramófono un «Nocturno» de Chopin.

Don Carlos seguía, a pesar de todo, trabajando por las mañanas. Estaba preparando su intervención en el Congreso de Bioquímica de Granada, que le hacía especial ilusión, porque a él había prometido venir Severo Ochoa, al que siempre le alegraba ver y recordar juntos la aventura juvenil del Instituto. Por otra parte era importante para él que los bioquímicos, Ciencia básica por excelencia, le hubieran encargado a un clínico como él una conferencia especial dentro de su Congreso.

Tenía también para el otoño una invitación en Barcelona para una conferencia paramédica que tituló «Mitología, experiencia, Ciencia». El doctor Benavent le había pedido que, excepcionalmente, tratara un tema no puramente médico, que no hablara de investigación, exponer ideas más que hechos. No quería caer en lo que había dicho Ortega: «Es curioso que cuando tiene que hablar un individuo sin imaginación, por ejemplo un médico, per-

dido como un náufrago, abre los brazos y dice: "nosotros hemos comprobado"; este plural no es más que el azoramiento del hombre sin imaginación que se acoge a la anonimidad multitudinaria.»

Aquella frase de su, por otra parte, admirado filósofo y amigo al que atendió en la hora de su última enfermedad, le molestaba por poner como ejemplo de alguien sin imaginación a un médico, cuando para él la Historia de la Medicina estaba jalonada de hombres imaginativos. Pensaba que el «nosotros» al hablar de Ciencia, significaba la necesidad de un conjunto para captar los misterios, para resolverlos, difícil de lograr de forma aislada, individual.

En la conferencia diría, entre otras muchas cosas: «La verdad científica nos lleva a reflexionar sobre la amplitud de su significación y fácilmente a soñar. También en los sueños y en las creaciones artísticas se oculta muchas veces la verdad. En el mito estaría la verdad aparente y la probabilidad, no olvidemos la física moderna nos ha enseñado hasta qué punto la probabilidad puede ser la realidad auténtica.»

Respecto a la experiencia: «El mito no es una invención; es el resultado de una experiencia milenaria reiteradamente sentida; es la experiencia que se hace poesía —como ha dicho Rielke: "los versos son experiencia"— y luego la poesía se hace representación. El logos es una necesidad que surge de un propósito; pero cuando el hombre con su mente emprende este camino ya tiene sobre sí, no como idea, pero sí como sentimiento, el mito. Nadie puede vivir sólo del logos y en el científico más frío —me parece más exacto esto que decir más puro— hay algo que no es estrictamente lógica, y puede ayudarle en ocasiones más que ésta. Como el médico actual, no sabe a veces si actúa por Ciencia o por magia.»

La conferencia fue un gran éxito. En ella, como en escasas otras ocasiones, pudo trazar los entrelazamientos de la mitología griega, que tan bien conocía, con hechos científicos y con su cultura filosófica; un ejemplo: «Como Saturno devora a sus hijos, el organismo es capaz de devorar a los grupos de células que un día pueden ser la causa de su muerte.» «No se sabe si el rechazo al trasplante de órganos heterólogos es a través de la creación de ciertas sustancias, no anticuerpos, destructoras del organismo, en igual forma que el famoso Minotauro devora todo lo que se le ofrece como extraño hay también un laberinto y es necesario encontrar el hilo de Ariadna para que sea posible obtener la tolerancia de tales homoinjertos, en lo que ya hemos progresado aceleradamente.»

Y terminaba: «En la vida, como en el mito, existimos en agitado movimiento y, acaso sin saberlo, ansiaríamos poder vivir inertes. Es cuando el alma cristiana exclama con el salmista: "Mi alma envidia y codicia los atrios del Señor."»

De la Conferencia del Congreso de Bioquímica también merece hacer mención —son sus últimos dos escritos, en aquel su último verano en Salces—. La tituló «Medicina e investigación biológica».

«...Nuestro trabajo debe ser cada vez más sinérgico, los clínicos y los investigadores bioquímicos. Nos animan objetivos comunes, tenemos ilusiones y pasión, que se fortifican cuando se comunican; por algo el hombre además de "homo pensans" es también "homo loquans", y sólo por ser ambas cosas es al fin "homo sapiens". No importa que cada uno ofrezca características peculiares en su trabajo... contemplamos un campo fecundo, y decimos qué colores tan bellos, qué matices ofrecen las plantas que le integran, vistas desde el ángulo botánico son distintas, pero todas contribuyen al espectáculo de conjunto que nos atrae y nos apasiona. Ahora tratamos de eso, de dejar a un lado caracteres más o menos botánicos y obtener un panorama uniforme, congruente, de conjunto... Seguramente a cada uno de nosotros le nace el entusiasmo que impulsa su trabajo de distintos sitios. A mí personalmente me brota de la cabecera del enfermo, de lo que me parece inexplicable y de lo que contribuye la incertidumbre del destino físico del hombre... muchos de los que trabajan sólo en el laboratorio consideran que ésa es la única auténtica investigación, aunque estimen la labor de los clínicos en otros aspectos. Esto supone olvidar qué aportaciones a la Fisiología han hecho grandes clínicos y afecta desconocer que investigar no es una profesión sino una actitud... Uno de los libros que a mí me hizo más bien en mis tiempos de estudiante fue la "General Physiology", de Bailiss; cuando cayó en mis manos me quedé deprimido, porque no entendía casi nada, y me hizo dedicarme a entenderle, cuando lo conseguí sentí surgir en mí nuevas ilusiones y horizontes. Poco tiempo después otro libro, la "Chemical Pathology", de Wells, que ya estaba mejor preparado para entender, me confirmó en la convicción de que sí era indispensable adquirir el arte clínico, no se podía abandonar la base clínica de la Anatomía Patológica y en el futuro de la Bioquímica y la Físico-Química, por eso cuando tuve la posibilidad de estudiar en Alemania dediqué más tiempo a los laboratorios que a la clínica»; pasó luego revista a las múltiples investigaciones propias con base bioquímica y terminó diciendo: «En este sentido de trabajo e ilusiones comunes es como me parece que hay que plantear el pro-

blema de la Bioquímica en la universidad y en la investigación españolas. Es un gran recorrido el que queda por hacer antes de alcanzar ese soñado ideal, pero nada se opone a que se ande con otro motivo similar, he dicho que todo depende de la actitud. Deseándolo muy de veras procuraremos merecerlo y obtenerlo.»

Todavía tuvo que sufrir en su vía dolorosa, de lenta e incompleta recuperación, un incidente inesperado e inexplicable. El motivo fue absolutamente ajeno a él; ya había dejado la presidencia de la Sociedad Española de Cardiología y en su situación se mantenía distante de su política. En una reunión puente entre directivas, cuando la presidencia iba a pasar de su antiguo discípulo Vega Díaz al doctor Luis Pescador, éste hizo una proposición inusitada. Propugnaba para vicepresidente al doctor Martínez Bordiú, marqués de Villaverde. Sus razones eran meramente coyunturales. Expuso que este honor al yerno del Generalísimo podría ser bueno para que la Sociedad contara con mayor apoyo estatal, ya que el nombramiento sería grato al Gobierno; conviene resaltar que por entonces el marqués era esencialmente cirujano torácico, no cardíaco, ya que la Cirugía Pulmonar era la Jefatura que ostentaba en la Clínica desde su inicio. Hubo un largo silencio que rompió Gregorio de Rábago, con su habitual ímpetu. Señaló la carencia de méritos del candidato y añadió que si de lo que se trataba era de «comprar» ese puesto, todos tenían derecho a saber lo que costaba para optar a él. El presidente saliente, Vega Díaz, apoyó la iniciativa de Gregorio resaltando la ausencia de méritos del candidato propuesto dentro del campo de la Cardiología. Aquello ya hizo que gran parte de la audiencia se sumara a la negativa y la propuesta tuvo que ser retirada por el doctor Pescador.

La reacción soberbia de Villaverde no se hizo esperar. Al día siguiente, en la Clínica, buscó a Gregorio sin encontrarle, diciendo a algunos que «iba a partirle la cara». Ese día había Junta de jefes y estuvo esperando a su final, hasta que don Carlos quedó solo. Irrumpió entonces y se dirigió violentamente a él, acusándole de que «él y su familia» habían planeado aquello para desacreditarle y atacarle y que no lo iba a consentir. Don Carlos estaba ajeno a aquel incidente y no sabía de qué le estaba hablando. Cuando le preguntó a qué venía todo aquello, Villaverde volvió a increparle y a acusarle de que él había planeado su descalificación para el cargo de la Sociedad y le insultó abiertamente, añadiendo: «Le salva que es usted un pobre y lastimoso viejo, que si no ahora mismo le daría una paliza.» El pobre don Carlos no pudo más que intentar hacer un patético ademán de alzar uno de sus bastones, el otro se retiró furioso. Cuando alguno de sus discípulos entró le encontró hundido en el sillón, indignado y deprimido. El no había hecho más que proteger a aquel casi olvidado alumno suyo y darle una jefatura inmerecida en su Fundación, nunca había sufrido una humillación semejante.

Cuando se corrió la noticia de aquel indigno ataque por la Fundación, la reacción fue fulminante. Se convocó una reunión general para primera hora del siguiente día y tras referir a los no enterados la actitud del marqués hacia don Carlos hubo la propuesta de inmediata expulsión de éste de la Fundación. La propuesta fue democráticamente sometida a votación. De los cerca de doscientos médicos asistentes, sólo hubo un voto en contra (alguien cuya cerrada amistad con Cristóbal le «impedía» votar a favor). Llamó también la atención dos destacadas ausencias: la de González Bueno y de Obrador. La mayoría quiso pensar que no se habían enterado, más que quisieran evitar un enfrentamiento que tuviera consecuencias políticas.

El caso es que en pleno régimen dictatorial aquel conjunto fue capaz de, con métodos democráticos, expulsar de la Institución al yerno del Jefe del Estado, sin pensar en posibles repercusiones (que no hubo por parte de éste), porque fueran cuales fueran no estaban dispuestos a tolerar la vejatoria actitud de nadie, por importante o compañero de trabajo que fuera, hacia don Carlos, hacia su maestro y más aún en un momento de terrible limitación y sufrimiento de éste.

A principios de mayo de 1967 su recuperación era relativamente buena. La voz todavía se quebraba, como desde la traqueotomía, y le era necesario un bastón inglés para caminar. Su fuerza de voluntad era tal que no se podía intentar ayudarle al subir un escalón; si tenía mucha confianza, como con alguno de sus sobrinos, llegaba a enfadarse seriamente, pues no podía soportar que se le considerara un inválido, aunque fueran situaciones difíciles para superar él solo, Dios sabe con cuánto esfuerzo. Mentalmente estaba plenamente activo, estudiaba como antes todas las revistas, discutía los últimos hallazgos y aguantaba toda la Sesión Clínica de pies, apenas apoyado en el atril desde donde seguía dirigiéndolas por más casos que se le presentaran. En ocasiones, cuando el acto se alargaba y empezaba a oír rumores, se dirigía hacia las gradas y, con el ceño fruncido, decía: «Si están ustedes cansados pueden irse.»

Se le había acentuado la sordera y había que forzar la voz, pero con naturalidad, pues sólo la mención de que no oía bien o el hablarle demasiado alto, ostensiblemente a veces, le ponían de un humor de perros y negaba rotunda-

mente que no lo hubiera oído previamente o lo atribuía al tono bajo en que todos hablaban. En casa, la televisión, una de pantalla gigantesca que había comprado recientemente, estaba siempre al máximo, atronando desde que se entraba por la puerta, a pesar de la distancia.

Como en los últimos años, tenían su abono de un palco proscenio para la temporada de ópera en el teatro de la Zarzuela y rara vez se perdían una representación, acompañados de uno o dos de los sobrinos y sus mujeres. Como eran socios fundadores de «Los amigos de la ópera», aunque el palco era para cinco, se conseguía una entrada suplementaria y había espacio para seis personas. Todavía a estas funciones se asistía de smoking los hombres y con vestido largo de gala las señoras. En los entreactos casi siempre se acercaba algún conocido a saludarles.

La más asidua era la cantante Consuelo Rubio, con la que les unía gran amistad y que, como profesional del canto, era persona idónea para hacer con don Carlos un análisis crítico de cómo iba la representación, de las voces de los divos y de cómo habían salvado las dificultades de su aria o dúo. Otra de las atracciones, ésta jocosa, era la entrada espectacular de Montse Duarte, tan amiga anteriormente de Conchita que, a pesar de su edad, era capaz de ponerse los atuendos más llamativos y estrafalarios.

Una noche fueron con especial ilusión. Se trataba de una «Bohème» cantada por Renata Scotto y el debut en España de un tenor italiano que empezaba a ser considerado como el gran divo del futuro en su tesitura, Luciano Pavarotti. El primer acto había sido una verdadera maravilla, con aquellas dos voces impresionantes. Sin embargo, al salir al pasillo a fumar un pitillo (Conchita seguía sin fumar por la promesa: si salía Carlos con vida del accidente) mostró su terrible preocupación a Pedro y Mariano, que aquella noche les acompañaban.

—La tía —dijo— está mal. Lleva unos días que apenas come y, en ocasiones, aunque disimule para que yo no me dé cuenta, se levanta y se va a vomitar en plena comida. Hoy la he visto las conjuntivas débilmente ictéricas.

Se le ahogaba con un hilo la voz quebrada. Los sobrinos trataron de quitarle importancia. Sabían que las pocas veces que ella había estado enferma se desquiciaba y ni siquiera podía conservar su extraordinario sentido clínico, perdiendo cualquier posibilidad de lógica y clarividencia ante los posibles diagnósticos del menor trastorno en ella. En una ocasión anterior, Mariano le había sorprendido a últimas horas en la biblioteca ante una pila de libros y

revistas que había bajado él solo de las estanterías, haciendo diagnósticos diferenciales descabellados ante un episodio de cólico renal típico, «de libro» en que había presentado dolor lumbar, poaquiuria, hematuria y disuria que cualquier estudiante medianamente espabilado habría filiado de entrada de origen nefrítico.

En esta otra ocasión la cosa parecía más seria, ya había tenido dos pequeños cuadros de leve ictericia que se habían atribuido a «hepatitis», pero la reiteración era mucho más orientadora hacia ictericia obstructiva biliar o pancreática en su origen.

—¿Ha tenido coluria o acolia? —le preguntó uno de ellos.

—No he conseguido saberlo —fue la respuesta—, se ha puesto toda enfadada de que pretendiera ver sus excretas y me ha llamado cochino. Ya sabéis el pudor que muestra hacia todo eso que llama «porquerías» y ha dicho que nadie, ni siquiera yo, iba a verlas.

Lo único que había conseguido es que al día siguiente fuera a la Clínica a hacerse análisis y una colecistografía. Aquellas exploraciones dieron una vesícula «excluida», no funcionante pero sin verse cálculos y una bioquímica alterada en los enzimas de colestasis.

El cuadro era realmente alarmante; aunque una vesícula excluida no permitiera descartar totalmente la colelitíasis, lo más probable era, con diferencia, que existiera un tumor pancreático o de la vía biliar. Lo que no dejaba lugar a dudas era que el único abordaje posible era el quirúrgico. González Bueno, su cirujano digestivo desde la guerra, tras su alejamiento de Plácido Duarte, estaba mayor, le temblaban mucho las manos, estaba más dedicado a su presidencia de la Diputación y casi no operaba. En cambio, Carlos Moreno, su sobrino, se había hecho un competente cirujano y en él confiaba plenamente. Fue convocado junto al jefe de Servicio de Anestesia, Alfredo Arias, y se les presentaron los datos. Ahora los intentos de minimizar el riesgo y de llevarles a diagnósticos diferenciales más benignos eran inútiles. Su sentido clínico no podía fallar ante unos datos tan evidentes. Se dedicó a «examinar» a Arias sobre los fármacos anestésicos a emplear y su dosis, cuando la anestesia no suponía en este caso ninguna peculiaridad especial.

Se le veía, por primera vez, deshecho. Su unión con Conchita, su compenetración, su inmenso amor había sido lo más importante de su vida. En los últimos años, habían visto de cerca la muerte tras el accidente, pero la habían

visto juntos. Con la mayor serenidad referían cómo en sus frecuentes vuelos a congresos y conferencias rezaban ambos para que el avión tuviera un accidente y acabar al tiempo y rápidamente aquella vida común tan plena, tan repleta de éxitos de experiencias, de logros y sobre todo de felicidad compartida en una eterna «luna de miel».

Se reservó la habitación 163, en la primera planta, en la zona de privados, frontera a la consulta, para tenerla cerca en cualquier momento sin interrupir totalmente su actividad, lo que siempre era difícil dada la lista de espera de enfermos. De todas formas, todo el grupo que trabajaba allí con él (Romero, Puig, Paz, Jiménez Casado y Pedro de Rábago) le indicaron a Jesús que citara muy poca gente y que asegurara que había habido pocas llamadas, aunque ello fuera poco creíble.

El día 12 de mayo fue programada la intervención quirúrgica que Conchita afrontaba valientemente, sin abandonar su sonrisa ni sus bromas de siempre. Como ya se esperaba no había cálculos en la vesícula, meramente atrófica, fibrosa y engrosada. El doctor Moreno aseguró que no se veía más que una pancreatitis crónica, que ahogaba, estrechándolo, el colédoco. No le pudo engañar. Daba una pena espantosa verle abrumado, sus ojos llorosos entre el gorro y la mascarilla que le daban un aspecto trágico-cómico de muñeco de trapo disfrazado de cirujano. Se asomaba al campo quirúrgico y luego se sentaba desconsolado.

Moreno tomó una pequeña biopsia de la zona que le pareció menos afectada del páncreas y Mariano lo bajó corriendo al departamento de Anatomía Patológica. Horacio Oliva la estaba esperando y en seguida vieron que efectivamente aquello era un carcinoma. Planearon tratar de mantener el engaño. Horacio, persona muy sensible que adoraba a don Carlos, arregló todo.

Oliva había sido una pieza clave de la Clínica desde que trasladó su expediente desde Sevilla para hacer los últimos cursos clínicos junto a él, después de oír a su maestro Cruz Auñón hablar y hablar siempre y siempre, casi en cada lección de lo que Jiménez Díaz había supuesto para él como maestro y para la Facultad de Sevilla en su ya lejanos tiempos de catedrático. Tomó unas preparaciones de un caso reciente de pancreatitis, cambió los números en el archivo y la reclasificó desde el principio para que nadie, incluso las secretarias del departamento, pudieran destapar el engaño. Estaba tan afectado como Mariano y ambos se juramentaron para no decírselo absolutamente a nadie, nunca; se amparaban en que el informe totalmente negativo de malignidad,

no podía descartar en ningún caso el tumor, sino sencillamente que aquella particular zona en que se había tomado la biopsia era negativa.

Por la tarde bajó don Carlos a verla. La revisó célula a célula de cada preparación, no pareció sospechar la maniobra de cambio y estuvo mucho tiempo al microscopio, pero, aunque lógicamente no encontró ni una atipia, no se le veía tranquilo ni ilusionado con aquella negatividad. Su conocimiento clínico era superior a toda evidencia patológica. Ya en el quirófano, sino antes, había dicho adiós a toda esperanza. Allí había empezado a morir, y a morir ilusionadamente.

En los dos días siguientes todo fue fenomenal. El postoperatorio era feliz, sin incidencias, sin una décima de fiebre. Conchita aseguraba encontrarse perfectamente y aparentaba tranquilidad. Todas las noches se ponía una cama suplementaria en la antehabitación y uno de los sobrinos médicos se quedaba de guardia. El día 17 le tocó a Mariano y hasta las dos, se quedaron hablando fuera para que ella no pudiera oírles, y en ese momento los dos solos, inmersos en el impresionante silencio nocturno, don Carlos dijo:

—Esta tarde he tenido intermitentemente dolor típicamente anginoso y me he tomado tres cafinitrinas sublinguales.

Mariano se quedó impresionado y preocupado, le regañó porque además se lo decía con el enésimo pitillo en la boca y quiso ir a por el electrocardógrafo portátil y sugirió llamar a Pedro, pero éste estaba en Sevilla dando una conferencia y no regresaría hasta la mañana siguiente. Don Carlos se negó a todo y le dijo textualmente:

—Mira, Manín, la tía tiene un cáncer de páncreas y su evolución va a ser terrible, de continuo deterioro y sufrimiento. Ya sabes lo que pasa en estos casos. Yo no puedo presenciar su progresiva destrucción y muerte, y afortunadamente mi corazón no va a tolerar verlo. Estoy muy contento porque lo de hoy me asegura que será así. Siempre quisimos morir juntos, pero ya que Dios lo ha dispuesto de otra forma también dispondrá que yo me vaya antes. Sólo quiero, aunque sé que no hace falta decíroslo, que estéis con ella, que la ayudéis a sobrellevar todo lo que le espera. Por primera vez en mi vida no quiero luchar. ¡Bendito infarto que me lleve!

El resto de la noche fue tranquila. Mariano le vigilaba más a él que a ella y las horas parecían detenerse, como si no fuera a amanecer nunca más. Por la mañana desayunaron entre bromas y decidió que, por primer día, ella se

levantara y diera un pequeño paseo hasta el cuarto que se había preparado, enfrente de la consulta, con su camilla, su mueble bar y su tetera, para ir a merendar con él, desde que trasladó la consulta de su casa a la Clínica, para dar ejemplo de integración.

Hacia las doce, Mariano estaba explorando un enfermo en la consulta, cuando la puerta se abrió bruscamente y apareció Jesús, que sabía bien que NUNCA se podía interrumpir, cuando se estaba viendo a un paciente. Su cara era tan expresiva, con una palidez cenicienta que no hizo falta que dijera una palabra. Dio un salto, musitó una disculpa y salió corriendo tras él. Encontró a don Carlos en el suelo del pasillo, sin conciencia, no le encontró el pulso y en el mismo suelo le empezó un masaje cardíaco, mientras Jesús movilizaba a todo el mundo para buscar a Pedro y que trajeran el defibrilador. A los pocos golpes abrió los ojos y sonrió diciendo:

—Me vine aquí para tomar las pastillas y que Chini no se alarmara.

Se le consiguió trasladar a la habitación, pero el pulso seguía fallando; habían acudido ya los otros sobrinos, más Arias, con el desfibrilador, y Hernando. Pedro, como cardiólogo tomó el mando. Al rato, dijo abriendo nuevamente los ojos semiperdidos:

—¿Ha mandado ya Bañón los análisis de la tía?

Le tranquilizaron, pero ya no hubo más; nueva parada, choques de desfibrilador, masajes de Pedro con crujido de costillas. Conchita había acudido como pudo, se sentó a su lado llorando y le cogió la mano. En el monitor de tarde en tarde aparecía un latido aislado; ya corría el bicarbonato puesto por Hernando y Arias le había intubado. Todos eran conscientes de que estaba perdido, pero seguían negándose a aceptarlo, aunque no se obtuviera la menor respuesta. Conchita gritaba:

—¡Seguid, seguid! —sin querer creer que ya todo era inútil, aunque Pedro, pacientemente, abrazándola, le explicaba que el cerebro ya estaba irremisiblemente dañado por la anoxia. Al salir fuera, la mayoría llorando abiertamente, el hall, la escalera y los pasillos estaban repletos de gente heterogénea en la misma situación. Todo había terminado. Murió cuando y como quiso; en su Fundación y con su bata blanca puesta, la que siempre le había acompañado ante sus enfermos y en los laboratorios.

Toda la tarde y noche estuvo expuesto en el Aula Magna. Las coronas y flores iban impregnándola de un aroma dulzón que invadía todo. Pronto no

hubo cabida para más. Las gradas estaban repletas y así permanecieron ininterrumpidamente. Allí permanecían todos. Desde sus más íntimos colaboradores y discípulos, al último empleado mezclado con estudiantes de su última promoción, con pacientes encumbrados y modestos, con todas las autoridades, que en un momento u otro se dejaron ver. Pliegos y pliegos se llenaban de firmas y las bandejas rebosaban de tarjetas. Cada media hora los dos capellanes de la Clínica y otros sacerdotes amigos, rezaban sencillamente un Padrenuestro.

Y a su lado, la figura patética de Conchita, recién operada, adelgazada, sentada en una silla, ya que su estado no le permitía aún ponerse de pies, estuvo tarde y noche cogiéndole la yerta mano. Sus ojos estaban perdidos. Por su mente pasaba y repasaba toda una vida plena a su lado, desde aquel verano de Cercedilla, más de cincuenta años, hasta los momentos cumbres de la inauguración de la Clínica, de su conversión en Fundación, de sus nombramientos de presidente de Sociedades Internacionales Científicas, de sus triunfales viajes y conferencias. Pero aún más repasaba sus Navidades juntos, solos, sus veranos de Salces, en que había más horas para su unión, sus fines de semana en el «Convento» de La Cabrera, cómo lo habían ido reconstruyendo, plantando cada nuevo árbol, trazando nuevas fuentes...

Fue absolutamente imposible hacerla que se retirara algún momento a descansar. Su estado lo requería. Tenía un tumor y llevaba sólo tres días operada; le daba igual. Aquel día habían muerto juntos. Para ella ya no habría amaneceres ni esperanzas. Sólo quería, rezaba por ello, en lo que su fe le señalaba: irse pronto junto a él en el cielo.

De ella dijo Pedro Ara, en la necrología de don Carlos:

«Mucho se ha hablado de colaboraciones y ayudas y no sería justo olvidar la principal, su mujer, Conchita, que fue su compañera en toda la extensión de la palabra. Además de la vida social y la atención a una casa de hospitalidad sin límites, acompañó siempre a su marido en sus trabajos, cuidó su biblioteca, operó animales de experimentación, trabajó en los diversos laboratorios y no obvió nada que pudiera interesar a su marido. Los que hemos conocido el matrimonio durante tantos años no creemos que pueda presentarse un ejemplo de mayor compenetración e identidad de ideales. No sabemos qué hubiera sido de Jiménez Díaz si su mujer hubiera desaparecido antes que él. Ha sido su alegría, su razón de vivir tan o más fuerte que la lucha por el progreso de la Ciencia Médica española.»

A la mañana siguiente, 19 de mayo (aquella noche pocos se habían ido a sus casas), fue llevado a hombros de sus discípulos a la capilla, mínima para el gentío que se apiñaba a la puerta, se hizo una misa, en que ni el padre José Luis con una emotiva homilía podía contener las lágrimas, a pesar de hablar del consuelo de la otra vida, de la alegría del cristiano al encontrarse con Dios.

«Nos ha convocado aquí don Carlos. Pero esta vez no ha venido como tantas otras, por su propio pie; le hemos traído nosotros, interpretando lo que pensamos que hubiera sido su deseo. Todavía nos parece verle ahí, en primera fila, junto a su esposa, como cada domingo, alegrándonos con su presencia y cumpliendo como cristiano de buena estirpe, sus deberes religiosos.

Estamos desconsolados. Consternados. Atribulados por su muerte. Esta muerte que esta vez sí que vino derecha, hace dos años y medio, también creímos todos en su fin, pero vuestra Ciencia, queridos médicos, y las plegarias de todos, prolongaron su vida. Dios nos concedió, como de propina, dos años y medio más de la vida de don Carlos. Y ya, con alegría, habíamos creído que don Carlos estaría así, siempre, con nosotros.

No ha sido así. Ha muerto... Y ha muerto como había vivido. En la brecha, con los zapatos puestos. Ha caído con la bata blanca puesta. Esa bata blanca que era para él como los ornamentos sagrados de su sacerdocio. Porque para él, su profesión ha sido un sacerdocio, una vocación sagrada por la que ha vivido y por la que ha muerto. En la brecha, trabajando hasta el fin... ha consumado su vida, como tenía que ser tratándose de un hombre de su casta; recibiendo enfermos hasta el último momento, vertiéndose a los demás en una inmolación que comenzó hace muchos años cuando vio claro que el camino que Dios le señalaba era el de mitigar el dolor, curar la enfermedad y luchar contra la muerte y que ha concluido cayendo vencido por la muerte en su propia consulta.

Su muerte ha sido bella, preciosa a los ojos de Dios como fue su vida toda. Yo no quiero hacer su elogio fúnebre como médico. Eso lo sabéis vosotros mejor que yo, lo sabe España y el mundo entero que hoy ha perdido un hombre ilustre y preclaro en la Medicina. Yo sólo quiero unir a la vuestra mi oración en este sacrificio de la misa que por él ofrecemos y consolarnos todos con dos cosas; con el recuerdo de su enorme humanidad rebosante de virtudes humanas; sencillez, simpatía, laboriosidad, honradez profesional, rayana en el enamoramiento. Si alguna cosa hubiera que reprocharle sería no haber tenido compasión de sí mismo y haberse olvidado de sí, cuando ya la muerte —él lo sabía— le acechaba. Y consolarnos también con el recuerdo de su ejemplaridad cristiana.

Yo tuve la suerte de tratarle íntimamente por primera vez a raíz de su accidente. Su fe profunda, su ejemplar piedad y devoción nos edificaron siempre a todos. El me pidió reiteradamente le administrara los sacramentos en aquellos angustiosos días de enero de 1965.

El eligió este crucifijo que hoy preside esta capilla suya. El quiso que en el testero de la misma campeara esta frase de San Pablo que es el lema de toda su vida, Ciencia y amor. Ni la Ciencia basta sin caridad ni la caridad es eficiente sin la Ciencia: "Y si tuviera toda la Ciencia y no tuviera caridad no soy nada." El, una hora antes de que el Señor le llamara había recibido la eucaristía junto con su esposa...

Ahora don Carlos ha recibido ya su recompensa. Dios nos lo ha llevado. Su ausencia nos llena de tristeza. Pero en medio de nuestra aflicción, nos consuela el saber que nos espera en la Casa del Padre, en la Patria del cielo a donde confiamos unirnos a él, siguiendo sus pasos, andando el camino que él nos trazó e imitando la clara ejecutoria de una vida clara como la suya, hecha toda ella de bondad y fe. Descanse en paz.»

Al salir el entierro, una inmensa multitud abarrotaba todas las cercanías de la Clínica, allí se apretujaban autoridades, médicos, alumnos y pacientes agradecidos. Coches repletos de flores y coronas lideraron la comitiva, interrumpiendo el tráfico por todo el trayecto, hasta llegar a una tumba en La Almudena, con una vieja lápida rota, con los nombres y fechas de muerte de sus padres: «Aquí yacen don Mariano Jiménez Hortés —10 de abril de 1924— y doña Jacoba Díaz de la Morena —18 de febrero de 1936—. R.I.P.»

La televisión nacional daría un largo reportaje esa misma noche del 19 de mayo a las diez y diez de la noche. El director cinematográfico Ruiz Castillo lo compuso basado en un programa anterior: «Esta es su vida.» Como hubo muchas personas que, tan reciente su muerte, no habían conectado el aparato, se solicitó tanto su repetición que hubo de ser programado de nuevo y emitido el 9 de junio a las siete de la tarde. En él salía en su Clínica, en La Cabrera, en su «Café de la Paz». Su caminar con una muleta, sus cicatrices, su deterioro físico debido al accidente daban una imagen triste, bien distinta del don Carlos, fuerte y enérgico, que todos querían conservar en sus retinas. En un momento su voz, cascada, casi irreconocible, decía: «Uno se encuentra en un

mundo tan maravilloso que todo le sugiere algo...» El ya no estaba en aquel mundo, que tanto le había sugerido, en el que tanto había luchado por la Medicina, por su país, por los enfermos...

Todos los medios informativos dedicaron sus titulares y páginas interiores a la triste noticia. Médicos y pacientes ofrecían sus opiniones sobre la figura desaparecida. Por ejemplo, el «Ya» titulaba: «El vicepresidente del Gobierno y cinco ministros en el entierro del doctor Jiménez Díaz.» Las Cortes manifestaron su pesar por la muerte del eminente clínico. Es incalculable el número de personas que asisitieron al sepelio.

Como señalaba el titular, acudieron junto al vicepresidente, don Luis Carrero Blanco; los ministros de Hacienda, don Juan J. Espinosa; el de Educación, don Manuel Lora Tamayo; el de Trabajo, don Jesús Romeo Gorría; el de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne, y en representación del resto del Gobierno el subsecretario, don Luis Rodríguez Miguel. Estuvo asimismo el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, don Antonio Iturmendi, y ex ministros como: don Blas Pérez González y don Mariano Navarro Rubio; más rectores, decanos, Severo Ochoa... «más de setenta coronas de flores, llevadas por jóvenes estudiantes de la Escuela de Enfermeras fueron colocadas en cuatro coches que marchaban tras la carroza fúnebre».

En otro apartado se señalaba:

«SENTIMIENTO EN LAS CORTES: "Al abrirse la sesión de la mañana se rindió homenaje a la figura del eminente doctor Jiménez Díaz, fallecido el día anterior."

El rector de la Universidad de Salamanca, don Alfonso Balcells, intervino para que se hiciese constar en acta el sentimiento que a todos los presentes les embargaba por el fallecimiento del ilustre científico, médico insigne, gran figura nacional de prestigio internacional que elevó con sus trabajos, sus investigaciones y su patriotismo el nombre de España, fue —dijo— maestro de maestros, deja una Escuela científica de gran altura y era un gran trabajador intelectual.»

Más abajo el titular era:

«SE SUSPENDIERON LAS CLASES: "En señal de duelo fueron suspendidas las clases en la Universidad de Madrid, de la que el profesor Jiménez Díaz era catedrático en activo..."»

Otra columna se encabezaba: «PESAR EN TODA ESPAÑA.» En ella se señalaba la repercusión en muchas ciudades y pueblos de España. Se resaltaba que la Universidad de Navarra recientemente, a través del gran canciller general monseñor Escrivá de Balaguer, había concedido al ilustre profesor el doctorado «honoris causa». Terminaba citando a la ciudad de Elche, de la que era hijo adoptivo, y donde existía una calle y una palmera del famoso «Huerto del Cura» a su nombre y a la que había dedicado su tomo de las «Lecciones de Patología».

Fueron innumerables artículos y reportajes y sería imposible dar aquí cabida ni a una mínima parte de ellos.

Uno de los más destacados, titulado: «JIMENEZ DIAZ HA MUERTO. LUTO EN LA MEDICINA ESPAÑOLA», fue publicado en «Blanco y Negro», renacido suplemento semanal del «ABC» y que dedicó largas páginas de su número a la muerte del gran clínico. Fue quizá uno de los reportajes más completos en que se recogía toda su ejemplar vida, con profusión de fotografías: después de una de las últimas, de la serie que le hizo Gyenes en diciembre anterior, ya con las huellas visibles de su accidente, la primera era una entrañable con la tienda de ultramarinos «La Europea», en cuya trastienda empezó sus estudios, seguida de una de sus padres en sillones de mimbre, de aquéllos de uno de los veranos en Cercedilla, posiblemente de aquél en que se inició su amor por Conchita, que presidió y endulzó toda su vida. Seguían muchas de homenajes, de distinciones, de visitas de grandes figuras médicas a su Clínica. Tampoco faltaban las de aquel paraíso que supo formar alrededor de las ruinas de aquel antiguo convento franciscano de La Cabrera y luego las de las multitudes de su entierro. Allí quedaba plasmada toda una vida de lucha, partiendo de la nada, de estímulo, de cambio radical de tantas cosas en la Medicina, en la investigación, en la docencia. Muchos de sus parientes, de sus amigos, de sus enfermos, conservarían aquel número como una reliquia.

Otro gran reportaje, en varios capítulos, publicó en el diario «Pueblo» F. de Castro. Era un complejo extracto de su biografía y de su obra. En la parte inferior de cada capítulo recogía opiniones de amigos y colaboradores:

«El sentido humanitario del profesor Jiménez Díaz se puede expresar en dos palabras: a los enfermos encamados les hacía la historia clínica tomándoles de la mano.» Profesor J. Perianes Carro.

«Supo que con él acaba la época de los "médicos estrella" y que la gran figura debería ser sustituida por un trabajo en equipo, suma de la labor de distintos especialistas e internistas, con una acción conjunta, pero imbuidos de un sentido común de estudio y actualización de conocimientos constante, junto a una entrega ilusionada al servicio de los enfermos y de la Ciencia.» Profesor Pedro Laín Entralgo.

«Con gran probabilidad la obra de don Carlos no hubiera sido factible sin la concurrencia amorosa e identificada de su más fiel colaboradora: su esposa. Ella entregó también su vida a él y a su obra. El se lo devolvió todo con creces; hasta el holocausto postrero de su vida. Se paró fulminantemente su corazón al no poder superar, y fue lo único que no superó, la presencia de su amada esposa enferma.» Doctor Emiliano Roda.

«A don Carlos, en sus años mozos, le gustó ir al café, luego las tareas profesionales y una extensa consulta se lo impidieron; le prohibían sus enfermos, sus lecturas, etc., ir a gozar de una hora de charla en el café. Y entonces montó uno, en su propia casa, General Mola, 9, a escasos metros de su consulta, a donde iban sus amigos a hacer tertulia con él.» Juan Sampelayo.

A Reinosa, su lugar de veraneo, fue Mogena, su colaborador y amigo de siempre, que fuera presidente de la Asociación Mundial de Gastroenterología. El periódico cántabro «Alerta», lo titulaba «Jiménez Díaz en el recuerdo de los campurrianos» y recordaba cómo «en una cabaña aislada sobre una islita surgente del río padre de España, a la que accedía por un puente levadizo, escribió don Carlos la mayor parte de su gran producción científica. Era un campurriano de adopción».

Todo lo transcrito no es más que una leve muestra de la repercusión nacional e internacional de la muerte de una persona tan destacada en la vida nacional, no sólo científica, y en el cariño del pueblo, de la sociedad española.

Serían incontables los artículos aparecidos en la prensa, las opiniones recogidas en los más diversos ambientes. Prácticamente no hubo Centro Hospitalario, Facultad de Medicina, Colegio de Médicos, Sociedad Científica, incluso muchas Corporaciones Municipales, que no hicieran actos, sesiones necrológicas en su memoria.

Siempre uno de sus discípulos, de sus colaboradores de primera o última hora era el que cerraba aquellos actos y sus recuerdos salían espontáneamente, emocionados, tratando siempre de trasmitir al numeroso público asistente, no solamente médico, lo que aquel hombre había sabido imbuirle a lo largo de su convivencia.

En la primera, en la de su Fundación, don Pedro Laín hizo, sin duda, el mejor análisis de su labor de su personalidad, de cómo con él desaparecía una época, la del gran clínico, la que inició Osler y siguieron otros tantos, la del «médico estrella».

Resaltó cómo en él desaparece aquel médico «sabedor de todos los saberes», y don Carlos lo había sabido comprender y había ido formando a sus discípulos en campos más limitados, pero en los que pudieran profundizar más y que la Medicina integral que él había abarcado y ya era imposible concentrar en una sola cabeza, por genial que fuera, pasara a ser integrada por un conjunto de personas especialmente formadas en las técnicas y en los saberes de un solo campo médico.

El nuevo director, don Eloy López García, para cuya elección no hubo la menor duda, acudió a Barcelona; Marina Fiol, a Tenerife; Perianes, a Cáceres; su sobrino Jiménez Casado, a Sevilla y Santiago de Compostela; Cifuentes Delatte, a la Academia Médico-Quirúrgica; Francisco Vega, a la Sociedad Española de Cardiología y la Real Academia de Medicina, también organizó un gran acto en el que participaron gran parte de distinguidos académicos.

Lo mismo se dio en otros países, señaladamente en Argentina, donde su amigo Pedro Ara, su querido discípulo de la primera promoción, Felipe Morán, el profesor Egidio Mazzei hicieron emotivas y amplias memorias del maestro desaparecido. En «The Lancet», en su sección habitual de «obituaries», se resaltó la labor del gran profesor e investigador español. Muchas calles y plazas de diversas ciudades y pueblos recibieron su nombre.

Don Eloy, bajo el peso de su nueva y gran responsabilidad, terminaba su intervención en el homenaje de los hospitales de Barcelona: «En todos los territorios de la Patología figuran progresos debidos a la actividad de don Carlos, cuya inquietud intelectual no tenía límites. Algunos de tales progresos son importantes, otros tienen menor trascendencia o han, incluso, perdido vigencia, ante nuevos derroteros de la Medicina. Pero, con ser grandes los méritos de esta actividad creadora, el mérito fundamental de don Carlos fue el de impulsar la Medicina española, mejorar el nivel medio de los conocimientos médicos y cambiar la actitud de los médicos ante el enfermo, evitando caer en la rutina. Es grande el camino que falta aún por recorrer en la dirección mar-

cada por Jiménez Díaz, pero se puede afirmar, como lo hacía hace pocos días Farreras Valentí, que existe una Medicina española anterior a Jiménez Díaz y otra posterior a él. Con Jiménez Díaz desaparece, probablemente, el último ejemplar de titanes que abarcaban todos los aspectos del saber y de la actividad clínica. Jiménez Díaz trató de conseguir que la Medicina siguiese progresando, sin necesidad de tales hombres excepcionales que ya no existen.»

Cifuentes Delatte reforzó el aspecto humano, paternal, hacia sus discípulos: «...Pero yo deseo subrayar levemente, destacar, uno de sus destellos entrañables, el hombre de bien. Don Carlos era humano: aunque hombre de bien, no podía ser perfecto. Podía ocasionalmente ser duro, incluso podía parecer injustamente severo con sus discípulos, pero lo era con látigo verbal estimulante, por amor a ellos. Era apasionado por sus amigos verdaderos, no por frío ni interesado cálculo, sino nada menos que por amistad profunda.

Sus reacciones de afecto, eran de hombre de bien, pues lo fue en todo su vivir, buen hijo, buen maestro, don Carlos destacó por su bondad, porque era médico honesto y compasivo y esposo ejemplar... Además de por sus felices condiciones, su inteligencia, su tenacidad, su prodigiosa memoria, don Carlos destacó por su bondad, porque tenía, vulgarmente expresado, un "corazón como una casa", que afectivamente nunca le falló, pero no le mantuvo con vida muchos años porque ardió en su propia llama. Esto era lo que quería destacar, la faceta de apasionado hombre de bien que fue don Carlos Jiménez Díaz.»

Jiménez Casado en Santiago, y luego en Sevilla, resaltaba lo que él sentía como caraterísticas esenciales de su carácter: exigencia para los demás, pero muy superior para él: actitud estudiosa, sin descanso ni desmayo, afán de saber, de saber siempre más; perseverancia en la labor; insatisfacción (el que se «despeja» está perdido, había dicho en una ocasión).

Le dejó anonadado una experiencia que parece increíble el día que estuvo en Sevilla, ciudad en la que don Carlos había sido médico y profesor hacía ¡más de cuarenta años! Por la noche, acabado el acto, sentado en una terraza de la vera del Guadalquivir con Eloy Domínguez Rodiño, al que mucha gente saludaba al pasar, éste le presentaba simplemente. Este es el sobrino de don Carlos y nadie le preguntó: «¿Qué don Carlos?» En Sevilla, pasado casi medio siglo, don Carlos, don Carlos por antonomasia seguía siendo Carlos Jiménez Díaz. Todos recordaban o habían oído hablar a sus familiares de aquel joven profesor que en sólo cuatro años dejó un recuerdo imperecedero, no ya en el ambiente médico sino en el popular.

«Semana Médica» consideró que el mejor recuerdo sería la reproducción íntegra del discurso del doctor Vega Díaz que pronunció al iniciarse el V Congreso Hispano-Luso de Cardiología, el homenaje a su antiguo maestro, fundador y presidente de honor de la Sociedad. El había sido, como dijo, espectador de sus oposiciones a Madrid, alumno de su primera promoción y estrecho colaborador, presenciando aquel segundo sondaje del corazón mundial. En su parlamento volvió sobre muchos de aquellos recuerdos pero sobre todo se dirigió a los cardiólogos jóvenes que podían conocer poco de la labor exclusivamente cardiológica de un hombre considerado «internista»:

«Toda su labor constituyó siempre un ejemplario de Cardiología científica indiscutible que ahí está para bandera nuestra, para que presumamos los cardiólogos que vamos detrás de él. ¿Qué institución española de Cardiología puede presentar idéntico o parecido muestrario de actividad en la especialidad en el curso de menos de cuarenta años? A este propósito hay que decir a los cardiólogos jóvenes que, deslumbrados por la enorme labor de conjunto de este maestro, puedan ignorar la larga historia cardiológica de Jiménez Díaz, lo que Talleyrand dijo a "La Revilliere", en ocasión de haber fundado éste la religión de los teofilántropos: "Sólo tengo que hacerle una observación; Jesús para fundar una religión fue crucificado y resucitó después. Intente hacer usted otro tanto..." Si se contasen las horas que dedicó a su vida médica, diría, como se dijo de Wenckebach, que ha sufrido cadena perpetua hospitalaria.

Lo mismo cabría decir de Jiménez Díaz. Pero si nosotros, los cardiólogos, pensamos en el tiempo que el maestro ha dedicado a las preocupaciones cardiológicas, habría que admitir que al menos la mitad de su vida científica... Los maestros sólo se logran, según el rito D'Orsiano "previa una colaboración del tiempo con la heroicidad". Y el fruto de la unión del tiempo con la heroicidad se llama *nobleza*... Jiménez Díaz siguió con todos los cardiólogos de España, sin excepción alguna, el lema que Ortega considera consustancial con la república platónica: El Estado sólo marcha bien, cuando "cada uno hace lo suyo". Y en la Sociedad de Cardiología, como en su cátedra, como en la Fundación que lleva su nombre, ha sabido inculcar a todos el arte de "hacer lo suyo", sin invadir el campo de los demás y, sobre todo, sin encharcarlo... Hay maestros que con su personalidad captan a todos; maestros que tienen personalidad grande pero que sólo captan a algunos, y maestros que con idéntico grado de personalidad no captan a ninguno porque viven generalmente en el limbo. Don Carlos era del primer grupo y sigue siéndolo.» Analizaba largamente su vida docente, intelectual y algo, nunca señalado, aristocrática: «En

don Carlos se ha dado y se sigue dando al máximo la aristocracia del dolor. Ante las incomprensiones y hasta las ofensas no ha reaccionado nunca con violencia, con enfado, con desprecio, sino con dolor. Alguien dijo que cualquier profesión es una aristocracia cuando en ella se alcanza la maestría. La aristocracia del dolor en don Carlos va pareja con su maestría... Una sola cosa, aprendiz, estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada y es tu "obra bien hecha". Esas palabras constituyen, todos lo sabemos, que hemos sido esculpidos o contemplados por él, la mejor expresión del mensaje que a los cardiólogos españoles ha venido lanzando don Carlos desde que la Sociedad de Cardiología fue fundada por él. El mensaje que Jiménez Díaz viene lanzando al mundo universitario español desde que entró en la universidad como maestro y desde que, dentro de ella, fue empezar a hacer especialistas.»

En su testamento, similar al de Conchita, dejaba como heredera universal a su Fundación. Sus cuadros, importantes clásicos («Santa Eufemia», de Zurbarán; «San Miguel», de Valdés Leal, y «La Virgen y el Niño», del «divino» Morales) al Museo del Prado y los modernos («Casa de Segovia», de Zuloaga; «El ciego de los romances», de Solana, y un «Adán y Eva», que creía de Picasso y luego resultó falso) al Museo de Arte Moderno.

A la Fundación le dejaba también expresamente tres obras de arte: un Cristo de marfil, atribuido a Alonso Cano, regalo de la familia Van de Brule, y una talla de la Inmaculada del siglo XVII, regalo de los Couret, para que ambos presidieran la capilla. Junto a ellos el tapiz de Bruselas, también del XVII, de gran tamaño y que habían comprado en aquel ilusionado viaje por los Países Bajos, camino del Festival de Baireuth, que ocupa íntegramente el testero del despacho de Dirección.

La finca de «El Convento» de la La Cabrera quedaría proindiviso y en usufructo para pasar definitivamente a la Orden Franciscana, a sus sobrinos: Olalla, Mariano y M. Teresa Jiménez (hijos de sus hermanos) y Pedro y Gregorio (hijos de los hermanos de Conchita).

La casita de Salces, tan cargada de recuerdos de múltiples veranos, en la que escribió prácticamente toda su obra científica, pasaba lógicamente a la familia Rábago, en la persona de su sobrino mayor e íntimo colaborador, Pedro de Rábago.

En una disposición adicional decía: «De todas las notas, escritos y trabajos no publicados, así como de todo cuanto tenga relación con mi trabajo

«Santa Eufemia», de Zurbarán, donado al Museo del Prado.





«El niño de la mosca», del Divino Morales, donado al Museo del Prado.

íntimo, recuerdos de nuestra vida, etc., que tenemos en nuestros archivos, se harán cargo mis sobrinos Pedro de Rábago González y Mariano Jiménez Casado, y ellos discriminarán lo que han de conservar y lo que han de destruir.» De este mandato ha surgido este libro.

Muchas fueron las cartas que recibieron. Todas expresaban un profundo sentimiento de dolor. Muchas eran de personalidades destacadas, populares en las más variadas actividades. Pero es preferible trascribir una de un simple alumno. Alguien que simplemente había visto en él, en apenas tres años, al verdadero maestro, al que debía ser para siempre su ejemplo en el quehacer médico:

«...Para aquéllos que hemos tenido el honor de trabajar como alumnos en la Fundación Jiménez Díaz, para todos aquéllos que hemos tenido la fortuna de conocer y de hablar con don Carlos, su muerte nos ha producido una sensación indescriptible.

Don Carlos, nuestro don Carlos, o mejor dicho, el don Carlos de todos, ha sido para nosotros mucho más que un gran profesor, que un maestro único o que un eminente clínico, ha sido el diario recuerdo de todo aquello a lo que debemos aspirar, de todo aquello que hemos de aprender. El fue, en vida, el ídolo de muchos de nosotros y no le quepa la menor duda, con su muerte entra en la leyenda de hombres grandes, cuyos nombres vuelan por encima del tiempo y del espacio.

Pero quiero recalcar algo que quizá no haya sido captado. Muchos de nosotros, inmóviles y con los ojos húmedos ante el cadáver de nuestro maestro, hemos sentido su postrera llamada, su último gran consejo, el del estudio, la dedicación y el amor. Conociendo su biografía y su gigantesca obra, hemos sentido el deseo "de estudiar más, de observar más, de amar más y de sufrir más". Incluso en su ejemplar muerte. Don Carlos nos ha ayudado. De su pálido, pero sereno rostro, emanaba el último mensaje dirigido a nuestra generación, y, a pesar del dolor que todos sentíamos, hemos notado su último grito de aliento y de ánimo.

Cuando pasen muchos años, aquéllos que logremos llegar a la vejez, podremos decir, con lágrimas en los ojos: "yo fui uno de sus últimos discípulos", y al pronunciar esta frase, volverán a nuestra imaginación recuerdos imperecederos de unos de los mejores hombres que ha dado la Medicina mundial.

Esto es lo que sentimos muchos de nosotros. Esto es lo que nos ha hecho sentir don Carlos al dejarnos.

Suyo incondicional.—Francisco Gutiérrez Millet.»

Aquella última hornada de alumnos colocaría en su primer anivesario una sencilla placa que preside hoy el Aula:

«A NUESTRO MAESTRO DON CARLOS JIMENEZ DIAZ.
SU ULTIMA PROMOCION. 18 DE MAYO DE 1968.»

Otro discípulo muy anterior, José Pomares, de Elche, que llegó a trabajar en San Carlos y en el Instituto en los años cuarenta, decía:

«...Aquí seguimos anonadados. Don Carlos no era para nosotros un médico, sino además un amigo y el maestro a quien consultas y participas de todas tus cosas, incluso de las más íntimas. Habrá de pasar mucho tiempo para que esta depresión colectiva del ánimo se suavice; pero ahora, esa pesadumbre nos impide pensar en tan irreparable desgracia con objetividad... Desde siempre deseaba una foto suya dedicada, cosa que conseguí hace muy poco tiempo, precisamente unos pocos días antes de su muerte recibiría una carta dándole las gracias por ello. La tengo frente a mí, en mi despacho, durante mis seis horas de consulta, con su recuerdo y estímulo. A mí me ha supuesto siempre no sólo el paradigma de la inquietud profesional sino el camino de entrega, de darse a sí mismo en todo; por eso su recuerdo será no sólo de gratitud, que lo es mucho, sino de libro de meditación, a lo Kempis, fuente del motivo de entrega.»

Al año siguiente de su muerte no se celebraría, por primera vez en veintiséis años, la fiesta del «13 de febrero», pero el 69 todos pensaron que a él le hubiera gustado que siguiera aquella tradición por él fijada. En esa noche tan distinta a todas las anteriores, su sucesor en la dirección de la Fundación, el que para todos sería don Eloy, como él había sido don Carlos, dijo:

«La Fundación Jiménez Díaz celebra el 13 de febrero la creación del Instituto de Investigaciones Médicas que fue su germen original. El año pasado, sumidos en el dolor de la reciente muerte de nuestro fundador, esta celebración sólo fue un acto íntimo. Este año conviene restaurar la tradición de que, reunidos, hagamos un balance de nuestras tareas y una reafirmación de nuestros propósitos. Esto es más necesario ahora, cuando nos falta la dirección de don Carlos para la consecución de sus ideales, que hemos hecho nuestros. Es la realización de estos ideales lo que impone reflexión y meditación. La Fun-

dación Jiménez Díaz es un organismo vivo, que no puede estar aferrado al pasado con riesgo de convertirse en estatua de sal.

El mundo en torno cambia, aparecen nuevos problemas y nuevas soluciones para los antiguos y debemos estar dispuestos a renovarnos, a modificar las estructuras que necesiten cambio y a seguir, dentro de nuestras fuerzas, marcando el rumbo de la Medicina del país... Lo que nos proponemos es claro: continuar el propósito que guió a don Carlos al establecer la Fundación: la misión romántica de elevar el nivel cultural de los médicos de España, mejorar las condiciones de asistencia médica de los españoles, contribuir al avance de conocimientos médicos de nuestra época... y todo ello tendremos que hacerlo por nosotros mismos, ya sin don Carlos, pero su espíritu siempre presente entre nosotros.»

Fue un 13 de febrero impregnado de profunda tristeza, pero también de reafirmación de la perseverancia en la labor que don Carlos había fijado para el futuro... «cuando nosotros ya no estemos».

Capítulo XV

Conchita, su esposa (1967-1969)

Tú hiciste de mi vida
un cuento para niños
donde naufragios y muerte
eran pretextos de adorables ceremonias.
«Reconocimiento», ALEJANDRA PIZERNICK

CASI DOS AÑOS SOBREVIVIO físicamente Conchita a don Carlos, sólo físicamente, porque en aquel período, además de su deterioro progresivo, con un sufrimiento continuado, fue otra persona. Nada tenía que ver aquella mujer envejecida, adelgazada, enlutada, con la anterior Conchita, que había sido la alegría, la chispa inteligente, la eterna novia ingenua, el aliento diario de su esposo. Se tornó retraída, adusta. Llenó la casa de grandes retratos, como «posters», de don Carlos; toda la serie que pocos meses antes de su muerte le había hecho Gyenes. Dejó de recibir amigas, de jugar pinacle, de salir de compras. Ni siquiera ir a la Clínica le era agradable; todo le recordaba la gran ausencia, que gravitaba como plomo sobre sus esqueléticos hombros. Hasta fue difícil para los sobrinos llevarla a La Cabrera para que al menos tomara el aire libre y se distrajera algo en aquel ambiente.

Le daba rabia que el mundo siguiera existiendo, que en la Fundación se trabajara, que los colaboradores siguieran investigando y publicando.

Mariano, el hermano de su marido, su apoyo constante, había seguido siéndolo para ella. Tras su fama de cerebral, de frialdad y dureza siempre había sido un hombre de una enorme sensibilidad, aunque tratara de esconderlo bajo aquella máscara que se había creado con su «practicidad». El, su hermano Luis y los suyos, Pedro y su mujer Encarna (que abandonaron su casa para vivir junto a ella y acompañarla continuamente) y los sobrinos fueron su consuelo; las únicas personas en que confiaba, junto a muy pocas amigas.

Mariano le hizo ver que con la evolución que llevaba la Fundación, con imparables gastos, con presupuestos monstruosos, el dinero que en su testamento la legaban se disolvería en poco tiempo, que aquello sería una gota de agua en un río cada vez más caudaloso, con mayores necesidades.

Para que asegurara la perpetuidad del legado debía dotar una nueva Fundación, la «Fundación Conchita Rábago de Jiménez Díaz», cuyo fin esencial sería el mantenimiento y seguridad de continuidad de la Conmemoración en los términos de alto nivel internacional que ella había querido y, en segundo lugar, para dotar becas, ayudas de viaje que ayudaran a preservar la investigación que había sido el primer impulso que llevó a don Carlos a crear aquella obra y que nunca podría ser «rentable». Le recordaba su afán en que sus colaboradores pudieran tener la oportunidad de salir al extranjero, de completar su formación con las personas y centros más destacados del mundo. Ella, como siempre, se dejó guiar por su consejo y gracias a la nueva Fundación aquel no extenso capital que constituía su patrimonio ha cumplido ambos fines. La seguridad de que éstos no serían tergiversados, que las becas y ayudas se concederían objetivamente, con justicia, se la daba el nombrar como patronos vitalicios a sus tres sobrinos médicos, aquellos «chicos» ya maduros, más los futuros director médico y el subdirector de Investigación de la Fundación Jiménez Díaz.

Ello conducía a modificar el testamento que comúnmente habían hecho don Carlos y ella. Gracias a esta modificación su patrimonio no se perdió y la Lección Conmemorativa y la concesión de becas de investigación y de ayudas a miembros del «staff» de la Fundación Jiménez Díaz han podido persistir.

En el nuevo testamento, Mariano le aconsejó modificar el futuro de La Cabrera. Siempre su buen criterio preveía la dificultad de que aquella finca, no rentable sino de caro mantenimiento, fuera compartida por cinco sobrinos, cada uno con sus familias, cada uno con un «status» económico distinto. Quedó así en usufructo, hasta su paso a la Orden Franciscana, exclusivamente para Layta. El traslado posterior de ésta a Asturias y su empeoramiento económico hizo que, desgraciadamente, cuando finalmente fue cedida a sus primeros moradores, los monjes, estuviera terriblemente deteriorada.

En cualquier caso, los últimos años de Conchita fueron exclusivamente mantenidos por dos ilusiones:

La creación de un monumento a don Carlos y la instauración de una Lección Conmemorativa anual que llevara su nombre. Del primero quiso que

fuera encargado el escultor Juan de Avalos, el autor de los grandes evangelistas y del frontón del Valle de los Caídos. Se hizo con suscripción popular promovida por Comités Provinciales que formaron en gran parte sus anteriores discípulos, pero en los que participaron «las fuerzas vivas», las autoridades, los antiguos pacientes. Se consiguió que la Junta de la Ciudad Universitaria cediera el terreno frente a la Fundación y medianera al Hospital Clínico, sus dos lugares de trabajo y creación. La calle que separaba ambos, antes de Bartolomé Cossío, fue nominada Calle del Doctor Jiménez Díaz.

Avalos no había conocido a don Carlos y se le proporcionaron fotos y más fotos para que pudiera captar bien sus rasgos. A su estudio era a uno de los raros sitios al que Conchita iba gustosa. Allí sentada le hacía observaciones sobre cada nuevo intento que iba surgiendo del barro y nunca quedaba totalmente satisfecha, nunca le parecía que fuera así «su Carlos». Al final el parecido era aceptable, aunque la ausencia de las gafas, con las que todo el mundo le recordaba, no acabara de convencer a nadie que aquél fuera don Carlos.

Su efigie fue en relieve sobre un gran bloque de granito traído especialmente de las canteras de La Cabrera. El escultor trazó el monumento como una fuente con figuras de bronce que representaban al pueblo y a la Ciencia.

Cuando se estaba erigiendo, Conchita estaba ya ingresada para una intervención paliativa que le quitara la ictericia obstructiva, por ahogamiento del colédoco dentro del tumor pancreático. No le importaba el dolor, la náusea, la inminencia de otra operación, en lo único en que pensaba era en durar suficiente para ver el monumento finalizado desde su ventana y lo consiguió. Por pocos días (todos quisieron adelantar la inauguración para ella). El 6 de mayo, con asistencia del entonces alcalde de Madrid, y posteriomente último primer ministro de Franco, don Carlos Arias Navarro; el presidente del Colegio de Médicos, doctor García Miranda, colaboradores, discípulos, empleados de la Fundación, antiguos pacientes y una multitud anónima del pueblo de Madrid se hizo la inauguración en un sencillo acto y Conchita, casi moribunda, desde la ventana pudo ver correr el agua en sus surtidores.

Días más tarde, el 11, cercano ya el segundo aniversario de la muerte de su idolatrado esposo llegó la esperada hora de ir a la definitiva reunión con él, su única ilusión y esperanza en aquellos terribles años de supervivencia.

El segundo interés era la Lección Conmemorativa. Santiago Grisolia, discípulo de don Carlos y posteriormente de Ochoa, importante bioquímico de renombre internacional, por entonces chairman de Bioquímica en la Univer-

sidad de Dallas, fue el que le dio la idea. Le hizo ver que el mejor homenaje, el que hubiera sido más del agrado de don Carlos, sería que anualmente un científico destacado contribuyera con una Lección Magistral en su memoria. Había muchos ejemplos mundiales de memoriales de grandes hombres de la Medicina y lo importante era conseguir que tuviera un máximo nivel, que fuera un honor apreciado internacionalmente y él y Vivanco, junto a los sobrinos, trazaron cómo debía llevarse a cabo, con gran seriedad en la elección por un comité no sólo nacional y al que se irían incorporando posteriomente, durante cinco años, cada nuevo conferenciante. El comité sería el que haría las nominaciones de candidatos y los que, tras la pertinente discusión, debate y valoración eligieran anualmente al próximo galardonado.

A ella y a todos les pareció una idea magnífica. Le entusiasmó tanto que no quería que se limitaran los medios. El conferenciante recibiría, además de 2.000 dólares (de aquella época), una medalla conmemorativa con la efigie de don Carlos, cuyo diseño encargó a Avalos. Aunque le dijeron que en general este tipo de medallas se hacían en bronce, ella se empeñó en que fuera de oro, del mejor oro, de 21 quilates y sólida. La medalla pesó 118 gramos, lo que la hizo más valiosa que el premio en metálico. Muchos de los conferenciantes no querían creer que era toda de oro, si no con un mero baño. Y dispuesta a que todo fuera lo mejor, determinó que el comité, al recibir al nuevo conferenciante, se reuniera en una cena en «Jockey» y que la Lección fuera clausurada con una cena de gala en el Ritz o en el Palace.

Nadie dudó en la elección del primer Premio Jiménez Díaz. Tenía que ser por derecho propio el único Premio Nobel español de Medicina, el anterior colaborador: Severo Ochoa.

Cuando llegó esta I Lección ella había muerto sólo unos días antes. Pocas veces el impresionante Aula Magna estuvo tan repleta y pocas veces se había oído una ovación tan interminable como cuando al acabar la Lección, que inició con unas sentidas palabras en memoria de don Carlos y de su trascendencia en la Medicina y en la investigación española, le fue puesta por el presidente del comité, Francisco Vivanco, la primera Medalla Conmemorativa Jiménez Díaz.

La II Lección Conmemorativa pronunciada por el Premio Nobel 1956, profesor André Cournand, la comenzó con estas palabras:

«El gran clínico, humanista y generoso hombre de bien cuya memoria honramos con estas "Lectures", me honró con su calurosa amistad desde el momento de nuestro primer encuentro hace poco más de diez años. El tema de esta lección "Historia del cateterismo cardíaco" supone una oportunidad de resaltar que el nombre de Jiménez Díaz está asociado al segundo sondaje practicado en el mundo y al temprano desarrollo de la técnica en el hombre.»

En la V Lección, Luis Leloir, también Premio Nobel, resaltó:

«Esta invitación me emociona profundamente porque yo tenía una gran admiración por Jiménez Díaz desde su inolvidable viaje a mi patria argentina en 1943. Después nos encontramos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso de Bioquímicos españoles. Me impresionó por su personalidad, su inteligencia y su interés por la investigación. Después nos encontramos pocas veces y mi afecto hacia él no hizo sino aumentar.»

Cada año la Lección fue creciendo en prestigio y ha llegado a ser uno de los máximos eventos científicos del país. No hay más que enunciar la ya larga lista de conferenciantes, por el orden que fueron galardonados:

I Lección: Severo Ochoa (Premio Nobel), «Polinucleótido-fosforilasa y sus aplicaciones», 1969.

II Lección: André Cournand (Premio Nobel), «Catheterisme cardiaque. Evolution historique et son application en physiologie et clinique humaine», 1970.

III Lección: Hans A. Krebs (Premio Nobel), «Interrelation between the metabolism of carbohydrates, fat and ketone bodies», 1971.

IV Lección: Jan Waldestrom, «Depression of one protein forming template», 1972.

V Lección: Luis Leloir (Premio Nobel), «Biosintesis de glicoproteínas», 1973.

VI Lección: Donald S. Fredrickson, «Lessons about plasma lipoproteins learned from Tangier disease and other mutants», 1974.

VII Lección: Feodor Lynen (Premio Nobel), «Multienzyme complexes involved in the biosyntesis of polyacetate», 1975.

VIII Lección: Jean Bernard, «L'Hématologie géographique», 1976.

IX Lección: Sune Bergstrom (Premio Nobel), «The prostaglandins-bioregulators with clinical and economic implications», 1977.

X Lección: Francisco Vivanco, «Influencia del sexo y de las suprarrenales sobre la secreción de hormonas gonadales», 1978.

XI Lección: Osamu Hayaishi, «Indolamine 2.3 dioxigenase. Properties and function», 1979.

XII Lección: Sheila Sherlock, «The Immunology of liver disease», 1980.

XIII Lección: César Milstein (Premio Nobel), «Derivación y uso de anticuerpos monoclonales», 1981.

XIV Lección: René Favaloro, «Cirugía de revascularización miocárdica. Análisis crítico de quince años de evolución», 1982.

XV Lección: Arthur Kornberg (Premio Nobel), «Genetic chemistry and the future of Medicine», 1983.

XVI Lección: Francisco Grande Covián, «Dieta, lipoproteínas y arteriosclerosis», 1984.

XVII Lección: Christian de Duve (Premio Nobel), «Lysosomes and Medicine», 1985.

XVIII Lección: Ruth Arnon, «Basic research in Immunology and its impact on the fight against disease», 1986.

XIX Lección: George E. Palade (Premio Nobel), «Control of protein and the mebrane traffic in Eukariotic cells», 1987.

XX Lección: Luc Montagnier, «The strategies of the AIDS virus», 1988.

XXI Lección: Antonio García Bellido, «Análisis genético de la morfogénesis», 1989.

XXII Lección: Jean Dausset, «L'Aventure HLA», 1990.

XXIII Lección: Roberto J. Poljak, «La estructura, la especificidad y la idiotipía de los anticuerpos», 1991.

XXIV Lección: Sir Roy Calne, «Avances en el transplante hepático», 1992.

La XX Lección tuvo el gran honor de ser presidida por S.M. la Reina Doña Sofía.

En resumen: Once Premios Nobel (dos de ellos, Bergstrom y Milstein, nombrados posteriormente a su Lección).

Por nacionalidades: Españoles, cuatro (Ochoa nacionalizado norteamericano); norteamericanos, dos; franceses, cuatro (Cournand nacionalizado norteamericano); suecos, dos; alemanes, dos (Krebs nacionalizado británico); argentinos, cuatro (Milstein nacionalizado británico y Poljak estadounidense); japonés, uno; israelí, uno; belga, uno; británicos, rumano, uno (nacionalizado norteamericano). Colaboradores de don Carlos, tres.

Difícilmente ninguna Lección Conmemorativa, ni premio internacional en Medicina, excepto el propio Nobel, puede presentar una lista de tan impresionantes figuras de la investigación.

En 1976, la Fundación Conchita Rábago editó a sus expensas un libro con las seis primeras lecciones, en inglés: «Jiménez Díaz Memorial Lectures», que incluyen las de Ochoa, Cournand, Krebs, Waldenstrom, Leloir y Fredrickson, todos ellos parte de la gran historia de la Medicina del siglo XX.

En ella, Jiménez Casado incluyó un resumen de la biografía y de la obra de don Carlos y, sobre todo, el primer listado completo de su bibliografía: Cuarenta y dos libros y ochocientos cincuenta trabajos publicados en revistas científicas españolas y extranjeras.

La Fundación Conchita, como sería familiarmente conocida, ha conseguido ampliar el capital inicial y con ello el número de becarios y de ayudas. En los últimos años tiene persistentemente treinta y cinco becarios trabajando en el sector de investigación, completando o iniciando su formación, haciendo sus tesis doctorales, publicando a nivel internacional resultados valiosos de líneas originales que mantienen el prestigio de la investigación del Centro y que sigue siendo hecho diferencial de la mayoría de los restantes hospitales españoles.

Como esta labor de concesión de becas de investigación lleva desarrollándose más de veinte años hay que calcular, que gracias a ellas se han formado cerca de seiscientos jóvenes gracias a estas ayudas.

A ello habría que sumar más de veinticinco becas de uno a tres años en el extranjero e inmumerables ayudas de «corta duración», de uno a seis meses, a múltiples personas del «staff» de la Fundación Jiménez Díaz para familiarizarse con nuevas técnicas y nuevos campos de investigación.

Pensamos que desarrolla una labor encomiable que, con seguridad, originaría a don Carlos la máxima satisfacción.

Epílogo

Su figura, su obra y su lugar en la Medicina española

QUIZA LO QUE MEJOR PUEDA RESUMIR esta significación son las palabras de una de las mayores autoridades mundiales en la historia de la Medicina, don Pedro Laín Entralgo:

«...El inagotable, inabarcable, irretenible, surtidor de saber clínico, anatomopatológico y fisiológico que salía de la boca de don Carlos. Los índices de la "Kliwo" y de la "Presse Médicale" y yo, pobre de mí con ellos, quedábamos pequeñitos ante aquel majestuoso y exhaustivo dominio de la bibliografía médica. Un juicio fue imponiéndose desde entonces en mi espíritu: saber, lo que se llama saber en el acto, hoy no puede haberlo mayor en ninguna de las cabezas médicas del planeta.»

Asimismo es de resaltar que en su imponente tratado de «Historia de la Medicina», en que colaboraron grandes autores españoles y extranjeros, en su tomo VII de «Medicina Contemporánea», Jiménez Díaz sea citado como protagonista de aportaciones fundamentales a nivel mundial, nada menos que en cinco capítulos, los de: «Alergia», «Mentalidad Biopatológica», «Patología Antropológica», «Neurología» y «Cardiología». Ello es un mero índice, algo que el propio Laín y muchos otros médicos españoles han señalado en diversas ocasiones y que, sólo en nuestra boca, podría parecer panegírico excesivo: Jiménez Díaz fue el último gran clínico, figura irrepetible en el futuro, sabedor de todos los saberes lo que ya en su época era prácticamente imposible mantener dada la atomización que la progresiva especialización requiere en la Medicina actual.

Ya se ha señalado el hecho, que también consideramos irrepetible, de que un español, país indudablemente no puntero en la Ciencia médica, presida

sucesiva y conjuntamente dos sociedades científicas internacionales como la de Medicina Interna y la de Alergia y que en ambas su elección fuera hecha por unanimidad por las más destacadas personalidades mundiales en aquellos momentos en cada campo.

El representa un último eslabón de una Medicina «total» a su parcelación inevitable ante su progresivo avance y complejidad. Y uno de sus mayores méritos fue el adelantarse a ese futuro que hoy vivimos. Supo ver esa realidad de lo inabarcable, aún en la cabeza más dotada, en la persona más excepcional y estudiosa, y lanzó a sus discípulos por los nuevos caminos que constantemente veía abrirse ante sus ojos, a través de su experiencia y sus lecturas.

Así fue que la mayor parte de las sociedades nacionales de las más diversas especialidades hayan tenido como presidente a uno o varios de sus discípulos: Cardiología, Cirugía Cardíaca, Cirugía Vascular, Neurocirugía, Hipertensión, Endocrinología, Diabetes, Alergia, Inmunología, Reumatología, Neumología, Nefrología, Hematología, Cuidados Intensivos, Radiología, Medicina Interna... y es imposible saber si alguna más entre la nube de sus discípulos directos o indirectos que han jugado papel protagonista en la evolución española de las últimas décadas.

El tiempo, que todo borra, puede hacer que su figura, su aportación, llegue un día al olvido. Las jóvenes generaciones y las venideras podrán preguntarse quién fue ese médico que tiene monumentos y calles a su nombre, cuál fue su obra. La Medicina, más que las Artes, el Derecho, la Filosofía, es un campo en perpetuo y acelerado movimiento y lo seguirá siendo más en el futuro. Ello no empaña que haya que destacarse su significación en un momento dado de esta irresistible progresión de la Ciencia.

En cualquier caso, conviene dejar señalado, aunque sea muy parcial y concretamente, lo que aportó a la Medicina, a su querido país.

Como dijo Cajal: «Sólo merecen la gloria los hombres que, mediante la acción inteligente y altruista, embellecieron, mejoraron y esclarecieron algo el mundo que habitamos.»

SU OBRA

Sería interminable referir las vicisitudes que, a partir de su muerte, afectaron a su obra, las que todavía la ponen en peligro.

Incomprensión, acoso económico, alguna división interna jalonan su evolución. En demasiadas ocasiones se ha visto en peligro de desaparición y la respuesta unánime de personalidades intelectuales y científicas, de los medios de comunicación, de la sociedad en pleno han ayudado a ir salvando escollos, pero no sin dejar heridas, sin afectar a su funcionamiento y a un cierto deterioro por la asfixia de aquella economía, que nunca fue boyante. Curiosamente, cuando lo tan deseado por la mayoría de los médicos, la creación de un Ministerio de Sanidad (que sólo había existido efímeramente durante la Guerra Civil) hacía concebir más esperanzas de solución, fue el culpable de que aquella obra, aquel esfuerzo personal en pro de España, iniciara su declive.

Aquel primer Ministerio retiró la famosa «cláusula de regularización», que en concierto con la Seguridad Social había conseguido don Carlos, que permitía mantener el pago a precio de coste con la regularización final pactada de los gastos originados por la asistencia pública. Quizá también desde dentro se luchó poco por mantenerla. El retraso con que aquella regularización se recibía, creaba muchos problemas de tesorería, de liquidez.

Sucesivos Gobiernos, Ministerios de Sanidad, efímeros inicialmente, no supieron dar solución a una Institución sin duda singular y original que no era ni privada ni pública. La progresiva socialización de la Medicina, la había inclinado en este aspecto; más del 80 por ciento de la asistencia era ya por vía del concierto y por allí las tarifas fueron creando deuda y más deuda, ya que lo recibido era manifiestamente insuficiente para una Medicina progresivamente más cara y del máximo nivel. No valió que en la administración estuvieran unos u otros, que casi siempre entre los altos cargos hubiera antiguos discípulos, miembros de la escuela o amigos. Nadie supo o pudo dar una solución de viabilidad, de justicia.

Se hacía realidad la frase de Mahatma Ghandi: «Parece imposible lo poco que se puede hacer desde el poder.»

Volvía a ocurrir, como desgraciadamente tantas veces en España, que el Estado olvidaría la contribución desinteresada de sus grandes hombres. La Fundación recibe las migajas de lo que sobra en la gran y modernizada red hospitalaria, que, al ser propiedad del mismo Estado, en que éste tuvo que invertir grandes cantidades, se come los presupuestos. Lo demás es «ajeno» y tendrá que subsistir con lo que reste.

Durante los años transcurridos desde la muerte de don Carlos, la presidencia del Patronato ha pasado por: don Blas Pérez González, doctor Carlos

Moreno, don Jesús Aguirre, duque de Alba; profesor Severo Ochoa, profesor González Mogena, profesor Alfonso Merchante, profesor Grande Covián y actualmente profesor Segovia de Arana.

Los sucesivos directores han sido: profesor Eloy López García, profesor José Perianes Carro, profesor Mariano Jiménez Casado, doctor Gregorio de Rábago Pardo, profesor Luis Hernando Avendaño y, actualmente, doctor Enrique Villalobos. A pesar de su absoluta entrega y dedicación ninguno ha podido vencer el injusto trato recibido externamente.

Ha habido dos o tres momentos en que la situación ha sido crítica. En una ocasión, el director tuvo sobre la mesa un embargo a cuarenta ocho horas de la Fundación promovido por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social por las impagables deudas acumuladas. Deudas que eran creadas por el propio Ministerio que pagaba de manera absolutamente insuficiente el coste de las camas en que eran atendidos sus propios beneficiarios, con una cantidad dos o tres veces menor de lo que esta asistencia le costaba en sus propias instituciones, incluso en las de menos nivel.

En otra ocasión una comisión formada nada menos que por Severo Ochoa, Pedro Laín, Xavier Zubiri, Grande Covián, Santiago Grisolía, acompañados por el presidente del Patronato, rector y el director, visitaron al presidente del Gobierno y le expusieron la situación y la trascendencia que la Fundación tenía en la Medicina y la Ciencia española, su repercusión a nivel internacional. El presidente pareció comprenderlo pero no se obtuvieron soluciones.

Posteriormente fue presentada una posible salida injusta que no parecía adecuada para la labor de la Fundación y su trayectoria: el traslado a un nuevo hospital, aún no terminado, en Alcalá de Henares y su cambio a aquella universidad, abandonando la Universidad Autónoma, cuya Facultad había contribuido a fundar junto a la Clínica Puerta de Hierro y La Paz, iniciando en ella un tipo de enseñanza nuevo y moderno, en gran parte basado en las ideas tantas veces propugnadas por don Carlos. La «solución» fue rechazada no sólo por la propia Fundación, sino por un verdadero clamor social, reflejado en los medios de comunicación, sin distinción de ideologías.

Más recientemente, la situación se hizo tan insostenible que ya no existía posibilidad de cubrir el costo de nóminas ni proveedores y el fantasma de su desaparición reapareció. Ahora se ha solventado con una «intervención» del Ministerio de Sanidad.

En todas estas ocasiones ha sido admirable la respuesta de médicos, personas destacadas de la vida científica, intelectual, política y aun del «pueblo llano» en su defensa, explicando su significación, su historia, su esencial contribución a la modernización de la Medicina española.

Ha habido manifestaciones de la Universidad, el Ayuntamiento, el Colegio de Médicos, sociedades científicas y numerosos artículos de escritores como Umbral, entre otros muchos, y de investigadores y médicos como Ochoa, Laín, Grande Covián, Grisolía, Vega Díaz, Varela Uña, Ricardo Franco y otros antiguos colaboradores y discípulos.

Pero aún más positiva ha sido la respuesta de «la gente», desde el taxista a humildes enfermos de alejados pueblos que no podían entender cómo España podía perder lo que Umbral calificó de la «catedral de la Ciencia médica española».

Muchos podrían pensar que es que la Fundación se ha deteriorado, que quiere vivir sólo de su historia, que su labor actual no sigue aportando una asistencia destacada, una investigación valiosa, una docencia adecuada. La contestación es sencilla y objetiva. Cada año la Fundación sigue publicando su Memoria de Actividades (hecho no seguido por la gran mayoría de hospitales) y en la última publicada, correspondiente a la actividad de 1992, las cifras y la calidad hablan por sí solas:

Cursos de Doctorado: 33.

Número de publicaciones científicas: 407; de ellas, 144 en revistas extranjeras de máximo nivel.

Número de conferencias pronunciadas por miembros de la FJD (excluidos los cursos de doctorado o formación continuada): 536.

Ponencias y comunicaciones a congresos y simposiums: 529 (de ellas, 263 internacionales).

Conferencias pronunciadas en la FJD: 82 (20 por científicos extranjeros).

Tesis doctorales: 17.

Becarios extranjeros: 56.

Becarios y asistentes de investigación: 88.

Ayudas a proyectos de investigación concedidas por el FISS: 71.622.000 pesetas.

Ayudas a proyectos de investigación concedidos por el MEC: 93.607.000 pesetas.

Total ayudas para trabajos de investigación: 65.

¿Cuántos hospitales españoles y aun extranjeros pueden presentar este balance?

No sabremos cuál será el final. Persiste la fe de que una Institución pionera, la que sin duda más ha contribuido a la elevación de la Medicina española *nunca* podrá desaparecer, que debe recuperar su indiscutible liderazgo de años clave.

Lo que seguro persistirá son sus logros. Tantas cosas que don Carlos y sus colaboradores consiguieron cambiar, revolucionar, respecto a la situación anterior.

Somera y concretamente citaremos cuáles han sido éstos:

1) *Asistencia:*

Una Medicina objetiva, humana, en que el enfermo es una persona, nunca un número de cama.

Puesta en marcha de nuevas técnicas diagnósticas y terapéuticas por primera vez en España; determinaciones hormonales, estudios funcionales cardiorrespiratorios, de absorción intestinal, hematológicos isotópicos, la primera unidad monográfica nefrológica de diálisis con riñón artificial y, asimismo, unidades pioneras de hipertensión, de metabolismo óseo mineral, de hemodinámica, de lípidos, de ventiloterapia y fisioterapia respiratorias, primer «pulmón artificial», primera Unidad de Cuidados Intensivos... primera cirugía extracorpórea, primeras operaciones neuroquirúrgicas avanzadas....

Una Medicina similar para pobres y ricos, poniendo al alcance de aquéllos los mismos medios avanzados, antes inasequibles, que para los poderosos.

Una Medicina y Cirugía unidas, integradas de cuyo distinto ángulo de visión, criterios y capacidad técnica se beneficia el paciente que requiere terapéutica operatoria.

2) *Docencia:*

a) De alumnos: Por primera vez se pudo poner en práctica la enseñanza «extramuros» de los hospitales clínicos masificados en que los estudiantes difícilmente podían adquirir experiencia propia, capacidad técnica vivida, contacto continuo con el objeto de su estudio: el paciente y la enfermedad, el diagnóstico y la terapéutica.

Aunque su ensayo tuvo que interrumpirse por revolucionario, por incomprensiones, al cabo de unos años, la idea ha triunfado plenamente. La cristalizó, en primer lugar la nueva Universidad Autónoma creada por decreto en 1968, al año siguiente de su muerte, y que fue la primera que comenzó a funcionar poco después sin hospital clínico propio, ya que utilizaría como tales tres hospitales punteros: La Clínica Puerta de Hierro, la Ciudad Sanitaria «La Paz» y la Fundación Jiménez Díaz. Los dos primeros eran estatales, pero la Fundación no recibiría nunca la menor prestación económica por esta contribución esencial a la enseñanza de graduados. Se trataba de una de las constantes argumentaciones de su fundador cuando abordaba los problemas de la enseñanza en las Facultades «clásicas»; la necesidad de utilización de todo hospital con capacidad docente y la modificación de inamovibles planes de estudio. La Fundación, quijotescamente, no pidió ni obtuvo nada material por su contribución. Le era suficiente con que en ella se pusieran en marcha las ideas de su fundador. El resultado fue extraordinario. Un dato objetivo lo revela. Desde el inicio de la dura prueba para el acceso a los títulos oficiales de especialistas por el sistema M.I.R., la Autónoma de Madrid ha sido la que más y mejores puestos ha obtenido para sus graduados en tan difícil y decisivo examen.

Su ejemplo en cuanto a la utilización de hospitales inicialmente «extrauniversitarios» se ha generalizado a la mayoría de las Facultades, lo que ha minimizado los problemas creados por un exceso de estudiantes, que no podían tener oportunidad de enseñanza real en salas y laboratorios.

La enseñanza se hace en la U.A.M. y ya en otras Facultades, como él propugnó: integral, sin repeticiones de temas en Medicina y Cirugía, jerarquizando en los adecuados períodos las distintas especialidades evitando que temáticas como O.R.L., Oftalmología, Medicina Legal, ocuparan todo un curso, como la Pediatría o la Obstetricia y Ginecología, más esenciales cuando lo fundamental que todo médico debe conocer de ellas puede enseñarse en períodos más cortos y más vividos.

Los alumnos *participan* y con ellos su formación es objetiva y práctica, sin perder por ello el nivel adecuado.

b) De postgraduados: siguiendo la estela de unos pocos centros (Valdecilla, Santa Cruz y San Pablo), organizó la enseñanza de postgraduados en sistema de internado y residencia. Los postgraduados empezaron a recibir remu-

neraciones que les permitían perseverar. Fue, con la Clínica Puerta de Hierro, el Hospital General de Asturias y otros pocos centros, la que más luchó por la nacionalización del sistema, lo que se consiguió a través del «Seminario de Hospitales con Programas de Postgraduados», cuyo influjo fue muy grande en el país y cambió la mentalidad de muchos hospitales hacia la labor docente para mejorar la calidad asistencial. En 1972 se hizo por primera vez una convocatoria nacional y en el 78 las plazas convocadas fueron de 4.054 puestos, generalizándose el sistema a la gran parte de hospitales españoles. Se creó una Comisión Nacional de Especialidades Médicas, con los más destacados expertos en cada una (entre ellos casi siempre alguno miembro de su escuela) que determinaran duración, rotaciones necesarias, experiencia imprescindible a adquirir y capacidad docente en calidad y número para cada una de ellas.

Su discípulo Luis Hernando ha sido una de las personas claves en esta enseñanza y presidió esta Comisión Nacional.

En el vigésimo aniversario de la Clínica Puerta de Hierro fue el encargado de exponer este tema de formación de postgraduados, donde dijo:

«...No importa que quien actúe de portavoz de la Fundación Jiménez Díaz sea uno de sus miembros menos significados... Los que hemos intervenido en tantos anteproyectos (48 borradores del decreto de Especialidades Médicas han pasado por mis manos, sin ser el responsable de su versión final), hemos sustituido múltiples veces la expresión "Enseñanzas o estudios de especialización" por "Formación como especialista"... Veamos lo que dice el diccionario, libro por el que tengo una considerable debilidad, heredada de mi padre. *Enseñar* es: "Instruir, hacer adquirir conocimientos, doctrinas, reglas o preceptos." *Formar* es: "Adquirir una persona más desarrollo, aptitud y habilidad en lo físico y en lo moral"... Es evidente que son actitudes (con c) y aptitudes (con p) lo que hay que enseñar. Aquéllas y éstas son imposibles de transmitir con la palabra, es imprescindible el ejemplo...»

En un acto de recepción de nuevos alumnos, don Carlos decía bellamente: «La intimidad entre los que enseñan y los que aprenden y el estímulo que de ella resulta, la objetividad de la visión directa de los problemas y sus posibilidades de resolución son las características que queremos que tenga nuestra enseñanza que no es solamente instrucción, sino calor, transmisión de entusiasmo»... «Más que un maestro determinado hallaréis un conjunto de personas de formación e inquietud similar que os acogerán e incorporarán»... «Me gustaría dejar constancia de los antecedentes lejanos por su interés e indudable transcendencia: El primero fue en el siglo XIV; en la Universidad de Salamanca se dio una orden por la cual «a nadie se le había de dar el título de Bachiller en Medicina, sin haber trabajado antes un año como médico experimentado»; segundo, que en la introducción del «Pedacio Discórides», escrita por el genial Andrés Laguna en el siglo XVI, se dice «que a nadie se le debería dar el título de médico sin haber hecho antes del arte de curar en un hospital mil pruebas y para los cirujanos es mejor que esta práctica la hagan en el campo enemigo».

El caso es que el sistema ha conseguido algo impensable cuando en 1955 comenzó el funcionamiento de la Clínica de la Concepción: que prácticamente en cualquier lugar de España haya médicos con una verdadera «formación» en el sentido que Hernando señalaba en aquella intervención.

c) Formación continuada: Ya se ha expuesto cómo la Clínica de la Concepción, desde sus primeros pasos, prestó una hasta entonces desconocida atención a que los médicos en ejercicio, hasta los más modestos, tuvieran la oportunidad de persistir en su formación, de tener noticia directa y, nuevamente, vivida de las más importantes novedades en el diagnóstico y la terapéutica, en los nuevos medios auxiliares, en las nuevas teorías fisiopatológicas. De la eficacia, de la necesidad de esta formación es la mejor prueba el éxito de aquellos cursos y de los libros a que dieron origen. Ello demuestra cuán necesario es para el médico, a lo largo de todos sus años de ejercicio profesional, tener la posibilidad, abierta y gratuita, de mantener al día en una ciencia en continuo movimiento de progreso. Esta enseñanza, a diferencia de la anteriormente expuesta, aún no ha sido oficializada, hecha obligatoria como ya es en otros países, pero el ejemplo de don Carlos acabará fructificando, aunque sea tardíamente, como en tantos otros temas.

3) *De cooperación con Hispanoamérica:*

Cuando unos veinte años más tarde, se hizo un dossier sobre la labor de la escuela de Jiménez Díaz en sus relaciones con Hispanoamérica, con el fin de presentar la Institución al Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Iberoamericana, pudo verse que no existía ni un solo país de habla hispana que no hubiera tenido becarios completando su formación médica en la Clínica y que el número total, posiblemente incompleto, era de 689.

Se habían dado, por entonces, 416 conferencias por miembros de la Fundación en los más diversos países de aquel continente y las participaciones con

comunicaciones y ponencias en congresos era de 197, siendo los distintos honores y nombramientos recibidos de 97.

Parece evidente que ningún centro ni escuela médica o científica española ha hecho una labor semejante de cooperación con aquellos países de nuestra propia lengua..., pero, sin embargo, los citados premios fueron concediéndose sucesivamente a políticos, que, en ocasiones, a los pocos años estaban olvidados, si no repudiados, por sus propios países.

El propio presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana (antes Consejo de la Hispanidad, luego Instituto de Cultura Hispánica), el embajador don Manuel Prado Colón de Carvajal, publicaría veinticinco años más tarde de la inauguración de la Clínica de la Concepción, un artículo en «El País», titulado: «La Fundación Jiménez Díaz e Iberoamérica», del que entresacamos el siguiente párrafo:

«...Todas estas actividades se insertan lógicamente en la línea de acción que caracterizó al doctor Jiménez Díaz; pero por dos notas se hacen especialmente acreeedoras de llevar el nombre del egregio médico español: su rigurosa preparación técnica y su método de trabajo en equipo, distanciándose tanto de la improvisación como de los individualismos.» «Con estas actividades se rinde homenaje a aquel gran profesor y clínico que fue creador de una prestigiosa escuela de la Medicina española: el doctor Jiménez Díaz, que conoció América Latina y fue ampliamente conocido en ella, prestándole siempre una singular atención y ejerciendo su magisterio en los profesionales iberoamericanos, entre los que dejó no pocos discípulos.»

4) *Investigación:*

No hay que volver sobre cómo un clínico supo poner en marcha un Instituto de investigación básica y médica. Tampoco cómo consiguió que la mayor parte de sus colaboradores compaginaran su trabajo clínico con muchas horas de laboratorio, de experimentación y que, varios de ellos, se pudieran dedicar íntegramente a la búsqueda original de nuevos progresos en el conocimiento de tan diversos campos de la Patología.

Desde luego, el Instituto de la Ciudad Universitaria, roto apenas nacido por la guerra, fue, como queda reflejado en el anteriormente citado artículo de Severo Ochoa, una experiencia nueva, una posibilidad hasta entonces impensable de dedicación total a un quehacer investigador. Ello continuó en las etapas más adversas (en el garaje de San Sebastián, en el hotelito de la Calle

Granada), pero, sobre todo, la unión del conjunto, en la Clínica de la Concepción, luego Fundación Jiménez Díaz, fue asimismo la primera vez que un hospital, que un centro clínico y docente, mantuviera un sector de investigación en su seno.

Aun en los momentos más difíciles de la Fundación, este sector ha sido, dentro de los hospitales, uno de los que más publicaciones ha hecho en revistas extranjeras de prestigio, uno de los que mayor número de ayudas a proyectos ha conseguido, por su calidad, del F.I.S.S. y de la Comisión Asesora de Investigación del Ministerio... y desde luego no por influencias.

Recientemente cuatro destacados investigadores han obtenido puestos oficiales en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas dados sus relevantes méritos, y sus nombramientos han salido en el «B.O.E.» con destino en la Fundación Jiménez Díaz, como centro asociado.

La aportación de la Fundación Conchita Rábago ha contribuido con sus becas, no sólo al desarrollo de lo que fue el «primum movens» de su obra, sino a la formación de múltiples futuros investigadores hoy diseminados por todo el país.

La investigación científica es en sí perecedera. Los medios van siendo progresivamente más sofisticados y los investigadores muy especializados en sus temas y en sus finísimas técnicas. Ello hace hoy imposible concebir una investigación tan amplia como la que él y su grupo hizo sobre tantos y tantos campos diversos de la Medicina y cualquier trabajo de entonces sería hoy criticable en sus métodos y conclusiones. Ello no quiere decir que en su momento no supusieran avances, hitos de nuevos caminos. Algunos serían erróneos, no llevarían a ninguna parte, la senda abierta a machetazos sería absorbida por la selva del olvido.

De otros, el tiempo se encargaría de demostrar lo que en su momento era imposible, pero quedaron como primeros pasos, a veces intuitivos; fueron y siguen siendo orientaciones nuevas, fructíferas. Entre ellas: la autoinmunidad, la terapéutica inmunosupresora, la secreción arterial mediada por el estímulo simpático, el papel metabólico del riñón, la naturaleza disreactiva de la alergia, las endocarditis abacterianas....

Finalmente, hay algo que, también ahora, empieza a ser realidad y a dar sus frutos en la vida científica española: el hecho de implicar a la sociedad en su conjunto, especialmente a los poderosos, a los hombres de empresa en la

labor universitaria, en la investigación, en el quehacer universitario, en su protección y ayuda.

Ello también lo inició don Carlos, que supo convencer a un grupo de hombres generosos que esta aportación era también función suya, que su aparente «falta de rentabilidad» era ficticia, que el avance de la Ciencia, de la cultura, es misión de todo un país, que es un bien común el progreso de la Ciencia y de la intelectualidad de España.

...Y queda el ejemplo incomparable de su vida, algo que hemos tratado, posiblemente inadecuada e insuficientemente de transmitir en estas hojas a los jóvenes, a las nuevas generaciones poseedoras del futuro.

En su artículo «Jiménez Díaz y la investigación», Severo Ochoa concluía: «Para finalizar esta revisión de recuerdo a la memoria de don Carlos Jiménez Díaz, en el décimo aniversario de su fallecimiento, quisiera reiterar que esta Institución modelo, esta excelente escuela de postgraduados, el Instituto, todo cuanto hay en ellas es la obra de un genio soñador, la obra de una voluntad férrea, la obra de un hombre de una capacidad de trabajo gigantesca. Todos en este momento recordamos con cariño y recordaremos siempre a don Carlos Jiménez Díaz.»

Finalizaremos con sus palabras de aquel «13 de febrero»: «...y sigamos creyendo que estas quimeras que tengamos y que estas pompas de jabón que describamos en la atmósfera puedan persistir, no por nosotros, sino por todos los que vengan después, por nuestro país, porque solamente entonces podremos aspirar a ser historia.»

Madrid, 13 de febrero de 1993

Bibliografía

PERIODICOS Y REVISTAS

1920-1936

«ABC». Sevilla.
«Ahora». Madrid.
«Anales de la Clínica del profesor Jiménez Díaz». Madrid.
«Atalaya». París.
«El Liberal». Madrid.
«Crisol». Madrid.
«Crónica». Madrid.
«El Sol». Madrid.
«La Voz». Madrid.
«Germa». Madrid.

1939-1950

«ABC». Madrid.
«ABC». Sevilla.
«El Alcázar». Madrid.
«Arriba». Madrid.
«British Medical Journal». Londres.
«Bulletin of the Institute for Medical Research». Madrid.
«El Comercio». Lima.
«La Crónica». Lima.
«Dígame». Madrid.

«Escorial». Madrid.
«Imperio». Zamora.
«Informaciones». Madrid.
«El Mercurio». Santiago de Chile.
«La Nación». Buenos Aires.
«La Prensa». Buenos Aires.
«Revista Clínica Española». Madrid.
«Sí». Madrid.

1950-1960

«ABC». Madrid.
«El Alcázar». Madrid.
«Arriba». Madrid.
«Diario da Manhà». Lisboa.
«Diario de Noticias». Barcelona.
«Diario de San Juan». San Juan.
«Ideal». Granada.
«Informaciones». Madrid.
«Jornal de Noticias». Oporto.
«Madrid». Madrid.
«O Primeiro de Janiero». Lisboa.
«O Século». Lisboa.
«Pueblo». Madrid.
«La Vanguardia». Barcelona.

1960-1970

«ABC». Madrid.
«Ahora». Santo Domingo.
«Amanecer». Zaragoza.
«Artlische Praxis». Munich.
«Blanco y Negro». Madrid.
«Boletín del Colegio de Médicos». Madrid.
«Boletín de la Fundación Jiménez Díaz». Madrid.
«El Comercio». Lima.

«El Comercio». Quito.
«La Crónica». Lima.
«Casona». Quito.
«Detalle». Madrid.
«El Día del Pueblo Mejicano». Méjico.
«Diario de Centroamérica». Guatemala.
«Diario de Cuenca». Cuenca.
«Diario Gráfico». Guatemala.
«Diario de la Marina». Cuba.
«Diario de Yucatán». Yucatán.
«El Espectador». Bogotá.
«La Gaceta Regional». Salamanca.
«Imperio». Zamora.
«El Independiente». Madrid.
«Jaén». Jaén.
«Jano». Barcelona.
«Libertad». Valladolid.
«Listín Diario». Santo Domingo.
«El Médico». Madrid.
«El Mercurio». Santiago de Chile.
«La Nación». Buenos Aires.
«Noticias Médicas». Madrid.
«El País». Madrid.
«La Prensa». Buenos Aires.
«Prensa Libre». Guatemala.
«Previsión Sanitaria Nacional». Madrid.
«Pueblo». Madrid.
«La República». Bogotá.
«Semana Médica». Madrid.
«Solidaridad Nacional». Barcelona.
«El Tiempo». Bogotá.
«Tribuna Médica». Madrid.
«Ultima Hora». Lima.

TEXTOS

ALVAREZ SIERRA, J.: *Diccionario de autoridades médicas,* Ed. Nacional, Madrid, 1963.

AZAÑA, Manuel: *Memorias políticas y de guerra,* Vols. I y II, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1978.

BAROJA, Pío: *El árbol de la Ciencia,* Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1947.

BRITISH MEDICAL JOURNAL: *Spanish culture. C. Jiménez Díaz,* London, 1964.

CARR, Raymond: *España 1808-1939,* Ed. Ariel, Barcelona, 1969.

CARRETERO, José María: *Galería de famosos,* Ed. Nacional, Madrid, 1948.

COSSIO, José María: *Los toros en la poesía española,* Ed. Ministerio del Interior, Madrid, 1990.

DESROCHES-NOBLECOURT, Ch.: *Tutankhamen,* Ed. Noguer, Barcelona, 1963.

DIEGO, Gerardo: *Poesía española contemporánea,* Ed. Taurus, Madrid, 1959.

DIETZ, Bernd: *Un país donde lucía el sol,* Ed. Hiperión, Madrid, 1981.

— *Douturamento «honoris causa» do prof. C. Jiménez Díaz,* Ed. Univ., Porto, 1951.

FOXA, Agustín de: *Madrid de Corte a Checa,* Ed. Nacional, Madrid, 1942.

FUNDACION JIMENEZ DIAZ: *Memoria 1992,* Madrid, 1991.

GALA, Antonio: *En propia mano,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1983.

GALLEGO, José Luis: *Antología de poetas suicidas,* Ed. Fugaz, Madrid, 198(?).

GARCIA DEL CARRIZO, María Luisa: *Historia de la Facultad de Medicina de Madrid,* Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1968.

GOMEZ SANTOS, Marino: *La Medicina en la pintura,* Ed. M.E.C., Madrid, 1978.

— *Severo Ochoa,* Ed. Caja de Ahorros de Asturias, 1989.

JIMENEZ CASADO, Mariano: «Jiménez Díaz. His life, his work», en *Jiménez Díaz Memorial Lectures,* Ed. Fundación Conchita Rábago, Madrid, 1976.

JIMENEZ CASADO, Mariano, y cols.: *Memoria de actividades hispanoamericanas,* Ed. Fundación Jiménez Díaz, Madrid, 1984.

JIMENEZ DIAZ, Carlos: *Lecciones de Patología Médica,* Vol. IV, Ed. Científico-Médica, Barcelona, 1942.

— *Problemas de la enseñanza de la Medicina,* Ed. Arbor, Madrid, 1952.

— *La investigación científica, la enseñanza y la orientación de la Medicina,* Ed. Paz Montalvo, Madrid, 1954.

— *El médico explorando a su enfermo,* Ed. Paz Montalvo, Madrid, 1954.

— *Autenticidad y formalismo en la labor docente,* Ed. Universidad Menéndez Pelayo, Santander, 1957.

JIMENEZ FRAUD, Alberto: *War of ideas in Spain,* Oxford Press, Oxforf, 194(?).

JOINT MEETING OF SOCIETY INTERNATIONAL OF INTERNAL MEDICINE: *Present and future of Internal Medicine,* Ed. Luiggi Poggi, Roma, 1987.

JUNTA DE AMPLIACION DE ESTUDIOS (varios autores): *80 Aniversario,* Ed. Arbor, C.S.I.C., Madrid, 1986.

LAIN ENTRALGO, Pedro: *Historia universal de la Medicina,* Ed. Salvat, Barcelona, 1974.

LAIN ENTRALGO, Pedro, y ALBARRACIN, Agustín: *Santiago Ramón y Cajal,* Ed. Labor, Barcelona, 1978.

LAIN ENTRALGO, Pedro: *Descargo de conciencia,* Ed. Alianza, Madrid, 1974.

LEON CONDE, A.: *Guerras del siglo XX,* Ed. Salvat, Barcelona, 1982.

LOPEZ PIÑERO, Jose María: *Cajal,* Ed. Salvat, Barcelona, 1988.

MACHADO, Antonio: *Poesía y prosa,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1989.

MADARIAGA, Salvador de: *Memorias. Amanecer al mediodía. 1921-1936,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1974.

— *España. Ensayo de historia Contemporánea,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1979.

MARAÑON, Gregorio: *Cajal. Su tiempo y el nuestro,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1951.

— *Diagnóstico etiológico,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1943.

MARAÑON, G.; MERCHAN, M.; GARCIA DIAZ, S.; ROF CARBALLO, J.; JIMENEZ DIAZ, C., y DE LA FUENTE CHAOS, A.: *El médico y su ejercicio profesional en nuestro tiempo,* Ed. Nacional, Madrid, 1942.

MARIAS, Julián: *La España real,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1976.

— *La devolución de España,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1977.

O'CAMPO, María Victoria: *El arte en la Medicina,* Ed. Losada, Buenos Aires, 1978.

ORTEGA Y GASSET, José: *En nombre de la nación,* Ed. Claridad, Madrid, 1931.

ORTIZ MUÑOZ, Luis: *Sevilla eterna,* Ed. Seix y Barral, Barcelona, 1978.

PELTA FERNANDEZ, Ricardo: *Desarrollo histórico de la Alergología en España,* Tesis Doctoral. Universidad Complutense, Madrid, 1988.

PESET REIG, José Luis: *Jiménez Díaz, vida y obra,* Memoria de la Beca Fundación Conchita Rábago, Madrid, 1972-1973.

PLANA, Manuel: *La Spagna franchista,* Ed. Guaraldi, Firenze, 1977.

RAMON Y CAJAL, Santiago: *Recuerdo de mi vida,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1919.

— *Charlas de café,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1920.

— *El mundo visto a los ochenta años,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1934.

— *Historia de mi labor científica,* Ed. Alianza, Madrid, 1981.

RIDRUEJO, Dionisio: *Poesía,* Ed. Alianza, Madrid, 1976.

RUSSELL, Bertrand: *La sabiduría de Occidente,* Ed. Aguilar, Madrid, 1964.

SERRANO SUÑER, Ramón: *Entre el silencio y la propaganda. Memorias,* Ed. Planeta, Barcelona, 1977.

THOMAS, Hugh: *La Guerra Civil española,* Ed. Grijalbo, 1976.

TUÑON DE LARA, Manuel: *Historia de España. X. España bajo la Dictadura franquista,* Ed. Labor, Barcelona, 1980.

TUSELL, Javier: *Relaciones con el Eje,* Conferencia, Centro Politeia, Madrid, 1990.

UNAMUNO, Miguel de: *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos,* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1950.

VALVERDE, José María: *Hombre de Dios,* Ed. Instituto Ramiro de Maeztu, Madrid, 1945.

WILLIAMS, Harley: *Don Quixote of the mycroscope,* Ed. J. Cape, London, 1954.

Indice

Páginas

PROLOGO 9

I. Raíces (1878-1895) 11
II. Esa dura y feliz infancia (1898-1913) 19
III. El viejo San Carlos (1913-1919) 41
IV. El joven opositor: Alemania (1920-1922) 79
V. Sevilla 111
VI. Profesor en Madrid (1926-1936) 145
VII. Hacia su sueño: El Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas (1934-1936) 201
VIII. El trágico paréntesis de la guerra (1936-1939) 229
IX. Volver a empezar 279
X. ... Y remontar (1944-1951) 347
XI. ... Y cristalizar su sueño (1951-1955) 423
XII. La Clínica de la Concepción: Desarrollo y trascendencia en la evolución de la Medicina española 475
XIII. La Fundación Jiménez Díaz (1960-1966) 523
XIV. Final vital (1966-1967) 569
XV. Conchita, su esposa (1967-1969) 595

EPILOGO 603

BIBLIOGRAFIA 615

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1002107144



MARIANO JIMENEZ CASADO (Madrid, 1929).
Jefe de Servicio de Medicina Interna y Director de la Escuela Universitaria de Enfermería de la Fundación Jiménez Díaz.
Profesor Titular de la Universidad Autónoma de Madrid.
Es asimismo co-Director de "Revista Clínica Española", fundada por el Profesor Jiménez Díaz hace más de cincuenta años.
Estudió Medicina en Madrid, viviendo desde alumno el Instituto de Investigaciones Médicas en su etapa de la Ciudad Universitaria.
Completó su formación en Oxford y Nueva York y a su regreso se incorporó, desde su inauguración en 1955, a la Clínica de la Concepción, hoy Fundación Jiménez Díaz, de la que ha sido Director durante cuatro años.
Junto a más de cien artículos y capítulos en libros científicos, siempre ha mostrado aficiones literarias con colaboraciones en periódicos así como en revistas paramédicas.
Su estrecho y cálido contacto con Don Carlos y el haber sido receptor de sus escritos, cartas, entrevistas y papeles íntimos, le ha permitido profundizar en su vida y obra que se plasma en este libro.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID